

TAYLOR CALDWELL

LA TIERRA DEL SEÑOR

Gengis Khan

El poderoso emperador de los mongoles



Lectulandia

Gengis Khan es uno de los personajes más fascinantes que ha dado el mundo. Nacido en una pequeña y pobre tribu mongola, en pleno desierto de Gobi, acabó alcanzando la gloria gracias a su espíritu guerrero e indómito, dando origen a un dominio que se extendió sobre todo un continente. Pero ¿cómo llegó hasta ahí? Taylor Caldwell nos brinda la oportunidad de conocer el entorno en el que creció, su familia, en particular su muy influyente tío Kurelen, sus amigos y su primer ámbito de conquista: las mujeres.

En una sociedad salvaje y de tradiciones atávicas, sólo una personalidad tan arrebatadora como la de Gengis Khan podía llegar a las cimas de dominio y poder alcanzadas por el legendario mongol. La autora nos muestra el lado más humano de un personaje que destacaría más tarde precisamente por su inhumanidad, un personaje lleno de contrastes cuando todavía se encuentra en la fase de definición de su personalidad. La reconstrucción histórica, como siempre en el caso de Taylor Caldwell, es impresionante y el retrato de los personajes magnífico.

Lectulandia

Taylor Caldwell

La tierra del señor

Gengis Khan, el poderoso emperador de los mongoles

ePub r1.0

Titivillus 06.05.2019

Título original: *The Earth Is the Lord's: A Tale of the Rise of Genghis Khan*

Taylor Caldwell, 1940

Traducción: Rosa P. Mitchell

En la cubierta: Gengis Khan, escultura en bronce de Dashi Namdakov

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

La autora rechaza, indignadamente, cualquier parecido entre los *personajes* de esta novela y *personajes* contemporáneos. El fantasma de Gengis Khan debe notificar a la autora si semejante calumnia comenzara a circular.

A Lois Dwight Cole

Personajes principales

(Por orden de aparición)

Kurelen

Tío de Temujin

Houlun (también Hoelún)

Hermana de Kurelen, madre de Temujin

Kokchu (también Kockochu)

Chamán (sacerdote)

Temujin (también Temujín)

Conocido como Gengis Khan o Gengis Kan, hijo de Houlun y Yesugei

Yesugei

Esposo de Houlun, khan de los mongoles qiyat, padre de Temujin

Kasar

Hermano de Temujin

Bortei (también Bortail)

Esposa de Temujin

Paladines de Gengis Khan

Subodai, jefe de la caballería

Chepe Noyon

Belgutei, hermanastro de Temujin

Bektor (también Begter)

Hermanastro de Temujin

Jamuga Sechen

Jamuga el Sabio, hermano juramentado de Temujin

Toghrul Khan (también Togrul Khan)

Preste Juan, Wang Khan, cristiano nestoriano, gobernador de los keraítas

Azara

Hija de Toghrul Khan

Taliph

Hijo de Toghrul Khan

LIBRO PRIMERO

LA ÚLTIMA SIEGA

De la primera arcilla de la tierra,
al último hombre hicieron amasar,
y de la última siega sembraron la semilla;
y la primera mañana de la creación
se escribió
lo que en el último amanecer de ajuste de cuentas
se leerá.

OMAR KHAYYAM

Capítulo 1

MOULUN mandó a la vieja sirvienta Yasai a la tienda de su medio hermano, el lisiado Kurelen. Mientras apretaba el paso iluminada por los crudos rayos rosados de la puesta de sol, la anciana enjugaba sus manos cubiertas de sangre en sus manchadas ropas. El polvo que levantaba en su prisa por entre las tiendas se tornaba dorado y la seguía como una nube.

Yasai llegó a la tienda de Kurelen. Los bueyes estaban desuncidos, pero la miraron con turbadores ojos pardos en los que se reflejaba la magnífica puesta de sol. La anciana se detuvo ante la entrada abierta de la tienda, atisbando a Kurelen en su interior. Estaba comiendo, como de costumbre, esta vez sorbiendo ruidosamente de una escudilla de plata llena de kumiss, leche de yegua fermentada. Cada vez que se llenaba la boca, levantaba la escudilla, la cual había robado a un errante mercader chino, y la contemplaba con admiración. Frotaba un dedo torcido y sucio sobre sus delicados cincelados y una especie de alegría voluptuosa brillaba en sus oscuras y macilentas facciones. Todos despreciaban a Kurelen porque todo le resultaba divertido, pero también le temían porque odiaba a la humanidad. Se reía de todo y, del mismo modo, detestaba todo. Incluso su voracidad y su insaciable apetito eran objeto de su desdén, como si no fueran parte de él, sino repugnantes cualidades que pertenecieran a otro y acerca de las cuales él se burlaba abiertamente.

Yasai miró a Kurelen y frunció el ceño. Era sólo una esclava karuit, pero ni siquiera ella tenía respeto por el cuñado del jefe. Conocía la historia. Hasta los zagales la conocían, y aun los pastores, que eran tan estúpidos como sus animales. En el día de su boda, Houlun había sido robada a su esposo, hombre de otra tribu, por Yesugei, el mongol qiyat. Unos días más tarde, su lisiado hermano Kurelen había llegado hasta la aldea de tiendas de Yesugei para interceder por el retorno de su hermana. Los merkitas, pueblo al que pertenecían Kurelen y su hermana Houlun, eran gente astuta y activos comerciantes. Al mandar a Kurelen para ver a Yesugei, enviaban un mensajero hábil y locuaz que poseía una hermosa y persuasiva voz. Si alguien podía tener éxito, sería él. Si lo mataban, su pueblo estaba preparado para asumir el triste acontecimiento. Kurelen era un perturbador y un burlón, y por tanto antipático y odiado por su gente. Los merkitas podrían no conseguir el regreso de Houlun, pero había una probabilidad de que se librasen de Kurelen.

Si hubiera sido un hombre fuerte y fornido, habrían podido matarlo en razón de su antipatía y mal carácter. Pero siendo lisiado e hijo del jefe, no podían hacerlo. Además, era un excelente y astuto comerciante, un maravilloso artífice, y sabía leer y escribir en chino, lo que era muy útil para tratar con los sutiles mercaderes de Catay. Su padre había dicho de él que si hubiera sido un forzudo, su gente no lo habría matado porque no era la clase de hombre que merecía la muerte. De cuya sagaz declaración la tribu se había reído, pero Kurelen había hecho su habitual gesto de desprecio, lo que enfurecía a los hombres del pueblo.

Houlun no fue devuelta a la aldea de su padre ni a su esposo porque era muy hermosa y Yesugei la había encontrado deliciosa en su lecho. Tampoco regresó Kurelen. Era una historia sencilla. Se le había hecho pasar a la tienda de Yesugei, y el joven y arrogante mongol qiyat lo había mirado ceñudo y amenazador. Kurelen no se había turbado. Con voz suave, pidió que se le mostrara la aldea del joven khan. Yesugei, que había esperado ruegos o amenazas, se quedó sorprendido. Kurelen no preguntó siquiera por su hermana ni expresó deseos de verla, aunque de soslayo la había atisbado detrás de la entrada de la tienda de su nuevo esposo. Tampoco parecía preocupado por la ceñuda presencia de un gran número de jóvenes guerreros que lo miraban con fiereza.

Yesugei, que no era sutil y pensaba con gran lentitud, cuando pensaba verdaderamente, se encontró llevando al hermano de su esposa a través de la aldea de tiendas. Las mujeres y niños se paraban en las plataformas de las tiendas y lo miraban. Un profundo silencio llenaba la aldea. Hasta los caballos y el ganado dirigiéndose a corrales parecían menos ruidosos. Yesugei abrió el camino y Kurelen lo seguía cojeando y esbozando su peculiar sonrisa torcida. Los seguían los jóvenes guerreros, más feroces que nunca, humedeciendo sus labios. Los perros olvidaban ladrar. Fue una larga y burlesca jornada. A intervalos, Yesugei, que empezaba a sentirse tonto, fruncía el entrecejo al cojo lisiado que lo seguía. Pero la expresión de Kurelen era cándida y tenía una distendida franqueza, como la de un niño. Movía la cabeza, como felizmente sorprendido, susurrando ininteligibles comentarios consigo mismo. «¡Veinte mil tiendas!», exclamó en voz alta y melodiosa. Y miró a Yesugei con admiración.

Regresaron a la tienda de Yesugei. En la entrada, Yesugei se detuvo y esperó. Ahora Kurelen reclamaría la entrega de su hermana o por lo menos una suma en compensación. Pero Kurelen no tenía aparentemente prisa. Parecía pensativo. Yesugei, que no temía a nada, comenzó a balancearse

sobre un pie y luego sobre el otro, ceñudo y feroz. Palpaba la daga china en su cinturón. Sus ojos negros brillaban con fuego salvaje. Los guerreros se habían cansado de estar ceñudos, y comenzaron a cambiar miradas. En alguna parte, cerca de una tienda distante, una mujer reía abiertamente.

Kurelen levantó una mano torcida y empezó a morderse las uñas con gesto pensativo. Si no hubiera nacido lisiado, habría sido un hombre alto y delgado. Sus hombros eran anchos, aunque torcidos. Su pierna buena era larga, pero la otra se retorció como el tronco de un árbol reseco. Su cuerpo era canijo y flaco. Los huesos se doblaban sin forma. Tenía un rostro largo y delgado, oscuro, malicioso y horrible, con angostos dientes centelleantes, tan blancos como la leche. Los pómulos sobresalían como anaqueles bajo unos ojos oblicuos y brillantes, llenos de vivacidad burlesca. Su cabello era negro y largo; su sonrisa, divertida y ácida.

Por fin dirigió la palabra a Yesugei con profundo respeto, en el que la mofa bailaba como hilos de plata.

—Tienes una tribu señorial, valiente khan —dijo con voz suave y agradable—. Permíteme hablar con mi hermana Houlun.

Yesugei vaciló. Antes había decidido que Houlun no vería a su hermano, pero ahora se sentía impelido a ceder, aunque no sabía por qué. Hizo una seña a las sirvientas que estaban delante de su tienda. Ellas trajeron a Houlun. Houlun se veía alta y hermosa, orgullosa y llena de odio, con sus ojos grises enrojecidos y preñados de lágrimas. Al ver a su hermano, le sonrió haciendo un ligero e involuntario movimiento hacia él. Pero fue más la expresión de éste que las manos de las sirvientas lo que la hizo detenerse bruscamente. Él la observaba con blando desinterés y reticencia. Ella lo miró pestañeando y palideciendo, mientras todos observaban. Houlun lo quería mucho porque ambos eran los más ilustrados e inteligentes hijos de sus padres y pocas palabras eran necesarias entre ellos.

Kurelen le habló suavemente, aunque con una especie de indulgente y frío desprecio.

—He visto la aldea de tu esposo Yesugei, hermana mía. Quédate aquí y sé una esposa obediente para Yesugei. Su gente hiede menos que la nuestra.

Los mongoles, a quienes agradaba la risa a pesar de su vida dura, al principio se quedaron desconcertados ante este asombroso discurso y luego estallaron en estruendosas carcajadas. Yesugei se rió tanto que las lágrimas corrían por sus mejillas hasta su poblada barba. Los guerreros se empujaban unos a otros. Los chicos proferían alaridos de júbilo. Las mujeres chillaban con regocijo. El ganado mugía y los caballos relinchaban. Los perros ladraban

enloquecidos. Los zagales y los pastores golpeaban con los pies hasta que nubes de polvo llenaron la cruda brillantez del yermo aire.

Pero Houlun no se rió. Continuaba de pie contemplando a su hermano. Su rostro estaba tan blanco como la nieve. Sus labios temblaban inquietos. Sus ojos comenzaban a relampaguear con desdén y repudio. Kurelen le sonreía con sus ojos oblicuos. Por último, sin una palabra, ella se dio la vuelta orgullosamente y volvió al interior de la tienda.

Cuando la risa se apaciguó hasta un punto en que podía ser oído, Kurelen dijo a Yesugei:

—Todos los hombres hieden, pero los tuyos hieden menos que todos los que he conocido. Permíteme vivir en tu aldea y ser uno más. Yo hablo el lenguaje de Catay y soy mejor ladrón que un turco de Bagdad. Soy un comerciante más astuto que los naimanes. Sé hacer escudos y guarniciones, y sé martillar el metal en muchas formas útiles. Sé escribir en el idioma de Catay y los uigures. He estado dentro de la Gran Muralla de Catay y conozco muchas cosas. Aunque mi cuerpo es torcido, puedo serte útil en incontables formas.

Yesugei y su gente estaban pasmados. No había aquí un enemigo reclamando y amenazando. El chamán tocó el codo a Yesugei mientras éste vacilaba, mordiéndose el labio.

—El ganado ha estado muriendo de una misteriosa enfermedad —le susurró—. Los espíritus del Cielo Azul exigen un sacrificio. Aquí hay uno al alcance de tu mano, ¡oh, señor! El hijo de un jefe, el hermano de tu esposa. Los espíritus requieren un noble sacrificio.

El supersticioso mongol se sintió confundido. Necesitaba artesanos y no había sido insensible al gesto de afecto y alegría de su hermosa y mal dispuesta esposa al ver a su hermano. Había pensado que Houlun sería más dócil si él era afable y bondadoso con su hermano, y que ella podría ser más feliz entre extranjeros con uno de su sangre a su lado. Pero el sacerdote estaba susurrando a su oído, y él escuchaba.

Kurelen, que odiaba a los sacerdotes, sabía lo que estaba sucediendo. Vio la mirada vacilante del joven khan oscurecerse. Vio el maligno perfil del chamán, el cobarde y cruel labio colgante. Vio las astutas y malignas miradas, ávidas de tortura y sangre. Vio a los guerreros, que no sonreían ya, pero que se acercaban a él en silencio. Sabía que no debía mostrar temor.

—Todopoderoso chamán, no sé lo que estás cuchicheando, pero sí sé que los sacerdotes son castradores de hombres. Tienen el alma de los chacales y usan la magia tonta porque temen a la espada. Hinchán sus barrigas con carne

de animales que no han cazado. Beben leche que no han ordeñado. Se acuestan con mujeres que no han comprado, ni robado, ni ganado en combate. Tienen el corazón de los camellos y morirían si no fuera por sus arterias. Esclavizan a los hombres con jerigonzas, con el objeto de que los hombres continúen sirviéndolos.

A los guerreros no les agradaba el chamán, a quien atribuían impíos deseos sobre sus esposas, y sonrieron sarcásticamente. El chamán examinó a Kurelen con el más maligno odio, y su astuto rostro se puso color escarlata. Yesugei había empezado a reírse, a pesar de su indecisión.

—Respóndeme sinceramente, oh, noble khan —le dijo Kurelen—. ¿No podrías tú administrar justicia más fácilmente con un guerrero que con este sacerdote tonto?

Yesugei, en su simplicidad, respondió:

—Un guerrero es mejor que un chamán. Un hombre astuto no es tan bueno como un guerrero, pero es aún mejor que un sacerdote. Kurelen, si deseas ser uno de los míos, yo te doy la bienvenida.

Y así, Kurelen, que había vivido toda su precaria vida de su ingenio y su inteligencia, se convirtió en un miembro más de la tribu de Yesugei. El chamán, derrotado por él, se convirtió en su más terrible enemigo. Los guerreros, que despreciaban al vencido, no escucharon más al chamán. Solamente las mujeres y los niños le hacían caso.

Por mucho tiempo Houlun no quiso tener nada que ver con su hermano, que la había traicionado. Quedó encinta de Yesugei. Cuidaba su tienda, dormía en su lecho y parecía reconciliada porque era una mujer sagaz y desperdiciaba poco tiempo en penas y lamentos. Como toda persona inteligente, sacaba lo mejor de las circunstancias. Pero no quería ver a su hermano. Sólo en la hora de su parto envió a buscarlo. Estaba pasando momentos difíciles y, afligida, deseaba tener a su lado a la única persona que sinceramente amaba, aun cuando él se había burlado de ella. Su esposo estaba fuera en una partida de caza y ella no lo amaba.

Sabía que Kurelen era detestado y temido por la tribu de su marido. Pero también había sido detestado por su propia gente y ella sabía por qué. Houlun también despreciaba a su tribu, pero como ella se mostraba fría, altiva y reservada, era respetada. Kurelen no era respetado porque era locuaz y se mezclaba libremente con los hombres de la tribu que a veces lo aceptaban. En consecuencia, lo creían inferior, y hasta los pastores hablaban de él despectivamente, riéndose de su cobardía. ¿No había él dado aquiescencia al rapto de que fue objeto su hermana?

La vieja sirvienta Yasai, que había llegado hasta la entrada de la tienda de Kurelen, lo miraba. Él levantó la vista, la vio y entonces, lamiendo hasta la última gota del kumiss, admiró por última vez los hermosos cincelados de la escudilla de plata. La depositó cuidadosamente sobre el suelo cubierto con pieles esparcidas. Se enjugó la ancha boca, fina y torcida, en la manga sucia y sonrió.

—¿Y bien, Yasai? —inquirió amablemente.

Ella frunció el entrecejo. Kurelen era el hijo de un jefe y le hablaba como a una igual. Los marchitos labios de la anciana se apretaron con desprecio. Hizo un movimiento como para escupir y gruñó. Kurelen continuaba mirándola. Envolvió sus manos en las anchas mangas, sentándose en el suelo. Solamente sus maliciosos y traviosos ojos resplandecían en la calurosa penumbra de su tienda. Su amabilidad y humildad no engañaban a la anciana, aunque sí a los otros: él no consideraba a los miembros de la tribu de Yesugei sus iguales. Si hubiera exhibido orgullo y conciencia de su superioridad, tanto como sencilla amabilidad, ellos le habrían adulado, agradecido e incluso adorado. Su falta de orgullo y aire campechano eran, ellos sabían, meramente burlas, sarcasmos sobre la inferioridad de los otros, y su odio y desprecio hacia ellos.

Ella dijo lacónicamente:

—Vuestra hermana, la esposa del khan, desea que vayáis a su tienda.

Él enarcó las cejas.

—Mi hermana —dijo con aire meditativo. Se rió con sarcasmo y se puso de pie con asombrosa agilidad.

Yasai lo observaba con aversión. Los simples bárbaros mongoles sentían repugnancia ante la deformidad física.

—¿Qué desea ella de mí? —añadió tras una pausa.

—Está de parto —respondió la vieja, y se marchó.

Lo dejó solo, de pie en el centro de su pequeña tienda. Sus ojos bailaban arriba y abajo y los labios se torcían en una media sonrisa. Tenía la cabeza inclinada, al parecer hilvanando furiosos pensamientos. A pesar de su deformidad, de sus inquietos ojos y de su sonrisa, era un ser extrañamente patético. Salió a la cruda y cálida luz de la rosácea puesta de sol.

Capítulo 2

LOS PASTORES estaban conduciendo sus rebaños de cabras y vacas a los rediles. Nubes de tierra gris y dorada volaban a su alrededor y el ardiente y rutilante aire del desierto se llenaba de sus ásperos mugidos y agudos balidos. Las vacas se lamentaban con profundas y melancólicas voces mientras se apretujaban por los pasadizos, entre los techos negros en forma de cúpula de las tiendas sobre sus plataformas de madera. La aldea de tiendas estaba asentada cerca del río Onon, y era hacia este río hacia donde los pastores llevaban sus animales. Niños desnudos y bronceados jugaban en la tierra cascajosa, cerca de las tiendas, pero ante la atronadora aproximación de los rebaños trepaban a las plataformas, mofándose de los pastores a medida que éstos llegaban en medio del batir de las pezuñas en la tierra ardiente. Los rebaños pasaban como fantasmas. Aquí y allá una cabeza elevada, un grupo de cuernos, un mar de colas, un llano de ancas, una selva de patas peludas, pasaban entre la envolvente polvareda que centelleaba a la luz solar.

Las mujeres, ansiosas por sus retoños, salieron a las entradas de las tiendas. Algunas habían estado amamantando a sus bebés y sus morenos pechos colgaban hinchados y desnudos. Añadieron sus chillonas amenazas y llamadas a los gritos de los pastores y los balidos de las bestias. Otras salían de las tiendas con cubos de cobre y de madera, porque los animales debían ser ordeñados después de su retorno del río. Otros pastores se iban aproximando con agitados y nerviosos sementales, yeguas y potros jóvenes, y los rezagados de la aldea se escabullían precipitadamente sobre las plataformas. Se podía arriesgar con la manada de cabras, pero nunca con la manada de sementales. Sus salvajes ojos fulguraban entre el polvo. Sus pelajes estaban revestidos de una capa gris. Los pastores, a caballo, maldecían y gritaban golpeando a los animales con largos báculos. Estos pastores eran más fieros y más indómitos que los sementales. Por sus rostros oscuros corría el sudor y sus labios estaban agrietados. El alboroto era ensordecedor y la hediondez, observó Kurelen frunciendo la nariz, insoportable.

Los cazadores venían a continuación en sus pequeños y ágiles caballos árabes, llevando el fruto de la caza, que oscilaba delante de ellos: liebres y antílopes, erizos y pájaros, zorros, martas y otros pequeños animales. Los cazadores voceaban triunfantes, haciendo corcovear y dar vueltas a sus cabalgaduras y, cuando chocaban unos con los otros, se reían como posesos.

Esgrimían sus cortas espadas y arcos, hincando sus duros tacones en los costados de los caballos, galopando en círculos. Sus mujeres no aprobaban esta infantil demostración y cuando los cazadores entraban en sus tiendas las voces de éstas se dejaban oír, desdeñosas, regañonas o apaciguadoras. Grandes fogatas empezaban a arder entre las tiendas y luminosas antorchas se movían, porque el poderoso cielo oscurecía rápidamente en el desierto.

Los rebaños habían pasado y Kurelen surgió de un pequeño espacio entre dos tiendas y echó a andar hacia la más grande, donde vivía su hermana. El brillante polvo amarillo era aún espeso en el aire, y las tiendas negras se desdibujaban como enormes colmenas flotando en la niebla. Las fogatas ardían alto y las antorchas se movían de un lado a otro. Las voces sonaban sordas y como un gran vacío distante. La tierra polvorienta, bajo los pies de Kurelen, estaba todavía ardiente del calor del día y parecía terciopelo. Miró el oscurecido cielo. Hacia el oeste, en la dirección del pálido río, cuyas riberas estaban marcadas por una irregular vegetación, ofrecía un espectáculo terrible. Fulguraba solo, en su terrible aislamiento, iluminando el oeste pero sin dar luz a la tierra. El horizonte era de un intolerable y vibrante carmesí, mordido hacia el interior por kilómetros de pequeñas y agudas colinas negras, como dientes. Encima de esta enorme vibración que era como el latido de un monstruoso corazón había franjas de pálido fuego, inmensamente ancho, soplando ventarrones aún no oídos ni sentidos en la tierra. Y sobre estas franjas había líneas de verde y oro, rojo y flameante azul, subiendo hasta el cenit de color jacinto. La tierra, abajo, era oscura, informe y caótica, perdida y vacía, y los pequeños puntos rojos de las hogueras ardían en patético desamparo.

Kurelen miró hacia el este. Aquí el interminable cielo era de un oscuro y espectral rosa. Abovedada contra ellos, púrpura y vaga, estaba la inmensa sombra y la curva de la tierra: la tienda de la noche, alcanzando hasta el cielo que la reflejaba. Y ahora los vientos descendían como una vasta e invisible horda, asaltaban la tierra, llenándola con el sonido de sus voces. Pero ellas hacían el gran silencio de la noche del Gobi aún más profundo y más terrible. Ahora la tierra misma pertenecía a la noche y los vientos, y se perdía en ellos, y estaba ahí sola, en su más horrible esplendor y su eterna soledad.

Kurelen, olvidando a su hermana, se alejó de la aldea, encaminándose a través de la turgente oscuridad hacia un pequeño claro. La temperatura se había enfriado terriblemente y él temblaba dentro de su capote de piel de cabra. Sus ojos centelleaban en la oscuridad, como irradiando alguna maligna vida propia o como un reflejo de la descendente luz del cielo occidental.

Estaba solo. Aspiró profundamente el fuerte viento. El cenit estaba salpicado ahora con el poderoso centelleo de las estrellas, impetuosas y heladas. Kurelen, de pie al viento y en el silencio, pensó: «¡Aquí el hombre no se arruina por su avaricia! Aquí no se dan pasos execrables, ningún hálito ensucia la noche. Aquí están las estrellas y la tierra, ¡y sólo el viento y yo entre ellas!».

En alguna de las tiendas, lejos de allí, el flautista del campamento empezó a tocar un instrumento. Instantáneamente la infinita noche del Gobi fue traspasada por el más desgarrador y dulce sonido indómito, salvaje y solitario, conmoviendo el alma. Kurelen sintió que su corazón se acongojaba hasta que todo su espíritu vibraba con intolerable dolor y amarga angustia. Y aun así había una sensación de majestad y paz que le produjo alegría. Las lágrimas corrían por sus mejillas hundidas. Aquí no tenía necesidad de ironía, ni de protegerse con la burla contra la fealdad de la vida. Había dado la espalda a la aldea y no veía las pequeñas y vacilantes luces de las fogatas. Veía sólo el este, y la oscura y flotante sombra de la tierra.

«Yo no debería haber ido nunca a Catay —pensó—. No debería haber visto lo que puede el hombre cuando lo desea. Si un hombre bebe de la excitante copa del conocimiento, no hay más para él, sino sólo soledad y ansia, odio y tristeza. Debe caminar entre sus semejantes como un perro leproso, odiando y odiado, y aun así, lleno de piedad y locura, conociendo mucho y conociendo poco, pero comprendiendo que nunca podrá saber nada. Debe de ser que el concepto de su propia estimación mengua hasta la insignificancia, enfrentado a un conocimiento infinito, sin límites».

La flauta gemía, pero ese gemido ascendía triunfal y su tenue sonido asaltaba y traspasaba los cielos, no iluminándolos, sino penetrándolos. Entró en el caos de la eternidad y ardió allí, hermosa, triste y desafiante; era el alma del hombre, acosada y extraña, perdida, pequeña y brillante, asaltada por todos los vientos del cielo y el infierno, inquiriendo. Frágil y viva. Su temblorosa voz hablaba de amor y de Dios, de futilidad y de dolor, pero siempre de esperanza, aun en su desesperación.

Cuando cesó, Kurelen estaba abrumado de dolor. Tomó el camino hacia la tienda de su hermana. Cuando trepó la plataforma e inclinó la cabeza para entrar, sonreía irónicamente una vez más y sus oblicuos ojos rezumaban picardía.

La tienda en forma de cúpula era de grueso fieltro negro extendido sobre un zarzo de varillas. En la cima había una abertura para la salida del humo. Un brasero de carbón ardía bajo la abertura y suministraba la única fuente de

luz. Las curvas paredes de la tienda habían recibido una mano de cal blanca y un hábil amigo chino de Yesugei la había adornado con trabajadas y decadentes figuras delicadamente coloreadas. Sus corrompidas posturas, sus rostros sutiles y sus vivaces colores ofrecían un extraño contraste con los bárbaros mongoles, que en comparación parecían ganar en fuerza, virilidad y poder. El suelo de madera tomaba colorido con alfombras de seda de Kabul y Bojara. Estas alfombras daban un tenue resplandor a la penumbra. Sobre estas alfombras había tres arcas de teca, botín de una caravana china. Exquisita y delicadamente tallados, representaban selvas de bambú, grutas, puentes abovedados y calados, garzas y sapos, monjes budistas con largas mangas y sombreros en punta, amantes y flores, todo lo cual daba un aire grotesco y extraño a esa tienda de bárbaros. Una de las arcas estaba abierta, mostrando adornos femeninos de seda y bordados, también tomados de las caravanas o comprados a algún astuto negociante árabe, y artículos de plata incrustada, tales como pequeñas cajas para alhajas, dagas y escudillas. En un lado de la pared de fieltro, que no había sido decorada por el artista chino, colgaban dos o tres escudos redondos de cuero, dorados, barnizados y coloreados, carcajes de bambú y marfil, cimitarras turcas, flechas y cortas espadas chinas y dos anchos cintos de plata con intrincados encajes, de los mejores artífices chinos, tachonados con turquesas irregulares.

Houlun yacía en un ancho lecho cubierto con sedas chinas bordadas y suaves pieles. En cuclillas sobre las alfombras alrededor del lecho había varias mujeres meciéndose sobre sus nalgas, con los ojos cerrados, susurrando plegarias a los espíritus.

Tenían las manos envueltas en largas y amplias mangas. Sus largas túnicas de algodón caían sobre sus muslos, brazos y hombros en dobleces esculturales. Miraron a Kurelen con ojos hostiles, sin levantarse, aunque era el hermano de la esposa del khan y el hijo de un jefe. Houlun levantó un poco la cabeza de su almohada, mirándolo sin sonreír.

Era evidente que estaba sufriendo. La roja y ondulante luz del brasero mostraba su pálido rostro alargado y sus atormentados ojos grises. Hasta sus labios eran de color plomo. Su largo cabello negro, como hilos de cristal lustroso, caía sobre sus brazos y sobre el lecho, hasta el suelo. Sus pechos llenos se levantaban como colinas bajo la fina túnica, que era de brillante seda blanca bordada con figuras chinas rojas, verdes y amarillas. Su vientre estaba hinchado y ella había enlazado sus manos sobre él. Sus largas piernas redondeadas estaban estiradas en su dolor.

Observaba a su hermano con orgullo, dignidad y extrema frialdad. No se hablaban desde el día que la había traicionado, aunque él la había visto a distancia y una o dos veces ella había pasado cerca de él, orgullosa y sin mirarlo, con sus hermosas facciones rígidas de aversión. Ahora, mientras él estaba al lado de su lecho, sonriéndole con su boca desdentada y con sus ojos oblicuos brillando con una curiosa luz, los ojos de ella preñados de encolerizadas y sufrientes lágrimas, apartó su rostro a un lado.

Kurelen sonrió.

—¿Has enviado a buscarme, Houlun? —preguntó suavemente.

Ella se mantuvo rígida. Las lágrimas se agolpaban en sus pestañas. El rostro, más orgulloso y frío que nunca, a pesar de su dolor. Las piernas se flexionaron apretándose. Kurelen se mordió el labio superior con los dientes inferiores, viejo hábito suyo. Miró las hostiles mujeres que rodeaban el lecho y ellas desviaron sus miradas desdeñosamente. Kurelen se frotó el mentón con el pulgar. Volvió su atención hacia su hermana. Vio que su frente estaba perlada de torturante sudor y que había líneas moradas en sus labios.

—¿Has mandado llamar al chamán? —preguntó él sonriendo de nuevo.

Houlun volvió la cabeza sobre las almohadas, con los ojos llenos de ira.

—¡Aun en mi sufrimiento te burlas de mí! —exclamó.

Las mujeres murmuraban, alejándose de él, pero parecían indecisas. Una habló a Kurelen por la comisura de la boca.

—Ella no quiere al chamán, aunque él estuvo en la puerta de la tienda todo el día.

—Oh —dijo Kurelen meditativamente.

Houlun había empezado a sollozar, y su llanto la encolerizaba y avergonzaba. Hizo un esfuerzo apartándose de la luz del brasero y, orgullosamente, no intentó enjugar sus lágrimas. Él levantó una punta de la fina túnica de seda y le enjugó delicadamente las mejillas y los ojos. Ella no hizo ningún ademán de rechazo, pero de repente sollozó fuerte, como si el gesto de su hermano hubiera quebrado sus defensas.

—Déjame —suplicó.

Pero él sabía que no lo deseaba. Kurelen se volvió hacia las mujeres.

—Habéis oído a vuestra señora —dijo.

Ellas se levantaron, sorprendidas y más indecisas que antes, mirando a Houlun. Pero ella lloraba y no las miró. Lentamente abandonaron la tienda, murmurando, y cerraron la cortina detrás de ellas. Hermano y hermana quedaron a solas.

El carbón en el brasero chino crujía. El apagado resplandor rojo subía y bajaba. Fuera, las paredes de la tienda eran embestidas por los terribles vientos, provocando que las figuras coloreadas de las paredes se cimbrasen. Algunos de los sutiles rostros parecían exhibir malignas y sardónicas sonrisas. La alta mujer doliente sobre su lecho se retorció y sollozaba en su dolor y soledad. Las cimitarras turcas resplandecían a medida que se movían.

Kurelen se sentó en un arca cerca de su hermana y esperó. Finalmente, ella se enjugó los ojos con el dorso de las manos, volviendo su rostro hacia él. De nuevo se mostraba orgullosa y fría, pero sus ojos grises parecían suaves y rendidos.

—¿Por qué no te has ido? —preguntó.

Él respondió afablemente.

—Sabes, Houlun, que nunca te abandonaré.

Ella se agitó repentinamente. Se apoyó en un codo. Sus brazos estaban ceñidos con anchas pulseras chinas de plata y turquesas. Su pecho se sacudía. Sus ojos despedían chispas.

—¡Tú me traicionaste, dejándome con mi raptor! —lo acusó. Ceñido al cuello tenía un ancho collar de plata con grandes piedras carmesí incrustadas. Resplandecían a causa de su respiración irregular. Sus adornos de seda resbalaban de su pecho y muslos, y Kurelen pensó que era muy hermosa.

Le respondió con afabilidad.

—Siempre te he considerado muy inteligente, Houlun. Nada pueril. Imaginaba que, como yo, creías que no luchar e intentar sacar ventaja de la desventaja es lo que diferencia al hombre de las demás bestias. Nunca pensé que serías víctima del tonto orgullo y la cortedad de miras. ¿Qué has deseado tú de la vida? ¿Un esposo? Tuviste uno que no supo protegerte y uno más fuerte te tomó. ¿No son todos los hombres iguales en la oscuridad? ¿Y no es mejor tener uno fuerte, ambicioso y buen cazador?

Se estiró y acarició las delicadas sedas de sus adornos. Ella lo observó respirando agitadamente. Las joyas de su cuello y sus ojos brillaban con la misma intensidad. Él se encogió de hombros.

—Antes usabas algodón y lana áspera. Ahora usas sedas. Tienes un esposo fuerte. Tienes delicados adornos, comida, cofres y plata. Tienes la pasión de un hombre viril y él te trata suavemente. Es el amo de treinta mil tiendas y aumenta diariamente. Te ha protegido. Nadie podría arrancarte de su lado. ¿Qué más deseas?

Ella no respondió. Su respiración seguía agitada y la ira centelleaba en sus facciones, pero no tenía nada que decir.

Kurelen, todavía sonriendo, suspiró. Recorrió la tienda con la mirada. En un taburete de teca había una escudilla de plata llena de dulces turcos y dátiles. Se sirvió, masticando pegajosamente y chupando los huesos de los dátiles. Escupía los huesos pasando la lengua por sus labios apreciativamente. Y todo el tiempo su hermana lo observaba, más furiosa que antes pero con creciente turbación.

Él la miraba divertido, enjugándose los labios en la manga.

—No seas tonta, Houlun —dijo.

Ella exclamó:

—¡Eres un cobarde, Kurelen!

Él la miró sorprendido. La sonrisa abandonó su semblante, al parecer sintiéndose ultrajado.

—¿Por qué? ¿Porque yo, un hombre solo, lisiado, no reté a tu esposo a un duelo? ¿Porque no me lancé deliberadamente sobre su lanza o su daga, cometiendo una monstruosa tontería?

Ella echaba fuego por los ojos mirándolo con desprecio.

—¿Nunca has oído hablar del honor, Kurelen?

La mirada de él se hizo más incrédula, más asombrada.

—¿Honor? —Rompió a reír, meciéndose en el arca. Parecía sacudido por un incontrolable júbilo.

Houlun lo observó parpadeando y enrojeciendo. Lo escuchó reír. Su ira aumentaba porque se sentía más tonta que nunca. Finalmente él se tranquilizó, pero tuvo que enjugarse los ojos.

—Los muertos —declaró— no necesitan del honor o el deshonor. Pero yo, Houlun, tengo necesidad de mi vida. Si yo hubiera muerto, tú hubieras seguido retenida por Yesugei. Pero habrías cargado con mi «honorable» muerte sobre tu conciencia. Me he equivocado contigo, Houlun. Eres una tonta.

Se levantó. Sacudió sus ropas de lana e introdujo las manos en las mangas. Se detuvo al lado de ella, alto, desdichado, encorvado, con su largo rostro sonriendo apenas, los ojos llenos de ironía. Incluyó la cabeza sardónicamente y se dirigió hacia la entrada de la tienda como para irse.

Ella lo observó hasta que hubo alcanzado la cortina e iba a levantarla. Entonces, con voz quebrada y desesperada, exclamó:

—¡Kurelen, hermano mío, no me dejes!

Él se detuvo sin darse la vuelta. Houlun movió con dificultad sus piernas y se tambaleó hacia él. Kurelen se dio la vuelta y ella cayó en sus brazos. Él la sostuvo mientras temblaba sollozando. Su cabello negro y largo caía sobre las

manos y el pecho de él. Kurelen sentía el estremecimiento e hinchazón de sus senos, la presión de sus miembros. Apretó sus labios contra la cabeza de ella y la sostuvo contra él estrechamente. Kurelen sonreía con una extraña pasión y ternura que jamás nadie había visto en sus labios.

—Yo nunca te he abandonado, Houlun —repitió suavemente—. Sólo te he amado a ti en el mundo entero.

—Y yo —sollozó ella— te he amado sólo a ti.

Él era fuerte a pesar de su deformidad y, levantándola en sus brazos, la devolvió a su lecho y acomodó las sedas y las pieles. Acarició su largo cabello apartándolo del húmedo rostro y le cubrió los pies con una piel de zorro. Ella lo dejaba hacer, observándolo con ojos llorosos que expulsaban adoración. Kurelen se sentó de nuevo a su lado, tomándole la mano. Le sonrió, pero su sonrisa era extraña, desdentada y amarga.

—Fue un día aciago cuando los dioses nos dieron el mismo padre —dijo.

Ella no respondió, pero apretó su pálida mejilla contra el dorso de su mano. Él suspiró. Puso la otra mano sobre la cabeza de ella y permanecieron así, sin moverse, pero mirándose hondamente, sin atreverse a decir las cosas que pensaban.

El vendaval arreció. El suelo de la tienda crujía y las paredes se sacudían hacia dentro y hacia fuera. Las alfombras se agitaban y sus lustrosos colores zigzagueaban como si tuvieran vida. El zarzo de varillas de la tienda rechinaba. Los profundos mugidos de las vacas y los bueyes se oían mezclados con el viento. Un caballo relinchaba a la distancia y otros le respondían con zozobra y temor. Pero Kurelen y Houlun estaban en un triste y apasionado mundo propio, mirándose profundamente a los ojos.

Entonces, suavemente, Kurelen liberó su mano, que estaba bajo la mejilla de Houlun. Y mientras lo hacía, ella se retorció, alcanzada de nuevo por su dolor. Él la observó frunciendo sus angostas cejas altas y dilatando la nariz.

—Va demasiado despacio —dijo como para sí.

Houlun entrelazó sus manos sobre su abultado vientre. Se mordió el labio, pero no pudo contener los gemidos. Movié las piernas nerviosa. La cortina de la entrada fue levantada y una sirvienta atisbó dentro.

—Señora, el chamán está aquí otra vez —dijo.

Kurelen hizo un gesto de asentimiento y un momento más tarde el chamán, su enemigo, entraba hosco, con su túnica de lana gris cubriendo sus delgadas piernas. Su oscuro y perverso rostro rezumaba enemistad hacia Kurelen. Tenía una nariz como el pico de un buitre, y destellantes y feroces ojos. Kurelen le sonrió hipócritamente.

—Oh, chamán, esta noche tenemos necesidad de tus plegarias.

El chamán lo observó con odio reconcentrado, crispando sus finos labios. Era un hermoso hombre a pesar de su flacura. La fiereza del desierto estaba en sus ojos, la brutalidad de los simples en su rostro. Pero su boca era la boca de un furtivo cobarde.

Ignoró a Kurelen. Se acercó a Houlun y vio su desgredada hermosura. Sus ojos flameaban. Dejó caer los párpados. Recogió las manos en las mangas, inclinó la cabeza y sus labios se movieron en plegaria silenciosa. Kurelen, inclinado sobre su arca, lo observaba y lentamente su sonrisa se ensanchó. Captó la mirada de Houlun y le hizo un guiño. Ella intentó parecer escandalizada, pero sólo pudo sonreír en respuesta.

El sacerdote rogaba en voz alta ahora. Levantó los ojos hacia la abertura de la tienda, a través de la cual el humo del brasero salía en espirales como una gris y nebulosa culebra, y se concentró en su plegaria.

—¡Oh, vosotros, espíritus del sagrado Cielo Azul, liberad el vientre de esta mujer de su fruto y permitid que sus sufrimientos terminen! ¡Ella es la esposa del khan, el noble Yesugei, y éste es su primer hijo, quien nos gobernará en buena hora! Permitid a la bendita oscuridad del alivio caer sobre sus párpados. Permitid a su vientre aligerarse de su carga y permitidle tener paz.

Su voz era rencorosa porque había visto la furtiva sonrisa de Houlun a su hermano. Su rostro se retorció de odio.

Se inclinó sobre ella, colocó sus manos temblorosas, flacas y surcadas de venas sobre la frente y ojos de Houlun. Las dejó resbalar lentamente por sus pechos, deteniéndolas sobre el vientre. Sobó el vientre suavemente y ella se removía de dolor, observándolo expectante. Las cejas de Kurelen se arquearon.

De repente, el chamán, inclinándose sobre Houlun, miró con fiereza por encima del hombro a su hermanastro.

—No es bueno que un incrédulo esté en esta tienda mientras yo elevo mis súplicas —dijo—. Los espíritus no me escucharán.

Los dos hombres se observaron con ojos feroces. Houlun, expectante, esperaba.

Kurelen se puso de pie y cogió al sacerdote por el brazo. Sonrió.

—Sal de aquí —murmuró.

De nuevo se observaron con fiereza. El chamán apretó los labios, pero no se movió. Las aletas de su nariz se dilataron.

Kurelen sacó de entre las mangas una corta daga china ancha y centelleante, con el mango incrustado de turquesas. Presionó su punta delicadamente contra su dedo. Una gota de sangre roja brotó. Sus ojos se fijaron en el sacerdote. Nada podía haber sido más afable que su expresión.

El chamán se irguió. Miró a Houlun y luego a su hermano. Algo en el semblante y la sonrisa de Kurelen lo aterrorizó. Se mordió el labio. La ira retorció sus chupadas facciones. Trató de asumir un aspecto de dignidad, pero su respiración, áspera y acelerada, se oía claramente.

—Si esta mujer se muere, le diré a Yesugei que ha sido por tu culpa, por tu blasfemia y porque no me has permitido permanecer con ella —dijo.

Muy lentamente y sonriendo, Kurelen levantó la daga colocándola contra el pecho del sacerdote. El chamán trató de no pestañear mientras sentía su punta de aguja. El terror fulguraba en sus ojos, como el reflejo de un fuego. Incapaz de desviar su mirada de Kurelen, retrocedió hacia la entrada de la tienda. Tropezó, cayendo a través de la abertura, y se sostuvo a duras penas. Pero hasta el último momento se mantuvo mirando a Kurelen. Las piernas le temblaban cuando descendió de la plataforma. Las sirvientas, poniéndose de pie, lo miraron apartándose de él. Mientras se alejaba, oyó las risas de Kurelen y Houlun. Murmuró maldiciones en la oscuridad.

Dentro de la tienda, Kurelen dijo a su hermana.

—¡El asqueroso sacerdote! ¡Qué tribu de ignorantes! Pero es necesario, supongo, que les permitamos existir. De otro modo no habría reyes ni opresores del pueblo para mantenerlo a raya.

Pero los dolores de Houlun la poseían de nuevo. Kurelen le tomó la mano y le dijo con seriedad:

—Durante mis dos años en Catay me senté en sus academias y escuché las disertaciones de sus médicos. ¿Querrás confiar en mí para que te libere, Houlun?

Ella lo observó con mirada penetrante, jadeando de dolor atroz y agotamiento. Luego respondió sencillamente:

—Sí, confiaré en ti.

Kurelen se inclinó y la besó en la frente. Luego se acercó a la puerta y llamó a las sirvientas, que entraron murmurando aprensivas. Les ordenó que sirvieran a su señora una copa de vino. Una de ellas llenó una copa de plata china recurriendo a la provisión de vino turco de Yesugei, y Houlun, obediente, se la bebió. Tenía los ojos fijos en su hermano sobre el borde cincelado de la copa. Kurelen ordenó que le rellenaran la copa y la vieja sirvienta Yasai protestó. De nuevo Houlun bebió. Y aún otra vez y otra.

Una confusa niebla dorada envolvió los atormentados sentidos de Houlun. Tumbada de espaldas en su lecho, sintió sus dolores no sólo soportables, sino como si los sufriera otra persona y no ella misma. Las paredes revestidas de cal de la tienda se expandían hasta convertirla en una poblada sala con rostros coloreados, túnicas brillantes, música, sonrisas y risas. Relajada, Houlun se reía, decía cariñosas tonterías a su hermano y se divertía con las figuras chinas pintadas, que en su embriaguez había dotado de vida febril y fascinante. Las tres sirvientas, reunidas a los pies del lecho, murmuraban entre sí, mirando a Kurelen con recelo. Escuchaban las risas de Houlun y la miraban boquiabiertos.

Entonces Kurelen levantó una lámpara de Bagdad que ardía sobre una mesita, sosteniéndola en sus manos. Se sentó en el lecho de su hermana. Levantó la lámpara de modo que iluminara sus ojos. Comenzó a hablar muy suavemente, en voz baja y monótona:

—No desvíes tus ojos de mí, Houlun. No puedes mirar en otra dirección. Así. No tienes dolor. Eres feliz y estás en paz. ¿Me oyes?

Houlun miró los ojos iluminados de él. Todo lo demás cayó en una vaga confusión, pero los ojos de su hermano se hicieron más vívidos, más centelleantes. No había nada más en el mundo. Su forma, su rostro, estaban perdidos en una sombra, no existían. Pero su mirada la compelia, la sostenía con poder hipnótico. En alguna parte ella oía el batir de un tambor y no sabía que era su propio corazón. La luz roja del brasero, avivada con trocitos disecados de excrementos de animales, se encendía, se apagaba y volvía a encenderse llenando la tienda con su sanguinolento reflejo. Las sirvientas estaban inmóviles, impresionadas y silenciosas, llenas de temor. Sólo podían mirar al hombre de rostro deformado, sentado en el lecho con la brillante lámpara en las manos, y a la hermosa mujer con su semblante hipnotizado, el largo cuerpo cubierto con el fino bordado de su túnica de seda. Los fuertes vientos, como misteriosamente encantados, cayeron también en el silencio.

Houlun habló con voz clara pero desmayada, sin dejar de mirar los ojos de su hermano.

—Sí, Kurelen, te oigo.

Él habló de nuevo, monótona y suavemente:

—Pronto te dormirás y no despertarás hasta que yo te llame. Tendrás sueños de nuestro hogar y de nuestro padre. Cabalgarás de nuevo conmigo por las estepas cubiertas de nieve, en nuestros ponies turcos, y veremos las luces nortañas flameando en el cielo negro. Y cuando despiertes habrás

recobrado las fuerzas y serás feliz, sin recordar los dolores, jubilosa con tu hijo.

Sus iluminados ojos se expandían ante el sueño y la transfigurada mirada de ella, hasta llenar el universo entero. El alma de ella pareció fluir de su cuerpo como un manojo de nubes, acercándose a él con amor, deseando sólo perderse en él. Los ojos de él eran como soles para ella rodeados de infinita y caótica oscuridad. Sus brazos flojos yacían a los costados, una mano caída sobre un lado del lecho. Los largos dedos rozaban la alfombra. El cabello y los labios rojos ganaban intensidad en la oscuridad.

Muy lentamente, murmurando aún, Kurelen dejó la lámpara a un lado. Se inclinó sobre su hermana, le tomó el rostro entre sus manos y se inclinó sobre sus entornados ojos.

—Duerme, Houlun —susurró—. Duerme.

Se cerraron, descansando en las mejillas como flecos de cimitarras. Le recostó la cabeza sobre el lecho. Ella respiraba con suavidad, profundamente dormida. Kurelen se sentó y la observó. No prestaba a las sirvientas más atención que si hubieran sido figuras pintadas en las paredes, ni ellas se movían más que si hubieran sido esas figuras, porque estaban paralizadas de terror ante esa extraña escena.

Entonces Kurelen introdujo sus delgadas y oscuras manos en el cuerpo de su hermana y tomó la cabeza del niño, que se había atascado en el anillo de la pelvis. Las sirvientas, horrorizadas, contuvieron la respiración. Muy delicadamente movió la palpitante cabeza que por fin se zafó. Sangre y agua manaron. Entonces Kurelen, moviéndolo con mucho cuidado, sacó el niño fuera, poco a poco. No se había liberado aún de su madre la mitad del cuerpo cuando gimió clara y vigorosamente. Houlun dormía, soñando y sonriendo con los labios entreabiertos. Sus dientes brillaban a la luz de la lámpara y el fuego. Las ropas, empapadas de sangre. Las mujeres se inclinaron hacia delante, parpadeando.

—Es un niño —anunció Kurelen.

El bebé yacía sobre el lecho pataleando y dando gritos, unido aún a su madre por el cordón umbilical. Kurelen se sentó, admirando al niño, que movía la cabeza juguetonamente.

—Es hermoso —declaró. En una de las manecitas del niño había sangre coagulada.

Llamó a Yasai sin mirarla.

—Lava al niño y cúbrelo. Primero corta el cordón.

Yasai tomó precipitadamente el bebé mirando con fijeza a Kurelen, como si éste la amenazara. Otra mujer cortó el cordón y atendió a Houlun, que aún dormía, con los pies cubiertos con mantas. Tenía la mejilla apretada contra la cama y continuaba sonriendo como sumida en el más dulce de los sueños. El niño gemía y chillaba. Los vientos retornaron más feroces y salvajes que nunca.

Kurelen se puso en pie. Repentinamente pareció exhausto, quebrantado, agotada su vitalidad. Mientras las mujeres se ocupaban del niño, lanzando exclamaciones, cloqueando e ignorando al hombre, él se quedó al lado de su hermana observándola. Finalmente una de las mujeres dio con impertinencia un tirón a la manga de su largo capote de lana.

—¿No la despertarás ahora para que vea a su hijo?

Kurelen no contestó y la mujer creyó que no había oído. Su semblante se veía extraño y sombrío, lleno de meditativa tristeza. Algo ceñudo, además. Sus manos se escondían en las mangas.

—No —dijo por fin—. No la despertaré todavía. Déjala soñar, eso es lo mejor de la vida.

Capítulo 3

YESUGEI llegaba. En el rojo y purpúreo amanecer del desierto, acompañado por sus aguerridos jinetes, sus cautivos y su botín.

Kurelen, de pie en la entrada de la tienda de su hermana, observaba a su hermano político aproximarse. No tenía particular aversión o simpatía por Yesugei ni lo desdeñaba, pues consideraba extremadamente útil a la gente como él. Era la suya, más bien, la perezosa y divertida tolerancia del hombre inteligente hacia el hombre simple, hacia el hombre buey, que provee el sostén para que la persona inteligente pueda vivir sin excesivo trabajo. Había aún en él una especie de indiferente gratitud hacia Yesugei. Pretendía tomarse en serio al esposo de su hermana, asegurándose así la continuidad de sus moderadas comodidades y tranquilidad de espíritu. A veces azuzaba a Yesugei, pero con discreción, porque, como él decía, sólo un caballo tonto discute con su saco de avena. Un hombre hábil se las ingenia para pasar su vida con tan poco esfuerzo y dolor como le sea posible. La existencia era un asunto doloroso. Solamente un tonto la complicaría con rivalidades y disensiones por la efímera satisfacción de conversaciones y luchas ocasionales. Si Kurelen expresaba su pensamiento públicamente, era en términos de tal eufemismo que solamente su hermana y quizá el chamán lo comprendían. Yesugei era demasiado elemental, demasiado cándido para comprender nada. Kurelen estaba seguro de esto.

Kurelen, que amaba la belleza y la armonía, que era belleza en sí misma, pensó de nuevo que había un ritmo y una poesía en la persona y los movimientos de aquel insignificante noble de las estepas. Cabalgaba con su horda sobre su impetuoso semental, con su ágil cuerpo joven cubierto con un largo abrigo de lana y el cómico sombrero alto sobre la cabeza, orgullosamente levantada y una cimitarra turca cruzada en su cinto de cuero azul. Era evidente que en su simpleza se consideraba un gran khan y que su diminuta alianza de tribus y clanes era un terrible imperio nómada. Kurelen, que conocía la poderosa civilización de Catay, suave y hermosa, adulta y decadente, sonreía ante el orgullo de este vanidoso, de este pueril aventurero del desierto. En los teatros de Catay representaban con frecuencia hábiles y corrosivas comedias en las que un ridículo bufón, engalanado con un prodigioso número de colas de búfalo, era uno de esos «caciques», uno de esos turbulentos y divertidos bárbaros. Con todo, Kurelen admitía para sí que

toda la complicada belleza de las pinturas chinas, decadentes y artificiosas, no tenía ni la mitad de esplendidez que estos bárbaros. Bajo el alto y cómico sombrero de Yesugei, confeccionado con fieltro, se veía un joven y hermoso rostro tan indómito y tan simple como el de una inocente bestia. Sus inquietos ojos de loco tenían la claridad del desierto. Su piel era oscura y bronceada, del color de las colinas desiertas con el sol por detrás. Tenía una nariz como el pico de un ave de presa, pero daba a su expresión una primitiva fiereza que poseía algo de grandeza. Mantenía la espalda erguida y la cintura era delgada. A medida que su caballo corveteaba, Kurelen admiraba la perfecta magnificencia de su postura, tan espontánea, tan cándidamente orgullosa.

Yesugei era un hombre reservado, pero esa mañana se le veía excitado a pesar de sus esfuerzos por mantener la compostura. Sus guerreros y cazadores chillaban y gritaban, blandiendo sus látigos, lazos y armas. Sus vestimentas ondeaban. Agitaban los sombreros. Sus oscuros labios barbudos hacían muecas alegremente. La correría había sido excelente. Habían encontrado una caravana tártara, en realidad un convoy de comerciantes keraítas y naimanes en viaje de Catay a una ciudad keraíta. La caravana de caballos y camellos llevaba té, especias, plata, seda, alfombras, manuscritos e instrumentos musicales, así como adornos, bordados, alhajas, turquesas y armas incrustadas con piedras preciosas y muchos otros objetos de lujo. Los excrementos de la civilización. Entre los comerciantes iban un monje budista y un sacerdote cristiano nestoriano. El primero como misionero y maestro, el segundo era el único superviviente de un grupo de misioneros que había sido atacado viniendo de la India a Hsi-Hsia. Había rogado en Catay que se le permitiera continuar con alguna caravana hasta su hogar, cerca del mar de Aral, y como convino en llevar su propia comida y suplementos, se le había otorgado el permiso.

Los mongoles habían matado a los tártaros y comerciantes después de una lucha feroz. Los tártaros y los keraítas eran bravos combatientes, pero los mongoles los superaban en número. A Yesugei le habían caído en gracia los sacerdotes porque era más supersticioso que el término medio de los mongoles y, además, el budista aseveraba que era un hábil forjador y el nestoriano, que era un excelente curtidor de pieles. Muchos de los comerciantes habían traído sus esposas con ellos, y Yesugei había seleccionado las más bellas y las más jóvenes, despachando el resto con sus esposos. Había elegido una muchacha keraíta extraordinariamente hermosa como segunda esposa y la había llevado a la aldea en las ancas de un camello.

La muchacha sollozaba sin cesar, más fuerte cada vez que Yesugei la miraba con indisimulada avidez. La muchacha estaba inconsolable.

Todos los mongoles que no habían llevado los rebaños a pastar hormigueaban fuera para saludar el regreso del señor y sus guerreros, entusiasmados con el botín. Las mujeres manoseaban las sedas poniéndose las pulseras de plata, arrebatando y discutiendo entre ellas celosamente. Los viejos hacían comentarios lascivos sobre las cautivas, relamiéndose con envidia porque sabían que esas mujeres eran para los guerreros y no para ellos. Una de ellas era una mujer otomana, orgullosamente sentada en su camello, viuda, con el velo cayendo sobre su rostro. Los guerreros, con sus hombros y espaldas cargados, empezaron a llevar sus respectivos botines a sus tiendas, donde sus mujeres lanzaban exclamaciones de alegría. Los chicos se apoderaron de los instrumentos musicales y muy pronto la aldea resonaba con el estrépito de sonidos discordantes, mezclados con los mugidos de los camellos, los relinchos de los caballos, las ásperas y jubilosas voces de los hombres y los excitados ladridos de los perros. El terrible calor del desierto estaba ya trepando sobre la aldea y las rojizas y dentadas colinas distantes. El río destellaba pálido y perezoso. Pájaros silvestres revoloteaban sobre él y sus angostas riberas fértiles. Los fuegos de la aldea ardían y el aroma de carnero cocido impregnaba el aire seco.

Yesugei, olvidando momentáneamente la muchacha de Karait, fue directamente a la tienda de su esposa. Kurelen lo recibió en la plataforma. El lisiado sonrió ante el semblante del bárbaro cubierto de polvo.

—Tienes un hijo —anunció—. Es un día memorable éste del nacimiento del hijo del gran khan, en el año del Cerdo, según el calendario de las Doce Bestias. —Sonrió de nuevo reverentemente, porque Kurelen consideraba que la lisonja era lo más barato y la moneda más eficaz para comprar comodidad y liberarse de la obligación del trabajo. ¿No había dicho él: «el tonto cocina y el hábil come»?

La boca de Yesugei se abrió en una sonrisa de pueril gratitud. Embistió contra Kurelen, que se vio obligado a hacerse a un lado. Entró. Houlun dormía aún con la mejilla apoyada en una mano. Sonreía todavía extrañamente. Una sirvienta sentada en el suelo acunaba en sus brazos al bebé, arropado y llorando. La presencia de Yesugei introdujo fuerza y turbulencia dentro de la tienda. En la oscuridad, sus ojos de bárbaro centelleaban ferozmente. Sólo miró a su hijo. Con un grito, lo levantó en sus brazos y miró alrededor con una sonrisa frenética. Lanzaba exclamaciones, levantando al niño hacia el techo de la tienda, como si presentara un tesoro a

un dios. «Para pasmoso deleite de los dioses», pensó Kurelen, que lo observaba desde la entrada.

Yesugei, alborozado, pidió a los dioses que fueran testigos de la fortaleza y hermosura de su primogénito, descendiente de los burchikoun, los hombres de los ojos grises y antiguos descendientes del lobo azul, que habían concebido los mongoles qiyat. Éste era el descendiente de Kabul Khan, que se había reído en la cara del emperador de Catay y le había tirado descaradamente de la barba. Este niño sería el más grande de todos ellos porque ¿no era acaso el hermano juramentado de su padre, el poderoso khan de los keraítas, Toghrul, la más formidable horda del desierto, la que era conocida entre los cristianos como del Preste Juan? Todo el desierto de Gobi temblaría a su paso. Las colinas rojizas se derretirían ante él. Los ríos crecerían y producirían nuevos pastos para sus animales donde antes sólo el desierto ardía. Los tesoros de Catay, las más bellas mujeres del Tíbet y la India, de Samarcanda y Bagdad, serían todas suyas. ¡Las ciudades caerían ante él! ¡Oh! Los ojos de Yesugei acrecentaban su fiereza y frenesí. Devolvió el bebé a los brazos de su niñera. Él debería acudir al chamán enseguida porque seguramente el primer sacerdote, Kokchu, atestiguaría que él decía la verdad. «Sin duda», ironizó Kurelen para sí mismo. Observaba a Yesugei con honda curiosidad. La vitalidad y pasión de los bárbaros parecía llenar la tienda con un viento, y Kurelen no se habría sorprendido si se hubiera visto violentamente lanzado por los aires.

Yesugei pidió que llamaran al chamán, pero antes de que la sirvienta pudiera ponerse en pie y obedecer, salió impetuosamente de la tienda gritando a viva voz. Kurelen pensó que Yesugei podía tardar bastante en regresar. El chamán tenía muchas cosas que contarle. De modo que, prudentemente, decidió despertar a Houlun. Se acercó al lecho. La sirvienta, mirándolo con mal ceño, cubrió el rostro del niño, que berreaba. Pero Kurelen no estaba interesado en el niño. Sólo veía a Houlun. Colocándole una mano en la frente, se inclinó hacia ella. Su semblante tomó una expresión inescrutable, triste, sombría y muy oscura. Dijo con voz tranquila y resuelta:

—Despierta, hermana mía. Despierta.

Ella no se movió. La sirvienta inclinó la cabeza con maliciosa satisfacción en su semblante. Houlun no se movió. Sólo su sonrisa se hizo más plácida, casi imperceptiblemente. «Él la ha hechizado —pensó la criada—, y si ella no se despierta lo van a matar». Se pasó la lengua por los labios. Sus ojos destellaron de odio.

Kurelen continuaba inclinándose sobre su hermana con la mano sobre su frente. Su expresión inescrutable se profundizaba. Entornó los ojos. Una lucha terrible se estaba dirimiendo en esa tienda. Una lucha entre los deseos de la durmiente mujer y el hombre que se esforzaba por despertarla. Encima del lecho, dos antagonistas invisibles trenzaron sus brazos y permanecieron inmóviles, los ojos del uno clavados en los del otro. La lucha continuaba implacable. Algo en el aire convirtió los llantos del niño en suaves sollozos aterrorizados. Gotas de sudor perlaban la contraída frente de Kurelen. Resbalaban lentamente por sus mejillas, como gotas de mercurio. La sirvienta encogió los hombros con impío júbilo.

Kurelen dijo silenciosamente a la voluntad de su hermana:

«Despierta. Debes despertarte. No puedes triunfar sobre mí. Houlun, despierta».

Pero Houlun siguió durmiendo.

Kurelen levantó la cabeza alerta. Una conmoción se aproximaba. Era Yesugei acompañado por Kokchu, el mortal enemigo de Kurelen, y algunos de los regocijados guerreros. Los ladridos de los perros los precedían como las fanfarrias de un ejército. Los húmedos labios de Kurelen se apretaron repentinamente. La saliva le inundó la boca. Enojo y miedo se despertaron en él. Sus pupilas dilatadas destellaron.

Iracundo, se inclinó de nuevo sobre su hermana. Tomó sus manos y las apretó. Hubo un débil crujido de huesos, nítido en el expectante silencio de la tienda. Entonces, presionando con los pulgares sus párpados, los forzó a abrirse. En sus gestos había apresuramiento, pánico e ira. Kurelen le dijo mentalmente, con desdén y temor:

«Eres un cobarde porque no quieres despertarte. Pero hazlo por mí. Están en la puerta de la tienda y van a entrar. Si no despiertas, me matarán. Te ordeno en nombre de nuestro cariño que despiertes, Houlun. Odio la vida, pero odio más la muerte y mucho más el dolor».

Yesugei apareció en la entrada, enigmático y siniestro, dispuesto a entrar. Un débil gemido salió como una burbuja de la garganta de Houlun. Moviéndose la cabeza. La sirvienta inspiró hondo con acre desilusión. Exclamó ansiosa, dirigiéndose a Yesugei, que se acercaba a la cama con su corta espada curva en la mano:

—¡Él la ha hechizado!

Detrás de Yesugei apareció la alta y magra figura del ataviado chamán, con su largo rostro sonriendo con expectación maligna.

Kurelen se incorporó. Sus facciones estaban pálidas y desencajadas de agotamiento. Miró a su hermana. Supo que había triunfado. Dijo en voz alta y tranquila:

—Ella ha sufrido mucho y ha dormido profundamente, pero ahora se despierta para saludar a su señor.

Yesugei no habló. Se detuvo junto al lecho de su esposa. Fijó sus amenazadores ojos en Kurelen. Entonces Houlun gimió de nuevo, movió la cabeza sobre la almohada como si estuviera sufriendo, y abrió los ojos. Estaban nublados, pero había un débil resplandor de reconocimiento en ellos. Sólo miraba a Kurelen.

Él le sonrió como se sonríe a un niño que ha superado un trance mortal.

—Has dormido mucho tiempo, hermana mía —dijo con extrema suavidad.

El chamán se aproximó entonces, furioso de frustración.

—¡Tú la has hechizado! —acusó—. ¡Es culpa tuya que casi haya muerto!

Pero Kurelen lo ignoró como un noble ignora las quejas de un plebeyo. Y dijo a Yesugei con indulgente sonrisa:

—Ella vivirá mucho tiempo... para darte otros hijos portentosos.

Yesugei se rascó la oreja con incertidumbre. Comenzó a envainar la espada. Observó a Houlun y sonrió tontamente. La amaba mucho. Se inclinó y la besó apasionadamente en los labios.

—He traído muchos tesoros y podrás elegir los que quieras, Houlun, porque tú me has dado el más grande de todos los tesoros.

El chamán hizo una mueca desdeñosa. Se volvió clavando la mirada con furia en Kurelen. Pero éste sólo sonrió con sarcasmo, empujándole el venerable pecho con un dedo largo y torcido.

—De nuevo debes sacrificar sólo carnero o caballo para esta auspiciosa ocasión, Kokchu —dijo—, ¡pero vete a hacerlo! Tú eres diestro con el cuchillo y sin duda puedes prolongar delicadamente la agonía de la bestia.

Enfurecido, Kokchu apartó a un lado aquel dedo torcido. Dio un paso atrás como repeliendo un contacto sacrílego y sucio. El odio y la locura le desencajaban las facciones. Sus ojos refulgían. Kurelen estalló en estruendosa risa.

—¡No desperdicies tu imaginación en mí, Kokchu! ¡Vete ya! ¡Cavila grandes profecías para este noble hijo de los mongoles qiyat! Tú podrás, lo sé, conjurar las cosas más asombrosas a la manera de los sacerdotes.

Y salió de la tienda aún riendo.

Capítulo 4

KURELEN se sentía gozoso y exquisitamente divertido. Continuó riéndose para sí mismo mientras avanzaba presuroso y cojeando a través de los pasadizos entre las tiendas. No parecía ver los ceños malhumorados que lo saludaban a regañadientes. El monje budista y el sacerdote cristiano nestoriano estaban sentados sobre sus pertenencias, enjugando los rostros cubiertos de polvo con sus mangas. Nadie les prestaba atención, aunque un círculo de perros les ladraba amenazadoramente. Kurelen dio un puntapié a un perro, espantándolos a todos.

Kurelen observó a los cautivos con interés. El monje tenía un semblante apacible y manso, de color marfil amarillento. Sus oblicuos ojos estaban llenos de paciencia. Su túnica de lana estaba hecha jirones. Los pies desnudos le sangraban y tenían costras de tierra. Se había sacado el cómico sombrero y el crudo sol hacía refulgir su pelada cabeza. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo. Parecía sumido en alguna melancólica y celestial meditación. El sacerdote cristiano, en cambio, tenía un aire osado. Kurelen pensó que este hombre era un bárbaro, que no era un miembro de la civilizada raza de Catay, como sí lo era el monje. Tenía un semblante siniestro y encolerizado. Una mirada inquisitiva y ávida. Se rascaba su áspera barba y cabello impacientemente, matando los piojos que encontraba con mezquina venganza. Su túnica de lana no estaba hecha jirones. Sus bártulos eran más que los del monje. Además, llevaba una respetable daga en una vaina de marfil. Era un hombre más corpulento, más viril que el monje y más joven. En su cinto, de un cordel colgaba una cruz de madera.

Kurelen no pudo ubicarlo inmediatamente. Dijo:

—¿De qué país eres, sacerdote?

El hombre le clavó la mirada tan largamente que Kurelen empezó a creer que no entendía su idioma. Pero por último respondió lacónicamente en el lenguaje de Kurelen, aunque con un acento desconocido:

—Vengo de la tierra del mar de Aral.

Kurelen sonrió.

—Serás un excelente amigo para nuestro chamán —declaró.

Se volvió hacia el monje budista, que seguía sumido profundamente en sus melancólicas meditaciones. Le habló en el lenguaje de Catay y entonces el monje levantó la cabeza y sonrió con lágrimas en los ojos.

—No estés tan abatido —dijo Kurelen suavemente. Se agachó junto al monje mirándolo con una sonrisa de afable humor—. Nosotros no somos mala gente. Ocúpate de tus cosas, sujeta tu lengua y ningún daño caerá sobre ti.

El sacerdote había vivido en Catay y comprendió algo.

—¡Mi padre es un príncipe! —exclamó con soberbia.

Kurelen lo miró con ceño.

—Todo este infausto lugar está lleno de príncipes —observó—. Sé prudente. Acostúmbrate. Pero, como he dicho, sin duda harás muy buenas migas con nuestro chamán. ¡Será un hermano de sangre para ti!

De nuevo volvió su atención hacia el monje, que había empezado a sollozar. Kurelen enarcó las cejas con curiosidad. El monje se mecía sobre sus bártulos y se lamentaba:

—El Señor me ha enviado para llevar la luz a los paganos y a los perdidos, y me ha depositado en este desierto, donde ninguna luz llega.

Kurelen se encogió de hombros.

—Bien, pues enciende tu lámpara. Pero te aconsejo que no compitas con el chamán. Él tiene feas maneras.

El sacerdote, que despreciaba al budista, le dijo:

—Tu Dios es un espíritu maligno, pero el mío es el Camino de la Verdad. Aquí plantaré yo su estandarte y su cruz, y llamaré a todos los moradores de la oscuridad a la Luz Eterna.

Kurelen le sonrió con benevolencia. El sacerdote se removió con ira sobre sus enseres, se tiró de la barba y lo miró fijamente, resoplando.

—¿Dónde está el jefe? —exclamó—. ¡Yo no seré tratado así! ¡Soy el hijo de un príncipe!

Kurelen dijo:

—¿Tú no has sido expulsado de Catay? Si mis recuerdos no me engañan, tú y tu clase despedíais una inmundada hediondez en aquella tierra, y el emperador os echó cortésmente.

El sacerdote resopló otra vez, rehusando desdeñosamente responder.

Kurelen preguntó sus nombres al monje y al sacerdote. El budista se llamaba Yelmi y descendía de una antigua familia de mandarines. «¡Oh! —pensó Kurelen—, ésa es la razón de su afabilidad y cortesía, de su modesta indulgencia. Solamente los verdaderos nobles, de cuerpo y alma, tienen estas cualidades». El sacerdote al principio ignoró la pregunta de Kurelen y luego, con arrogancia, dijo que su nombre era Seljuken, repitiendo que su padre era un príncipe. Kurelen hizo una mueca. Él conocía esos brutales «príncipes» de

la estepa y los lagos salados. Esos pequeños potentados que comían carne a medio cocer y dependían para su sostén de las invasiones y el asesinato.

Un bullicioso alboroto informó a Kurelen de que Yesugei había dejado la tienda de su esposa y se disponía a ocuparse de su botín. Su nueva esposa, la muchacha keraíta, fue asignada a una tienda y se le entregaron sirvientas. Yesugei desapareció dentro de esta tienda. Kurelen, que había empezado a vagar de nuevo dando puntapiés a los perros e inspeccionando inquisitivamente las pilas de artículos robados, sonrió sarcásticamente mientras pasaba por delante de la tienda de la nueva esposa. Se detuvo a escuchar. Nada se oía detrás de la cortina.

Volvió a la tienda de su hermana. Ésta sostenía en brazos a su hijo, que mamaba de su pecho desnudo. Su expresión era fría y recelosa, pero cuando entró su hermano sus ojos se tornaron afectuosos y le sonrió. Kurelen palmeó su hombro e, inclinándose sobre el pequeño, le pellizcó una mejilla rosada. El bebé hizo un movimiento impaciente con una manita, pero a pesar del pellizco continuó con su importante tarea.

—¡Oh! —dijo Kurelen—, es un gran muchacho. ¿Piensas que se parece a mí tal vez?

Houlun se rió. Observó al bebé con interés y lentamente apareció en su semblante una especie de orgullo materno.

—Creo que no. No tiene tu expresión bobalicona. —Los dos sonrieron. Acarició el suave cabello del niño—. ¡Mira este cabello! ¡Tiene el rojo dorado de la puesta del sol! Y sus ojos son tan grises como las estepas del desierto.

Luego con voz excitada, en la que trataba de mantener su incipiente orgullo, dijo:

—¿Crees que será un gran hombre?

—¡Oh, no lo dudo! —contestó.

Ella lo miró con escepticismo, pero nada podía ser más suave que su mirada. Apretó al niño fuertemente en su pecho y dijo:

—Tú le enseñarás a leer y lo llevarás a tierras extranjeras, Kurelen. ¡Claro que será un gran hombre, porque es mi hijo y es toda mi vida!

Kurelen apretó los labios pensativamente. Pellizcó la oreja del niño. Jugueteano, retiró el pequeño rostro redondo del pecho de la madre. El pequeño soltó un berrido, pataleando con frenético enojo. Kurelen reía deleitado. Acercó el rostro del bebé al hinchado pecho y, tras algunos intentos fallidos, el niño retornó sus esfuerzos.

Entonces Kurelen habló tranquilamente:

—Él es toda tu vida, dices. Pero quizá es también toda la vida de su padre. No le enseñes a odiar a su padre, Houlun. Es una cosa terrible para el alma de un hijo, odiar a su padre. Lo sé.

Él asintió y se marchó. Con ceño, Houlun lo observó irse. Sintió la ávida boca del bebé en su pecho.

—Él es mi vida —murmuró, y acentuó el ceño.

Capítulo 5

YESUGEI celebró su triunfo y el nacimiento de su hijo con una gran fiesta, y su pueblo lo celebró alegremente con él. La vida era áspera para ellos, pero las inmensas estepas, las terriblemente vacías llanuras, las rojizas y brillantes colinas, los desiertos tan secos y descoloridos como la barba de un viejo, los vientos y las tormentas, los truenos y las tierras estériles, el hielo y las tempestades eran su mundo. No conocían hogar fijo, viajaban con las estaciones, huyendo de los fuertes vientos y las nevadas furiosas de los terribles inviernos. Huyendo de los veranos de sequías y arenas, del calor del desierto y sus tormentas. El hambre era el espectro que se sentaba con ellos en cada comida. No importaba lo succulenta que ocasionalmente pudiera ser una. La comodidad y la seguridad de los hombres de la ciudad no era de ellos. Con frecuencia se acercaban a la gran muralla que protegía al pueblo de Catay de su bárbara influencia, pero pocos, excepto los comerciantes, entraban jamás dentro de ese guardián de piedra. A veces estas hordas acampaban fuera de las murallas y miraban con envidia a los hombres obesos que iban y venían en sus tareas. Acampaban allí, desconsolados, cuando los campos de pastoreo estaban áridos, los rebaños y los caballos habían muerto y ellos se frotaban sus magros y vacíos vientres llenos de odio hacia los hombres de la ciudad. Pero cuando los pastos eran buenos y las correrías provechosas, despreciaban a los obesos habitantes de las ciudades y hablaban en tono altisonante de la gloriosa libertad de las estepas salvajes, con sus pálidas sombras de sol flotando sobre ellas. Las auroras boreales giraban con magnificencia cruzando los cielos invernales para regocijo de los hombres y de valles no hollados, donde los hombres de la ciudad nunca se aventuraban.

Sólo los que viven peligrosamente pueden regocijarse con plenitud, de modo que cada casamiento, muerte o nacimiento era ocasión para desenfadada veleidad y festejos. Entonces mataban sus caballos y carneros gordos, llenando sus vasos con kumiss y vino de arroz. Bailaban, gritaban, aplaudían y reían ruidosamente. La risa de los nómadas era la risa de las bestias feroces, momentáneamente libres de las exigencias de su vida y sus constantes riesgos. Los hombres de la ciudad, descontentadizos y aburridos, no reían así porque la comodidad no crea la gran risa que nace simultáneamente en el vientre y el alma. La risa de los hombres de la ciudad, como decía Kurelen, salía suavemente del cerebro, y era tan acre y tan salobre

como el agua del desierto. La alegría que venía del cerebro era ácida y maliciosa, naciendo en su mayor parte de la contemplación de la tontería de la humanidad. No era buena alegría aunque divirtiera a los iniciados, que odiaban a los otros hombres. Kurelen había observado que el dolor y el sufrimiento, la privación y la incertidumbre, la injusticia y la lucha eran el combustible para la rebeldía y hacían danzar a la misma tierra con jubilosa simpatía, como no danzaría nunca por el lujo y la calma.

A medida que la noche se aproximaba, los fuegos del campamento empezaron a arder con vívidas llamas anaranjadas en el crepúsculo color ciruela. Las cortinas de las tiendas en forma de cúpula estaban abiertas y los braseros ardían al rojo en su interior. La bóveda del cielo se perdía en inmensas nieblas malva, pero hacia el este, las colinas, talladas en forma de torrecillas sobresaliendo y cayendo, eran inexorables terraplenes labrados en brillante jade rosado con ondulaciones color heliotropo. La curva del horizonte, colosal y difusa, era un arco de púrpura. El oeste flameaba formidable con violentos trazos amarillos, tan crudos como oro nuevo, tajado en un helado y transparente verde. La tierra flotaba como un espejismo, tomando extraños colores, las quebradas llanuras eran barridas por vientos teñidos con sombras grises, alhucema, azules y ámbar. El inmenso y solitario silencio del desierto de Gobi parecía caer del infinito sobre la tierra, y hasta la voz del pálido río se perdía en ese silencio. Cada vez más brillantes, con una patética bravura, las llamas de los fuegos del campamento resplandecían y las voces de la gente sonaban frágiles y tenues en el sobrenatural aire del desierto: los chirridos de los grillos en la faz del sueño universal. Como pequeños grillos negros, ellos se movían alrededor del fuego, semejando estar dotados de una vida febril e insustancial, saltarina y movediza. A poca distancia, los alargados y torcidos árboles se contorneaban como torturados más allá de lo soportable, parecían moverse entre la horda como alas de amenazantes monstruos, erizados de armas extrañas y cimbreantes. Mudas y monstruosas pesadillas invadiendo ese sueño universal.

De repente la tierra y el cielo se nublaron en una oscuridad semejante a la caída de un velo. Entonces, en esta intensa noche, nació una luna colosal y brillante, apareciendo por detrás de una colina de occidente, sin preaviso, sin la difusión lechosa que hace de cortejo a las lunas de climas más húmedos. La tierra y el cielo estaban iluminados con agudas y espectrales luces, descoloridas pero intensas. La distancia perdió en vaguedad, avanzando en el primer plano, distinta e inminente. Filas de caóticas y quebradas colinas, a treinta kilómetros de distancia, parecían sólo a unos minutos de camino. Cada

guijarro, cada trozo de cascajo en el suelo desierto, resplandecía con frágil y agudo esplendor. Enormes estrellas esféricas parecían al alcance de la mano de un hombre a caballo. Su ígneo brillo no era oscurecido ni siquiera por la luna. En este universo de oscuridad y blancura resplandeciente, estos grises transparentes de sombras agudamente delineadas, los fuegos de estiércol anaranjados y rojos eran pequeñas insignias fantásticas. Y de nuevo los fuertes vientos helados cayeron sobre la tierra con voz ahuecada, cargados de ecos misteriosos, volando con la luz de la luna, viniendo espantosamente alados desde el cielo.

Los hombres reían ásperamente alrededor de los fuegos porque éste debía ser un noble khudur, el más hermoso festival por mucho tiempo. Los supersticiosos mongoles estaban muy excitados acerca del coágulo de sangre en la mano del primogénito de Yesugei. Era claramente un signo de los espíritus del aire y del cielo. Claramente indicaba que éste no era un hijo común de un jefe. Éste tenía que ser algún gran khan, quizá el Kha Khan que conquistaría enormes tierras fértiles para su gente y humillaría a los obesos hombres de la ciudad hasta ponerlos de rodillas. Guerreros armados con arcos y cascajes de flechas, cortas espadas curvas y lanzas protegidas en abrigos de grueso fieltro y pieles de carnero, chaquetas de cuero teñido, armaduras barnizadas y sus magros rostros oscuros untados con grasa, bebían en abundancia, riendo con excitación o repitiendo la historia del coágulo de sangre. Hombres viejos deambulaban de un fuego al otro, tocando en violines de una cuerda, zanganeando y contando historias de héroes poderosos e indulgencias tribales, con voces finas y vacilantes. Copas de vino de arroz les eran ofrecidas como recompensa y ellos bebían enjugando sus barbas húmedas con el dorso de sus nudosas manos. Todo era negrura y luz de luna más allá de los fuegos, pero aquí los fuegos anaranjados tallaban toscamente oscuros y rudos pómulos y labios, mentones salientes y cuencas de ojos feroces y abiertos. Aquí los crudos colores de un escudo de cuero, redondo y barnizado, eran revelados de repente hasta el mínimo detalle. Aquí la hoja de una espada resplandecía. Aquí había centelleo y brillo de dientes blancos. Más allá de los fuegos estaban las suaves y negras colmenas de las tiendas, a través de cuyas cortinas las mujeres iban y venían cargadas con vinos, cordero y confituras. A las mujeres se les permitía sentarse detrás de los guerreros, cerca de los fuegos, pero los chiquillos hacían escaramuzas y peleaban, disputándose con los perros los restos de comida. El alboroto, las risas y la música asaltaban las oscuras cavernas abovedadas de los cielos sin fin, y los vientos respondían, atronando y agitando los fuegos.

Hacía mucho frío y era casi la época de trasladarse a los apacentaderos de invierno. Los fuegos de estiércol tenían que ser continuamente renovados y los guerreros se ponían un abrigo extra de fieltro bordado y se frotaban las manos. El ganado vacuno, las ovejas, los camellos y los caballos estaban inquietos.

Los cantos de los salvajes y los montaraces rara vez son cantos de amor. Son cantos de coraje, de héroes, de hazañas valerosas y de la amistad de hombre a hombre. Los guerreros escuchaban estos cantos y a veces se unían a los coros con voces ásperas y regocijadas. Próximo a un fuego, un hombre anciano, arañando su violín, cantaba:

Khan de cuarenta mil tiendas es nuestro noble señor.

Hijo del lobo azul es nuestro khan.

El lobo azul que corre por las blancas estepas, mudo, como una sombra.

*¿Quién desafía a nuestro señor, el que se para ante la luna,
más brillante que la luna, con su lanza y sus emblemas?*

¿Quién desafiará a su hijo, el amado de su pueblo?

Y los guerreros gritaban jubilosamente:

¿Quién desafiará a nuestro señor y al hijo de nuestro señor?

Sus ojos son del color del desierto gris, su corazón es de hierro.

¿Quién desafiará al señor, al Kha Khan?

Kurelen, arrellanado en la tienda de su hermana mientras ella arropaba al bebé con alguna seda suave cosida con piedras preciosas, se servía confituras de la caja de plata. Las confituras tenían aroma y sustancia de rosas, y llenaban la tienda iluminada por el fuego con celestiales olores. Kurelen, apreciativo, se relamía los dedos, comiendo más. Comenzó a canturrear con su voz singularmente hermosa:

¿Quién desafiará a nuestro señor y al hijo de nuestro señor?

Se echó a reír, sacudiendo la cabeza y volviendo a rellenarse la boca.

Houlun frunció el ceño. En el pasado no le desagradaba que Kurelen se mofara de Yesugei. En realidad ella también lo había hecho, pero ahora estaba disgustada.

—Estás molestando al niño, Kurelen, con tanto ruido.

Kurelen, haciéndole muecas, enarcó las cejas.

—Seguro que no.

—Qué bonito canto es ése. Escucha:

Khan de cuarenta mil tiendas es nuestro noble señor.

Sus tiendas están llenas de riquezas y hermosas mujeres.

Sus rebaños vagan por las praderas y las colinas tocadas por las nubes.

¡Grande es el señor, el Kha Khan, el bendito del cielo!

Houlun simulaba estar ocupada en abrigar al niño.

—Eres un tonto, Kurelen —declaró sin mirar a su hermano—. Además, ¿por qué estás comiendo siempre?

Kurelen, haciendo muecas de nuevo, se encogió de hombros.

—¿Qué más queda en el mundo para un hombre sensato? —Y chupó sus dedos sonoramente.

Miró alrededor buscando algo más para comer. Había un plato de plata con cordero hervido y hierbas. Tomó un gran trozo y lo comió con fruición, masticándolo con sus largos dientes blancos. Houlun interrumpió su tarea para mirarlo con desagrado. Entonces, encontrando su mirada majadera, se vio forzada a reír también. Dejó el bebé y, todavía sentada, se estiró hacia un taburete para servir una copa de vino de arroz que alcanzó a su hermano. Su cabello, largo y negro, cayó sobre sus brazos desnudos. Sus hermosos ojos grises estaban llenos de amor. Él tomó la copa, pero no bebió. Una sombra inescrutable cayó sobre su semblante mientras la contemplaba. Al lado de su madre en la cama, el bebé pataleaba furiosamente las vestiduras de seda brillante que lo constreñían. Hubo un repentino silencio en la tienda, pero fuera, los cantos, las risas y los gritos eran aún más fuertes.

La tienda temblaba, sacudida por la ventisca.

Kurelen miró al bebé y pareció meditar.

—Oh, sí —dijo suavemente—, es en verdad un hermoso muchacho.

Houlun, conmovida, volvió la cabeza lentamente para observar a su hijo. Una ancha sonrisa apareció en sus labios. Lo levantó en brazos apretándolo contra el pecho. Las ropas que lo envolvían eran para el traje de boda de una princesa otomana. Eran del color de las rosas y tenían el fulgor de los pétalos. Las gemas con que estaban bordadas emitían destellos rojos y azules. Las costuras estaban adornadas con perlas.

—Sin duda será un Kha Khan —dijo Kurelen.

La inteligente Houlun se sintió aturullada. Miró a Kurelen con ojos brillantes.

—¡Oh!, ¿lo crees así realmente? —exclamó.

Kurelen estuvo a punto de reír de nuevo, pero se contuvo. Entornó los ojos y meneó la cabeza.

—Sin duda —repitió. Y su hermana no captó su ironía.

Yesugei y sus guerreros se aproximaban para llevarse al niño a la ceremonia de darle nombre. Houlun no debía estar presente, no sólo porque era una mujer, sino porque estaba todavía débil por el parto. El bebé estaba ceñidamente envuelto en ese momento y tenía la carita enrojecida de tanto berrear. Houlun lo arropó con un corto abrigo de cibelinas para protegerlo del viento. Yesugei, ebrio y excitado, con mirada indómita, joven y glorioso, apareció en la entrada y gritó pidiendo su hijo. Llevaba puesto el precioso abrigo de cibelinas de su padre. Debajo llevaba una casaca de lana blanca, ricamente bordada en rojo y azul. Las orejeras de su gorro de piel estaban levantadas y Kurelen vio su frente cubierta de sudor.

Tomó al bebé de brazos de Houlun. Ella se rodeó con los brazos como si el gesto la hubiera herido. Yesugei ignoró a Kurelen, pero cuando ya se marchaba oyó su suave y seductora voz:

—Yo digo que el niño será por lo menos un Kha Khan.

Yesugei se volvió. Su hermoso y simple rostro se iluminó de éxtasis y orgullo.

—¿Tú lo crees? ¿Pero qué otra cosa podría esperarse del hijo de los hombres de mirada gris, Kurelen?

Kurelen se levantó indolentemente. Se rascó el mentón y fingió concentrarse en estudiar al infante, que había empezado a berrear.

—Por supuesto —murmuró Kurelen. Parecía sumido en sus pensamientos—. Anoche tuve un sueño extraño. Veía a un hombre en un trono dorado, sentado en una gran tienda, rodeado por cientos de nobles guerreros con turbantes en sus cabezas. A sus costados se sentaban princesas de Catay y Samarcanda. Era el más grande de todos los khanes. Y yo sabía que era tu hijo, Yesugei.

Yesugei rebosaba alegría, henchido de orgullo. Sacudía al niño en sus brazos. Apenas podía contenerse. Se dispuso a marcharse, pero de nuevo la voz de Kurelen lo detuvo.

—Yesugei, uno de tus cautivos es un cura y otro un hombre pío de Catay. He visto al cura arengando a algunos de tus hombres. Eso es muy malo. Creará problemas. Di a esos dos que cierren el pico, bajo amenaza de muerte.

Yesugei frunció el ceño con arrogancia.

—Mi padre admitía muchas religiones entre su gente y nunca tuvo problemas.

Kurelen meneó la cabeza suavemente.

—Yo los he visto en Catay. ¡Crean terribles disensiones! El emperador era cortés y tolerante porque era un hombre hábil. Pero la sabiduría es a veces confundida con debilidad por los hombres arrogantes. Al final tuvo que recurrir a ejecuciones masivas para someter a los incitados por los cristianos. Se dice que él lloraba. Después estuve en Samarcanda y allí también vi...

—Tú has visto demasiadas cosas —interrumpió Yesugei con rudeza, y salió con su hijo.

Hubo un corto silencio en la tienda. Entonces Kurelen, como recordando las últimas palabras de Yesugei, dijo suave y meditativamente para sí:

—Sin duda. Sin duda... —Y sacudió la cabeza sonriendo burlescamente.

Kurelen deambulaba de un lado a otro entre las tiendas y los fuegos, buscando un sitio donde asegurarse calor, comida y vino. Pero como era tan mal visto, nadie tenía lugar para él y le cerraban cualquier pequeño espacio que hubiera. Las mujeres le hacían muecas porque sólo estaban interesadas en el donaire del cuerpo y creían también que Kurelen las despreciaba. Cojeaba de un fuego a otro, temblando dentro de su abrigo de fieltro y con la capucha rodeando su largo rostro moreno. Por último llegó al más pequeño de los fuegos, donde, prácticamente solos, encontró al cura Seljuken y al monje budista Yelmi. Una olla de carne de caballo estaba sobre el fuego y había abundante vino porque la hospitalidad mongola era generosa. Seljuken estaba comiendo de mal humor, arrancando los trocitos de carne del hueso con aire resentido. Yelmi sólo bebía vino. Estaba sentado mirando el fuego con leve melancolía. Parecía haber olvidado dónde estaba. A intervalos suspiraba, frotando sus lastimados pies. Seljuken, ignorándolo, se inclinó descortésmente frente a él para llenar su copa del recipiente de kumiss.

Kurelen se sentó en cuclillas del otro lado del fuego y saludó a los dos hombres piadosos con afabilidad. Seljuken gruñó con los carrillos llenos, pero Yelmi respondió con las palabras de los merkitas, con gran cortesía y gentileza. Su semblante se iluminó. Sonrió. Cuando Kurelen comenzó a hablarle en el lenguaje de Catay, el delgado y cansado monje se conmovió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Kurelen le habló de Catay, de sus templos y sus campanas, de sus enormes edificios, de sus calles, de los grandes conocimientos de sus filósofos, músicos y maestros, de sus academias y palacios. Yelmi resplandecía de orgullo. Sus lágrimas resbalaron.

—Mi padre era amigo del viejo emperador —dijo—, y sus manuscritos son todavía los tesoros del palacio. Era poeta. Su nombre era Ch'un Chin.

—¿De verdad? —exclamó Kurelen sorprendido—. Conozco muchos de sus poemas. ¿No había uno titulado «La escudilla vuelta hacia arriba»?

Yelmi sonrió y negó con la cabeza.

—Mi padre era un gran cínico. Un gran amante. No creía en nada, ni siquiera que no creía en nada. Uno debe hacer concesiones...

Kurelen sonrió, recordando.

—Los poetas de Persia no pueden igualarlo. Los persas declaran que nada es importante. Pero sólo los chinos creen eso. La poesía sin creencia es sólo hilos de brillantes y vacías cuentas ensartadas en tripa sin valor. Brillan y atraen la mirada, pero no tienen aliento.

Seljuken, escuchando esta extraordinaria conversación en la muda inmensidad del desierto de Gobi, los miraba azorado, masticando lentamente. Una expresión de desprecio se dibujó en su semblante y descartó a esos imbéciles con un encogimiento de hombros. Pensó para sí, con orgullo: «Mi padre es un príncipe».

Kurelen seguía conversando con el monje. Reía continuamente y sus ojos brillaban. Encogía los hombros y sacudía las manos con gestos vehementes. Exhibía una inusual vitalidad. Yelmi reía afablemente ante el ingenio de Kurelen. Su melancolía se disipó del todo y, como sucede con todos los estudiosos y hombres sabios, olvidó la miseria de su presente condición mediante la exaltación y éxtasis de palabras surgidas del cerebro y no del estómago. Podía haber estado en la casa de su padre otra vez, una casa llena de marfil y teca, con preciosas alfombras y sedas, con cerámicas incrustadas en oro, jade e incienso, y Kurelen podía haber sido uno de aquellos alegres y cínicos filósofos a quienes tanto estimaba su padre.

Por último exclamó:

—Pero ¡qué extraño que tú permanezcas en este desierto, siendo tan ilustrado!

Kurelen rió con sarcasmo.

—Yo no soy tan ilustrado. Tengo meramente facilidad de palabra y una mente rápida que no olvida los gestos y las frases de los sabios. Pero no tengo verdadera ilustración. Soy demasiado haragán. Prefiero comer. —Y cogió un tierno trozo de carne del plato de Yelmi. Sin embargo, estaba complacido.

Yelmi sacudió la cabeza en gentil negativa de las aseveraciones depreciativas de Kurelen, y éste, con la boca llena, observó al monje pensativamente.

—Pero aun así tengo una palabra de sabiduría para vosotros. Nuestro primer sacerdote, Kokchu, es un hombre vengativo. Lo he visto vigilaros hoy, con expresión no grata, cuando hablabais a nuestra gente. Os aconsejo permanecer sumisos a él. Tiene conocimiento de muchos venenos.

Seljuken resopló desdeñosamente.

—Nosotros los cristianos tenemos la misión de ir hasta el fin del mundo para enseñar la palabra del Señor, aunque se nos amenace con la tortura y la muerte.

Kurelen enarcó las cejas.

—No hables tan alegremente acerca de la tortura. Tú no conoces las mañas del chamán. De cualquier modo, os he aconsejado.

—¡Yo enseñaré la verdad! —dijo Seljuken enfadado, aunque mirando alrededor con cierta inquietud.

Kurelen masticó y reflexionó.

Cuando respondió, lo hizo mirando a Yelmi, descartando al cura como a un ignorante.

—La verdad usa muchos y diferentes disfraces —dijo—, y es la meretriz de muchos maestros. Recuerdo que uno de los poemas de tu padre versaba sobre la verdad, la que él consideraba mercenaria de cualquier príncipe. Espero que tú al menos conserves tu versión de la verdad en tu pensamiento. —Hizo un gesto indicando los muchos fuegos y la multitud de guerreros sentados a su alrededor—. Ésos son hombres fuertes, amigo mío, rudos y salvajes. Ellos no platican. Toman. ¿Qué necesidad tienen ellos de lógica o de filosofía? Ellos viven esas cosas. No conversan acerca de ellas.

—Pero tú sí lo haces —repuso Yelmi con una sonrisa.

Kurelen, encogiéndose de hombros, bebió vino.

—Ya te lo he dicho, amigo mío: soy un haragán.

—Pero ¿por qué no vuelves a Catay?

—En Catay —respondió Kurelen sonriendo sarcásticamente— soy un tonto entre hombres inteligentes. Aquí soy un hombre entre bestias. Las bestias me alimentan. En Catay son más hábiles. —Se chupó los dedos apreciativamente. Luego sonrió al monje blandamente—. No lo olvides: he dicho que son bestias. Su bestialidad es previsible, pero los hombres civilizados son imprevisibles exceptuando su villanía. Cuenta con la villanía de cada hombre y no te desilusionarás.

El griterío alrededor de los fuegos se hizo más fuerte, a tal extremo que sus voces fueron ahogadas. Kurelen se levantó.

—Mi sobrino está por tomar nombre —dijo—. Debo unirme a las ceremonias.

Yelmi lo observó alejarse con mirada melancólica. Pero el cura no tenía ojos para nadie. Estaba borracho. Le arrebató la copa a Yelmi y se la bebió groseramente. Luego eructó y se enjugó su barba. Yelmi cayó en una profunda tristeza.

Kurelen se aproximó al gran fuego donde estaba Yesugei con el bebé en los brazos. El chamán lo examinaba soltando exclamaciones sobre su hermosura y haciendo profecías. Cuando los dos hombres vieron a Kurelen, pusieron mal ceño, pero no hablaron.

El chamán estaba diciendo que como el más grande botín de Yesugei había sido tomado en el día del nacimiento del niño, éste debía ser llamado con el nombre del jefe que Yesugei había vencido. Ese nombre era Temujin. Yesugei estaba encantado y el niño fue llamado inmediatamente Temujin. Los guerreros se agruparon alrededor para ver al pequeño, maravillándose ante su espeso cabello dorado y sus fieros ojos grises.

El chamán, excitado, prometió que aquella noche él convocaría un espíritu del Cielo Azul que asumiría la custodia y protección del niño. Kurelen soltó una carcajada y el chamán lo miró con odio.

—El último espíritu que tú evocaste, chamán, apareció en la forma de un oso y mató a dos hermosos niños.

El chamán volvió la espalda al burlón, pero Yesugei arrugó el entrecejo. Envolvió al infante en el abrigo de cibelinas y pareció indeciso.

—Quizá —dijo Kurelen bastante achispado— necesitaríamos otros conjuros en esta trascendental ocasión. Llama al monje y al cura. Tal vez sus espíritus sean menos sanguinarios.

A Yesugei le pareció una excelente idea y envió a un hombre a por los cautivos. Mientras esperaban, Kurelen se volvió hacia el chamán y le dijo con cinismo:

—He aconsejado a Yesugei que no permita que estos dos piadosos hombres distraigan las mentes de nuestra gente con doctrinas extrañas.

El chamán se quedó asombrado. Su odio se desvaneció, pero sus ojos permanecieron recelosos. Kurelen movió la cabeza.

—Las doctrinas extrañas crean extrañas contiendas. Tú eres suficiente para nuestra gente.

Kokchu sonrió, pero aún recelaba.

—Tú eres inteligente, Kurelen. Pero no todos los hombres lo son.

—Creo que deberían ser entregados a la próxima caravana para que se los lleve. Especialmente el monje. Estoy convencido de su santidad y quizá los espíritus se molestarán si es asesinado. Pero el cura no me da la impresión de estar bajo el amparo de ningún dios importante. Además, el invierno se aproxima y debemos trasladarnos. Cada boca extra es una carga extra.

Kokchu asentía sonriendo malévolamente. Se humedeció los labios.

Kurelen se extendió sobre el asunto.

—El año del Cerdo no es muy propicio para los mongoles qiyat. Quizá los espíritus necesitan para ser aplacados un sacrificio digno. ¿Qué dices, Kokchu?

El chamán replicó gravemente, pero sus ojos resplandecían:

—Estoy seguro de que hablas la verdad, Kurelen.

Yesugei había estado escuchando con aturdimiento. Dijo con ironía:

—Los cielos se desplomarán viéndoos de acuerdo en algo.

Kurelen lo miró con gravedad.

—Los hombres sabios pueden estar en desacuerdo sobre asuntos sin importancia, pero en las cosas serias son de un mismo pensamiento. —Le dio un golpecito en el hombro al chamán y éste retrocedió—. ¿No te parece, Kokchu?

El chamán se frotó el hombro y le lanzó una feroz mirada, pero respondió:

—De nuevo hablas la verdad.

El enviado regresó con Yelmi y Seljuken, que se tambaleaba, pero el monje caminaba con serena dignidad. El chamán los examinó con atención. Su mirada se entretuvo en Seljuken, a quien detestaba sólo de verlo. Luego miró a Kurelen y Yelmi, y un destello maligno cruzó sus ojos.

Yesugei deseaba la buena voluntad y la amistad de todos los dioses en esta ocasión. Por esta razón saludó a los cautivos cordialmente y les asignó los mejores sitios cerca del fuego. Les sirvieron bocados exquisitos y copas rebosantes. Yelmi sonreía cortésmente, tratando de comer y beber. La garganta de Seljuken, saciada, alardeaba. Los guerreros, divertidos, lo provocaban con extravagancias, rugiendo de risa, propinándole golpecitos y rellenando su copa. Kurelen, sentado cerca, sonreía sarcásticamente con el mentón apoyado en las rodillas. Los viejos hacían vibrar sus violines, los fuegos se avivaban y algunos guerreros, completamente ebrios, bailaban extrañas danzas. Con la oscura noche como fondo, los toscos rostros eran salpicados por el vívido fuego anaranjado y sus ojos destellaban de puro primitivismo. Voces ásperas y exclamaciones se mezclaban con el viento y los cuerpos cimbraban con los cantos y los violines. Los guerreros golpeaban

las empuñaduras de sus dagas contra los escudos, de tal forma que en el aire frío vibraban como tambores. Las risas parecían mugidos de bestias salvajes.

Y parecidos a las bestias eran también los guerreros, con sus casacas de pieles de oso, zorro o marta, y sus cónicos sombreros forrados de piel sobre sus frentes arrugadas. Sus dientes brillaban como dientes de lobo. Hermanos de los leones de las montañas, de los osos de las cañadas y de las águilas de los blancos picos. Simples y feroces, la misericordia para ellos era una palabra desconocida y la dulzura, un sonido de una lengua nunca oída. Kurelen era de su carne, de su tierra y de su desierto, pero él se sentía ajeno, como un ciudadano de esa lánguida y dorada civilización al otro lado de la Gran Muralla. Se sentía corrompido y viejo, cínico y decadente, perezoso y divertido, sutil e impotente. Encontró un sitio al lado de Yelmi e instintivamente los dos se aproximaron, como camaradas que se encuentran en peligro. Ambos temblaban porque el aire por momentos parecía hielo y sus espaldas se aterían, a pesar de las vestiduras acolchadas de fieltro y piel. En ese aire, el sonido llegaba claro, agudo y amenazante, y los gritos y las risas de las fogatas distantes se confundían con las risas y los gritos de las fogatas cercanas.

Alguien recordó que Kurelen tenía una hermosa voz y Yesugei le rogó que cantara. Para entonces estaba ya completamente ebrio. Luchó por ponerse en pie y el fuego lo iluminó por entero. La capucha había resbalado sobre sus anchos y torcidos hombros. Su rostro moreno tenía un fulgor y un destello como de una luz invisible. El resplandor del fuego caía en los dobleces de su tiesa casaca de fieltro, y las cuencas de sus ojos eran color rojo cárdeno. Miraba a los guerreros y éstos le sostenían la mirada. Sus frentes se contraían. Murmuraban entre ellos. Desde otras hogueras se apresuraban a llegar otros hombres, sabiendo que Kurelen iba a cantar. Tres viejos, haciendo muecas, comenzaron a hacer gemir sus violines. Kurelen levantó los brazos con una sonrisa a la vez impúdica y siniestra. Se rió. Nadie rió con él. El cura Seljuken había caído en pesado sueño. Kurelen hizo un saludo a Yelmi, que lo miraba ansioso y triste.

—Voy a cantar una de las canciones de tu padre, traduciéndola groseramente para estos groseros oídos —dijo—. No entenderán. Nos divertiremos. Tú y yo.

—Yo comprendo algo del idioma de tu gente —respondió Yelmi con voz suave—. He trabajado entre ellos antes de ahora. —La ansiedad apareció en su semblante. Esperaba.

Houlun, acostada exhausta sobre su cama, oyó a través del gélido aire la voz de su hermano. Se sentó. Se echó una túnica de piel por los hombros y penosamente caminó hasta la entrada de la tienda. Allí se sentó a escuchar con todo su corazón fijo en el sonido, sin oír otra cosa. Oyó cada palabra, pero escuchaba más bien la voz, fuerte y dulce, llena de sonora alegría, acompañada por los misteriosos sonos de los violines.

*Por la miseria y el deseo humano traicionado,
la brillante inspiración lleva la moza al temor.
Y el coraje sella sus ardientes labios con
sus propias manos frías.
Ningún arte se avecina cuando
por un hueso la sabiduría aplaude al bufón.
Frente al vientre, aun los dioses se desploman.
Sería dulce si alguna verdad quedara
que al hombre atormentado su alma pudiera recordar,
pues el potaje sin gusto nunca puede sostener
a menos que sea ofrecido en copa lustrada.
Pero sí, es verdad: por mucho que los tontos pongan ceño,
frente al vientre, aun los dioses se desploman.*

La voz enmudeció, dejando una vibración en la noche, como la de una nota pulsada. Nadie aplaudió. Los guerreros se miraban perplejos, desilusionados. No habían comprendido una sola palabra. Sólo Yelmi y el chamán habían comprendido. Yelmi se había extasiado con aquella voz. «Realmente —pensó—, es la voz del mismo Buda». Le parecía que la inmensa vaciedad de la noche del desierto había magnificado esa voz hasta alcanzar las estrellas, que habían permanecido serenas de asombro. Le parecía que las negras murallas de las colinas se habían llenado con una respuesta coral de los ángeles. El chamán sonreía. Su expresión no era ya hostil y observaba a Kurelen como un hombre puede observar a otro en la compañía de animales sin alma. Tumbado delante del fuego, el cura roncaba.

Entonces el chamán aplaudió. Fue el único aplauso. Los guerreros torcían el gesto y miraban con ceño.

—¿No sabes canciones sobre el valor, Kurelen? —gritó uno de ellos.

—¿Valor? —repitió Kurelen como si nunca hubiera oído esa palabra.

Yesugei escupió para mostrar su desdén.

—Sin duda es una palabra sin sentido para ti —dijo provocando risas.

—Valor es la respuesta de los tontos para la sabiduría —dijo Kurelen.

Y, nuevamente, sólo Yelmi y el chamán comprendieron, y éste rió con sutil deleite.

—Cántanos una canción de amor, entonces —pidió otro guerrero.

Los otros se rieron, mofándose y golpeándose entre ellos en el pecho y los hombros, rodando frente al fuego. ¡Kurelen y el amor! La combinación era demasiado deliciosa para sus almas simples.

Pero Kurelen, sonriendo, esperaba a que le prestaran atención. Sus labios y su frente se perlaron de sudor.

—Sí —dijo al cabo—, os cantaré una canción de amor.

De nuevo risas. Los viejos hicieron sonar sus violines, y un aire dulce y claro envolvió la noche. Kurelen comenzó a cantar. Su voz era vehemente y triste, llena de desesperación y cruda desesperanza. Las burlas de los guerreros se desvanecieron, dejándolos con expresiones de maravilla y encantamiento. Se inclinaban hacia Kurelen, como no queriendo perderse la mínima inflexión de su fuerte y maravillosa voz, tan pura y apasionada:

¿Quién puede cantar sobre la amada de mi corazón?

Un millar de hombres en un millar de canciones,

los vientos de las mañanas y los vientos de las noches,

la larga garza azul en el lago de plata.

La voz desierta, en las montañas escarlatas,

la selva verde jade en los brazos de la tempestad,

la gaita del vaquero y los tambores de un rey.

¡Sólo soy yo, sólo soy yo el que no se atreve a cantar!

Su hermosa voz, fuerte y a la vez increíblemente dulce, se elevó como un pájaro salvaje de un abismo de oscuro caos y tormento, con las alas iluminadas y el corazón latiendo visiblemente. Todo el universo parecía estar escuchando, conmovido de admiración y pesar, y las montañas lloraban con insufrible dolor y tristeza. Los ojos y las bocas de los guerreros permanecían abiertos, y las oscuras formas de pie detrás de las hogueras estaban extasiadas. Aun los perros guardaban silencio, así como las vacas y los camellos. Una extraña expresión sacudía los semblantes de la gente, tanto como su bestialidad se perdía, y eran hombres en su emoción.

Un extraño destello fulgor brillaba incesantemente en el rostro de Kurelen mientras cantaba. Tenía los ojos abiertos en sobrenatural deslumbramiento y sonreía, pero sin alegría. Sus manos se movían con los gestos de un cuerpo que agoniza convulsamente. Nadie veía su deformidad. Había adquirido esplendor y se elevaba como un dios, de pie ante la rojiza luz del fuego.

*¿Quién puede mirar en el corazón de mi amada?
El zorro y la marta, el oso y la serpiente,
el califa de Bagdad, el príncipe de Catay,
la rata en su cueva y el dios en el cielo,
el camello de ojos rojos y el buitre pico rojo,
iel cura en el templo, el mendigo, de harapos cubierto!
¡Sólo soy yo, sólo soy yo el que no se atreve a mirar!*

Las lágrimas corrían por las barbadadas mejillas de los guerreros, demorándose en las comisuras de sus labios. El chamán se apartó de la luz del fuego. Se le vio enjugarse los ojos en una manga. Yelmi escuchaba la grosera traducción de la canción de su padre. No eran las palabras lo que emocionaba a gente así. Era la voz de Kurelen la que sacudía sus corazones con sus sonidos tan dulces y tan trágicos. Esa voz expresaba toda la tristeza de los hombres, todos sus inarticulados anhelos, sus manos a tientas en la oscuridad universal, apenas iluminada débilmente por la opaca bujía de sus almas y habitada sólo por su terror insomne. Representaba el clamor del hombre frente a los dioses, frente a su propio tormento, frente a su perdición y su eterna soledad.

Movida por la voz de su hermano, Houlun se deslizó débilmente desde su tienda, arropada en pesadas pieles. Se detuvo lejos de todo fuego para oírlo claramente. Vio su rostro aureolado por la luz roja. Estaba vuelto hacia ella como sabiendo que estaba ahí. A Houlun le pareció que sólo ella y él estaban en esa vastedad, en ese silencio y en esa noche.

*¿Quién puede soñar con el corazón de mi amada?
El más humilde pastor y el kban de todos los hombres.
¡Sólo soy yo, sólo soy yo el que no se atreve a soñar!
Ciegos deben ser mis ojos, helada mi lengua.
Oscuros son mis sueños y vacíos como el silencio.
Solitario mi lecho y frío como una tumba cerrada.
¡Sólo soy yo, sólo soy yo el que no se atreve a soñar!*

La voz de Kurelen se quebró en un lamento. Sus brazos cayeron. La cabeza se hundió en su cóncavo pecho. Permaneció de pie, sordo, mientras los vítores y aplausos estallaban a su alrededor. Yesugei estaba a su lado, admirado y excitado. Ordenó que una de las mujeres cautivas fuera traída. Los aplausos resonaban aún cuando la muchacha fue conducida a la hoguera. Era una muchacha pequeña, regordeta y bonita. Estaba muy atemorizada. Sus ojos eran grandes, negros como ciruelas; la boca, pequeña y fruncida como una

baya roja. Yesugei, riendo con fuerza, la lanzó a los flácidos brazos de Kurelen y gritó:

—¡Tómala! Pensaba reservarla para mí, pero es tuya. Llévala a tu tienda y permítele que te reconforte.

Pero Kurelen no hizo esfuerzo por retener a la muchacha. Yesugei le ordenó ir a la tienda de Kurelen y un hombre la acompañó para mostrarle el camino. Yesugei sacudió jocosamente al hermano de su esposa por el brazo.

—¡Vamos, Kurelen! Es un bocado gordo y no te gusta demasiado, pero tú siempre estás temblando y ella por lo menos te mantendrá calentito.

Los guerreros lo animaron con gritos y pullas amistosas. Kurelen miró alrededor estupefacto. Sonrió débilmente.

—Dadme más vino —pidió.

Media docena de copas le fueron alcanzadas. Bebió de todas ellas y la recién estrenada admiración de los guerreros hacia él aumentó prodigiosamente. Se le hizo sitio pero él volvió a sentarse al lado de Yelmi. Se abrazó las piernas colocando el mentón sobre las rodillas. Su sonrisa se hizo más ancha y grotesca que nunca. Temblaba y los dientes le castañeteaban a pesar de su proximidad al fuego. Se sacudía como preso de una convulsa alegría interior, pero sus ojos se volvieron hacia dentro.

Houlun se sentó en la cama. Su bebé le había sido devuelto y yacía en su regazo gimiendo. Ella parecía no oírlo. Sus ojos, enormes y llenos de dolor, miraban en la oscuridad.

Mientras tanto, el festejo continuaba.

Capítulo 6

FUE EN las horas más oscuras, justo antes del amanecer, cuando el chamán empezó con sus grandes profecías acerca del niño Temujin. Una grandiosa hoguera central fue construida con excrementos secos de animales y maderas retorcidas de los pinos del desierto. Alrededor de este fuego se reunió toda la gente para escuchar las profecías y para ver las extrañas cosas que el chamán conjuraría en su visión. Kokchu tenía reputación de ser un extraordinario mago, pero hasta ahora pocos habían sido testigos de sus maravillas y existía algún escepticismo a ese respecto. Ahora que el oscuro amanecer se aproximaba, se esparció el rumor de que Kokchu haría poderosos conjuros y todos vinieron desde las otras fogatas, de modo que uno a uno los fuegos abandonados fueron extinguiéndose lentamente. Sólo quedaba esa gran hoguera.

Kurelen había bebido más que nunca en su vida, pero no podía parar. Cuanto más vino de arroz bebía, más se aclaraba su mente, hasta que quedó investido de una aguda percepción que rápidamente se hizo una agonía. El sonido le chocaba físicamente, como si hubiera sido desollado y se le aplicaran hierros candentes en los nervios desnudos y tendones sangrantes. La visión se le hizo insoportable. Apoyó la frente en las rodillas y cerró los ojos. No tenía deseos de levantarse e irse. La inercia lo aprisionaba con cadenas baldadas y además tenía mucho frío, tanto como jamás antes sintiera. No sabía que el monje Yelmi se había despojado de su propia casaca para echársela por los hombros. El cura, Seljuken, había empezado a recuperarse de su somnolencia etílica y estaba sentado derecho, pestañeando y frotándose la barba y los ojos. Comenzaba a comer de nuevo.

Un profundo silencio cayó alrededor del fuego, humeante y saltarín. Kokchu, el chamán, se había puesto de pie en el círculo de luz carmesí fijando su mirada en el cielo oscuro. Su padre había sido un gran jefe mongol de familia noble y orgullo apasionado. Kokchu era un hombre hermoso y hasta magnífico, muy alto y delgado. Tenía ardientes ojos negros, grandes, dominantes y feroces. Su rostro era largo y moreno. La nariz en forma de pico, con las aletas sobresalientes, le daba un aspecto fiero. Su boca grande, gruesa y colgante, poseía una expresión cruel, inquebrantable y melancólica. Era la boca de los bárbaros. Las espesas pestañas negras se combaban hacia arriba, como alas, de manera que todo su semblante transmitía una salvaje

ferocidad que intimidaba y era hermosa a la vez. Con todo, tenía un aspecto sutil y astuto, como si la decadencia hubiera llegado hasta él antes que su fiereza se hubiera disuelto. Usaba en la cabeza una capucha alta, estrecha y dura, cuyos bordes recuadraban su rostro, cayendo sobre los hombros como caían las dos espesas trenzas de su cabello negro. Cubría su cuerpo hasta la cintura con una corta casaca de lana color crema, cuidadosamente bordada en azul, rojo y amarillo con símbolos esotéricos. Las mangas eran largas y amplias. Mantenía sus manos ocultas en ellas. Desde la cintura hasta los pies llevaba una voluminosa túnica de lana azul con pesados pliegues que arrastraba. Éstos ocultaban sus botas de fieltro, las que alguna mujer enamorada había bordado ricamente. Cuando sacaba las manos de las mangas, en sus finas muñecas morenas tintineaban los brazaletes de oro adornados con turquesas.

Kurelen estudió al chamán con interés. Sonrió. A veces le agradaba conversar con Kokchu, quien tenía una mente como brillante azabache y sin escrúpulos. Si Kurelen no se hubiera burlado de los espíritus (en los que Kokchu no creía en absoluto), los dos habrían sido cordiales amigos. Pero cuando Kurelen se reía, el chamán se sentía en peligro. Sin embargo, a intervalos, a uno le agradaba la compañía del otro, a pesar de su instintivo odio. Porque, como decía Kurelen, ellos eran los únicos dos hombres sensatos de la horda de Yesugei. Kurelen decía abiertamente al chamán que no se burlaría si Kokchu convertía a los hombres en puercos con sus conjuros. Pero él se reservaba para sí, anunció, el derecho a reírse de ambos: del chamán y de sus creyentes. La risa era la eterna espada de la enemistad entre ellos.

Esa noche Kokchu decidió que silenciaría la risa de Kurelen para siempre, si no con sus conjuros, con algún otro método. Se sentía muy triste porque Kurelen, observándolo a la luz del fuego, había empezado a sonreír y a parecer interesado.

Kokchu colocó sus manos piadosamente juntas, observando el cielo con solemnidad. Movía los labios. Su expresión se hizo de intenso temor reverente. Todos los reunidos cayeron también en piadoso temor, excepto Kurelen y Yelmi. Los ojos se elevaban tanto que las frentes se arrugaban como pergamino estrujado. Los sombreros de piel se deslizaban hacia los cráneos. Entre los labios partidos, los dientes brillaban como dientes de bestias de presa.

Kurelen se inclinó hacia Yelmi, susurrando:

—¡Tú nunca has visto nada parecido! Observa atentamente.

Yelmi sonrió con su perfecta y gentil cortesía, fijando sus ojos en el chamán, cercado en ese momento por una multitud de ojos resplandecientes y semblantes fascinados. Sostenía el rosario de las plegarias en sus manos, haciéndolo girar sin cesar. Susurró:

—Dios se muestra en diferentes formas y sea lo que fuere lo que este hombre produzca, es parte de la manifestación eterna.

Kurelen apretó los labios, pero no respondió. Observaba a Kokchu con regocijo tratando de comprobar cualquier hechicería o magia. Con todo, no era insensible al misterioso silencio que pendía sobre todas las cosas, como si el universo contuviera la respiración y esperara.

Kokchu levantó las manos lentamente. Su semblante oscuro se tornó del color del plomo mostrando gotas de mercurio que brotaban de cada poro. Los tendones de su garganta sobresalían como cuerdas bajo la piel. No había señales de lucha física en él; no obstante, todos percibían el enorme esfuerzo y el desgarramiento interior del chamán. Comenzó a orar, primero en un susurro apenas audible, luego con voz fuerte e histérica:

—¡Oh, vosotros, espíritus del eterno Cielo Azul! ¡Yo os pido, yo os ruego! ¡Habéis puesto entre nosotros un niño varón de gran belleza y fortaleza, y habéis puesto en sus manos un presagio! No es siempre dado a los hombres ver el futuro, pero porque deseamos ofrecer a este niño los honores que le corresponden, ¡os imploramos que nos deis un signo de su grandeza y su misterio!

Las gotas de mercurio resbalaron lentamente por su rostro y venillas rojas surcaron el blanco de sus ojos. Se estremecía con los puños apretados. Fijaba sin pestañear su terrible mirada en el cielo. Quedó silencioso, pero su lucha interior flotaba en el ambiente para producir en los observadores una creciente inquietud y vago temor. El enorme fuego había muerto repentinamente y un vasto anillo de brasas encendidas yacía en la tierra. Estas brasas irradiaban resplandor rojo sangre, un anillo en el que el chamán parecía estar de pie con la parte superior de su cuerpo en semioscuridad y los pies y rodillas en apariencia ardiendo.

De repente, un débil gemido se oyó entre los observadores. Kurelen se inclinaba hacia delante mirando el fuego, al que los guerreros observaban con expresión de horror, de temor y superstición. No veía nada, nada, sólo los brazos rojos, radiantes. Miró a Yelmi con buen humor, pero, para su sorpresa, Yelmi contemplaba las brasas con solemnidad. Tenía el semblante pálido y demudado. El cura, Seljuken, miraba también con la boca abierta.

—Es imposible —murmuró Kurelen, encogiéndose de hombros.

En el anillo de brazos que disminuía, algo estaba tomando forma. Un frío estremecimiento recorrió la torcida espina dorsal de Kurelen. Un hormigueo invadió sus manos y pies. Pausadamente las formas dentro del fuego se avivaron, adquiriendo contornos. Con lentitud, la forma de un león de montaña, echado sobre su panza, se hizo manifiesta. Era un león enorme. Tenía la cabeza levantada con orgullo, coraje y ferocidad. Sus ojos rojos resplandecían en la luz incandescente. Kurelen podía ver sus zarpas y sus blancos colmillos. Alrededor de su cuerpo rizado se enroscaba una gruesa serpiente escarlata. Kurelen podía ver el dibujo de la escamosa piel de la serpiente. Pero no estaba triturando al león, sino que su abrazo era tranquilo y su larga cabeza chata descansaba en la cabeza de la bestia. Sus malignos ojos, verdes y opalescentes, brillaban. Su lengua se movía incesantemente. La bestia y la serpiente yacían juntas en paz, con sus terribles ojos llenos de misterio y aterradora meditación. Aparentaban respirar juntas: espirales y cuerpo levantándose al mismo tiempo. Y cerca de ellos, mirando el cielo, estaba el chamán. El tono plomizo de su piel se intensificaba, corría el sudor por su rostro, los labios entreabiertos y boqueando.

Kurelen sintió que el cabello se le erizaba. Su cuerpo, asustado, retrocedía. Pero su mente repudiaba lo que veía.

—No es posible —dijo en voz alta, encolerizado. Se inclinó hacia delante para ver mejor la bestia y la serpiente.

Y lentamente, como si sintieran el impacto enfurecido de sus ojos, éstas volvieron sus cabezas juntas y lo miraron. Kurelen vio la cuchillada directa de sus dilatadas pupilas. Oyó sus respiraciones sibilantes y vio los colmillos húmedos. Su corazón empezó a latir como un címbalo golpeado, con miedo y cólera.

El chamán comenzó a hablar en voz baja y salpicada de sonidos entrecortados.

—¡Oh, vosotros, espíritus eternos y terribles, vosotros habéis respondido a mis plegarias y nos habéis dado una señal! ¡Fuerte y feroz como el león de la montaña es este niño, y sabio y arrollador como la serpiente! ¿Qué hombre podrá resistirlo? ¿Qué criatura del aire, la tierra y la montaña podrá desafiarlo?

Kurelen estaba perlado de sudor frío. Se inclinaba más hacia delante, miraba directamente a los ojos de aquellas terribles criaturas que lo observaban tan resueltamente desde el fuego. Sentía que lo veían y lo comprendían, pero con horrible indiferencia, con un conocimiento sobrenatural que era tan distante e impersonal como la muerte. Se sentía a sí

mismo cara a cara con cosas monstruosas, más allá de la realidad y la cordura, cosas de locura ante las cuales los hombres eran impotentes y que, una vez vistas, los llevarían a ellos también a la locura.

Todos los demás se desvanecían de la conciencia de Kurelen. Sólo existían él y esas horribles criaturas que habían pasado de la pesadilla a la realidad. Oscuramente, en el fondo, oía la voz del chamán. Los ojos incandescentes de las criaturas sólo lo miraban a él, respirando agitadamente, los carbones apenas visibles a través de sus transparentes cuerpos. Aterido, pensó: «Debo desafiarlas y declarar que no existen, que son sólo impuras emanaciones de la propia alma del chamán». Y mientras tenía este pensamiento, las criaturas parecían mirarlo más intensamente y ahora con hostilidad y amenaza.

Lentamente, con un esfuerzo casi sobrehumano, apartó sus ojos del fuego y miró al chamán. El corazón le palpitaba tontamente porque Kokchu estaba observándolo de refilón y sonreía con secreta ironía.

Los pálidos labios de Kurelen se torcieron en una débil mueca. Se volvió hacia Yelmi, que observaba las criaturas con profunda gravedad.

—Ellas no existen —le dijo.

Pero Yelmi no le hizo caso. Una expresión de profunda tristeza y desesperación pasaba como una nube sobre sus amarillentas facciones.

—Sí —susurró—, existen. Es verdad que vienen del alma de un hombre malvado, pero la maldad vive aparte y en los hombres, y puede ser conjurada en el ojo. Es sólo la bondad la que es un sueño.

El chamán estaba exhausto. Temblaba visiblemente. Dijo sin fuerzas ya:

—¡Nosotros hemos visto, oh, espíritus! —Las manos cayeron a sus costados y la cabeza sobre su pecho.

Lentamente, ante la mirada incrédula de Kurelen, las criaturas vacilaron y empezaron a desvanecerse. Sus contornos se oscurecieron. León y serpiente se disolvían otra vez en rojos carbones. Pero, hasta el final, sus incandescentes ojos permanecieron fijos en Kurelen con implacable y terrible advertencia, y mucho después de que las brasas se hubieren apagado él aún sentiría su peso en el alma.

Un profundo gruñido brotó de los guerreros. Un terror supersticioso los embargaba. Emitían gritos histéricos y palabras incoherentes. Kokchu sonreía. Se sentó al otro lado del fuego. Metió las manos en las mangas y pareció entregarse a la meditación, pero encontró los ojos de Kurelen y de nuevo sonrió sutilmente. «Eres un farsante», le dijo Kurelen mentalmente y sus

propios ojos destellaron con el mensaje. No tenía duda de que el chamán lo había comprendido y se había enfurecido por su mirada desdeñosa.

Yesugei estaba a su lado, arrebatado. Lloraba y reía. Las copas de vino eran cogidas de nuevo. Los violines sonaban histéricamente; los dedos volaban por las cuerdas en un éxtasis de regocijo. Entonces alguien sugirió que el monje cautivo y el cura fueran inducidos a hacer profecías a favor del niño Temujin. El cura nestoriano, ahído de vino, carne y ampulosidad, estaba esperando eso. Su mente estaba inflamada por lo que había visto. ¡Verdaderamente había sido testigo de un milagro sagrado! Leyendas e historias extrañas, rebuscadas en su propia fe, flotaban a través de su caótica conciencia. Le ayudaron a ponerse en pie. Su rostro barbudo brillaba de exaltación, aunque se apoyaba en los brazos de quienes lo sostenían. Extendió los brazos y su gesto fue tan violento que hubiera caído en el fuego sin el firme sostén de los dos guerreros mongoles que lo apuntalaban.

Empezó a gritar. ¡Había tenido una visión en su alma! ¡Dios le había concedido un espectáculo de maravillas y milagros! ¡Qué glorias había visto, qué secretos del pasado y futuro! Sus ojos saltones brillaban como piedras húmedas a la luz del fuego. Apareció espuma en sus labios barbados. El pecho se elevaba y se estremecía. El sudor corría por su frente, resollaba, todos lo observaban con reverencia y temor, excepto el chamán, que frunció el ceño, y Kurelen, que reía silenciosamente.

El cura extendió los brazos y su expresión se tornó demencial. Permanecía inmóvil como una estatua, o más bien como un árbol alcanzado por un rayo. Su voz, cuando emergía de nuevo de sus espumosos labios, era chillona y quebrada.

—¡Qué visión espléndida! ¡Oscurecida a través de la niebla veo una virgen, trajeada con los adornos de la luna, de pie en una estrella roja! ¡Sobre su cabeza hay una corona de fuego y en sus manos sostiene una esfera de llamas! La esfera se rompió en fragmentos y ¡mirad! ¡Ellos se reúnen formando siete estrellas! ¡La estrella más grande también se rompe y toma la forma de incandescentes letras! ¡Cuál es ese sacro nombre, ese terrible nombre, ése, el más terrible y santo nombre!

Los apiñados guerreros se inclinaban hacia delante. Sus labios babeaban y sus ojos miraban con terror y júbilo. Un loco y frenético éxtasis iluminaba el rostro lívido del sacerdote. Parecía estar observando algo maravilloso escrito en el cielo. Los guerreros seguían su mirada fija como si ellos también pudieran ver algo allí, alguna maravilla escrita por el dedo de un dios.

En ese contenido silencio, repentinamente, el cura gritó y todos los hombres dieron un respingo. Gritó de nuevo. El chamán y Kurelen intercambiaron miradas y se hicieron guiños y visajes.

—¡Veo el nombre! —chilló el cura—. ¡Es el nombre del Niño que nació antes de levantarse el sol! ¡Es el nombre de Temujin!

Los guerreros gruñeron jubilosos. Muchos sollozaban, enjugando sus lágrimas con el dorso de sus velludas manos. Yesugei estaba pálido y transido de emoción.

La locura del sacerdote aumentó. Saltaba en el aire, en su alocado raptó. Palmoteó las manos agudamente. Su barba y cabello ondeaban.

—¡El niño nacido de una virgen! —gritó—. ¡Siete generaciones han pasado, pero es como si sólo fuera ayer! ¡Siete estrellas y siete generaciones, y el Niño ha nacido! ¡Es él, el Conquistador, el Rey de todos los hombres, la espada y el látigo de Dios!

Kurelen se inclinó hacia Yelmi y susurró:

—He oído esta historia antes, en Catay, se la he oído a los cristianos. ¡Pero el nombre que ellos decían no era Temujin!

Yelmi, sin mirar a Kurelen, apenas sonrió. Parecía dolorosamente atento al cura.

El sacerdote gritaba de nuevo, pero incoherentemente, y de repente dio un paso hacia el fuego y se hubiera caído en él de no ser por las manos alerta de los guerreros. Estaba aturdido por el vino y la emoción. Lo acostaron con cuidado y alguien le echó una manta encima. Comenzó a roncar. Pero los guerreros estaban completamente excitados. ¡La Séptima generación naciendo de una virgen! ¡No era de extrañar que tales señales y portentos hubieran rodeado el nacimiento de este niño! Cada guerrero comenzó a relatar, a su vez, varias cosas curiosas que él había observado últimamente y que no había podido explicarse. Los de más imaginación poseían extrañas historias. Se había observado a un halcón ahuyentando águilas. El sol había estado parado en el cielo, hacía uno o dos días, lejos, más allá de su morada. Flores, mucho antes de su estación, se habían visto crecer a lo largo del río, cuya orilla se había endurecido, helada, durante la mañana. Otros habían visto sombras rojas impulsadas por delante de la luna. La excitación se hizo más vociferante e incoherente.

Yelmi susurró a Kurelen, con su débil sonrisa:

—Es una historia extraña pero antigua. Se cuenta aun de Buda por algunos de sus adoradores, se dice que desciende de una virgen. Fue mencionada por Lao-Tse, pero él la repudiaba encolerizado. Yo he oído decir

que nuestro actual emperador la considera con bondad, pero mi padre y otros se reían de eso. Es una idea muy malsana, pero hay algunos perversos e impuros que la admiran.

Kurelen se encogió de hombros.

—No hará daño a nadie y puede asegurar lealtad al niño de mi hermana. Pero veo que nuestro chamán está verde de envidia. Desearía haberlo pensado él primero.

Yelmi observó que muchos guerreros estaban mirándolo y lo señalaban ansiosamente. Entonces, de repente, un grito se elevó clamando que ese piadoso hombre profetizara también. Yelmi palideció y trató de retirarse de la luz del fuego. Pero ya las manos lo sujetaban, empujándolo hacia el frente.

—¡Profecía! ¡Profecía! —gritaban los guerreros, y muchos golpeaban sus esmaltados escudos con los puños de sus espadas.

El pobre monje se paró, incierto y confundido, delante del fuego. Miró los oscuros rostros que hacían círculo a su alrededor. Kurelen tiraba las costuras de su túnica amarilla y le urgía con ironía:

—¡Tú seguramente tienes tanta imaginación como ese cura tonto!

Yelmi observó a los guerreros con timidez. Y dijo con voz suave y gentil:

—Yo soy sólo el más pequeño entre los más pequeños. ¿Quién soy yo para que Dios hable conmigo? No me atrevo apenas a orar. Debo permanecer en su presencia como un gusano que merece un aplastante pie. ¿Cómo me verá el Señor a mí, que soy más pequeño que un grano de arena y de menos valor que una gota de agua?

Los semblantes feroces se contrajeron perplejos, sin comprender. Un débil murmullo se elevó entre los guerreros.

—¡Profecía! —gritaron de nuevo impacientes.

Yelmi vaciló. Su expresión se hizo más triste que nunca. Juntó sus manos con humildad. Su rostro emergía de la sombra de su capucha como una delicada imagen del más frágil marfil. Cerró los ojos y susurró:

—Yo sólo puedo esperar.

Kurelen se alarmó. Los guerreros no estaban de humor para ser contrariados. Sintió cierto enojo contra Yelmi. Seguramente no era un tonto ni carecía de ingenio. Unos pocos gritos, algunos gestos estrambóticos, una o dos exclamaciones, alguna idiota extravagancia y los guerreros quedarían satisfechos. Es necesario que los hombres piadosos traten a los otros como imbéciles, de lo contrario, ¿para qué sirven? Si ellos no pueden excitar al pueblo con felices y delirantes mentiras, es mejor entonces volver al trabajo y al pastoreo. Los sacerdotes y filósofos son bufones y, como los bufones,

deben mitificar, aterrorizar y fascinar para ganarse el pan por el que no han trabajado honradamente.

Pero Yelmi permanecía en humilde silencio con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, las manos entrelazadas y moviendo los labios. De repente pareció ponerse rígido. Sus labios detuvieron su silencioso movimiento. Se puso tan pálido como la muerte, parecía estar escuchando algún terrible y portentoso mensaje. Apoyó el mentón contra el pecho, como si hubiera sido mortalmente herido. Kurelen sonrió aliviado. Los guerreros se inclinaron expectantes, esperando las palabras de misterio y profecía.

Entonces, muy lentamente, Yelmi levantó la cabeza, abrió los ojos y miró el cielo. Parecía haber envejecido. Su tez amarilla estaba tensa y seca como piel de carnero blanqueada al sol. En sus ojos se veía una expresión horrorizada, herida y desanimada, como si estuviera viendo una visión insoportablemente pavorosa. Empezó a hablar en tan tenue voz que era casi un susurro:

—¡No es posible que yo haya visto tan espantosa visión y no es posible que sea verdad! ¿Quién podría soportar semejante violación y oír tales llantos sin enloquecer? ¿Por qué me has afligido así, oh, Buda? ¿Por qué me has dado tal visión insoportable?

Kurelen sonrió aliviado. Yelmi era un hombre inteligente, después de todo. Pero no necesitaba tanta extravagancia. Algún pensamiento barrió bruscamente la sonrisa de Kurelen. ¡Era una extraña profecía, realmente, pronunciada con semejante voz desesperada y agonizante! Observó a Yelmi. El rostro del monje estaba húmedo de lágrimas. Retorcía las manos como poseído de frenética tristeza. «¡No es posible!», pensó Kurelen atónito. «¡Este tonto cree haber tenido una visión!».

Yelmi lloraba. Los guerreros lo contemplaban relamiéndose los labios, y mirándose unos a otros, alarmados y desconcertados. El chamán escupió despectivamente en el fuego y se sumió en melancolía.

Con voz quebrada, el monje resumió:

—Mejor hubiera sido haber muerto que ver esto. Más me hubiera valido no nacer del vientre y respirar. Porque ¿quién puede contemplar la monstruosa alma del hombre y seguir viviendo? ¿Quién puede soportar la luz del sol teniendo este conocimiento? Los días que me queden serán días de pena, tormento y sufrimiento sin fin.

Los guerreros murmuraron con ansiedad. Cada hombre se volvía hacia su vecino con una aturdida pregunta en sus ojos. Semblante tras semblante, comenzaban a mostrar mal ceño. Kurelen, alarmado, tiraba de las vestiduras

del monje, urgiéndolo. El chamán lo comprendió. Su sonrisa era de intenso divertimento. Yesugei, cuya alma simple estaba confundida, permanecía en silencio, haciendo muecas y tironeándose los labios.

Pero Yelmi no prestaba atención a nada. Sus sollozos se hicieron más violentos. Retorcía las manos una y otra vez, como sumido en la desesperación.

—¿Para qué ha dado Dios sus hijos a la tierra? ¿Para qué han muerto ellos? Sus voces se han perdido en los vientos. Sus pisadas, cubiertas por la arena. Las corrientes borran la marca de su tránsito. Las rocas no revelan señales. Sobre su tierra mueren las sangrientas legiones de locos y malvados, los que odian a los hombres y quienes los destruyen. Donde ellos pisan quedan plantadas las marcas de los malditos. Donde ellos hablan quedan los chillidos de los buitres, buscando los muertos. Los fuegos del odio han destruido los frutos que ellos plantaron. Los pies de hierro han destruido los frutos que ellos plantaron. Los pies de hierro han caminado sobre las vides que ellos extendieron y las han exprimido en un brebaje venenoso. Porque lo que es bueno se disuelve en la tierra, pero lo que es maligno es una espada inmortal.

Su voz, entristecida y apasionada, llena de dolor, sonaba cada vez más fuerte en el aire repentinamente tranquilo, como un lamento dirigido sólo al oído de Dios. Levantó el rostro. Extendió los brazos como si viera el rostro del Inescrutable, que escuchaba.

—¿Por qué nos has dado tus hijos a nosotros, oh, Maestro del Caos? Nosotros los hemos destruido, hemos derramado su sangre. Hemos adulado a monstruos y los hemos venerado porque ellos han anhelado nuestra muerte y agonía. ¡Tus hijos nos dieron amor y nosotros hemos gritado que odiamos el amor y deseado el odio! Somos una abominación ante tus ojos y un vil ruido para tus oídos. Somos los criadores de lo execrable, los amantes de los depredadores, los adoradores de los locos y los saltimbanquis. Generación tras generación, hemos vomitado un demonio. Cada uno más vil que el anterior, hasta que toda razón, todo amor y bondad han quedado enterrados en la tierra, y los huesos de los hombres inocentes yacen desmenuzados al sol. Generación tras generación, el sueño sangriento ha renacido, y así será hasta que los cielos estén enrojecidos y la tierra convulsa gruñe su abominación.

Desde las montañas, el sonido de su voz parecía hacer eco hasta que todo el universo se lamentaba confusamente con este hombre. Nadie parecía respirar alrededor del fuego. Toda mano estaba inmóvil. Los cuerpos se

perdían en la sombra, pero cada semblante estaba rojo de luz. Los ojos resplandecían como ojos de un animal salvaje encantado.

La cabeza de Yelmi cayó sobre su pecho. Sollozaba convulsamente. Luego quedó silencioso, como si estuviera exhausto. Después de un largo rato, comenzó a hablar de nuevo muy suavemente.

—Oigo tu pía voz, oh, Señor, pero es sólo un murmullo en mis oídos, como el sonido del distante viento de las selvas...

De repente levantó la cabeza y una expresión de sobrenatural alegría brilló en sus facciones amarillentas. Sus ojos centelleaban con éxtasis sobrenatural y su boca se abría en una sonrisa inefable.

—¡Yo te escucho a ti, oh, Señor! ¡Escucho tus palabras! ¡Oh, hermosas palabras de esperanza y amor! ¡Porque Tú dices que aunque el malo vive, el monstruo florece y los lamentos de los desamparados resuenan desde cada montaña y cada colina, Tú prevalecerás para siempre! ¡Los hombres locos vienen y van, pero la tierra es del Señor, la tierra es aún del Señor, la tierra es eternamente del Señor!

Su voz era como una trompeta, sonora y triunfante. Su frágil cuerpo parecía expandirse, hincharse y vibrar con un poderoso raptó interior. Parecía crecer. Aun cuando ya no hablaba, sus palabras resonaban en el aire, tanto que todos los hombres temblaban sin saber por qué.

Kurelen no se movió. Estaba sentado como una imagen labrada, pero a sus ojos, mientras observaba a Yelmi, asomaba la más funesta luz.

Los guerreros estaban estupefactos. Despacio, después de largo rato, se miraban interrogándose. Yesugei estaba completamente confundido. Fijaba sus ojos esperanzado en los del chamán, esperando una interpretación de esa extraordinaria profecía. Entonces, sonriendo, el chamán se puso de pie lleno de dignidad y presagio. Saludó al abstraído monje con una ampulosa e irónica ceremonia.

—Él dice que ha oído las palabras del Gran Espíritu que vive en el Cielo Azul. El que oye las palabras del Gran Espíritu está de pie en el umbral de la muerte. El Gran Espíritu ha indicado que Él desea que este hombre piadoso acuda a su presencia, pues de lo contrario Él no hubiera permitido a su siervo escuchar su voz.

Kurelen sólo había escuchado a medias, pero de repente la intención del chamán lo sacudió como un impacto físico. Palideció. Se secaron sus labios. Arrugó las cejas juntándolas alerta.

—¡Es verdad! —exclamaron los guerreros vociferando.

El chamán sonrió.

—Y en cuanto al cura cristiano, él también ha tenido una visión que no hemos visto y ha escuchado una voz que no hemos oído...

—¡Es verdad! —gritaron los guerreros, embargados de feroz deleite.

El chamán juntó sus dedos delicadamente. Levantó los ojos píamente.

—¿Haremos descender la ira del Gran Espíritu sobre nosotros y sobre el niño que hoy ha nacido, rehusando enviarle a los siervos que Él desea? ¿Le negaremos a Él este sacrificio?

—¡No! —bramaron los guerreros, y comenzaron a ponerse en pie.

Exhalaban un olor de bestias salvajes a punto de matar. Un olor tan fuerte que era una hediondez. Golpearon sus escudos. Sus ojos tenían un brillo de locura. El cura cristiano seguía roncando bienaventuradamente con los pies hacia el fuego, pero Yelmi no se movió. Parecía abstraído en una profunda meditación con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Entonces Kurelen, contrariado, se puso de pie con el semblante lívido. Observó al chamán con renovado enojo.

—¡Oh, tú, sacerdote nauseabundo! —exclamó—. Quieres destruir a este pío hombre por tu envidia y mezquindad...

—¿Qué hombre pío? —repuso el chamán con fingida extrañeza—. ¿Éste... —y tocó al cristiano desdeñosamente con la punta de su sandalia— o éste...? —Y señaló con sarcasmo a Yelmi. Los guerreros murmuraban.

Kurelen estaba solo y tuvo miedo.

—Vosotros sabéis que está prohibido hacer daño a los hombres píos...

—¿Hacerles daño? —repitió el chamán enarcando las cejas con suave reproche—. Yo no he sugerido que se les haga daño. Los hombres píos son sagrados. ¿Y qué podría ser más apropiado para esta auspiciosa ocasión que sacrificar estos hombres píos al Gran Espíritu? Además, ¿no ha indicado Él que desea tal sacrificio?

Sin esperar la respuesta de Kurelen, se volvió hacia Yesugei y los guerreros:

—Pero, después de todo, yo soy sólo un humilde chamán. Sólo puedo interpretar de acuerdo a la sabiduría que misteriosamente me ha sido dada. Lo que por último se ordene debe venir del khan mismo.

Kurelen miraba los sanguinarios rostros. Vio sus ojos crueles y feroces, las indomables y bárbaras arrugas de las frentes. Una vez había oído una frase en Catay: «Más allá del bien y del mal». Y ahora pensó que esas criaturas, en su anhelo de sangre, estaban más allá del bien y del mal, y cualquier apelación de misericordia no tendría sentido para ellos. Se puso frenético. Volvióse impetuosamente hacia el esposo de su hermana y exclamó:

—¡Yo te he servido bien, Yesugei! Pero he estado solo porque no he deseado esposa y no tengo. Tampoco tendré hijos para reconfortarme, como los tendrás tú. Pero en este pío Yelmi he encontrado un amigo, uno con quien puedo conversar. ¡Dame su vida como un obsequio!

La sonrisa de chamán se hizo gozosa. Irradiaba alegría, pero se dirigió a Kurelen con voz austera:

—¿Y por tu pequeño y egoísta placer, tú sacrificarías la buena fortuna y quizá la vida del hijo del khan?

Los guerreros abucheaban a Kurelen y blandieron los látigos casi en su rostro. Yesugei permanecía en silencio, dudando, indeciso entre el deseo de conceder a Kurelen ese favor y el temor supersticioso; todo mezclado en su hermoso y simple semblante. Miraba al chamán, miraba a Kurelen y se hundía profundamente en la perplejidad.

Kurelen le tomó el brazo y exclamó:

—¡Yesugei, nunca te he pedido un favor, pero éste...!

Yesugei observó al chamán, suplicante.

—¿No es posible, Kokchu?

El chamán se encogió de hombros. Respondió respetuosamente pero con tristeza:

—No es posible, mi señor.

Yesugei suspiró. Puso su mano sobre el lisiado hombro de Kurelen y sonrió para conformarlo.

—Mira, Kurelen, tendrás cualquier otra cosa que desees. Tengo una capa de cibelina que tomé hoy y plata nueva. Si la muchacha que te di no te agrada, podrás elegir cualquier otra, menos una. Tendrás la mejor yegua, las sedas más finas y jades...

Kurelen sacudió la mano.

—¡No quiero nada, sólo a Yelmi! —Se arrojó a los pies de su cuñado y le abrazó las rodillas. Corrían lágrimas por su rostro—. ¡No deseo nada, únicamente a este hombre, Yesugei!

Sintió que le tocaban el hombro. Volvió la cabeza y miró. Yelmi le sonreía tierna y tristemente.

—Es también mi deseo morir, Kurelen —dijo suavemente—. Estoy cansado. La vida se ha hecho insoportable para mí. Deseo descansar.

—Ya lo ves, mi señor —dijo el chamán a Yesugei—. El pío hombre quiere seguir sus propios impulsos.

—¡No! —exclamó Kurelen desesperado, tomando al monje por la túnica.

Los guerreros, confundidos, observaron al lisiado atónitos. El impúdico y burlón Kurelen estaba perdido en su sollozante desventura. Apenas podían creerlo. Una profunda satisfacción los embargó y sonrieron sarcásticamente.

—Déjame ir en paz —dijo Yelmi con su suave e implorante voz.

Kurelen se puso de pie con la mano en la empuñadura de su daga atravesada en el cinto. Pero aun así, pensó amargamente: «Yo no moriría ni siquiera por él. Al final nada es tan valioso para mí, sólo yo mismo. Este gesto no es más que una farsa».

El chamán vio su movimiento y, hombre sutil como era, legó los pensamientos de la oscura mente de Kurelen. Era rápido para tomar ventaja, y exclamó en alta voz:

—¡Atrapadlo! ¡Asesinará al khan!

Un guerrero saltó sobre Kurelen con un gruñido de bestia. Lo golpeó de lleno en el rostro con su puño y Kurelen cayó como un buey bajo el martillo. La sangre saltó de su nariz y labios. Viendo esto, los guerreros prorrumpieron en gritos de risa y mofa. Pateaban al hombre caído, apiñándose alrededor de él. Pero Kurelen, como si fuera insensible a su angustia corporal, buscaba a tientas la túnica del monje. Sus dedos la aferraron. Sólo veía el rostro de Yelmi, mirándolo con tierna compasión. Entonces, como si fuera agua, la túnica se escurrió entre sus dedos y la oscuridad cayó sobre sus ojos.

Capítulo 7

CUANDO Kurelen despertó, se dio cuenta de que había tenido durante largo rato conciencia de movimiento a su alrededor y que ese movimiento había cesado de repente. Se dio cuenta también de que había sufrido mucho y de que el tormento que estaba soportando ahora no era nada comparado con lo que ya había soportado. Pero esas certezas eran débiles resplandores de conciencia después de la oscuridad de la que estaba emergiendo lenta y dolorosamente.

Yacía con los ojos cerrados. Oía un seco siseo acompañado por un gemido sombrío y un temblor espasmódico. A éstos los reconocía oscuramente. Eran nieve, arena y viento. Pensó que había llegado el invierno y que estaban en el camino. De pronto abrió los ojos bruscamente. El pasado y el presente le embistieron en una vorágine de aturdimiento y reajuste. Instantáneamente, mientras abría los ojos, la conciencia del tormento, el lapso de tiempo y la oscuridad inconsciente se hizo más aguda y más insoportable.

Se encontró acostado en su cama, cubierto con gruesas capas de piel y rústico fieltro. La tienda estaba colmada de oscuridad y del olor a humo de estiércol que salía del sofocante brasero, colocado en el centro. Vio los indefinidos contornos de sus apreciados cofres y taburetes chinos tallados. Vio el pálido resplandor de las pinturas en sedas chinas de las paredes de la tienda. Vio el destello de las cimitarras turcas colgando entre ondulantes estandartes. Pero la confusión lo dominaba aún y se preguntaba tristemente si estaba todavía absorbido en las medio olvidadas pesadillas de sus dolientes sueños. Todo estaba muy quieto a su alrededor, pero oía los distantes gritos de los hombres de la tribu, los irritados relinchos de los camellos y caballos, los mugidos del ganado y los balidos de las ovejas fuera, en el crepúsculo. Oía los crujidos y ruidos sordos de las tiendas, movidas a mejores posiciones para el campamento de la noche, las maldiciones de los hombres, las voces insultantes de las mujeres y los chillidos de los niños. Todos eran viejos ruidos familiares que se deslizaban rápidamente a su sitio en medio de su aturdimiento. El viento atronador, asaltando la tienda, el siseo de la mezcla de nieve y arena sobre sus negras paredes de fieltro eran familiares también y le decían con exactitud lo que acontecía y aproximadamente la posición de la horda.

Intentó moverse, pero se hundió de inmediato en aguda agonía. Su brazo derecho estaba vendado con tiras de fieltro y sostenido junto a su costado. Su cuerpo entero gritaba de ansiedad y dolores abrumadores. La cabeza parecía volarle en torturados fragmentos. Luces encarnadas acribillaban sus ojos. El asombro se traslucía en sus gruñidos tanto como el dolor. Y entonces recordaba la noche en que había intentado salvar la vida del monje budista, y jadeaba audiblemente en su desgracia y congoja.

Oyó un leve ruido próximo a él y lentamente, con angustia, volvió la cabeza. Agazapada a su lado, entre las sombras, estaba la acurrucada forma de una mujer. El corazón le dio un débil vuelco.

—¡Houlun! —murmuró.

La forma se movió de nuevo inclinándose hacia él. Entonces vio que no era Houlun, su amada hermana, sino otra mujer. El fuego de estiércol se avivó y por su lánguido resplandor pudo ver que era la muchacha que Yesugei le había entregado generosamente en aquella lejana noche. Vio sus enormes ojos negros con una orla de espesas pestañas, la redondez de su barbilla oscura y pálida, su boca diminuta. Ella le sonrió colocando la mano sobre su frente. En este movimiento de su cuerpo y su ropa, exhaló un acre olor de cálida feminidad y juventud sin lavar, como la tierra en la fecunda primavera. Por alguna razón Kurelen sintió náuseas y distendió las aletas de la nariz.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó.

—Chassa —respondió tímidamente.

Kurelen no era sarcástico con los simples o los inocentes y se cuidaba de ofenderlos. En consecuencia, aunque el exuberante hedor de la mujer le repugnó en su debilidad, sonrió a la causante de la náusea.

—¿He estado así mucho tiempo, Chassa?

—Sí, señor, mucho tiempo. Tres lunas han venido y se han ido, y hemos andado lejos en nuestro camino desde que te trajeron a tu tienda. —Y añadió—: Estuviste muy herido, señor.

—Así lo imagino —dijo Kurelen benévolo, respingando la nariz por el dolor que le causaba hablar. Los ruidos de fuera aumentaban. Kurelen se sintió repentinamente abrumado por el olor, el humo y el calor—. Abre la cortina —dijo.

La muchacha obedeció y el oscuro viento del invierno se coló haciendo llamear el brasero hasta ponerse carmesí y forzando a salir el humo en forma de espectrales espirales grises. La abertura era un rectángulo de oscura luz azul, en la oscuridad, sacudiéndose con la nieve. Muy débilmente, a una mortecina luz azul llena de nieve, pudo discernir los borrosos contornos de los

hombres mientras pasaban y volvían a pasar por la abertura de la tienda. El aire tenía algo raro, puro y estéril como si hubiera soplado de las transfiguradas montañas de la helada luna, y Kurelen se esforzaba en respirarlo profundamente. Chassa, agazapada al lado de la cortina, lo miraba por encima del hombro, paciente y ansiosa. Plumas de nieve se juntaban en el suelo de la tienda, cerca de la cortina, o se escurrían hacia el interior como polillas blancas.

De repente la tienda se sacudió. La gente de Yesugei estaba en marcha otra vez, decidiendo moverse un poco más. Fuera los gritos se redoblaron. Las columnas de madera crujían forzadas. El ganado se lamentaba. Las pesadas ruedas de madera chirriaban sobre la nieve y el hielo. El viento aumentó su furia y Kurelen fue mecido en su lecho, entornando los ojos de dolor y mordiéndose el labio. La muchacha cerró la cortina y volvió a su lado. El fuego de estiércol ardía humeando y crepitaba lanzando chispas doradas.

Kurelen abrió de nuevo los ojos. Sonrió benévolo a Chassa.

—¿Ha estado conmigo mi hermana Houlun? —preguntó.

—¡Oh, sí, señor! Cuando yo dormía, ella estaba a tu lado con el pequeño.

—¡Oh! —La palidez mortal de Kurelen fue reemplazada por un indefinido contento.

—Y el chamán, señor..., él estuvo con frecuencia con vos, con sus hechizos y conjuros.

Kurelen rompió a reír con risa débil. La sangre corrió dolorosamente por sus venas con la involuntaria convulsión. Pero se sintió mejor. Ya podía pensar en las cosas. Con precaución analizó sus heridas y reflexionó que solamente una excelente asistencia habría conseguido salvarle su vida. Chassa se inclinaba sobre Kurelen con ansiedad, y cuando él fijó sus penetrantes ojos en su rostro infantil, se sonrojó, desviando la cabeza. Él le tomó la mano febrilmente.

—Yo no merezco tus esfuerzos, Chassa —dijo. Pero se sonreía interiormente, divertido porque no creía en ese pueril sentimiento. Sin embargo, rara vez daña decir o hacer lo que se espera de uno. La vida se hace así más agradable para el mentiroso y el engañado.

La muchacha estaba agobiada de confusión y alegría. Miraba a Kurelen con su inocente alma reflejada en sus ojos. Entonces algo extraño le sucedió a él: se sintió levemente avergonzado.

Las demás tiendas crujieron alrededor de la de Kurelen, amontonándose porque hacían otro alto en el camino, y el griterío se renovó. Chassa abrió la entrada y se asomó para descubrir la causa. La noche se había cerrado en un

negro e impenetrable caos, en el que las antorchas eran finas y ondulantes líneas rojas, iluminando sólo cercanos rostros oscuros, el húmedo costado de un animal o la entrada de una tienda. Chassa preguntó a un hombre por la causa de la detención y él respondió ásperamente que la horda hacía un alto para pernoctar. La tormenta hacía peligroso continuar en ese país de quebrados cráteres, blandamente rellenos con la nieve y mostrando sólo los bordes de dientes negros para prevenir al viajero errante.

De nuevo el oscuro torbellino de aire se llenó con el ruido de los hombres y las bestias preparándose para el campamento nocturno. Chassa agregó otra palada de estiércol al fuego y lo sopló. El fuego refulgió en sus ojos, y Kurelen observó que éstos eran los ojos de un tímido animal salvaje. La pupila era un fiero punto latente en indómito esplendor. En cuclillas junto al fuego, había ahuecado las manos sobre la boca para concentrar la respiración. Su enredado cabello caía sobre las mejillas y las cejas. Alguien llamó a la entrada y cuando Chassa fue a responder, el corazón de Kurelen palpitó expectante. Pero no fue Houlun quien entró, sino el chamán, inclinando la cabeza con su caperuza puntiaguda. Estaba envuelto en pieles y parecía un oso erguido sobre sus patas traseras. Se aproximó al lecho de Kurelen y cuando vio que el enfermo estaba consciente, sonrió burlonamente. Kurelen gesticuló divertido.

—Ya lo ves, Kokchu, tus conjuros no me han matado, después de todo.

El chamán, sonriendo aún, no respondió. Se sentó en el suelo, junto al lecho. Los dos hombres se observaron en silencio. Finalmente, Kokchu habló con burlona solicitud.

—A mi pesar, soy un curandero y tú eres la prueba. Pasarán muchos días, sin embargo, antes de que tu cura sea completa. Descansa y no pienses en nada. —Y añadió inclinándose hacia él—: ¿Tienes aún muchos dolores?

—Los dolores —respondió Kurelen deliberadamente sentencioso— son el precio del conocimiento.

De nuevo se observaron con ironía.

—¿Cómo está mi sobrino? —preguntó—. ¿Los espíritus le fueron propicios?

Kokchu elevó los ojos pía y solemnemente hacia el redondo techo de la tienda.

—Puedo asegurarte que sí —dijo con gravedad.

Kurelen pestañeó.

—Debes de sentirte complacido —dijo, mordiéndose la lengua por la puerilidad de sus palabras.

Pero Kokchu simplemente inclinó la cabeza con seriedad. Vaciló. Kurelen no vio hostilidad en su gesto, pero de repente descubrió soledad. La soledad de Kokchu fue instantáneamente tan punzante como la suya propia. Tenía la misma fragancia, la misma presencia. Por un momento sintió compasión, seguida por un curioso odio, como si se odiara a sí mismo. Supo que sus conjeturas eran correctas porque las subsiguientes palabras de Kokchu lo confirmaron:

—Tú y yo, Kurelen, somos hombres de entendimiento. Somos hombres entre animales. Podríamos reír juntos.

—Pero tú me negarías el placer de reírme de ti —repuso Kurelen.

—De ningún modo. Tú puedes reírte de todo lo mío. Sólo te pido que lo hagas en secreto.

—¿También de tu simulación?

Kokchu apretó los labios y pareció mirar a Kurelen al mismo tiempo sorprendido y desilusionado. Se inclinó sobre él dando un tirón a la ropa sobre su pecho.

—Mira, Kurelen, tú has vivido en Catay, donde hay hombres. Pero éstos son sólo bestias. ¿Por qué no buscas objetos de más valor para tus burlas? — Su voz era desdeñosa y sus ojos estaban llenos de menosprecio.

Kurelen lo miró. Entonces, sus cetrinas y encogidas facciones se cubrieron de mortificación. Quedó mudo. El chamán se puso en pie y sacudió sus pieles y ropas de fieltro, melindroso. Miró a Chassa, que permanecía acuclillada al lado del fuego. La muchacha miró por encima del hombro y devolvió la mirada al cura con los ojos, la humildad y el temor de un perro. Kokchu tomó unas hebras de su largo cabello y las enroscó en sus dedos como uno ondularía el cabello de un niño.

—Te has portado bien con tu señor, Chassa —dijo con voz generosa.

Y se marchó de la tienda. Al irse dejó un extraño vacío, como si alguna esencia o algún poder hubiera sido quitado del aire. Kurelen cerró los ojos. Ardía de ira y humillación. Cuando Chassa se aproximó a él, ofreciéndole tímidamente una escudilla de leche de burra caliente, rehusó con la mano y sacudió la cabeza.

Debió de haberse dormido, porque cuando abrió los ojos de nuevo descubrió que Chassa se había ido y que era Houlun quien estaba sentada a su lado, inmóvil y vigilante, con la caperuza caída sobre sus hombros y el brillante cabello cayendo como negro cristal retorcido alrededor de su hermoso rostro. Sus suaves ojos grises sonreían. Se había lavado la cara y él percibió la fragancia de la esencia con que el agua templada había sido

perfumada. Cuando Houlun vio que Kurelen estaba despierto, se inclinó sobre él y apoyó su templada mejilla contra la suya por un momento. El corazón de Kurelen pareció precipitarse hacia el punto en que ella lo había tocado, palpitando ahí loca y dolorosamente.

—¡Oh, Houlun! —murmuró débilmente. Le tomó la mano y la sostuvo contra su pecho.

Ella sintió los rápidos latidos de su corazón bajo la palma de su mano. Le sonrió dulcemente.

—Es una gran cosa para ti que yo haya dado un hijo a mi esposo, así he podido convencerlo con mis ruegos —dijo.

Kurelen vio que el bulto de pieles que tenía al lado era el hijo de su hermana.

Houlun continuó:

—Él creía que tú ibas a quitarle la vida, y me costó muchos días persuadirlo de lo contrario. ¡Oh, Kurelen, debes tener cuidado!

—¿Qué le dijiste, Houlun?

Ella rió levemente. Su rostro resplandecía como una perla en la incierta luz del fuego.

—¡Le dije que era imposible! Que tú no tenías coraje ni para matar a una mosca.

Rieron. Repentinamente, la tienda pareció cálida y llena como si la alegría y el conocimiento hubieran penetrado en ella.

—Pero debes tener cuidado, hermano mío —repitió Houlun—. La próxima vez puedo fracasar. Pero me temo que nunca aprenderás a retener tu lengua.

Tomó el bulto, que había empezado a emitir chillidos de protesta. Cuando Kurelen miró al niño, después de que Houlun lo hubo cuidadosamente desenvuelto, se dio cuenta de cuánto tiempo había estado enfermo. El bebé había crecido y tenía un brillo de obstinación en sus grandes ojos grises. Aunque tenía menos de tres meses, luchaba por levantarse en los brazos de su madre. Su cabello rojizo era un enredo de oro sobre su cabeza redonda y sus labios eran granates. Houlun lo acostó al lado de Kurelen y el bebé y el hombre se observaron con intensa solemnidad. La expresión de Kurelen cambió de repente. Pareció incómodo y cerró los ojos.

—Retíralo —dijo sonriendo a medias—. Los ojos de los niños ven demasiado.

Houlun levantó al niño. Expuso la luna llena de su pecho y el infante comenzó a mamar sonoramente. Ella se inclinó sobre él. La luz del fuego

delineaba sus figuras y el rostro de Houlun quedó oculto por el cabello que caía. Kurelen se sintió testigo del misterio de la vida y la fuerza que parece rodear a una madre y su bebé. La paz de aquella escena ejerció en él el efecto del agua fría sobre la carne ardiendo.

Después Houlun le informó de que ella vivía en relativa tranquilidad. Yesugei rara vez la importunaba con sus exigencias, porque estaba absorbido por su segunda esposa, la muchacha keraíta. Ella estaba ya por ser madre y el chamán había presagiado otro varón. Pero Houlun había rehusado tenerla en su propia tienda, como era costumbre con las esposas. Yesugei, recordó Kurelen, le profesaba un temor reverente a Houlun. Ésta solía ser la forma de las cosas entre los simples y los imperiosos.

De nuevo el niño fue acostado al lado de Kurelen y otra vez los dos se miraron con intensidad. Entonces los perros empezaron a ladrar frenéticamente. Kurelen vio que el niño se encogía con el ruido. Rompió a sollozar. El temor se reflejaba en los ojos grises del niño, abiertos y atentos en la tenue luz.

—Teme a los perros —dijo Houlun sonriendo—. Se aferra a mis brazos cuando los oye ladrar.

Pero Kurelen no la escuchaba. Estaba absorto en algo terrible e inhumano que estaba vislumbrando detrás de los ojos del niño y que no incumbía al ladrar de los perros.

Capítulo 8

MUCHAS veces, a medida que las estaciones se sucedían, Kurelen había hecho este prodigioso viaje a través de montañas y desiertos, de estepas y mesetas, de ríos y llanos, escapando al invierno en busca de vientos más templados y pastos verdes. Pero cada vez era como si fuese la primera. La espantosa vastedad, la soledad inmensa y la sensación de que sólo esta pequeña banda de errabundos estaba vivos en el caos universal de ventarrones y nieve, de serranía y desierto, le provocaban una expectante fascinación. Algunos de sus crónicos pesares íntimos se disipaban como si la poderosa lucha de los elementos aventase sus propios tormentos, como un gran océano absorbe en su anonimato las pequeñas gotas y diminutas corrientes. Perdía la miseria de la conciencia individual y se fundía en la oscura conciencia universal, más allá del yo, perdiendo así las hirientes aristas del conocimiento.

Además, ninguna escena era tan salvaje, tan terrible, tan abrumadora. A veces sentía deseos de dar alaridos con los lobos, de gritar con los huracanes, de bramar con los rugientes bosques de álamos, tamariscos y abetos. Cuando una manada de camellos salvajes corría grotescamente recortada contra la gris y remolineante línea del cielo, él gritaba con alegría como si fuera uno de ellos, sintiendo la cortante mordedura de la cellisca, los músculos tensos avanzando contra el viento, experimentando la lucha sin fin entre lo animado y lo inanimado.

A medida que su fuerza aumentaba, se envolvía en capas de fieltro y brincaba sobre la plataforma de la tienda. Luego se sentaba allí mientras Chassa guiaba los bueyes. La muchacha, al viento lacerante, lleno de arena, hielo y nieve, inclinaba la cabeza para que su rostro quedara parcialmente protegido por el cabello y la caperuza. Las tiendas iban todas enganchadas, moviéndose como un único convoy, con las varas afirmadas en el carro de delante. Ahí, en la sombría oscuridad y el envolvente invierno, se sentaba Kurelen durante horas, sin hablar, sin moverse, apenas respirando, con toda su conciencia puesta en las escenas que contemplaba sin cansarse.

Algunas veces pensaba: «Es bueno ser un hombre de la ciudad, protegido por un fuego seguro y paredes seguras. Es bueno tener todo tu esfuerzo y toda tu alma concentrados en la pequeñez de la perfección, para sentir que nada tiene importancia, sólo que una hoja esté delicadamente pintada en un cuadrado de seda amarilla. Es bueno creer que la exquisitez es de más valor

que la vida, y que el único propósito para el cual el hombre ha sido creado es perfeccionar su buena crianza, o para admirar la decoración geométrica de una escudilla de plata, o para escuchar hermosos versos y conversar con amigos que se interesan en los inertes manuscritos de la filosofía. Quizá es delicioso sentir el embeleso de una frase que no puede ser superada o una pieza musical que ha alcanzado la excelencia y la belleza puras. Pero ahora en verdad creo que la búsqueda de la perfección conduce sólo a la muerte. Las artes son sólo pálidas excrecencias del alma. Los hacedores de frases y los filósofos son los sacerdotes de la disolución. El hombre espectador es el hombre cadáver. El hombre individual es el hombre perdido. Solamente rindiéndose al alma universal gana el hombre la verdadera vida, y sólo comprendiendo el universo que lo rodea y participando en él experimenta la plenitud del verdadero goce. Aquí está la sustancia del vivir, la descarnada primavera de ser. El peligro y la lucha son los estados naturales del hombre. El que priva a su semejante de ellos y lo encierra entre paredes, ha hecho de su hermano un mono parlanchín vestido de seda, un eunuco impotente y estéril, un confeccionador ciego de brazaletes de oro, un manco pulidor de piedras».

Las tiendas en movimiento, colmenas redondas de fieltro negro sobre plataformas de madera tiradas por bueyes jadeantes, avanzaban con estruendo, estremeciéndose, camino del sur. Lentamente, terribles paisajes aparecían y desaparecían ante los ojos de Kurelen. Cadenas de negras y quebradas montañas nacían en los horizontes de estepas llenas de nieve, marmoladas de lívido hielo. Las montañas se curvaban como una cimitarra en su trayectoria, formando círculos parecidos a inmensos cuernos del carnero. Nacían en un llano sin fin, en el que ni un árbol ni una piedra eran visibles y en el que altos pastos secos y marchitos se mecían bajo la nieve que caía. Pasaban por grises y quejumbrosos bosques cuyos árboles desnudos y lechos de ríos secos mostraban dónde habían vivido y muerto fértiles pueblos. Pasillos de abetos negros se movían sobre ellos amenazadores. El suelo era blanco como hueso y sus velludas ramas estaban cargadas de copos de nieve. Avanzaban con ruido sordo por laberintos de desoladas colinas, tan desnudas como la palma de las manos. Pasaban por negros muros de piedra, como esqueletos esculpidos por el viento, y que descendían hacia anchos valles agrietados con escarchosas corrientes de agua, salpicados de tamariscos gris verdoso, cantos rodados, pilares mellados y rocas volcánicas. Aquí y allí, como espejos estrellados, había sábanas de agua escarchada, color plomo pulido, reflejando las siluetas de las nubes o una retorcida columna de piedra.

A intervalos, un halcón u otra ave de presa rasgaban el cielo con un vuelo curvo para luego perderse de vista. El viento omnipresente parecía una terrorífica presencia. Batía la funesta inmovilidad de la roca, la colina y el valle, como una terrible sombra de predestinación, dimensionando el transfigurado silencio.

La horda era la única cosa en movimiento en esa colosal soledad, y semejaba una hilera de hormigas arrastrándose a través de los pasos de las montañas y luchando a lo largo de los enormes llanos. Perdida y diminuta, desaparecía entre cortados terraplenes, emergiendo sobre paisajes de completa desolación, deslizándose hacia un horizonte desvanecido en vaporoso cielo. Había algo pavoroso en este coraje y su inflexible determinación. La horda se movía desafiando la desolación con su diminuto conjunto de corazones palpitantes en aquella tumba universal surcada de esquistos cristalinos, de gigantescas capas de rocas cubiertas de nieve, inclinadas como grandes llanos en la luz lívida del día, con peñascos de cristal escarlata y azul. Avanzaban por vacías estepas, desfiladeros, cañadas y torrentes de reluciente hielo, impulsados por una urgencia irresistible, la urgencia de los pájaros migratorios que vuelan por instinto más que por razón.

A intervalos, furiosas tormentas de nieve se desataban, forrando las varas de las tiendas y las ruedas con impuros y gruesos cristales, orlando los ojos de los bueyes y rompiéndose bajo las ruedas con el ruido de vidrios hechos añicos. Las tormentas desollaban los rostros de los mongoles, porque con frecuencia arrastraban arena. Algunas veces, cuando el silencio se convulsionaba con el fragor de los truenos, los nómadas, supersticiosos y aterrorizados, hacían un alto, cubriéndose sus ensordecidos oídos y murmurando súplicas.

Pero a medida que avanzaban hacia el sur, dejaban atrás el crudo invierno. Entonces aparecían blanqueados terraplenes enormes, poco profundos e inclinados, ascendiendo hacia el cielo o descendiendo hacia los valles, como derruidos peldaños gigantes. Cada vez había menos nieve y los ventarrones rugían desenfrenadamente. El cielo era menos vaporoso. A veces, en un cielo de pálidos y delicados matices turquesa, las nubes se apilaban ligeramente como globos inmensos, capa sobre capa, con sus partes superiores ricamente barnizadas de plata. La escasa vegetación se deshela al mediodía y podía ser comida por el ganado, los caballos y camellos. Las hileras de montañas, hundiéndose, elevándose y describiendo curvas, aparecían inundadas a veces de púrpura, amarillo y rosa a la puesta del sol. Pequeñas hondonadas, formadas por el viento, ribeteadas y tortuosas, sólo tenían nieve en el fondo.

Las zonas de tierra seca y desmenuzada estaban llenas de cantos rodados y cubiertas con el desperdicio del desierto. Con frecuencia encontraban oasis cubiertos de maleza. Palmo a palmo, los mongoles avanzaban apresurando el paso, riendo ocasionalmente. Lagos y ríos gris verdoso y escarchados, salvo a mediodía, se hallaban con frecuencia y eran cruzados a través de puentes de hielo.

Nada escapaba a la hipnotizada mirada de Kurelen, en toda esa enormidad de cielo, soledad y silencio. Al anoecer, cuando los otros estaban ya dormidos, él seguía sentado en la plataforma de la tienda, con las pestañas erizadas de hielo, observando el inconmensurable paisaje. Saliente tras saliente, leguas y leguas de largo, el resplandor del norte estallaba contra el cielo negro, hiriendo la vista con sus destellos. Falsos arcoíris, vívidos e increíbles, se recortaban contra la oscuridad, vibrantes y llameantes. A veces, en la lejanía, oía el melancólico aullido de los lobos.

Y sabía que muy pronto encontrarían otras hordas emigrando al sur. Las tierras de los prados verdes hacia las que todos se dirigían estaban exactamente al norte de las arenas del Gobi y hasta ahora no había habido demasiadas disputas por ellas. Había sitio de sobra, pensaban muchos. De modo que otras hordas, miradas como enemigas durante el viaje, eran saludadas con discreta cortesía. Los muchachos de otras tribus pescaban con los de la tribu de Yesugei, rompiendo el hielo de los ríos por las mañanas y al anoecer. A veces una horda ayudaba a otra con provisiones sobrantes. Los jóvenes guerreros se trababan en luchas amistosas y con frecuencia, si se permitían casamientos entre las distintas tribus, se celebraban fiestas de esponsales con mucha jarana. Había una sensación de haber escapado del peligro, lo que añadía brillo a la alegría.

En estos fértiles valles, entre los ríos Onon y Kurelon, los inviernos eran bastante soportables y a menudo había adecuado sustento para los rebaños. Las tierras de pastoreo de Yesugei se extendían vagamente desde el lago Baikal hacia el este, y el antílope silvestre, la liebre, el zorro, el lagarto, la marta y algunas veces el oso podían ser cazados. Era una vida de rigor y a veces, cuando los rebaños se habían consumido hasta un punto preocupante, la gente era compelida a vivir de kumiss y mijo. Los cazadores se iban lejos, durmiendo a la intemperie y sin fuego, buscando la caza esquivada. Hacia la primavera, los intercambios entre las tribus disminuían y había murrias y luchas que acababan a menudo en sangrientos combates. Luego se organizaban correrías y los muchachos pasaban noches sin dormir vigilando los ladrones o cazando ganado extraviado. Un ayuno de tres días no era raro.

A veces, durante un período severo de tiempo malo, muchos se helaban hasta morir. Pero en primavera, las yeguas y las vacas, banqueteándose en verdes y abundantes pastos, daban grandes cantidades de leche. Nacían nuevos potrillos, terneros y corderos, y los hombres de la tribu se ponían ahítos de tanto comer. Entonces venía el largo viaje de regreso, esta vez menos arduo, ya que era primavera.

Los jefes compartían austeramente las miserias y estrecheces con su gente. Es verdad que los guerreros lo pasaban mejor que los otros, porque de su fuerza y fortaleza dependía la supervivencia de la tribu. Las mujeres encintas recibían una ración especial, pero los niños tenían que conformarse con los restos de las ollas. El viaje de la primavera era una hora feliz para todos. La armonía era restaurada entre las tribus. El hambre, gran destructora del amor, de la amistad y la tolerancia, había sido ahogada en la creciente abundancia de la nueva leche y hollada en el corveteo de la nueva vida. Es verdad que los guerreros, sintiéndose de nuevo fuertes y sensuales, hacían correrías a otras tribus buscando mujeres, galopando hasta sus hordas con ellas llorando sobre sus monturas, pero esto no provocaba demasiado malhumor. Las mujeres habían nacido para los lechos de los hombres fuertes, y el raptor era más o menos disculpado. Las mujeres lo esperaban así y en el fondo se sentían deprimidas si no eran raptadas o por lo menos se luchaba por ellas.

El invierno de rojas y encendidas puestas de sol destellando sobre lagos escarchados y tierras áridas había pasado. Las estrellas se suavizaban en la noche y la lucha era menos vehemente. En su camino hacia los apacentaderos de verano, veían que los muros escarlata, los terraplenes y los barrancos brillaban bajo profundos cielos azules, y que los ríos eran a veces del color de la sangre debido al cieno de tierra roja. La hierba achaparrada y el tamarisco tenían un tinte de brillante jade verde, y el desierto florecía. A veces, millas de flores blancas se inclinaban ante el fresco viento, y pétalos azules, dorados y rosados volaban sobre los llanos formando una especie de enorme alfombra turca. Los pájaros atravesaban los cálidos cielos con alas vívidas y sus cantos triunfantes llenaban el desierto de sonidos excitantes. El viaje de regreso era lento, porque los rebaños debían alimentarse y la gente banquetearse. Con frecuencia, el cielo por las noches era rasgado por relámpagos y la tierra se estremecía con los truenos. La vegetación de los achaparrados y deformes árboles del Gobi, incluso la hierba y las flores, se sumía durante la noche en una orgía de vida y todo el aire se llenaba de un rumor de febril crecimiento. En pocas horas parecía que el pasto lozano alcanzaba la altura de la rodilla y

las tiendas se sacudían avanzando con ruido sordo por las estepas sin horizonte, semejantes a un tempestuoso mar verde. Los vientos se cargaban de penetrantes aromas. Cuando caían las torrenciales lluvias, grises como muros de cristal, los olores eran a veces sofocantes. Era como si la tierra y el desierto sin fin estuvieran exhalando nubes de vapor, abrumadoramente llenos de las cálidas emanaciones de miles de millas de orgiástica fertilidad. Los brillantes lagos, los arroyos, los ríos y las lagunas estaban listados con blancas fibras que parecían mármol líquido. Los fuegos de los campamentos por las noches eran centros de jarana, cantos y risas, de historias increíbles y bravatas.

Kurelen encontró el viaje de regreso no menos regocijante que el de ida. El niño Temujin, fuerte de pulmones, grises los ojos, vigorosos los miembros, se sentaba en sus rodillas en la plataforma. Se reía a menudo y parecía querer mucho a su tío. Houlun se unía a ellos contenta, aunque últimamente se lamentaba porque esperaba otro hijo. La primavera había sido exuberante para Yesugei, que adquirió dos esposas más.

El sol caía templado sobre la torcida espalda de Kurelen. El niño trepaba a sus rodillas o se reía con las manos llenas de acres flores recogidas para él. Pero a veces en sus ojos grises había una oscura sombra a pesar del brillante sol. Y algo de la primitiva ferocidad de las tierras áridas de las montañas y los desiertos transfiguraba sus pequeñas facciones.

En el camino de regreso había un lugar que Kurelen había visto muchas veces. Siempre esperaba verlo aparecer con ansiedad. Entre las rojas escolleras, quebradas y terraplenes, entre las puntiagudas pirámides y los templos de pilares naturales rojos como sangre, se encontraba una alta colina de granito color acero. Su perfil, frente al Cielo Azul, era el de un gigante dormido, un gigante que no se despertaba nunca, con el rostro eternamente vuelto hacia arriba, al viento, al cielo y la tormenta. Había algo terrible en ese reposo fijo y sin edad, algo aterrador, pensaba Kurelen. Era como el espíritu del desierto, el espíritu de la muerte o de la fatalidad, esperando los eones, que quizá nunca despertaría, o si despertaba a largos intervalos, sólo sería para volver sus terribles ojos sobre el mundo durante un espantoso momento, antes de dormirse otra vez.

Muchos años más tarde pensaría en este hado durmiente cuando mirara el rostro de Temujin.

Capítulo 9

LA TIERRA vadosa estaba llena de púrpura, fluctuante, profundo y tenue. Fajas de amarillo vivo astillaban el oeste. En la próxima luna, la migración del invierno comenzaría. El aire ya estaba frío como un escarchado arroyo de montaña. El púrpura de la tierra se aligeró y el mundo quedó perdido en errantes sombras de naranja pálido, violeta, azul oscuro y gris, perdiendo su propiedad sólida y haciéndose un sueño de caos.

En su tienda, Kurelen templaba sus manos ante el fuego de estiércol. Los tres muchachitos que estaban a su lado aún no se habían saciado. Querían más historias sobre Bagdad, Samarcanda y las ciudades de Catay. Jamuga estaba fascinado con relatos sobre los extraños hombres cubiertos con mallas que Kurelen había visto, destinados a una tierra aún más extraña, pero Kasar dudaba. Nunca creía en la existencia de alguna cosa que él mismo no hubiera probado, olfateado, tocado, oído o visto.

—Si hubieras nacido ciego, Kasar, habrías llamado embusteros a los hombres que te hablaran del sol —le dijo Kurelen.

Jamuga respondió con su voz suave y resuelta:

—Kasar no hubiera sido tan tonto. Si él no hubiera podido ver el sol, entonces para él el sol no habría existido.

Kurelen sonrió. Le agradaba Jamuga, pero esto no le impedía tomarle el pelo de vez en cuando. Parte de esta malicia venía de que Jamuga no le tenía confianza y sentía un poco de menosprecio por él. Jamuga, le diría a Temujin, tenía anteojeas en los ojos.

Temujin era impaciente. No era un muchacho majadero pero detestaba las conversaciones ociosas. Odiaba también la vaguedad, pero no porque fuera tonto. Comprendía la mayor parte de las abstrusas conversaciones entre Kurelen y Jamuga, pero creía que las conversaciones abstractas eran tontas porque no iban acompañadas de la acción. Esta aversión suya no se extendía a las historias heroicas o extrañas, que llevaban consigo el aroma y el impacto de cosas que habían sucedido o se habían hecho.

—Cuéntanos algo más sobre los hombres de rostros pálidos y las cotas de malla —pidió Kasar, el escéptico hermano de Temujin.

Kurelen rió entre dientes.

—¡No eran de rostros tan tersos cuando uno se acercaba a ellos, perdidos en las arenas del Gobi! Su tez era del color de las entrañas crudas, por el calor

del sol y las tormentas de arena y viento. Usaban cotas de malla plateada, no como nuestras armaduras que son de cuero grueso barnizado, y sus espadas eran mejores que las turcas. Hacía mucho que habían matado y comido a sus caballos. Eran alrededor de cincuenta, aunque declararon que varias veces esa cifra había muerto durante el largo viaje, incluyendo su jefe, a quien ellos llamaban Gran Príncipe. Nosotros los comprendíamos porque algunos de nuestros hombres eran cristianos nestorianos, y dos de ellos habían estado más allá de las montañas en un lejano país llamado Rusia, donde viven hombres de muchas lenguas, especialmente en las fronteras del oeste. Parecía que estaban perdidos y lejos de su camino. Al interrogarlos, declararon que habían salido de sus países de origen, lejos, hacia el oeste, con el propósito de dirigirse a un país extraño para rescatarlo de quienes ellos llamaban «infieles». Al final comprendimos que esos «infieles» eran los turcomanos, o una raza emparentada, que vivían en el extraño país donde el dios de esos hombres de tez pálida habitó una vez y murió. Todo sonaba muy estúpido y confuso. Esos hombres deben luchar por las mujeres, por la comida, por las tierras de pastoreo y a veces por objetos bellos. Es meritorio que luchan si están sofocados por falta de espacio, pero por ninguna de esas cosas luchaban esos imbéciles. Su lenguaje y sus maneras eran muy nobles y muchos de nosotros estábamos impresionados, aunque perplejos, y los desdeñábamos compasivamente. Desde el primer momento dudé muy seriamente sobre la historia que nos relataron. Cuando se les alimentó, se les puso unguento en la carne llagada y se les dio vino turco en abundancia, perdieron su nobleza rápidamente. Empezaron a jactarse. Nos relataron la verdadera razón de sus búsquedas y sus luchas. Querían encontrar a alguien que llamaban Preste Juan, un ser fabuloso que vive en una ciudad gigantesca cuyas tiendas están hechas de tela y oro y que tiene muchos tesoros. Además, de sus confusas narraciones colegí que habían oído hablar de Catay. Las calles y templos de los que nos informaron eran de oro, las puertas de los templos y los palacios, tachonados con turquesas y otras piedras preciosas. Hasta los caballos tenían arneses de plata y piedras preciosas. Las mujeres eran de una belleza sobrenatural. Cuando hablaban de estas cosas, sus ojos destellaban, se relamían y se rascaban.

»Yo les dije: “Es verdad que en Catay hay muchos tesoros, pero no los que buscáis. Son tesoros del espíritu, las joyas de la filosofía, las piedras preciosas de las buenas maneras y la vida bondadosa”. Pero de estas cosas no habían oído hablar y me miraron con asombro desdeñoso, como se mira a un idiota. Era evidente que eran lo que la gente de Catay nos llama a nosotros:

bárbaros. En verdad, eran menos civilizados que nosotros, porque trataron de retribuir nuestra hospitalidad con traición y latrocinio. Porque con todas sus bonitas palabras acerca de su dios, nuestras mujeres no estaban seguras con ellos. Una mañana nos despertamos para descubrir que se habían escapado con los mejores caballos de nuestro padre y dos de mis hermanas. Los perseguimos y los encontramos. Dejamos sus cuerpos para que los buitres los comieran hasta los huesos. Mi padre me dijo, porque entonces yo era muy joven: “Hay que cuidarse de aquel que viene con palabras santas y eleva los ojos piadosamente, porque con seguridad es un ladrón, un embustero y un traidor”. Entonces ordenó que los cristianos nestorianos que estaban entre nosotros fueran torturados y muertos, porque ellos habían comprendido bastante de lo que los hombres pálidos habían dicho.

Kurelen se llevó a la boca un trozo de cordero y masticó con una placentera expresión en su semblante, como si sus pensamientos lo complacieran.

—Mi padre era un hombre sabio. Prefería asesinar que argumentar. Yo pensaba que él codiciaba las espadas de los cristianos y sus cotas de mallas y que en el fondo agradecía a su traición. De otra manera, le hubiera sido difícil encontrar la forma de violar las leyes de la hospitalidad.

Los muchachos rieron. Jamuga había escuchado con suma atención.

Kurelen lo miró.

—Como sabes, Jamuga, tu madre es la esposa de Lotchu, medio hermano de Yesugei. Ella es naimán y era una de sus más bonitas jóvenes solteras. Pero antes de casarse con Lotchu tuvo un hijo de uno de los hombres pálidos. Tú eres ese niño. Sin embargo, es extraño: tú no eres ni falso ni pío, ni traidor ni astuto. Eso prueba que la sangre buena puede expulsar a la sangre negra.

Jamuga sonrió con reserva. Era un joven carente de ingenio y sospechaba de los que lo tenían. Estaba seguro de que Kurelen se burlaba de él. Sin embargo, se sentía secretamente orgulloso. Los rudos soles y vientos del Gobi no conseguían oscurecer completamente su blanca tez. Sus ojos eran tan azules como las milagrosas aguas del lago Maldito, que alguna vez había visto. El azulado de sus ojos no era feroz ni templado, más bien brumoso, frágil y muy pálido. Aunque Temujin, su anda, tenía los ojos grises de los burchikoun y el cabello del color del oro rojo, parecía más moreno que Jamuga, cuyo fino cabello era del color de una hoja de otoño. Además, Jamuga era más delgado y más delicado, la cuenca de sus ojos ancha y recta en vez de oblicua, su nariz más pequeña e inclinada, la boca suave y reservada. No había ferocidad en él ni impulso salvaje e indomable. Cuando

se encolerizaba, se mostraba tan frío como la muerte y sólo la rigidez de sus finas facciones traicionaba su emoción. Además, aunque de coraje, no se interesaba por la lucha, que era la principal diversión de los jóvenes mongoles qiyat. Por otra parte, no era estimado, excepto por los que tenían espíritu servicial, porque era de un temperamento peculiar, más bien melancólico y taciturno, pero también arrogante e imperioso. Con todo, a veces era bondadoso y sensible. Cuando los cazadores regresaban con el botín de sus correrías, él no se interesaba en las espadas, las lanzas, las cimitarras, los arcos y flechas, ni en los escudos esmaltados o en los camellos y rebaños. No le interesaban las bolsas de monedas de plata mezcladas con oro. Era el favorito de su madre y también muy querido por su padrastro Lotchu, quien estaba siempre dispuesto a engatusarle y halagarle con las cosas que deseaba o prefería del botín. En la tienda que compartía con sus hermanastros tenía un cofre privado hecho de la más dura madera negra, y en ese cofre había reunido cantidad de tela plateada, figurillas de marfil exquisitamente talladas, rollos de manuscritos pintados con extraños caracteres, pequeños rostros encantadores y graciosos paisajes chinescos, tazas de plata hermosamente delineadas y de bellas formas, dagas con vainas de marfil incrustadas con plata, pequeñas alfombras que brillaban como joyas, y hasta hilos de turquesas y perlas, flautas de plata y marfil. Nadie se reía de él en su presencia, en parte porque Lotchu era un guerrero feroz y en parte porque en Jamuga había algo misterioso y extraño que no producía risa. Hacía mucho que había descubierto que los hombres se ríen sólo de los débiles y que si un hombre se sienta a nuestro lado y come con nosotros en igualdad de condiciones, bebiendo de nuestra copa, se considerará un igual y hasta un superior. Jamuga pensaba que nadie era su igual o superior; con todo, no sentía menosprecio por nadie a excepción de los que, como Kurelen, se reían cuando la risa no era oportuna. Hasta el final de su vida, Jamuga sospecharía de los que se ríen sólo con los ojos y especialmente de los que se ríen interiormente. Y era así por ser en extremo egoísta, pero sabía ocultar su egoísmo a los simples. Pero a Kurelen y al chamán, que le detestaba, no había conseguido ocultárselo.

Además, aunque generoso con unos pocos y especialmente con los desvalidos, era avaro y reservado. Rara vez su mirada se templaba con emoción humana y ternura, excepto por Temujin (a quien no consideraba muy inteligente) y por su madre. Sospechaba, con acierto, que Kurelen comprendía esto acerca de él, y con su antipatía por aquel hombre lisiado se mezclaba una fría aprensión.

Pero Kurelen lo estimaba porque sabía que Jamuga no mentía ni engañaba. No era conscientemente cruel, y su palabra, una vez dada, era aún más firme que la palabra de los mongoles, si eso fuera posible. Sabía que tenía honra hasta más allá de lo creíble, y que era valiente y constante. Kurelen le había enseñado a leer el lenguaje de Catay, y casi tanto como lo que él mismo sabía del idioma de los turcomanos, de los habitantes de Bagdad y Samarcanda. Le había enseñado filosofía y la religión de otros hombres. Pero nunca había podido enseñarle a reírse inteligentemente de los otros, con esa risa sin malevolencia, llena sólo de cinismo y regocijo con uno mismo. Jamuga, pensaba Kurelen con algo de pena, era demasiado egoísta para tener ingenio, porque sobre todas las cosas tenía un agudizado orgullo y un profundo amor propio. En ese orgullo y ese amor, sospechaba Kurelen, nacía su amargo honor, su odio a la violencia y su mente contemplativa.

Kurelen, que había vivido más o menos en amistad con su viejo enemigo el chamán durante algunos años, le dijo a éste una vez:

—Kokchu, cuando hayas dispuesto de mí, tendrás otro con quien conversar: Jamuga. Te resultará mucho más cómodo porque, careciendo de la habilidad para reír, no será un áspid en tu mano.

Pero el chamán había esbozado su sonrisa sutil y respondido:

—Los hombres irónicos son peligrosos, pero más lo son los hombres que carecen de ironía. —Y añadió dando golpecitos en el pecho a Kurelen—: Tú y yo somos unos bribones, y por eso podemos divertirnos mutuamente. Pero este joven no es un bribón, y yo no lo estimo.

Kurelen había observado sarcásticamente que Jamuga tampoco tenía aprecio por el chamán.

Pero Jamuga no consentía en bromear con el chamán ni en discutir con él, ni le concedía honores de tribu, simplemente lo ignoraba. La madre de Jamuga era una sencilla mujer bien parecida y Kokchu la había gozado durante mucho tiempo, de otra manera Jamuga hubiera sido hallado hacía largo tiempo con un cuchillo clavado en la espalda o dejado misteriosamente en el desierto para los buitres. En él, Kokchu había reconocido desde siempre a un enemigo mortal.

—Los hombres de pensamiento —decía Kurelen— que no tienen buen humor son vigorosos enemigos de todos los charlatanes, mientras que los hombres de pensamiento y buen humor los toleran y les están agradecidos por sus bufonadas en un mundo tedioso.

Alguna vez había deseado que Jamuga lo estimara, porque él era de Temujin, a quien Kurelen quería con todo su corazón, como quería a Houlun.

Al principio había temido que Jamuga pudiera dañar el afecto de Temujin hacia su tío, pero luego perdió ese temor. Jamuga era incapaz de entrometerse con las lealtades de otros, aun de su amigo.

Una vez, Jamuga se había quejado con fastidio de algunas de las crueldades y libertinajes de los mongoles qiyat. Sus lujurias le ofendían, su falta de piedad y salvajismo le desagradaban. Fue entonces cuando, para su desconcierto, Kurelen había dicho:

—Son estas cosas las que hacen invencible a nuestra gente. Los hombres de la ciudad que tú admiras son débiles. Los templos son lugares para eunucos y las academias, casas de castración. El hombre que se sienta a contemplar tiene el alma de un esclavo, y el que escribe libros y el que lee libros son hombres sin entrañas.

Mientras Jamuga se interesaba en los asuntos de los cristianos errantes, Temujin se interesaba solamente en los relatos de Kurelen sobre las grandes riquezas y el poder de Catay, su decadente grandeza, sus generales, ministros, príncipes y emperadores... Le agradaba escuchar a su tío hablar de los parientes del norte, de la dinastía de los Sung de Catay y del trágico caos que los conflictos internos estaban causando a ese magnífico imperio. Parecía hechizado con cada relato de las flaquezas militares de Catay y la fuerza de los países turcos y ciudades en la vecindad del río Orkhon. Mientras escuchaba, las dilatadas ventanas de la nariz de Temujin se expandían más aún, como con desdén, y había un brillo de cólera en sus oblicuos ojos grises.

Temujin era un hermoso joven, aunque no tan imponente de estatura como Bektor, su odiado hermanastro, ni tan ancho como Belgutei, el hermano de Bektor. Pero era despierto y rápido como un zorro. Nunca estaba cansado y su paso era más rápido que el de los otros; su mirada, más ardorosa y penetrante; sus maneras, más sencillas y decididas. Su rostro estaba bronceado por el viento y el sol, y sus mejillas eran anchas y ásperas, encuadradas en dos gruesas trenzas de cabello pelirrojo. Su boca, recta y dura, rara vez reía, aunque podía sonreír ocasionalmente, y entonces con una especie de impaciencia. Sus brillantes ojos, las dilatadas ventanas de su prominente nariz, su oscurecido rostro ancho y su mentón inflexible captaban la más casual mirada y la sostenían. Porque había en él una funesta ferocidad que no tenía nada de la inocencia primitiva o el simple instinto. Más bien era una ferocidad de completo conocimiento, tan implacable como la piedra y tan cruel e impersonal como la muerte.

Jamuga podía considerar a Temujin demasiado sutil o inteligente, pero Kurelen sabía que Jamuga no era un buen juez de los hombres. Como

Jamuga, ocupaba su vida en confusas y resentidas incertidumbres, porque aquellos sobre quienes ellos formulaban juicios prematuros luego desmentían tales juicios. Jamuga nunca comprendería lo recóndito de Temujin, y cuando llegó el día de su muerte, sólo pudo morir en desesperación y hastío, sin comprender aún. En su propia alma había siempre este hastío, esta impotente laxitud. Aún en la juventud, la energía inquieta de Temujin, su ávida búsqueda, su anhelo por la vida, su pasión exuberante por todas las cosas lo molestaban. Una vez había llamado a Temujin bárbaro, y entonces, cuando Temujin lo había mirado riéndose, Jamuga lo consideró un insulto sutil. Cuando hacia el fin de su vida oscuramente adivinase lo que yacía bajo la superficie de la impaciente naturaleza de Temujin y sus ásperas y duras maneras, Jamuga estaría tan espantado, tan quebrantado, que se volvería hacia la muerte como uno se da al opio, detestándose a sí mismo y lleno de pesar. Se decía que debía haberlo sabido si no hubiera sido un tonto, pero su propio egoísmo le había hecho imposible ver en Temujin lo que Kurelen y otros pocos habían comprendido desde el principio.

Kurelen lo vio. Trató de hacérselo comprender a su hermana cuando ella le había pedido que enseñara a Temujin a leer y escribir. Pero ella también era egoísta y por largo tiempo sostuvieron agrias disputas por la negativa de Kurelen.

—¡Tú enseñas a ese labios pálidos de Jamuga, ese camello de rostro blanco! —exclamaba ella vehemente—. Pero a mi hijo, a mi Temujin, no le enseñas.

Y él le decía una y otra vez:

—Houlun, Temujin no necesita la palabra escrita. Hay en él ciertas cosas que las palabras le harían perder. Él es más grande que las palabras, más poderoso que los escritos tontos. No me atrevo a enseñarle.

Y añadía con frecuencia:

—Lleva a tu hijo a Catay, a esos que hacen eunucos de los hombres. Entonces yo le enseñaré.

Kurelen pensó de nuevo en esto, observando el marcado contraste de cruda luz y sombra en el semblante de Temujin mientras escuchaba los relatos sobre el esplendor y la decadencia del poderoso imperio de Catay. Haciendo viajes, pensó para sí: «Soy el único que recuerda las profecías que concurrieron a su nombre y el único que cree en ellas». Porque en la alta y ancha frente de ese joven, en sus inquietos y rapaces ojos del color del granito, en su boca, con su prominente labio inferior, en toda su expresión a la vez salvaje, indómita y fría, en su voz, no alta pero fuerte y medida, había

algo más grande que en otros hombres, algo que volvía intranquilas y temerosas a las almas pequeñas, y aún más inquietas y más temerosas a las almas grandes. Esta intranquilidad estaba siempre presente en el semblante de Jamuga cuando hablaba o miraba a su querido amigo, y trataba de ocultarla asumiendo una indulgente superioridad, o a veces con capciosa irritabilidad.

Mientras les relataba historias, Kurelen encontraba alivio mirando a Kasar, hermano menor de Temujin. En él había un simple espíritu sin complicaciones, sin las oscuras lagunas de Temujin y sin el arrogante melindre de Jamuga. Bajo, ancho, fuerte y directo, era un joven al que se podía mirar con una sensación de reposo, porque no había rapacidad ni envidias ni inquietudes en él. Ni lujurias, sólo las del cuerpo animal. No había búsquedas ni miserias del espíritu. Amaba a su madre y a su hermano Temujin. Odiaba a Bektor porque éste odiaba a Temujin. Amaba a Kurelen porque éste amaba a Temujin. Era enemigo del chamán porque había descubierto que éste odiaba a Temujin. Todo era así de sencillo para este leal y simple joven. Había sólo un punto negro en sus emociones, y éste era Jamuga, a quien Temujin quería más que a él. A Jamuga le profesaba un odio tan puro y primitivo como el de las bestias, pero lo ocultaba profundamente en su corazón, temeroso de que Temujin se enfadase si lo descubría.

Su rostro parecía una luna llena. Sobre sus anchas mejillas se ubicaban sus ojos negros en sus oblicuas cuencas. Las anchas ventanas de su nariz y la nariz chata le daban un leve aspecto porcino. Su ancha boca era gruesa y algo hosca. Este muchacho sin nada original, con el corazón de un perro, tenía una sola originalidad: se cortaba el áspero cabello negro de su gran cabeza redonda casi al rape.

Jamuga quería saber más de ese misterioso continente del oeste, del que había venido su padre. Kurelen tuvo que estirar mucho lo que había oído para agradar lo poco que había visto. Pero tenía el don de la palabra y sus historias sonaban sorprendentemente exactas. Jamuga, que no conocía nada más allá del desierto y las montañas del Gobi, tenía la incomprensible facultad de discernir cualquier fantasía. De modo que Kurelen, que podía haber coloreado sus narraciones por amor a Temujin y Kasar, se descubría ciñéndose a lo que él consideraba la verdad.

—Jamuga Sechen —dijo—, eres un hoyo en la arena que nunca se llena. Las historias que he contado son todo lo que sé.

Jamuga esbozó su débil y fría sonrisa.

—Cuéntalas de nuevo, Kurelen. Sabes que yo podría escuchar durante horas y todavía quedar insatisfecho.

Kurelen encogió los hombros con resignación. Temujin frunció el ceño levemente y luego escuchó con atención. Kasar bostezaba y hurgaba en la olla de Kurelen por si hubieran quedado unos bocados. Hundió la mano en la olla y cogió unos trozos de carne y salsa; luego se lamió los dedos con simple y despreocupada apreciación. Chassa estaba con las otras mujeres esa noche, de modo que Kasar avivó el fuego con más estiércol. Kurelen le dirigió una mirada de agradecimiento, contento de reposar sus ojos en él como un alivio del exigente Jamuga Sechen. Reavivado el fuego, Kasar permaneció cerca de él, con las manos en las caderas y una expresión de tedio en sus facciones. El rojo fuego era como un abanico de luz irradiando sobre el cuerpo de Kasar, exactamente hasta debajo de los ojos, que resplandecían como los de un lobo de las montañas. Su larga y amplia túnica de áspera lana gris estaba ceñida en su gruesa cintura con un cinturón de cuero rojo en el que cruzaba una cimitarra turca y una corta daga. Miraba sólo a Temujin y había una devoción de perro en su semblante. El viento sonaba como tambores destemplados en las paredes de la tienda.

Kurelen habló mecánicamente:

—Es una tierra extraña hacia el oeste de Europa, una tierra de muchas naciones y muchos climas. Pero se dice que es más fértil que la alta Asia. Allí hay bosques de árboles que nosotros jamás hemos visto. Y montañas tan altas como las nuestras, azules como el crepúsculo, cada una mirando sobre la cabeza de la otra y coronadas de nieve. Hay estepas como las nuestras, leguas sin fin, y después hay ríos que nunca terminan, tan verdes como el pasto o dorados. Lagos como mares de plata plana. Hay lugares oscuros y sombríos, llenos de gigantes de cabello amarillo y ojos como halcones. Hombres tan indómitos como las águilas. Hay naciones calurosas y lánguidas, llenas de extrañas frutas y gente risueña. Hay muchas ciudades esparcidas en esas tierras, pero ninguna tan clara, tan hermosa, tan graciosa como las ciudades de Asia. Son ciudades de piedra gris, de barro y madera. Y sus habitantes son tan horribles y sucios como las ciudades. Tengo estos datos de fuentes fiables. Esa gente no tiene civilización, y su estupidez e ignorancia corren parejas sólo con su astucia y cobardía. Sus templos son reflejo de sus almas: son toscos, pesados y achatados. Las ciudades están lejos unas de otras, y no hay caminos entre ellas, sólo desiertos espinosos, selvas negras y ríos malignos. Los pueblos luchan entre ellos y todas sus batallas se distinguen por el más virulento odio, traición y crueldad. Incluso los turcomanos desdeñarían sus

crueldades y violencias. No hay generosidad entre ellos. No hay honor, ni lealtad, ni amistad. No me mires incrédulo, Jamuga Sechen. Sé que todo esto es verdad. La mayoría de ellos son secuaces de la cristiandad, sin duda un credo peligroso si cría semejantes monstruos. En cuanto a sus mujeres, se dice que son de piernas combadas y dientes podridos, que rezuman una hediondez insoportable.

Los jóvenes rieron. Kasar, de pie junto al fuego, mostraba sus húmedos dientes blancos.

—No tienen música, ni cultura, ni hombres de estudio, ni filosofías. Y no tienen academias importantes —continuó Kurelen—. El más insignificante esclavo de las calles de Catay les escupiría desdeñosamente. Sus poesías son jactancias de niños pusilánimes y sus cantos son los crudos arañazos de trovadores vagabundos. Sus reyes no se pueden comparar con los sultanes de Persia, de Bojara, de Kunduz y de Ballj y Samarcanda, son como monos que caminan sobre sus patas traseras y rugen repetidamente. Frente a los sabios del islam, ante el imán de Persia y los sayid, los sacerdotes de estos cristianos son payasos gruñidores y sucios, sin estudio ni conocimiento. A veces han tenido la audacia, se me ha dicho, de mandar algunos sacerdotes a las espléndidas cortes de Catay, donde el emperador, un hombre insensato en eso de creer en la bondad y la tolerancia, les recibió con cortesía irónica. Y ahí se sentaron esos bárbaros con sus túnicas de algodón y lana, atadas con cinturones de cuerda, sus pies sucios envueltos en correas de cuero, la barba y el cabello hirviendo de piojos y su aliento tan fétido como el de los pájaros de la carroña. Miraban a su alrededor con arrogancia, condescendientes con las damas bien nacidas y los lores de las cortes de los emperadores, derramando su sabandija sobre las ricas alfombras, recostando sus cuerpos inmundos en canapés de seda y telas de oro, hurgando con sus dedos sucios en escudillas de porcelana. ¡Verdaderamente el emperador fue un tonto! Pero ya os he contado cómo estos sacerdotes traicionaron al emperador.

—Nunca he visto hombres de esas extrañas tierras —dijo Temujin—. Pero los desprecio.

Kasar bostezó. Abrió la entrada de la tienda y miró fuera.

—Chepe Noyon y Bektor están luchando —dijo—. Bektor no está cumpliendo las reglas. Trata de patear en la barriga a Chepe Noyon.

Temujin se puso de pie con un rápido movimiento. Espió sobre el hombro de Kasar y gritó:

—Tienes razón, Kasar. Vayamos allí a darle una lección sobre buenas maneras a Bektor.

Los dos jóvenes se deslizaron fuera de la tienda, dejando a Jamuga y Kurelen solos. Éste se enjugó las manos y declaró que no tenía nada más que contar. Jamuga lo observaba con gravedad; su desconfianza y antipatía enfriaban sus ojos con reserva.

—Hay sólo una cosa, Kurelen, que deseo saber. ¿Cuál era el nombre o rango de esos hombres de quienes mi padre era hermano?

Kurelen sonrió entre dientes.

—Ellos se llaman a sí mismos cruzados o salvadores. Decían que traerían a Asia la ennoblecedora belleza de su credo, la civilizadora ternura de su dios. No trajeron nada, pero no regresaron con las manos vacías. Llevaron la enfermedad de los sarracenos a sus esposas y a los lechos de todas sus mujeres.

Capítulo 10

CHEPE NOYON, joven afable, bravo, de temperamento apasionado y emociones erráticas, era muy querido por Temujin, quien lo consideraba un hermano más joven. Era más bien menudo y delicado. Tenía el inocente semblante de un niño, de boca sonriente y ojos saltarines. Se le distinguía por su ingenio, su alegría y su amor a las doncellas. Temujin juraba con frecuencia que Chepe Noyon comprendía el lenguaje de los caballos, porque sólo tenía que aproximarse a ellos para que relincharan ansiosamente. Él no les daba órdenes audibles, pero, sin embargo, obedecían instantáneamente moviéndose como si fueran una prolongación de su pequeño cuerpo. A causa de su ingenio, que podía ser tan agudo como una astilla de hielo, no era bien visto por toda su tribu y menos por el celoso Jamuga, quien lo toleraba por Temujin, pero desconfiaba de él por su risa y su lengua. Sin embargo, Chepe Noyon era admirado por todos los hombres por su prodigioso coraje, pasmoso en tan pequeño y femenino cuerpo, por su infalible puntería con el arco y por su loca ferocidad en una batalla o una correría. Aunque muy joven todavía, podía dejar atónitos a los hombres maduros con su astucia y su conocimiento. Era amado por las mujeres, porque se dignaba conversar con ellas y las lisonjeaba, y podía tener la certeza de que su madre, sus hermanas y amigas le reservarían los mejores bocados de las ollas.

Bektor, hermanastro de Temujin, odiaba a Chepe Noyon como odiaba a todo el que quería a Temujin y fuera querido por él. Bektor era un joven fuerte, cuadrado de hombros, de rostro oscuro, de cejas pronunciadas, mejillas triangulares y gruesos labios murrios. Aunque era un fanfarrón, no era cobarde. Su cuerpo oscuro era el de un luchador y un guerrero, e irradiaba un prístino esplendor que fascinaba aun a sus enemigos, de los que tenía bastantes. No había nadie a quien él quisiera a excepción de su hermano menor Belgutei, que a veces exhibía una desconcertante admiración por Temujin y anhelaba su compañía. Nadie veía el cariño de Bektor por Belgutei y la melancólica ansiedad que sentía a causa del despreocupado afecto de Belgutei. Sombrío, de pocas palabras, irritable, de expresión y rostro formidable, espléndido y sin temor, su corazón estaba lleno de amargura y odio, especialmente por Temujin. Creía que él debía haber sido el primer hijo de su padre Yesugei, y no este de ojos grises y cabello rojo, hijo de Houlun,

que se burlaba de él en cada ocasión. Porque cada uno sabía lo que había en el corazón del otro y sabía qué clase de adversario era.

No tenía amigos. Ni siquiera Belgutei era un verdadero amigo, porque a Belgutei no le agradaba la oscuridad y lo sombrío, prefería la alegría de los que rodeaban a Temujin. Belgutei era un joven afable y magnánimo, amable y servicial, pero no se podía confiar demasiado en él. Era muy egoísta. Permanecería leal a un jefe victorioso y hasta sacrificaría su vida por él, pero si el jefe era derrotado una vez, Belgutei estaría entre los primeros en pedir su caída. Aunque era todavía un muchacho, especulaba reflexivamente sobre los méritos de su hermano Bektor y su hermanastro Temujin, preguntándose a cuál entregaría por fin su lealtad. Mientras tanto era amigo de los dos y era muy estimado por Temujin.

Cuando Temujin y Kasar se precipitaron hacia el fuego central del campamento, las risotadas de los hombres maduros y los guerreros les indicaron que Chepe Noyon había estado atormentando a Bektor por su escasa popularidad entre las doncellas de la tribu, dándole algunos obscenos consejos. Bektor, comentaban los divertidos espectadores, había soportado el escarnio noblemente, hasta que por último su paciencia se acabó y atacó a Chepe Noyon, que era muy inferior a él en peso y destreza.

No era correcto para los mongoles que el más fuerte atacara al más débil y había habido murmullos de enojo. Pero, después de un momento, cesó el murmullo y gritaron con deleite porque Chepe Noyon, recobrándose del primer asalto, había devuelto los golpes de Bektor con coraje, luchando como un pequeño zorro contra las embestidas de un lobo. Bektor se desconcertó. Sólo el chamán había visto cómo moderaba sus golpes y que era sólo un arrebato lo que lo había cegado. Finalmente, para terminar un combate que él sabía desigual, había propinado una patada en la barriga a Chepe Noyon. Fue éste el gesto que vio Kasar y que despertó su indignación. Cuando él y Temujin llegaron, Bektor, decidido a terminar una lucha de la que ya estaba avergonzado, había aferrado a Chepe Noyon por la cintura doblándolo hacia atrás. Los pequeños huesos de la espina dorsal del joven habían empezado a crujir. Una expresión de agonía desfiguraba su infantil aunque no atemorizado rostro. Había una intensa mirada de concentración en sus atormentados ojos, como si sólo su voluntad resistiera. Había hincado sus pulgares en la nariz de Bektor y delgados hilos de sangre corrían por los labios y mentón de éste.

Temujin profirió un fuerte grito y saltó sobre su hermanastro, desprendiendo los brazos de Bektor, y Chepe Noyon cayó a sus pies. Alguien apartó al medio inconsciente joven del fuego. Un completo silencio cayó

sobre los guerreros y hombres viejos. Yesugei fijó sus ojos severamente sobre sus hijos, mordiéndose el labio. Por detrás de los hombres aparecieron las mujeres y los niños, con la boca y los ojos bien abiertos. Houlun estaba ahí, y a su lado la mujer keraíta, madre de Bektor. Entre las dos mujeres existía la más venenosa enemistad, y miraban a sus hijos como bárbaras estatuas, inclinándose hacia delante. Con los dientes destellando, las aletas de la nariz distendidas y las manos encorvadas como garras, las dos mujeres contenían la respiración rogando a su espíritu privado que ayudara a su hijo. Nadie notó a Kurelen renqueando, ni a Jamuga, silencioso y tranquilo, con su pálido rostro, más pálido que de costumbre, mientras observaba.

Los feroces y sombríos ojos negros miraban los indomables y dilatados ojos grises. Podían olerse sus cálidos alientos. La luz del fuego les daba aspecto de bestias furiosas. El desfigurado rostro de Bektor estaba lleno de odio y cólera; los labios se centraron en un gruñido mudo. El semblante de Temujin era del color del plomo chino y los ojos, de un tinte de plata con relampagueos. Kurelen pensó que ésa era la belleza primitiva más perfecta. Ambos jóvenes eran altos, aunque Bektor era más corpulento que Temujin. Pero éste era más despierto y veloz. Eran contrincantes parejos y entre ellos había un odio tan puro como el de un animal hacia otro, libre de sutileza y traición.

Se miraban de frente, esperando el primer movimiento. No hablaban ni se movían. Los ceños de los guerreros se fruncían con ansiosa expectativa. Todas las narices aspiraban una respiración caliente. No había más ruido que el crepitar del fuerte y llameante fuego. Pronto fue evidente que Bektor no quería pelear.

Entonces, casi demasiado rápido para que la mirada lo siguiera, Temujin saltó sobre su rival. Lo tomó por la cintura e intentó arrojarlo sobre el fuego. La furia, como una tormenta negra, remolineaba en él. El enconado odio de años embraveció el corazón de Bektor derramando su veneno en el cerebro. Surgió en su interior el ansia de matar. Después de las primeras embestidas permanecieron inmóviles, encerrado uno en brazos del otro, con los pies plantados en la tierra casajosa y los músculos tensos. Podían mutuamente verse las centellantes pupilas. Podían verse los dientes húmedos y percibirse el aliento abrasador. Mientras se miraban así, cada uno sentía que en el mundo no había nada más que ese combate y solamente ellos estaban vivos en un universo muerto. Olvidaron dónde estaban. Eran fuerzas primigenias en medio de un caos estático. Sentían sólo un anhelo, un deseo: matar.

Pero eran tan parejos que permanecieron inmóviles como estatuas. Sin embargo, nadie se engañaba: había ahí una lucha terrible. Veían los dos rostros jóvenes, cómo se tornaban púrpureos con el esfuerzo, cómo las venas se dilataban en la frente y el cuello, cómo se tornaba en llama el brillo de los ojos. Veían cómo se ponían blancos como tiza sus dedos y cómo se arqueaban los pies dentro de las sandalias. Kurelen pensó: «Deberían ser pintados en una porcelana. En rojo crudo y negro, en blanco y amarillo con el escarlata del fuego delineándolos y llenando cada arruga de la piel y la túnica gris. Pero no, en porcelana no. Mejor sobre suave piedra, con el desierto como fondo, rodeados de rosadas celinas y arena color hueso».

Los guerreros soltaron repentinamente una exclamación. Temujin había enlazado su pierna alrededor de los muslos de su hermano Bektor. Los cuerpos se apretaron como fundidos en uno. Entonces, muy lentamente, con crujido de huesos, Bektor fue empujado hacia atrás y su espina dorsal crujió. Sin embargo, ni por un instante dejaron de mirarse fijamente. Temujin había empezado a hacer muecas como un lobo.

Un momento más tarde, con un gruñido, Bektor se desplomó. Se quedó inerte en brazos de su hermano. Apareció espuma en sus labios y los ojos se le quedaron en blanco. Pero Temujin aún lo torcía hacia atrás. Un momento más le partiría el espinazo.

De repente se oyó un agudo y penetrante grito. La madre de Bektor se abrió paso a través de la multitud con fuerza sobrehumana y se lanzó sobre Temujin. Le hincó los dientes en el cuello, colgándose de él como una comadreja en el pescuezo de un lobo. No profirió ningún sonido después de aquel angustioso grito, pero sus dientes mordían profundamente, con la cabeza metida entre Temujin y su debilitado hijo. Su largo cabello ocultaba el rostro contorsionado.

Temujin, sacudido por el ataque, sintió un dolor insoportable en la garganta. La sangre manó alrededor de los dientes de la mujer, que parecía haberse hecho una parte de él, un vampiro que nunca soltaría. Temujin se tambaleó. Sus brazos se aflojaron. Oyó un débil crujido y un peso cayó a sus pies, Bektor. Ahora sólo quería liberarse de ese repugnante mordisco que lo llenaba de horror más que de temor. El corazón le palpitaba y sentía que vomitaría de un momento a otro. Movía la cabeza de un lado al otro, tambaleándose como ebrio. Pero la mujer se obstinaba como si toda su vida se hubiese concentrado en sus dientes. Temujin se revolvía, la golpeaba y estrujaba, pero ella no soltaba.

Confusamente, sintió exclamaciones de regocijo. Una oscuridad cayó sobre sus ojos. Se sintió resbalar por la ladera de una colina hacia la oscuridad. Tenía conciencia de un dolor lacerante en el cuello y una intensa aversión y vergüenza. Los gritos y las exclamaciones resonaron más fuerte en sus oídos. Abrió los ojos a duras penas.

Yacía sobre su espalda con la cabeza casi en el fuego, pero nadie lo miraba. Chillando, golpeándose con deleite y alegría, los guerreros contemplaban el loco pataleo, los arañazos y agudos chillidos de la desplomada masa que formaban Houlun y la mujer keraíta. Rodaban una y otra vez por la tierra, desparramando el fuego, sacudiendo sus pies junto a los guerreros, que lloraban de risa. Una pierna desnuda surgía de sus entrelazados cuerpos. Un pecho desnudo quedaba expuesto, y luego un muslo, y finalmente un torso. Se aferraban sus largos y desparramados cabellos. Emitían gruñidos como de osas y se vejaban la una a la otra, hincándose los dientes en los hombros desnudos, en la garganta o en el brazo. Aullaban como lobas. Houlun se retorció golpeando y arañando. Entonces la mujer keraíta la tiraba hacia abajo. Sus rostros estaban desencajados, ajenos a toda semblanza de humanidad, los ojos hinchados. Una lucha que había presagiado muerte estaba terminando en sainete.

Por último quedaron totalmente desnudas. Un pecho aplastándose contra otro pecho, cubiertos sólo intermitentemente por sus alborotados cabellos. Una pierna entrelazada con otra pierna. Los brazos enlazados uno en el otro. Su áspera respiración silbaba en las gargantas. La expresión enloquecida. Los guerreros jadeaban entre gruñidos y risas, resollando como hombres viejos. Temujin se sentó y sacudió la cabeza. Bektor había sido sacado del lugar del combate entre las mujeres. Entonces, cuando Temujin vio a su madre así, desnuda y cubierta de sangre, con su rostro casi irreconocible, se sintió traspasado por la más profunda vergüenza y degradación. Rompió a llorar.

Oyó renovados gritos. Yesugei había entrado en la refriega esgrimiendo un látigo para camellos. Se paró ante las mujeres y las fustigó indistintamente. Su látigo laceraba, produciendo ribetes sangrientos en las carnes desnudas, arrancando hebras de los tremolantes cabellos. Se soltaron y apartaron rodando, tratando de protegerse con las manos y encogiendo las piernas. Cruzaron los brazos sobre los pechos, inclinando las cabezas entre los hombros. Temujin, sollozando, cerró los ojos.

Se sintió transportado. Cuando abrió de nuevo los ojos, estaba en la tienda de Kurelen. Su tío estaba exhausto de tanto reír. Pero Jamuga, con el rostro

pálido de disgusto, lavaba gravemente la cara de su amigo con agua fría, enjugando los grumos de sangre del cuello.

—Una osa te ha mordido —dijo con calma.

Temujin gimió lamentándose por la deshonra de su madre. Kurelen sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

—No te apenes por nada que dé ocasión de reír, Temujin —dijo.

Pero Jamuga fijó los ojos en él con contenida aversión.

—Te equivocas, Kurelen. Hay momentos en que la risa es más amarga y menos soportable que la muerte.

Capítulo 11

BEKTOR lloró también cuando se enteró de la deshonra de su madre.

—Nunca levantaré mi rostro para mirar a alguien a los ojos, sabiendo que fue mi madre, una débil mujer, quien me salvó de la muerte —se lamentaba.

No quería ver a su madre aunque la sabía magullada, lastimada y quebrantada; se paró fuera de la tienda que ocupaba con su hermano Belgutei, esperando hablar con él. No podía perdonar a su madre. Sólo permitía que lo atendieran su hermano y el chamán, que era su consejero y mejor amigo. Cuando su padre Yesugei lo vituperó agriamente, ocultó el rostro de vergüenza. Y cuando Yesugei lo castigó salvajemente, no ofreció resistencia. Se daba cuenta de que el jefe había sido degradado también. Yesugei creía haber sido ultrajado por esa pelea entre sus hijos, pero no habría estado tan preocupado, Bektor lo sabía, si uno de ellos hubiera matado al otro. Un mongol aceptaba el dolor, era uno de los aspectos de la vida, pero la deshonra no la aceptaba nunca. Sus hijos se podían haber ennoblecido con la muerte. Vivos, eran motivo de risa incluso para los esclavos.

Bektor aceptó este maltrato y la punzada de la humillación, conociendo la verdad de las palabras de su padre. Besó los pies de Yesugei con dolor y tristeza. «Mejor hubiera sido morir y ser olvidado, que vivir y ser recordado con burla y escarnio», le dijo a su padre.

Yesugei escuchó sombríamente. Luego dijo:

—Llegará el día en que esto se arreglará con sangre y muerte. Prepárate para ese día, Bektor.

A Temujin, a quien también castigó y vituperó, le dijo lo mismo.

Pronto se corrió el rumor de que Yesugei había ordenado a sus hijos que se comprometiesen a combate mortal por amor a su honor, pero debían esperar a que el tiempo les diese fuerza y dignidad suficientes.

Mientras tanto, el chamán intentó consolar a Bektor.

—Temujin es casi un año mayor que tú —dijo a su favorito, que le admiraba por verdadera estima o por el odio que Kokchu profesaba a Temujin—. Y también tiene astucia. Tú sólo tienes fuerza.

—¡Pero él luchó limpiamente! —repuso Bektor.

El chamán cambió una mirada solapada con Belgutei. Esos dos se comprendían muy bien.

—Él sabe, Bektor, que un combate debe ser ganado a cualquier precio. Tú has dicho antes que una victoria no es legítima si es manchada con engaño o traición. Ésa es la creencia de los tontos. Quien de cualquier modo obtenga la victoria es siempre justificado por sus seguidores y por el tiempo. Es sólo el derrotado quien es aborrecido.

Bektor lo contemplaba con recelo e incertidumbre, pues su naturaleza era esencialmente simple, y por eso creía en la superioridad de cualquiera que tuviera el don de la palabra. Mordió su hinchado labio y arrugó las cejas. Con seguridad el chamán tenía razón. Sin embargo, no podía desembarazarse de su inquietud.

—Podría acecharlo y matarlo con un cuchillo por la espalda —sugirió.

—Es verdad —dijo el chamán, frunciendo el ceño pensativo—, pero te traería a ti poco honor. La astucia debe ser tan diestramente disimulada que parezca una valentía. Permíteme juzgar por ti y aconsejarte, Bektor.

Bektor, en su simpleza, consintió, pero seguía inquieto.

Cuando el chamán se hubo ido, después de untar la espalda de Bektor con un ungüento mágico para aliviar los músculos maltratados, Belgutei se echó a reír. Bektor lo contempló un momento y luego, tornándosele el rostro carmesí, hizo un esfuerzo para sentarse y arrojó una jofaina a su hermano. Belgutei rodó para eludir el proyectil y renovó su risa.

—¡Eres demasiado serio! —exclamó—. Fue una buena lucha hasta que llegaron las mujeres. Sin embargo, me alegra que hayan intervenido. De otro modo yo hubiera perdido a mi hermano.

Bektor lo miró con ceño, pero las afectuosas palabras lo conmovieron. Por último sonrió.

—¿Tú me prefieres a Temujin, Belgutei? —susurró.

Sin vacilar, el astuto joven replicó:

—Tú eres mi hermano y debes ser el khan cuando nuestro padre muera, no Temujin. Pero debes hacer sólo lo que el chamán te diga.

—¿Tú tienes fe en él?

Belgutei abrió los ojos y sonrió levemente.

—Yo no confío en nadie, Bektor, ni siquiera en ti. Eres demasiado simplón. Pero los otros son demasiado insidiosos. Confía en el chamán y sólo hasta donde alcanzan sus intereses. Más allá de eso no confíes en nadie.

Una inefable tristeza embargó a Bektor. A despecho de sus oscuras y duras facciones, parecía herido. Era el hombre simple angustiado porque otros hombres pudieran ser tortuosos y traicioneros, envidiándoles un poco su habilidad para engañar.

El chamán fue hasta la tienda de Temujin. Kurelen, que empezaba a fastidiarse por las lamentaciones de su sobrino y por la melancolía y mortificación de Jamuga, saludó al chamán con agrado, aunque lo miró con suspicacia, conociendo su predilección por Bektor.

—Oh, Kokchu, tú quizá puedas dar un poco de fortaleza a estos afeminados jóvenes. Se lamentan como si fueran muchachas.

El chamán apretó los labios y, sin responder, examinó las heridas de Temujin.

—La mordedura de mujer es como la del perro —comentó—. Hay veneno en su saliva.

Kurelen entornó los ojos. No le agradaba la expresión seria de su viejo enemigo, pues la sabía hipócrita.

Kokchu pasó sus largas manos oscuras, tan flexibles como serpientes, por la garganta de Temujin murmurando un encantamiento. Kurelen sonrió. Jamuga observaba con fría reserva.

Tras hacer sus encantamientos, el chamán contempló a Temujin severamente.

—No está bien que los parientes se peleen —dijo—. Vengo de ver a Bektor y él está avergonzado. Le dije: «Has de saber que cada hombre necesita a un amigo y cada hermano a su hermano, porque éste es un mundo impío para el vencido». Haz las paces con tu hermano, Temujin. Hoy es un día maldito, escogido para hacer correr la sangre entre parientes.

Kurelen enarcó las cejas ante estos juicios morales. Pero Kokchu, sin mirar a éste ni a Jamuga, salió con paso seguro de la tienda. Cada movimiento de su cuerpo expresaba su reproche e indignada frialdad. Cuando se hubo ido, Kurelen cambió una mirada con Jamuga, que estaba pálido de ira.

—Cuando una serpiente habla de amor fraternal, es tiempo de que los hombres honrados huyan —dijo.

Temujin no habló. Sus facciones se congelaron en una máscara de obstinada melancolía.

—Es así, Kurelen —añadió Jamuga—. Si Bektor hubiera matado a Temujin, el chamán no hubiera pronunciado esas hermosas palabras sobre la sangre de parientes. Kokchu es ambicioso.

Kurelen asintió y luego sentenció:

—Deja a los hombres precaverse cuando uno vehemente aparece entre ellos, pero deja a todos los hombres armarse cuando un cura codicia el poder.

Capítulo 12

UN ATARDECER, Temujin, su hermano Kasar y sus amigos Jamuga Sechen, Chepe Noyon y Subodai regresaron jubilosos. A Temujin le encantaban los sementales blancos, y su padre le había regalado uno en reconocimiento de su valor. El joven se había encontrado con un enorme oso inesperadamente y lo había matado con su daga corta. Una hazaña prodigiosa. El semental blanco era un obsequio. En adelante, Temujin no montaría otra clase de caballo. Pero Jamuga Sechen prefería los caballos negros, pequeños y veloces. A Chepe Noyon le agradaban los caballos ligeros que corveteaban con viveza; su corcel era una joven yegua manchada, de mirada inteligente y flirteadora, con la cola arqueada. Subodai, a quien Kurelen llamaba la destilación de la virtud pura, montaba una yegua gris que podía galopar como una sombra espectral, casi sin ser vista.

La horda de Yesugei había llegado a los apacentaderos de invierno. Las estepas gris verdoso eran orilladas a la puesta del sol con gotas de cristal escarchado. Más allá del indistinto mar de altos y susurrantes pastos había lejanas colinas color violeta, con fugaces sombras rosadas. Pero el oeste era un lago de escarlata oscuro, y las figuras de los cinco jóvenes montados se recortaban ante él, oscuras e indistintas, mientras cabalgaban velozmente gritando a través de los inclinados pastos. La caza había sido buena aquel día. Cada joven conducía su caballo como si fuera parte de él. Espaldas jóvenes ligeramente inclinadas acompañaban el movimiento del animal. Fuertes piernas flexionadas se envaraban en los estribos. Los altos sombreros en punta cortaban la puesta del sol como dagas negras. Sus casacas de fieltro se ceñían con cintos a sus angostas cinturas. Los de sus arcos oscilaban en sus espaldas. Kurelen reconoció a cada joven por su silueta contra el cielo en llamas. Temujin, más alto que los otros sobre su caballo también más alto, cabalgaba con indómito y sereno orgullo, como un jinete venido desde algún mundo misterioso. A su alrededor cabalgaban sus amigos, jóvenes paladines de un rey con una especie de dignidad salvaje.

Kurelen pensaba que Temujin tenía la capacidad de inspirar devoción en hombres buenos, bravos y valientes, y con frecuencia en hombres más nobles que él mismo. Entre los que le estimaban sinceramente no había ninguno de carácter falso y astuto, ninguno que lo siguiera por puro interés personal. Kurelen se maravillaba ante esto, porque Temujin era a veces un joven

sombrío y furioso, precipitado y áspero, implacable, inflexible y a veces inexorable. Tenía poca paciencia con los asuntos nimios, pudiendo mostrarse sumamente brutal y exigente. Sin embargo, había en él la mejor generosidad mongol y el mayor arrojo. Su palabra, una vez dada a un amigo, nunca sería quebrantada. Poseía la honestidad mongol, que era simple y primitiva. Si alguna vez era sutil, no lo era como Jamuga, sino con una profunda y genuina inocencia. Con el tiempo Temujin sería un hombre sabio y valeroso, magnífico, dotado de prístina y heroica dignidad. Pero no eran todas estas cosas las que inspiraban la devoción de sus amigos. Era otra cosa, pensaba Kurelen, algo en la mirada de sus ojos grises, firmes y avizores, algo en su levantado mentón, en su presencia que irradiaba un poder y una fuerza que no parecía envejecer. Era un joven creado por agentes misteriosos, de poder sobrenatural, para ser rey entre los hombres, un instrumento hecho por los dioses para algún terrible pero espléndido designio. Era todo esto lo que sus amigos admiraban sin ser conscientes de ello.

Él podía inspirar devoción en hombres como Kasar, aniñado e irreflexivo como la gran mayoría del vulgo. Podía inspirar simpatía en jóvenes como Jamuga, que amaban la filosofía, la sabiduría y el pensamiento. Podía atraer el afecto de quienes, como Chepe Noyon, eran alegres aventureros, risueños, anhelantes e irresistibles. Y aún más extraño, este joven sin virtud pura podía alcanzar la apasionada adhesión de los que como Subodai eran reflexivos, bravos, puros, consagrados y leales. En verdad había en Temujin un embrión de khan de todos los hombres, para cuya coronación se congregaría toda clase de espíritus, incluso aquellos que como Belgutei seguían al victorioso para repartirse el botín.

Kurelen declaraba con frecuencia que ante la virtud pura, como la de Subodai, los hombres se sentían abatidos y molestos, inspirados con afecto carente de amor propio o insuflados de maldad sin remordimientos y odio. Subodai tenía el rostro y el cuerpo de un joven dios: hermoso, sereno y meditativo. Su sonrisa era un fulgor; su mirada, una saeta de luz; su voz, baja y dulce. Nunca se le había conocido un acto cruel o una traición. Sin embargo, nadie era más valiente que él, nadie más veloz con la espada o más elegante sobre un caballo. Algunas veces Kurelen sospechaba que era más profundo que el sinuoso Jamuga. Pero Subodai hablaba con gran sencillez, de modo que el más obtuso de los hombres podía comprenderlo. Sus enemigos eran más venenosos que los de Temujin, y los que lo estimaban, lo estimaban más profundamente que al joven hijo del khan. Kurelen le había enseñado a leer. Jamuga era claro y lúcido en los comentarios durante sus clases, pero

Subodai escuchaba en silencio, con sus tranquilos ojos azul oscuro fijos y radiantes en los labios de Kurelen, y su rostro como un pálido y barnizado bronce. Hasta el fin de su vida nadie supo lo que pensaba, ni siquiera Kurelen, quien sólo podía adivinarlo. El chamán lo odiaba más que a Jamuga Sechen, quien podía a veces ser seductor con una frase hábil. Subodai sabía más de caballos que Chepe Noyon, que comprendía su lenguaje. Cuando montaba a su oscura yegua gris con la luz de la mañana sobre su rostro, les parecía a muchos un hermoso y majestuoso espíritu que comunicaba su pensamiento a su corcel, por un mero respiro, una mirada o un toque. Tenía verdadero genio para la organización de una caballería poderosa, y aunque era aún muy joven, Yesugei lo había designado el jefe de los jinetes más jóvenes, por lo que Chepe Noyon se había resentido mucho. Pero nadie, ni aun los más ambiciosos, podía resentirse por mucho tiempo con este caballeresco joven que no ofendía a nadie, excepto por la gran brillantez de su naturaleza y su alma, y por su bello aspecto.

Kasar estaba celoso de él como lo estaba Jamuga Sechen, porque a veces les parecía que Temujin estimaba a Subodai más que a ellos. Pero en otros momentos Temujin estaba intranquilo con Subodai, parecía impaciente y hasta lo evitaba. Eran los momentos, comentaba Kurelen, en que las acciones de Temujin no podían soportar visiblemente la luz del día.

Por lo demás, Subodai era un flautista de maravilloso éxito, y cuando tocaba les parecía a muchos que no era un instrumento de plata lo que soplaba, sino la voz de su espíritu. A través de su flauta, el corazón de Subodai se ponía de manifiesto tan agudo y conmovedor en cada nota, que lágrimas solemnes afloraban a los ojos de quienes escuchaban.

Cuando Subodai estaba divertido, no se reía sin reserva como los sinceros mongoles que amaban la risa casi tanto como la caza y las correrías. Pero todo su rostro, desde sus ojos hasta los labios, se iluminaba instantáneamente, semejando el alma misma de la alegría y la frivolidad.

Era significativo, pensaba Kurelen mientras cabalgaban los jóvenes galanamente hacia la aldea de tiendas, que hubieran asumido los lugares apropiados alrededor de Temujin, quien cabalgaba en el centro de sus compañeros. A su mano derecha estaba su amigo Jamuga Sechen y a su izquierda, Subodai, el caballeroso. Detrás de él trotaba el simple y leal Kasar. Corveteando desenvueltamente adelante y atrás, haciendo carreras, trazando círculos y gritando, iba el alegre Chepe Noyon. Pero siempre, como un imán, Temujin arrastraba a su alrededor, magnífica e irresistiblemente, los cuerpos y corazones de sus amigos. Este vehemente y tempestuoso joven, de ojos grises

irritados y de violento perfil, tenía un misterioso poder inigualable al que nadie se podía oponer.

Habiendo sido distribuido el botín de la caza, el ánimo de los jóvenes se mantenía aún eufórico. La luna se había levantado y las distantes colinas se habían tornado tan negras y lustrosas como ébano bajo su argentada luz. Sus redondeadas cumbres parecían satén platinado. Los altos pastos de las estepas se habían plateado agitándose como un mar espectral bajo el viento. El ilimitado cielo estaba inundado con un lechoso esplendor y el aire, cortante y claro como cristal, era vivificante.

Los jóvenes corrían gritando y lanzando exclamaciones por las estepas, haciendo zumbir sus látigos con furia, irguiéndose sobre los estribos con sus casacas ceñidas, volando uno tras otro. Los perros les seguían ladrando fuerte, intentando morder las patas posteriores de los caballos al galope. Los ancianos se asomaban a las puertas de sus tiendas y, riendo entre dientes, observaban la carrera. Los ojos marchitos brillaban de envidia. Las muchachas aplaudían riendo y los chicos chillaban.

Las mujeres, alrededor de los fuegos anaranjados de los campamentos, meneaban las caderas sonriendo excitadas. Los camellos lanzaban gañidos agudos dando tirones a sus cuerdas. Los otros caballos, locos de celos, relinchaban y se encabritaban. Hasta las reses y las ovejas mugían y balaban. Cuando los jóvenes volvieron por fin a la aldea, sus caballos estaban sudorosos.

Temujin y sus acompañantes se reunieron alrededor del fuego de Kurelen, hábilmente atendido por la muda y dedicada Chassa. No era sólo el cariño lo que los llevaba allí. Sabían desde hacía mucho tiempo que en la olla de Kurelen se podía encontrar la mejor carne y la salsa más sabrosa. De alguna forma él se ingeniaba siempre para tener golosinas turcas y chinas en sus escudillas de plata. Los sacos de cuero estaban siempre repletos de vino y kumiss. Si la leche escaseaba en la horda, siempre podía encontrarse cerca del fuego de Kurelen. Luego, después de comer hasta quedar repletos, generalmente los jóvenes lo persuadían para que les entonara extraños cantos que agitaban su sangre llenándolos de misteriosos anhelos. Ahí podían ellos reír y bromear en un ambiente de simpatía y amistad. Sabían que Kurelen amaba la juventud, por mucho que tergiversara su lengua, y que los admiraba por su hermosura, su fuerza y su arrojo. Kurelen no tenía perros porque los detestaba. Temujin, que nunca había podido librarse de su temor a los perros, podía ir allí sin verse obligado a ocultar ese terror a los ojos de los demás. Cuando los jóvenes alardeaban, Kurelen no los miraba con la burlona

jocosidad y las sonrisas despectivas de los hombres viejos que los odiaban y envidiaban. Antes bien, los escuchaba, con una ceja caprichosamente levantada y una mirada mezcla de afecto, interés y diversión, en su rostro largo y delgado. Aun cuando él hablaba con sarcasmo, ellos podían reírse sabiendo que en su mayor parte iba dirigido contra sí mismo y no era malintencionado.

Temujin comió con voraz apetito esa noche. Algún fuego interno parecía devorarlo. Bebió hasta que Kurelen se vio obligado a retirarle los sacos de vino. Insistió en que cada uno de sus acompañantes luchara con Temujin, pero cuando los derribó a todos, uno tras otro, la llama que lo consumía no pareció extinguirse o disminuir. Sus ojos resplandecían a la luz de la hoguera y la luna. Su respiración era vehemente, audible y agitada. No podía estarse sentado, sino que se ponía cerca del fuego con las piernas separadas, las manos en las caderas y una sonrisa jadeante. A pesar de la frialdad del aire, había abierto su abrigo y su túnica. Su bronceado pecho estaba húmedo, perlado de sudor.

—¡Cuéntanos algo! —rogó a su tío, atizando el fuego hasta provocar una llamarada crepitante.

Kurelen lo hizo. Los que estaban alrededor y los que se hallaban distantes en los fuegos del campamento se aquietaron mientras la celestial voz, fuerte y dulce, flotaba hacia las estrellas. Primero entonó una de las canciones favoritas de Temujin:

*Yo moriré en la montura, calzado y espoleando.
Yo moriré con mi espada en la mano.
Aunque a menudo he faltado y con frecuencia he errado.
Como los grandes y los pequeños de la tierra...
Ésta es mi historia, donde quiera el hombre haya pisado:
¡Él murió en su montura, murió como un dios!*

—¡Sí, sí! —exclamó Temujin—. ¡Yo moriré en la montura! ¡Moriré como un dios! ¡Pero no antes de ser el emperador de todos los hombres, el guerrero perfecto, el gobernante más poderoso!

Sus acompañantes gritaron y rieron ante esta grandilocuente declaración. Chepe Noyon gritó:

—¡Khan de cuarenta mil tiendas! ¡Señor de un imperio!

Temujin le propinó un puntapié y Chepe Noyon se apartó. Entonces Temujin, borrada la risa de su rostro, miró fija y penetrantemente a sus sorprendidos amigos. Su rostro oscuro se arrugaba gesticulando con furia. Sus

ojos despedían chispas. Kurelen, a punto de increparlo, se contuvo. Entornó los ojos y pensativamente se mordió el labio.

—¿Quién es el camello que desea reír ahora? —gritó Temujin.

Jamuga Sechen repuso con disgusto:

—Siéntate, Temujin. Tienes demasiado kumiss en tu barriga.

Temujin se abalanzó hacia él con ira:

—Se dice de ti, Jamuga, que tu hígado es amarillo y que derrama bilis en tu sangre.

Jamuga no replicó, pero su pálido rostro se tensó. Levantó los ojos, fijándolos con ansiosa y penetrante mirada en su amigo. Los otros quedaron repentinamente silenciosos.

Temujin se enfrentó a la firme mirada de Jamuga y entonces se sonrojó de vergüenza y confusión.

Kurelen pensó que era hora de intervenir.

—Para ser un guerrero perfecto tienes la lengua de una vieja rompevientos, Temujin. Estás tan inflado como una vejiga llena. Vete tranquilo y alíviate. Nosotros te esperaremos.

Los jóvenes rieron entre dientes. Temujin, jadeando de nuevo y con el rostro congestionado, les clavó una mirada ansiosa. Pero Jamuga no sonreía. Había desviado la cara. Sus ojos, fijos en las distantes colinas, eran fríos e inescrutables.

Como si las palabras le salieran por sí solas, Temujin exclamó:

—Perdóname, Jamuga.

Jamuga, sin volverse y sin apartar los ojos de las colinas, dijo tranquilamente:

—Te he perdonado ya.

Temujin, con un pasmoso bajón anímico, se sentó. Miró a sus amigos. Chepe Noyon reía a hurtadillas. Kasar miraba alrededor ferozmente, listo para defender a su hermano de cualquier ridículo, ahora que estaba castigado. Pero Subodai lo observaba gravemente y en silencio, con su hermoso rostro en calma. Eso fue lo que sacudió más tristemente el corazón de Temujin, e hizo otra vez promesa solemne, como había hecho mil veces antes de controlar mejor su indómita lengua, que era como una espada que hería a sus amigos. Decidió que al día siguiente daría a Jamuga su más querida posesión: una daga china con empuñadura de plata adornada con turquesas. Pero pensó atribulado que los sentimientos de Jamuga no se suavizaban ni curaban rápidamente. Pasarían varios días antes de que la confianza quedase restaurada entre ellos. Mientras tanto, él, Temujin, sufriría intensamente. Era

en momentos como éste cuando se daba cuenta de cuán profundo era su afecto por su amigo del alma. Se detestaba a sí mismo.

Subodai había pedido a Kurelen su canción favorita, y de nuevo la voz de éste se elevó apasionada y melancólica. Y de nuevo los distantes fuegos del campamento escuchaban y hasta los rebaños guardaron silencio.

*Y ante mí un ángel radiante apareció
con alas de luz en una lluvia de plata,
y en sus manos, tan brillantes como la luna,
sostenía las dos copas rebosantes de vino.
Con sonidos de dulcísima flauta suavemente habló:
de estas dos copas tú debes elegir
y nunca más, aunque soles sin fin pasarán,
podrás retractarte y de su compañera participar.
En esta brillante copa que sostengo en mi mano
hay alegría eterna, en una tierra de cristal,
donde el amor y la vida, como dos llamas inmortales,
arden alto, juntos, desde un único tizón.
Tú mismo vivirás donde la alegría sola mora,
intacta, inalterada, mientras todas las corrientes
de cambio y ruina y muerte tornan la tierra en polvo,
y solitario en los cielos el oscuro sol cabalga.
Pero en esta copa inferior sólo hay paz.
Y sólo oscuridad y la pálida libertad
que sigue en la tumba. Aquí no hay dolor,
sino infinito silencio, cuando tu corazón cesa.
No hay alegría aquí, ni éxtasis sublime,
ni dulce conocimiento de clima perfumado,
ni amor, ni risa, sólo ojos marmolados
y labios de mármol, para siempre mudos en el tiempo.
Y turbada elevé mi mirada
y dije ante el ángel: yo sorberé
sin pena, pero con fatigado lamento,
de ese pálido vino dentro de la copa inferior.*

Sólo el hechizo de su voz seducía a los oyentes, a excepción de Jamuga, Subodai y Temujin. Porque nadie comprendió, sino sólo estos tres, y aun con curiosas y variadas comprensiones. El hermoso rostro de Subodai se ensombreció. Una pálida inquietud se movía como una sombra de agua

agitada sobre los ojos de Jamuga, pero la expresión de Temujin se endureció como si sintiera algún secreto menosprecio.

—Ése es el canto de los hombres viejos —dijo.

Se puso en pie. Miró alrededor con una mirada repentinamente feroz y oscura. Luego la llevó hacia el cielo. El fuego iluminaba con un brillo rojo la parte inferior de su rostro, y sus ojos, en la sombra, parecían más potentes a causa de esto.

Nadie vio a Bektor moverse cerca, sigilosamente. Nadie lo vio detenerse, ni vio sus facciones componer una amarga expresión de odio.

Capítulo 13

YESUGEI llamó a su hijo Temujin. Estaba sentado en su tienda con el chamán a su lado y dos ancianos. Temujin, impaciente, se paró ante su padre, mientras Yesugei lo examinaba concienzudamente de la cabeza a los pies.

—Tienes suficiente edad para desposarte, hijo mío —dijo por fin—. He pensado llevarte hasta las tiendas de Olhamod, donde tienen hermosas doncellas con buenas dotes. Prepárate, ya que, como sabes, permanecerás con los padres de tu desposada. Puedes llevar contigo a dos amigos que se quedarán allí por algún tiempo para confortarte. Así no echarás de menos tu hogar.

Su rostro se suavizó por un momento mientras miraba a su hijo. Con seguridad ningún hombre tenía más gentileza. Pero Temujin tenía mal ceño. Estaba consternado.

—¿Tengo que ir ahora, padre mío?

—Ahora mismo. Apresúrate, Temujin, nuestros caballos están ensillados.

Temujin se dirigió a la tienda de su madre. Siendo una mujer práctica, ella no escucharía quejas de él.

—Tienes bastante edad para desposarte —dijo ella, coincidiendo con Yesugei—. Pero cuando te hayas casado, retornarás a la horda de tu padre y cuando él muera, tú serás el khan.

Le entregó una pequeña caja de plata con unguento perfumado para su prometida. Le sonrió. Sus ojos grises brillaban con afecto indulgente.

—Dame muchos nietos, niño mío —dijo. Colocó las largas palmas de sus manos sobre las mejillas de él y le dio un breve abrazo. La enorgullecía su alta y hermosa figura—. Ningún hombre vive sólo para sí. A la hora señalada debe tomar la espada del deber. El que se evade, debe morir. Siempre ha sido así.

Kurelen escuchó las quejas de Temujin. El lisiado lo señaló con un dedo.

—¡Qué! ¿No eres un hombre? Si no lo eres, vuelve con tu padre y ruégale que te dé más tiempo.

Temujin se sonrojó. Miró a Kurelen, que sonreía sarcásticamente, y por primera vez en su vida sintió el deseo de abofetearlo. Mientras luchaba con el impulso, Kurelen, sonriendo aún, abrió uno de sus cajones y sacó dos anchos

brazaletes de plata hábilmente labrados. La plata semejaba hilos de telaraña, tan fina era, tan delicadamente trabajada. El dibujo era de una parra trepadora florecida y los pétalos estaban realizados en turquesas y piedras rojo oscuro. Kurelen los colgó en sus dedos. Olvidando su breve ira, Temujin se puso en cuclillas y admiró los dijes.

—Oh —dijo Kurelen suavemente, dejándolas caer de sus dedos en las ansiosas manos de Temujin. Sus ojos se entornaron con pena, pero sonrió. Entonces metió la mano en el cajón otra vez y sacó un ancho y pesado collar a juego. Temujin no pudo reprimir una exclamación de placer mientras el collar tintineaba entrechocando sobre sus dedos—. Que ella sea bastante bonita para añadir lustre a estas chucherías —dijo—. Que su virtud sea aún más preciosa. Se dice que la que use esto no carecerá nunca de hijos. —Y añadió, mientras Temujin extendía los brazaletes sobre sus palmas para estudiar su efecto—: Ojalá tu esposa te ame a ti sobre todas las cosas. Nuestra gente desdeña el amor de las mujeres como una cosa sin valor. Sólo les pedimos que sean dóciles en nuestros lechos y nos den muchos hijos. Pero es porque somos bárbaros, recuérdalo, Temujin: nada es más precioso que el amor de la mujer que deseamos, y ese amor es agua en un desierto, un caballo salvador entre enemigos, una espada en la batalla y un cálido hogar. Es una fortaleza y un refugio. El que tiene semejante mujer, tiene una joya sin precio y todo el cielo con ella.

Temujin estaba sorprendido. Levantó la vista esperando ver una sonrisa burlona en el rostro de su tío, pero la expresión de Kurelen era grave.

—¿Has amado alguna vez, Kurelen? —preguntó asombrado. Miró alrededor. Chassa estaba sentada entretejiendo cabello en una cuerda. Pero ella respondió a la mirada de Temujin con una extraña sonrisa e inclinó la cabeza.

—Sí —respondió Kurelen. Su semblante estaba distendido e inexpresivo—. Pero ahora vete, tu padre te está llamando.

Cuando Temujin se hubo ido, Kurelen guardó silencio por largo rato. Sus manos colgaban flojas entre sus rodillas. Por último levantó la vista y vio que Chassa lo observaba con triste anhelo. Se inclinó y le tomó la mano. Mientras lo hacía, un súbito sonrojo cubrió su rostro.

—Yo te hubiera dado a un hombre viril hace mucho, Chassa —dijo suavemente.

Ella rompió a llorar. Apoyó su cabeza sobre las rodillas de él.

—¡No, señor! ¡Oh, no! —Besó sus pies con humilde pasión y dolor.

Kurelen puso suavemente su mano sobre la cabeza de la muchacha y una mirada de extrañeza y gratitud brilló en sus ojos. «El amor no es para ser desdeñado —pensó—, aun cuando se manifieste en una pobre criatura como ésta y hasta en un perro. Es vino de vendimia sin precio, y no es menos embriagador en una copa de cerámica que en una de oro».

Temujin eligió a Subodai, Chepe Noyon y Jamuga Sechen para que lo acompañasen a la horda de su desposada. Después de su primer abatimiento los jóvenes estaban alegres y anhelantes de aventura. Incluso Jamuga se reía más que de costumbre. Temujin lo pinchaba con que él no estaba desposado, y Jamuga juró que se casaría antes que él. Subodai sonreía cabalgando más ligero, con los ojos fijos al frente.

Cabalgaban hacia el crepúsculo, con sus capuchas puestas porque el aire se enfriaba rápidamente. Había dejado las praderas hacía rato y ahora cabalgaban lentamente sobre el quebrado suelo del desierto, inundado del resplandor rojo sangre del agonizante sol. Dos grandes y suaves pilares de piedra se elevaban delante de ellos como el ruinoso portal de un templo. A distancia se veían terraplenes con listadas y chatas cumbres y laderas oscuras en contraste con el cielo. Los mongoles no encontraron otras criaturas vivientes en este paisaje de fuego rojo y oscuras siluetas, de chispas carmesí y de espantosa soledad. Pronto estuvieron sobrecogidos. Los ojos mirando con pavor y suplicando al llameante cielo infinito y a la infinita tierra ruinosas, imbuidos de aquella luz sobrenatural y el silencio de la muerte. Los caballos sentían su aprensión y se asustaban cuando sus cascos resonaban contra las pequeñas piedras y las hacían añicos, sus ojos avizores al rojo radiante y brillante.

Entonces, a medida que avanzaban por una planicie poco profunda, una escena sobrenatural los sorprendió a su izquierda. Un gran lago brumoso, sombreado de azul y violeta, yacía en un hundido valle con sus difusas orillas salpicadas con pirámides de piedra púrpura oscuro. Flotaba ahí, frío y perdido, sin atrapar la luz del cielo rojo. Sus contornos eran nebulosos y pálidos, y su agua, tan fija como cristal sombreado. Había algo terrible en el aspecto de esa remota e inmóvil agua que ofrecía el aspecto de un sueño bajo el vibrante crepúsculo. Inmóvil y a la vez flotante a la deriva, parecía casi al alcance de la mano y luego de nuevo cien leguas más allá profundizándose y palideciendo en sus matices de indistinto turquesa y amatista, con sus márgenes mezclados y desvaneciéndose en el rojo desierto sin vegetación.

Temujin profirió una exclamación de asombro a la vista del lago. Jamuga murmuró. Subodai, sentado en su caballo, lo contemplaba en silencio. Pero Yesugei miró el agua sin turbarse.

—¡No puede ser! —exclamó Temujin. Aspiró profundamente, pero el aire acre no arrastraba el fresco aroma del agua.

Yesugei meneó la cabeza.

—Es sólo un espejismo del desierto, un sueño —dijo—. Pero aparece todas las tardes así, en este mismo lugar; lo llaman el Lago de los Condenados porque muchos han perdido sus vidas intentando alcanzarlo. Cuando hace un día claro y el sol está alto en el cielo, no hay nada ahí, sólo un llano blanquecino salpicado de piedras verdosas. Los sabios ancianos dicen que una vez, hace muchísimo tiempo, había un lago ahí, en una tierra fértil, llena del ajeteo de las ciudades y de las idas y venidas de las tribus. Éste es sólo el espectro de aquel lago, una ilusión maligna que lleva a los hombres a la muerte.

Los jóvenes guardaron silencio mientras contemplaban el lago, que por momentos acrecentaba su aspecto de sueño sobrenatural. Una sensación de confuso temor los embargó. Temujin sintió un irresistible impulso de cabalgar hacia él. Toda su alma estaba penetrada de ese impulso hechizante. Miró las bajas pirámides de piedra purpúrea alrededor de sus riberas. Una tenía forma de templo y sus rotos pilares eran bien visibles. Temujin sacudió la cabeza. Su corazón palpitaba. En aquel silencio de muerte podía oír su machacón sonido.

De repente, el reservado Jamuga exclamó con temor:

—¡Vámonos! —Y sin esperar respuesta, espoleó su caballo tan violentamente que se levantó sobre sus patas posteriores y echó a galopar. Temujin rió nerviosamente y Yesugei lo imitó. Siguieron a Jamuga. Cuando habían andado una corta distancia buscaron a Subodai. Lo vieron en una negra silueta recortado contra el cielo rojo, observando el lago. Parecía una estatua tallada en ébano, inmóvil en su caballo. Tuvieron que llamarlo varias veces hasta que pareció oír, y entonces los siguió a medio galope. Cuando llegó hasta ellos vieron que su semblante había tomado algo de la misteriosa naturaleza del lago maldito.

El cielo palideció, desvaneciéndose rápidamente, y casi en un parpadeo la noche del desierto cayó. Acamparon tan pronto como los últimos rayos del sol desaparecieron.

Esa noche, mientras yacía envuelto en sus pieles próximo al fuego del campamento, Temujin tuvo un extraño y preternatural sueño. Soñó que él y Jamuga estaban en sus caballos cerca de la orilla del Lago de los Condenados,

que lo fascinaba. No podía apartar los ojos del lago. Se sentía exultante y el sudor le corría por la espalda y el rostro. Pero cuando miró a Jamuga fue como si viese un rostro doliente y muerto. Los ojos de Jamuga estaban dilatados y llenos de una luz angustiada. Señalaba el lago. Sus labios se movían aunque Temujin no oía sonido alguno. Sabía que Jamuga lo estaba aconsejando, solemnemente y con temor.

Y entonces, mientras Temujin lo observaba aturdido, Jamuga abrió su casaca descubriendo su pecho. Una espantosa herida sangrante lo cruzaba y en su interior pudo ver el corazón de Jamuga agonizando, despidiendo rojos borbotones de sangre.

Capítulo 14

PERO al día siguiente el lago y el sueño fueron olvidados porque el suelo del desierto semejaba una sábana de oro puro, rajada a la luz del sol y las quebradas colinas; las paredes de piedra, los templos y los pilares oscilaban con el color de delicados jades frente a un cielo color perla lustroso. El incesante viento soplaba como olas sobre el pedregoso suelo, que parecía formado por fragmentos de cobre pulido. Los jóvenes galopaban gritando delante de Yesugei o rodeándolo por detrás y haciendo zumbar sus látigos, espoleando los caballos, saltando sobre las rocas, encabritándolos y haciéndolos girar. Sus voces reverberaban entre los peñascos y las colinas.

A mediodía hacía tanto calor que se vieron obligados a buscar resguardo contra una descolorida pared natural que semejaba el enorme espinazo de algún monstruo prehistórico. El cielo era ahora un arco de palpitante azul, frente al cual las dentadas colinas de la distancia se habían convertido en ígneo bronce, y el suelo tenía el color de topacio desmenuzado. El lugar donde descansaban era un pequeño valle salpicado de matorrales secos, color verde jade. Un intenso resplandor caía sobre todas las cosas, de manera que hacían llorar los ojos con su intolerable brillantez. Los caballos bajaban las cabezas, jadeantes, mientras los mongoles se cubrían todo, menos los ojos, con sus capuchas. Temujin, atontado por el calor, observaba lánguidamente los escorpiones y lagartos del desierto trepando entre las rocas. Sus alargadas sombras se arrastraban con ellos. Ninguna otra cosa se movía en ese resplandeciente y petrificado mundo de roca, sol y desierto.

De repente apareció una diminuta figura a caballo. Una mera mosca negra en el resplandor, avanzando por el amarillento desierto. Yesugei y los jóvenes se pusieron alerta, tanteando sus dagas y sus arcos. Los caballos levantaron inquietos las cabezas. Los hombres se sentaron con las espaldas contra los desmoronados listones del muro color crema. Esperaron. A la luz del sol, los ojos de Temujin tenían un matiz esmeralda claro.

Al jinete le llevó largo rato acercarse a ellos porque las distancias en el desierto son engañosas. Las sombras eran más largas cuando finalmente llegó hasta los hombres a la espera, detuvo su caballo y los observó con recelo. Era un anciano, enjuto y moreno con un semblante astuto como el de un mono viejo. En las líneas de su rostro arrugado, el sudor corría como gotas de agua. Sonrió.

—Hermanos, os saludo —dijo cortésmente. Miraba de uno al otro, y se fijó atentamente en Temujin. Añadió—: Soy Dai Sechen.

Yesugei y los jóvenes le respondieron con igual cortesía.

—Yo —dijo Yesugei— soy el khan de los mongoles qiyat. Éste es mi hijo Temujin, a quien he encontrado una novia en el clan de Olhonod, de la familia de su madre. Éste es Subodai, del pueblo del heno, cuyo padre es ahora un miembro de mi tribu. Éste es Chepe Noyon; su padre pertenecía a un clan hostil que ahora me sirve a mí. —Puso la mano en el hombro de Chepe Noyon sonriéndole con afecto—. Nadie es más bravo que Chepe Noyon, ni siquiera su padre. Él solo invadió Gutchluk, de Blanck Catay, y robó una manada de caballos nariz blanca, que me ofreció como presente y gesto de reconciliación. Y éste es Jamuga, el amigo del alma de mi hijo.

Pero Dai Sechen, aunque sonreía cordialmente en reconocimiento a las presentaciones de Yesugei, continuaba observando a Temujin.

Por fin dijo:

—Ojos como una feroz piedra verde tiene tu hijo. Y el rostro como el cielo a mediodía. Anoche tuve una visión. La de un blanco halcón descendiendo del cielo, trayendo el sol y la luna. Se detuvo delante de mí, más brillante que el día, y sus ojos eran los de Temujin. Entonces, como mi hija Bortei saliera de la tienda, el halcón se posó en su brazo. Hermano, mi tribu no es hostil a la tuya. Trae a tu hijo a mi horda y permítele que vea a mi hija, que es más hermosa que cualquier otra doncella.

Yesugei vaciló, pero Temujin dijo:

—No habrá perjuicio en ver la muchacha y podremos descansar una noche.

Viendo la vacilación de Yesugei, Dai Sechen continuó:

—Es un presagio. Los dioses han puesto a tu hijo en mi camino. Soy algo nigromante porque mis tíos eran chamanes. Tu hijo reinará sobre muchas tribus y hordas.

Yesugei, supersticioso, fue incapaz de resistir esta adulación. Así, acompañaron a Dai Sechen tan pronto como el sol declinó en un llameante arco por el oeste. Arribaron a un oasis grande pero cubierto de maleza, alrededor del cual había una extensa aldea de tiendas. Dai Sechen los llevó hasta su tienda a través de una multitud de mujeres, niños y perros ladrando. Al oír los perros, Temujin palideció y sus labios temblaron. Subodai, que nunca se burlaba del temor de su amigo, cabalgaba a su lado, haciendo resonar su látigo para ahuyentar los malditos perros, mientras Chepe Noyon se mofaba alegremente.

Los cinco huéspedes fueron recibidos con gran cordialidad por los guerreros. Agua en vasijas de plata les fue alcanzada para lavarse manos y rostros. Se organizó una gran fiesta. Cuando la noche cayó y los fuegos del campamento crepitaban altos, Dai Sechen tomó a Temujin de la mano y lo llevó hasta la tienda donde vivía su primera esposa y su única hija, la hermosa Bortei. Llamó a las mujeres y éstas aparecieron, ataviadas con túnicas de lana de tonos crema. Alrededor de la cintura de Bortei se enroscaba una serpiente de plata con ojos de piedras rojas. En los hombros llevaba un manto de cibelina, obsequio de desposada, de su padre.

Temujin iba seguido por su padre y sus amigos. Pero cuando vio a Bortei nadie más existió en el mundo para él. Vio a una muchacha, poco más que una niña, con una pequeña nariz recta y delgados brazos. Pequeña de estatura como era, la rodeaba un aura de firme dignidad y orgullo. Su pequeña cabeza, de la que caían masas de oscuro cabello bruñido, se erguía tan altiva como si fuera la hija de un emperador en vez de la niña de un achaparrado cacique tribal de las estepas. Sus ojos, grandes y serenos, eran grises y tan fríos como el invierno. Sus pestañas sedosas eran tan espesas que derramaban una sombra sobre sus mejillas. En su suave rostro pálido, la boca aparecía como una precipitada flor roja que daba a su expresión un aspecto de distante pasión. Temujin contempló sus pequeños pechos redondos y sus virginales caderas bajo el manto.

La esposa de Dai Sechen inclinó mucho la cabeza al saludar a sus visitantes, pero Bortei miró directa y fríamente a Temujin, que se sintió consumir por una llama interior. Su corazón se inflamó en su pecho, palpitando tan violentamente que tuvo la certeza de que sus latidos se marcaban en su garganta y sus sienes. Le temblaban las rodillas. Le embargó una sensación de alegría y arrobamiento, de avidez y deseo, un anhelo apasionado. Cuando los labios rojos de la muchacha se entreabrieron y le dedicó una distante y desdeñosa sonrisa, deseó tomarla en sus brazos y unir su boca furiosamente con la de ella.

Dai Sechen, esbozando su astuta sonrisa ante la evidente emoción que abrumaba al joven, tomó la mano de su hija y la colocó en la de Temujin. Al sentir el contacto, Temujin sintió que su corazón se abrasaba. Movié la cabeza jadeando levemente, incapaz de apartar la vista de su boca y garganta.

Yesugei estudiaba a la muchacha como si fuera una joven yegua. Se volvió hacia Dai Sechen y empezó a discutir acerca de la dote. Su hijo no era el hijo de un cualquiera, sino del khan de una poderosa horda. Dai Sechen debía comprender eso. El anciano asentía, rascándose la barbilla. Sobre el

hombro de Temujin, Chepe Noyon espiaba a Bortei haciendo un leve sonido de besos con sus sonrientes labios. Subodai la contemplaba con gravedad. Pero Jamuga, el eterno celoso, la miró con reserva y frialdad.

Bortei estaba satisfecha con Temujin, aunque éste permanecía como un ternero grande sosteniéndole la mano, comiéndosela con los ojos, y aun así implorando con sus ojos fijos en ella. Bortei se sentía afortunada de ser desposada por el hijo mayor de un khan, porque su cuerpo de niña albergaba un secreto anhelo de poder. Era la preferida de su padre y cuando su joven hermosura empezó a ponerse claramente de manifiesto, éste le había prometido que la uniría en matrimonio no con un simple hombre de tribu, sino con un khan rey de una poderosa horda. Ahora el joven khan había llegado. Era hermoso, fuerte y valiente, a pesar de su extraño y, de alguna manera, misterioso semblante y aspecto. Ella veía que poseía coraje y vehemencia. Sentía el apretón de su mano, imperioso e inexorable. Un leve estremecimiento, como una llamarada, recorrió sus piernas y su pecho. Sonrió de nuevo, lánguidamente esta vez. Sus labios eran de un brillante color escarlata.

Era de naturaleza imperiosa, voluntariosa y llena de orgullo. Era una mujer, con toda la comprensión que una mujer tiene de los hombres. Sabía que ella podría manejarlo con el solo poder de su cuerpo. Ella lo doblegaría a su voluntad y él se sometería a sus mandatos. Entonces, cuando lo miró nuevamente a los ojos, una fría estocada penetró en su corazón. Algo la hizo vacilar.

Para recobrar la compostura, desvió la mirada hacia Subodai. Una expresión de perplejidad apareció en su semblante. Sus labios se entreabrieron. Olvidó a Temujin y la mano que aún sostenía la suya. Era como si una revelación acometiera sus ojos. Se quedó fascinada. Nunca había visto tal hermosura en un joven, semejante orgullo, dulzura y majestad. Una ola de calor recorrió sus facciones y sus labios se humedecieron. Le sonrió, el acto más impropio en una doncella. Su carne se enardeció como si voluntariamente se hubiera desnudado. Su pecho pareció hincharse y sus muslos se movieron en un irresistible impulso hacia él.

Temujin nada vio; sólo tenía conciencia de su deseo. Pero Chepe Noyon arrugó el entrecejo. Subodai, inadvertidamente como una estatua, le devolvió la mirada con gentil gravedad. Parecía no verla, pero le transmitía íntima y renovada admiración.

La lengua de Bortei apareció delicadamente entre sus labios. Las aletas de su nariz se dilataron. Parecía la personificación de un delicado y vehemente

anhelo. Entonces, como llamada por una voz severa, fue impelida a desviar sus ojos hacia Jamuga.

Y fue entonces cuando toda la luz, el fuego y el color parecieron huir de ella, dejándole una pequeña y descolorida silueta de mujer. Porque cuando sus ojos encontraron los de Jamuga, supo que era un mortal enemigo que la comprendía y la odiaba con toda su alma. Sus ojos eran del color de la piedra y sus rígidos labios parecían de granito.

Aun cuando él se volvió bruscamente y se alejó, ella lo siguió con una mirada de odio y el corazón lleno de veneno como si una serpiente hubiera hincado sus colmillos en su pecho.

Capítulo 15

YESUGEI, que secretamente estaba satisfecho con la prometida de su hijo, insistía en que su dote era inadecuada.

—Mi hermano juramentado es el khan Toghrul keraíta —se jactó—. Él otorgará grandes obsequios a mi hijo si su novia le satisface.

—Y mi hija viene de tan noble gente como la tuya, Yesugei —repuso Dai Sechen—. La tribu Ojos Grises es tanto de ella como de Temujin. —Sin embargo, de mala gana, agregó más tesoros a la dote de la muchacha.

—Cuando mi hijo se siente sobre la piel de caballo blanco, una veintena de tribus y clanes le tributarán homenaje —continuó Yesugei, arrogante.

Dejó a Temujin en el anochecer del segundo día. Jamuga, Chepe Noyon y Subodai se ofrecieron a acompañarlo, pero viendo ansiedad en la expresión de su hijo, pidió a sus amigos que permanecieran unos días más. Se despidió de Dai Sechen y su tribu. Colocó sus manos sobre la cabeza de Bortei bendiciéndola. «Una moza sensata», pensó.

Y no se equivocaba mucho. Bortei, enamorada de Subodai, comprendió no obstante que Temujin, que la excitaba, era el hijo del khan de los mongoles qiyat, y Subodai, sólo su acompañante. Ni siquiera pudiendo desafiar las costumbres, a su padre y todas las leyes de su tribu se habría casado con Subodai. Como Houlun, tenía inteligencia y sagacidad. Pero cuando pensaba en Subodai se sonreía para sus adentros y la punta de su lengua tocaba sus labios delicadamente.

Evitaba a Jamuga, quien nunca le hablaba, ni aun cuando se encontraban. Y pensaba: «¡Tú, escorpión de rostro pálido! ¡No serás por mucho tiempo el amigo inseparable de Temujin; espera a que yo sea su esposa en su tienda!».

Porque en Jamuga reconocía profunda enemistad, recelo y odio. Cuando gobernase la horda de Temujin como reina y tuviese influencia incuestionable sobre su esposo, tendría que desembarazarse de ese maligno enemigo que vigilaba a Temujin como un águila insomne. Allá donde ella se dirigía en la aldea con su prometido, veía sus vigilantes ojos fijos en ella. A veces se estremecía de aborrecimiento. Y otras veces sentía los fríos dedos del temor en su garganta. Se daba cuenta de que no era la venganza como la de un hombre reservado y apasionado. Una o dos veces intentó conquistarlo con sonrisas graciosas, mirándolo con ojos deliberadamente afables y luminosos. Pero él se volvía sin hablar ni sonreír.

A veces temía que él intentase persuadir a Temujin de que la abandonara. Para evitar esto, hacía ostentación de la pasión de Temujin delante de Jamuga, reduciéndolo a la humillación con petulancia, haciendo nacer en él el embeleso con su contacto y sus risas. Además, ella no había hecho nada de lo que se la pudiera acusar.

Yesugei, cantando alegremente para sí, cabalgaba de regreso a su aldea. Pasó por el Lago de los Condenados a la puesta del sol y se detuvo un momento para contemplarlo. Esa noche tenía el aspecto de un sueño maligno flotando en el vasto silencio del desierto. Por alguna razón él, un hombre sin imaginación, se echó a temblar y se marchó rápidamente. Le parecía que el sol desaparecía más deprisa ese atardecer. No cantó más. El viento era desagradable y violento cuando el sol se puso detrás de las oscuras y quebradas montañas del oeste. Pese a que era un hombre habituado a la soledad y la desolación, sentía inquietud. Cuando vio un fuego de campamento al rodear la pared que semejaba una espina dorsal, apenas pudo contenerse de gritar con alivio.

Más y más fuegos de campamento llameaban en el oscuro y purpúreo horizonte. Sintió una vaga aprensión al ver que se acercaba a un campamento de tártaros. Después de unos momentos y antes de que los perros lo descubrieran, reunió valor, recordando la ley de las estepas: la hospitalidad debe darse cuando se solicita, aun por el enemigo. Entre su gente y los tártaros existía una hostilidad a muerte. Avanzó, sintiendo una gran fatiga, y cuando el jefe tártaro salió a su encuentro, pidió hospitalidad por esa noche.

Miró los oscuros y hoscos rostros que rodeaban su caballo y mantuvo el mentón en alto. Después de un momento de tenso silencio, el jefe invitó a Yesugei a ser su huésped.

Llenaron una y otra vez su plato y le sirvieron abundante vino. El jefe escuchó con una sonrisa torcida sus relatos sobre los esponsales de Temujin y Bortei, cambiando miradas con sus guerreros cuando Yesugei empezó a alardear exageradamente. Había recuperado su coraje y se mostró arrogante y condescendiente con el jefe, que fingía estar muy impresionado.

Partió al amanecer. No se sentía demasiado bien, atribuyéndolo al hecho de haber comido y bebido demasiado. No descubrió la ironía en las sonrisas y los saludos de sus anfitriones mientras lo despedían. Cuando miró hacia atrás para saludarlos con la mano, ellos se limitaron a observarlo, sin responder.

El sol se levantó alto y caliente. De repente Yesugei se sintió mortalmente enfermo. El sudor que le resbalaba por las mejillas era frío como el hielo. Violentos escalofríos recorrían su espalda. Se inclinó sobre su caballo y

vomitó. El fiero desierto se balanceaba a su alrededor y había una veintena de ardorosos soles en el cielo escarlata.

Pensó: «Me han envenenado». Ajustó fuertemente el lazo a su cintura, atándose al caballo. Reclinó la cabeza sobre el pescuezo del animal y se abandonó a su implacable sufrimiento. Comenzó a escupir sangre por la boca. Por último, perdió el conocimiento.

Cuando abrió de nuevo los ojos, vio que estaba en su horda y que lo habían colocado en su lecho. Vio los apenados rostros de su gente y los ojos grises de Houlun. El chamán murmuraba sus encantamientos. Incapaz de soportar su tormento, Yesugei se mordió el labio inferior y lanzó una exclamación llamando a su hijo Temujin.

Kurelen se arrodilló junto a su lecho con expresión de sincera tristeza. Yesugei le sonrió débilmente.

—Aconseja a mi hijo, Kurelen. Tú eres un hombre sabio, aunque a menudo seas tonto.

Cerró los ojos. Un correo ya había sido despachado para llamar a Temujin. Ese correo era Kasar.

Pero cuando Temujin llegó, su padre ya había fallecido.

Capítulo 16

—¿LEALTAD? —Kurelen encogió los hombros y miró a su sobrino con irónica compasión—. Hay sólo una forma de asegurar la lealtad de tus compañeros: haz que el serte fieles les beneficie.

—Eso no es verdad —dijo Jamuga con amargura.

Chepe Noyon rió levemente, pero contemplaba a Temujin con ojos centelleantes, tan duros como piedras. Dijo:

—En cuanto a mí, Temujin, sabes que tienes mi vida si es necesario.

Embargado por la emoción, Kasar adoptó una expresión tan feroz como la de un oso, para ocultar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No podía hablar. Se mantenía golpeando los dedos de una mano con los de la otra, y miraba a su hermano con profundo afecto.

Pero Subodai, cuyo semblante parecía tocado de luz, dijo con gravedad:

—Tú me conoces, Temujin.

Éste, cuyos ojos estaban enrojecidos de llorar por la muerte de su padre, extendió los brazos con desesperación:

—Pero ¿qué somos nosotros después de todo? ¿Quiénes son mis compañeros? ¿Un lisiado, una mujer y vosotros que sois sólo niños? —Su voz sonó áspera. Los contemplaba con impotencia.

Nadie habló por un momento. Sus semblantes eran sombríos mientras contemplaban la verdad de las palabras de Temujin. Entonces éste, enfurecido, exclamó con vehemencia:

—Hasta el chamán me ha abandonado. Él está con Bektor. Creo que conspiran contra mí.

—Estoy seguro de eso —dijo Kurelen con voz tan tranquila que Temujin, que siempre confiaba en la ironía y el ridículo de Kurelen para animarlos, sintió que su corazón se congelaba.

—¡Entonces iré a matar a Bektor! —exclamó Kasar en su simplicidad. Desenvainó su cimitarra y le pasó ligeramente los dedos por el borde.

—Eso sería una tontería —dijo Kurelen—. Kokchu blandiría su espada contra ti. Para destruir un enemigo no es necesario medir tu acero con el suyo. El enemigo mismo debe ser destruido.

Chepe Noyon sacó su daga y dijo con resolución:

—Yo mataré al chamán sin que se entere.

Kurelen sacudió la cabeza sonriendo:

—No, ése es un placer que reservo para mí en el futuro. Mientras tanto, gozo de sus conversaciones. Además vosotros sois todos unos jóvenes tontos... Podríais matar al rey de un pueblo, esclavizar a la gente y derribar sus héroes, y aun así si sois suficientemente poderosos, el pueblo se someterá, perdonará y hasta ofrecerá su adhesión. Pero colocad una mano sobre sus sacerdotes y se levantará y os derribará, tal es el poder de la superstición. Al final, los hombres temen a sus dioses aunque se rían de ellos. Aseguraos la fidelidad de los sacerdotes del pueblo y no tendréis nada que temer. Te sugiero que te asegures el apoyo del chamán, Temujin.

—Pero ¿cómo?

—Castigándolo a fin de que te sea fiel.

Hubo un silencio.

La situación de Temujin era terrible. Miraba a sus acompañantes con impotente ira y el rostro ensombrecido. Sus ojos eran los translúcidos ojos verdes de un lobo en la noche.

Hacía dos días que había muerto Yesugei cuando Temujin regresó. Antes de su llegada, los principales hombres del clan habían discutido el asunto a fondo. Después de eso, más de la mitad había resuelto abandonar el estandarte de las colas de búfalo y buscar un nuevo y más fuerte jefe a quien adherirse y servir.

Después de todo, argüían, ellos tenían esposas, familias y gente propia para proteger y buscarles sostén y protectores. ¿Quién quedaba en la horda de Yesugei ahora? Una mujer débil y sus hijos. Un joven sin experiencia. Pobres báculos para sostenerlos. Una espada hecha añicos para custodiarlos. Un escudo rasgado para seguir.

—La rueda fuerte se ha partido —decían—. Los caballerizos han perdido sus caballos. El agua que los sostenía ha sido absorbida por la arena. Vámonos.

Era gente inepta, pero el chamán había puesto sutilmente palabras en sus bocas. Bektor, les había insinuado, era un joven fuerte y resuelto. Él los llevaría a nuevos protectores. Pero ¿qué era Temujin? Un joven de carácter indeciso, dado a pasiones y cóleras, sin puntos de vista. Era bueno para los hombres ser fieles, pero, después de todo, ¿qué era la fidelidad si se basaba en la muerte? Un espejismo visto sólo por los tontos. La tarea y la sabiduría del hombre era vivir.

De modo que dos tercios de los hombres del clan decidieron abandonarlo. Cuando todavía Temujin discutía el desesperado estado de los asuntos en la tienda de su tío, la gente estaba colocando los arneses en sus bueyes y

arreando sus rebaños y caballos. Era primavera y el viaje a los pastoreos del verano había empezado ya. Alrededor de las tiendas de Temujin y su familia había un círculo desnudo de deserción y silencio. Hasta los perros los habían abandonado.

La entrada de la tienda se abrió y entró Houlun inclinando la cabeza. Su tranquilo semblante era severo, pero sus ojos grises centelleaban con amargura y afrenta. La capucha de su abrigo de piel estaba caída sobre sus hombros, y la cabeza se erguía con decisión a pesar de que el cabello estaba listado con hilos de acero. Se detuvo un momento mirando a sus hijos y hermano. Su labio superior se levantó rígido con desprecio.

—¡Vosotros os sentáis aquí como perros apaleados, mientras la esposa del fallecido khan es insultada por su propia horda! ¡Pero la piedra fuerte se ha partido y no ha quedado nada, sino cascajo!

Su aparición repentina y su aspecto de majestuosa cólera les intimidó. Kurelen se puso en pie tomándole la mano entre las suyas. Se inquietó por su frialdad y temblor.

—¿Qué quieres decir, Houlun? Estamos aquí consultando cuál es la mejor manera de proceder. ¿Quién te ha ofendido?

Su contenido enojo pareció acrecentarse, pero Kurelen vio las lágrimas aflorar a sus ojos.

—El chamán acaba de decirme que ha sido desechada mi admisión a los sacrificios. He protestado y las mujeres me respondieron con gritos y desprecio, ordenándome dejar su campo y sus apacentaderos. «Eres una loca», me decían con desdén. «Nuestros esposos no te seguirán. Eres una paria, tú y tus hijos. Puedes irte».

Sus hijos y sus amigos la rodearon temblando de ira. Llenaban la tienda con el áspero sonido de su respiración. Kurelen miraba los ojos de su hermana. Alzole la mano derecha. Sostenía crispada un látigo. En ese látigo vio hebras de cabello. Se sonrió dejando caer la mano. Dijo:

—Hermana mía, tú eres una experta entre las mujeres. No temas que nunca te abandonaremos.

Salió solo de la tienda. Tenía las manos remetidas en las mangas, pues llevaba ciertos objetos en ellas. La horda estaba en un estado de gran confusión, observó. Los rebaños habían sido reunidos por ruidosos muchachos y pastores. Eran evidentes los preparativos para la partida. Una larga hilera de camellos y tiendas, reses, ovejas y caballos se dirigían ya hacia el horizonte. Los fuegos habían sido apagados y reunidos los hijos. Muy pocos se detenían a mirar a Kurelen, y los que lo hacían escupían

abiertamente y con desprecio, volviéndose después. Pero él fue serenamente hasta la tienda de Kokchu, el chamán. Dos guerreros se levantaron al aproximarse y le aconsejaron irse. Los miró con humildad y dijo:

—Quiero ver sólo un momento al chamán para desearle buen viaje.

—¡Bah! —masculló un guerrero, escupiendo a los pies de Kurelen—. Él no tendrá nada que hacer con el pariente de una loca y sus rapaces. Además, el chamán se está preparando para marchar y no puede ser molestado con charlas inútiles.

Kurelen elevó su voz para ser oído dentro de la tienda. Sabía muy bien que detrás de la entrada el chamán estaba escuchando con atención.

—Sólo será un momento. Es asunto de extrema importancia. —Suspiró—. De cualquier modo, los asuntos graves son con frecuencia descuidados como cosas triviales. Si no desea verme, no me verá.

Se volvió. La entrada se abrió y el chamán apareció en la plataforma. Suspicious, frío y formal, con los ojos como trozos de azabache, miró a Kurelen con desdeñosa compostura.

—¿Qué ocurre, Kurelen, qué quieres de mí?

Kurelen, sonriendo para sí, miró tímidamente a los apresurados desertores de la tribu.

—Perdón, Kokchu. Veo que estás en medio de una gran confusión. No te molestaré.

Levantó sus ojos hacia el chamán y eran tan suaves y brillantes como los simples ojos de una coneja. Kokchu lo observó inquisitivamente. De repente sonrió cínica e íntimamente divertido.

—Entra —dijo, entrando él bruscamente.

Los guerreros, murmurando con sorpresa, permanecieron fuera, mientras Kurelen subía a la plataforma. Cerró la entrada detrás de él. Kokchu estaba ya sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Con las manos dentro de las mangas, esperaba.

Kurelen dijo:

—¿Sería inútil hablarte a ti de lealtad al hijo de Yesugei?

Kokchu sonrió más aún.

—No perdamos tiempo en el idioma de los tontos, Kurelen. Somos hombres sensatos. Siéntate.

Kurelen se sentó. El chamán llenó una copa de vino y se la tendió a su viejo enemigo. Kurelen bebió con fruición.

—Te echaré de menos, Kurelen. Desde esta noche en adelante mis contertulios serán los camellos.

Kurelen sacudió la cabeza tristemente.

—He escrito a Toghrul Khan. Él es hermano juramentado de Yesugei y ayudará a su hijo. Además es un hombre de ingenio y mucha fama. Le he prometido edificantes conversaciones contigo.

El chamán enarcó las cejas con sorpresa. Escuchaba la amenaza detrás de las palabras de Kurelen, pero pretendía oír sólo las palabras.

—Expresa mi pena al khan. Pero puede que nos encontremos algún día.

—Kokchu, estoy seguro de eso.

Tendió su copa al chamán, que la volvió a llenar. Pero mientras lo hacía, fijó sus sutiles ojos en el lisiado.

—Di al khan, Kurelen, que hasta los sacerdotes deben vivir y que los dioses mismos desprecian a los caídos.

—Pero los dioses, con frecuencia, cometen errores —dijo Kurelen con una indulgente sonrisa—. Cometerían un grave error hoy, por ejemplo. —Sacó las manos de entre las mangas y Kokchu vio que estaban llenas de dijes de oro y plata tachonados con joyas. Kurelen vio palidecer su rostro—. Sólo es una mano llena de los obsequios que Toghrul Khan envió a Temujin para su novia. Pero son tantos y la promesa de más, tan generosa, que mi sobrino me llenó esta mano para mí. Siento mucho verte ir, Kokchu. En prueba de mi estima y como recuerdo, elige cualquiera de ellos.

Extendió la mano al chamán, quien sólo pudo clavar la mirada, palideciendo más aún.

Kurelen rió suavemente.

—Con cualquiera de éstos puedes comprar una mujer bonita, un caballo blanco o las espadas de cientos de hombres.

Kokchu irguió la cabeza con oscuro ceño.

—Eres un embustero, Kurelen.

Kurelen se rió.

—Puede ser.

—Toghrul Khan es famoso por su avaricia. Lo sé.

Kurelen sacudió la cabeza con indulgencia.

—Sin embargo, elige, Kokchu. Tengo muchos más.

El chamán, cuidadosa y lentamente, seleccionó un hilo de abalorios de oro alternados con abalorios de turquesas.

—También eres un ladrón —observó.

—Puede ser. Pero, como dices, los dioses aman a los hombres hábiles.

El chamán colocó a un lado el collar. De nuevo fijó los ojos en Kurelen.

—¿Qué tienes tú para ofrecer? —preguntó casi con desprecio.

Kurelen suspiró con alivio.

—¡Oh!, ahora empezamos a hablar como hombres honrados. Es verdad que Toghrul Khan ayudará a Temujin y lo vengará si es necesario. Pero eso es sólo de momento. Yo tengo fe en el destino de Temujin. Tú mismo profetizaste lo que él llegaría a ser —sonrió sarcásticamente.

El chamán sonrió en silencio, pero nada dijo.

—Yo me creo un juez de hombres —continuó Kurelen—. Jura lealtad a Temujin y serás un khan entre los sacerdotes. Abandónalo y no prosperarás. Ésta no es una opinión o una esperanza. Es un hecho.

—¡Bah! —dijo el chamán, pero parecía indeciso.

Kurelen hizo sonar sus alhajas. Seleccionó un hilo de monedas de oro y las sacudió delante de Kokchu.

—Otra prueba de mi consideración —dijo.

El chamán levantó lentamente los ojos. Su oscuro rostro se oscureció más aún.

—Hay un destino en Temujin —dijo Kurelen—. Quienquiera que lo siga, lo seguirá hasta la gloria y el poder.

Kokchu sonrió. De pronto soltó una carcajada. Cogió el hilo de monedas de oro y lo dejó junto al collar de oro y turquesas. Se inclinó hacia Kurelen y, poniendo su mano en el hombro del otro, le dijo:

—Kurelen, ¿me has convencido con tu labia! Ven conmigo.

Los dos hombres, sonriendo, salieron de la tienda juntos. Los guerreros los contemplaron atónitos. Hacia el este, las nubes de polvo que seguían al éxodo de la tribu se ondulaban como vapor de oro. Solamente quedaba un puñado de hombres y se estaba preparando ya para seguir a los otros. A medida que el chamán caminaba entre ellos, seguido por Kurelen, interrumpían sus febriles preparativos y lo miraban. Fue hasta el centro de la casi desierta parcela de terreno donde había estado la aldea y gritó con voz potente. Su alta y majestuosa silueta, y su magnífica cabeza se delineaban como la figura de algún ser celestial, frente a una ardiente puesta de sol. En pocos momentos todos los que quedaban de la horda de Yesugei estaban ahí, excepto Houlun. Bektor, sombrío y confuso, se puso al lado de su hermano Belgutei y de su madre. Temujin acudió con sus amigos, con el semblante sombrío de desesperación. El bullicio de las voces cayó ante la fiera y despreciativa mirada del chamán, y todos escucharon lo que él tenía que decir.

—¿Dónde vais? —exclamó el chamán—. ¿Pensáis abandonar a vuestro khan, el hijo de Yesugei? Perros cobardes. ¿No hay lealtad en vuestros

corazones ni fidelidad en vuestras almas? ¿Son como la débil rueda que se parte contra una pequeña piedra? ¿Una espada que se dobla al primer golpe? ¿Sois hombres o mujeres?

Los hombres lo miraban, pasmados, pestañeando y arrugando los rostros de confusión. Miraba a cada uno de ellos, a cada rostro bronceado. Ante su feroz mirada, los hombres desviaban sus ojos y se preguntaban, confundidos, si habían escuchado bien al chamán el día anterior.

Éste sonrió con ceñudo desprecio.

—Sé que creéis que seréis bien recibidos por el khan de los taigutos, pero os equivocáis. Porque el khan se dirá: «¿Qué clase de traidores son estos que abandonan a su jefe cuando los necesita y vienen ladrando como perros sumisos a los pies de otro? Hombres así deben morir, porque son una piedra de harina en el muro de una fortaleza. Una espada de bambú en una batalla. Un caballo con una pata rota en una carga».

»Sabed que el khan no os acogerá. Pero si no me creéis, marchaos. Porque vuestro joven khan no quiere traidores entre su gente. No quiere corazones de camello cabalgando a su lado.

Belgutei, que había evitado a Temujin creyendo que su estrella había declinado, lo miraba ahora con amistosa y cordial sonrisa. Bektor se mordía el labio. Los ojos de Temujin se abrían con sorpresa. Y Jamuga se apartó con disgusto. Pero los otros hombres se restregaban el cuerpo, mirándose con incomodidad, ruborizándose.

El chamán fijó los ojos en la estepa descolorida, más allá de la horda. Entonces, lentamente y presagiando, se volvió hacia su gente. Como un hombre que va a una huerta y recoge la fruta pieza por pieza, así recogió él cada mirada y la sostuvo. Se hizo un intenso silencio, lleno de temor, mientras cada hombre miraba al chamán, que parecía iluminado con un extraño fulgor.

—¡Mirad! —exclamó Kokchu en voz baja—. ¡Los espíritus han enviado un presagio!

Todos miraron. Una profunda exclamación salió de cada garganta. Kurelen fijó la mirada y apretó los labios. Sus ojos se iluminaron con alegría y admiración. Al principio no había nada que ver, sólo el dorado vapor que seguía a la larga caravana de rebaños, camellos, caballos y tiendas. Luego este vapor se abrió como una cortina, y ahí, donde nada había antes, sino desierto y tosquedad, apareció una partida de indefinidos y gigantescos hombres a caballo, inmóviles y en silencio, con sus lanzas apoyadas tremolando fantásticos estandartes. Sus semblantes eran tan funestos y sombríos como el perfil de las colinas que Kurelen había visto. Había algo espantoso en su

inmenso silencio, algo terrible en el vaticinio de su espera. Sus cabezas parecían alargarse más altas que las colinas. Sus caballos, grises y espectrales, eran tres veces el tamaño de los caballos reales. Los fantásticos estandartes se inflaban en un viento sobrenatural, aparentemente en las mismas nubes. Pálidos relámpagos flotaban entre ellos, y cada hombre, en su extremo terror pensaba que oía el lejano y terrible sonido de trompetas y cañones.

El chamán levantó los brazos y exclamó con voz terrible:

—¡Los espíritus del Cielo Azul han venido en auxilio de Temujin, hijo de Yesugei!

Un gemido único, de absoluto pánico, se levantó de los presentes. Cayeron de rodillas cubriéndose las cabezas con los brazos. Los rebaños, los camellos y los caballos, que no veían nada, se movían inquietos, olfateando la acre esencia del humano temor. Pero Temujin, sus amigos y Kurelen no cayeron de rodillas. Kurelen sonreía. Pensó para sí: «¡El muy bribón tiene tanta imaginación como yo!».

La multitud palideció. El vapor retrocedió como una nube de oro. Uno por uno se levantaron temerosos y temblando. Uno por uno fueron postrándose delante de Temujin, prometiéndole lealtad y fidelidad. Sobre sus inclinadas cabezas, Kokchu y Kurelen cambiaron ligeras sonrisas. Kurelen se tocó la sien admirativamente. Kokchu reconoció el saludo con una afectada inclinación de su cabeza.

No obstante, sólo un puñado de hombres se quedó con Temujin. El joven khan estaba melancólico. Nada podía consolarlo. Fue a buscar a su madre y pronto volvió corriendo desde su tienda, gritando:

—¡Mi madre ha desaparecido!

Cuando cayó la noche, Houlun volvió y la gente se quedó aún más perpleja, porque esa intrépida mujer había cogido un caballo y, llevando la insignia de las colas del reno, había perseguido a los desertores de la tribu. Una vez llegó hasta ellos, los había arengado, convenciendo a muchos de que retornaran y renovar su lealtad a su hijo. Cabalgó de regreso con su negro cabello suelto y la cabeza bien erguida, llevando orgullosamente la insignia en su mano. Los pusilánimes hombres de la tribu la seguían en sus tiendas, rodeados por sus rebaños.

Kurelen miró a su hermana y por una vez su sonrisa no fue irónica. Pero Temujin se enfureció. Giró sobre los talones y se marchó a su tienda. Su corazón estaba resentido con su madre. Por segunda vez, ella lo había avergonzado.

Capítulo 17

—**ERES UN** tonto —dijo Kurelen suavemente.

Temujin lo contemplaba con ira. Toda la violencia de su naturaleza se mostraba en la lividez de sus labios y en el fulgor verdoso de sus ojos. Cambiaban de color con su estado de ánimo.

—¡Mi madre me ha avergonzado para siempre! —exclamó.

Kurelen se encogió de hombros.

—Repito que eres un tonto. Gracias a tu madre tienes todavía un pueblo a tu alrededor y sigues con vida. Pero quizá hubieras preferido haber quedado indefenso y luego muerto. ¿Un héroe de la muerte? ¡Bah! Creí que tenías algún ingenio. Recuerda esto: no importa cómo sobrevive un hombre, sino que sobreviva; no importa cómo obtiene su victoria, sino que la obtenga. Sé sensato. Recuerda que eres el khan de los mongoles qiyat y ponte a la tarea de consolidar tu posición y planificar sagazmente el futuro, porque todavía corres peligro de perder tu clan y hasta tu vida.

—Kurelen tiene razón —dijo Jamuga con aire reflexivo—. No estás en situación de mostrarte heroico o asumir una postura inflexible. Tu gente te necesita.

Chepe Noyon soltó una risita.

—Deja que la gente cante a la memoria de sus héroes —dijo—. Yo prefiero cantar y no ser el objeto del canto.

—Temujin, estoy contento de que estés vivo y no muerto —terció Subodai.

Pero Kasar, que en su adoración hacía eco a los estados de ánimo de Temujin, exclamó:

—¡Tú no comprendes a mi hermano! Todos vosotros sólo veis la oportunidad y la ganancia. No veis el deshonor.

Kurelen lo miró benévolo, pero con indulgente desdén.

—Está bien que Temujin tenga un corazón como el tuyo a su lado, Kasar. Pero por amor a él, abstente de aconsejarlo. —Se volvió hacia Temujin, que respiraba agitado—. Siéntate. Eres ridículo. Permíteme darte algún consejo. Hazte amigo de tu hermano Bektor, por lo menos superficialmente. No puedes tener divisiones en tu horda en este momento. Corteja al chamán y convéncelo de tu resolución. Tener a los sacerdotes de tu lado es mejor que mil guerreros. Podrás hacer lo que desees con tu pueblo. Y puedes estar

seguro de la lealtad de los sacerdotes si los mantienes obesos y acomodados. Da la mujer más hermosa de la próxima correría a Kokchu. Adúlalo. No le engañarás con respecto a tus verdaderos sentimientos, pero él estará contento de que lo consultes, porque eso lo convencerá de su poder. La adulación suele ser mejor que los obsequios. Y una lengua suave hace amigos más firmes que todas las virtudes.

—Los hombres son necios —replicó Temujin desdeñosamente.

Kurelen asintió.

—Los hombres sabios lo saben, pero nunca lo dicen —continuó—. Pero líbrate de sutilezas en adelante. Tú y tu tribu estáis en grave peligro. Los parientes de tu padre, Targutai-Kiriltuk y Todyan Girte, los dos jefes taigutos, saben que mientras tú vivas tienen a un enemigo y poseedor de las tierras de apacentamiento que ellos codician. Saben que es ventajoso para ellos matarte y distribuir tu horda entre sus propios clanes y tribus. Además, tu padre era un hombre valiente y los desafiaba con éxito, a pesar de ser menos poderoso. Ellos sospechan (y si esto es verdad o no, tú lo sabes mejor) que tú eres su digno sucesor. Han acogido ya a la mayor parte de tu gente como vasallos y los tendrían todos si no fuera por tu madre y Kokchu. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a recurrir a Toghrul Khan.

Kurelen se encogió de hombros.

—Toghrul Khan, ese cristiano nestoriano que parece un zorro. ¡Conocido por su astucia, sus traiciones y su taimada cobardía! Pero quizá tú le agrades. Debes demostrarle que eres de fiar. La prueba debe venir primero, antes de que él te auxilie.

—Necesito respirar —dijo Temujin.

Salió al viento y la oscuridad de la noche. En el oeste jugueteaban los relámpagos. Había un murmullo de truenos detrás de las colinas, al que los relámpagos iluminaban a intervalos. Los fuegos del campamento estaban ya bajos. La mayoría de los hombres dormía. Sólo los guardianes de los rebaños estaban despiertos y algunos de ellos cabeceaban sobre sus débiles fuegos. Esto enfureció a Temujin. Levantó el látigo y azuzó a los soñolientos. Pero no les hablaba. El latigazo era dado en silencio. Luego continuaba. Los hombres se levantaban frotándose espaldas y hombros. Lo miraban pestañeando con asombro, mientras caminaba a través del campo. Los pliegues de su abrigo flotaban a su alrededor. Al día siguiente muchos de ellos dijeron a sus esposas:

—La juventud ha cambiado al joven khan. Ha crecido un pie en estatura. Caminaba como un rey. Cuando me miró, sus ojos resplandecían como los de

un lobo en la oscuridad. Me dio miedo.

A pesar de toda su melancolía de esa noche, Temujin aprendió la primera y más significativa lección: que algunos hombres pueden ser conquistados con palabras, unos pocos con amor, muchos con obsequios, pero todos con la amenaza de la fuerza. Aprendió que un látigo esgrimido por la mano del amo es más eficaz que cualquier filosofía y que una bota firme es más temida que todos los dioses. Y aun tuvo que aprender que unos pocos, sólo muy pocos, pueden ser ganados por la razón, y que menos aún son los que no temen a nada, excepto a su propia conciencia. Pero aun cuando aprendió eso, sabía que esos pocos eran insignificantes en influencia, a condición de que el amo nunca perdiera la fe en su dominio.

Dejó la aldea y se detuvo solo ante las estrellas, vuelto hacia el viento y los ojos fijos en las colinas que brincaban en el relampagueo. Daba golpecitos a sus botas con el látigo y su semblante se ensombreció. Un perro se le acercó olfateando y gruñendo. Fustigó a la bestia violentamente y ésta huyó despavorida. Su expresión se iluminó. Disminuyó su sensación de impotencia. Siguió caminando. Encontró una roca y se sentó. Con el mentón en la palma de la mano, reflexionó.

Sus ansiosos pensamientos se enredaron haciéndose difusos. Por último, como una nube, se disiparon. Lentamente fue sosegándose. Sentía la fortaleza de su joven cuerpo, el firme latir de su corazón. De nuevo contempló las estrellas.

Alguna intuición confusa perturbaba su espíritu. «¿Quién puede conquistarme a mí —pensó— si yo rehúso ser conquistado? Kurelen se reiría de mí por esto. Pero dejémoslo con sus sutilezas. Las filosofías han sido inventadas por los débiles. En su hilaridad, que da su aquiescencia a todas las cosas, son el unguento para las heridas que los fuertes les infligen. Yo no reiré. Viviré».

Se levantó y se dirigió hacia la tienda de sus medio hermanos, Bektor y Belgutei. Los jóvenes dormían, pero Temujin los despertó. Belgutei avivó el fuego y a través de su tenue resplandor rojo contempló a Temujin amablemente. Bektor se sentó en su montón de pieles. Temujin miraba de uno al otro con los ojos centelleantes.

—Vosotros y yo somos hermanos —dijo—, y como hermano mayor y khan, exijo la lealtad de vosotros. Si yo caigo, vosotros también caeréis. Sedme fieles. No porque tengamos la misma sangre os pido vuestro afecto, sino sólo por conveniencia. Si me abandonáis, os mataré con mis propias manos. Si permanecéis conmigo, no tendréis motivos para quejaros.

—No soy un traidor —dijo Bektor malhumorado.

—Siempre has tenido mi lealtad y afecto —dijo Belgutei con voz suave y que sabía manejar para hacerse admirar. Sus hábiles ojos brillaban con pretendido afecto.

Temujin guardó silencio, mirándolos primero a uno y luego al otro. Pensó: «Bektor me odia pero no me traicionará. Mas a causa de su odio, él es una tentación para los que pueden utilizarlo. Es sencillo y tonto. Es un esclavo de las palabras. Pero Belgutei me seguirá fielmente mientras esté seguro de que yo no fallaré en el largo camino. No es tan peligroso como Bektor. Desconfía de las palabras porque, verboso él mismo, sabe cuán poco valen».

Entonces y allí, resolvió que Bektor debía morir. Lo resolvió sin remordimiento y sin dolor. Su situación era demasiado desesperada y nunca en su vida había titubeado por razones sentimentales o personales.

—Nunca fracasaré —dijo dirigiéndose a Belgutei.

Salió fuera saltando ágilmente desde la plataforma de la tienda. Fue a la tienda de su madre. Ella le abrió para dejarlo entrar. Houlun lo miró con ansiosa sonrisa, sabiendo que él estaba enfadado con ella. Pero al ver su semblante supo que su hijo era por fin un hombre. Inclinandose, Temujin le besó la frente.

—Gracias, madre mía. Eres una mujer de gran sagacidad. Recurriré siempre a ti en busca de consejo. Eres la señora de mis tiendas. Mañana te traeré a mi prometida. Aconséjale para que sea una digna esposa y madre de mis hijos.

Houlun estaba conmovida, pero llena de respeto y júbilo.

—Temujin, sé desde hace mucho tiempo que tu destino es más grande que el de otros hombres. Tienes un largo y áspero camino por delante, pero lo andarás con coraje hacia el poder y la gloria. No tienes a nadie que temer, sólo a ti mismo. Recuerda que el hombre no es tanto esclavo de sus semejantes como de la conciencia de su propia inferioridad. Cree que eres más grande que los otros y lo serás.

—Siempre lo he creído así —respondió Temujin—, y estoy seguro de que es verdad.

Luego se dirigió a ver a Kokchu, quien estaba ocupado mezclando una poción. Recibió a Temujin con estudiada ceremonia. Pero el joven observó que había buena parte de diversión y burla en eso. Sostuvo la mirada de Kokchu severamente.

—Kokchu —dijo—, sé que eres un bribón y un traidor. Ya ves que te hablo directamente porque no tengo tiempo para palabrería. Tú siempre has

preferido a Bektor. Él te escucha. Yo no. Además, tú has soñado en utilizarlo para destruirme, a causa de tu odio. ¡Es extraño que admires a los hombres de tu clase pero los odies en tu corazón! También conspiras por verdadero amor a la conspiración, costumbre propia de los sacerdotes. Pero yo te necesito, porque eres un hombre sabio y conecedor. Sírvenme bien y algún día me coronarás como Kha Khan. Traicióname y te sacaré las entrañas. ¿Comprendes?

Kokchu lo miró entornando los ojos. Sus labios tomaron un tinte plomizo. Pensó para sí: «¡Tú, hijo de un necio zorro! ¡Mediré mi ingenio con el tuyo y haré reír a tus expensas! El que desafía y amenaza a un sacerdote no sabe el enemigo que se acarrea».

Sin embargo, mientras miraba a Temujin, se inquietó de manera extraña. Tal vez pensó: «Esto no es mera juventud tonta y arrogante. Ya veremos. Todo dependerá de que mi deseo de poder sea más grande que el de venganza».

Asumió una expresión de paternal pena y amor.

—Temujin, tus palabras son ásperas, pero es mi misión perdonar, aconsejar y hacer voto de lealtad a mi khan. Nos entenderemos mejor uno al otro a medida que marchemos juntos. Tus amenazas me llenan de tristeza, pero pienso que eres joven y sin experiencia, por lo que no te guardo rencor.

Se fulminaron con las miradas en duro silencio. Entonces, muy lentamente, Temujin sonrió de forma áspera. Puso su mano en el hombro del chamán.

—Vive de acuerdo a tus palabras, Kokchu. Es decir, haz lo que dices. Es todo lo que te pido.

Se marchó. Kokchu permaneció inmóvil largo rato. Muchos pensamientos y emociones cruzaron su oscuro y astuto semblante. Por último, se echó a reír.

«Debo recordar que la venganza es menos dulce que la victoria», pensó. «Ya veremos. ¿Será posible que Kurelen lo haya instruido en esas palabras? Si es así, sé qué debo hacer. Si no, debo cambiar mi curso de acción».

Al día siguiente Temujin reunió a su gente. Se irguió ante ellos, alto y resuelto, con un semblante que se había hecho más duro y más viejo.

—Nuestra posición es desesperada —dijo—. Pero nada puede tocarme. Si vosotros me traicionáis, todos moriremos. Seguidme, y nada podrá resistirnos. Yo no pronuncio palabras inútiles.

Kurelen pensó divertido: «¡Y lo cree así!».

Capítulo 18

TEMUJIN fue a buscar a su prometida. Dai Sechen, que había oído hablar de la desbandada de la horda de Temujin, puso objeciones. Era mejor que Temujin arreglase las cosas y se hiciera fuerte antes de llevar a su joven prometida a su aldea de gente temerosa y golpeada por la pobreza. Pero cuando Temujin lo fulminó con la mirada, el anciano no insistió. Sólo dijo:

—No creí volver a verte con vida.

Se organizó una gran fiesta de boda. Todos los jóvenes guerreros se reunieron ataviados con sus pieles de oveja y escudos barnizados, con pinturas horripilantes, casacas bordadas y sueltas de cuero teñido de rojo, con sus lanzas enristradas sobre los hombros y los carcajes llenos de agudas flechas. Sus rostros picados brillaban con una capa de grasa que los protegía de los terribles vientos del Gobi. Las mujeres ataviadas con sus mejores túnicas de lana, brazaletes y collares colgando de brazos y cuellos, llevaban el cabello trenzado con fibras brillantes. Se sacrificaron los caballos y ovejas más gordos y muy pronto los sabrosos aromas de carne cocida impregnaron la aldea. Los guerreros dejaron sus látigos a la entrada de las tiendas como una señal de amistad, y se sentaron a la derecha de sus mayores. La bebida no se escatimó. Antes de cada copa, los guerreros hacían libaciones hacia los cuatro puntos cardinales. Los cantores y los ancianos con sus violines de una cuerda interpretaban canciones heroicas y de esponsales, deambulando de uno a otro fuego, probando los contenidos de las ollas y bebiendo vino.

Los guerreros bebían, aplaudían, gritaban y cantaban. La leche fermentada y el vino de arroz corrían como agua. Pronto bailaban, batiendo palmas al mismo tiempo en sus escudos de cuero. Cuando llegó la noche, la jarana aumentó. Los bronceados rostros huesudos brillaban a la roja luz del fuego que centelleaba en los blancos dientes volviendo grotescos a los desmañados danzarines de modo que parecían animales corveteando. Más allá, los oscuros llanos y las estrellas se esparcían en ilimitadas vistas.

Las festividades continuaron por tres días. Entonces, Bortei fue traída para sentarse a la izquierda de su prometido, ataviada con una túnica de fieltro blanco, con bordados escarlata, azul, amarillo y plata. Tenía el cabello pesadamente trenzado con monedas de plata y turquesas azules, y llevaba un sombrero en forma de cono hecho de corteza recubierta con seda bordada. Se sentó recatada y silenciosa con los ojos bajos, de modo que las pestañas

semejaban sedosas cimitarras sobre sus mejillas. Los labios gruesos, rojos y suaves parecían un pimpollo de amapola. Sobre los hombros lucía su casaca de cibelina, y de sus muñecas colgaban pesados brazaletes de monedas de plata y pequeñas figuras.

Temujin la contempló con las aletas de su nariz distendidas, los ojos llenos de fulgor y el labio superior forrado de sudor. Su respiración era bronca e irregular. Cuando ella lo miraba tímidamente y una débil sonrisa curvaba las comisuras de su boca y sus pechos se movían levemente, él entrelazaba sus manos mirando alrededor fieramente, como proclamando que esa belleza era suya. Cerca de él se sentaba el tranquilo Subodai, en el que estaba puesta toda la atención de Bortei, y Chepe Noyon, alegremente ebrio como de costumbre, así como Jamuga, con expresión pétrea que no bebía nada y veía todo. Algunas veces Bortei, impelida por su inescrutable mirada, contemplaba a Jamuga y le parecía que su corazón daba brincos de temor, ira y aborrecimiento, y se prometía, una y otra vez, que Jamuga debía ser arruinado y alejado de su esposo. En esas ocasiones, sus labios palidecían y una sombra perseguía su semblante.

Un anciano trovador se detuvo delante de la joven pareja y cantó:

*A mi lado se sienta mi amada
ataviada con traje de boda,
la que hará placentera mi vida
mientras las canas cubran mis sienes,
se agrisen cual estepas mis barbas
y me pese el corazón como agua helada.
Amorosa protección dará a mis hijos,
que crecerán lozanos y fuertes,
y por ella mi vida fecunda
estará llena de luz hasta mi muerte.
Mi lecho calentará como mi alma,
sus manos santas rodearán mi cuello,
vendará suavemente mis heridas,
pastora gentil de mis rebaños,
y de mi tienda batirá el fieltro
con noble afán siempre renovado.
Donde yo vaya, donde muera yo,
allí estará mi esposa, mi bienestar,
mi refugio, mi esperanza y corazón.
¡Bendita entre todas las mujeres,*

para ella es mi eterna bendición!

Bortei miró a Subodai y su respiración se agitó. Temujin le tomó la mano, para desazón de ella.

Dai Sechen se sentía aún inquieto. Llamó a Temujin a su tienda en lo mejor de las festividades. Dai Sechen no era hombre correcto, sino solapado, tortuoso y astuto, todas las cosas que Temujin despreciaba. Después de mucha vacilación y precavida humildad, el anciano dijo:

—He oído hablar de todos los contratiempos que has tenido y las cosas prodigiosas hechas por ti y por tu madre para conservar tu asiento de piel blanca de caballo. He oído hablar de cómo has sido perseguido y cómo se marchó tu gente. Sé que tus desgracias y peligros no han terminado...

Temujin lo interrumpió:

—Sabes demasiado, Dai Sechen, y me molestas con el relato de mis infortunios. Tienes algo que sugerir. Dilo y terminemos.

Los viejos ojos de Dai Sechen se entornaron socarronamente.

—¡Oh! —Se acarició la barba—. Pues bien, yo me sentiría más tranquilo acerca de mi hija si recurrieras al padre de tu amigo y tu hermano juramentado, Toghrul Khan, jefe de los keraítas turcos, para pedirle la protección que él ha jurado prestarte.

Se detuvo bruscamente, porque Temujin lo observó con ira. El joven se puso de pie y comenzó a pasearse por la tienda como si no pudiera contenerse. Por último se detuvo ante su suegro y le espetó:

—Eres un insensato, Dai Sechen. Nadie puede recurrir a un amigo con las manos vacías, si no quiere encontrarse con escarnio, irresolución o excusas. Preséntate fuerte y con tesoros, y el amigo te recibirá contento ofreciéndote toda clase de ayuda. Si voy a ver a Toghrul Khan, él pensará: «Éste es un débil y plañidero joven que aceptaría migajas de cualquiera, y ayudarlo me pondría en peligro». No se equivocaría. El fuerte auxilia al fuerte. Debo demostrar a mi padre adoptivo que merezco ser ayudado, antes de pedir ayuda o esperarla.

Dai Sechen reflexionó acerca de esto. Su rostro se contraía obstinado. Pensó: «Aún puedo negarle a mi hija diciendo que va inevitablemente a la miseria y la muerte, y que él debe tener un lugar seguro antes de que ella deje la tienda de su padre. Si él no está de acuerdo, es sólo un joven con tres amigos y puedo destruirlos fácilmente. Y su pueblo no podrá vengarlo porque es más débil que el mío».

Temujin observó al anciano mientras se agachaba para sentarse en el suelo con las piernas cruzadas. Su rostro se ensombreció y apretó los labios en un

gesto cruel y feroz. Luego habló con tanta tranquilidad que a Dai Sechen le costó darse cuenta de sus palabras.

—Traicióname, Dai Sechen, y se terminarán tus días. A mi nacimiento se vaticinó que sería el gobernante de todos los hombres. ¿Cómo puedes tú desafiar los espíritus que han ordenado esto?

Dai Sechen elevó los ojos y examinó el duro rostro del joven. Entonces, lenta y astutamente, sonrió y dijo:

—Tú no crees en las profecías, Temujin. Pero has decidido cumplirlas. — Se puso de pie—. Puede que yo sea un tonto en cuanto a la dote, pero hay algo de inexorable en ti. Contemplo tu rostro y veo algo extraño, una especie de destino. Escucha. Mandaré con mi hija no sólo sus sirvientes, sino también diez guerreros con sus tiendas y sus familias. —Hizo una pausa. Suspiró—. Se dice que la gente de Toghrul Khan es muy rica, que poseen oro, plata y muchas armas. Tienen también los lanzallamas de los chinos y hasta los muros invencibles de sus ciudades. ¿No quieres pensarlo un poco más?

—No —dijo Temujin con calma—. Cuando me acerque a él, será como aliado, no como suplicante. Sujetaré a los taigutos con mi propia mano. Confía en mí.

—Tus palabras son jactanciosas, como las de todo joven, pero me parece que tú no eres jactancioso.

Temujin sonrió ásperamente.

—Ya no soy joven. No son los años los que envejecen, sino el conocimiento. He aprendido muchas cosas, y la más importante es que un hombre no debe usar la razón para hacerse poderoso e invencible. Debe prometer ganancias a algunos hombres, a sus paladines. Pero con su pueblo debe usar la fuerza y el miedo. Su voluntad debe llegar a ser una voluntad divina para la gente. No debe ser un hombre entre ellos, sino un dios capaz de decidir sobre la vida y la muerte. No debe ser una mezcla de misterio, crueldad y superstición. Debe usar una corona horrible y empuñar una espada despiadada. Un rey bueno es un rey débil y su pueblo lo desprecia.

Su rostro se demudó repentinamente con gesto de menosprecio y sombría comprensión.

—¡Muchas cosas he aprendido, entre ellas que el alma del hombre es como el alma de un caballo, que sólo presta atención al látigo! Pero sabré mostrarme generoso con aquellos que me sirvan bien, y ningún hombre podrá decir que a las palabras de Temujin se las lleva el viento. Mi pueblo me estimará, y ¿quién nos hará frente? En cuanto a mí, mientras no confíe en ningún hombre, no seré conquistado.

Dai Sechen sonrió ligeramente tirándose la barba. Entonces, enlazando su brazo con el de Temujin, dijo:

—Bien, entonces nos hemos comprendido. Volvamos a la fiesta.

Ahora Bortei debía retirarse con sus hermanastras y sus criadas. Temujin debía perseguirla a través de las tiendas como si tuviese que raptarla por la fuerza de la horda de su padre. Debía luchar con las mujeres para conseguirla, pues ellas obstaculizaban su persecución y ella corría de una tienda a la otra. Fue un divertido ritual en el que cada uno participaba con risa y cínicos consejos. La trayectoria de Temujin era también interrumpida por guerreros ebrios que se enzarzaban con él. Derribó a muchos de ellos, sacando a otros de su camino a puntapiés. Su sangre vibraba, los dientes resplandecían, sus ojos eran del azul intenso de una llama. Bortei, oyendo su tumultuosa aproximación, corrió desde la tienda donde estaba oculta hasta otra en un lugar más tranquilo. Había llegado y estaba a punto de trepar la plataforma, cuando una sombra en la luz del amanecer se irguió ante ella. Se llevó las manos a la boca para suavizar el grito de sorpresa. Entonces vio que era Jamuga.

Se quedaron como estatuas, mudos e inmóviles, mirándose uno al otro. Pasaron unos segundos y el jaleo de la búsqueda se aproximaba. Pero ni el joven ni la muchacha hablaron. Se sostuvieron la mirada. Fuego plateado corría a lo largo del horizonte y la tierra flotaba en un cielo lechoso. Ellos no se movían, pero a medida que la luz se acercaba, ambos vieron el odio entre ellos. Bortei vio que Jamuga la desafiaba y que en él tendría un enemigo implacable hasta el fin.

Los perseguidores se acercaban. Bortei, cuyo rostro estaba tan pálido como la muerte, miró la proximidad de Temujin y los que lo acompañaban. Miró a Jamuga una vez más, pero él se había ido como si la tierra se lo hubiera tragado.

Cuando Temujin la alcanzó con un grito de triunfo, ella cayó supina en sus brazos, sonriendo absorta. Pero su corazón palpitaba desbocado y un escalofrío recorría su espina dorsal.

Capítulo 19

KURELEN observaba con cínica compasión el triunfal regreso de Temujin con su flamante esposa. Había un alborozado y turbulento desafío en sus maneras, una precipitada liberalidad que al principio pareció jactancia de juventud. Pero después de un momento de reflexión, Kurelen, divertido, decidió que estaba equivocado. «Debo de estar envejeciendo, porque creo en los milagros».

Estaba satisfecho con la belleza de Bortei, pero al poco descubrió que era ambiciosa, autoritaria, vana y obstinada. La novia llevó para Houlun un abrigo de cibelina negra. Precioso obsequio, pero ella lo ofreció con arrogancia y sin dejar duda de que ella creía pobre e indefenso al pueblo de Temujin y que ella, ella misma, venía de un clan más rico y de vida más cómoda. Los apacentaderos de su padre eran mejores y los animales, más gordos. Su padre no era acosado, sino más bien respetado por otros jefes de tribu. Ella había oído ya la penosa historia de que Temujin casi había muerto a manos de Targoutai, quien acababa de proclamarse amo de los apacentaderos del norte del Gobi. Temujin se lo había contado con ira y mortificación. Pero ni siquiera su explicación de que él había tenido que huir por poco tiempo, pues le era imposible luchar para conservar los apacentaderos de su pueblo, había reducido la ignominia en la opinión de Bortei. Un hombre que había tenido que huir era una pobre criatura para ella. Con todo, no se arrepentía de haberse casado. Temujin era todavía un khan, aunque un khan de un miserable puñado de hombres, y ella era una muchacha muy astuta. Creía en él, aunque más que amarlo lo temía. Había decidido desde el principio que Temujin sería un Kha Khan, planeando diligentemente los pasos adecuados para conseguirlo. Recordaba con presunción que su padre había lamentado con frecuencia el hecho de que ella no fuera varón, porque su ingenio era muy superior. Lo único necesario era tenerlo bajo su entera influencia, para poder guiarlo correctamente. Para ello, tenía que desembarazarse de Jamuga. No obstante y para su sorpresa, descubrió que era encarada no sólo por Jamuga, sino también por Houlun y Kurelen.

Bortei se había aproximado a Kurelen con recelo y desprecio. Lo había sondeado y, con súbito deleite y placer, había hallado en él su propio cinismo y filosofía realista. Pero percibió también que, aunque sus objetivos fueran aceptables para él, no se los tomaba en serio.

Hubiera sido algo bueno, le había dicho él con franqueza, que Temujin llegara a ser lo que ella deseaba. Pero si no llegaba y meramente sobrevivía en paz, también lo sería. Después de todo, era bastante bueno para un hombre vivir con el mínimo de dolor.

—Tú piensas así porque eres impotente —dijo la joven mirándolo con brutal candor.

Sus ojos eran tan grises como un lago helado, pensó Kurelen aun cuando ella le sonreía con indulgente malicia.

—Bien, ¿qué quieres tú de Temujin, niña?

Los ojos grises se iluminaron como tocados por un relámpago.

—Que sea señor de todo el desierto de Gobi —respondió ella con una especie de fría ferocidad.

—¿Y lo quieres así porque le amas?

Bortei titubeó. Pensó que Kurelen amaba el candor porque le causaba hilaridad, y mientras él ríese, ella no tendría necesidad de temerle.

—No —respondió con una sonrisa cautivadora—. Porque me amo a mí misma.

Se comprendieron. Eran prudentes el uno con el otro, pero no se tuvieron más antipatía. Si Kurelen se oponía a ella, infería sagazmente la muchacha, sería sólo por bromear. Él la vigilaría con interés, auxiliándola cuando fuera necesario. Porque hacía mucho que ella había percibido que bajo su sarcasmo hacia los que amaban el poder, había un inextinguible anhelo de él en Kurelen mismo. Solamente su gran espíritu lo había salvado de ser un conspirador. Sólo su baja autoestima lo había hecho refrenarse de los complots envidiosos. Él conocía sus limitaciones, pero era inteligente pues no buscaba desquites por ellas. Él, como explicaba con frecuencia, prefería comer y prefería también que lo que comía no contuviese amargura.

Pero Houlun, reconociendo en la muchacha a un afín, detestó de inmediato a la joven esposa que amenazaba su propio dominio. Las dos mujeres se habían medido mutuamente. Houlun había pensado con rencor: «Ya no soy joven». Y Bortei pensó: «Tú has gobernado demasiado tiempo». Así comenzó una lucha por Temujin que debía terminar sólo con la muerte y un odio implacable y sin remordimiento.

Bortei estudiaba a los que podían auxiliarla o enfrentarla. No se interesaba por Kasar, concediéndole sus más dulces sonrisas cuando descubrió su idolatría por su hermano. Kasar era valiente, simple y servicial. Un buen secuaz. Bortei lo convenció pronto de que ella también adoraba a Temujin,

sólo deseaba su bien y que era ambiciosa sólo por él. Kasar le brindó su ciega adhesión. Nada, en adelante, sacudiría su fidelidad hacia ella.

Chepe Noyon, ella lo sabía, admiraba su belleza, pero era sagaz. Él podía ser seducido por los ojos y los labios de ella, pero sólo superficialmente, y podría cortarle la garganta si la descubría en cualquier complot contra su esposo. El degüello sería expeditivo y sin ninguna animosidad personal. Ella se dedicó a intentar ganárselo afectando una candidez que no lo engañaba, sólo lo divertía. Esto la divertía a ella también. Se hicieron grandes amigos, alegres y descarados. Ella podía contar con que él no se le opondría en nada que mejorara los intereses de Temujin, sin importarles lo tortuosos o astutos que sus métodos fueran. Era sumamente leal, pero tenía poca integridad personal, observó ella con alivio.

Bortei sabía que el chamán era muy poderoso y que no debía menospreciarlo. Percibía que era extremadamente susceptible a la belleza femenina y la adulación, pero sólo hasta donde llegaba su propio interés. Él no sacrificaría ni arriesgaría nada por ninguna seducción femenina. Así pues, ella tenía que demostrarle que era beneficioso para él estar con Temujin y lo tendría completamente de su parte. Entonces descubrió a Bektor.

Bortei vio que en su inocencia era el más peligroso enemigo con quien tendría que contender, a causa de Kokchu y otros que odiaban a Temujin. Sin pena, decidió que Bektor tendría que morir. Ella sólo tendría que preparar el camino. Una vez muerto Bektor, el chamán no tendría más elección que seguir a Temujin. Y el crimen debía tener lugar pronto, concluyó. Veneno, quizá. Su propia madre le había enseñado a preparar los más letales. Pensaría acerca de eso dentro de pocos días y planearía la ocasión propicia.

Jamuga también debía morir o ser alejado de alguna forma. Quizá sería mejor que no muriera. Eso cimentaría su influencia con Temujin, que nunca querría creer en ninguna acusación de malquerencia, a menos que la viera por sí mismo. Temujin debía ser inducido a verla en el propio Jamuga. Llevaría tiempo planear eso. Bortei aparcó la idea a un lado para ser trabajada con tranquilidad. Requeriría gran habilidad. Mientras tanto, estudiaría a Jamuga y descubriría la forma de hacerlo arruinarse a sí mismo.

Estaba también Subodai, el caballeroso, puro y hermoso, cuya alma era como agua clara en una copa de plata. Su deseo por él crecía diariamente, al extremo de que le parecía que por sus venas corría fuego líquido en vez de sangre. Si ella tuviera que seducirlo, debía hacerlo con habilidad e ingenio, porque había muchos ojos sobre ella. Se preguntaba si Kurelen y el chamán habían ya adivinado su pasión. Kurelen, pensó, no intervendría, a menos que

ella se desviara de sus deberes con Temujin. Una vez él le había dicho: «Entre nosotros el adulterio es un crimen; entre los civilizados, un arte».

Con todo, no estaba segura de si su tolerancia se extendería hasta ella a despecho de su sarcasmo cuando hablaba de la simplicidad de la gente de su clase. Kurelen sólo pediría que ella no lo forzara a ver su traición a Temujin. En cuanto al chamán, debía tener cuidado de no ofender su vanidad. Debía reservar sus más delicadas lisonjas para él.

Pero Subodai mismo era el mayor obstáculo para su propia seducción. Era un verdadero caballero. Nunca sería seducido por pasión, sólo por un gran amor. Y no debía haber sombra en ese amor. Decidió que debería ser inducido a amarla secretamente. No creía que ningún hombre pudiera resistir a su hechizo, pero tenía la sensación de que su tarea sería larga y ardua. Ella debía presentarse a sus ojos como una pura, leal y amantísima esposa, llena de ternura y de todas las virtudes. Entonces él la amaría. Su capitulación sería entonces cuestión de tiempo. Subodai no empezaría nunca por la concupiscencia, sólo terminaría con ella. Algunas veces Bortei sentía un extraño menosprecio por él y dudaba de su virilidad. Pero su propio deseo lo cegaría, y nada importaba sino este deseo y su consumación. Había también en ella un perverso respeto por un hombre que amaría a una mujer sólo porque era virtuosa y leal a su esposo.

Pero siempre, a cada extraviada vuelta del laberinto de su naturaleza, quedaba frente a frente con los ojos pétreos de Jamuga, el amigo inseparable de Temujin, a quien éste estimaba sobre todos los otros, incluso sobre su esposa. El obstáculo que debía ser destruido antes que consumado cualquiera de sus deseos.

Bortei no había aprendido, y quizá nunca aprendería, que Temujin, en el fondo, sólo era influenciado por sí mismo y hacía sólo lo que él había decidido hacer. Si otros creían que ellos lo habían influenciado, únicamente satisfacía su propia vanidad. Él no se molestaba en desilusionarlos. Encontraba ventajosa a la gente engañada, su engaño fortalecía su lealtad hacia él. Se había dado cuenta, hacía mucho, de que los hombres siguen a los jefes a quienes creen poder manipular o influenciar. Su propia presunción es el resorte de su lealtad. Para traicionarlo, tendrían que traicionarse a sí mismos. Y solamente los santos y los locos se traicionan a sí mismos.

Sólo Kurelen intuía la verdadera naturaleza de Temujin, y por eso tenía cuidado de diluir sus consejos con bromas y risas, de modo que su sobrino no

se preocupase.

Por lo demás, Kurelen encontraba la vida muy interesante. Veía todas las cosas y las encontraba llenas de excitación y alegría.

Capítulo 20

KURELEN había dicho a Temujin: «El día en que un hombre descubre que no tiene amigos, es el día que se libera de sus pañales».

Temujin lo creía con reservas. Creía que es dado a pocos hombres tener un verdadero amigo, y aun así, sólo uno. Él tenía compañeros fieles como Chepe Noyon, Kasar y Subodai. Pero sólo porque era singularmente agraciado tenía un amigo como Jamuga Sechen, su compañero espiritual y hermano juramentado.

Un hombre puede tener una noble madre, como Houlun. Puede tener una esposa hermosa, hacendosa e inteligente como Bortei. Puede tener un consejero que lo estime, como Kurelen. Pero rara vez tendrá un amigo al que coloque por encima de la madre, la esposa, los hijos, el sacerdote y los parientes.

Temujin nunca dudaría del afecto y lealtad de Jamuga hacia él. Sólo con Jamuga podía hablar siempre libremente. Había en Temujin una eterna sed de libertad y sencillez incorrupta de ironía, sutilezas y todo otro artificio. Volvía a ellas como un hombre que retorna a un oasis después de largas correrías. Sea lo que fuere —cualquier vehemente anhelo que hubiera en él—, tenía siempre esta profunda sed. Y la satisfacía con Jamuga.

Podía hablar a Jamuga. No coincidían con frecuencia. Eran demasiado diferentes y les agradaban cosas opuestas, pero ambos confiaban en el otro y se comprendían. Temujin dijo a Jamuga que toda devoción que le profesasen los otros era superficial, basada en ilusiones individuales. Pero Jamuga conocía a su amigo profundamente, y por eso podía estimarlo profundamente. Él, Jamuga, no se ofendería por mucho tiempo ni se desconcertaría por Temujin, no importaba lo que éste hiciera. No por cariño, sino por comprensión, aun cuando fuera una comprensión desagradable, contraria a su misma naturaleza.

A veces los otros se ofendían o se ponían celosos porque los dos jóvenes tenían el hábito de salir a caballo juntos. Pero ésa era una necesidad para Temujin, pues sentía que estando con Jamuga estaba verdaderamente solo, acompañado por un alter ago con quien no necesitaba fingir. Con frecuencia tenía que mentir. La mentira era tediosa para él, porque era una pérdida de tiempo. Con Jamuga nunca necesitaba mentir. Sentía júbilo de ser él mismo,

como si se despojase de calurosos y molestos vestidos, zambulléndose en agua fresca.

A causa de su enemigo Targoutai, que se había declarado a sí mismo señor del norte del Gobi desde la muerte de Yesugei, la gente de Temujin había tenido que desviarse considerablemente de su acostumbrada ruta desde los apacentaderos de invierno a los de verano. Temujin se había encolerizado al principio, pero no estaba en su naturaleza encolerizarse por mucho tiempo contra lo inevitable. Sólo los tontos malgastan la sustancia de sus almas en furias ineficaces. Le desagradaba tener que colocar a su gente clandestinamente en pobres apacentaderos a fin de no enfurecer a Targoutai, pero reconocía la necesidad de convencer a éste de que él ya no era un enemigo peligroso. Sabía que su mejor arma contra Targoutai era el propio menosprecio que éste sentía por él. Dejemos a Targoutai que se diga a sí mismo: «Este joven khan es un pequeño perro que no vale mi enemistad ni mi persecución». Esto permitiría a Temujin hacerse fuerte. Mientras tanto, había mandado un hombre, un presunto traidor de la tribu, a Targoutai con el siguiente mensaje: «Temujin se ha dado cuenta de que no es un verdadero jefe y desea de todo corazón jurarte lealtad. Pero como tiene algo de orgullo, antes quiere disponer de un ejército suficiente para presentarse orgullosamente ante ti, diciendo: “Yo soy digno de ser uno de tus vasallos”».

Más tarde le fue comunicado a Temujin que Targoutai se había reído desdeñosamente, diciendo: «Veo que tiene más sentido común de lo que yo creía posible en un hijo de Yesugei. Dejémoslo probar su valía y después quizá le permitiré jurarme fidelidad».

Temujin, palideciendo de ira, consiguió sonreír sarcásticamente ante este informe. A despecho de su tumultuoso carácter, tenía la terrible paciencia de un nómada, aunque no así la docilidad y fatalismo de los nómadas. No podía encogerse de hombros y olvidar. Podía encogerse de hombros, pero nunca resignarse a lo inexorable. La fatalidad para él no era inflexible, sino sólo una espada que podía ser doblegada por un hombre fuerte.

Mientras tanto, su gente se quejaba a causa de su pobreza y la escasez de sus apacentaderos. Aparentemente Temujin se había resignado a ser el pequeño jefe de una miserable horda. Oía sus murmuraciones, pero no hablaba. Sólo los contemplaba en grave silencio, de modo que ellos se asustaran.

Un atardecer salió a caballo con Jamuga para estar un rato solo. A veces, a despecho de sí mismo, su enojo y tristeza eran demasiado grandes. Tenía que alejarse para poder pensar.

A causa de su temor y pobreza, la gente era obligada a bordear los buenos apacentaderos, y en sus viajes habían sido dirigidos a las colinas al pie de las grandes montañas, donde los pastos eran escasos y el terreno, duro y escarpado. Había buena caza de antílopes, osos y zorros, pero poco más.

El aire era puro y frío, impregnado del acre olor de los abetos y la pureza de las rocas. Temujin, precediendo a Jamuga, cabalgaba con repentina impaciencia, como si algún agudo pensamiento lo espoleara. Su blanco semental superó una cresta de piedra y luego se detuvo como una estatua. Su larga crin y cola blancas se agitaban levemente al viento. Frente a un fondo de claro cielo pálido e intensa montaña azul, caballo y jinete se mantenían inmóviles. Había algo de impulso y fatalidad en su actitud. El marcado perfil de Temujin estaba lleno de sombría melancolía. Planos de vívida luz caían sobre sus mejillas como un reflejo de nieve. El sol, lejano, frío y brillante, resplandecía en los arneses y las empuñaduras de su daga y su cimitarra. Sus hombros, anchos y erguidos, y su espalda tenían la forma de los de un soldado. El cabello pelirrojo, descubierto, lucía como hilos de ígneo oro. Salvaje, indómito e inflexible, la tez bronceada y áspera, Temujin era parte de ese enorme paisaje de azul y blanco, de esta inmensa vista de cielo y montaña.

«¿En qué estaba pensando?», se preguntó Jamuga observando a su amigo. Recordaba al Temujin más joven, turbulento, vehemente y divertido. Le pareció que Temujin, un ser lleno de impetuoso movimiento, imbuido de llama y pasión, se había helado repentinamente en una inmovilidad eterna, captado en el momento de una actitud heroica. Su juventud se había ido para siempre y algo terrible había tomado su lugar.

Jamuga, con un vago temor, espoleó su delgado caballo negro, colocándose a su lado. Permanecieron juntos largo rato sin hablar, mientras Temujin, con oscuro ceño, observaba las montañas y los valles surcados por hilos de agua. Sólo había silencio y pálida luz solar. El viento apenas se oía.

—Debemos tener apacentaderos —habló por fin Temujin—. Muchos apacentaderos. O moriremos. Al final triunfaré. De algún modo he de vencer a Targoutai en combate abierto. Debo ser el señor del Gobi del norte.

—¿Por qué no ofrecerle unirte a él?

Temujin no respondió. Tras un momento, se volvió hacia Jamuga y lo contempló con mirada penetrante. Pero su voz sonó tranquila:

—No. Debo vencerlo. Debo invocar la ayuda de Toghrul. Pero primero he de conseguir que Toghrul me aprecie como un aliado. He pensado algo. Voy a

llevarle la capa de cibelina negra y le convenceré de que soy digno de su ayuda.

—¿Cómo lo lograrás?

Temujin sonrió. Dio ligeramente con su fusta al semental blanco y el caballo levantó la cabeza haciendo que su nevada crin se sacudiese como una cresta espumosa.

—Mira, Jamuga, aun en las mejores circunstancias, ¿qué somos nosotros y qué era mi padre? Miserables ladrones, pendencieros salteadores de los buenos apacentaderos. Uno de los miles de pequeños aristócratas de las estepas que luchan entre sí y no son mejores al final: jinetes, cazadores, guerreros jactanciosos, esclavos de la pobreza y la opresión, constantemente temerosos de ser aniquilados. Sin embargo, aliados y juramentados, constituirán una poderosa amenaza para los pueblos y las ciudades, a las que se les puede hacer pagar tributo.

Jamuga arrugó el entrecejo. Sus descoloridos labios se tensaron.

—Tributo —murmuró—. Pero nosotros sólo buscamos apacentaderos. Y paz.

Temujin sonrió de nuevo, esta vez con desdén. Miró a Jamuga con ojos centelleantes y continuó como si éste no hubiera hablado:

—Un hombre que busca paz es un conejo entre zorros. Sólo el que ha luchado bien y hecho conquistas merece la paz, y sólo él la tendrá. Escucha: cada uno de nuestros pequeños señores busca atraer secuaces a fin de ser bastante fuerte para apoderarse de las tribus débiles. Cada pequeño señor debe tener éxito o morir. Este constante éxito y fracaso destruye a los pequeños khanes. Cada hombre debe demostrar que es fuerte por la fuerza de las armas y no con obsequios, como acostumbran los hombres de la ciudad. Un hombre débil que ofrece obsequios es un ser despreciable. Sólo los fuertes pueden ofrecer presentes. Los hombres seguirán al hombre fuerte que sea generoso. En consecuencia, es necesario que las invasiones sean continuas y el arte militar, un objetivo. Un jefe fuerte atrae muchos partidarios. ¿Por qué no, entonces, un único jefe fuerte, un Kha Khan que exija obediencia y lealtad a todos los habitantes de las estepas, en vez de señores como Toghrul Khan y Targoutai que se odian uno al otro y traen anarquía y desorden con sus constantes luchas?

Jamuga lo miró.

—¿Y tú piensas que uniendo todos los pequeños khanes y jefes bajo un líder irresistible puedes traer armonía y paz? ¿Y que todos los hombres podrán vivir juntos sin temor y confortablemente?

De nuevo Temujin sonrió, pero esta vez desvió la mirada hacia la montaña. Su voz fuerte y áspera cayó a un tono bajo:

—¡Paz! ¡El hombre que desea la paz es un hombre que mira su tumba!

Espoleó su caballo y éste saltó desde la cresta. Temujin gritó de repente y fustigó al semental con fiereza. El animal se encabritó sobre las patas traseras. Temujin se erguía contra el cielo, como una estatua naciendo a la vida, repentina y violentamente. Su semblante había tomado ese aspecto salvaje y funesto que atemorizaba a Jamuga. Sus ojos eran una llama verde. Entonces el caballo, tras caer de nuevo sobre sus cuatro patas, galopó como un loco por el valle, brincando sobre las piedras, deslizándose en una nube de polvo dorado hacia una estepa en pendiente. El estrépito de su marcha despertaba ecos, hasta que todo el aire se llenó con un estruendo que semejaba un trueno.

Pasado un momento, Jamuga lo siguió pensativo sobre su ligero caballo negro. Tosía a causa del polvo. Temujin se había detenido en un desfiladero entre las montañas. El caballo jadeaba. Pero cuando Jamuga llegó, Temujin lo miró con su dulce e irresistible sonrisa. En sus ojos había tanta picardía como bondadoso afecto por su amigo.

—Si no fueras tan valiente, Jamuga, sospecharía que eres uno de los eunucos de la ciudad de que nos habla Kurelen.

—¡No te comprendo, Temujin! —exclamó, y sintió un extraño presentimiento.

Pero Temujin ya había olvidado lo que había dicho y el estado de ánimo que lo había causado. Levantando la fusta, señaló:

—Allá está el Imperio de Jwarizm de Asia Central, y allí el cercano Imperio de Catay. Ambos ricos, elegantes y vastos, llenos de academias, universidades, templos, bibliotecas y palacios, de blancas calles guarnecidas de árboles y enjovadas con lagos y jardines. Kurelen me lo ha contado. También me ha dicho que esos imperios están podridos, como viejos gordos libertinos, con las entrañas enfermas. Se sientan en sus jardines rodeados de mujeres y con los dedos cubiertos de joyas, las dobles papadas hundidas en sus pechos, sus perezosos cuerpos envueltos en telas de oro y sedas bordadas. Tienen los pies tan suaves como sus pálidas manos y tan hinchados como vejigas. Se mueven sólo para comer y beber. Escuchan temas filosóficos y conversan con hombres eruditos. Anhelan débiles y extraños placeres. Sonríen con deleite soñoliento escuchando música de lánguidos cantantes; de sus vientres cuelga la gordura. La riqueza, la lujuria degradada y la ausencia de todo dolor los ha hecho eunucos de alma y de cuerpo. Están listos para ser aniquilados por una espada certera e implacable.

Hizo una pausa. Fijó sus sonrientes ojos, en ese momento inocentemente azules, en Jamuga, que fruncía el entrecejo intentando comprender.

—Jamuga, ¿recuerdas las historias que cuentan los persas, de las que Kurelen nos ha hablado, acerca de un extraño conquistador que venía del oeste y que se llamaba Alejandro Magno, el hombre-dios, el conquistador?

Jamuga, sabiéndose un juguete en manos del incomprensible estado de ánimo de Temujin, asumió una expresión de dignidad para ocultar su confusión.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la búsqueda de protección por parte de Targoutai y de encontrar y mantener buenos apacentaderos?

Temujin sonrió. Su respiración era corta y agitada.

Jamuga añadió:

—Tú hablas de un ulus o una confederación. Eso es imposible. Los tártaros, los merkitas, los turcos, los urghur, los naimanes y los taigutos jamás podrán convivir juntos en armonía bajo las órdenes de un jefe. —Hizo una pausa. Luego añadió en voz más alta—: Siempre he amado la paz. Pero ¿dónde está el hombre que pueda proporcionarla?

Miró inquisitivo a su amigo, cuyos ojos denotaban impaciencia. Temujin parecía absorto en algún vago y vasto sueño cuyos contornos se hacían lentamente claros para él.

Jamuga, levantando la voz como si Temujin fuera sordo, insistió:

—¿Qué tiene todo esto que ver con los buenos apacentaderos para nuestros pastores?

De repente el semental blanco se encabritó porque Temujin lanzó una carcajada.

—¡Nada! ¡Nada! —exclamó.

Y entonces, de nuevo, se lanzó a galope tendido. Jamuga, sentado inmóvil sobre su caballo, lo vio alejarse y una extraña melancolía lo embargó. Había un frío presentimiento en su corazón mientras Temujin cabalgaba furiosamente a través del angosto valle allá abajo. Y entonces exclamó con creciente confusión y temor:

—¡Pero la gente sólo quiere apacentaderos y paz!

Capítulo 21

POR ALGUNA razón que se le escapaba, Jamuga evitó a Temujin aquella noche. Comió tranquilamente con sus hermanastros en el fuego delante de su tienda. Todos eran jovencitos alegres y bulliciosos. Jamuga, con todo su fastidio y silencio, encontraba refrescante y agradable su espontaneidad despreocupada. Una inquietante sospecha se despertaba en él: que en Temujin había algo secreto y amenazador que jamás antes había visto, y que el joven que él había creído turbulento sólo de palabra y gestos era alguien que él no conocía. Su carencia de perspicacia lo afligía más que lo que había descubierto en su amigo. Porque su egotismo, a pesar de no ser agresivo, era profundo y él no soportaba ningún fallo propio.

En medio de sus turbados pensamientos, levantó la vista y vio que el amable Belgutei se había unido al grupo alrededor del fuego. Al encontrar su mirada, Belgutei sonrió y sentó a su lado al muchachito más revoltoso. Empezó a bromear jocosamente con los chicos, que le respondían con entusiasmo. Jamuga, frunciendo el ceño perplejo, los observaba. Parecía ver por primera vez al hermano más joven de Temujin. Belgutei era delgado y activo. Tenía un semblante afable y lleno de simpatía. No tenía enemigos. Esto pareció de mal agüero a Jamuga. Con todo, supuso que la razón de tal cosa era que Belgutei no ofendía a nadie. No era agresivo, ni arrogante, ni vehemente; siempre estaba listo para la risa y la amistad, y amablemente dispuesto para todo. No obstante, Jamuga dudaba. Las apariencias francas con frecuencia ocultan corazones tortuosos. Las sonrisas afables son a veces la suave puerta detrás de la cual espera la villanía. Además, él tenía la impresión de que Belgutei nunca decía lo que pensaba. Reía sin rencor, pero a veces el rencor es demasiado astuto para traicionarse.

La madre de Jamuga llegó regañando a los niños y se los llevó. Jamuga y Belgutei quedaron solos. Fue entonces cuando Jamuga pensó con leve menosprecio: «No es mera amistad lo que le trae aquí». Notaba que Belgutei lo estudiaba especulativamente. Cuando Jamuga le miró de frente, Belgutei le prodigó una amigable sonrisa a la que Jamuga no respondió.

—He oído rumores de que Temujin buscará pronto la ayuda de Toghrul Khan —dijo Belgutei con voz afable.

Jamuga se encogió de hombros.

—Quién sabe —respondió con frialdad.

Belgutei lo miró.

—Siempre he estimado a Temujin —dijo con candidez—. Siempre he creído en su destino.

Por alguna razón, esto irritó a Jamuga, que dijo con impaciencia:

—¿Qué destino? Es extraño que esa palabra esté en boca de todos. Pero tú no has venido a verme sólo para hablar sobre los sueños de grandeza de Temujin. —Dicho esto, tuvo una sensación de leve malestar, como si se hubiera descubierto a sí mismo cometiendo traición. Pero había algo que aún no comprendía.

Belgutei rió levemente.

—Tienes razón, Jamuga. No he venido a discutir los planes de Temujin, sino por motivos de interés fraternal. Anoche se intentó envenenar a mi hermano Bektor.

Jamuga abrió los ojos como platos.

—¡Temujin no se rebajaría a una iniquidad así! —exclamó—. ¡Eres un tonto, Belgutei! Cualquier disputa que hubiera entre ellos sería resuelta abierta y limpiamente.

Pero para sí mismo, con creciente malestar, pensó: «¿Cómo sé yo esto? ¿Conozco yo acaso a Temujin?».

Belgutei se encogió de hombros, apaciguado.

—Me alegro que lo creas, Jamuga. Eso alivia mi espíritu de muchas aprensiones. Estimo a Bektor. Sin embargo, aunque quiero creerte, alguien intentó envenenarlo. No ha estado de buen ánimo los últimos días. Come muy poco, y eso le salvó la vida.

Jamuga exclamó:

—¡Cuéntame! —Hasta sus labios estaban fríos.

Belgutei dijo con gravedad:

—Anoche Bektor pasaba por la tienda de Temujin. Bortei estaba removiendo la olla en que cocinaba un guisado de antílope. Temujin cenaba con Kurelen, como hace con frecuencia, y Bortei, al ver a Bektor, lo invitó a cenar llamándolo «hermano».

Hizo una pausa fijando unos ojos inusualmente penetrantes en el silencioso Jamuga.

—Bortei dijo a Bektor que estaba muy fastidiada por el gran afecto que Temujin siente por Kurelen y porque con frecuencia la deja sola. Mi hermano es un alma simple y necesitada de cariño. Corresponde a la amistad como un perro herido. Bajo su formidable apariencia, ansía la bondad y la paz. Toda su violencia brota de su doloroso deseo de ser aceptado. Su pose de bravucón

disimula su flaqueza. Hombres como él pueden ser domesticados en la lealtad y la generosidad; pero incomprensidos, nadie puede ser más de temer.

Jamuga continuaba silencioso, pero un profundo ceño apareció entre sus cejas.

Belgutei suspiró.

—Bektor se sentó con Bortei sin censurarla por su liberal actitud. Él se sentía muy solo. Bortei llenó su plato y el de ella y lo instó a comer. Pero él apenas si pudo tragar unos bocados, sólo por cortesía. Tan pronto como pudo, se marchó.

Belgutei se encogió de hombros.

—Me dijo que había algo en esa mujer que le desagradaba, aunque es muy hermosa.

Esperó. Jamuga no dijo nada.

Belgutei continuó. Toda la alegría había desaparecido de sus ojos.

—Por la noche, Bektor se despertó de repente gritando y agarrándose el vientre. Llamó al chamán. Cuando Kokchu llegó, declaró que mi hermano había sido envenenado. Preparó un brebaje inmundo y se lo hizo beber. Bektor vomitó. La cena salió por su boca de color rojo brillante, con su sangre.

Jamuga palideció de horror y disgusto. Dijo con voz balbuciente:

—¡Pero has dicho que Bortei comió de la misma olla, sentada al lado de Bektor!

Belgutei asintió con gravedad.

—Así es. Interrogué a Bektor al respecto. La mujer salió de la tienda por platos, kumiss y mijo. En ese momento tuvo oportunidad de echar veneno en el plato para Bektor. Él recordaba que tenía un vago sabor extraño. O tal vez mezcló el veneno en su copa.

Jamuga clavó la mirada en el fuego.

—Mira, Jamuga —añadió Belgutei—, Bortei no tendría motivo para envenenar a Bektor, salvo por orden de Temujin.

Jamuga repuso en baja voz, sin mirarlo:

—¿No se te ocurre que tal vez se vio impulsada por fervor leal a Temujin y procedió por sí misma?

Belgutei rió.

—¡Venga ya! ¡Bortei tiene mirada de ramera! ¡Me asombra que aún no haya envenenado a Temujin mismo, porque está claro que ella desea con vehemencia a Subodai! No, envenenó a Bektor por mandato del propio Temujin.

Se detuvo bruscamente porque los ojos de Jamuga echaban chispas. El reservado joven parecía imbuido de frenética pasión e ira. Belgutei no pudo hacer otra cosa que mirarlo, asombrado.

—¡Es mentira! —exclamó Jamuga—. Ella intentó envenenar a Bektor por propia iniciativa. Y yo sé el motivo.

Se puso de pie temblando visiblemente. Luchaba por controlarse. Cuando habló de nuevo, su voz sonó forzosamente tranquila.

—No temas nada más contra Bektor. Y ahora, vete.

Cuando Belgutei lo hubo dejado, Jamuga siguió temblando por largo rato. Luego, echándose la capucha, se dirigió a la tienda de Temujin. Bortei estaba sentada delante del fuego con Houlun, y cuando vio a Jamuga le clavó una mirada sorprendida. Houlun lo saludó, pero Bortei no habló, sólo palideció.

Jamuga no respondió al saludo de Houlun, pero dijo a Bortei, mirándola con odio y abominación:

—¡Has intentado envenenar a Bektor!

Houlun soltó una exclamación, pero Bortei, tornándose blanca como sebo, lo miró con altivez y respondió:

—Es mentira.

Jamuga sacudió la cabeza y la miró con fría ferocidad.

—Es verdad y tú lo sabes. Escucha, Bortei: Temujin tiene una disputa pendiente con Bektor. Si tú intervienes por tus propios motivos, que yo conozco, él se convertirá en un hazmerreír. No diré nada a Temujin porque él podría matarte por tu detestable astucia, pero levanta tu mano contra Bektor de nuevo y tu esposo sabrá todo acerca de ti.

Houlun lo miró con penetrante interés.

—¿Qué es lo que sabes de Bortei, Jamuga?

Pero él sólo miraba a Bortei, cuyos labios se habían puesto lívidos y cuyos ojos distendidos estaban llenos de odio y terror. Dándose media vuelta, las dejó. Al salir oyó las voces mordaces de las dos mujeres, vituperándose, acusándose y devolviéndose las acusaciones hasta que un grito le indicó que Houlun había abofeteado a su nuera.

Jamuga volvió a su tienda. Sus hermanos menores dormían. Se acostó en su lecho de pieles y fieltro y cerró los ojos, pero no pudo dormir.

Sentía un intenso malestar, pero no por Bortei.

Una y otra vez se preguntaba: «¿Es posible que lo haya ordenado Temujin?».

Capítulo 22

PERO JAMUGA subestimó a Bortei trágicamente al creer que había logrado atemorizarla o hacerla desistir de su propósito. Sólo le había demostrado que debía ser más cuidadosa y proceder en diferente forma.

Extremadamente astuta y sin conciencia ni escrúpulos, ella sabía ganarse la confianza de los otros, aun la de alguien como Houlun, que era celosa y le profesaba antipatía. No pasó mucho tiempo antes de convencer a Houlun de que su interés en la seguridad y bienestar de Temujin era sincero y total. Al principio Houlun receló de ella, pero más tarde se conmovió.

Un día Bortei dijo a su suegra:

—Yo no siento enemistad por Bektor, que es medio hermano de mi esposo. Pero intuyo que es peligroso.

Houlun, sorprendida y turbada por la astucia de la joven, estuvo de acuerdo. Pero ¿qué se podía hacer? Bortei miró el semblante de su suegra reflexivamente. Escuchó la honesta defensa de Bektor que hizo Houlun y asintió gravemente cuando ésta sugirió que lo mejor era conseguir una reconciliación entre los jóvenes. Pero después Houlun tuvo la inquietante sensación de que el asentimiento de su nuera había sido simplemente diplomático y que Bortei no creía en ello.

Bortei tenía la convicción de que ciertas naturalezas no pueden jamás reconciliarse ni comprenderse entre sí. Cuanto más, la reconciliación podía ser sólo tanteo. Éste no era asunto para causar preocupación si no había circunstancias externas y peligrosas a tener en cuenta. Pero en el caso de Temujin las había. Además, Bortei creía que las reconciliaciones buenas eran las que no requerían un tiempo excesivo. Si demandaban un largo período de sutileza y delicadeza, el hombre inteligente debía rechazarlas y centrarse en eliminar a su enemigo. La vida era demasiado corta para tomar rutas tortuosas. Era mejor cortar el arbusto frondoso que impide el paso que rodearlo laboriosamente. Así razonaba Bortei fríamente.

Sabía que Temujin no tenía tiempo que perder. Además, sagazmente empezaba a adivinar que él podría comprometerse con algún plan sugerido por otro, si ya no lo había decidido con anterioridad. De modo que, con mucho tacto, se acercó a él señalándole el peligro que se derivaba de la mera existencia de Bektor. Pretendía hablar de mala gana haciéndole ver que era sólo su intenso amor y devoción hacia él lo que la impulsaba a hacerlo. Después

de todo, dijo mirando a Temujin con sus fríos ojos grises, un hombre suele sentirse agraviado por cualquier indirecta acerca de su propio hermano, aun cuando proceda de su esposa. Adoptó una expresión cándida y se esforzó en que Temujin no sospechara que ella tenía conocimiento de la enemistad entre él y su hermano.

Temujin la escuchó con interés. Su semblante era sombrío y desconfiado, pero sus ojos se suavizaron a pesar de sí mismo mientras contemplaba a su hermosa esposa, a quien amaba con intensa pasión y lujuria. Bortei se sentó a sus pies mientras hablaba con su suave voz amorosa y apenada, permitiendo que Temujin enroscara sus dedos torpemente en su cabello rojo oscuro. Se inclinaba levemente hacia delante para que él pudiese atisbar el modelado de sus pechos altos y hermosos, con sus cónicos pezones. Versada en las armas de mujer, había extendido descuidadamente una pierna, y su túnica la modelaba, revelando el muslo y la delgadez de la delicada pantorrilla. Hablaba juiciosamente con él, pero insidiosamente la excitaba. Sabía que los argumentos de una mujer son más eficaces si van acompañados de sugestión sensual y que aun la sabiduría es recibida sin resentimiento cuando viene con el semblante de la juventud y el aroma de la feminidad. Mezclado con su conocimiento principal estaba su desprecio por los hombres, cuya fuerza y resolución se hacía como agua al elevarse el pecho de la mujer, y cuya inteligencia se hacía impotente ante muslos rendidos.

Temujin, desde siempre muy sensible a las mujeres, la contemplaba inquieto, desviando los ojos. Desconfiaba de su propia sensibilidad. Con todo, tenía que admitir que Bortei era una mujer inteligente y astuta. Él ya había decidido la muerte de Bektor. Al sugerir su necesidad, Bortei sólo le dio el último empujón para llevarla a cabo. Sin embargo, a ella no le diría nada. Nunca contaría a su mujer todas las cosas. Había sólo una persona a quien él contaba todo.

Jamuga tenía algo que Temujin temía secretamente, y eso le incomodaba. Él mismo no estaba exento de actos inescrupulosos o tortuosos, porque ante todo creía que nada importaba sino el fin y que una cosa era buena si sobrevivía y tenía éxito, como quiera que se lograra. Pero sabía que Jamuga no era así. Kurelen podría desaprobador cierta actitud y enarcar su ceja derecha burlescamente, pero si finalmente tenía éxito, se reía como ante una ironía. Chepe Noyon, que amaba la aventura por la aventura misma, se divertía también si la cosa era lograda con inteligencia e ingenio. Subodai, el immaculado, no veía maldad en ningún hombre. Kasar adoraba a Temujin en cualquier circunstancia; no encontraba nada oscuro en él. Pero Jamuga no

daba por bueno un resultado si los medios para lograrlo eran malignos, traidores o innobles. Era esta sobria rigidez moral lo que confundía a Temujin, esta mirada atenta, esta simple y altiva certeza de lo correcto y lo incorrecto. Y a veces, cuando Jamuga lo miraba severamente con sus inexorables ojos acusadores y levemente desdeñosos, Temujin sentía cólera y vergüenza a un tiempo.

Aun así, no era capaz de dejar de comentar con Jamuga los asuntos que le concernían profundamente. Por mucho que hiciera voto solemne de llevar a cabo lo que pensaba en secreto, siempre se descubría insinuándoselo a Jamuga, como si quisiera justificar de antemano los resultados de sus actos ante su amigo.

Ahora sabía que debía matar a Bektor. No debía haber pérdida de tiempo como la que sugería Kurelen con sus escrúpulos. Era necesario que fuese una muerte limpia, expurgada de enemistad, dictada por la necesidad. Así se decía Temujin a sí mismo. Sin embargo, cuando enfrentaba a Jamuga, deseando decírselo, caía en un silencio frustrante. Cada día se repetía: «Hoy diré a Jamuga que debo matar a Bektor», y cada día, mirando los reservados y expectantes ojos de Jamuga, sus labios se ponían fríos y mudos. Y así, como de costumbre, se aproximaba al asunto, andando alrededor pero sin ir al grano.

Y Jamuga, adivinando que Temujin tenía algo muy importante que decirle, temía. Pero esta vez sabía que Temujin no lo haría sin antes comentárselo, como había hecho algunas veces. Eso le hacía sentir a la vez alivio y temor. Pero era demasiado sensato para precipitar la conversación. Tenía la impresión de que cuanto más se dilatara el asunto, más se prolongaría su propia tranquilidad espiritual.

Cierto día, cuando Temujin sugirió que salieran a cabalgar juntos, Jamuga pensó: «Hoy me lo dirá». No supo si sentir alivio o más preocupación.

Dirigieron sus cabalgaduras hacia las colinas rojas, lejos de las montañas azules que pertenecían al territorio del khan Toghrul y donde podían encontrarse ricos pastizales verdes. Aquí por lo menos no serían hostilizados.

Deteniéndose, por último, cerca de una enorme roca volcánica que les ofrecía alguna sombra en el sofocante calor, Temujin sonrió a su amigo con esa simple naturalidad que nunca dejaba de provocar aprensión en Jamuga. Desmontaron y se sentaron a la aguda sombra de la roca. Temujin le ofreció vino de arroz. Estaba locuaz. Reía más que de costumbre. Su risa sonaba áspera y nerviosa, como si hubiera inquietud detrás de ella. Jamuga forzó su sonrisa. Temujin tenía poco ingenio, pero ese poco era mordaz y cruel.

Parecía febril. Su agitación interior se traicionaba en el amargo verde que lanzaba chispas de sus ojos, en el ardiente rubor de su rostro de anchos pómulos y en el destello de sus blancos dientes. Su inquietud fosforecía como un carbón. Ni siquiera algo tan complicado y descendente como la mentalidad del hombre de la ciudad le resultaba tan molesto como su simple e irritada necesidad de aprobación por su amigo.

Por fin, dijo con voz indiferente:

—Dentro de pocos días debo visitar a Toghrul khan, llevándole mis sugerencias y mis requerimientos. Tú irás conmigo, y Chepe Noyon, Subodai y Kasar, para que vea que tengo paladines nobles. Sólo me preocupa una cosa: ¿quién mantendrá el orden y la unión entre mi gente en mi ausencia? Tú sabes que son tan nerviosos como un antílope de las montañas y pueden dispersarse. Esto es una cosa grave que hay que considerar.

Por un momento, Jamuga sintió alivio. El asunto, entonces, no era tan grave.

—Kurelen y tu madre tienen experiencia y sabiduría —respondió—. Tu esposa es hábil y resuelta. También está el chamán, que conoce su deber, o por lo menos protege sus intereses.

El semblante de Temujin se oscureció y sus ojos semejaron tiras de ardiente esmeralda. Se mordió el labio, desviando la mirada, y dijo con tranquilidad:

—¡El chamán! Ése es mi problema. No le tengo confianza. ¿Quién puede confiar en un sacerdote? Cuando me haya ido, conspirará contra mí con todo su odio y ambición. Yo no estaré allí para sujetarlo. Los sacerdotes tienen poca memoria cuando está en juego su propia codicia.

Jamuga dijo pensativo:

—Kurelen lo mantendrá a raya. —Tuvo un presentimiento nefasto—. O llévalo con nosotros.

Temujin se puso de pie como compelido por una fuerza interior. Apoyó la mano en la enorme y negra roca dentada. Daba la espalda a Jamuga. Su voz sonó apagada:

—Sin el chamán para controlarlos, lo mismo que Kurelen y mi madre, no se puede tener confianza en la gente. —Hizo una pausa—. Tú conoces la profunda estima de Kokchu por Bektor...

Un súbito temor embargó a Jamuga. Se puso en pie y dijo con voz fuerte y aguda:

—¡Lleva a Bektor con nosotros! ¡Oh, sé que lo odias, pero es un joven inofensivo y sólo desea serte leal! Deberías saberlo... Me dirás que él te odia,

pero eso es sólo tu odio hacia él. Permítele probar su lealtad hacia ti..., concédele un gesto de reconciliación...

Temujin estalló en carcajadas.

—¿Acaso ignoras que hay enemistades que son parte de la sangre y el nervio y jamás pueden ser reconciliadas? Cuando miro a Bektor, veo a mi enemigo natural y debe ser destruido. Hasta Kurelen lo ve.

Jamuga tragó saliva y dijo con voz aguda y fría:

—Kurelen no lo sabe todo, aunque tú lo hayas creído así. Además, suele hablar demasiado, y un hombre fuerte nunca habla, salvo como una introducción a la acción —sonrió agriamente—. Por eso yo no soy un hombre fuerte. Como Kurelen, hablo como un antídoto al esfuerzo. Si Bektor sufriese cualquier perjuicio, Kurelen sería el primero en disgustarse.

Temujin no habló. Jamuga vio sólo su marcado perfil, tan sin remordimientos y afilado como los contornos de la roca volcánica en que se apoyaba.

Jamuga levantó la voz:

—No hay enemistades que no puedan reconciliarse, ni celos que no puedan satisfacerse, ni enemigo que no pueda convertirse en amigo.

Temujin se volvió hacia él furioso y Jamuga vio que parte de su furia era contra sí mismo.

—¡No tengo tiempo! —espetó—. ¡No puedo perder el tiempo! ¡He de hacer lo que debo hacer!

Jamuga, dominando su estremecimiento, preguntó:

—¿Y qué es eso?

Pero Temujin no le respondió enseguida. Su respiración era dificultosa y agitada. Entonces, con una voz extrañamente serena y baja, dijo:

—Bektor debe ser eliminado.

Conteniéndose a duras penas, Jamuga preguntó:

—Pero... ¿cómo? —Recordaba el veneno de Bortei y cerró los ojos con un espasmo de náusea. Pero como Temujin no respondiera, los abrió de nuevo.

Una máscara de piedra había caído sobre el rostro de su amigo y detrás de él, sin ser visto pero terrible, se asomaba su espíritu. Jamuga forzó una sonrisa.

—No lo matarás, ¿verdad? —Y como Temujin aún no contestara, Jamuga se oyó exclamar débilmente—: ¿Asesinarás a tu hermano?

Se echó hacia atrás, pues el espíritu de Temujin había abandonado su máscara y a ojos de Jamuga era espantoso. Los dos hombres se miraron uno al

otro largamente. Jamuga estaba fascinado por lo que veía, como un animalillo paralizado por la mirada de una serpiente. Entonces, con voz suave y sonriendo perversamente, Temujin dijo:

—¿No eres tú mi hermano juramentado?

Y de nuevo los dos hombres se miraron. Jamuga palideció. Su corazón latía con extraño y doloroso desorden.

—Soy tu hermano juramentado —musitó—. ¿Quién podría evitar eso? Ni siquiera tú.

Temujin sonreía aún. Entonces se volvió y montó en su caballo. Cabalgó como si estuviera solo y siempre lo hubiera estado, sin una mirada hacia atrás.

Jamuga lo vio irse. Se sentía tan desfallecido y débil que tuvo que apoyarse contra la roca para sostenerse. Cerró los ojos y oyó a Temujin irse, hasta que por fin sólo hubo silencio.

Temujin regresó a la horda sin prisa pero con un propósito inexorable. Divisó a Kasar fuera, quien por su destreza era conocido como el Hombre del Arco. Mirándolo a los ojos, Temujin le dijo:

—¿Dónde está Bektor?

Kasar era un joven simple, pero cuando vio el semblante de Temujin se dio cuenta de su propósito. Palideció pero sus rasgos no se alteraron.

—Bektor ha salido con los caballos hacia el este —respondió—. Belgutei está con él.

—¡Ven conmigo! —ordenó Temujin.

Primero se dirigió a su tienda. Cogió su arco y el carcaj. Cuando salió fuera, Kasar ya estaba preparado con sus propias armas. Se marcharon en sus caballos, aún sin prisa. Temujin cabalgaba delante y Kasar, algo más atrás. Temujin raramente tenía mucho que decir a su hermano; solía hablarle poco más de lo que hablaba a su blanco semental.

El color crema de la arcilla del desierto, dura y seca, resonaba bajo los cascos de sus caballos. Lagartos y lagartijas cruzaban el sendero como sutiles criaturas enjoadas. Las colinas rojas en la distancia formaban un bajo anillo quebrado. El cielo parecía más caliente y más azul. No había sombra en ninguna parte, excepto la de las desparramadas rocas volcánicas que se erguían sin edad e inmóviles sobre el suelo del desierto. Desde las matas de pasto seco, un pájaro del desierto levantó el vuelo con un espantoso graznido y sobrevoló sus cabezas amenazante. El viento se movía como una marea de agua invisible, sobre ellos, sin mitigar el eterno y enceguedor resplandor.

Descendieron a una planicie poco profunda, de piedra y arcilla hacia el vívido y deslumbrante verde de un angosto y fértil valle. Un oasis en el que

había un grupo de palmeras de hojas finas como cimitarras. Una pequeña manada de caballos pacía con las cabezas inclinadas, las crines ondeando al viento. Belgutei y Bektor estaban sentados en una piedra bajo las palmeras.

Belgutei vio a Temujin y Kasar y lanzó un grito de bienvenida. Se acercó a su encuentro, saludando con la mano. Los caballos levantaron las cabezas y relincharon a las bestias que se aproximaban. Pero Bektor se levantó lentamente y de mala gana. Aun a la distancia, su figura parecía imbuida de sombría amargura y silencio.

Belgutei alcanzó el caballo de Temujin, sonriendo. Comenzó a hablar, pero cuando vio el rostro de Temujin la voz se le apagó en la garganta. Fue a coger las riendas de Temujin, pero éste siguió avanzando y lo hizo caer a un lado sin nervios. Belgutei palideció y no se movió. Una curiosa expresión movía las facciones de Temujin y sus ojos destellaban inescrutables. Era como un hombre que afrontara un destino cruel.

Kasar se detuvo un momento y cogió una flecha del carcaj. Él también pasó por delante de Belgutei. Temujin empuñó su espada y cabalgó hacia Bektor, que esperaba con mal cariz. Ambos se miraron con fijeza.

Instantáneamente, el infeliz Bektor supo lo que había llevado a Temujin hasta allí. Su semblante tomó el color del hierro y su cuerpo se inclinó hacia atrás, pero los labios se apretaron, los ojos firmes y resueltos.

Kasar se acercó a Temujin. La flecha estaba ajustada al arco. De repente lo dominó un estado frenético. No soportaba el aspecto del semblante de Bektor, su gesto de autodefensa, casi como si alzara el brazo para borrar la amenaza del arco tensado, inexorable. Una flecha solía bastarle a Kasar para matar, pues él era excesivamente hábil, pero en el último momento su mano tembló y la flecha hirió a Bektor en el vientre.

El pobre joven se tambaleó hacia atrás. Las manos cogieron el tembloroso dardo hundido en sus entrañas. La sangre se derramó entre sus dedos. Se encorvó hasta doblarse y cayó de rodillas, pero no se quejó. Tampoco se apartaron sus ojos de los de Temujin.

Éste miró a Kasar con expresión terrible.

—Eres un tonto, un tonto con mala puntería —le reprochó. Tomó el arco de las enervadas manos de su hermano y con calma deliberada ajustó una de sus propias flechas. Luego hizo una pausa. Bajó la vista a la arrodillada y sangrante forma de Bektor, que estaba doblado sobre sí mismo. La sangre se escurría entre sus dedos hasta la tierra sedienta—. Yo te hubiera ahorrado esto —dijo Temujin.

Por última vez los hermanos se clavaron la mirada. Una espantosa tranquilidad los poseía. Belgutei se mantenía distante, observando. La cabeza de Kasar se inclinaba. Todos podían haber sido estatuas de piedra al ardiente resplandor del sol.

Los ojos de Bektor estaban ya vidriados de muerte y agonía. Burbujas de sangre aparecían en las comisuras de sus labios. Sangraba por la nariz y las manos, húmedas y escarlata, aún aferraban la flecha. Con todo, podía mirar a Temujin constante y silenciosamente.

Temujin tensó el arco. Como un rayo de luz, la flecha salió disparada y se hundió en el corazón de Bektor. Sin un gemido, cayó de bruces y se volvió, impotente, sobre su costado. Aun así, hasta el último momento, mientras los ojos se tornaban hacia arriba, transfigurados en la muerte, miraba a Temujin.

Temujin devolvió el arco a su hermano e hizo girar su caballo. Las aletas de la nariz del animal se ensancharon al olor de la sangre y la muerte. Kasar lo siguió. Temujin se acercó a Belgutei y se paró, bajando la mirada hacia él. Belgutei le devolvió la mirada sin temor y hasta sonriendo débilmente con sus labios pálidos.

—¿Tengo que morir yo también? —preguntó casi con indiferencia.

Temujin guardó silencio por un momento. Luego dijo en voz baja:

—Sígueme.

Inició la marcha. Kasar le siguió lentamente. Belgutei subió a un caballo, llamó a la pequeña manada, que lo siguió haciendo un amplio y espantadizo círculo alrededor del cadáver de Bektor.

Temujin cabalgaba delante, más rápido ahora pero no como alguien que huye. Para Kasar, observándolo con ojos sombríos, era como una figura de otro mundo, erguido, funesto y colosal, seguido por una sombra de predestinación.

Capítulo 23

KURELEN dijo fríamente y con disgusto:

—Sólo un hombre excesivamente orgulloso mata a un muchacho indefenso.

Temujin respondió con tranquilidad:

—Si hubiera sido alguien indefenso, no lo habría matado.

Kurelen permaneció un momento en silencio, reconociendo para sí que su sobrino decía la verdad. Luego dijo:

—Podías haberlo desposado con una muchacha de otra tribu y haberlo alejado de esa manera.

Temujin sonrió ceñudo:

—Eso habría llevado su tiempo. No tengo tiempo que perder.

Entonces Kurelen lo miró con ceño. Se dijo para sí: «Eso también es verdad». Sin embargo fue alcanzado por un temor raro en él. Siempre había alardeado de tener una enorme influencia sobre Temujin y de que en cualquier cosa de importancia su sobrino lo consultaría a su manera tortuosa. Pero Temujin no lo había consultado. Por tanto, él, Kurelen, había perdido su influencia. Y eso significaba que no conocía a Temujin en absoluto. La vanidad de Kurelen se vio resentida. El intérprete de los hombres no era tal intérprete. No sabía más que el más simplón. Pensó: «Me he equivocado. No hay balanza para medir y pesar todos los hombres. Cada hombre es una ley y un ser dentro de sí mismo. El que dice que comprende a los hombres no tiene comprensión y es sólo un tonto engreído. Los intentos de comprensión se resuelven sólo en confusión y fracaso».

Kurelen había creído por mucho tiempo que Temujin albergaba una extraña y terrible fuerza. Ahora lo comprobaba. Siempre le habían aterrado las tremendas fuerzas que parecían terroríficas y sin razón, una especie de cataclismo de la naturaleza que los hombres debían soportar impotentes y horrorizados. Con todo, mientras contemplaba a Temujin ahora, sabía que esta fuerza suya no era sinrazón ni cataclismo estúpido. Era aún más terrible, porque era deliberada y con raciocinio. Él no era meramente cruel por naturaleza. Era cruel con intención. Y ésa era la más aterradora violencia.

Cojeando y un tanto incoherente, dijo:

—Vete. No soporto tu presencia. —Pero sabía que era su propia futilidad, su propia vanidad quebrantada, lo que quería ocultar. Pensó amargamente:

«No sé nada en absoluto».

Al enterarse esa noche de la detestable hazaña de Temujin, Houlun se envolvió en una capa y, con la capucha en la cabeza, se dirigió a la tienda de la madre de Bektor. La pobre mujer estaba agobiada y ya no le quedaban lágrimas. Cuando vio a Houlun, sólo pudo mirarla con sus brillantes ojos secos. Houlun se arrodilló delante de ella y besó sus pies llorando.

Exclamó:

—¡Perdóname por haber dado vida a un asesino!

La mujer keraíta era analfabeta y bastante estúpida. Empero, con una simplicidad más profunda que la inteligencia, levantó a Houlun y la abrazó.

—Tú tienes más profunda razón de duelo que yo —dijo—. Permíteme que te consuele.

La enemistad entre las dos mujeres fue lavada con sus lágrimas.

Aun en la muerte, esta pobre mujer retenía a su hijo. Pero Houlun sabía que ya no tenía a Temujin. Sabía que nunca más lo amaría completamente, porque no podría confiar en él.

Entre ellos este crimen se erguiría como una sombra siniestra. Y de repente, con una repugnante certeza, pensó en su hija política y la odió con toda su alma.

Fue a ver a Temujin, que estaba sentado solo en su tienda con Kasar. El miedo, la pena y la desesperación desfiguraban su semblante y hacían su expresión salvaje, llenándole los ojos de fuego. El cabello, como imitando el desorden de su estado de ánimo, estaba desgreñado. Su pecho se elevaba con angustiosa respiración. Ella contempló a los dos jóvenes con furia, pero habló sólo a Temujin, que se levantó con mirada oscura, inescrutable y fría como el hielo.

—¡Cobarde y monstruo! —exclamó Houlun—. ¡El hombre que levanta la mano contra su hermano es execrable! ¡Cuídate de ti! ¡Vigila tu sombra, no sea que se levante y te aplaste! ¡Vigila tu corazón, porque el corazón de nadie más palpitará confiadamente por ti! ¡Vigila un látigo, porque el látigo de ningún otro hombre se levantará en tu defensa! ¡Afila tu espada, porque sólo tienes ésa para protegerte! ¡Llama al chamán y dispón guardia ante tu tienda, porque los espíritus exigirán venganza sobre ti!

Temujin escuchaba en silencio, pero sonrió levemente cuando su madre terminó. Por alguna razón esta leve sonrisa la afligió más que su crimen, llenándola de mayor pavor.

Temujin dijo con voz tranquila:

—Vete a tu tienda, madre, y tranquilízate. Tus palabras son extravagantes. Yo hago sólo las cosas que debo hacer y no había enojo en mí contra Bektor. Pero tú eres sólo una mujer y no puedes comprender. Vete.

Confundida, ella se fue con los labios fríos y los ojos ciegos. Más tarde, cuando la mujer keraíta fue a su tienda, se echó en los brazos de ella y lloró convulsivamente.

Temujin se sentó con Kasar, cuyo semblante estaba pálido pero resuelto. Esperó. Entonces, uno por uno, sus amigos llegaron como él sabía que harían. El primero, Subodai. Los hermosos ojos del joven estaban brillantes pero su expresión era de calma. Miró a Temujin en silencio largo rato. Luego se arrodilló ante él y levantó la mano colocándola sobre su cabeza.

Habló con su armoniosa voz:

—Siempre te protegeré de tus enemigos. Seré tu espada. Seré la tienda que te proteja del viento. Hasta el fin de mi vida, lo seré por ti.

Temujin se emocionó, porque sabía que esta lealtad no era ciega, sino la más grande de todas.

Luego llegó Chepe Noyon, pálido pero sonriente. Era evidente que había ensayado lo que diría a Temujin. Pero una vez en la tienda, frente al hombre cuyas manos estaban aún manchadas con la sangre de su hermano, no pudo hablar de inmediato, apenas esbozar su falsa y aparatosa sonrisa. De repente la sonrisa desapareció de su rostro y una intensa y grave severidad la reemplazó, una extraña mirada para el ufano aventurero. Se arrodilló ante Temujin mirándolo directamente a los ojos.

—Tú eres mi khan —dijo, y su labio superior se alzó como si las palabras le resultaran dolorosas.

Temujin pensó: «Me será aún fiel porque lo he convencido de que no me detendré ante nada». Trató de sonreír y tocó levemente el hombro de Noyon.

—Y tú eres Chepe Noyon, mi paladín —dijo. Sabía que solamente el leve toque, la leve sonrisa, eran la aproximación con Chepe Noyon.

Y entonces llegó Belgutei. Los otros se sorprendieron, pero Temujin no. Extendió su mano a Belgutei y dijo:

—¡Mi hermano! Siéntate a mi lado.

Belgutei, con una suave expresión que nadie pudo descifrar y a pesar del débil enrojecimiento de sus párpados, se sentó a la izquierda de Temujin. Él, tanto como Chepe Noyon, reconoció la perfección de las palabras y gestos de Temujin. Algo menos de penetración hubiera hecho un enemigo mortal de Belgutei. Pero ahora sabía, más allá de toda duda, que valía la pena ser fiel a Temujin.

Todos continuaron esperando en silencio. Cada uno de ellos sabía por qué esperaba. Esperaban a Jamuga, el hermano juramentado de Temujin. A medida que el tiempo pasaba y Jamuga Sechen no llegaba, la simplicidad de Kasar centelleaba de enojo. ¿Cómo se atrevía el amigo de su hermano a agraviarlo de esta forma? Miraba a Temujin con las aletas de la nariz distendidas y los ojos atentos, pero la expresión de Temujin era tranquila. Ninguno sabía la perturbación que acongojaba su corazón. Pensaba: «Si Jamuga no viene antes del amanecer, sabré que ha violado nuestra fraternidad». Esta convicción lo entristecía en vez de encolerizarlo. Si Jamuga no iba, él sufriría su más grande pérdida. La tristeza se hacía cada vez más pesada en él, como plomo. No podía soportar la idea de perder el cariño y la amistad de Jamuga. Todo el poder de su naturaleza estaba concentrado en un grito sin palabras de que Jamuga acudiese, aunque sólo fuera para reprocharlo. No le interesaba ya el perdón de Jamuga. No quería su comprensión. Sólo deseaba su presencia física.

El amanecer corría ya en un pálido y rasgado fuego a lo largo del horizonte oriental, cuando Jamuga llegó por fin. Lo hizo tan silenciosamente que nadie se dio cuenta de su presencia hasta que se paró en medio de ellos.

Temujin fue el primero en verlo. Cuando levantó la vista y lo vio inmóvil ante él, su corazón dio un brinco. Y entonces vio que Jamuga estaba más blanco que un cadáver y que tenía la apariencia de haber estado sufriendo insoportablemente. Los labios de Temujin se movieron varias veces antes de poder articular palabra; en los ojos secos y resueltos de Jamuga había algo que lo avergonzaba.

—Jamuga, yo no tenía enemistad contra Bektor —dijo por fin.

Jamuga continuó mirándolo inmóvil. Luego, con voz débil, preguntó:

—Temujin, ¿intentaste tú envenenar a Bektor hace una o dos noches?

Temujin lo miró con asombro.

—¿Envenenar a Bektor? ¿Estás loco, Jamuga?

Se detuvo, porque Jamuga rompió repentinamente a llorar. Temujin vio sorprendido cómo se arrodillaba ante él y lo miraba con los ojos anegados en lágrimas.

Dijo simplemente:

—Tú eres mi hermano juramentado. —Luego ocupó su lugar, a la derecha de Temujin.

De nuevo todos esperaron en silencio. Aún faltaba el chamán.

Al principio Temujin había pensado en ir él mismo a ver a Kokchu, pero una rápida reflexión le señaló el peligro. Si él iba a verlo, Kokchu sería al

final el victorioso.

El alba brillaba en el cielo cuando Temujin dijo a Chepe Noyon:
—Ve al chamán y dile que venga a verme.

Capítulo 24

CUANDO EL chamán entró en la tienda aparentaba mucha calma, aunque su semblante estaba demacrado, gris y marchito. Con todo, nunca había estado más digno, más magnífico. No sabía qué podía esperarle. ¿Acaso la muerte? ¿Hasta dónde conocía las cosas Temujin? ¿Era un joven demasiado violento para razonar? Pero aunque había una posibilidad de muerte por tortura, el castigo de los traidores, Kokchu mostraba una tranquila dignidad y si sentía algún temor, no lo traicionaba.

No miró a nadie, sólo a Temujin, sentado arrogantemente en medio de sus jóvenes paladines. Pero cuando Kokchu vio los ojos de Temujin, ojos que eran ahora tan suaves, tan grises y tan luminosos como los de una paloma, se preparó para lo peor. La astucia tornaba inocentemente azules los ojos de Temujin. La ira los coloreaba con resplandeciente esmeralda. Pero el crimen cometido esparcía una suave sombra gris sobre ellos.

Kokchu no se arrodilló. Pensó: «Si ha decidido matarme, no se regocijará primero con mi humillación». Inclino la cabeza gravemente y esperó.

Temujin comenzó a hablar con voz benévola.

—Sé que estimabas a Bektor, Kokchu, y que su muerte es dolorosa para ti.

Las pestañas de Kokchu temblaron, pero respondió en voz baja:

—Tú eres el khan, Temujin, y un pobre sacerdote no puede elegir sino encontrar virtuosos y justos todos los actos de su khan.

Temujin sonrió y afectó un aire de majestuoso agradecimiento.

—Porque tú estimabas a Bektor como a un hijo, me siento obligado a explicar mi acción. Y como eres tan leal, necesito tu ayuda con la gente. He oído decir que el pueblo está pasmado y horrorizado ante una hazaña que era necesaria.

Kokchu guardaba silencio con la mirada fija en Temujin. Se preguntó: «¿Es posible que esté atemorizado?». Un segundo después decidió que no lo estaba.

Con voz todavía inquietantemente suave, Temujin dijo:

—Si no hubiese traidores entre mi pueblo, yo no habría matado a Bektor, que podría haber sido una espada contra mí. De modo que me resultó necesario eliminarlo. La repulsa, entonces, no debe dirigirse contra mí, sino contra los traidores. En sus manos está su sangre.

A despecho de su calma aparente, el corazón de Kokchu palpitaba.

—Con todo —continuó Temujin con voz de triste razonamiento—, quisiera haberlo hecho con violencia para que sirviera de advertencia a los traidores. —Hizo una pausa y luego, en voz alta y áspera, añadió—: ¿Comprendes, Kokchu?

A través de sus labios pálidos y firmes, el chamán respondió:

—Comprendo, mi khan.

Temujin esbozó su terrible sonrisa.

—Eres un hombre sensato, Kokchu, tanto como buen sacerdote. Mi tío dice con frecuencia que los sacerdotes son hombres sensatos. Vosotros, inevitablemente, apoyáis al fuerte contra el débil. Yo no soy débil, Kokchu.

El chamán inclinó la cabeza reverentemente y pensó: «¿No debo morir entonces?». Sintió un repentino debilitamiento de sus piernas con profundo alivio.

Temujin continuó observándolo con ojos brutales y crueles.

—Odio la traición —dijo—. No vacilaré en matar de nuevo con mis propias manos. Tú dirás esto al pueblo, Kokchu. Les dirás que Bektor era un traidor y merecía su muerte, como todos los traidores. Pero la próxima vez, un traidor no morirá tan piadosamente.

De nuevo el chamán inclinó la cabeza con sumisa reverencia.

—Dirás también a la gente, Kokchu, que tú aconsejaste la muerte de Bektor porque fuiste advertido de su traición en un sueño.

Kokchu levantó la cabeza lentamente. Sus labios tomaron el color de la piedra. Después de un largo momento, respondió casi inaudiblemente:

—Como ordenes, Temujin.

Temujin tomó de su dedo un grueso anillo de piedras verdes y fucsia engarzadas en oro. Kurelen se lo había dado, pero ahora se levantó para alcanzar la mano de Kokchu y colocárselo en un dedo. Kokchu lo miró y algo de color volvió a sus demacradas y hundidas mejillas.

—Reyes sin sacerdotes pueden prosperar. Pero los sacerdotes sin reyes deben desaparecer de la tierra —dijo Temujin.

Kokchu se tocó la frente inclinándose casi hasta las rodillas. Temujin miró a sus silenciosos paladines con una sonrisa de triunfante menosprecio.

—Vete ahora, Kokchu, y recuerda mis órdenes.

El chamán dejó la tienda. El cielo del este era plata y perla. Las mujeres preparaban ya los fuegos del campamento y el humo se elevaba oscuro en el aire puro de la mañana.

Kokchu se paró y contempló el cielo. Su rostro estaba desencajado. Levantó los puños cerrados, como profiriendo imprecaciones salvajes, y las primeras luces del sol dieron sobre las piedras del anillo que Temujin le había dado. Centelleó. Kokchu lo miró con los ojos dilatados. Lentamente sus puños se abrieron... Lentamente, su mano cayó a su costado... Lentamente, una astuta sonrisa extendió sus labios resquebrajados.

Continuó su camino pensando ya en las cosas apaciguadoras que diría al pueblo.

Temujin se dirigió a la tienda de su esposa. Oyéndolo subir la plataforma — ella no había dormido en toda la noche—, Bortei soltó su túnica de lana blanca. Cuando Temujin entró, ella se levantó y la túnica cayó de su cuerpo. A la tenue luz roja del brasero, Bortei, desnuda, extendió los brazos hacia él con una inefable sonrisa de seducción en su encantadora boca roja. Temujin se detuvo un momento, deleitándose con la visión de los pequeños pechos como lunas, los labios y muslos como transparente alabastro rosado. Bortei lo miró a los ojos y el ansioso temblor de su corazón disminuyó hasta un sereno y triunfante latido. Se echó en sus brazos con una exclamación mezcla de lujuria, amor y júbilo. Él unió sus labios a los de ella.

LIBRO SEGUNDO

LA CARAVANA FANTASMA

Un alto de un momento,
una sensación transitoria de Ser,
desde el Pozo de la Desolación.

Y ¡mirad!,
la caravana fantasma
ha llegado a la Nada
desde donde salió.
¡Oh, apresúrate!

OMAR KHAYYAM

Capítulo 25

—**MI PUEBLO** —dijo Temujin— ha sido vencido y dispersado. Se le ha atemorizado y cubierto de vergüenza y humillación. Es pobre y desventurado. Soy el khan de un puñado de niños atemorizados, de ancianos y hombres cuyas entrañas se han vuelto agua de temor. ¡Pero yo los vengaré! Yo los guiaré desde las estepas hasta las amplias praderas y podrán montar sus tiendas en paz, junto a las aguas surgentes.

Así hablaba a su pueblo antes de partir con Chepe Noyon, Jamuga Sechen, Subodai y Kasar para visitar al hermano juramentado de su padre. El poderoso pero astuto y cobarde khan Toghrul, el cristiano nestoriano, el turco keraíta.

Designó a su tío Kurelen para sustituirlo en su ausencia y dio el cuidado de las mujeres y niños a su madre, Houlun. A la derecha de Kurelen colocó astutamente al chamán y a su izquierda, a su medio hermano Belgutei. Su esposa, dijo, era una reina y sus mandatos debían ser obedecidos.

Contempló a su pueblo, andrajoso y golpeado por la pobreza. Vio sus pobres tiendas, sus miserables manadas de caballos, reses y cabras, ovejas y camellos. Por un momento se llenó de consternación. Pero ellos no adivinaban nada de todo eso en su severo e implacable semblante y crueles ojos. Su mano sujetaba con firmeza la lanza. Se erguía sobre su caballo como un emperador con sus paladines alrededor. Sobre la parte posterior de la silla de montar estaba su gran tesoro, una pesada túnica de pieles de marta oscura, el obsequio para el khan Toghrul.

Pensó: «¿Qué puedo hacer yo por estos infelices? De esta triste pobreza, ¿cómo puedo surgir yo como un dirigente poderoso? Estaba resuelto a hacerme un emperador. ¿Qué se necesita para eso? ¿Son suficientes mis brazos, mi coraje, mi odio, mi codicia y mi voracidad? ¿Es su miserable corazón bastante fuerte para seguirme? ¿Puedo hacer conquistadores de nómadas hambrientos, analfabetos y amedrentados?».

Mirándolo con ojos que se habían tornado tan inocentemente azules como los de un niño, dijo a Jamuga:

—Mi pueblo debe tener espacio y praderas, tierras de caza y paz.

A Chepe Noyon le dijo:

—Ningún hombre está vivo si no es un aventurero.

A Kasar:

—Amo a mi pueblo. Mi pueblo me ama. Son hombres sencillos, y los hombres sencillos son siempre sabios y buenos. Trato sólo de servir a mi pueblo.

A Subodai le dijo:

—Debo hacer fuerte a mi pueblo, porque sólo los fuertes pueden sobrevivir. Pero lo haré generoso, lleno de virtudes.

Y a Kurelen:

—Nosotros debemos sobrevivir.

Pero a sí mismo se dijo: *Sólo yo importo.*

Él lo era todo para todos los hombres. Él era la imagen que cada hombre veía en su propio reflejo, pero glorificado, invencible y poderoso. Engañó hasta a Jamuga, que estaba deseoso de creer. Pero no engañó a Kurelen ni a Kokchu; aquél esperaba las mejores intenciones, éste sólo esperaba el poder por reflejo.

Se armó, ceñudo e incommovible, seguido por sus paladines. Kurelen ofreció algunos de sus tesoros como obsequios para el khan Toghrul, pero Temujin dijo:

—No. Un hombre que lleva demasiados obsequios inspira sospechas de no ser fuerte.

No permitiría a nadie adivinar cuánto le preocupaba la lealtad de su pueblo. Sabía que su gente estaba horrorizada por el asesinato de Bektor, rudos y simples como eran. Si Bektor le hubiese desafiado y se hubieran enfrentado en una lucha abierta y honorable, aunque terminara en muerte, no habría horror ni odio. Pero aquel ataque contra un muchacho indefenso a quien no se le había dado la oportunidad de defenderse, sino que había sido brutalmente abatido sin desafío previo por su propio hermano, aterraba a la gente.

Pero Temujin se dijo que no había tenido tiempo. Además tenía ya la intuición de que el horror abre el camino al poder y que el terror es un secuaz servil. Si él hubiera desafiado a Bektor, eso le hubiera llevado tiempo. Y tampoco estaba seguro de que hubiera ganado el combate, porque no era tan fuerte como Bektor. Más tarde lograría la reputación de ser increíblemente audaz, pero en realidad nunca lo había sido. Los conquistadores, decía, deben parecer temerarios, pero su ruina comienza cuando siguen estúpidamente su propio consejo. El osado impresiona a las masas. Para un jefe es suficiente con que esté dotado con talentos histriónicos y gestos dramáticos.

El poderoso khan Toghrul, de quien se decía que poseía cuarenta tiendas hechas de tela de oro, ocupaba las tierras del río próximas a la Gran Muralla

de Catay. Los keraítas tenían muchas ciudades propias encerradas entre muros. Las casas eran de barro y arcilla, pero sólidas. Originarios en su mayor parte de la raza turca, eran excelentes y prósperos comerciantes y sus hombres más ricos vivían lujosamente en las ciudades. El khan Toghrul, viejo ahora, era un hombre de agradable trato. De semblante suave y sonriente, su voz era dulce y conquistadora. Y era muy dado a la piedad, pero su piedad era versátil. Cuando le agradaba, amaba el Islam y hacía honores a Mahoma. Otras veces, cuando era necesario, le embargaba una cristiana dulzura. Su pueblo había sido convertido en parte por San Andrés y Santo Tomás al cristianismo, y cada vez más, a medida que envejecía y lo encontraba conveniente, Toghrul se inclinaba hacia esta religión. Era un gran bribón, un mentiroso y un hipócrita lleno de astucia, traición y egoísmo. No se detenía nunca ante el asesinato, pero era capaz en todo momento de apostillar una frase cristiana a una hazaña monstruosa.

Pero era tan atrayente por sus extraordinarias y encantadoras maneras que se había asegurado la alianza y juramentada hermandad de una veintena de pobres y pequeños jefes como Yesugei. Con frecuencia rompía sus más solemnes promesas. Pero los simples y crédulos jefes nunca hacían observaciones contra él porque sus excusas eran tan lastimeras, sus explicaciones tan convincentes, que le creían todo lo que decía. Le miraban a sus ojos inocentes, hundidos en el viejo rostro grave, escuchaban su voz suave, y eran ganados de nuevo para una alianza que le daba todo a Toghrul y, con frecuencia, nada a los otros.

Una vez, con gran cinismo, dijo a su hijo:

—Sé un hombre de gran virtud, honor y coraje, un héroe ante quien todos los obstáculos desaparezcan. Sé noble, justo y valiente. Y todo esto no valdrá nada para ganar la lealtad y el amor de los otros. Pero pronuncia palabras de miel, no discutas con nadie y trata de estar de acuerdo con todos, sonrío dulce y tiernamente, sé generoso de promesas que no sea necesario cumplir y posa tu mirada con afecto sobre todo hombre, aunque lo detestes. Y yo te digo que la gente, que sólo tiene el alma de los perros, caerá rendida a tus pies y morirá alegremente por ti. Una lengua pía no cuesta nada, pero trae tesoros a su dueño.

Su hijo le preguntó si los grandes conquistadores poseían lenguas pías y sonrisas dulces. Y el khan Toghrul, torciendo el gesto, sacudió la cabeza y respondió:

—Hay otra forma de lograr lealtades, la forma más áspera, el terror. Pero es demasiado agotador. Yo prefiero la primera. Es más fácil y proporciona

seguridad. Los hombres que eligen el camino del terror no aparecen sino una vez cada centuria. Son dioses terribles que no necesitan dulzura.

En ese momento, él moraba temporalmente a orillas de Tula, cerca de los densos bosques de pinos azules. Nómada en su alma, no soportaba ya estar confinado en sus ricas ciudades y, aunque anciano, sentía aún ansiedad por los espacios, las estepas y los desiertos. Pero siempre llevaba con él sus tiendas más lujosas, sus hombres más fuertes y las mujeres más hermosas, para hacer comfortable su estancia bajo las estrellas que lo vieron nacer.

Era ya muy nombrado en las leyendas de los europeos, que lo llamaban Preste Juan. Estos cristianos lo visitaban con frecuencia en sus ciudades y gozaban de su hospitalidad. En estas ocasiones se colgaban cruces de plata en todas las cámaras y prevalecía una gran piedad cristiana. Daba muchos obsequios a los visitantes y les mostraba sus lujos. Ellos nunca sospecharon el menosprecio que este anciano astuto y traidor sentía por ellos, esos bárbaros que venían de las tierras del oeste. Algunas veces, si estos comerciantes llegaban bien surtidos esperando ensanchar las rutas de las caravanas, desde las riquezas del este hasta la austeridad del oeste, una orden susurrada por Preste Juan llegaba a sus hombres en las ciudades keraítas. Y acontecía en esas ocasiones que los comerciantes nunca volvían a sus tierras. Sus esqueletos blanqueaban en los desiertos y sus tesoros acababan en los cofres del Preste Juan.

Temujin conocía al khan Toghrul sólo por los relatos de su padre. Yesugei, como todos los pequeños jefes de las estepas, adoraba a Toghrul y hablaba de él con reverencia y estima. Pero Temujin había aprendido ya a recelar de lo que no veía con sus propios ojos. Se dirigió al encuentro del hermano juramentado de su padre con los ojos abiertos y la mente agudamente perspicaz. Escuchaba los relatos de sus paladines en silencio. Jamuga fue movido a uno de sus raros y tenues entusiasmos. Recordaba que Toghrul tenía reputación de príncipe justo y bondadoso, dedicado a sus seguidores y cuidadoso de su bienestar. Además, no era libertino, se decía, sino que prefería la paz y la comodidad. Tenía fama de erudito. Una de sus esposas era una mujer persa, la hija de un gran noble, muy versada en música, literatura y pintura. Era la mujer más amada entre todas las esposas. Se decía que él había aprendido mucho de ella. Jamuga se prometía interesantes conversaciones y fiestas de belleza y filosofía. ¡Qué espléndido sería estar en presencia de hombres cultos y civilizados!

Chepe Noyon declaró que se agobiaría en las ciudades, pero aun así estaba excitado. A Kasar sólo le interesaba que Temujin consiguiese la ayuda del Preste Juan. En cuanto a Subodai, como de costumbre, no decía nada y nadie sabía lo que pensaba.

Lentamente, mientras todos cabalgaban aprisa hacia el río Tula, Temujin tuvo una misteriosa visión y, aunque nunca había visto a Toghrul, lo conoció.

A lo largo de toda su vida había tenido estas profundas premoniciones y a veces tenía que hablar de ellas, haciendo surgir así la leyenda entre su pueblo de que él se comunicaba con los espíritus. Inicialmente pretendía obtener el auxilio del anciano, pero ahora cambió de parecer. Forzaría sutilmente al khan Toghrul a cumplir la antigua promesa.

En las últimas semanas se había desembarazado de la superstición. Pero aun joven como era, conocía el valor de la misma para controlar al pueblo. Con todo, estaba aún muy cerca de la tierra en que había nacido para no sentir la influencia de los portentos a pesar de su inteligencia.

Tres días y tres noches habían pasado del largo viaje. A la hora del crepúsculo vespertino del tercer día, la más espantosa de las tormentas estalló sobre el quebrado y caótico desierto. Temujin no se amedrentó, pero los otros, aun el frío Jamuga, estaban asustados. Encontraron un lugar donde guarecerse al pie de un rojizo y desmoronado terraplén y esperaron, observando con ojos agrandados por el temor.

Una oscuridad de noche sobrenatural y prematura cayó sobre la tierra, de modo que parecían estar al borde de un tenebroso mar. Pero el cielo infinito se retorció con funestas nubes rotas continuamente por relámpagos que provocaban ensordecedores truenos que sacudían la tierra. Esta iluminación alumbraba el desierto, disolviendo las sombras y revelando las volcánicas colinas y el esquelético terraplén en completa y horrible claridad. A veces todo resplandecía con una rosada incandescencia, de tal modo que la más pequeña piedra era visible y las colinas y terraplenes parecían formados de llamas petrificadas. Era un paisaje lunar, con cráteres, caótico y convulso, iluminado por el fuego de una explosión del sol.

No llovía y un espantoso viento parecía a punto de hacer pedazos el terraplén bajo el cual Temujin y sus amigos se protegían. Por momentos creían que la tierra se disolvería en una pila de fuego bajo esta sobrenatural arremetida. El ventarrón venía cargado de polvo, arena y diminutos guijarros que rasguñaban sus rostros y manos y sofocaban su respiración. Por último, incapaces de soportar el espectáculo, el ruido y el viento, volvieron sus rostros hacia la roca y cerraron los ojos.

Pero Temujin no estaba amedrentado. Miraba todo aunque estaba ciego y sordo. La conflagración del cielo lo fascinaba, pero no lo atemorizaba. Cubría su boca con una parte de su abrigo y entornaba los ojos contra la batida del viento. Entonces se elevó en su corazón una furia gemela para responder a la insensata furia del cielo y la tierra. Era una furia alborozada, invencible y casi loca.

Se dijo: «Es un portentoso. Yo también lo soy y siempre lo seré».

Cuando la tormenta pasó, furiosa y centelleante, sobre los distantes terraplenes, los otros rieron débilmente, aliviados y felicitándose de seguir vivos. Se levantaron para calmar a sus temblorosos caballos, que habían atado bajo la protección de un saliente rocoso. Temujin miraba a sus compañeros con silencioso menosprecio. Le parecían extraños y pequeños a su lado. En cuanto a él, había perdido lo último de su juventud.

No sentía ya aprensión por su visita al khan Toghrol. Miraba el futuro con calma y fatalidad.

En un fresco y lúcido amanecer, arribaron al enorme campamento del anciano.

El campamento, compuesto de numerosas moradas, con una gran tienda aquí y allá, de telas de oro o de plata, elaboradas, decoradas y aladas, se hallaba en un valle verde, al lado del purpurino Tula, de aguas tornasoladas con levantisco mercurio. Detrás del campamento se levantaban las montañas, asomando sombreadas desde el más delicado y cristalino azul hasta el más brumoso violeta, y luego hasta el más profundo amatista con incandescentes capas frente al diáfano cielo. Bosques de pino azul cubrían solemnes sus cumbres, llenando el aire puro de fuerte y acre esencia. Era un silencioso y majestuoso paraje éste en que el khan tenía temporalmente su corte, lejos de sus calurosas y apiñadas ciudades. La brisa de la mañana estaba llena de los mugidos de las reses y los lejanos llamados de los pastores, conduciendo sus manadas para pastar.

A medida que Temujin cabalgaba campo adelante con sus compañeros, un resonante sonido desgarró el tranquilo amanecer, las anunciadoras notas de una corneta de monte. Instantáneamente, gran número de guerreros se reunieron en el campo, montados en los más finos sementales. La corneta había sido una advertencia. Para Temujin, cabalgando tranquilamente adelante, le parecía la corneta que anunciaba el advenimiento de un conquistador. No aminoró su paso. Se aproximó resueltamente, cabalgando a la cabeza de sus amigos. Un sacerdote, cubierto con una túnica de lana marrón, apareció entre los guerreros y avanzó hacia los visitantes. Temujin

siguió y luego hizo un alto. El sacerdote levantó su mano derecha haciendo el signo de la cruz.

—La paz sea contigo —dijo, mirándolo suspicazmente.

El saludo fue extraño para Temujin, pero levantó su mano en un digno saludo.

—La paz sea contigo —respondió—. Deseo hablar con mi padre adoptivo, el khan Toghrul. Dile que Temujin, hijo de Yesugei, pide una audiencia.

El sacerdote y los guerreros lo miraron con recelo. Se consultaron entre sí. Entonces los guerreros, galopando, rodearon a Temujin y sus compañeros, y el jefe anunció que debían ser llevados ante el khan Toghrul enseguida. No recelaban, pero, desdeñosos, reconocieron en Temujin a otro de los pequeños nobles de las estepas y el desierto, golpeados por la pobreza.

Capítulo 26

FUERON llevados a una de las tiendas reservadas a los visitantes. Allí los sirvientes les proporcionaron agua limpia y fresca en jofainas de plata y porcelana, hermosamente esmaltadas, y paños de la más blanca fabricación para que se enjugaran manos y rostros. Después les llevaron panecillos dulces, leche fresca y un tazón de ciruelas y fragantes dátiles. Esto era sólo hospitalidad normal, pero para Temujin también era un portento.

Un guerrero llegó para anunciarles que el khan los recibiría. Los condujo hasta la tienda más grande. Siete metros de largo y resplandeciente en su suntuosa tela de oro. Entraron. Sus pies se hundieron en ricas alfombras de Bojara. A lo largo de sesgadas paredes, sobre pedestales de madera de teca tallados, ardían suavemente lámparas de oro y plata. En un canapé cubierto con seda, lana bordada y pieles, se reclinaba el viejo khan, bebiendo leche fresca en una copa.

Temujin entró solo. Se detuvo en la tenue luz de las lámparas, con la ropa descolorida por el uso, el rostro bronceado, alto, resplandeciente de juventud y coraje. El khan levantó sus ojos con la paternal sonrisa reservada para los pequeños jefes que lo visitaban. De improviso borró su sonrisa y miró a Temujin con repentina agudeza. Sus ojos se entornaron. Lentamente tendió la copa a una esclava arrodillada ante él y le indicó que abandonara la tienda.

Temujin se arrodilló ante el anciano. Tocó el suelo con la frente sin humillación, más bien con una especie de arrogancia. Luego, levantando la cabeza y mirando a Toghrul con agudeza, dijo:

—Tu hijo ha venido a ti, padre adoptivo, para renovar la lealtad de su padre Yesugei.

Vio ante él a un pequeño anciano, calvo y extenuado, de rostro manso y suave, y pequeños ojos vívidos, como de pájaro. Vio los brazaletes de oro y las marchitas muñecas. Los numerosos y centelleantes anillos en los dedos nudosos. Vio la riqueza de las túnicas sedosas. Pero más que todo eso, vio al khan y supo que su premonición no le había mentido. Un ojo menos perspicaz podría haber visto un pequeño hombre envejecido con una expresión dulce y maneras paternas, y nada más. Pero Temujin vio detrás de todo eso, y lo que vio le hizo apretar los labios ceñudo y todos sus sentidos se agudizaron cautelosos.

El khan Toghrul, extendiendo su mano, dijo con voz afectuosa y afable:

—¡Bienvenido, hijo! Mis ojos se llenan de contento por tu llegada. Siéntate a mi lado, a mi derecha, y permíteme tener el placer de saber que estás cerca de mí.

Puso su mano en el hombro de Temujin y fingió estar tiernamente encantado con él. Le preguntó si había desayunado. Le interrogó sobre los detalles de la muerte de su padre y sacudió la cabeza con tristeza y pena. Nadie podría haber sido más bondadoso. Ningún padre podría haber exhibido más afecto e interés. Pero mientras escuchaba al anciano sintiendo el peso de su cariñosa mano sobre su hombro, Temujin lo observaba con atención, sabiendo que era el ser más implacable que jamás hubiera encontrado, el más avaro, el más cruel y el más traicionero.

De repente, mientras lo observaba, sintió un profundo menosprecio. Si el khan se hubiese mostrado tal como era, rudo, brutal y frío, Temujin lo hubiera honrado y admirado. Pero sobre todas las cosas abominaba la hipocresía. Para él, lo peor era un alma cruel que hablaba con dulces palabras de amor, paz y piedad.

Pero disimuló y le ofreció el abrigo de martas. Al principio, viendo todo el esplendor del campamento y de las tiendas, había pensado que sería un pobre obsequio, pero ahora sabía que todo era valioso para este voraz buitres keraíta. Y en verdad era un buen obsequio. El khan, con pequeñas exclamaciones de placer, hundió sus dedos en la piel, suave y amorosamente, y levantando una punta la apretó delicadamente sobre su mejilla. Temujin, observándolo, sintió repulsión. Había algo sucio en el aspecto de aquellos dedos viejos manoseando sensualmente el calor viviente de las pieles, algo repulsivo en la visión de los dedos contra las hundidas mejillas viejas. Recordó cómo había visto la última vez el abrigo sobre los hombros jóvenes de Bortei y experimentó ira y disgusto. Era como si aquellas licenciosas manos viejas hubieran alcanzado lascivamente el propio cuerpo de Bortei.

Sabía además que Toghrul, a pesar de todo su bienestar y poder, le envidiaba su juventud y fortaleza, la calidez de sus ojos, la delgadez de su cintura, sus hombros anchos y rectos. Y sabía que la envidia era hermana del odio. Se dijo para sí: «Tengo un enemigo».

Pero había presentido ya en el camino que el Toghrul sería un enemigo. Ahora debía no sólo apaciguar esa enemistad, sino también hacer desear al anciano tenerlo de aliado. Hasta la enemistad retrocede ante la presencia del provecho.

Miraba alrededor a la lujosa tienda. No sintió codicia por ello, y eso le sorprendió. Contempló los brazaletes, túnicas y anillos del anciano y pensó

cuán perfectos lucirían sobre Bortei. Había visto los rebaños gordos y los había deseado para su gente. En cuanto a él mismo, deseaba algo más grande. Una gran excitación lo embargó.

Escuchó cómo el khan Toghrul le prometía una gran fiesta. Habría grandes celebraciones en honor de su llegada.

—¡Hace mucho tiempo que no tengo un placer así! —dijo el anciano—. Pero ahora mi hijo adoptivo ha venido a mí, llenándome de contento. Dios ha recordado mi edad y me ha traído otro hijo.

Levantó los ojos reverente y Temujin, siguiendo su mirada, vio que una gran cruz de oro colgaba sobre el canapé hermosamente incrustada de esmalte, destellante a la luz de la lámpara. Temujin la miró con curiosidad. Algunos individuos de su pueblo eran cristianos nestorianos, pero nunca habían dado problemas. Kokchu se sentía agraviado por ellos, pero a Kokchu lo agraviaba cualquier cosa que pudiera amenazar su poder. Temujin había creído, con su padre, que un hombre podía profesar cualquier fe que deseara, estipulando que su fe no intervendría en la lealtad a su jefe. Pero ahora era extraño, tenía la sensación de que aquella cruz de oro era una parte del khan Toghrul y que la enemistad del anciano de alguna manera procedía de ella.

Toghrul llamó a uno de los sirvientes que esperaban en una pequeña tienda contigua a la grande suya. Le dijo que condujera a los paladines de Temujin a otras tiendas, donde recibirían toda clase de placeres y comodidades.

—En cuanto a ti, hijo mío —dijo volviéndose a Temujin de nuevo y colocando afectuosamente su mano en su brazo—, permanecerás conmigo un momento y me contarás algo más sobre ti y cómo puedo ayudarte.

Temujin lo miró largamente y el khan, que había hecho sus agradables y afectuosas declaraciones con su acostumbrada y vana cortesía, se sorprendió al ver la extraña expresión y los centelleantes ojos esmeralda del joven. Su primer pensamiento, cauto como siempre, fue que Temujin lo había tomado en serio y podría hacerle alguna desconcertante súplica. Su segundo pensamiento, más inquietante y tocado de suspicacia, era que no tenía súplica que hacerle. Uno de sus axiomas era que un hombre no debe cesar nunca de observar a los otros hombres y que el más hábil observa sin evidenciar su observación. Vio que Temujin lo observaba con absoluta indiferencia hacia lo que él pudiese estar pensando. Esto no era carencia de habilidad, reflexionó el anciano con una vaga sensación de enojosa humillación, sino un desdeñoso desprecio por la tortuosa astucia de tal habilidad. De repente, el khan se

mordió el labio inferior con hostil impotencia. Luego sonrió de nuevo, presionando el brazo de Temujin con su mano.

—¡Yo siempre tan descuidado! —exclamó—. Mi hija Azara debía haberte dado la bienvenida a mi lado. Su madre es una dama persa y ella misma adora al señor Jesús. Pero yo he tenido tutores y maestros para la moza, porque es muy inteligente y me complace su presencia. ¡Oh, si ella hubiera sido hombre! La haré llamar.

Llamó a un sirviente de la otra tienda y ordenó que le trajeran a su hija. Cuando hubo hecho esto, se sorprendió fastidiado. Nunca habría esperado exhibir su hija a este pequeño y andrajoso jefe, pero había experimentado confusión y para ocultarla había hecho llamar a la joven. Secretamente encolerizado mientras esperaban, trataba de ocultar su enojo con renovadas sonrisas y palabras de afecto. Pensó: «¿Qué he hecho? ¿Por qué hago esto por un mongol de las estepas, un andrajoso bárbaro del desierto?». Y entonces todo su fastidio se dibujó en interrogarse a sí mismo.

La entrada de la gran tienda se abrió y Azara entró. Temujin, siempre ansioso por el espectáculo de una hermosa mujer, la miró con asombro. Nunca había visto rostro tan encantador ni figura tan perfecta.

Azara era más alta que cualquier otra mujer que jamás hubiera visto, casi tan alta como él. Pensó: «Es como un joven abedul, blanco y delgado, algo inclinado por el viento». De cintura para abajo, la muchacha estaba envuelta en una blanca tela vaporosa, casi diáfana, recogida alrededor de sus estrechas caderas con un cinturón trenzado de oro fino. Sus pechos, altos y virginales, estaban cubiertos con círculos de alhajas de oro. Sus brazos, garganta y cuello eran más blancos que la leche y luminosos como perlas. El rostro, un delicado óvalo cubierto con la lechosa neblina de su velo, era también color perla, rosa en labios y mejillas. Los ojos, negros y centelleantes como azabache, estaban orlados de pestañas doradas, tan suaves como la seda. Y su largo y ondulado cabello era también dorado y brillante. Iba tan cargada de piedras, collares, brazaletes y anillos que resplandecía a la luz de las lámparas.

Sus maneras eran calmosas y dignas, pero tan distantes que parecía moverse mecánicamente en un sueño. Sonreía tímidamente y se inclinó ante su padre y su huésped. Temujin pensó que ella estaba despierta sólo a medias. Su asombro aumentó. Pensó: «¡Qué premio es éste, qué gloria, qué belleza!». El corazón le palpitaba, la frente y el labio superior se impregnaron de sudor.

El khan posó su mano cariñosamente en la cabeza de su hija, sentándola a su izquierda, y jugueteó con los mechones dorados de su sedoso cabello.

—Antes del menguante de la luna se desposará con el califa de Bojara, que ha oído hablar de su gran belleza —dijo. Toda su astucia se perdió momentáneamente en el orgullo paternal. La miraba deleitado, como se miraría a una hermosa yegua, que no comprende el lenguaje de los hombres y es sólo una bestia sumisa. La muchacha inclinó la cabeza y un intenso rubor le cubrió las mejillas, la garganta y el pecho.

Temujin olvidó a Bortei. Todo su cuerpo se esponjó, anhelando a esta maravillosa criatura. Había oído hablar del califa de Bojara, un viejo lascivo con un enorme harén. Repentinamente tuvo una visión de Azara desnuda en los brazos del califa, y toda la sangre se le subió a la cabeza. Su rostro se volvió carmesí de ira. Su cuerpo ardía como una piedra bajo el sol. Miró las manos de la muchacha, delicadas y blancas como flores y cubiertas de joyas. Involuntariamente recordó las manos de Bortei, cortas, cuadradas y duras, acostumbradas al trabajo del tejido, la costura y a ordeñar vacas y cabras.

La muchacha respiraba como si durmiese, profunda y lentamente, el peto apenas se movía con sus senos, la cabeza inclinada como la de una persona vencida por el sueño. No parecía una criatura viviente, sino una visión pintada, difícilmente traída a la vida. Perteneecía a las grandes ciudades estériles, en una alcoba tapizada de seda con la difusa luz de lámparas incandescentes y llena de suaves canapés. Su cuerpo rezumaba un aroma de jazmines y rosas embriagante como una bebida fuerte.

Toghrul observaba a Temujin. Veía las cambiantes sombras de rojo y carmesí agolpándose en su rostro mientras contemplaba a la muchacha codiciándola. Lo veía temblar, morderse el labio. Y entonces supo que la había hecho venir con un deseo de venganza. Y se sobrecogió al pensar que él hubiera podido rebajarse a querer vengarse de este miserable mongol del desierto. Tan atónito estaba, tan desconcertado, que la sonrisa fija de su semblante desapareció, reemplazada por una vacía expresión de ultraje.

Se obligó a hablar con ligereza, forzando a la sonrisa a volver a sus labios.

—Esta noche, hijo mío, me dirás lo que deseas de mí, pero yo te digo de antemano que está ya concedido.

Casi no pudo creer que hubiera dicho esas palabras y se detuvo horrorizado, preguntándose qué lo había obligado a pronunciarlas. Su alma retrocedió, llena de confusión, a su íntima fortaleza de astucia y traición.

Pero Temujin, sin dejar de mirar la muchacha que parecía un sueño, dijo:

—Yo no deseo nada de ti, padre mío. He venido a ofrecerte lealtad y cualquier ayuda que desees.

Estas extraordinarias palabras, pronunciadas en voz alta y firme, sin arrogancia pero con ilimitada pujanza, despertaron a Azara. Lentamente levantó su hermosa cabeza, como un nenúfar se levanta hacia el sol, y sus ojos enfocaron los de Temujin y entonces, como el alba, una luz rompió sobre su oscuridad y lo vio plenamente.

Ambos se contemplaron en tenso silencio. Una expresión de fascinado espanto pasó por el semblante de la muchacha, como la de alguien que es despertado repentinamente del sueño por un exigente y terrible extraño. Él vio entreabrirse sus rosados labios, oyó su apresurada respiración, la vio palidecer y pensó en una flor blanca a la luz de la luna. Y entonces, de repente, mientras ella lo contemplaba fijamente, las lágrimas asomaron como un rocío a sus ojos negros y su expresión se hizo de suave alarma y dulce confusión. Su pecho se estremecía. Sonrió de repente con una especie de júbilo indómito y frágil, modesto pero insoportablemente hermoso. Parecía una doncella sorprendida en su alcoba por alguien a quien había oscuramente ansiado.

Sin solicitar permiso, se levantó con gracilidad, inclinó la cabeza, se volvió y salió como volando de la dorada tienda de su padre, como una blanca paloma impulsada por sus alas silenciosas.

El khan, que siempre lo veía todo, sonrió maliciosamente. No estaba interesado en la emoción de su hija, porque, después de todo, ella sólo era carne de mujer y no tenía verdadera alma. Era sólo un hermoso cuerpo, adecuado para el lecho de un califa. Su único interés estaba en Temujin y lo que había visto satisfizo su alma malévol.

Pero dejó de sonreír. Temujin se había vuelto hacia él y su rostro pálido era feroz. Sus ojos centelleaban con fuego verde. Nunca había visto Toghrul semejante semblante y ojos. Involuntariamente pensó: «Éste es uno al que jamás antes le he visto parecido. Es como un lobo. He de cuidarme de él». Pero inmediatamente se dijo con un odio casi asesino: «¡Bah! Es sólo un miserable infeliz de las estepas y yo lo aplastaré bajo mi pie como un gusano».

Se esforzó en sonreír a Temujin, pero sus ojos, dentro de su tejido de arrugas, eran malvados.

Temujin dijo con calma, con una violenta expresión en su semblante:

—Esta noche te relataré cosas trascendentales, padre mío.

Cuando se hubo ido, el viejo khan se sentó, sumido en sus pensamientos. Levantó la vista y dijo en voz alta:

—¡Nunca volverás a tu hogar, hijo insolente de una rata hambrienta del desierto!

Inspiró bruscamente. La tienda se llenó con su agitada respiración. Sus ojos estaban llenos de maligno fuego. Miraba en derredor con ojos penetrantes. Las aletas de la nariz se dilataban. Con un grito agudo llamó a un sirviente y pidió vino. Cuando le fue alcanzado, lo bebió absorto.

La copa se sacudía en sus manos.

Enjugó sus labios con un pañuelo de seda blanco. Entonces sus ojos iracundos cayeron sobre la cruz de oro. Levantó los puños.

—¡Seré vengado! —exclamó. Y como si sus palabras fueran tan absurdas como para chocar a sus propios oídos, estalló en chillona y disonante risa.

Capítulo 27

SENTADO junto al Khan Toghrul, Temujin recreaba su mirada en todos los licenciosos esplendores que se exhibían ante él y pensó desdeñosamente: «¿Los hombres luchan y mueren por estas cosas, estas molicies del cuerpo que matan todo deseo?».

Él podía beber copiosamente sin embriagarse. La bebida fuerte sólo intensificaba la ferocidad de su naturaleza, sólo magnificaba su colosal ambición de poder. Cuando bebía, sabía que todas las cosas serían posibles para él. Su visión se acrecentaba. El corazón le latía con más fuerza, con resolución feroz. Se sentía más humano. Le parecía estar solo en la cumbre de una montaña, inspeccionando una región ilimitada. Toda su implacabilidad se acrecentaba. Recordaba entonces, mientras bebía, que siempre había creído en que llegaría a ser un Kha Khan, y que nunca había experimentado temor de ningún otro hombre, ni respeto o reverencia, sino sólo menosprecio, menosprecio tal como el que sentía ahora por el poderoso khan Toghrul que sólo codiciaba las cosas del cuerpo y se contentaba con un mullido cojín bajo sus nalgas. Sentía su destino acrecentarse en él, como una mujer siente el abultamiento y crecimiento del hijo en su vientre. Miraba alrededor lentamente y con inexorable pujanza, como un león entre chacales.

Toghrul, impelido por su odio y deseando intimidar al presuntuoso mendigo de las estepas, se había superado a sí mismo en el esplendor y lujo de la fiesta. Sin embargo, se preguntaba: «¿Por qué hago esto? ¿Por qué le ofrezco lo que reservo para los príncipes?».

No lo sabía. Pensaba que se había degradado sorprendiéndose de su propia flaqueza. Era como un rey que se hubiera dedicado a deslumbrar a un mendigo.

Las tiendas, abiertas, resplandecían con sus lámparas. Lámparas de oro, de cristal y de plata colgaban de postes clavados en el suelo. Grandes fogatas sobre las que se habían lanzado puñados de mirra y sándalo ardían llenando el claro aire de la montaña con esencias embriagadoras. Hervían marmitas sobre los fuegos, atendidas por mujeres vestidas con ropas escarlata, azul y blanco. Doraban aves en asadores. Carne de carnero y caballo hervía lentamente en sabrosas salsas. Hogazas de pan, hechas de harina tan blanca como la nieve, se apilaban en fuentes de plata. En otras fuentes había raras y rosadas frutas que parecían joyas. Los porrones y los odres de vino eran tan abundantes

como el agua. Los platos con confituras turcas exhalaban un aroma a rosas. Pasteles y hojaldres delicados de variedades sin fin. Hierbas estofadas en salsas fragantes y exóticas. Había pescados de los lagos de las montañas. Las escudillas eran de plata y los platos, de los más exquisitos esmaltes. Banderas de seda pintadas con los vívidos emblemas chinos flameaban al viento. Había un continuo ir y venir de sirvientes, hombres y mujeres, tintineando sus brazaletes de plata, y una orquesta de una veintena de músicos ejecutaba dulce y arrebatadora música acompañada por las voces altas y melodiosas de hermosas mujeres.

Manteles de seda blanca exquisitamente bordados cubrían las mesas de escasa altura. Y a esas mesas bajas, sentados en almohadones rellenos de plumón, se sentaban Temujin, el khan Toghrul, Azara y los amigos de Temujin.

Detrás de ellos, negras y como un espejismo, asomaban las enormes montañas silenciosas bajo las titilantes estrellas y la luna viajera. Los pinos exhalaban sus acres esencias. El aire era puro y fresco como el agua. La jarana, los cantos y las risas se hicieron ensordecedores. Los generales y jefes del khan Toghrul se sentaban próximos a él, bebiendo y gritando, y a intervalos miraban con furtivo menosprecio a Temujin y sus pobres y raídos acompañantes. Porque estos generales y jefes, como el khan, estaban ataviados con túnicas de seda y resplandecientes de piedras preciosas. Eran hombres que sabían leer y escribir, familiarizados con las ciudades, jefes de ejército y regimientos. Habían captado la enemistad del khan Toghrul y, aunque él no había hablado, sabían que ésta era una fiesta de muerte. Cuando hablaban a Temujin y sus amigos, sus voces rezumaban un respeto burlón y estudiada ironía.

Pero Temujin, que tenía el olfato de un animal acostumbrado al peligro, se daba cuenta de todo. Estaba en completa calma y aparentaba sentirse impresionado por todo lo que veía. El khan Toghrul percibió que el joven jefe estaba fingiendo y que ya había olfateado la amenaza en el aire, de modo que se mostró excesivamente afectuoso y amable para aquietar las sospechas de Temujin. En tono de paternal simpatía, dijo:

—El pariente de tu padre, Targoutai, es tu enemigo ahora, he oído decir, y ha tomado ventajas de mala fe en tu estado. Yo te ofrezco cualquier ayuda que puedas necesitar.

Temujin sonrió apretando los labios.

—Te doy las gracias, padre, por tu bondad. Pero yo lucharé con Targoutai personalmente. Tengo bravos héroes a mi lado, jóvenes paladines que darían

su vida por mí. En cuanto a mí mismo, sé que ningún hombre me conquistará ni podrá destruirme. —Y miró a Toghrul con expresión inocente, como un niño.

Toghrul miró sus ojos y pensó: «Es una pantera del desierto». Sonrió mansamente y apoyó su mano marchita en la de Temujin por un momento. Estaba asombrado de que su corazón hubiera empezado a palpar dolorosamente.

Temujin miró osadamente a Azara, quien había estado escuchando. Ella se sonrojó, inclinando la cabeza. Ataviada con túnicas resplandecientes de oro, con su hermoso cabello trenzado con perlas, era un sueño de belleza. Temujin, al notar su sonrojo, sonrió para sí, como un conquistador.

Hubo un repentino resonar de címbalos que enviaron vibrantes ecos a las estrellas. En un claro entre las mesas danzaban casi una veintena de hermosas esclavas de harén con ropas de seda azul y escarlata y calzadas con sandalias enjovadas. Pero sus pechos redondos estaban descubiertos y resplandecían a la luz de las numerosas lámparas. Sus cabellos negros flotaban sueltos sobre los jóvenes hombros coronados con bandas resplandecientes de piedras preciosas. En la parte superior de los brazos llevaban anchas bandas de oro y joyas. Sus ojos eran grandes, suaves y oscuros. Danzaban en un aura de embriagadores perfumes, como de un fragante viento caliente.

Al principio danzaban siguiendo los dulces compases de las flautas y los persistentes ritmos de los tambores. Podían haber sido inocentes vírgenes moviéndose al aire de inocentes sueños de amor, en vez de mujeres acostumbradas a placeres licenciosos y regocijos vergonzosos. Zigzagueaban los brazos, los pechos y los hombros, con los pies moviéndose a través de los intrincados laberintos de la danza. Titilaban como estrellas y esbozaban sonrisas de durmientes sumidas en dichas visiones. Parecían indiferentes a las ávidas sonrisas lascivas y a los cientos de ojos lujuriosos fijos en ellas. La música interpretaba sus sueños.

Los tambores aceleraron sus ásperos ritmos. Las danzarinas emitieron una ligera exclamación, como si las visiones que veían se hicieran insoportablemente arrebatadoras. Levantaron los brazos y sus pechos comenzaron a palpar. Cada vez más rápidas, chillaban las dulzainas y flautas. Más firmes, más profundos y acuciantes, tronaban los tambores. Comenzaba a brillar la transpiración en los torsos desnudos y su olor se mezclaba con los perfumes caldeados hasta abrumar el olfato. Centelleaban los ojos lascivamente. Los labios rojos se humedecían. Las mujeres parecían irresistiblemente atrapadas por las flautas y los tambores, como si hubieran

sido involuntariamente conducidas a una vergonzosa entrega absoluta. Los guerreros empezaban a gritar, a inclinarse y aplaudir. El sudor corría por sus atezados rostros. Extendían las manos como garras hacia las mujeres que jadeaban audiblemente, gimiendo con sus cuerpos flexibles, húmedos, blandiéndose como serpientes. Sus ojos centelleaban como relámpagos sobre los guerreros, llenos de sugerente sensualidad. Sus pechos parecían hincharse. Todo el aire estaba invadido por el frenético éxtasis de las flautas y los tambores. Las mujeres meneaban las nalgas con movimientos lascivos y miraban por encima del hombro mientras reían sagazmente, sacudiendo sus pechos. Muchos guerreros saltaban tratando de asir cabellos o brazos, pero con chillidos de júbilo las mujeres se escabullían o se encorvaban alejándose en la danza. Era una escena desenfadada y disoluta. Las flautas, los tambores y las fragancias anonadaban los sentidos.

Hubo otro fragor de címbalos y, como el viento, las danzarinas se habían ido, con sus risas resonando detrás de ellas. Los guerreros se miraron con sonrisas entontecidas, luego se sentaron de nuevo y empezaron a beber como queriendo olvidar lo que habían visto.

Pero Temujin sólo miraba a Azara, que se había cubierto el rostro con su velo.

El khan Toghrul dijo a Temujin:

—Ni los califas de Bojara y Samarcanda tienen mujeres más hermosas que éstas. ¿Has notado que cada una es un exacto duplicado de las otras? Ni siquiera yo puedo distinguirlas. Las escogimos en los mercados de esclavas de todas las ciudades. Cada labio y cada ojo es un duplicado y hasta su cabello es del mismo color y textura. Me han ofrecido fortunas por ellas.

Y Temujin, mirando a Azara, repuso:

—No he visto nada más hermoso.

Su voz traspasó la confusión de los sentidos de la muchacha, que se sonrojó. Sonriole tímida y dulcemente, comprendiéndolo. Luego, de nuevo, inclinó la cabeza ajustándose el velo más cuidadosamente. Todos sus gestos eran de timidez y modestia. Le temblaban las manos y el velo se agitaba con su respiración.

El khan lo vio todo y su rostro meloso se arrugó como una nuez en una sonrisa malévolamente. Hizo señas a un esclavo para que rellenara la copa de Temujin. El joven no había cesado de beber, pero no se embriagaba nunca. Su mirada era tan determinada como siempre y sus gestos, serenos.

La libación y la comilona continuaban, acompañadas por las distantes y provocativas voces y la música. Las banderas, iluminadas por los fuegos y las

lámparas, se sacudían con el viento. Los fuegos se elevaban más, de modo que los troncos y las ramas de pinos que los circundaban se bañaban en luz rosada.

El khan pensó: «Tiene mucho que decirme. ¿Por qué entonces no lo dice? ¿A qué espera?». Y estudiaba al joven Temujin furtivamente, admirado, a despecho de sí mismo, de su serenidad y su porte. Pero aun esta admiración acrecentaba su odio. Un esclavo, inclinándose, susurró algo al oído del khan, que asintió con la cabeza. Volviéndose hacia Temujin dijo:

—Un mensajero me trae nuevas de importancia. Debo dejarte por un momento.

Temujin se puso de pie y cortésmente lo ayudó a levantarse de su asiento. Cuando Toghrul sintió la fuerte e irresistible mano sobre su brazo, su corazón se enfureció al ser consciente de su edad y sus limitaciones. Cuando se alejó para hablar con el mensajero, sus pies tropezaban y pensó con impotencia: «¡Soy un viejo!».

Temujin se deslizó por el almohadón abandonado por su anfitrión. Se inclinó hacia Azara. Se distendieron las aletas de su nariz e inhaló la fragancia del cuerpo de la muchacha, que parecía tener un perfume dulce y virginal. Ella se estremeció ante su proximidad. El pulso le latía con fuerza. Él susurró:

—Cuando te contemplo, mis ojos se deslumbran y me lleno de confusión. ¿Quién puede ser comparado contigo? ¡Oh, hermosa doncella!

Vencido por la emoción, la tomó del brazo. Su ardiente respiración abanicó el velo que cubría su rostro. Rogó desatinadamente:

—¡Mírame, Azara!

Aún conservaba ella la cabeza inclinada, y entonces, como impelida, la levantó, volviendo el rostro hacia él. Sus velados ojos neblinosos se posaron en los de él y, mientras lo hacía, se dilataron brillantes. Él vio la sombra rosa de sus labios a través del velo. Vio cómo se elevaba su pecho. La acercó a él y su cuerpo, extrañamente tenso y como acuciado, se recostó en el de ella.

—Te amo, Azara —le susurró al oído, rozándolo con los labios.

Azara se estremeció. Miró fascinada los centelleantes ojos coloreados de esmeralda y la bronceada garganta. Pareció sobrecogida de terror, pero sus ojos le imploraban que continuara, como si Temujin profiriera palabras de deleite incomparable.

—Nada se interpondrá entre nosotros, Azara —susurró él impulsado por la pasión—. Vendré de nuevo, algún día, y te reclamaré.

Ella palideció repentinamente y su semblante se puso tan blanco como el velo que lo cubría. El temblor cesó. Sus hermosos ojos perdieron la niebla,

resplandeciendo de brillo. Lanzó una mirada rápida por encima del hombro y tembló de nuevo, sacudida por un escalofrío. Sorprendido, Temujin le soltó el brazo. Ella se inclinó hacia él y por primera vez Temujin oyó su voz, susurrando precipitadamente:

—Cuando mi padre te ofrezca una copa de vino en una bandeja de plata y te pida que bebas en brindis por vuestro mutuo pacto de lealtad y ayuda, debes tomarla, ¡pero de ninguna manera debes beberla!

Temujin la miró boquiabierto. Y mientras sus ojos se fijaron en los de ella, preñados de lágrimas, le sonrió sombríamente entornándolos. La muchacha, apretando el velo sobre su rostro, se levantó y, antes que él pudiera detenerla, desapareció como una cervatilla huyendo del cazador.

Temujin levantó su copa de vino y bebió lentamente. Echó una mirada a sus compañeros, ubicados en otra mesa. Éstos lo observaban alertas. Temujin inclinó la cabeza tranquilizándolos, pues ellos habían visto la emoción de la muchacha y su huida. Chepe Noyon, sonriendo traviesamente, tocó con el codo a Subodai, creyendo que Azara había huido de los apremios insinuantes de Temujin.

El khan volvió y, viendo vacío el lugar de Azara, preguntó:

—¿Dónde está mi hija?

Temujin dijo tranquilamente:

—Me dijo que te pidiera disculpas por ella, pero se sentía fatigada y se retiró a su tienda.

—¡Oh! —dijo el viejo khan, pensativo, arrugando su tez amarilla. Se sentó. Temujin parecía absorto en el delicioso gusto de su fragante vino. Toghrul pensó con maliciosa satisfacción: «¡Azara ha huido de sus impertinencias y ahora él pretende un cándido desinterés!». Satisfecho, se inclinó hacia Temujin y le dijo—: Pero tú tienes mucho que decirme, hijo mío. ¿Cuándo será el mejor momento para comunicármelo?

Temujin dejó su vaso e inclinó la cabeza cortésmente.

—Sí, padre mío, tengo muchas cosas que decirte y, si no te fatiga, te las diré ahora. —Adoptó una expresión grave y empezó—: Ante todo debo llamar tu atención hacia muchas cosas. Tú eres rico y poderoso en tus ciudades con sus murallas y fortalezas. Pero ni aun así estás seguro debido a las luchas, conflictos y desorden de los cientos de tribus nómadas que recorren las estepas y las montañas. De cinco caravanas tuyas, sólo tres llegan a su destino. Cada pequeño jefe es la cabeza de su pequeña nación, atrayendo secuaces de una u otra tribu cuando su reputación por los pillajes y las incursiones de rapiña se ha consolidado. Los robos y los asesinatos son, en

esas circunstancias, inevitables y los comerciantes de las ciudades sufren sus consecuencias. Cuando el hambre las obliga, las tribus asaltan las pequeñas ciudades bajo tu jurisdicción. Esto no puede cambiarse bajo el sistema actual, una sociedad de pequeños clanes vagando independientemente y con ferocidad por toda Asia.

El khan había empezado a escuchar sonriendo con sarcasmo y desdén, pero ahora, a despecho de su desprecio, quedó subyugado por la astucia y claridad de tono de este bárbaro analfabeto. Su sonrisa desapareció. Entornó los ojos y dijo:

—Continúa. —De repente se sintió enormemente excitado.

Temujin sonrió. Sus ojos eran de un jade vivo.

—Nosotros los nómadas tenemos una ruda sociedad militar. Pero como estamos separados unos de otros por feudos, envidias y codicias, nos hacemos la guerra y nos destruimos. Nos despojamos y nos arruinamos mutuamente. En otros tiempos, me decía mi padre, éramos hombres astutos. Confeccionábamos artículos de bronce, de hierro y de alfarería, y nuestros carpinteros y forjadores hacían nuestras propias armas. Ahora tenemos que conseguir nuestras armas en Khorasan y Catay, porque no tenemos tiempo para la producción adecuada.

Toghrul balbuceó:

—Continúa.

Temujin bebió un sorbo de vino y prosiguió:

—Parece que divagara, pero tú sabes que no es así. Sopórtame un poco más. Se dice que vosotros, los hombres ricos de la ciudad, no nos ayudáis ya. Escoge tú al hombre fuerte que pueda unificar todas las tribus. Como consecuencia de tu propia avaricia, cortedad de miras y carencia de comprensión, no hay un jefe y nuestras tribus están llenas de embusteros, asesinos, salteadores, ladrones e invasores. Cada jefe debe actuar, como de hecho actúa, para sobrevivir, y entre tanto tú sufres.

La cabeza del khan Toghrul se había colapsado. Su cráneo brillaba húmedo a la luz de la lámpara. Sus facciones gesticulaban como las de un mono.

Temujin llenó su copa con calma, llevándola a sus labios. Bebió lentamente y removió el licor en la boca.

—Jamás había probado semejante néctar —dijo con sonrisa infantil a su padre adoptivo.

El khan le aferró el brazo hundiéndole los dedos en la carne firme casi hasta el hueso. Temujin se sorprendió de su fuerza febril. Los ojos del anciano

centelleaban como brasas rojas.

—Continúa —murmuró entre dientes.

Temujin enarcó las cejas cándidamente.

—Creo que he bebido suficiente —dijo.

—¡No es suficiente! —exclamó el khan con vehemencia—. ¡Continúa!

De nuevo Temujin llenó su vaso y de nuevo enjugó sus labios. Se volvió hacia el khan. Sus ojos brillaban a despecho de su sonrisa superficial.

—No hay seguridad, no hay garantías, no hay ley, no hay orden —dijo con suavidad—; vosotros, los hombres de la ciudad, os mordéis las uñas con impotente ira a causa de la pérdida de vuestras caravanas. Vosotros, los urgus, los keraítas y los mercaderes moslem perdéis vuestras ricas caravanas en los caminos del norte de Catay, desde Samarcanda o desde las rutas del sur de las montañas de Altai. ¡Vosotros, los hombres de la ciudad, os sentáis con molicie en vuestros jardines, lamentando vuestras pérdidas! ¿Y por qué...? — Su voz se elevó en una áspera nota de menosprecio y apartó la mano que aferraba su brazo—. Porque no tenéis inteligencia para pensar, sino sólo codicia por las ganancias. Ignoráis que en todas las tribus que vagan hambrientas por las estepas existe un ferviente deseo de unidad, de un jefe que les garantice alimento, seguridad y comodidades. Nosotros hacemos lo que hacemos por nuestra terrible necesidad. Y vosotros los mercaderes pagáis con evasivas. No llamáis a un jefe para que una a todas las tribus nómadas y las controle dándoles seguridad.

Toghrul apretó sus marchitos labios y luego refunfuñó:

—¡Continúa! —Sus ojos destellaban debajo de los arrugados párpados.

Temujin se encogió de hombros.

—Te lo he dicho. Debe ponerse fin a las incesantes querellas, la turbulencia y la anarquía entre nuestras hambrientas tribus nómadas. Deben protegerse las rutas de las caravanas. Pero sólo un hombre fuerte, un jefe, sostenido por tu fortuna y abastecido con infinidad de armas y caballos, puede unir estas tribus y garantizar tus caravanas. —Extendió la mano sirviéndose de las pastas que le ofrecía un sirviente. Introdujo una delicada golosina en su boca y comenzó a masticar haciendo ruidos de apreciación. Parecía haber apartado todo lo demás de su mente.

El khan Toghrul se arrellanó en su confortable almohadón. Estaba tan inmóvil como una estatua, pero sus ojos estaban terriblemente vivos. Se humedeció los labios. Movié la cabeza como si estuviera sofocado. Podía oír el frágil martilleo de su propio pulso. Puso la mano en el brazo de Temujin y sonrió con repulsiva dulzura.

—Tu conversación es fascinante, hijo mío. Continúa. Deleitas mis oídos, porque estás lleno de astucia y sabiduría.

Temujin enarcó las cejas. Afectó emocionarse de modestia y vanidad. Habló de nuevo.

—Mi tío Kurelen me ha contado que la benevolencia del mundo reside en sus poetas, en sus filósofos y sus sabios. Pero ¿quién se interesa en la benevolencia? Tú, por ti mismo, sabes que el mundo pertenece a los mercaderes, a los fabricantes de armas y materiales. —Gesticuló y sus ojos brillaron animados con sardónico menosprecio—. Yo honro a tus mercaderes, porque ¿quién soy yo sino un nómada miserable que no sé qué día haré fiesta y cuál me moriré de hambre? Nada importa después de todo, sólo las ganancias del mercader, y un mundo de hombres está bien sacrificado por esas ganancias. Tú lo sabes. Pero ignoras que con un solo hombre fuerte puedes protegerte de los codiciosos, de los hambrientos y los inseguros.

Repasó sus pegajosas manos en una blanca servilleta bordada. Y, tan tranquilamente que al principio Toghrul no oyó la ferocidad y el odio bajo sus palabras, dijo:

—Odio a los mercaderes. Pero odio más la masa anónima de la humanidad, que no puede pensar excepto con sus estómagos y sus genitales. Pero tienes que contar con ellos o morir. Debes sostener a un jefe que los odie pero que tenga la habilidad e inteligencia para unirlos, subyugarlos y dirigirlos, para vuestra protección y el mantenimiento de vuestras ganancias. Ellos sólo desean un poco de pan y vino, y odiar algo. Tales cosas se las puede dar un líder.

El silencio que cayó entre ellos fue acrecentado por las risas y el alboroto de los otros. Pero ellos se miraban sin pestañear. Temujin con infinita calma y pétrea inmovilidad, y Toghrul con los ojos y la expresión de una serpiente antes de atacar.

Por fin el khan susurró, inclinándose hacia el joven hasta que éste recibió en el rostro su caliente y fétido aliento:

—Pero ¿dónde existe semejante líder?

Temujin continuó mirándolo a los ojos. Luego se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —replicó con indiferencia.

Y llenó su vaso de nuevo, bebiendo un largo sorbo. Toghrul lo observaba, como sonriendo sarcásticamente.

Un sirviente se aproximó a ellos, llevando dos copas doradas incrustadas con joyas sobre una bandeja de plata. Hizo una reverencia al khan.

—Aquí, señor, están las copas que solicitase —dijo.

Toghrul se volvió bruscamente y contempló las grandes copas. Temujin volvió su rostro hacia él con sencillo interés. Toghrul continuaba contemplando las copas y, por último, volvió lentamente la cabeza para mirarlo fieramente. Se sostuvieron la mirada intensamente.

Entonces, el khan Toghrul esbozó una dulce y diabólica sonrisa. Sacudió la cabeza y apartó el vino.

—No —dijo—, no me gusta este vino, Chaffa. Llévatelo.

El sirviente se retiró.

Temujin sonrió para sí. El khan lo miró con afecto.

—¡Eres un joven extraño, Temujin, pero te aprecio! Y deseo darte un pequeño obsequio como prueba de mi cariño.

Buscó en su túnica y sacó un estuche de género. Lo abrió. La luz de la lámpara resplandeció sobre monedas de oro. Cerró de nuevo el estuche, lanzándolo al regazo de Temujin. Entonces se sacó de su dedo un rico anillo y lo colocó en el dedo de Temujin.

—¡Toma, hijo mío! ¡Ahora sabes que te estimo! Soy tu padre adoptivo y te recuerdo con toda solemnidad nuestro sagrado voto de ayuda mutua. ¡Nunca debes olvidarlo, te lo suplico! —Cayó sobre los hombros de Temujin y lo abrazó.

Viendo esto, los generales y oficiales abrieron la boca atónitos. Los amigos de Temujin lanzaron exclamaciones de triunfo y agitaron los brazos en el aire. Pero los generales y oficiales siguieron mirándolos con muda estupefacción.

Un poco más tarde, antes de retirarse, el khan dijo:

—He pensado en lo que me has dicho, Temujin. Pero ¿cómo puede un hombre, aun siendo fuerte, unir a todas esas tribus salvajes y merodeadoras?

Temujin levantó las manos sobre la cabeza y las entrelazó como si estuviera apretando algo en ellas. Y con ojos llenos de una terrible luz dijo:

—Por la fuerza. Sólo por la fuerza.

Capítulo 28

LOS COMPAÑEROS de Temujin estaban jubilosos por el éxito obtenido. Mientras cabalgaban de regreso, cantaban y gritaban. Hasta el silencioso Subodai se reía inusualmente, con cariño, feliz de que su jefe no hubiera sido desairado por el poderoso khan Toghrul. Temujin cabalgaba plácidamente, observando sonriente las alegres cabriolas de sus amigos. Pero Jamuga no hacía carreras, ni reía, ni gritaba. Cabalgaba al lado de Temujin con la cabeza inclinada pensativamente, mordiéndose el labio.

Temujin conocía bien esos estados de ánimo de su hermano juramentado y sabía que en parte obedecían a intranquilidad, recelo, desaprobación y oposición a sus actos. Algunas veces esos estados de ánimo lo irritaban y se enzarzaba en vehementes discusiones con Jamuga, defendiéndose y dando salida a un lenguaje extravagante en el que amenazaba con más nefastos y dudosos actos. Algunas veces lograba confundirlo y entonces argumentaba razonablemente, buscando aprobación, comprensión y consentimiento. Otras veces (y éstas eran las más frecuentes) se mostraba tranquilamente indiferente e indulgentemente impaciente.

Jamuga, que estaba esperando que Temujin lo provocara con enojosas argumentaciones inquiriendo la razón de su caviloso silencio, sentía una congoja que se le estaba haciendo habitual. Echó una rápida mirada al bronceado perfil de Temujin, que estaba en calma. Eso lo deprimió.

Él fue el primero en hablar.

—Temujin, has sido jactancioso con el khan. Has hecho promesas extravagantes y tontas. Pero no le has pedido la ayuda que motivaba esta visita. Tienes un nuevo anillo en tu dedo, pero no tenemos guerreros del campamento de Toghrul a nuestras espaldas. ¿Por qué?

Temujin sonrió sin mirarlo.

—No le he pedido guerreros ni le he pedido ayuda.

El semblante pálido de Jamuga enrojeció de cólera, pero conservó su voz apacible:

—¿Por qué, Temujin? ¿No ha sido una tontería? Volvemos tan pobres y desamparados como vinimos, excepto —añadió con sardónica amargura— por el anillo que luces en tu dedo, que no nos comprará pastoreos y no protegerá a nuestras mujeres y nuestros niños.

Temujin fustigó suavemente su caballo, que brincó hacia delante unos pasos. Observó el vívido cielo.

Habló como dirigiéndose a sí mismo:

—Hay una ocasión propicia para pedir y hay otras que no lo son. Ésta no lo era.

Jamuga, con voz fuerte y fría, exclamó:

—¡Pero las últimas palabras del khan fueron para recordarte que no debías olvidar el voto de alianza entre los dos! ¿No era eso propicio?

—No más que en cualquier otro momento. —Miró a Jamuga por encima del hombro, con condescendencia—. Eres un hombre inteligente, pero como la mayoría de los sabios, no sabes nada de los hombres. Vives en un mundo en que las palabras son válidas, los actos correctos y las sonrisas honorables; donde en verdad todas las cosas son lo que parecen. ¡Ay! Ése no es el mundo real, donde no hay sino duplicidad, traición, codicia, embuste, crueldad y rapiña. Yo trato con este mundo real y vigilo a cada jugador mientras tira su dado, sabiendo que intentará engañarme, que cada una de sus sonrisas es una hipocresía, que su voz no es sino una nube que oculta su verdadero rostro.

—¿Y no crees que el khan Toghrul te hubiera ayudado? —inquirió Jamuga incrédulo.

Temujin sacudió la cabeza.

—Quizá lo hubiera hecho. Sí, me hubiera dado lo que hubiera deseado. Sin embargo, la ocasión no era propicia, y como él ofrecía, era necesario que yo rehusara.

—Pero ¿qué dirá Kurelen? ¡Él se enfadará por esto! Él sabe cuán urgentemente necesitamos ayuda.

Temujin sonrió ligeramente.

—Kurelen, que es sutil, lo comprenderá mejor que ningún otro hombre.

Jamuga estaba amargamente desilusionado y lleno de desaliento.

—¡Decidiste no pedir porque querías impresionar a una moza de cabello dorado! —exclamó—. Te he visto sonriendo tontamente, fijando los ojos, haciendo muecas y calculando. ¡No puedes apartarte de ninguna mujer que no tenga el semblante de un camello!

Temujin lanzó una carcajada.

—Es verdad que amo a las mujeres y que la suavidad del muslo de la mujer vale un imperio. Sin embargo, ellas cuestan un imperio; por eso busco adquirir uno.

—Te jactas como un niño —dijo Jamuga con escarnio—. ¡Te he escuchado! «Un jefe fuerte», dijiste al khan, y él se reía para sus adentros.

¡Tú, un velludo nómada con ocho caballos, cinco sementales y una hambrienta tropa de mujeres, niños y guerreros miserables! ¡Has hablado como un Kha Khan, cuando no tienes nada salvo la pequeña bolsa de oro que te tiró, como si hubiera tirado un hueso a un perro! ¡Tú sueñas los sueños de un loco, y tu estómago está tan liso como una tabla y tan vacío como un pozo seco!

Temujin le respondió con tal indiferencia que un escalofrío sacudió el corazón de Jamuga como un presentimiento:

—El khan Toghrul no se rió en su fuero interno. Y tienes razón: sueño sueños, pero de su frágil material yo construiré su imperio. ¡Seré realmente un Kha Khan!

Jamuga trató de reír con mordacidad, pero el sonido murió en su garganta. Por fin, dijo con voz sofocada:

—Piensa, más bien, en cómo aliviar la carga de tu gente. Son pobres e infelices. Están hambrientos y perdidos. Un buen jefe es el que habla con dulzura y piedad y vive sólo para confortar y proteger a su pueblo. En otros tiempos un jefe era un padre para su clan, lo alimentaba y lo guiaba. Pero los lazos de la vieja sangre han desaparecido. Tenemos una nueva sociedad. Cada uno de nuestros hombres tiene que valerse por sí mismo, como un perro salvaje que deja la manada...

—He dicho que nosotros debemos tener unidad —recalcó Temujin con indiferencia.

—¡Pero tú no quieres entenderme! —exclamó Jamuga enrojeciendo—. Tú buscas la unión para la conquista. Yo la busco por la paz y la seguridad, por el confort de los pobres sin hogar.

Temujin volvió el rostro hacia él, pétreo y sin expresión.

—Debo recordarte, Jamuga, que tú mismo has dicho que soy pobre y andrajoso, que no debo tener grandes sueños...

Jamuga lo miró en silencio. Luego exclamó:

—¡Necesito respirar!

Fustigó su ligero caballo negro y pronto había aventajado a los otros. Su figura se empequeñeció a lo largo del cerco del horizonte del desierto, avanzando a través de los escasos árboles, los arbustos y las rocas. Los otros, viendo esto, se volvieron hacia Temujin. Kasar preguntó ansioso:

—¿Qué te aflige, hermano mío?

—Nada —replicó Temujin plácidamente—. Jamuga quería respirar aire puro. —Se echó a reír con ligereza.

Jamuga no volvió hasta que se detuvieron para pasar la noche al amparo de un saliente rocoso. Estaba pálido, malhumorado y apenas habló. Era en vano que se recordara a sí mismo que Temujin necesitaría para proveer manutención a su gente y que sus posibilidades de supervivencia personal eran mínimas. Era joven y había sido abandonado por dos tercios de su tribu. Era pobre, no contaba con lealtades y ningún hombre era su amigo. Ningún khan poderoso querría tomarlo como vasallo y proporcionarle ayuda y sostén. Era inevitable que dentro de poco tiempo su gente lo abandonase por algún jefe poderoso capaz de dirigirlos y mantenerlos, y entonces él, como un perro, sería destruido por jefes más fuertes de otras tribus, a menos que se convirtiese en un humilde miembro de la masa anónima. En consecuencia, él, Jamuga, era un tonto por tener este inmenso y vago temor que había nacido al ver el extraño y agorero semblante de un joven que no tenía nada, sólo la ropa que vestía. Pero todo fue en vano. El temor permaneció y, cuando llegó la noche, no pudo conciliar el sueño. Próximo a él oía la profunda y regular respiración de Temujin y lo creía dormido.

Pero cuando la luna, moviéndose a través del cielo, envió un largo y frío rayo que, por una grieta en la roca, cayó sobre el rostro de Temujin, Jamuga vio que sus ojos estaban abiertos y fijos. No dormía en absoluto. Se apoyó sobre el codo y llamó con suavidad, con toda su pena en la voz y todo el deseo de paz entre ellos:

—¡Temujin!

Éste volvió lentamente la cabeza, sonriendo con afecto.

—¿Tampoco tú puedes dormir, Jamuga? Ven, vamos a caminar bajo la luna.

Se levantó y Jamuga lo siguió, envolviéndose en su manto para resguardarse del aire de la noche, tan cortante como el hielo.

Dejaron a sus compañeros durmiendo, arrebujados en sus capas. Caminaron hasta pasar los caballos, que dormían con las cabezas caídas y las monturas extendidas sobre unas rocas bajas. Caminaban lenta y silenciosamente por la tierra teñida de plata brillante, bajo un cielo como una escudilla invertida, lustrada hasta un radiante deslumbramiento. El misterioso e insondable silencio del desierto los envolvió. En la distancia había una muralla negra, como un terraplén hecho por el hombre, y tenían la misteriosa y molesta impresión de que miles de ojos espectrales los estaban observando. Altos arbustos y álamos muertos y solitarios semejabán una maligna y expectante presencia. Tenían una sensación de irrealidad, no de una irrealidad como sueño, sino de una mera conciencia de un hecho sobrenatural, como si

hubieran sido transportados a un lejano planeta. Sus sombras, negras y severas como azabache, se torcían detrás de ellos, sobre el suelo del desierto, dotadas de vida oculta.

Temujin se detuvo y contempló el cielo. Su voz sonó apaciguadora:

—En noches como ésta, Jamuga, en las miles de noches del desierto, yo me siento en extraña comunicación con otro mundo, un mundo de malevolencia, horror y palpitante vida. No puedo explicarlo. No puedo ver este mundo, pero siento que respiro su aire, que mi cuerpo roza sus habitantes y que siento los latidos de sus corazones en mí y a mi alrededor. A veces tengo miedo, conciencia de horribles terrores que no puedo discernir. Y otras veces, como ahora, siento que comprendo todas las cosas. —Hizo una pausa y luego dijo con voz extraña—: Oh, espíritus que vivís en el aire de los hombres y los odiáis, ¡soy uno de vosotros! ¡Imploro vuestra presencia y vuestra ayuda! ¡Supe siempre que nos comprendemos! ¡Vosotros comprendéis a los hombres como yo! ¡Yo sé que estoy aquí pero no sé por qué! ¡Sólo vosotros lo sabéis! ¡Yo no pido penetrar el misterio, sino sólo invocar sus poderes! ¡No me abandonéis, porque os conozco y soy una espada en vuestras manos!

Su rostro, elevado hacia el cielo, era una máscara de piedra negra cortada en ángulos con cuchillo de plata. Sus ojos resplandecían como los de un loco. Se detuvo ahí, bajo la luna. Alto, vibrante, como una estatua de mármol oscuro, iluminada con la luz de otro y más terrible mundo.

Jamuga se dijo: «Está loco. ¡Realmente loco!». Pero sabía que se mentía a sí mismo y sintió miedo. Contempló horrorizado el cielo. Por un terrible momento estuvo seguro de que alguna medrosa malevolencia había hecho un alto para escuchar y estaba contemplando a Temujin con sus ojos que todo lo ven. Tal vez algún demonio, pensó Jamuga. Tal vez alguna presencia que podría destrozarse toda la tierra hasta hacerla polvo.

Temujin dejó caer los brazos, volvió la cabeza y sonrió a Jamuga.

—Sigamos —dijo con voz normal.

Jamuga lo siguió. Habló dolorosamente:

—¿Qué intentas hacer ahora, ya que no has pedido la ayuda del khan Toghrul?

Temujin se encogió de hombros y sonrió de nuevo.

—Conozco el final de la jornada. Sé lo que me espera. Soy como un hombre que viaja por una calle destinada para él, pero que sólo puede ver una distancia ante sí. Seguiré paso a paso, sabiendo solamente que estoy en la calle. Mi destino me guía y, sabiendo esto, estoy contento.

Puso su brazo en el hombro de Jamuga y dijo:

—Ven conmigo. Continuemos juntos.

Entonces Jamuga, contra todos los argumentos de la razón y el escepticismo, se oyó (para su propia satisfacción) exclamar:

—¡No, no! ¡Nunca! Hasta el fin del mundo, ¡nunca!

Capítulo 29

MIENTRAS cabalgaban de regreso al campamento, hacia el pequeño río Tungel, donde estaban acampados los mongoles qiyat, Temujin pensó con placer en su joven esposa, Bortei, a la que retornaba ahora. Recordó que no había pensado en ella ni una sola vez durante su permanencia con el khan Toghrul. La hermosa Azara, a quien no había visto desde la noche de su desesperado consejo, había ocupado sus deseos y deslumbrado sus sentidos. Cuando trajo su semblante a su visión íntima, le pareció que estaba recordando un sueño del paraíso por el que debería esforzarse toda su vida por alcanzar.

Había algo más que mera codicia en su deseo por ella. Ella era la gloria con la que todos los hombres sueñan, una gloria mayor que el cuerpo de una mujer. Él había mirado en sus ojos y visto esplendor, ternura y comprensión. Nunca podría olvidarla y algún día sería suya. Al mismo tiempo, ella era la luna excelsa que viajaba en luz de plata sobre las oscuras rocas y cuevas donde él tenía su existencia cotidiana. Y en estas cuevas y en la sombra de esas escolleras, él podría vivir comfortable y afectuosamente con Bortei. En su mente, las dos mujeres nunca se acercaban. Eran criaturas distintas, una del cielo y la otra de la tierra.

Sólo tenía que acelerar sus planes, antes que Azara fuera dada en matrimonio al califa de Bojara. Pensó: «Ella es la consorte de mi corazón y mi alma, y nada puede separarnos». De Bortei pensó: «Ella es la consorte de mi cuerpo, la madre de mis hijos y el solaz de mi lecho».

Cuanto más se aproximaba a Bortei, más satisfecho se sentía. Era como un hombre que regresaba a un templado hogar después de un largo viaje a lugares gloriosos que nunca podría olvidar. Con todo, el recuerdo de Azara pendía en sus pensamientos como un dulce perfume, embriagador y estimulante.

Cabalgaban con rapidez hacia el hogar por la tierra llana del desierto, donde los quebrados pilares rojos se sostenían al lado de sus negras sombras caídas en la fundida luz. El viento abrasaba la tez de los jóvenes, que se protegían con las capuchas sobre las cabezas y frentes. Alrededor de los bocados de los frenos se amontonaba la espuma, y los caballos jadeaban de calor. Divisaron el resplandor amarillo del pequeño río a distancia y apresuraron el paso. Husmeaban en dirección al flanco de una roca roja

desmenuzada y proferían exclamaciones en voz alta para avisar a los suyos de su llegada. Divisaron las negras tiendas, agrupadas cerca del río. Los perros lanzaban fuertes ladridos para saludarlos.

Temujin refrenó su caballo, lanzando una exclamación a sus compañeros. Éstos sujetaron también sus caballos parándose en rígido e inmóvil silencio, clavando la mirada en la pequeña aldea de tiendas de campaña en el bajo valle. Todo estaba en profundo silencio en el resplandor amargo y amplificador del cambiante sol, a excepción de los ladridos de los perros, que tenían un fino y metálico sonido. Pero no había movimiento en la aldea, ni signos de caballos o rebaños, ni niños corriendo, ni mujeres, ni fuegos de campaña. Era como si toda vida, excepto los perros, hubiera desaparecido. Divisaban las tiendas en las lagunas color tinta de sus sombras. Divisaban el vacilante y perezoso resplandor dorado del río. Divisaban las colinas color escarlata y los verdes arbustos del desierto sobre la tierra amarillenta, pero nada más.

Temujin, con un grito violento, fustigó su caballo y el animal brincó como si fuera a elevarse en el aire. El joven galopó hacia la aldea. Lo siguieron sus compañeros gritando de angustia y aprensión. Detrás de ellos corrían los perros ladrando y mordiendo las patas de los caballos.

En una nube de polvo caliente, Temujin se precipitó al centro de la aldea, desmontó y se encaminó hacia las tiendas de su madre, su tío y su esposa. Nadie salió a su encuentro. Todas las tiendas estaban abiertas, sacudiéndose al ardiente viento. A medida que se aproximaba a las tiendas de su familia, oyó gemidos y sollozos. Saltó sobre la plataforma de la tienda de Houlun y entró.

Kurelen yacía inconsciente sobre su canapé con el semblante como una máscara mortuoria. Próxima a él estaba Houlun en cuclillas, ceñuda y silenciosa, con el rostro no menos pálido. Lavaba el rostro y el pecho deformado de su hermano. Toda su atención estaba fija en él como si su vida pendiese de un hilo. En el suelo y a su lado, se acurrucaba Chassa, dos viejas sirvientas y tres o cuatro mujeres más jóvenes con sus niños en brazos. Gemían mientras se mecían sobre sus nalgas. Al otro lado del canapé estaba de pie el chamán, con el rostro oscuro, la mirada fija y los brazos cruzados sobre el pecho. Sólo él levantó la vista cuando entró Temujin y sus ojos resplandecieron con una luz maligna.

—Era hora de que regresaras —dijo con voz lúgubre—. Pero ya no te valdrá de nada.

Temujin palideció. Se acercó a su madre y le tocó un hombro, pero ella no lo miró. Su corazón estaba en sus ojos mientras lavaba y atendía a Kurelen.

No tenía conciencia de otra cosa. Su hijo la sacudió, primero suavemente y luego con brusquedad. Aún sin recibir respuesta de la ensimismada mujer, se volvió con ansiedad hacia el chamán, que sonreía perversamente.

—¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está mi pueblo?

Sus compañeros, que acababan de llegar, se detuvieron fuera sobre la plataforma, tratando de ver lo que sucedía dentro.

Kokchu sonrió con la malicia del odio.

—Al segundo día de haberte ido, vinieron los merkitas, los bárbaros del mundo blanco helado. Nuestros guerreros trataron de defender la horda. Todos, menos seis, fueron muertos y estos seis huyeron para salvar sus vidas. Entre ellos estaba Belgutei. Los merkitas tomaron muchas mujeres y niños. — Hizo una pausa y sus ojos se hicieron malignos mientras estudiaban a Temujin—. Entraron en la tienda de tu esposa Bortei y la tomaron. Kurelen intentó defenderla. Uno de los merkitas lo hirió en el hombro con su lanza y lo dejó por muerto. —Se encogió de hombros—. Les supliqué que dejaran a Bortei, pero me respondieron gritando que ellos eran hombres del clan de tu madre Houlun, que fue robada a su esposo. Y ahora, dijeron, la darían como esclava a un pariente del primer esposo de tu madre, como recompensa y venganza. Se llevaron también nuestro ganado y a la madre de Belgutei.

Mientras el chamán hablaba, Temujin palideció hasta parecer que toda la sangre había abandonado su cuerpo. Se mantuvo erguido sin moverse, aunque Chepe Noyon, Subodai y Jamuga lanzaban exclamaciones de pena y desesperación y corrieron hasta las otras tiendas, buscando en vano a sus madres y hermanas. Con todo, aunque el tiempo pasaba en la caliente lóbreguez de la tienda, llena con los gemidos de las desdichadas mujeres y niños, Temujin no se movía. Tenía la cabeza inclinada y su rostro, más blanco que la nieve. El chamán lo observaba sonriendo oscuramente con su perverso triunfo, deleitado, aun en este desastre para su pueblo, de que Temujin estuviese tan herido.

«¿Qué estás pensando, arrogante soñador? —pensó con malicia—. ¿No te sientes derrotado, tú jactancioso, tú Kha Khan, tú emperador de todos los hombres? ¡Me satisface verte reducido a esto, cazador cazado! ¡Has fracasado, porque ninguno de los hombres del khan Toghrul está contigo y no tienes a nadie, sólo a estas miserables mujeres y tus hambrientos mendigos que se llaman a sí mismos tus héroes! ¿Dónde irás ahora, perro salvaje? Cada hombre está en contra tuyo y antes de que caiga la noche tu cuerpo será carnaza para los buitres».

Entonces, lentamente, como oyendo estos virulentos pensamientos, Temujin levantó la cabeza fijando sus terribles ojos en el chamán. Kokchu retrocedió presa de un vago terror, como si fuera atacado por una terrible bestia. Pero la voz de Temujin sonó tranquila cuando habló:

—Pero tú, Kokchu, sigues vivo.

El chamán tembló. Entreabrió los labios, pero pasaron unos momentos antes de que pudiera responder, y entonces sólo débilmente:

—Yo no soy un guerrero. Sólo soy un sacerdote.

Temujin hizo una mueca y dijo:

—Ya. Es verdad que cuando los hombres buenos mueren, el sacerdote vive.

Kokchu retrocedió otro paso. Se humedeció los labios, pero no pudo hablar otra vez.

Kurelen, inmóvil en su canapé, movió la cabeza con un débil quejido. Temujin se inclinó colocando su mano sobre la frente de su tío. La transpiración caliente lo sobrecogió. Houlun, como dándose cuenta por primera vez de la presencia de su hijo, lo miró con los ojos hundidos, llenos de angustia. Profirió una exclamación ahogada y rompió a llorar. Recostó la cabeza en él, abandonándose a su pena. Su largo cabello negro cayó sobre su rostro.

Temujin fijó su atención en los contraídos párpados de su tío.

—Kurelen —llamó en voz apremiante—. ¡Kurelen, soy yo, Temujin, y voy a vengarte! —Kurelen se agitó de nuevo, como si en lo profundo de su cuerpo moribundo hubiera oído a Temujin y se esforzara por ir a su encuentro.

Kasar se arrodilló al lado de su madre. Recostó la cabeza sobre el pecho de ella, intentando consolarla silenciosa y torpemente. Sus exclamaciones y sollozos eran desgarradores. Pero Temujin miraba sólo a su tío, y su voluntad lo impelió, lo forzó a subir a la superficie del oscuro mar que se lo estaba tragando.

Los contraídos párpados se movieron levemente. Temblaron los labios resquebrajados. Entonces, casi imperceptiblemente, los ojos se abrieron. Los ojos vidriados se fijaron en Temujin. Kurelen sonrió intentando levantar una mano. El otro brazo y hombro estaban cubiertos con trapos manchados de sangre seca.

Temujin puso el oído sobre la boca de su tío, porque era evidente que el lisiado trataba de decirle algo. Sintió la seca agitación de los labios de Kurelen y oyó el susurro de su cuchicheo:

—¡Oh, de modo que has vuelto! Ahora viviré.

Temujin le sonrió.

—Ciertamente que vivirás, tío mío. Más que nunca te necesito. Pero ahora duerme y recóbrate.

Colocó su mano sobre la frente de Kurelen, la deslizó suavemente y presionó los ojos para cerrarlos. Un débil tinte de color apareció en las facciones de Kurelen. Exhaló un profundo suspiro, volvió la cabeza y se durmió. Entonces Temujin se acercó a su madre. Se arrodilló y la tomó entre sus brazos.

—No llores, madre, Kurelen no morirá. Te lo prometo. Y te prometo que vengaré tu pesar y tus sufrimientos.

Houlun lloró sobre su hombro y luego, arrodillada, se durmió entre sus brazos, vencida por un profundo agotamiento. Él la dejó en manos de las sirvientas, que la recostaron suavemente en el suelo al lado de su hermano.

Mientras tanto, llorando desconsolados, regresaron los otros. Temujin salió al sol cegador y, de pie en la plataforma, los miró. Sus compañeros contemplaron su rostro esculpido como una piedra y los ojos como resplandecientes esmeraldas.

—Mis compañeros —dijo con tranquilidad—, gran infortunio ha caído sobre todos nosotros. Pero no debemos desperdiciar el tiempo en lamentaciones. Debemos cobrar venganza. Debo recobrar a mi esposa y vosotros a vuestras hermanas. No debemos detenernos por el pesar, dejarnos vencer por la desesperación, ni mucho menos darnos por perdidos. Chepe Noyon, corre hasta el khan Toghrul y solicítale su ayuda sin demora. Subodai, Kasar y Jamuga permanecerán conmigo.

Chepe Noyon, palideciendo, se tocó la frente con la mano. Se dirigió hasta la tienda desierta de su madre y llenó sus alforjas con kumiss, mijo y provisiones para él y su exhausto caballo. Sus compañeros lo oyeron momentos después dejar la aldea a galope, viendo su figura subir sobre la ladera del valle. Un momento más tarde había desaparecido tras la roja roca. Aún oyeron el eco de su marcha a medida que cabalgaba por la tierra agrietada.

Temujin dejó dormir a su madre un rato, luego la despertó y ordenó que ella y las otras mujeres prepararan la poca comida que les quedaba, pues él y sus compañeros tenían hambre. Sabía que la actividad iba en contra de la desesperación. Pronto ardían dos o tres hogueras. Mientras tanto, Kasar, Jamuga y Subodai, que habían salido a cazar, regresaron con un zorro, una marta y varios conejos. No había otra comida sino lo que ellos pudiesen cazar

en el desierto y las colinas. Fue una pequeña y abatida pero un tanto confortada reunión la que hubo alrededor de los fuegos esa noche, comiendo la frugal cena y bebiendo los restos de kumiss y vino. Temujin les había imbuido algo de su feroz resolución y coraje. Después de la cena ordenó a Kasar y Subodai que tocasen música. Kasar cantó con su fuerte voz juvenil y Subodai interpretó hermosas jácaras con su flauta. Más allá de los fuegos, las desiertas tiendas se agitaban al viento del desierto y las estrellas aparecieron, enormes y frías. En su tienda, Kurelen despierto y menos afiebrado ahora, escuchaba y sonreía sosteniendo la mano de su hermana. Pero el chamán, atemorizado, se refugió en su tienda.

A Jamuga lo abatía una profunda pena, no sólo porque su padrastro había sido asesinado por los merkitas, y su madre, los hermanos menores y su hermanita habían sido raptados, sino también porque su cofre de tesoros había sido robado por los invasores. Éstos le eran tan queridos como los de su sangre, y mientras estuvo frente al fuego apenas pudo comer, aun hambriento como estaba. Recordaba cada estatuilla de marfil, cada daga con incrustaciones, cada vaso y plato esmaltado, cada manuscrito pintado, y le parecía que su corazón sollozaba. Pensó: «Cuando la belleza y la dulzura se han ido, ¿qué queda en la tierra?». Se enjugó las lágrimas con el borde de su manga.

Esa noche Temujin reposó en su lecho solo. El lugar de Bortei estaba vacío.

Clavaba la mirada en las negras paredes de su tienda. Su boca estaba inmóvil y apretada. Pero se dijo que debía dormir porque al día siguiente habría mucho que hacer.

Decidido, cerró los ojos, y tan intenso fue su deseo que en breves momentos dormía profundamente, empuñando su espada.

Capítulo 30

POR LA mañana Temujin comunicó a sus amigos que debían recorrer el desierto y las montañas para buscar a Belgutei y los seis guerreros que habían escapado a los merkitas. Él y Jamuga irían juntos a través de los peligrosos territorios por donde vagaban los taigutos. Subodai y Kasar irían hacia el norte y oeste, respectivamente. Pero antes salieron de caza para dejar alimento a las mujeres y niños. Cuando esto fue suministrado para varios días, partieron a la búsqueda de sus guerreros.

Temujin y Jamuga cabalgaron un largo trecho, lado a lado, deteniéndose sólo para reponerse, y peinaron cada metro de la amenazadora región. Pero sólo el silencio de los campos áridos los saludaba, a despecho de sus retumbantes gritos cuando entraban a un lugar de cuevas, hoyos, rocas y valles hundidos. Solamente el sol cegador y el viento arenoso les salían al encuentro en todas partes, exceptuando los ásperos graznidos de los pocos pájaros del desierto y las huidas de las asustadas lagartijas sobre la tierra dura. Evitaban los oasis y arroyos durante el día, recelando de los taigutos, y buscaban agua sólo en la noche y en silencio. Al tercer día, Jamuga fue dominado por un difuso temor porque le pareció que no era Temujin quien cabalgaba tan silenciosa e inexorablemente a su lado, sino una implacable furia que parecía inagotable. Temujin hablaba cada vez menos y marchaba rápidamente. Jamuga estaba seguro de que él, él mismo, se caería agotado de su caballo. Su perfil frente al quemante Cielo Azul, era el perfil de un ave de presa, agudo, bronceado y montaraz, al que jamás se le haría retroceder, sino que continuaría hasta cobrar su venganza. Cada día parecía más delgado, más oscuro de tez y más ceñudo. Ambos jóvenes no conversaban ya entre ellos, economizando sus fuerzas para sus periódicos gritos y llamadas. Y a medida que penetraban más y más en la región de los taigutos, usaban más los ojos que las voces, buscando señales en la tierra cascajosa. Una vez, durante un crepúsculo violeta, advirtieron los fuegos anaranjados de un campamento taiguto y lo rodearon en un círculo, como sombras.

Jamuga dijo:

—No es posible, Temujin, que se hayan adentrado tanto en esta peligrosa región. Volvamos.

Temujin no respondió de inmediato. Por fin, dijo:

—Es verdad. Esta noche, si no los hemos encontrado, volveremos. No obstante, tengo el presentimiento de que no están lejos de nosotros.

Habían llegado a una vasta estepa y, deteniéndose en un alto pastizal, Temujin miró alrededor.

—Éstos son los apacentaderos de mi pueblo —dijo—. Conquistaré estos lugares para ellos.

—Una vez fueron nuestros —observó Jamuga tristemente—. Los taigutos no necesitaban estos apacentaderos. ¿Por qué toman los hombres más de lo que necesitan? Sin duda hay bastante espacio en el mundo para todos los hombres.

Lentamente, Temujin se volvió hacia Jamuga y el oscuro menosprecio de su semblante sacudió a su amigo como un golpe. Pero Temujin no habló. Sólo se irguió más en su caballo y salió a galope tendido. «Ya no lo comprendo», pensó Jamuga con melancolía. «Pero ¿lo comprendí verdaderamente alguna vez?».

Con todo, cuando alcanzó a Temujin, nada podía ser más afable que la sonrisa del joven khan. Cabalgaban lado a lado en cordial silencio. Temujin se inclinaba hacia su amigo descansando una mano en su hombro. Para Jamuga, esto era paz y felicidad, y pensó que estaría contento de marchar así hasta la eternidad: con la mano de Temujin en su hombro y el sol en sus rostros. «Ciertamente —pensó con una especie de pasión— nada puede haber más dulce que la amistad, la confianza y la estimación. Los hombres que las poseen no son hombres que marchan en la oscuridad armados sólo con el odio, no hombres peligrosos a quienes otros hombres deben matar para salvar al mundo».

Esa noche acamparon en un elevado bosque de pinos, durmiendo bajo una frazada. Por lo menos Temujin durmió, pero Jamuga no. Dormir nunca le resultaba fácil, porque sus pensamientos eran siempre demasiado tristes y melancólicos. Pero pudo maravillarse ante la firme voluntad de Temujin, que podía dormitar en el mismo umbral de los enemigos, y que no se permitía nunca el miserable lujo de la ansiedad y la desesperación. Acostado de espaldas, tenía su tosco rostro vuelto hacia la luna, y Jamuga recordaba el colosal y funesto perfil que Kurelen le había señalado, diciéndole que era el perfil de Temujin. Era verdad. El suyo era el rostro de un gigante durmiendo, ominoso y lleno de poder y predestinación. Y de nuevo el corazón de Jamuga se hundió en un foso de tristeza y se dio cuenta de que había estado cabalgando en una ilusión y que no conocía a Temujin en absoluto.

Se recostó sobre el codo, mirando a su hermano juramentado. Y mientras lo hacía, su mente se hizo confusa, pareciéndole que toda la brillantez de la luna se había concentrado en el rostro dormido de Temujin y que más allá de eso no había nada, sólo una nebulosa quimera. Estaba fascinado y aterrorizado. Sacudió la cabeza como para desembarazarla de su creciente confusión. La luna refulgía con su argentada luz, dando un aspecto de salvaje ferocidad a Temujin, un aspecto inquietante. Un mechón de su cabello rojo caía suavemente sobre su ceja, pero no alteraba su expresión. Podía haber sido una mariposa revoloteando sobre una piedra.

A la mañana siguiente Jamuga dijo:

—Debemos volver. No los encontraremos en esta región.

Temujin estuvo de acuerdo, pero había una curiosa luz en sus ojos y Jamuga pudo ver que estaba pensando en otra cosa. Sus ojos tenían la serenidad de un lago gris sobre el que sus pensamientos estaban en suspenso como nubes, pero no podían ser discernidos. Por último dijo:

—Hay maravillosos apacentaderos desconocidos por nosotros y yo los obtendré para mi pueblo.

Se detuvieron en una vasta planicie de sereno esplendor. No podían ver otra cosa que la inmensa llanura, como un mar suavemente agitado por el viento. Hacia el norte había un solitario pico blanco, resplandeciente como cristal. El aire era tan puro y claro como una montaña de agua. Y el viento, cargado con las frescas esencias de la tierra y el pasto.

Como Jamuga no contestara, Temujin se volvió hacia él con una sonrisa:

—Tú piensas que soy un jactancioso. No crees en mí.

Jamuga lo observó un momento. Luego dijo amargamente:

—Yo creo en ti.

Entonces, absorto en sus tristes y perturbados pensamientos, se puso a la cabeza, seguido por la risa sutil e indulgente de Temujin.

A mediodía Temujin dijo:

—Tienes razón. Debemos volver ahora.

Hicieron girar sus caballos y cabalgaron alejándose del gran pico blanco, que no parecía haberse aproximado a ellos. Dejaron la estepa y avanzaron por una extensa planicie. Entonces se detuvieron de pronto. Avanzando hacia ellos venía un grupo de jinetes: los taigutos.

Jamuga profirió una ahogada exclamación:

—¡Los taigutos! ¡Nos han visto! ¡Huyamos!

Los jinetes eran dirigidos por Targoutai, el viejo enemigo de Temujin, que instantáneamente reconoció al joven por su cabello rojo encendido y su

manera erguida de sentarse sobre su caballo. Targoutai soltó un áspero y triunfante grito y, seguido por sus hombres, galopó hacia Temujin blandiendo su lanza.

—Vamos —dijo Temujin en voz baja.

Giraron sus caballos y huyeron a todo galope. Oyeron gritos y vieron flechas pasar a su lado. Los taigutos iban ganando terreno, porque sus caballos estaban frescos y los de Temujin y Jamuga, ya cansados. Temujin detuvo su caballo y miró a Jamuga.

—Sigue, Jamuga, yo trataré de detenerlos un momento para darte tiempo.

Jamuga lo miró a los ojos y replicó con resolución:

—No. Me quedaré contigo y, si mueres, moriré a tu lado.

—¡Tonto! —exclamó Temujin, pero le sonrió.

Dio un tirón a las riendas y su caballo se irguió sobre las patas traseras. Temujin balanceó la lanza en su mano y Jamuga aseguró una flecha en su arco. Esperaron listos e inmóviles.

Los taigutos, sorprendidos, disminuyeron su velocidad. Pero Targoutai, que sólo deseaba matar a Temujin, creyó que sus hombres le seguían. Temujin entornó los ojos, levantó su lanza, midiendo la distancia que se acertaba entre él y su viejo enemigo. Targoutai llegó como una sombra vengativa, corriendo sobre el pasto verde. Temujin levantó su lanza, apuntó y la lanzó con toda su fuerza juvenil. Un segundo más tarde se clavaba en la pierna de Targoutai. Otro segundo y la flecha de Jamuga se clavó en el pescuezo del caballo de Targoutai, que se revolvió con un quejido de agonía. Targoutai, con un encogimiento de dolor, cayó hacia atrás y dio brusca y pesadamente con su cuerpo en tierra. El caballo perdió el equilibrio y cayó también, golpeando a su amo. Los restantes jinetes tropezaron con el jefe caído y su caballo, siendo lanzados de cabeza. El aire se llenó con los gritos de los hombres y los caballos.

—¡Vamos! —dijo Temujin, y de nuevo huyeron.

El temor de la muerte los agujoneaba y fustigaban sus caballos con saña. Galoparon a furiosa velocidad, inclinándose hacia delante, apoyados en los estribos sin preocuparse acerca de la dirección que llevaban, sólo esperando correr más que sus enemigos. Los caballos, enloquecidos, olvidaron el cansancio y no cejaron en su galope.

Temujin miró por encima del hombro y lo que vio lo hizo reír de regocijo: los taigutos se habían quedado muy rezagados. Sólo tres los seguían ahora y, sin mucho entusiasmo, blandían sus látigos fríamente persiguiendo a los dos jóvenes con roncas amenazas. Unos minutos después, los habían perdido.

Él y Jamuga corrían ahora por el valle hacia el incandescente pico blanco, la montaña de Burkan.

Temujin fijaba los ojos en el pico. Ahí habría relativa seguridad por algún tiempo. Los caballos jadeaban cubiertos de sudor. Pero todavía los espoleaban, rogando que llegase rápido el crepúsculo de las estepas.

Llegó. Una cortina púrpura cayó sobre la tierra. El pico blanco adquirió un resplandeciente rosa frente al cielo amatista. El viento se levantó profundo y atronador, como la voz de un tremendo tambor. Sobre la montaña apareció el rostro trémulo de la luna.

Ellos estaban solos en la tierra. Los caballos jadeaban pesadamente. Para descansarlos un poco, los jóvenes desmontaron, llevándolos de las riendas.

La tierra no era ya herbosa, sino quebrada por piedras y rocas. Luego se inclinaba y se elevaba en empinados fosos. Al resguardo de un saliente de tierra y piedra, los dos jóvenes se detuvieron para pasar la noche, sin atreverse a hacer un fuego aunque el aire se había puesto muy frío, casi helado. Se envolvieron en sus capas acurrucándose juntos bajo las mantas. Instantáneamente se durmieron por agotamiento, incluso Jamuga, cuya mente era siempre un campo de batalla para pensamientos angustiosos. Sobre ellos se elevaba la montaña de Burkan, como una gigantesca protección negra frente al lechoso cielo.

Llegó el alba, todo perla, azul y oro. Temujin dijo:

—La montaña ha salvado mi vida. Hasta el fin de mis días haré sacrificio aquí y mandaré a mis hijos hacer lo mismo en mi nombre.

Cruzó los brazos y se inclinó profundamente, tres veces, ante la montaña, a la que la mañana había transformado en una llama blanca. Luego saludó al sol e imploró al eterno Cielo Azul que lo protegiese por siempre jamás.

Algo más tarde, habiendo bebido agua de una fría corriente de la montaña e ingerido un puñado de mijo seco, iniciaron cautelosamente el viaje de regreso, evitando tanto como fuera posible cualquier extensión de tierra durante el día y cabalgando a través de ellas sólo por la noche.

Tardaron varios días en llegar de nuevo al pequeño río Tungel y al campamento mongol. Allí, para su gran alegría, descubrieron que Belgutei y los otros habían sido encontrados y estaban de regreso ya.

Kurelen se había recuperado y escuchó con ansiosa atención el relato de Temujin, de su huida de los taigutos. Esa noche, el chamán, después de una breve insinuación de Temujin, ofreció sacrificio al Cielo Azul por haber permitido que el joven khan se salvase.

Dos noches después arribó Chepe Noyon, seguido por un formidable destacamento de guerreros keraítas enviados para auxiliar a Temujin por el khan Toghrul.

Capítulo 31

KURELEN se maravillaba observando la actividad inagotable de Temujin, que instruía a sus guerreros y a los keraitas para una incursión contra los merkitas e inspeccionaba cada detalle del complicado plan. Él sabía que iba a ser algo más que una invasión de venganza y confusamente empezó a percibir lo que era, porque Temujin ordenaba que sólo dieran muerte a los merkitas que se resistieran.

Los prisioneros debían ser respetados y la horda entera de los merkitas, si fuera posible, debía tomarse intacta. Fue particularmente insistente en que las mujeres merkitas debían ser salvadas, así como los niños pequeños. Los guerreros sólo serían desarmados y sometidos. Añadía, con alguna ironía, que el chamán no debía ser molestado, ni los viejos padres de familia.

Algo inusual, Kurelen citó a su sobrino en su tienda y le dijo que le asombraba que Temujin no mostrara sed de sangrienta venganza por el rapto de su mujer y el asesinato y cautividad de tanta gente de su pueblo. Quizá, sugirió con gesto malicioso, el corazón de Temujin se había reblandecido o quizá ya no le importaba Bortei, quien podría pensar que él era un hombre débil por no vengar su humillación.

Temujin le contestó algo que sería repetido durante años:

—Los hombres son algo más que la venganza, y la unidad, algo más que los deseos personales.

Kurelen se mordió las uñas meditando y sonriendo.

—¿No es nada, para ti, que tu esposa haya sido raptada por un merkita y quizá llegue a ser la madre de su hijo?

El rostro oscuro de Temujin palideció, pero replicó tranquilamente:

—He dicho que hay cosas más grandes que una mujer y más prodigiosas que el corazón de un hombre.

—Palabras valientes —repuso Kurelen con cínica reflexión—. Parecería que no tienes pasiones humanas, que eres el más frío de los realistas.

—Lo que tengo que hacer no tiene que ver con las pasiones humanas, que son insignificantes.

—¿Qué es lo que deseas? —inquirió Kurelen curioso.

Temujin sonrió levemente.

—El mundo —respondió, y se marchó.

Solo ya, Kurelen rompió a reír.

—¡El mundo! —exclamó—. ¡Joven tonto! Y sin embargo, creo que lo tendrá.

Salió a la plataforma de su tienda y se recostó contra el hombro de Chassa. Temujin estaba montado en su semental blanco con Kasar, Jamuga, Chepe Noyon, Belgutei y Subodai a su alrededor. Detrás de él, en caballos frescos, el resto de sus guerreros, y detrás de éstos se veían los oscuros e inescrutables rostros de los guerreros keraítas, que observaban a Temujin con curiosidad e interés. Él los había convencido ya de su coraje, inteligencia y resolución, y esto, combinado con los mandatos del khan Toghrul, los había persuadido a seguirlo y obedecerlo hasta el fin.

Temujin estaba sobre su caballo, con el rojo sol del crepúsculo como un aura de llamas a su alrededor. Su semental sacudía la crin blanca y piafaba. La voz de Temujin, mientras daba sus últimas órdenes, era tranquila y penetrante. Hasta los perros, como comprendiendo que algo trascendental estaba en preparación, sólo olfateaban los talones de la horda. Sobre ellos el cielo del atardecer se consumía en augusto incendio, y de éste el vívido cabello de Temujin tomaba un reflejo encendido.

Entonces levantó su lanza, giró y partió al trote. Con gritos ásperos y exclamaciones de triunfo, la horda le siguió en apretada formación. La tierra temblaba bajo su marcha. Cabalgaban a la puesta de sol, como negras siluetas recortadas contra él, levantando nubes de polvo carmesí detrás de ellos.

Kurelen se volvió con una extraña sonrisa y puso sus manos sobre las mejillas de Chassa.

—¿Sabes, Chassa?, has visto el principio de la convulsión de la tierra. —Y luego—: Ríete si quieres, Chassa, porque soy un tonto viejo y lisiado que dice locuras. Sin embargo, aun cuando te rías, has de saber que he hablado la verdad.

La luna se levantó, inundando la tierra y el cielo con su luz plateada. En ese momento Temujin y su horda cabalgaban tan silenciosos como era posible, oyéndose sólo el tintineo de los arneses y los cascos de los caballos. Nadie hablaba. Se movían bajo la luna, cautelosos y listos, con sus lanzas preparadas y sus sombras deslizándose con ellos. Seguían los rodeos de angostos pasillos entre espejismos y rocas salientes, descendiendo a cráteres y ascendiendo a planicies. Cuando la luna estaba en su mayor altura, al rodear el flanco de una suave colina vieron debajo de ellos los fuegos y humos del campamento de los merkitas.

Temujin detuvo la marcha y estudió cuidadosamente la situación del campamento, que era muy numeroso, quizá de más de cinco mil almas. Las negras tiendas se amontonaban en un vasto círculo con los fuegos en el centro. Podían oír los mugidos del ganado y los débiles sonidos de la risa y la música. Los perros olfatearon su presencia y comenzaron a ladrar.

—¡Vamos! —dijo Temujin. Levantó su lanza y gritó amenazador.

La horda se unió a sus gritos. Los caballos relincharon levantando las cabezas. Entonces, como espíritus vengadores, cabalgaron descendiendo al campo en una oleada de ruidos, gritos y repiqueteos de cascos.

Los merkitas no se lo esperaban, y menos que Temujin tuviese tantos refuerzos. Fueron tomados por sorpresa. Apenas tuvieron tiempo de mirar hacia arriba para ver este feroz batallón de guerreros, cuando éstos se habían lanzado como una ola sobre ellos. Corrieron hacia sus tiendas para coger sus armas, pero el enemigo los bloqueó, golpeándolos con látigos, maniatándolos con lazos, dominándolos con sus caballos. Los que se resistían eran acorralados, y éstos eran muchos, porque los duros merkitas eran luchadores valientes y no se rendían fácilmente. Los relinchos de los caballos, los chillidos de las mujeres y los niños, los gritos y llamadas de los hombres, los ladridos de los perros y los mugidos del ganado llenaron la noche de confusión y tumultuoso alboroto.

Temujin, luchando a brazo partido, se abrió camino a través del fragor del combate. Cabalgó entre las tiendas llamando a su esposa. Ahora no era ya un guerrero vengador, sino un esposo buscando a su mujer.

—¡Bortei! —llamaba—. ¡Bortei, mi amada, soy yo, Temujin!

Alguien lo alcanzó y cogió sus riendas, bamboleándose con ellas. Temujin levantó el puño para golpearlo cuando vio que era Bortei. Con un grito de júbilo extendió su brazo tomándola por la cintura. Levantándola, la colocó detrás de él. Ella le rodeó el cuello con sus brazos y, reclinándose contra su espalda, lloró.

—¡Mi esposo! ¡Mi esposo! ¡Por fin has llegado! —El cabello le cubría el rostro.

Su peso era una dulce y preciosa carga contra él. Y aun en esos momentos de confusión, muerte y lucha, consiguió besarla, estrecharla fuertemente entre sus brazos y confortarla.

—¿Dudabas de que viniera, mi amada?

Mientras tanto, sus guerreros habían logrado someter a los merkitas. Empujaban con látigos a hombres, mujeres y niños, irrumpiendo en las tiendas y arrastrando a sus aterrorizados ocupantes. Luego, cuando todos

fueron agrupados en lugar abierto, la horda montó grupos alrededor de ellos y Temujin les habló:

Su voz era melosa y firme:

—Oíd vosotros, merkitas, no he venido sólo por venganza, aunque el que haya tomado mi esposa deberá morir y tan terriblemente como sea posible. He venido a vosotros como amigo y como conquistador. En adelante seréis mis vasallos y mi pueblo, y yo seré vuestro señor. Apresuraos, pues, uncid vuestros bueyes a las tiendas y seguidme...

Bajó la mirada hacia los rostros estupefactos y desencajados y sonrió. El silencio le respondió. Vio sólo miradas de extrañeza y obstinación, y lágrimas. Pero estaba satisfecho.

Al amanecer cabalgó de regreso a su campamento con los miles de prisioneros y sus guerreros detrás de él. Y más atrás, el ganado y los numerosos caballos, y los cientos de tiendas llenas de llorosas mujeres y niños. Pero los guerreros merkitas avanzaban con la mirada al frente.

Esa noche el hombre que había raptado a Bortei fue lenta y metódicamente quemado vivo con la apropiada ceremonia.

Capítulo 32

TEMUJIN, victorioso, había adquirido sus primeros vasallos. Pero si él sentía regocijo, éste no era evidente en su inescrutable porte, en su voz fuerte y tranquila y en sus controlados movimientos. La bandera de las nueve colas de búfalo flameaba triunfalmente delante de su tienda. Pero nadie sabía lo que él pensaba.

Conocía muy bien la utilidad del miedo. Por eso llamó al chamán para hablar con él. Kokchu llegó enseguida, sumiso y astuto. Miró a Temujin con ojos llenos de malicioso respeto e hizo una reverencia ante su joven señor, quien estaba recostado indolentemente en su canapé con su joven esposa a su lado. Temujin jugueteaba con las largas guedejas de su cabello, mientras clavaba la mirada en el chamán.

—Kokchu, hoy ofreceré una gran fiesta para celebrar mi primera victoria. Y después de la fiesta, tú hablarás a mi pueblo. Les hablarás de una visión que tuviste anoche.

El chamán hizo otra profunda reverencia.

—¿Y qué visión era ésa, señor? —interrogó suavemente con una levísima nota de ironía en su tono.

Temujin sonrió.

—Que yo nací para ser el señor del Gobi, que quien me siga encontrará la gloria, la victoria y muchas riquezas; y quien me falle morirá horriblemente y sin piedad, y los espíritus del Cielo Azul lo maldecirán eternamente.

Kokchu sonrió.

—Pero ya he dicho eso a la gente.

—¡Dilo otra vez! El miedo debe serles familiar. Miedo de mí, de mi mirada, de mi voz, de mi mano. Invoca a los espíritus.

Los ojos astutos de Kokchu resplandecieron.

—Mejor aún, haré descender al señor de los espíritus para que se lo diga él mismo. —Miró a Bortei, que estaba sonriendo, e hizo una reverencia en su dirección.

Cuando se hubo ido, Temujin rompió a reír.

—En verdad, nadie puede resistir al hombre que tiene al sacerdote de su lado.

Besó a Bortei apasionadamente y ella le devolvió los besos. Pero entre ellos había una cuña de oscuridad. Una luna entera había pasado y Bortei

sabía que tendría un hijo. Temujin también lo sabía. Pero ninguno de los dos sabía si el hijo era de Temujin. No era asunto de extrema trascendencia para él, se convenció Temujin a sí mismo. Los mongoles amaban y valoraban los niños como una evidencia del poder de la tribu, y los niños eran, con los rebaños, las primeras ganancias de la guerra. Los hombres, como decía Temujin con frecuencia, tenían más valor que los cofres de oro. Con todo, cuando sostenía a Bortei en sus brazos y supo que otro hombre la había sostenido así en la templada y oscura intimidad de la noche, su corazón se inflamaba como una llama que chamuscaba y quemaba toda su carne. Pero de día el asunto se hacía insignificante. Amaba a Bortei. Ella lo entretenía y lo emocionaba deleitándolo con su ingenio perspicaz e inteligencia y con la belleza de su cuerpo joven. Era más influenciado por ella de lo que él creía, porque su sensibilidad hacia las mujeres era enorme.

Y Bortei, que era extremadamente vivaz, tenía sujeta su desilusionada amargura y sabía que debía esperar. Ella había esperado, antes de ser capturada por los merkitas, que un hijo cimentaría su dominio sobre Temujin, pues entonces él sería más fácilmente manejable. Pero ahora este hijo vendría bajo una sombra de sospecha. Sabía que debía esperar otro hijo que fuese indudablemente de Temujin. Mientras tanto, ella debía preparar el camino que intentaba hacerle seguir, procediendo delicada y astutamente, sin mucha presión.

Su concupiscencia por Subodai se había acrecentado, antes que disminuido. Ella había ganado su respeto y admiración por su devoción a Temujin. Con frecuencia, cuando Subodai llegaba a la tienda de Temujin y la encontraba con su esposo, la miraba benévolo con sus hermosos ojos tranquilos, y a menudo se entretenía con su perspicacia, riéndose con inocente sinceridad.

Bortei tenía necesidad de mucho consuelo y coraje, porque Houlun, que no había olvidado la muerte de Bektor por Temujin y su posterior declaración insultante para ella, hacía todo lo que podía por disciplinar a la joven esposa severamente y hacerle dura la vida. Había ahí una mujer más joven que la que debía ser reverenciada, honrada y respetada, y ésta ejercía su privilegio con austeridad, sin concesiones y gran frialdad. Era como si se estuviera vengando de todas sus humillaciones, desesperaciones y penas. Y no fue hasta que quedó definitivamente establecido que Bortei iba a tener un hijo, que Houlun dejó a un lado su látigo, refrenándose de golpear a la muchacha como era su costumbre cuando la disgustaba.

Debajo de la superficie de los triunfos de Temujin, toda clase de pequeñas pasiones oscuras se retorcían sin ser vistas. Pero como él no pertenecía al orden común de los hombres, se mantenía en esa resplandeciente superficie rehusando interesarse por lo que yacía debajo. Él había trazado el camino que debía seguir y las pequeñeces no debían inmiscuirse.

La fiesta que había ordenado fue cordial y tumultuosa. Los merkitas se habían reconciliado con su nuevo señor, porque la ley del Gobi era la ley del superviviente y el triunfo de los que se adaptaban, un edicto natural ante el que todos los hombres sensatos se inclinaban.

Confiaban en que Temujin proveería protección y apacentaderos para todos. Los guerreros keraítas que Toghrul había enviado a Temujin permanecieron con él y Toghrul despachó a sus esposas e hijos y sus tiendas para reunirse con ellos. Envió también un cofre de plata, con brillantes monedas de oro, y un cargamento de espadas, lanzas, escudos y cimitarras, y dos días más tarde envió otro obsequio a Temujin: veinte yeguas de cría de las más finas, con sus potrillos y un rebaño de ovejas gordas.

Temujin sonreía sarcástico al recibir estos obsequios. Y sonrió con más sarcasmo cuando una caravana pasó cerca del campamento y un mensajero se acercó con mensajes de elogio y ofertas de ayuda de los comerciantes que habían despachado las caravanas. El mensajero entregó a Temujin otro cofre repleto de monedas de plata y piedras preciosas. Entonces Temujin, en señal de gratitud, envió cien de sus guerreros para resguardar la caravana al cruzar las peligrosas extensiones del Gobi. Al mando iba Chepe Noyon, el ingenioso y hábil, el mejor estratega en quien se podía confiar para conducir la rica caravana hasta estar a la vista de su destino. En consecuencia, Chepe Noyon, durante mucho tiempo y con una horda de guerreros en aumento, fue asignado a estas tareas. Y nunca pasó una caravana sin un rico obsequio para Temujin y cartas de gratitud con ofertas de ayuda ilimitada. A veces los obsequios consistían en esclavos diestros en la fabricación de monturas y frenos o eran carpinteros, herreros, artífices de la espada y tejedores.

Temujin formó los nokud, un cuerpo militar de selectos compañeros de caballería, coraje, devoción e inteligencia. Kurelen observaba todo con admiración y sorpresa. Interrogó a Temujin acerca de este nuevo núcleo militar, maravillándose de que su sobrino hubiera pensado en eso.

Temujin respondió:

—El hombre hábil, el señor, no siempre hace las circunstancias. Se posesiona de los cambios y las necesidades haciéndolas sus sirvientes. Debe encaminar los acontecimientos inevitables hacia sus propósitos. El mundo cambia constantemente, aun aquí en el Gobi, como si el cambio fuera ordenado por los dioses. El victorioso es el que presiente los cambios y marcha a su cabeza.

Hizo jurar a cada nokud ante él personalmente, imponiéndoles la idea de que su devoción era más que cualquier adhesión a otra tribu o familia, esposa, hijo o amigo. El nokud era completamente libre, no era un vasallo ni un trabajador como un esclavo. Era un servidor militar, un jefe, un comandante de hombres inferiores. Tenía su propia dignidad y orgullo, y como Temujin no se inmiscuía (sabiamente) en estas cosas y no pedía nada, sólo la más ciega obediencia y lealtad a él, los nokud lo servían como a un dios y no vacilarían en dar sus vidas por él. Ellos compartían los primeros frutos de las correrías, las más hermosas mujeres y los mejores caballos. Flexibles pero disciplinados, feroces y celosos, arrojados y obedientes, eran la primera casta militar del desierto. Y Temujin, como siempre, parecía inspirar en todos ellos una casi supersticiosa adoración y cariño. Nunca quebró su palabra, porque decía que la primera ley que un líder debía imponerse era la de observar rigurosamente sus promesas, ya fueran promesas de castigo o de recompensa.

No mucho después el rumor de sus leyes corrió por las áridas tierras a otras tribus y se decía que era el amo de una región. Era un príncipe que exigía una devoción casi sobrehumana, pero que en recompensa estaba dedicado a su pueblo y era su primer servidor.

Jamuga Sechen observaba la formación de esta nueva casta militar con espanto. Para él, los nokud eran parásitos que vivían esclavizando a los débiles, los pobres y los desamparados. En otros tiempos, cada miembro de la tribu era un individuo en sí mismo, prestando servicio cuando le era solicitado por su señor, pero poseedor de una vida personal en la que el señor no se inmiscuía. El señor le proporcionaba apacentaderos, pidiendo sólo que el hombre lo ayudara a proteger esos apacentaderos. Pero ahora cada miembro era servidor de algún nokud y su vida estaba llena de continuas obligaciones y afanes. La vida libre e independiente no era ya posible, ni cada hombre podía conservar lo que había alcanzado por sí mismo. Cada hombre humilde era el perfecto esclavo y servidor de su nokud y debía resignarse a que todo lo que poseía fuera al montón común, el que el nokud dividiría como creyera conveniente y justo. No hacía su propia vida. Sus deberes eran rígidos y realizados por el bien de todos. La obediencia le era exigida y la mínima

infracción provocaba castigos severos y hasta la muerte. Porque los nokud eran rigurosos e impíos, imponían al pueblo la idea de que la primera ley de la supervivencia era la obediencia y que el que desobedeciera en lo más mínimo era un enemigo de todo el clan. El que objetaba o se quejaba era un traidor y el castigo caía sobre él.

El nokud de Temujin tenía varios jefes entre los que estaban Chepe Noyon, Jamuga, Subodai, Kasar y Belgutei. Había formado con ellos un cuerpo de guardia personal; de esa forma se desembarazaba asimismo de los triviales asuntos de la tribu, que eran manejados por el nokud, reservándose para él cosas más importantes.

Jamuga admitía en su fuero interno que el orden y la disciplina habían aparecido por primera vez en la tribu y que la horda entera se movía como una unidad, fuerte, formidable y obediente, siendo cada miembro sólo el eslabón de una cadena, sólo el rayo de una enorme rueda. Pero esto le parecía terrible, una violación de la integridad y el orgullo individual del nómada, cuando cada hombre servía a su señor sólo por su propia protección y era una ley en sí mismo. Pero ahora no había orgullo individual ni respeto por las personas. Sólo había esclavos bajo el látigo y la voz impersonal del nokud.

Temujin se hacía cada vez más extraño para él. Temujin le demostraba todavía su viejo afecto y confianza, pero Jamuga tenía la sensación de que algo terriblemente extraño había tomado posesión de su cuerpo y su voz, y que el espíritu que miraba por sus ojos era algo maligno que nunca podría ser aplacado. No podía sentirse cómodo ante esta malevolencia. No podía hablarle abiertamente. Su propia amargura y desaliento ensombrecían su semblante y su voz, y cada vez más evitaba a Temujin.

Un día se acercó a Kurelen en su desesperación, olvidando su vieja malicia. Comenzó a hablar del nokud, de la severa casta militar que trataba a los que estaban bajo sus órdenes como perros sin alma. Tartamudeaba, tanta era su consternación y pena. Su voz se apagó. Kurelen enarcó una de sus cejas negras y sonrió:

—Yo veo ley y orden por primera vez, Jamuga —dijo.

—¡Pero a qué precio! —exclamó el joven.

Kurelen se encogió de hombros.

—Sabes, Jamuga, que yo no doy más valor a la ley y el orden que al corazón de los hombres. Pero esto es porque siempre he odiado la disciplina cruel. Con todo, eso no significa que la ley y el orden no sean deseables por la seguridad y la unidad que traen consigo. Antes teníamos intranquilidad, desenfreno y descontento. Te concedo que estas cosas son la consecuencia del

miedo. Pero podría ser que el miedo sea necesario en este nuevo mundo que Temujin está construyendo. —Y añadió con sonrisa zumbona—: ¿Cuándo hemos estado tan seguros y protegidos como ahora? Debemos conceder todo el mérito a Temujin.

Jamuga lo observaba con amargura.

—Entonces, ¿no vale la pena mencionar que nuestro pueblo es esclavo y no hay hombres libres?

Kurelen se encogió de hombros.

—¡Libertad! No todos los hombres son aptos para ella o la merecen. No los hace más felices. Ellos prefieren la obediencia y la protección. Nuestro pueblo parece sentirse contento y más cómodo. Cada hombre sabe que no morirá de hambre porque la ración del nokud llega a todos. La vida es corta. Tengo la impresión de que renunciar a la libertad es un pequeño precio por una vida confortable. —Y añadió—: Hace mucho que lo sé: deja a otro tomar las decisiones por ti mientras puedas comer a intervalos regulares.

Jamuga le clavó una fría mirada.

—¡Tienes el alma de un esclavo, Kurelen! —exclamó—. Pero yo prefiero tomar mis propias decisiones, y por amor a mi propia paz, deseo ver a los otros hombres tomar también las suyas.

Kurelen sonrió. Jamuga no vio cinismo ni ironía en su sonrisa. Se dio la vuelta y se retiró.

Por último, una noche, empujado por su mísero estado de ánimo, fue a ver a Temujin.

Temujin dormía ya, pero pareció alegrarse cuando Jamuga entró en su tienda. Levantó una lámpara proyectando su luz sobre el pálido rostro de Jamuga. Vio los claros ojos azules pesadamente ribeteados y sombríos. Los dos jóvenes se contemplaron en silencio. Luego Temujin lo invitó a sentarse a su lado, pero Jamuga permaneció de pie, alto y delgado como una espada de acero.

—Temujin —comenzó en voz baja—, he acudido a ti empujado por mi desventura y desesperación, y una sensación de extraña impotencia. Estoy aquí porque me siento deprimido y perdido.

Temujin lo miraba intensamente, con ojos tan azules y bondadosos como un cielo de verano. Dijo con simpatía:

—¿Deprimido, Jamuga? ¡Qué extraño! Creí que los tesoros que perdiste con los merkitas habían sido repuestos cientos de veces. Creía que habías recibido tu parte de las más delicadas joyas, marfiles y platería que Toghrul y los otros comerciantes me enviaron como obsequios.

Jamuga fue a replicar disgustado, pensando que Temujin no lo había comprendido, pero se contuvo porque vio que Temujin lo había comprendido perfectamente. Una sensación de completa impotencia lo dominó. Se sintió físicamente enfermo. Pero era de naturaleza obstinada y tenaz y no se daba por vencido. Se arrodilló delante de Temujin y empezó a hablar con voz de apremio y ansiedad, llena de angustiosa desesperación.

—Mira, Temujin, no necesitas burlarte de mí. Tú conoces mi corazón. He acudido a ti en nombre de nuestro viejo cariño, el que tú has olvidado.

Temujin guardó silencio. Una dura y curiosa expresión estrechó su fija sonrisa, pero sus ojos eran aún bondadosos. Los desvió de modo que no miraran directamente a su amigo.

Jamuga, como si un contacto físico con Temujin pudiera devolverle a su hermano juramentado, lo tomó del brazo, pero su confusión se acrecentó.

—Temujin, en el pasado tenías honor, cortesía y orgullo. Ahora no tienes nada de eso, y mi corazón sufre. Y porque te estimo he venido a rogarte y censurarte...

Temujin lo miró directamente y sus ojos eran como verde jade pulido y sin expresión, pero su voz seguía bondadosa.

—Jamuga, piensas demasiado. Búscate una esposa, varias esposas. Mira, mañana podrás elegir entre mis mujeres. Hay una que tiene cabello color ala de cuervo y los ojos tan azules como agua de manantial. Cuando el alma de los hombres se perturba, necesita una mujer y no filosofía.

Jamuga lo miró en triste silencio. Temujin lo sacudió leve y afectuosamente.

—Los hombres que expanden sus almas marchitan sus cuerpos, Jamuga. Tú escudriñas demasiado en esos manuscritos chinos llenos de enervantes sutilezas. Los hombres pierden la razón en una selva de palabras y sus espadas se oxidan en las aguas estancadas del pensamiento. Has empezado a sustituir la acción por la conversación y estás perdiendo tu virilidad. Te repito: toma una mujer.

Sonrió afectuoso y divertido, pero interiormente estaba irritado por la sombría tristeza de Jamuga.

Éste dijo sencillamente:

—Yo vivo sólo para servirte, Temujin. No estimo a nadie sino a ti. Estoy dedicado a tu vida. Tú lo has sabido siempre. Piensas que muchos te estiman: Kurelen, Houlun y Bortei, pero nadie te estima como yo. Y por eso vengo sin temor a verte y hablarte.

Temujin bostezó.

—Tú encuentras momentos extraños para hablar, Jamuga. Ésa es tu peculiaridad. Pero habla y vete, que necesito dormir.

Jamuga levantó las manos en desesperado gesto, dejándolas caer después. Pero continuó hablando en voz baja y tranquila:

—Desde que eres khan, Temujin, te has vuelto un extraño para mí. Tu padre tenía su honor nómada. Tú no tienes nada. Por ejemplo, esas caravanas cuyos dueños te ofrecen halagos y tributos, son protegidas por ti, aun al coste de muchas vidas de los nuestros. Pero las caravanas que vienen sin obsequios a través de tu territorio son asaltadas, sus hombres esclavizados y sus tesoros robados. ¿Eso es honor?

Temujin se rió.

—¿Crees que yo asaltaría y robaría sin discernimiento?

Jamuga replicó con resolución:

—No hay honor en el discernimiento cuando es comprado. Te concedo que debemos vivir, pero no por tales medios.

Temujin repuso con impaciencia:

—Te estás haciendo sutil, Jamuga. Desprecio la sutileza. Pero continúa. Tienes algo más que decir.

—Sí, mucho más. Odio a los nokud. Nuestro pueblo es esclavo, se le ha robado la integridad personal. Se les ha robado el alma.

Temujin lo miró con ojos de bestia salvaje.

—¿Qué almas? —preguntó desdeñosamente—. ¡Vete, Jamuga! Te lamentas como un monje budista o una mujer tonta. ¿Cuál es el propósito del hombre? ¡Sobrevivir! Yo sobrevivo, mi pueblo sobrevive. Hace menos de tres lunas yo era un pobre mendigo, ladrón de hordas y de ganados. Ahora soy fuerte. He anexionado más de diez tribus más débiles. Soy un verdadero khan, no un fugitivo muerto de hambre. Mi pueblo tiene buenos apacentaderos y protección. ¿De qué sirve el honor si no proporciona protección? Mi nokud es mi guardia de honor, mis oficiales. He instituido el orden y la disciplina para el bien de todos. Todo eso es pagar poco por lo que hemos alcanzado.

Jamuga se sentía abrumado.

—Prefiero la paz —musitó tristemente.

—¡Paz! —Temujin estalló en risa desdeñosa—. ¿Teníamos paz cuando éramos perseguidos?

—Tú no comprendes, Temujin.

El khan sonrió con desdén.

—Jamuga, siempre me has desestimado. Te comprendo bien. Pero la paz no es para los hombres de acción. La paz es para el conquistador cuando le

conviene. A mí no me conviene. ¿Me comprendes?

—Tú no la quieres, Temujin.

—Quizá no. Soy todavía viril.

Jamuga levantó la cabeza mirándolo de frente.

—¿Qué quieres, Temujin?

Y éste replicó con una sonrisa, como había respondido a Kurelen:

—El mundo.

Jamuga se puso de pie. En silencio se dirigió hacia la entrada de la tienda. La había alcanzado, cuando la voz de Temujin, perentoria y dura, lo detuvo.

—Jamuga, ¿aún eres mi hermano juramentado?

Jamuga se volvió lentamente y lo miró con pena.

—No soy yo el que lo ha olvidado, Temujin, sino tú.

Se fue. Temujin no se acostó inmediatamente. Permaneció ceñudo en su tienda. Recordó que una vez Jamuga le había dicho que los hombres de distintas miras no podían ser verdaderos amigos, que sólo se profesaban odio, especialmente si esas miras chocaban con la conciencia de uno. Sacudió la cabeza irritado. ¡Sin duda Jamuga no lo odiaba! Conocía a Jamuga demasiado bien, se dijo. No había traición en ese austero corazón frío. ¡Ni astucia en esa estrecha conciencia! Podía confiar en Jamuga hasta el fin de su vida, a despecho de la predilección de su amigo por la filosofía.

Con todo, fragmentos de otras voces se asociaban a sus enojosos pensamientos. Recordaba que Bortei le había dicho esa misma mañana:

—Hay mucho detrás de ese pálido semblante de Jamuga. Él ama las viejas formas atrasadas y odia y sospecha de las nuevas. ¿Qué lugar hay para un hombre que se adhiere al pasado en un mundo que está cambiando? Los hombres así tienen un tenaz sostén en las cosas muertas y temen a las vivas. Y por eso no pueden tener fe en las nuevas formas, porque sospechan de ellas y no les encuentran nada bueno. Temujin, mi amor, yo no te pido que rompas tu juramento de hermandad con Jamuga, pero, porque te respeto, es mi consejo que confíes poco en Jamuga y lo vigiles siempre.

Houlun había escuchado estas palabras y su semblante se había hecho inescrutable mientras miraba a su hijo. Sólo dijo:

—Bortei dice bien.

Temujin se había dirigido entonces a Kurelen para contarle lo que su esposa y su madre le habían dicho. Kurelen, después de un largo silencio, preguntó:

—¿Sospechas verdaderamente de Jamuga?

—No —había respondido Temujin, impaciente pero desviando la mirada.

Kurelen sonrió encogiéndose de hombros.

—Te conozco bien, Temujin. Tú escuchas a otro sólo si ya estás de acuerdo con su sentir. No tengo nada más que decirte.

Temujin se recostó en su canapé. Continuaba ceñudo en la oscuridad. Nunca se mentía a sí mismo. Pensó: «¿Estoy dispuesto a desconfiar de Jamuga porque me irrita? ¿Estoy dispuesto a encontrarlo traidor porque sus ideas no coinciden con las mías? He llegado a ser tan tonto que encuentro lealtad sólo en los que me adulan servilmente. ¿En quién puedo confiar?». Y su corazón respondió honestamente: «Sólo en Jamuga».

Hizo un gesto de impaciencia, forzándose a dormir.

Jamuga caminaba lentamente bajo las estrellas. La luna blanca iluminaba la vasta y hermosa estepa. Vio los centinelas montando guardia, inmóviles como estatutas. Otro jinete estaba hablando con ellos y notó que era el nokud Chepe Noyon. Éste lo saludó con su habitual afabilidad. Jamuga se detuvo y lo miró con ansiedad.

—Has regresado, Chepe Noyon. ¿Cuántos de nuestros guerreros han muerto en defensa de la última caravana que nos pagó tributo?

Chepe Noyon sonrió pero sus alegres ojos se entornaron. Miró a Jamuga desde su caballo.

—Diez, jamuga. ¿Por qué lo preguntas?

Jamuga no contestó y se marchó cabizbajo. Chepe Noyon lo siguió con mirada especulativa, frunciendo los labios. Creía a Jamuga algo estúpido, pero no tenía animosidad personal hacia él, conociendo la sinceridad de su devoción. Dijo en voz alta:

—Hay turbación en ese corazón. Y cuando un hombre tiene turbado el corazón, sus amigos deben cuidarse. —Añadió pensativamente—: Hay muchos que envidian el lugar de Jamuga. —Pero no sintió pena. Alegre, afable y oportunista, él, como muchos hombres encantadores, era perfectamente egoísta. Sabía de los maliciosos rumores respecto a Jamuga y sabía que eran mentiras. Pero por su propio ascenso, no lo desmentiría como falsedades. Él tenía que considerar su propio progreso—. Dejemos a los acontecimientos seguir su curso.

Jamuga volvió a su solitaria tienda. Encendió la hermosa lámpara de plata y cristal que Temujin le había regalado. Abrió su cofre tallado y retiró su más preciado manuscrito chino. Se sentó en una banqueta baja con almohadones y empezó a leer.

*Permite a un hombre buscar la virtud y encontrará desenfreno.
Permítele buscar honor entre ellos y se encontrará a sí mismo en una caverna de ladrones.
Permítele buscar a Dios en el mundo y encontrará la nada.
Permítele buscar un hombre justo y encontrará una espada sangrienta.
Permítele llorar por amor a los corazones de los hombres y el odio responderá.
Permítele buscar la paz entre la humanidad y se encontrará entre los muertos.
Permítele pedir a las naciones la verdad, y la falsedad y la traición le responderán.
Pero permítele buscar toda bondad en sí mismo, en humildad, ternura y fe, y verá el rostro de Dios y encontrará a todo el mundo revestido de luz y piedad. Y entonces, por último, no temerá a ningún hombre.*

Jamuga cerró el manuscrito. Miró sombríamente al frente. Entonces, una a una, las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Pero sus ojos serenos estaban llenos de paz.

Dijo en voz alta:

—Estoy de acuerdo con Temujin en que la unidad es necesaria entre las tribus guerreras. Pero no necesita ser una unidad forjada por la fuerza y la violencia, sino por la confianza, el honor y el voluntario consentimiento de todos, buscando sólo apacentaderos y paz, no conquistas y tributos.

Capítulo 33

TARGOUTAI-KIRLTUK y Todoyan-Girte, hermanos y jefes de los taigutos, mantuvieron una reunión llena de alarma y furia.

—Ese joven perro pelirrojo, pariente nuestro, se ha puesto pasmosamente arrogante y poderoso. Se dice que el khan Toghrul, el viejo zorro conspirador, lo está ayudando. Antes de que acreciente más su poder, debemos destruirlo. —Targoutai, mientras hablaba, se frotaba la vieja herida en el muslo infligida por Temujin.

Todoyan-Girte protestó:

—Somos nosotros los que estamos viejos y carecemos de ingenio. ¿Por qué no buscamos ayuda en los mercaderes y los hombres de la ciudad, ofreciéndoles proteger sus caravanas? Eliminemos a Temujin y hagamos pactos con las ciudades, como ha hecho él. Aún somos más fuertes que él. Oh, Targoutai, tú tienes la culpa por no matarlo cuando tuviste la oportunidad.

Targoutai rechinó los dientes.

—¡Yo sólo pido que Temujin sea dejado en mis manos, y te prometo que no se escapará otra vez!

Todoyan-Girte se mordió el labio reflexionando.

—Podríamos tomarlo como vasallo, porque tiene inteligencia y valor y sabe gobernar a los hombres. De acuerdo, no te enfades conmigo, hermano. Él será tuyo para que puedas vengarte. —Y añadió—: Pero el khan Toghrul se convertirá en nuestro enemigo si matamos a su querido hijo juramentado.

Targoutai rió con aspereza.

—¡Yo conozco a ese zorro viejo! ¡Nos saludará como hermanos, no importa lo que hagamos, si somos poderosos y podemos proteger sus caravanas!

Los mongoles qiyat eran ya catorce mil guerreros, poderosos, sencillos y leales hasta la idolatría a Temujin. Nunca había inspirado un jefe semejante cariño, semejante adoración supersticiosa, semejante obediencia profunda. Porque era justo aunque cruel y sabían que se podía confiar en su palabra. Les había hecho creer que él era sólo su sirviente y vivía sólo para su bienestar.

En poco espacio de tiempo había atacado, conquistado y absorbido pequeños y débiles clanes pertenecientes a los merkitas, los naimanes, los

uigures, los ongut, los turcomanos y hasta los keraítas y las tribus taigutas. La resistencia fue débil, porque su energía, su crueldad, su coraje y ferocidad viajaban antes que su horda, como el olor de un animal viaja con el viento. Sólo hubo pequeños incidentes, pequeñas rebeliones y odios a causa de su conquista de estos pequeños clanes, porque era bondadoso y justo con los que le juraban lealtad y con frecuencia les aseguraba que los había conquistado no para esclavizarlos, sino para unirlos en un formidable e invencible pueblo. Generoso, fiel a su palabra, caballero cuando el propósito le servía, tratando el castigo y la recompensa con igual impersonalidad, hermoso, lleno de vigor y despierto, los nuevos miembros de su creciente horda pronto llegaron a venerarlo con idolatría. Era un jefe que siempre sabía lo que quería y no temía a ningún hombre. Era un hombre que hacía promesas y las cumplía. Pronto se sintieron orgullosos de servir bajo la bandera de las colas de búfalo. Pronto se jactaban con arrogancia de que su nuevo señor era un señor de verdad, que los había conquistado por su amor hacia ellos y que se preocupaba por su seguridad y bienestar. Hubieran muerto por él y constantemente veían ocasiones para demostrarle su lealtad y afecto.

Su sistema del nokud servía también para alejarlo del contacto íntimo con su pueblo y dotarlo de un aura remota y supersticiosa. Aparecía entre ellos todos los días, pero rodeado por las lanzas y espadas de su cuerpo de guardia. Un rey moviéndose entre príncipes de rostro de bronce. La mirada de águila, el porte de un gran conquistador... Sabía que la familiaridad mellaba el filo de la espada más fuerte. Y que cuando un rey ríe con su pueblo, éste termina riéndose de él. De modo que guardaba las distancias y nunca participaba en una fiesta común. En consecuencia, era adorado por su pueblo que, sabedor de que su jefe no vacilaría en ordenar su muerte por la mínima infracción del canon de la tribu, temía y respetaba aún más. Temujin sabía que, sobre todas las cosas, los simples necesitan tener un ídolo que puedan ver y oír, no un espíritu abstracto al que sus pueriles imaginaciones no pudiesen abarcar.

Temujin sabía ahora que la creencia de Jamuga en la innata integridad y santidad de cada hombre era el sueño de alguien ajeno a la realidad y sin comprensión de los hombres. Se decía para sí que solamente un tonto cree que el hombre simple tiene un profundo orgullo humano, independencia e inaccesibilidad, y que posee la virtud del razonamiento. La experiencia le había enseñado que los hombres desean un hombre fuerte que decida todas las cosas por ellos, que los gobierne sin consultarlos. Que diga: «Tú harás», no «¿haremos nosotros?». Sabía que la responsabilidad individual aburre, confunde y atemoriza a la masa de hombres simples y que todo lo que ellos

desean es dirección, protección, deber y un ídolo. El líder que consulta a su pueblo no es respetado, sino menospreciado. Sus razonamientos lo convierten para su pueblo en una criatura débil, no merecedora de honor y fidelidad. La ley no es razón, es la tarima sobre la que el verdadero rey coloca su trono, sabiendo que la espada tiene más poder cuando es esgrimida sin explicación.

Años más tarde diría a un historiador persa: «Yo era sólo un jovencito cuando me di cuenta de que la vacilación es la fatalidad de un gobernante. En todo momento su pueblo debe saber que sus leyes son directas, sin rodeos, y que cierta acción debe traer cierto resultado, no otro. Esto les confiere paz mental y tranquilidad. Como a los niños, las vacilaciones de un gobernante les provocan angustiosa confusión y temor, y pedir de ellos el acto de pensar los hace sentir en arenas movedizas cubiertas por aguas traicioneras. Deja que un gobernante menosprecie las almas de su pueblo, empujándolo con su látigo a los buenos apacentaderos, y el pueblo se inclinará ante él, llamándolo verdadero señor».

Kurelen se maravillaba ante la pasmosa presciencia de este jovencito de escasa experiencia. Habló de ella al chamán. Kokchu inclinó la cabeza y sonrió también.

—Kurelen, debo agradecerte mucho, en verdad, que me hayas persuadido de permanecer aquí y disfrutar de tu conversación. Porque he descubierto que Temujin es un hombre de poder y destino, como tú dijiste una vez. Pero me has preguntado cómo sabía él las cosas que debía hacer; sólo puedo contestarte que quizá haya dioses en realidad y que ellos le susurran su sabiduría a él. Una vez un sacerdote persa me dijo: «Dios ordena las mareas que pasan por las almas de los hombres, y coloca, en una de esas mareas, el alma de un gran hombre, como un barco que navega por aguas embravecidas hacia una tierra predestinada».

Kurelen dijo:

—Tú hiciste la profecía de lo que él haría. Y ahora crees en tu profecía.

Kokchu replicó con franqueza:

—Quizá los espíritus pusieron la profecía en mi boca.

Kurelen ordenó que le trajeran vino e hicieron un brindis por el joven khan.

Kurelen dijo entonces:

—Una vez dije a Temujin que él tenía la luz del destino en sus ojos. Él me creyó. Quizá la oportunidad es simplemente la asistenta de la creencia. El que

cree en sí mismo ha ganado la primera y la última batalla.

—Él es amo de hombres y de sacerdotes —remarcó Kokchu con malicia—. Pero no creas que me resiento por ser el primero de sus sirvientes y tener que recibir de él los dictados de los espíritus del Cielo Azul. Cuando un sacerdote es amo de un pueblo, entonces ese pueblo es a la vez traidor e impotente. Yo prefiero servir, más que ser servido. Me trae más tranquilidad de espíritu y, al final, más placer.

Kurelen, sonriendo, dijo:

—El primer deseo del hombre fue el placer. Y si es sabio, ése será siempre su deseo.

Una mañana Temujin estaba compartiendo su desayuno con Kasar, Subodai, Chepe Noyon y Jamuga, a quienes él llamaba «los cuatro caballeros de Temujin», «los cuatro sabuesos de plata». De pronto un mensajero, exhausto, sangrando y jadeante, fue admitido en la tienda de Temujin, echándose a sus pies sin aliento, y cuando pudo hablar exclamó:

—¡Señor, los taigutos, dirigidos por los hermanos Targoutai y Todoyan y con treinta mil jinetes, se dirigen hacia aquí jurando que hoy morirás!

Los cuatro caballeros palidecieron poniéndose de pie. Instintivamente miraron a Temujin, esperando órdenes. Pero Temujin se ocupaba tranquilamente de la distribución del desayuno. Extendió su taza a Chepe Noyon, quien divertido la llenó. Entonces Temujin dio la taza al desmayado mensajero, forzándolo a beber.

Por último dijo:

—¿A qué distancia están de nosotros?

El mensajero sollozó:

—Antes de que el sol alcance su cenit, caerán sobre nosotros.

Temujin, encogiéndose de hombros, levantó los ojos y sonrió pálidamente a sus hombres.

—Entonces, ¿por qué no terminamos de desayunar?

Uno por uno volvieron a sus sitios alrededor de él, que los forzó a tranquilizarse.

Se sirvió más comida, pareciendo entretenido en pacíficos pensamientos. Finalmente los miró de nuevo y dijo:

—Anoche sentí un frío insoportable. Debemos trasladarnos pronto a nuestros apacentaderos de invierno, para que la nieve y el hielo no caigan

sobre nosotros como lobos. Aunque este valle está protegido, ayer se formó una capa de hielo sobre el río.

Aunque nadie habló, cambiaron miradas turbadas. Pero la disciplina de su señor había mordido sus almas, y esperaron. Jamuga estaba más pálido que los otros, pero la mirada que fijaba en Temujin era triste, aunque resuelta y serena.

El desayuno terminó. Temujin se levantó y salió a un sol alto y descolorido. El pasto del extenso valle se tornaba ya pardo. Miles de caballos, ovejas, cabras y reses, y algunos camellos estaban pastando en la pradera. Fuegos de campaña mañaneros ardían ante el enorme campamento. Los gritos de los pastores ascendían hasta el claro cielo pálido. Hasta donde la vista alcanzaba, sólo estaban los pacíficos animales, las tranquilas mujeres, los niños jugando y los laboriosos guerreros afilando sus espadas, peinando sus caballos y practicando puntería con sus arcos. Temujin miró a todos, limpiándose pensativamente los dientes con una paja. Detrás de él estaban sus cuatro caballeros, serenos pero listos, esperando órdenes.

Nadie sabía qué ocurriría. En realidad su mente se enturbiaba con agudos pensamientos. Al principio barajó la huida, sabiendo que le excedían en número. Pero huir significaba el abandono del ganado, los tesoros del clan, las mujeres y los niños..., la pérdida de todo lo que había conseguido. Permanecer y luchar probablemente daría como resultado la muerte de sus guerreros y su propia cautividad. Veía la destrucción inevitable cualquiera fuese su decisión. Contempló el sol. Dentro de poco los taigutos llegarían; debía proceder enseguida. Su alta y serena figura pareció imbuida de vehemente vida. Se volvió hacia sus nokud emitiendo una breve orden.

Los cuatro asintieron y se alejaron corriendo llamando a los hombres con gritos perentorios. Se dirigió entonces, rápidamente pero sin perder el porte, a la tienda de su madre. Allí encontró a Houlun vigilando la preparación de la comida de la mañana para sus sirvientas y la joven esposa Bortei, que experimentaba las molestas náuseas de su condición. Además le interesaban poco los asuntos de la casa y creía que debía reservar las energías de su espíritu para asuntos más importantes. En ese momento Bortei se encontraba aún en su tienda, cerca de la de Houlun, profundamente dormida.

Houlun miró a su hijo fríamente y con ceño.

—Tu esposa duerme todavía —le dijo— mientras yo preparo lo que comerás tú y tus arrogantes nokud. Si no estuvieras todavía enamorado de su cuerpo, deberías ir y amonestarla severamente.

Temujin sonrió levemente y, colocando la mano con afecto sobre el brazo de su madre, admiró aun en ese momento su aspecto de reina, su hermosa cabeza, su suave rostro y el negro cabello primorosamente trenzado. Viuda y madre de un señor de una horda de bárbaros, daba la impresión de porte, sangre y dignidad noble. Cuando Temujin la tocó, retrocedió al recordar a Bektor, muerto por razones no válidas para ella.

—¿Qué deseas de mí, Temujin? —preguntó. Nunca más lo llamaría hijo y nunca más sus ojos lo mirarían conmovidos de afecto. Su astucia le advirtió que él se le acercaba ahora por alguna cuestión nada trivial.

—Madre, estamos frente a la más grave crisis de nuestra vida. Dentro de una hora los taigutos y mis encantadores parientes caerán sobre nosotros. Antes de que el sol se incline hacia el oeste seremos conquistadores o conquistados. Escucha atenta mis órdenes, y luego reúne a las mujeres y diles lo que deben hacer.

Houlun inclinó la cabeza con arrogante sumisión y escuchó con atención. Pero aun cuando una parte de su mente escuchaba, otra pensaba con temor: «¡Mi hermano!». Este pensamiento la hizo palidecer. Sus ojos se distendieron y sus labios se secaron.

Cuando Temujin hubo terminado, ella lo miró intensamente. Él había abierto el cuello de su casaca, dejando ver, debajo de la piel bronceada por el viento y el sol, la carne lechosa que había sido protegida de ellos. Vio cómo sus ojos, generalmente grises y opacos, se habían tornado verde azulados. Y se maravilló de su expresión de calma, la voz serena y sin apremio mientras impartía sus órdenes. Pensó: «¡Este hombre a quien he dado a luz no es un hombre común!». Y vio cómo flameaba su rojo cabello debajo del redondo sombrero de fieltro, cómo se parecían a oscuras piedras sus anchos pómulos y los ásperos planos de su rostro, y qué firme y lleno de vida era su cuerpo delgado y alto.

—Lo que ordenes se hará enseguida —dijo, y aunque sus palabras eran humildes, no lo era su tono. Lo observó mientras se iba, mordiéndose el labio.

Temujin subió a la plataforma de la tienda de su esposa y entró. Bortei dormía sobre su canapé cubierta con pieles, una mano bajo la mejilla y el cabello esparcido sobre los hombros y el lecho. Dormida, sonreía juguetonamente y con una especie de voluptuosidad. Temujin se detuvo a su lado y la contempló largo rato, observando cómo se movía con la respiración su alto y redondo pecho. Cuán hermosa era la curva de su muslo y la espesura de sus negras pestañas. Desvió la mirada y suspiró, recordando a una mujer

que nunca se había apartado de sus pensamientos: una mujer de cabello dorado, labios rojos y ojos brumosos.

Temujin empuñó su daga. Despertó suavemente a su esposa. Ella abrió los ojos como una niña. Le sonrió levantando lánguidamente los brazos. Arrodillándose, Temujin besó su garganta, luego la boca. Pero ella, viéndole los ojos, cesó de sonreír y se sentó en el lecho.

—¿Qué te pasa, mi señor?

Temujin hizo el relato de lo que sucedía. Mientras escuchaba, Bortei palideció. Él colocó la daga al lado de Bortei. Ella lo miró como fascinada.

—Si me matan y tú y las otras mujeres sois hechas cautivas, tienes que prometerme que te hundirás esta daga en el corazón y que tú, mi esposa, no ocuparás nunca otro lecho, y que mi hijo, que llevas en tu vientre, nunca será esclavo de los taigutos.

Bortei abrió los ojos como platos. Palideció más aún, como fascinada por la daga.

Temujin la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente.

—¡Bortei, mi amor, mi esposa!

Aun así, bajo sus labios, imaginó que besaba a otra mujer. Después de un momento, ella le devolvió los besos abstraída, mirando de soslayo la daga.

Él se apartó.

—¡Bortei! ¡Tu promesa!

Ella le sonrió. Y descansando sus brazos en los hombros de él, lo miró cándidamente a los ojos.

—Mi señor, ¿pensabas que procedería de otra manera, aun si no me lo hubieras ordenado?

—Has hablado como la esposa de un khan, Bortei. Y te amo más por ello.

Le colocó la daga en la mano. Sus dedos retrocedieron al tocarla, pero compuso una expresión valiente y resuelta, mirándolo sin miedo.

Temujin la besó de nuevo y luego se marchó. Bortei permaneció sentada, sonriendo con fijeza. Luego miró la daga. Su semblante cambió, se hizo cruel y despreciativo. Arrojó el arma lejos e hizo una mueca.

—¡Soy la esposa de un tonto! —exclamó. Se recostó en el lecho y contempló el techo redondo de la tienda. A través de sus aberturas veía el Cielo Azul, brillando con el sol. Sonrió. Se movió voluptuosa en su lecho, retorciendo un mechón de cabello con los dedos. Sonrió, poniéndose lánguida y picaresca. Se acarició sus hermosos pechos jóvenes preguntándose si Targoutai la admiraría y si la haría la principal de sus esposas.

Mientras tanto Temujin había ido a la tienda de su tío Kurelen. El chamán estaba con él. Parecían excelentes amigos en esos días. Saboreaban el almuerzo y se hacían bromas uno al otro. Cuando Temujin entró de prisa, alzaron la vista sonriéndole, pero al ver su semblante dejaron de sonreír.

Les informó sobre la situación. El rostro de Kurelen pareció marchitarse y puso la mano sobre su daga. El chamán palideció y bajó los ojos. Pero ni él ni Kurelen hablaron.

Temujin se dirigió a su tío:

—Si no vuelvo a verte, Kurelen, recuerda que siempre te he estimado.

Kurelen respondió suavemente:

—Volverás a verme, Temujin. Nunca me ha apenado tanto como hoy el que no pueda darte nada más que mi bendición. No vale mucho, pero la tienes.

Temujin se arrodilló ante él, tomándole la mano, que apretó entre las suyas.

—Ya lo sé, tío mío. —Y levantó la morena y torcida mano hasta sus labios.

La boca de Kurelen temblaba. No había derramado lágrimas desde su niñez, pero ahora las lágrimas aparecieron en sus ojos como fuego líquido. Se sentía como un padre cuyo único hijo estuviera a punto de morir. Y pensó: «En espíritu es verdaderamente mi hijo».

Temujin se puso de pie volviéndose hacia Kokchu.

—Ven conmigo.

El chamán, sin hablar, lo siguió fuera de la tienda bajo el resplandeciente sol del ya cercano mediodía.

El valle era largo, aunque algo angosto. En ese momento las colinas rojas, como sostenidas por columnas en la distancia, y las galerías abiertas de los terraplenes blanqueadas por el sol oscilaban a la intensa luz. Las nokud no habían permanecido ociosas. Cada uno poseía su estandarte y bajo este estandarte, que difería sólo en color con la bandera de Temujin de las nueve colas de búfalo, había reunido a los hombres bajo su mando. Reinaba una gran actividad. Los kubitkas con sus tiendas estaban en rápido movimiento, polvo caliente anegaba todas las cosas. Los rebaños llenaban el aire con sus mugidos y balidos.

Detrás del campamento había un denso bosque de abetos y álamos muertos. Esto formaba un lado de un escabroso rectángulo. En otro lado del rectángulo, un nokud había formado a sus hombres en un escuadrón. La primera línea llevaba puestas pesadas corazas de láminas de hierro,

aseguradas con correas. Cubrían sus cabezas con yelmos de armaduras o de cuero barnizado. Sus caballos tenían también petrales de armadura en sus pechos, patas y pescuezos, cubiertos con cuero. Los guerreros llevaban pequeños escudos redondos de cuero, lanzas y duros garrotes con garfios curvos en las puntas. Los lazos colgaban de las monturas. Detrás de la primera línea estaban los otros guerreros, más ligeros y más veloces, no equipados con hierro, sino protegidos con cuero y armados con jabalinas y arcos. Sus caballos eran pequeños y veloces. Entre las líneas de los hombres con corazas había espacios abiertos, a través de los cuales los guerreros con ropas más livianas podían irrumpir a una señal dada. Estos hombres, también obedeciendo a una señal, podían cabalgar adelantándose, dejando a los guerreros de equipo pesado para proteger la aldea. Cada línea se componía de quinientos hombres.

Cada nokud había formado a sus hombres sobre los otros lados de la misma manera. En el centro de este rectángulo de guerreros habían sido conducidos los animales, las mujeres y los niños, los pastores y los kubitkas. A los muchachos les habían dado arcos y lazos.

Fuera del rectángulo, Temujin reunía en ese momento a sus propios hombres seleccionados: un doble escuadrón de mil hombres que marchó adelante, hacia el cuello del angosto valle, preparado para enfrentar la primera arremetida. Los taigutos los superaban ampliamente en número, pero primero tenían que cruzar el cuello de botella del valle. Aquí el número no contaría tanto como el coraje.

Todo estaba listo. Todo había sido dispuesto con rapidez y un mínimo de confusión. El polvo envolvía todas las cosas como un amarillo paño mortuorio, pero se hacía poco ruido. Temujin sólo veía morenos semblantes severos y resueltos. Detrás de los vivientes lados acorazados del rectángulo, divisó el campamento de tiendas.

Temujin dejó sus escuadrones y cabalgó velozmente en su semental blanco hacia el rectángulo. Veía romperse el sol como en astillas sobre las lanzas, las espadas, las jabalinas y las dagas. Los guerreros lo contemplaban en silencio y alerta mientras marchaba entre ellos, relampagueando sus fieros ojos verdes y notando cada cosa. Llevaba en su mano una curva cimitarra turca. Se acercó a Subodai y le dedicó una leve sonrisa.

—Confío en tu excelente caballería, Subodai.

El nokud le devolvió la sonrisa con su clara y hermosa mirada.

—Tu confianza no será decepcionada, ¡oh, señor! —respondió.

Temujin vaciló un momento y luego se inclinó sobre Subodai y le besó en la mejilla. Todos guardaban silencio. Las lágrimas asomaron a los ojos de Subodai.

Temujin galopó hasta otro lado del rectángulo. Los cascos de su caballo resonaban en la tensa quietud. Se aproximó a Chepe Noyon, cuyos ojos y rostro afable, con hoyuelos, sonreían. Temujin sonrió también; una sonrisa completamente alegre, para ser de él.

—No harás travesuras, Chepe Noyon —dijo descansando la mano en el pescuezo del otro caballo.

Chepe Noyon frunció el labio de buen humor.

—Pero a mí me gusta jugar con los taigutos, señor —respondió con voz fina y afectada como de niño petulante. Los tensos rostros de sus guerreros se aflojaron en leve sonrisa.

Temujin sonrió apenas. Palmeó el caballo de Chepe Noyon y se alejó.

Llegó al último lado del rectángulo. Aquí su simple y bravo hermano, el arquero Kasar, se mantenía erguido ante sus hombres. Temujin guardó silencio un momento, mirando profunda y afectuosamente a su hermano. Ninguno habló. Temujin colocó su mano sobre la de Kasar mirando rápidamente a los guerreros. Kasar fijó su mirada en el rostro de Temujin como quien mira extasiado a un dios.

Temujin se alejó. En un espacio abierto estaba el chamán, esperando. Temujin lo saludó con la cabeza.

—Habla ahora a los guerreros.

Kokchu levantó la mano con solemnidad. De pie, magnífico en su túnica azul y blanca, con su alto sombrero puntiaguado sobre la cabeza, sus ojos relampagueaban al sol. Su rostro severo y hermoso era austero.

—¡Guerreros del señor Temujin! —empezó, y su voz reverberó en el silencio—. Enfrentamos hoy una prueba de fuego, espada y muerte. Pero vosotros no debéis vacilar, no debéis dudar ni sentir miedo porque vosotros no podéis ser conquistados. Los espíritus del eterno Cielo Azul han ordenado que ningún hombre vencerá a Temujin, a sus servidores o a sus soldados. Aquel que dude, se dé la vuelta y huya será destruido por los relámpagos de los espíritus. Porque, os digo de nuevo, vosotros no podéis ser vencidos, ni siquiera si los taigutos fuesen cien mil y no treinta mil.

Levantó ambas manos bendiciéndolos. Los guerreros inclinaron sus cabezas y luego, elevando los ojos, contemplaron devotamente el brillante Cielo Azul.

Temujin sonrió para sí. Luego galopó para reunirse con sus escuadrones. Tenía como oficiales inmediatos a los nokud Belgutei y Jamuga.

—Estamos listos, señor —dijo Belgutei a su hermanastro.

Temujin asintió.

—Ya veo. Lo has hecho muy bien, Belgutei. —Puso su mano en el hombro del otro, sacudiéndolo afectuosamente.

Se volvió hacia Jamuga. Los dos jóvenes se miraron en silencio. El semblante descolorido de Jamuga permaneció impasible. Sus pálidos ojos azules eran tranquilos y profundos, con coraje reservado. Se sentaba erguido sobre su caballo y empuñaba una espada.

Temujin pensó: «El hombre de la paz está preparado para luchar y morir por mí, con fidelidad y bravura como siempre, pero su corazón no está en ello».

Se sintió irritado y conmovido a la vez, reconociendo que Jamuga no vacilaba en traicionarse a sí mismo, por mucho que abominara hacerlo. Inclina la cabeza ante la necesidad, con amargura y resolución. La lealtad era más para él, al menos por ahora, que su propia integridad y convicciones. Lucharía sólo por amor a Temujin.

Sin embargo, por un instante Temujin, influenciado a pesar de sí mismo por las insinuaciones de su madre, de su esposa y del chamán, dudó de ese cariño. Y pensó que los hombres podían morir ceñudos por el deber y la necesidad, pero no tan apasionadamente como por amor. Se preguntó: «¿Por qué no me estima mi hermano juramentado como me estimaba antes?».

Miró inquisitivamente los pálidos ojos de Jamuga y éste le devolvió la mirada, pero Temujin no pudo leer en sus bravos y tranquilos ojos. «¿Qué querrá que haga yo?», se preguntó con desdeñoso enojo. Y entonces recordó las palabras de Jamuga: «Un hombre que se hace poderoso se infesta de enemigos, como un camello se infesta de piojos».

Se inclinó hacia Jamuga y dijo débilmente, sólo por el hecho de decir algo a ese rostro grave y silencioso.

—Tenemos una dura batalla ante nosotros.

Jamuga replicó tranquilamente:

—Siempre habrá batallas, Temujin. —Sólo él lo llamaba por su nombre y sin decir «señor». Ni siquiera Belgutei, su hermanastro, lo hacía.

Temujin asintió gravemente ante las palabras de Jamuga. Y entonces, sintiéndose algo perplejo, se alejó. Jamuga lo siguió con los ojos, y en ellos había una grande y apesadumbrada tristeza.

Temujin cabalgó hasta la cabeza de sus escuadrones.

Todos esperaban en silencio. Las rectangulares filas de guerreros en la retaguardia de los escuadrones de Temujin no se movían. Podían haber sido estatuas de jinetes. Incluso las mujeres, los niños y adolescentes dentro del rectángulo permanecían quietos. Nada se movía, sólo las banderas ondeando al viento y las nubes fundiendo sus sombras fugazmente sobre el valle.

Todo estaba expectante. Aun los caballos, jadeando un poco, moviendo las cabezas, parecían saber lo que se avecinaba. El sol centelleaba sobre las lanzas, espadas y armaduras. El sol alcanzaba ya el cenit y la tierra resplandecía de luz.

De repente se oyó un estrépito distante: el retumbar de los cascos. Simultáneamente, entre los pasos de los arrecifes, aparecieron galopando las hordas taigutas, lo único en movimiento en ese vasto y crudo resplandor. Llegaban en sus veloces sementales, agitando las espadas y lanzas. Temujin los observó internarse en el angosto cuello de botella del valle. Se maravilló ante la infinita extensión de ellos, cabalgando a las órdenes de sus jefes Targoutai y su hermano. Venían como oleadas de hormigas negras, apretándose y agitadas. De repente, y a un mismo tiempo, se detuvieron. Sus gritos de triunfo cesaron y de nuevo el terrible silencio del desierto cayó sobre todas las cosas.

Los taigutos habían enmudecido de confusión y sorpresa. Habían esperado encontrar el campamento sin preparación y desprevenido: dos rebaños dispersados, los fuegos ardiendo y los guerreros desarmados. Y ahora divisaban allá abajo un enorme y compacto rectángulo de guerreros esperando, y delante de este rectángulo, los escuadrones de Temujin. Targoutai y su hermano pestañearon incrédulos, con la boca abierta y las frentes contraídas por la ira. Detrás de ellos, en los angostos pasos, hacía alto el resto de los treinta mil taigutos, sin ver más que las espaldas de sus silenciosos camaradas, murmurando entre ellos preguntas y encabritando los caballos.

Targoutai se volvió hacia su hermano:

—Sólo son catorce mil hombres o menos. ¡Sigamos!

Levantó el brazo y gritó con aspereza. Sus oficiales respondieron con una ola de gritos feroces. Los gritos reverberaron y los caballos golpearon sus cascos en apagado trueno.

Entonces, como una avalancha de muerte, las hordas taigutas bramaron descendiendo hacia los escuadrones de Temujin, espoleando sus cabalgaduras y gritando como posesos. El sol llamaba sobre miles de dilatados ojos, sobre

miles de espadas desnudas, que eran como espejos, reflejando la luz enceguecedora.

Temujin miró a Belgutei y Jamuga.

—¡Listos! —dijo en voz baja.

Instantáneamente, los hombres espolearon sus veloces caballos y salieron disparados. Un momento después se habían mezclado en el primer ataque furioso de los taigutos. Cataratas de flechas centelleaban en el aire, lleno de gritos y relinchos, el choque de los cuerpos que caían, el entrec chocar de las espadas y el apagado crujido de las armas sobre los escudos. El olor de la sangre ascendía y la confusión era indescriptible. El polvo lo cubría todo, de manera que apenas se podía decir si un rostro desencajado en medio del fragor de la batalla era de un enemigo o un amigo.

Detrás de los escuadrones, los nokud habían dado sus órdenes a los guerreros del rectángulo. Los de armaduras livianas cabalgaban entre las brechas de sus camaradas y avanzaban en ayuda de los escuadrones. Tras ellos, más pesados, se movían los guerreros con armaduras de hierro, avanzando a implacable trote. Ninguna flecha o lanza era lanzada y ningún arma esgrimida sino ante un objetivo claro, y ese objetivo era alcanzado y el enemigo abatido.

Los taigutos, agotados y confundidos, estaban en desventaja. Porque los miles de hombres que venían detrás quedaban atascados en los pasos por quienes les precedían y los crecientes montones de caídos. Pero a causa de su inmenso número, miles de hombres conseguían entrar en el valle y esparcirse. La caballería ligera de los taigutos, al mando del hermano de Targoutai, giró ordenadamente colocándose en posición para lanzarse a la carga.

Eran recibidos por los mongoles pesadamente acorazados, que combatían sin temor, convencidos del triunfo final y armados de fe. Los taigutos sólo estaban armados de codicia, odio y coraje.

Las colinas devolvían el eco de oleadas de gritos y estrépito. Los taigutos, que habían tenido que hacer un largo viaje, no llevaban hombres acorazados. Protegidos sólo por capas de cuero, no eran competidores para los guerreros de Temujin. Los mongoles, separándose velozmente en pequeños bandos, remolineaban y giraban, abatiendo enemigos. Nada podía resistirlos. Arriba y abajo del angosto valle, la lucha era encarnizada. La tierra hervía de hombres, caballos y banderas. Solas en sus tiendas, las mujeres se acurrucaban orando y apretando contra sus pechos a sus llorosos pequeños. Los rebaños, guardados por los muchachos y los pastores, trataban de huir despavoridos, pero eran mantenidos en el redil.

Temujin había dado sus órdenes mucho antes. Sus hombres se desplegaron para cercar las hordas taigutas en un ralo círculo de batalla. Implacables, estrechaban el círculo, empujando al enemigo dentro de sí mismo, ahogándolo.

Temujin estaba en el mismo centro de la batalla. Su brazo, derribando taigutos, no parecía cansado. Era un guerrero sobrehumano que no dejaba de derribar enemigos. Tenía una herida en un hombro y por su casaca blanca escurrían hilos de sangre. Su cabello rojo era como una llama a la luz del sol. Cada vez que echaba una mirada a su derecha, Jamuga estaba a su lado, blandiendo su espada para protegerlo, y su caballo pisoteando a los que habían caído, pero que aun así, intentaban herir las patas del caballo de Temujin.

Aun entonces, en medio de aquel cenegal de muerte, sangre y acero, Temujin pudo pensar: «Estaba equivocado. Me estima todavía». Y ese pensamiento fue como un triunfo para él, riéndose de sí mismo, maravillado de su propia emoción. Una vez su mirada se encontró con la de Jamuga, que le sonrió ligeramente. Había color en sus pómulos y una luz en sus pálidos ojos. Temujin se preguntó qué estaría pensando ese extraño hombre de paz.

Repentinamente Targoutai apareció ante él con gesto indómito y salvaje. Era un hombre de edad mediana, lleno de odio hacia su pariente más joven, como también más fuerte y más arrojado. Targoutai sabía que no obtendría la victoria mientras Temujin viviera y que no podía haber paz entre ellos: el control de las estepas era el premio y uno de ellos debía morir.

Temujin vio el loco destello en los ojos del angosto rostro barbudo, el loco brillo de los dientes. Targoutai tenía coraje y fiereza, más que otros hombres, y estaba también armado de furioso odio. Temujin vio el brazo levantado con la espada ensangrentada. No se sorprendió ante la repentina aparición de su pariente, de la locura de su semblante y de que su propio brazo se paralizara momentáneamente. Temujin no oía ni veía nada, sólo a Targoutai. Vio la espada avanzando hacia su pecho y supo que ahora nada podía salvarlo, porque había desperdiciado un momento precioso.

Pero de pronto Targoutai se convirtió en un jinete sin cabeza sentado en su caballo con el rígido cuello despidiendo borbotones de sangre y la espada todavía en la mano. Entonces, lentamente y con gran dignidad, el torso chorreando se inclinó hacia un lado y cayó pesadamente del caballo.

Temujin miró a su derecha. Su boca se entreabrió con asombro. Jamuga estaba a su lado con la espada chorreando sangre. Jamuga sonrió levemente limpiando la sangre en el flanco de su yegua gris.

—¡De nuevo has salvado mi vida! —exclamó Temujin.

Jamuga no respondió, sólo esgrimió su espada diestramente contra otros enemigos. Pero Temujin pudo ver que su amigo sonreía aún, como con algún pensamiento triste e irónico.

De repente el aire se llenó de gritos salvajes y triunfales. Temujin, pestañeando, sacudió la cabeza. Los taigutos, sabiendo que había muerto Targoutai, se desbandaron en precipitada huida. Miles de ellos corrían hacia los pasos entre las montañas, inclinándose sobre sus aterrorizados caballos, espoleándolos cruelmente. Los victoriosos mongoles, chillando con júbilo, perseguían a los enemigos, derribándolos con lazos, acometiéndolos con sus espadas y lanzándoles flechas. El terror se había posesionado completamente del enemigo. Cada hombre pensaba sólo en salvar su vida. Cientos de ellos tiraban las espadas y levantaban los brazos en señal de rendición. Sólo unos pocos consiguieron huir. Todos los vencidos creían que habían sido derrotados por demonios y no por hombres.

Cinco mil taigutos habían muerto, diez mil habían sido heridos y aún mayor número tomados prisioneros. Entre éstos estaba el hermano de Targoutai, Todoyan-Girte. Tres mil de los mejores guerreros de Temujin habían caído, Kasar estaba terriblemente herido, varios nokud menores habían muerto y había miles de heridos.

El crepúsculo cayó. El oeste era un deslumbrante fuego escarlata. El campo de batalla estaba colmado de cadáveres y moribundos.

Temujin había obtenido su mayor victoria. El señorío de las estepas del norte del Gobi y las tierras áridas le pertenecía. Había triunfado por la mística superstición de sus guerreros y por su impersonal coraje y obstinación. Pero más que por otra cosa, había triunfado porque sus hombres lo estimaban.

Capítulo 34

TEMUJIN era juicioso, pues nunca pasaba de una acción importante a otra sin dormir entre medio. Esa noche, él y sus guerreros, su pueblo y todos los cautivos durmieron profundamente. Estaban exhaustos. Durante la noche, los buitres se dieron un festín en el campo de batalla, así como los lobos y las demás alimañas de las regiones áridas.

Imitando al khan Togrul, Temujin tenía una tienda de más de seis metros de largo, que utilizaba para consultas con sus oficiales y para los negocios importantes. Esa noche durmió ahí, y alrededor de su lecho lo hicieron sus nokud, Kasar, Belgutei, Chepe Noyon y Subodai. Jamuga durmió a su lado en un amplio canapé, bajo las mismas mantas. Esto sucedió por primera vez desde hacía muchas lunas.

Belgutei había dicho a Kasar:

—La frialdad entre nuestro señor y su hermanastro juramentado ha terminado para siempre. En adelante no habrá nada que los separe.

Kasar había respondido, con agria y celosa expresión en su ancho y simple rostro:

—Jamuga no tiene sangre. Sólo tiene leche en las venas, aunque es valiente. Pero su valor es el de la piedra que resiste porque no puede hacer otra cosa.

Belgutei había reflexionado unos momentos. Luego dijo con voz condescendiente:

—Los hombres sin sangre carecen de verdadera lealtad.

Kasar, que aparte de sus celos era inclinado a escuchar cualquier cosa contra Jamuga, exclamó:

—Tú no piensas que él traicionará a nuestro señor en lo más mínimo, ¿verdad?

De nuevo Belgutei fingió meditar, pero vio el rostro de su fallecido hermano, Bektor. Entonces replicó:

—Jamuga es ambicioso.

Nunca comentaba eso porque sabía que se reirían al oírlo, por lo menos los nokud. Pero lo había dicho ya a Houlun y Bortei, reconociendo que donde existe la envidia y la antipatía hay siempre ansiosa voluntad de creer. Y ahora lo acababa de decir a otro tal, sabiendo que los celos son los asistentes de la violencia.

Kasar rechinó los dientes y masculló:

—¡Si sospecho algo, lo abatiré con mi propia mano! —Y su rostro simplón se contorsionó de odio febril.

Antes de dormirse, Jamuga había limpiado y puesto unguento en la herida de Temujin. Tenía las manos tan hábiles y delicadas como las de una mujer y Temujin casi no sintió dolor. Jamuga tenía el don de saber curar. Había algo mágico en su tacto. Cuando hubo terminado, Temujin le sonrió agradecido.

—El amor y los cuerpos de las mujeres son tan apreciados como un exótico elixir, Jamuga. Pero el afecto entre dos amigos sobrepasa las cosas de la carne.

—Yo nunca lo he olvidado, Temujin. Te pido solamente que lo recuerdes.

Un repentino color oscuro tiñó las mejillas de Temujin, pero no respondió. Por un momento pareció perturbado, pero luego, levantando la frazada de su lecho, dijo mirando sólo a Jamuga aunque sus otros nokud estaban ahí:

—Durmamos esta noche como lo hicimos bajo la sombra de la montaña Burkan, porque me has salvado la vida otra vez.

Y esa noche Jamuga sintió que la amargura abandonaba su corazón, no completamente pero en gran medida. Temujin durmió, pero él no. Mientras reposaba pensó: «No debo dormir esta noche, sino ser feliz, porque mi espíritu me dice que nunca seré otra vez carne de su carne como lo soy ahora».

Y le alegró que Temujin no hubiese acudido a su madre, a su esposa o a su tío, sino sólo a él para que le prodigara sus cuidados. No obstante, una tristeza como el peso de una piedra lo oprimía.

A la mañana siguiente Temujin apareció ante sus victoriosos guerreros, recibiendo una triunfal ovación. A su lado estaba Jamuga, silencioso y pálido como siempre. Detrás de él, su principal nokud y detrás de ellos, sus otros oficiales.

Temujin, con calma y dignidad, agradeció a su pueblo su devoción, lealtad y coraje.

—No somos ya un pequeño clan, sino una gran tribu —dijo—. Mi gloria es vuestra gloria. Mi triunfo, también vuestro. Me habéis probado, y también a vosotros mismos, que nada puede derrotarnos, porque los espíritus del Cielo Azul nos han dado su bendición. Esperamos sus futuros mandatos. Mientras

tanto, regocijémonos. Esta vez no pediré parte del botín de esta batalla. Es todo vuestro.

Y ordenó una gran fiesta. Conocía el valor de la distensión y la algazara después de la lucha. Siempre se mostraba solícito por el bienestar de su pueblo, aunque sólo Jamuga sabía que era mera conveniencia. Una vez Temujin le había dicho: «Un general que no da descanso a sus hombres cuando se han esforzado al máximo y no se preocupa por las pequeñas cosas, es un general sin comprensión y al que sus guerreros le darán sólo lealtad malhumorada».

Setenta jefes taigutos, entre ellos Todoyan-Girte, habían sido hechos prisioneros. Sentados con sus guerreros en sombrío silencio, esa noche escucharon el regocijo de la fiesta. Todos creían que la muerte los esperaba.

Al día siguiente, cuando Temujin estaba sentado en reunión con Kurelen y sus nokud, el chamán llegó a la tienda.

—Señor —dijo con humildad—, los espíritus te han bendecido. Es justo que les ofrezcas un sacrificio en reconocimiento.

Temujin guiñó socarronamente un ojo a sus amigos, pero respondió con seriedad:

—¿Y qué sugieres tú, Kokchu?

El chamán fijó en él su mirada sutil.

—Las vidas de los setenta jefes que has tomado, señor. —Su fina lengua roja tocó los labios, humedeciéndolos como si saboreara un buen bocado.

Temujin frunció el ceño, meditando. Los nokud intercambiaron miradas. Entonces Subodai dijo con gravedad y disgusto:

—Los setenta, especialmente Todoyan-Girte, son un peligro para ti, señor. Chepe Noyon se encogió de hombros.

—Es siempre bueno eliminar a los líderes enemigos y permitir a sus vasallos presenciar su eliminación. Entonces se aterrorizan. A menos que desees matarlos a todos, señor.

Temujin no respondió. Volvió la cabeza lentamente. Su mirada se encontró con la de Kasar, quien esperaba ansioso hablar. Pero la mirada de Temujin siguió hasta Jamuga. Kasar apretó dientes y puños.

—¿Y tú, Jamuga, qué dices?

Éste lo miró y respondió:

—Ha habido bastantes muertes. Estos setenta jefes son bravos y valientes. Reconcíjalos contigo.

Kasar quería decir lo mismo, pero los celos lo inflamaron. Aunque Temujin no lo miraba, exclamó:

—¡Un enemigo reconciliado es un amigo traidor! ¡Mátalos, señor!

Pero Temujin miraba aún a Jamuga, quien dijo con tranquilidad:

—Sólo un hombre que se sabe débil mata a sus prisioneros. Es su propia impotencia lo que teme, y la violencia que descarga sobre sus cautivos es una muestra de su propia cobardía.

Temujin sonrió y Jamuga, viendo en esa sonrisa algo en cierta manera terrible, sintió que su corazón se hundía pesadamente.

—¿Estás sugiriendo que soy un cobarde, Jamuga? —bromeó Temujin.

Los otros murmuraron. Belgutei sonrió en secreto cambiando una mirada con el furioso Kasar. El chamán, sorprendido y deleitado, mostró los dientes. Pero Kurelen, alarmado, frunció el ceño y se mordió las uñas.

Jamuga sólo veía a Temujin y Temujin no veía más que a Jamuga. Se miraban en un silencio que parecía centellear como una espada. Todo color había huido del semblante de Jamuga. Sus claros ojos azules parecían hundirse en sus cuencas, como con un repentino agotamiento del alma.

—Nunca he dicho eso, Temujin —musitó por fin.

Temujin rió.

—Pero querías significarlo, hermano.

Los labios de Jamuga se movieron, pero él guardó silencio. Se dijo para sí: «¿De qué vale que hable?».

Kurelen dijo con menosprecio:

—Tú sabes bien, Temujin, que Jamuga no quería significar eso. El hombre que juega con el corazón de un amigo descubrirá pronto que está jugando con un corazón que ha muerto.

—O con el corazón de un enemigo —sonrió el chamán.

Kurelen le lanzó una mirada y se encogió de hombros.

—A veces no eres nada sutil, Kokchu. Algunas veces olvidas que no eres ya el andrajoso sacerdote de una banda de mendigos. —Se volvió hacia Temujin, fijando sus ojos oblicuos en él—: Un verdadero príncipe no tiene tiempo para jugar al gato y el ratón, Temujin, y el que da rienda suelta a esos juegos debería confinarse en un rincón.

Temujin rió de buena gana, aunque ningún otro se hubiera atrevido a hablarle así. Descansó su brazo en el hombro de Jamuga, que por primera vez en su vida no respondió a este contacto. Sonrió al perfil pétreo de su hermano juramentado.

—Jamuga, no tienes sentido del humor. Sólo estaba chanceando. Aprende a reír. Sabes cómo te estimo.

Lentamente Jamuga volvió el rostro hacia él, lleno de tristeza y desolación.

—Yo no sé nada —respondió.

Un sombrío silencio de consternación y sorpresa cayó en la tienda. Temujin continuaba apoyando su brazo en el hombro de Jamuga y éste continuaba mirándolo sin sonreír. Pero la sonrisa de Temujin se había vuelto un poco forzada. Retiró su brazo y miró hacia otro lado.

De repente Kasar dio un salto y sacó su espada. Temblaba visiblemente. Miró a Jamuga echando fuego por los ojos.

—¡Tú, miserable barriga blanca y traidor! ¡Tú has hecho una afrenta a nuestro señor y por eso debes morir!

Temujin miró a su hermano y soltó una carcajada. Después de un momento todos le imitaron, excepto Kokchu. Temujin se palmeó el muslo y su risa se hizo ronca.

Empujó a su hermano como quien empuja a una criatura tonta. Entonces, todavía riendo, dijo:

—Kasar, ésta es una reunión importante, no una tienda para niños. Vete fuera y juega con otros pequeños.

Jadeando, Kasar paseó su mirada ceñuda de uno a otro rostro risueño. Su respiración se hizo más fuerte. Temblaba aún. Miró a su hermano, con la espada todavía en la mano. Entonces, patéticamente aparecieron lágrimas en sus chispeantes ojos. Guardó la espada y cabizbajo dejó la tienda.

Divertido, Temujin lo miró irse. Luego se volvió hacia Kurelen:

—Sólo tú no has sido oído. ¿Qué haremos con los setenta jefes, Kurelen?

Éste enarcó las cejas con gesto pícaro.

—Temujin, ya has decidido lo que harás y no necesitas adularnos como si realmente nos consultaras. Si has decidido matar a esos setenta bravos hombres, sólo te pido que me evites el repugnante espectáculo. Me estoy poniendo viejo y mi estómago no es lo que era. —Se volvió hacia Kokchu palmeándolo en el brazo—. Es extraño que cuanto más viejo se pone un sacerdote, más anhelo de sangre tiene.

Kokchu replicó fríamente:

—Sólo me interesa el adecuado sacrificio.

—Entonces sacrifica a esa hermosa moza merkita de la que estás tan prendado. Los espíritus masculinos prefieren un bocado tierno como ése antes que dura carne de guerreros, difícil de masticar.

Esperó un momento mientras el chamán lo observaba con ojos funestos.

—¡Qué! ¿Pretendes sacrificar una mujer en gratitud por la victoria de tu señor?

Temujin, sumamente divertido, se esforzó por asumir una expresión contrita. Se volvió hacia el chamán. Kokchu enrojeció y dijo:

—Señor, sería un insulto a los espíritus el ofrecerles una esclava.

Temujin se rió y todos le imitaron. Se levantó y dijo:

—Demos por terminadas las bromas. Tenemos que trabajar.

Kurelen y el chamán fueron los últimos en irse. Kurelen le dijo con sonrisa burlona:

—¿Te agrada todavía mi conversación, Kokchu?

Kokchu respondió agriamente:

—Tú eres siempre hábil, Kurelen.

Kurelen lo palmeó en la espalda.

—No intentes ser demasiado hábil, amigo mío. Cuando un sacerdote yerra, termina con una cuerda al cuello, la misma que él anudaba para otros.

Temujin hizo llevar a todos los cautivos ante su presencia: los miles que eran y sus setenta jefes. Se paró delante de ellos y examinó sus semblantes. El sol incendiaba su roja cabeza y los ojos gris verdoso centelleaban. Al principio, le devolvían su examen con miradas de desafío o resignación. Luego, a su pesar, tuvieron miedo. Vieron que ese afilado rostro bronceado, aunque joven, era el rostro de un rey duro, poderoso y lleno de fuerza inexorable. Cada hombre sentía asimismo que cuando Temujin lo miraba, su alma retrocedía con repentina sumisión.

Temujin comenzó a hablar tranquilamente y fuerte, sin prisa.

—Sois mis prisioneros, hechos en limpia batalla. No tengo nada contra vosotros, porque la lucha por la existencia y el poder es la primera ley de las regiones áridas y las estepas. Y sólo el victorioso merece vivir y gobernar. Yo soy el victorioso.

»Indagar en vuestras almas, guerreros taigutos, y decidid si entraréis a mi servicio con lealtad, dignidad y devoción. Sois hombres bravos, valientes, francos y honestos, y la respuesta que me deis será verdad. Los que no acepten morirán. Pero el temor a la muerte no es uno de vuestros defectos, y por eso sé que me responderéis honestamente.

Esperó un momento, mirando las filas de rostros oscuros e inescrutables. Añadió:

—Sabéis que nunca he faltado a la palabra dada a mi amigo o partidario. Vivo sólo para mi pueblo. Soy su servidor. Conquistó lo que ellos podrían conquistar. Quienes me sigan nunca serán traicionados y nunca lo lamentarán. El poder de los reyes descansa en sus hombres. Yo deseo hombres, no riquezas.

Se volvió hacia los setenta jefes. El primero entre ellos era el primo de su padre, Todoyan-Girte, y era el único que miraba a Temujin con inextinguible odio y furia. Su hermano le era muy querido. En su dolor se mezclaba la quemadura de su humillación y desesperación.

Temujin se dirigía a cada jefe, diciendo:

—¿Quieres jurarme lealtad?

Y uno tras otro, después de una fugaz vacilación, se arrodillaba ante él haciendo una reverencia de sumisión. A medida que cada hombre hacía esto, sus guerreros murmuraban. Y lentamente, a medida que los jefes se arrodillaban, los taigutos también aunaron su sumisión a la de sus jefes.

Pronto estuvieron arrodillados los miles de prisioneros. Silenciosos miraban a Temujin con tranquilos y orgullosos ojos, diciéndole con esos ojos que los había conquistado porque era un gran señor y deseaban seguirlo, no porque tuvieran miedo.

Pero Todoyan-Girte no se arrodilló. De pie ante Temujin tenía el rostro sombrío de furia y menosprecio. Los dos se miraban en tenso silencio. Todos los observaban.

Temujin preguntó:

—¿No me concederás tu lealtad, oh, pariente?

—¡Nunca! —exclamó el taiguto con violencia—. ¡Nunca a ti, perro de cabeza colorada! ¡No me inclinaré a tu vergonzosa pretensión, ni por el amor de mi vida daré honor al despreciable hijo de Yesugei!

Temujin se volvió lentamente hacia las arrodilladas filas de taigutos, para ver cómo se tomaban este febril desafío. Pero los taigutos parecían hombres hipnotizados que sólo oían y veían a su nuevo amo.

Temujin, mordiéndose el labio y con el ceño contraído, volvióse nuevamente hacia Todoyan-Girte, quien jadeaba pesadamente, con los ojos llenos de negros destellos. Una expresión de admiración y pena apareció en el semblante del joven khan. Oyó un susurro cerca de su oído. Era Jamuga, que decía apremiante:

—Libéralo y envíalo de vuelta a su horda. Es un hombre bravo y honorable.

Temujin miró a los otros. El hermoso rostro de Subodai era austero e ilegible. Chepe Noyon sonreía. Kasar miraba con ojos de fuego a Todoyan-Girte. Kurelen elevó la mirada y bajó la cabeza. Pero Kokchu se humedecía los labios ávidamente mientras clavaba la mirada en el jefe taigutos.

Temujin sacó la daga de su cinto y se la entregó por la empuñadura al taiguto. Le sonrió.

Todoyan-Girte contempló la daga en su mano y luego a Temujin. Sus facciones se demudaron. Por un momento pareció vencido por la desesperación. Luego, mirando aún a Temujin, levantó la daga y se la clavó en el corazón. Hasta el último momento, antes de caer, su expresión fue de odio y desprecio.

Yacía ahí muerto y sangrando a la ardiente luz del sol. Miles de ojos lo contemplaban. Los taigutos no se turbaron ni se movieron. Su servil admiración por Temujin se acrecentó. Pensaban que había realizado un acto de caballerosidad. Sólo Jamuga, cuyo rostro parecía de mármol, y Kurelen, que fruncía los labios burlonamente, apartaron sus miradas.

Temujin, de pie ante el cuerpo del bravo jefe, levantó los brazos y exclamó para todo su pueblo:

—¡Vosotros me pertenecéis y yo os pertenezco! ¡Seguidme hasta el final del mundo!

Capítulo 35

TEMUJIN envió a su padre adoptivo, el khan Toghrul, la cabeza de Targoutai envuelta en seda y en una cesta de plata forjada. Este atractivo obsequio incluía una carta que Temujin había dictado al literato Jamuga.

¡Saludos, oh, venerable y reverenciado padre! ¡Han pasado muchas lunas desde que me senté por última vez a tu lado, pero en verdad parecen muchos años! Miro hacia atrás, a través del árido desgaste del tiempo, y aún veo aquellas resplandecientes horas que pasé contigo.

Al leer esto, Toghrul torció el gesto. Miró con desagrado la cabeza envuelta en seda, empujándola hacia un lado con el pie. Continuó leyendo y a medida que lo hacía sus facciones se hicieron más agudas, como chupadas por un fluido acre. «Ajá», se decía mientras leía.

Tú has tenido fe en mí y yo no he traicionado tu astucia. Tu poder y tu gloria proceden de tu conocimiento de los hombres. Tú me has conocido, ¡oh, padre! Ahora soy el amo del Gobi del norte y sólo he empezado.

Sabes cuán seguras están tus caravanas. Ninguna ha sido asaltada por los merodeadores, gracias a mis esfuerzos. Tu último obsequio ha sido magnífico. Por eso te doy las gracias.

Te envió la cabeza de mi pariente Targoutai como un símbolo de que la espada de los taigutos, invasores, asesinos y ladrones, ha sido quebrada y una nueva ruta de caravanas puede ser abierta a través de su antiguo territorio.

Toghrul enarcó las cejas con grata sorpresa. La nueva ruta ahorraría hombres y tiempo, muchísimo tiempo. Se obtendrían nuevos mercados. Nuevas riquezas para sus arcas. Ausente, cogió una golosina del bol de oro y esmalte que tenía a su lado y se la llevó a la boca.

«Hay algo en todo esto —reflexionó—. Sin embargo...». Continuó leyendo.

Con frecuencia las caravanas estuvieron a punto de ser atacadas, pero una frase lo evitó: «¡Temujin los protege!». Y los merodeadores se dispersaron como tierra al viento, con exclamaciones de terror. Mi nombre vale por cien guerreros para los

mercaderes y para quienes han sido bastante benévolos y astutos para confiar en mí y recompensarme.

Te saludo, ioh, padre!, y quedo a tus órdenes.

Tu hijo Temujin.

Toghrul se sumió en profunda meditación. Entonces su mirada cayó de nuevo sobre la cesta de plata que contenía la cabeza de Targoutai. Hizo una mueca y la empujó de nuevo con el pie, diciendo a uno de sus sirvientes:

—Vacía esto y luego llénala hasta el borde de monedas de plata. No, la mitad de plata y la mitad de oro, y un collar de perlas envuelto en cinco largos de género de plata bordado con turquesas, para la esposa del khan Temujin. Y dile a mi escribano que venga a verme al atardecer para redactar una carta para mi noble hijo Temujin.

Mientras el sirviente hacía una profunda reverencia antes de irse, el khan añadió:

—Y trescientos sementales para mi hijo, que acompañarán al mensajero y sus hombres. Ciento cincuenta de los negros y ciento cincuenta de los blancos.

«Un obsequio para un príncipe», pensó el esclavo mientras dejaba el amplio y fresco apartamento del viejo khan.

Toghrul estaba pasando los fríos meses de invierno en una de las más grandes ciudades keraítas, porque su reumatismo se había agudizado y estaba cojo. Su palacio era pequeño pero elegante; había pertenecido a un noble persa que había quebrado por haberse dado a las mujeres y al juego. Estaba edificado con graciosas siluetas de mármol blanco, con verdes jardines llenos de árboles y palmeras frondosas, con estanques esmeralda, puentes blancos y muchas flores. Eran los jardines de un poeta. Toldos a rayas rojas y blancas mantenían la frescura en los días calurosos y el aire se llenaba con el canto de las fuentes y las suaves risas de las mujeres del harén. Toghrul era muy aficionado a los sedosos gatos negros y los mullidos persas grises, que se deslizaban por todas partes meticulosamente atendidos por los esclavos.

Uno de ellos, enorme, de color gris y tan suave como una nube, yacía a los pies de Toghrul cuando éste se sentaba entre sus almohadones de seda en sus aposentos privados. Aunque el aire en los jardines era balsámico y el sol caliente, había todavía una brisa cortante que su malestar no podía soportar. Sus viejas piernas marchitas estaban cubiertas con túnicas de lana y pieles. Un brasero ardía templadamente cerca de él y un esclavo le derramaba ocasionalmente puñados de mirra y otras dulces esencias. La habitación era grande y aireada. El suelo era de baldosas de mármol negro y blanco. Detrás

de él había una pequeña columnata de pilares blancos acanalados, pues el noble persa tenía pretensiones de la antigua elegancia griega. Esta columnata estaba abierta y la luz del sol penetraba deslumbrantemente. Las copas de los árboles verdes podían ser vistas por el anciano desde sus almohadones y le agradaba observarlas espumosas y moviéndose al viento. Oía la alegre risa de las mujeres en los jardines y la dulce cadencia de la música. Otras habitaciones estaban divididas por espesas cortinas de seda carmesí ribeteadas de oro. Detrás del khan permanecía una hermosa esclava, morena, con aros de oro en las orejas, que se reflejaban en sus mejillas. Estaba desnuda hasta la cintura y cubierta de ahí hasta abajo con diáfana seda salpicada de joyas. Sostenía un abanico de plumas de avestruz que movía lánguidamente para mantener el humo del brasero y ahuyentar las moscas de su amo. Su figura reflejada en el suelo de mármol se mecía y las joyas que la adornaban centelleaban débilmente. Su moreno pecho se estremecía con la respiración y sus ojos negros captaban el reflejo de la luz. A veces levantaba un pie desnudo y pequeñas campanillas de oro tintineaban. Cuando bostezaba, sus gruesos labios rojos mostraban unos dientes blancos y relucientes.

La habitación estaba llena de arcas talladas, de mesas de teca pesadamente labradas y con las patas imitando garras de dragones, de blandos canapés tapizados en seda y de gabinetes de ébano y marfil. Había también pequeñas banquetas y taburetes de ébano. Insignias color escarlata colgaban de las paredes de mármol. De una pared colgaba la cruz favorita del khan Toghrul, enorme, dorada y complicadamente tallada. En este momento él era cristiano, aunque durante la reciente visita de un pequeño sultán había sido el más devoto musulmán. Esa mañana un rico obispo nestoriano lo había visitado para discutir la condición de los cristianos en su pueblo. Toghrul reflexionaba que al día siguiente debía ser mahometano de nuevo, porque los primeros enviados del califa de Bojara lo visitarían para hacer los arreglos finales para el casamiento de Azara, que debía realizarse al cabo de cuatro semanas.

Toghrul ordenó a la esclava correr las cortinas carmesí sobre la mitad de la abertura que daba a la pequeña columnata. Se quejaba de que el viento ahora soplaba sobre su pelado cráneo. Cuando ella hubo obedecido, se acostó de espaldas sobre los almohadones y de nuevo se entregó a sus pensamientos. Sostenía a su gato en los brazos, acariciando a la mimosa bestia absorto y con voluptuosos manoseos. Su mirada vagaba por la gran habitación y parecía interesado en los vasos de porcelana china color jade, en los relucientes cofres de oro y plata, y en las lámparas de cristal y plata colocadas sobre las mesas. Un enorme vaso de porcelana de la mitad de la altura de un hombre y casi tan

ancho, exquisitamente esmaltado en lustroso verde, oro y escarlata, colocado frente a una sección de la pared de mármol, estaba lleno de flores blancas y rosadas. Ésta era la encantadora tarea de Azara: mantenerlo lleno para el deleite de su padre. Las flores exhalaban una esencia a la vez delicada y acre, que podía percibirse sobre los olores del incienso del brasero.

La mirada de Toghrul continuaba vagando. Descendió hasta el suelo y contempló los ricos matices de las pequeñas alfombras turcas y persas esparcidas sobre el mármol. Pero en realidad no veía nada, sino sus propios pensamientos. Por último palmeó sus manos con sonido seco e impaciente y un eunuco, enorme, grueso y desnudo hasta la cintura, con una cimitarra atravesada en su cinto de plata, entró e inclinó su cabeza ante el anciano.

—Mándame enseguida a mi hijo Taliph.

Taliph era su hijo mayor y su favorito, el primero nacido de la primera esposa de Toghrul. Pronto apareció un hombre alto, delgado y moreno, todavía joven, con una angosta cabeza bruñida y el astuto semblante de un sacerdote. Se consideraba a sí mismo un gracioso poeta, pero toda su poesía era plagiada de los poetas persas, especialmente de Omar Khayyam. Pero era muy hábil en el plagio y a veces podía haber una línea o un verso original e inteligente, tan astutamente mezclado con las frases y estrofas prestadas que sus amigos eruditos podían alabarlo sin demasiada hipocresía. Su traje era primoroso y algo afeminado. Era muy aficionado a los anillos. Su padre le perdonaba su poesía y sus extravagancias porque Taliph era cruel y sin escrúpulos, inteligente, ingenioso y sumamente sutil. Además agradaba a su padre por su voracidad y aptitudes, y porque el anciano nunca conseguía engañarlo.

Toghrul lo hizo sentarse a su lado y le sirvió una copa de vino especiado. Mientras su hijo bebía, lo miraba con su acostumbrado afecto complacido. Admiraba aquel rostro oscuro y angosto, largo y petulante, y los negros ojos vivaces y saltarines, hundidos bajo una alta y fina frente. Las mejillas, pesadamente delineadas, le daban un aspecto ascético y ávido. Aun en reposo, la boca fina y ancha parecía retorcida en una cruel e irónica sonrisa. Sus anillos centelleaban en la penumbra, y Toghrul sospechaba que bajo las anchas mangas había brazaletes con piedras. Pero aun esto podía perdonar, mirando la daga que lucía en su cinto y las manos delgadas, tan oscuras y largas.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Jugando con las mujeres o escribiendo poesías, como de costumbre? —interrogó, tratando de hacer desdeñosa su afectuosa voz.

Taliph sonrió. Se lamió los labios delicadamente y observó a su padre con irrespetuoso afecto.

—Ni lo uno ni lo otro. Estaba tomando un baño.

Toghrul olfateó e hizo muecas afectadamente.

—¡Ajá! ¡De modo que ése es el origen del aceite de esencia de rosas! ¿Por qué no pruebas verbena para variar? Yo lo prefiero.

Taliph se encogió de hombros.

—El aceite de esencia de rosas coincide con mi estado de ánimo.

—A Azara le agradan las violetas. He descubierto que las mujeres a quienes agradan las violetas son más deseadas que las que prefieren las rosas. Eso si uno sólo se interesa en contemplarlas. Pero los licenciosos adoran las rosas. Actualmente prefiero que Azara se limite a las violetas. Nunca cambiará por la esencia de rosas, me temo.

Taliph bostezó.

—¿Has perturbado mi baño para discutir las preferencias de Azara y para comentar acerca de su castidad?

—Indirectamente, a Azara le atañen mis noticias. Ahora lee esta carta que he recibido de Temujin, ese bárbaro sudoroso de las tierras áridas.

Taliph leyó y comenzó a reír.

—¿Sabes lo que pienso? ¡Que este animal de Gobi es condescendiente contigo!

Toghrul sonrió divertido.

—También lo pensé yo. ¡Deberías verlo! Pero tú no podrías soportar su olor. Aun si se bañara en tu perfumado baño, todavía apestaría a caballos y estiércol, a leche agria y brazos de mujeres que no se lavan. Sin embargo, hay algo espléndido en él. El esplendor es con frecuencia un atributo de las bestias salvajes que acechan en los desiertos y las montañas. Tiene una terrible mirada de jade, el cabello tan rojo como una puesta de sol y una voz que se hace escuchar, por muy indócil y despreciativa que sea.

Taliph enarcó una ceja.

—Con todo, ha protegido tus caravanas y ha duplicado tus riquezas. Mis amigos me dicen que sus padres tienen una supersticiosa fe ciega en él. Y por esta carta yo deduciría que se ha forjado un poder en las hordas. —Torció el gesto—. ¡Bah! ¡Esas hordas! No son hombres, sino bestias. Una vez pensé en componer un poema épico acerca de ellas, pero en ese momento olfateé a una veintena de pequeños nobles visitando uno de los bazares. A veces desearía no tener una nariz tan sensitiva. —Suspiró apenado.

»Hubiera sido un magnífico poema. ¡Las hordas contra un rojo cielo crepuscular, en el desierto gris y púrpura! Fuegos de campaña y cantos primitivos. Hermosas mujeres indómitas sobre sementales blancos. Pero ahora debo admitir que no son sino animales que se llaman a sí mismos hombres. Una vez pensé en visitarlos para sentir los vientos de las estepas en mi rostro y luego componer un poema inmortal.

Toghrul se rió.

—Si uno quiere ser sentimental, primero debe contener el olfato. No obstante, Temujin no huele peor que el pequeño sultán que me visitó ayer. Me agradaría que lo vieras. A distancia, desde luego.

Taliph esperó.

Toghrul suspiró.

—He estado tratando de resolver si debo o no hacerlo asesinar. Tú eres astuto. Has percibido ya lo que él es. Continuará siéndolo. ¿Quién sabe si no acabará controlando todo el Gobi? ¿Cómo se puede pronosticar lo que sucederá? Yo lo he alentado y ayudado, y también mis amigos por nuestras caravanas. Pero ¿se contentará sólo con las comarcas áridas?

—Creo que no —respondió Taliph fríamente—. Pero tú puedes alentar secretamente a otros pequeños khanes contra él y mantenerlo así ocupado, defendiéndose. Nunca permitas a un vasallo hacerse demasiado fuerte. La balanza del poder debe favorecer al amo. Pero se necesita sabiduría crítica y discernimiento para saber hasta dónde se debe maniar un vasallo. Por un lado, su debilidad puede hacer perder al amo las ganancias que le ha dado. Por otro lado, sus encuentros con otros, secretamente alentados por el amo, pueden hacerlo aún más fuerte. Debes tener cuidado de que la balanza se incline de nuestro lado. ¿Quizá una pacífica confederación, acuerdos e intercambios entre los pequeños nobles de las estepas? Las confederaciones son excelentes para el amo, si están bajo su bandera para su mutua protección y ganancias.

Toghrul sacudió la cabeza.

—¡Tú no conoces a las hordas! Confederaciones pacíficas no pueden existir entre ellos. Sólo conocen la violencia y la fuerza. Sólo el que con esa violencia y esa fuerza finalmente los articule en una confederación será su verdadero amo. Entonces nosotros, los de las ciudades, tendremos buenas razones para ser aprensivos. Recuerda que no estamos tratando con hombres civilizados, sino con bárbaros.

—En realidad se distinguen poco —observó Taliph—. Todos son dóciles a las ganancias. ¿Por qué no sugieres ahora a este Temujin que estás

satisfecho con lo que ha hecho y que ahora puede dormirse en los laureles? ¿O en sus mujeres? Dile que te ocuparás de que conserve su señorío sobre el norte del Gobi, pero que no puedes garantizarle ayuda si se empeña en extender su dominio. Tú lo conoces. Puedes sugerirle que no patrocinarás futuras conquistas y que si no te obedece, le retirarás tu ayuda.

Toghrul lo contempló con admiración.

—Qué astuto eres, Taliph. Pero ¿qué dirán los mercaderes y los hombres de la ciudad? ¿Me seguirán en esto? ¿O por envidia o enemistad continuarán apoyando a Temujin si le retiro mi ayuda? ¿Se les podrá hacer comprender el eventual peligro de sus conquistas sin restricción?

—Ahí puedo ofrecerte un pequeño estímulo, padre mío —replicó Taliph con franqueza—. Los mercaderes y negociantes obesos no tienen imaginación. Son como ovejas sobrealimentadas y avaras, y ayudarán servilmente a aquel que les prometa beneficios. La mayoría de ellos te odia. Podrían alcanzar un acuerdo con este apestoso Temujin para que asalte tus caravanas y repartirse el botín. No hay honor entre mercaderes.

Toghrul guardó silencio, pero sus pequeños ojos se iluminaron. Él y su hijo se miraron con vivacidad. Pero Taliph rió pesaroso, sacudiendo la cabeza.

—Me temo que eso no dará resultado, padre mío. Una vez se le sugiera a Temujin que asalte las caravanas de los otros para ti, pensará en tomar las tuyas también. Además, creo que es demasiado hábil para hacerse enemigos entre tus competidores. Aparentemente él mira a algo más en el futuro.

—Eso es lo que temo. ¡Bah! ¿Qué estoy diciendo? Nuestros pueblos y ciudades están bien fortificados, y nuestros soldados, bien adiestrados. Él no puede hacerse tan fuerte en una generación. Y después de que yo haya muerto, no me interesa. —Sin embargo, estaba intranquilo. Se mordió el labio.

—Sigo creyendo que no puedes continuar dándole valiosos obsequios para atarlo a ti —dijo Taliph tras reflexionar—. ¿Quién sabe? Nosotros tenemos imaginación y podemos ampliar nuestras miras. Ampliar las miras es fácil en las ciudades, entre ciudadanos. Pero este Temujin probablemente es incapaz de ver más allá. Los animales fuertes rara vez sacan partido de toda su fuerza y pueden ser llevados a la sumisión por una mano hábil que los alimente bien.

Su padre guardó silencio. Taliph lo observaba meditativo. Finalmente sonrió con divertida malicia.

—Pero tú lo odias personalmente, ¿no es así, padre mío?

El pequeño rostro marchito de Toghrul se contrajo en una sonrisa:

—Tu sutileza imagina muchas cosas —dijo—. Puedo ver, con todo, después de esta conversación contigo, que no me atrevo a asesinarlo. Nuestras caravanas no estarían a salvo de las hordas. Tengo una idea: lo invitaré para que sea nuestro huésped en el casamiento de Azara. Entonces podrás estudiarlo a tu comodidad.

Taliph afectó alarma.

—¡Pero yo no soporto las hediondecas! No lo alojes en el palacio. Coloca su tienda fuera de tus tierras. —Poniéndose de pie, rió de buena gana—. ¡Qué ridículos somos, en verdad! Tenemos grandes ejércitos y detrás de nosotros está el imperio de Catay, con sus legiones. De cualquier modo, trae a ese Temujin y déjame analizarlo. Puede que escriba un poema, después de todo. Eso sí, apretándome la nariz.

Y fue así como al día siguiente los mensajeros de Temujin fueron despachados con ricos obsequios y una cortés carta de invitación para la ceremonia del casamiento de Azara, la del maravilloso cabello pálido.

Toghrul, riéndose de sí mismo por los temores que había evocado su imaginación, pensó: «El Gobi es vasto. Nadie puede conquistar su inmensa extensión. Ningún hombre en toda su vida. Y aun si pudiera, ¿qué jefe bárbaro soñaría en atacar la poderosa Catay, el Imperio Kharismiano y todas nuestras poderosas ciudades turcomanas? Sería aplastado como una presuntuosa mosca. Yo soy un viejo impotente y tengo grandilocuentes sueños de lo que me agradaría hacer si Dios me diera innumerables legiones».

Pero, sin embargo, lentamente resolvió que llegaría el día en que debería destruir a Temujin no por ningún temor, sino por odio.

«Armamos a los que odiamos con armas sobrenaturales y nos acobardamos en su presencia —pensó—. Y así, al final no son ellos los que nos conquistan, sino nosotros mismos».

Capítulo 36

CIERTO día Temujin tenía dos razones para sentirse regocijado y exultante. La más importante era el nacimiento de Juchi, hijo de Bortei. La segunda, la llegada de los jubilosos mensajeros con los obsequios del khan Toghrul.

Era de madrugada cuando Houlun, con su cabello gris cubierto con la capucha, despertó a su hijo para comunicarle que su esposa había dado a luz un niño varón. Permaneció de pie con una lámpara en la mano mientras se lo comunicaba, con su delgado y heroico rostro tallado en ásperos planos negros por la débil luz. Sus ojos grises lo miraban graves e inescrutables. Su magnífico cuerpo alto mantenía su viejo orgullo y dignidad. Los pesados pliegues de su vestido seguían cada línea de sus muslos y pechos. Era una sacerdotisa anunciando portentos.

Temujin, con una exclamación de júbilo, se levantó enseguida echándose una capa de pieles sobre los hombros. Con la cabeza descubierta corrió fuera en la primera luz misteriosa de la mañana. Los perros, inquietos, comenzaron a ladrar. Se lanzó dentro de la tienda de su esposa, llena de mujeres que la atendían. Bortei, agotada pero tranquila, yacía en su canapé, observando a la mujer que untaba el desnudo cuerpecito del bebé. Era una criatura fuerte que gritaba indignada aunque sólo tenía una hora de vida. A la luz de las lámparas de sebo, Temujin miró al niño. Vio un enojado rostro enrojecido, una cabeza redonda con cabello negro y el ancho pecho de un futuro soldado. Pensó en su fuero interno: «¿Es mi hijo o el hijo de otro?». Nunca lo sabría, pero de repente esto fue insignificante. Era un niño, probablemente el fruto de sus propios esfuerzos amorios con una hermosa mujer. Eso era suficiente para aquel ambicioso mongol.

Tomó al niño y lo miró con júbilo. El niño dejó de chillar. Su voz murió en un sollozo. Era tan ciego e inconsciente como un gatito recién nacido, pero Temujin tuvo la certeza de que lo había mirado directamente a él y con conocimiento.

—¿Cómo llamaremos a mi hijo? —exclamó.

Las mujeres cambiaron miradas furtivas y de entendimiento, pero guardaron silencio. Bortei sonrió lánguidamente. Entonces la voz de Houlun sonó fuerte y áspera a su espalda, y todos se sorprendieron porque nadie la había oído o visto entrar.

—¡Llámalo Juchi! —exclamó.

¡Juchi! ¡«El Indefinido»! La miraron. Estaba de pie en la entrada de la tienda, pareciendo más alta y apasionada que de costumbre, con el rostro pálido de desprecio y los ojos como llamas. Bortei dejó escapar un sordo sonido de angustia, volviendo la cabeza a un lado. Las sirvientas se agacharon ante su señora. Pero Temujin miró resueltamente a su madre sobre el cuerpecito del bebé. Sus ojos destellaban a la luz de una lámpara.

—Sí, es Juchi —dijo con voz tranquila.

Dejó al niño en el lecho. El brazo de Bortei lo rodeó protectoramente. Houlun, respirando rápida y audiblemente, sonrió con malicia, como presa de extraña excitación. Temujin posó sus labios en la húmeda frente de su esposa, en la que mechones de oscuro cabello se adherían desaliñadamente.

—Alimenta a mi hijo con todo cuidado, esposa mía —dijo.

Y se marchó sin mirar a su madre.

Las mujeres, cohibidas y temerosas, comenzaron sus cuidados de cloqueo otra vez. Houlun permaneció inmóvil. Apretaba las manos contra su pecho como si aquietara un dolor mortal. Sus ojos eran oscuros y todo el fuego había abandonado su rostro, de modo que se veía tan frío y sin color como si estuviera muerto.

Esperó a que las mujeres hubieran terminado. Entonces se aproximó al canapé de Bortei. Las dos mujeres se miraron largamente. Bortei sonrió débilmente, había vencido, y en su sonrisa había algo triunfante y mezquino. Pero Houlun, cuyos labios estaban contraídos, no sonreía. Levantó al niño en sus brazos y lo miró con una especie de violenta tristeza.

—Mi nieto es una hermosa criatura —dijo.

Y en la amarga pero orgullosa entrega de Houlun, Bortei no pudo encontrar triunfo más lejano.

Lo primero que vio Temujin cuando dejó la tienda de su esposa fue la llegada de los mensajeros y los trescientos sementales. Guerreros, mujeres, niños y pastores salieron excitados de sus tiendas profiriendo exclamaciones, haciendo preguntas y gritando con regocijo, porque era un maravilloso presente. El mensajero entregó orgullosamente la cesta de plata llena de tesoros, y Temujin suspiró cuando vio el contenido. Ordenó que llamasen a Jamuga y se dirigió a su tienda desenrollando el pergamino de Toghrul.

El sol era en ese momento una roja llama sobre el horizonte del este. Los fuegos estaban encendidos. Los rebaños habían sido reunidos, preparándolos para apacentarlos. Hacía mucho frío, el invierno había llegado y ya debían estar en camino para los nuevos apacentaderos. El cielo estaba descolorido, alto y desapacible. Ya no había bandadas de gansos viajando por el viento

perpetuo. Los charcos tenían pesadas telas de hielo gris en la superficie, y el río estaba silencioso. Sobre las redondas cúpulas negras de las tiendas, el humo se suspendía bajo y espeso, semejante a una nube.

Jamuga llegó enseguida, reservado y tranquilo. Encontró a Temujin comiendo ruidosa y ávidamente, y fue invitado a acompañarlo. Mientras un sirviente llenaba escudillas con mijo caliente y leche, cubriendo una fuente de plata con carnero al vapor, Temujin entregó el pergamino a su amigo y esperó impaciente a que se lo leyera.

Jamuga leyó en silencio. Cuando hubo terminado, miró a Temujin con extraña expresión.

—Me han dicho que tienes un hijo —dijo.

Temujin se desconcertó. Lo había olvidado momentáneamente, aunque el conocimiento de su paternidad estaba suspendido como una rica y abrigada cortina a la espalda de sus regocijados pensamientos.

—Sí, sí —dijo apresuradamente. Su sonrisa fue algo avergonzada. Para disimular su turbación señaló el pergamino con la mano que sostenía un trozo de carnero.

—¿Qué pone? —preguntó.

—Permíteme ofrecerte mis felicitaciones —dijo Jamuga.

Temujin lo miró.

—¿Eh? —dijo. Se preguntó qué buenas noticias contendría la carta, vista la reacción de Jamuga. Su rostro brilló de soberbia. Luego pensó que Jamuga hablaba del nacimiento del niño. Se sonrojó y soltó una risotada.

—Es un hermoso muchacho —dijo, riendo otra vez.

Jamuga, que había temido esa mañana por Temujin, rió también, ambos como amigos que se comprenden.

—Le he dado el nombre de Juchi, el Indefinido —dijo Temujin.

Jamuga se puso repentinamente serio y pensó que realmente no comprendía a Temujin en absoluto, y ese pensamiento lo entristeció de nuevo.

—¡Pero lee la carta! —exclamó Temujin—. Me muero de curiosidad.

Jamuga empezó a leer con voz baja y sin matices.

Saludos para mi amado hijo Temujin. Has realizado grandes cosas, y el corazón de tu padre adoptivo late de orgullo y alegría. Nunca se había esperado menos de ti, pero es bueno para el corazón de un anciano si es probado en su fe y en sus hijos. Los obsequios que te envió son pobres en comparación con tus logros. Las nuevas rutas de las caravanas serán abiertas inmediatamente y sé que gozarán de tu protección.

Temujin, masticando, asintió y dijo en tono apagado:

—Cuando un hombre no encuentra ya confort en el templado vientre de una mujer, satisface su lujuria con el oro.

La apacible frente de Jamuga se llenó de surcos al oír esto, pero continuó:

En cada ciudad, en cada bazar, en la tienda de cada mercader, en cada palacio y en cada casa bancaria, la fama de Temujin se eleva como incienso.

—¡Ajá! —resopló Temujin. Mordió un bocado con gesto de desprecio—. ¡Qué fama ésta! ¡Ser cantado por la voz aguardentosa de un mercader castrado! —Había tomado otro trozo de carnero y lo mecía ante el rostro fastidiado de Jamuga—. ¿Sabes lo que pienso? Pienso que algún día tendré que servir a estos mercaderes para el bienestar de mi alma.

Jamuga suspiró.

—¿Deseas escuchar el resto o no?

Temujin se encogió de hombros.

—Continúa. —Comió y miró a Jamuga con gesto torcido.

Las finas aletas de la nariz de Jamuga se estiraron con aversión. Clavó la mirada en el pergamino y prosiguió:

Aun en Catay he oído elogiar al intrépido Temujin, el amigo del mercader, el protector del pacífico negociante.

Jamuga lo miró fríamente:

—Temujin, por favor, no hagas ruidos tan repugnantes. Sin duda quieres manifestar tu menosprecio, pero mi estómago está revuelto esta mañana.

Temujin rió entre dientes.

—Te pido perdón, escucharé el resto en decoroso silencio. Pero ¿quién puede evitar burlarse de semejante hipocresía?

—No creo que Toghrul sea hipócrita —replicó Jamuga—. Está sinceramente agradecido. Después de todo —añadió con amargura—, tú has matado a muchos hombres para proteger las caravanas de los buenos mercaderes. —Sus manos comenzaron a temblar. Su voz era aún apacible cuando continuó—:

Me has proporcionado una gran satisfacción. Y tengo aún otra razón. Antes de la próxima luna llena, mi hija Azara será desposada con el califa de Bojara. Por esto y por la alegría que proporcionarás a mis viejos ojos, te invito al casamiento. Entonces mi copa será colmada.

Jamuga hizo una pausa y esperó algún comentario de Temujin. Como no llegó, lo miró. Temujin había hecho una pausa en el mismo acto de masticar. Su rostro estaba lívido y sin expresión. Los ojos fijos y brillantes eran tan inexpresivos como una piedra azul.

Por último volvió la cabeza y escupió el bocado a medio masticar. Mantuvo la cabeza desviada sumido en un silencio inquietante. Su perfil parecía el de un ave de rapiña. Su mandíbula sobresalía duramente y sus músculos se tensaban.

—¡Temujin! ¿Qué te aflige?

Temujin volvió lentamente su rostro hacia él. Sonrió. Sus ojos centelleaban y despedían fuego. Pero dijo con calma:

—Iremos a esa famosa boda. ¿No pone nada más?

Jamuga lo miró un momento más. Luego volvió a la carta.

—Nada más, excepto efusivas seguridades de su cariño y gratitud, y deseos de verte de nuevo.

Temujin llenó su copa de vino y la bebió de un sorbo. La llenó de nuevo y bebió. Se puso de pie.

—Sí, en verdad debemos ir a esa famosa boda.

Capítulo 37

TEMUJIN hizo sus preparativos al día siguiente, después de la desenfadada fiesta por el nacimiento de su hijo. Había bebido demasiado y tuvo que ser llevado a su tienda. Pero al día siguiente no mostraba indicios de su disipación ni en su rostro ni en sus maneras.

Consultó a todos sus oficiales y consejeros, pero todos sabían que era pura formalidad. Tomaba todas sus decisiones por sí mismo.

Con él llevaría a Chepe Noyon y Kasar. Dejaría a Jamuga como khan en su lugar, secundado por Subodai. Llevaría también algunos de sus nokud y un destacamento de guerreros seleccionados. De pronto pareció sumamente impaciente. Su voz se hizo rápida e imperiosa. A veces parecía sumirse en opresivos pensamientos, de los que emergía con renovada irritación.

Kurelen dijo:

—Me resulta sorprendente que dejes a Jamuga en tu lugar. Tú conoces su incompetencia en los asuntos de organización y comprensión de los hombres.

Temujin se encogió de hombros.

—Es lo menos que puedo hacer por él —respondió.

Kurelen enarcó una ceja ante esta extraña declaración, pero no hizo comentarios.

—Además —añadió Temujin—, Subodai estará aquí con la mayoría de los nokud. La función de Jamuga será meramente honorífica. He dado órdenes de que no debe ser tomado demasiado en serio, aunque tratado con el mayor respeto y reverencia como representante mío. Subodai es sutil. Los nokud son inteligentes. Jamuga nunca supondrá que tiene la suprema autoridad.

Kurelen sonrió. Temujin, con su acostumbrada generosidad, había repartido todas las monedas de la cesta. Había guardado sólo la tela de plata para Bortei. Kurelen había recibido una gran parte del obsequio, incluyendo varios sementales. Kurelen cavilaba sobre todo esto. Había casi olvidado lo que estaba hablando con su sobrino y le oyó decir:

—Además, no hay nadie más vulnerable a las sugerencias de un sacerdote que Jamuga.

Temujin fue a ver a Kokchu, quien había engordado bastante en los últimos meses.

Kokchu contaba ahora con media docena de chamanes más jóvenes para ayudarlo en los misterios de la religión y los había convencido de su santidad y omnipotencia. Su tienda era tan grande como la de Temujin y más ricamente decorada y amueblada. Sus mujeres eran bonitas y deseables, ataviadas con túnicas de seda y lana bordadas.

Kokchu recibió a Temujin con gran ceremonia y respeto.

Pero Temujin habló como siempre, sin preámbulo:

—Los sacerdotes se ocupan de las relaciones con sus dioses, permitiendo a los hombres manejar mejor los asuntos mundanos. ¿Comprendes?

Kokchu fingió estar confundido, pero viendo que Temujin sonreía sarcásticamente, afectó sentirse profundamente herido.

—No tienes confianza en mí, señor —dijo en voz baja y pesarosa.

Temujin rió.

—Si un rey confía en un sacerdote, cada día deberá mirar bajo su lecho buscando un asesino. —Palmeó a Kokchu en su grueso pecho—. Recuerda, nada de jugarretas.

Había una excitación ceñuda en Temujin y pronto contagió a todo el mundo. El bullicio normal se acrecentó. Con todo, la disciplina nunca se relajó. Los nokud llegaban separadamente, oían sus breves órdenes y se retiraban para que entrase el siguiente. Subodai escuchó gravemente con los ojos fijos en los severos labios de su señor. Esa noche habría luna llena y Temujin tenía la intención de partir poco después del crepúsculo.

Jamuga fue el último en llegar. Parecía turbado. Dijo:

—Temujin, deberíamos haber partido hace muchos días rumbo a los apacentaderos de invierno. Ahora deberemos esperar tu regreso, y por poco que éste se demore, implicará un duro trabajo para nuestra gente.

—Creo que no. Tienen muchas reservas. Los rebaños tal vez no se mantendrán tan gordos, pero eso se arreglará pronto cuando yo regrese. Además las caravanas tienen que pasar por este camino desde Samarcanda y les he prometido protegerlas. Ocupate de recoger las recompensas antes de proporcionarles protección.

Jamuga no respondió, pero su turbación pareció aumentar. Temujin lo observó con sonrisa burlona. Por último Jamuga dijo en un estallido de amargura:

—¿No temes confiar en mí?

Temujin lo miró y estalló en risas. Golpeó a Jamuga rudamente en el hombro.

—¡Termina con esas niñerías, Jamuga!

El otro se sonrojó. Temujin lo miró con su semblante centelleante de alegría. Parecía que iba a decir algo más, pero se lo pensó mejor. Rodeó los hombros de su amigo y declaró que todavía le quedaban muchas cosas por hacer.

Jamuga dejó la tienda reflexionando sobre la razón que movía a Temujin a aceptar la invitación del khan Toghrul. En esa época del año y después de una precaria victoria, era un asunto peligroso. Se sentía también perplejo por la extraña violencia que había descubierto bajo la risa fácil de Temujin y sus cuidadosas órdenes. Sus ojos agudizados por el cariño habían visto esa violencia hirviendo, lanzando destellos en los ojos de Temujin. Otros podían haber creído que nada perturbaba al joven khan, pero no Jamuga. Había locura y avidez debajo de sus maneras.

En su tienda, Jamuga se sentó a reflexionar. Recordó cuando Temujin había sido huésped del khan Toghrul, repasó día a día, en especial la noche de la fiesta y la aparición de Azara con sus suaves ojos negros y el cabello dorado. Era verdad que Temujin era susceptible a las mujeres más allá de lo normal, y había deseado, abierta y desvergonzadamente, a la hija del khan. Sus compañeros habían bromeado al respecto más tarde. Pero no había que preocuparse de eso, decidió Jamuga.

Pero quizá sí lo había. Recordó el día anterior y la lectura de la carta. Recordó la repentina palidez de Temujin y la maldad de sus ojos cuando había escuchado la invitación de Toghrul a la boda de su hija. «¡Debemos asistir a esa famosa boda!».

Jamuga parpadeó. Toda esa tonta expedición tenía que ver con la belleza de aquella mujer. ¿Qué loca tontería estaba contemplando Temujin? ¿Qué complot suicida? ¿Qué intentaba hacer? Jamuga había intuido hacía mucho la envidia, la malevolencia, el odio de Toghrul y su detestable hipocresía. Y había temido durante toda aquella visita que Temujin estuviera en grave peligro. Alguna presciencia le había hecho oír malignas entonaciones por debajo de la voz dulce y paternal de Toghrul. Y ahora Temujin estaba arriesgando la existencia de su pueblo, su protección y seguridad, su propia vida y la de sus amigos por algún insensato plan privado. ¿Qué podría hacer él? Jamuga lo conocía bastante bien para saber que nada podría detenerlo una vez hubiera comenzado. Ningún consejo, ningún ruego, ninguna llamada a la razón. ¿Contemplaba acaso la idea de tomar a la hija del poderoso khan en sus propias narices, en su propio palacio, ante sus cientos de asistentes? ¡No, era impensable! Pero ¿era eso?

Jamuga se puso de pie y salió corriendo en busca de Temujin. El crepúsculo azul y azafranado había caído. La tierra era barrida por sombras marrón oscuro, rosa y amarillo. En la distancia, hacia el este, había una nube de polvo. Temujin se había ido. Jamuga miró la nube con la garganta seca y el corazón latiéndole con angustia. Se dirigió a la tienda de Kurelen.

Kurelen estaba comiendo otra vez, mojando trozos de pan en la rica salsa oscura de una escudilla, sorbiendo ruidosamente con fruición. La fiel Chassa, una obesa mujer de edad mediana, de grandes senos, cabello entrecano y plácido rostro redondo, lo observaba con la indulgente sonrisa de una madre. A intervalos volvía a llenar la escudilla con salsa y bocados de buen carnero, y la copa de plata con excelente vino. Chassa frunció el ceño al pálido Jamuga cuando éste entró, dejando entender que su presencia era inoportuna y que ahora su niño ya no podría alimentarse adecuadamente.

Al ver a Jamuga, Kurelen lo invitó a acompañarlo. Jamuga rehusó secamente y miró con severidad a Chassa, quien tercamente rehusó darse por aludida y de nuevo llenó la escudilla de Kurelen. Éste sonrió y le palmeó la mejilla.

—Tengo suficiente, Chassa. Y ahora déjanos un momento..., pero no muy largo.

Una vez Chassa, enfurruñada, se hubo retirado, Jamuga miró a Kurelen con ojos febriles. Kurelen, por su parte, miró al delgado y enjuto joven, estudiando también su rígido semblante.

—¿Qué te sucede, Jamuga? ¿Qué nueva desgracia consume tus entrañas?
—Río entre dientes. Ya era un anciano, más débil que nunca, más agobiado y torcido. Su cabello negro se había tornado gris sombrío y tenía las facciones hundidas, pero sus ojos negros seguían tan vivaces y maliciosos como en su juventud.

Jamuga dijo bruscamente:

—No sé la ayuda que puedes ofrecerme, pero debo decirte la verdad: Temujin está encaprichado de la hija de Toghrul. La deseaba abiertamente cuando visitamos al khan. Ayer le leí una carta de Toghrul en la que lo invitaba a la boda de la muchacha con el califa de Bojara.

Kurelen enarcó una ceja.

—Si recuerdo bien, Temujin está continuamente encaprichándose de una u otra moza. Tiene un harén que daría envidia a un sultán menor. No veo motivo para tu preocupación.

Jamuga repuso inexorable:

—Cuando le leí la carta, se puso repentinamente pálido como lana blanqueada al sol. Sus ojos se llenaron de violencia y crueldad. Parecía un loco tratando de ocultar su locura. Estoy convencido de que va a la boda para raptar a la muchacha.

Creyó que Kurelen haría alguna exclamación u observaría algo, pero éste se limitó a fijar sus ojos en los suyos con expresión inescrutable. Jamuga se desesperó ante este silencio. Se puso de cuclillas al lado del anciano y lo tomó por el brazo.

—¿No ves tú todas las cosas? —exclamó—. ¡El khan Toghrul, el poderoso gobernante de los keraítas! ¡El califa de Bojara, señor de legiones militares, de cientos de ciudades, y de poder y riquezas sin límite! ¡Si Temujin los ofende, lo matarán y nos destruirán tan fácilmente como un hombre camina sobre un promontorio de hormigas! A una palabra del khan Toghrul en un solo día nos ahogaremos en nuestra propia sangre. ¡Todo el Gobi caerá sobre nosotros como un mar de acero! ¡Todo lo que hemos ganado con tanto sufrimiento y trabajo, con tanto dolor y fortaleza, se perderá por el cuerpo de una mujer y la lujuria incontrolable de un hombre!

Kurelen miró pensativamente su escudilla. Tras una prolongada pausa durante la cual el jadeo de Jamuga era audible, Kurelen tomó otro trozo de pan y, mojándolo en la salsa, se lo llevó a la boca. Lo masticó. Luego, todavía masticando, volvió la cabeza de nuevo hacia Jamuga con expresión inescrutable, pero ahora había un resplandor en sus ojos.

Habló suavemente:

—Jamuga Sechen, Temujin te ha hecho temporalmente khan en su lugar. Cualquier orden que des será obedecida. Tú puedes, por ejemplo, ordenar que salgamos inmediatamente para los apacentaderos de invierno. Si lo hacemos enseguida, podremos estar lejos de aquí al amanecer e inmensamente lejos cuando Temujin cometa su... tontería. Tan lejos, en realidad, que será difícil encontrarnos. —Añadió con suavidad—: Tú eres el khan, Jamuga Sechen.

Un silencio comparable al que sigue a un relámpago y precede al ensordecedor trueno llenó la tienda. Los ojos de Kurelen brillaron al fijarse en el rostro de Jamuga, que palideció más. Kurelen sintió curiosidad animada de especulación expectante. Se inclinó hacia delante para ver mejor al joven y sonrió ligeramente. Pensó: «No me he equivocado. En su frío y delicado pecho también subyace la loca pasión del hombre por el poder y el dominio».

De repente Jamuga se puso de pie como asaeteado por una punzada. Dio la espalda a Kurelen como si no pudiera tolerar su propio reflejo en los sabios

ojos del anciano. Se apoyó pesadamente contra un alto arcón con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Kurelen se reclinó en los almohadones, incorregiblemente divertido. Se preguntó: «¿Encontrará Jamuga en su creciente codicia alguna noble excusa para seguir mi sugerencia? ¡Siempre necesitaré una excusa noble este hombre pacífico y sin entrañas, para plegarse a la pasión de su pálido pero amargo corazón! ¡Nunca se repetirá esta oportunidad, y él lo sabe! Debe decidirse entre un cariño y lealtad que nunca le ha traído otra cosa que humillación, amargura y envidia, y una última oportunidad de alcanzar lo que ha soñado con el alma, en sus noches de impotencia y lívido deseo vehemente».

Para Kurelen, los conflictos, las pugnas y las batallas que se dirimen en el espíritu de los hombres eran más entretenidas y excitantes que las que se libran en el mundo exterior. Sabía lo que Jamuga estaba sufriendo en su tentación, y comprendía que si el cariño y la lealtad prevalecían, sólo sería porque Jamuga había finalmente flaqueado, subyugándose y destruyéndose a sí mismo. Y esta muerte de lo recóndito de su corazón sería como la muerte verdadera.

Pero Kurelen no sentía piedad, sólo divertida curiosidad y grotesco regocijo. Oyó un profundo suspiro y Jamuga se volvió hacia él. Su delgado y lívido rostro estaba perlado de sudor. Sus ojos eran los de alguien ahogado en un mar de angustia y desesperación. Se tambaleó y tuvo que sostenerse en el arcón para no caer. Pero su expresión era de completa calma y cuando habló su voz sonó controlada y serena.

—Quizá lo que has sugerido es la opción más sabia para todos, Kurelen. Pero no puede ser. Si Temujin perece en su tontería, nosotros debemos perecer también. No puede haber vida para nosotros si él muere. Temujin es nuestro corazón y nosotros somos su cuerpo.

Kurelen sonrió con ironía, observando a Jamuga con una curiosa mezcla de desdén y respeto. Se encogió de hombros imperceptiblemente. Llenó una copa de vino y se la ofreció. Jamuga la cogió y casi se deslizó de sus enervados dedos. Tuvo que sostenerla con ambas manos temblorosas. La llevó a sus labios y bebió con avidez, como el condenado bebe la copa envenenada. Kurelen lo contemplaba con su venenosa y especulativa sonrisa.

Cuando Jamuga le devolvió la copa, Kurelen le dijo fríamente, notando el extremo agotamiento del joven:

—Jamuga, no te atormentes más, concédete algún solaz. Has pensado en la desgracia que Temujin puede traer sobre él y sobre su pueblo. Pero él sin

duda ya ha pensado en todo esto. Te concedo que es descuidado y violento en su naturaleza, pero no es tonto. ¿Me concedes que no es tonto?

Esperó una respuesta ingeniosa, pero Jamuga estaba más allá de la palabra, más allá de notar las sardónicas cejas arqueadas de Kurelen. Se limitó a asentir.

—Las mujeres son preciosas para Temujin, pero no tan preciosas como él mismo y su propia vida —añadió Kurelen—. Puedo asegurarte que volverá a salvo, quizá con algunas cicatrices, pero volverá. Y tendrá todavía el favor del khan Toghrul. De modo que relájate y confía.

Jamuga inclinó la cabeza. Parecía completamente agotado. Se volvió como para marcharse pero se detuvo y miró a Kurelen. Algo parecía haber estallado en él. Comenzó a hablar con la incoherencia y premura de un hombre que se desahoga de su tormento íntimo:

—¿Cómo podemos comprender nosotros a un hombre como él? ¡Él tampoco comprende nada de nosotros!

Kurelen rió levemente.

—¡No te engañes, Jamuga! Él nos comprende, pero nosotros no lo comprendemos a él.

Jamuga hizo un gesto de hastío, el gesto de quien está en extremo quebrantado.

—Pero ¿quién puede descifrar sus pensamientos..., los pensamientos de hombres como él? ¡Son hombres crueles y enigmáticos, de eterno misterio, de gustos brutales sin ternura ni misericordia!

Entonces Kurelen comprendió que el helado cerrojo del corazón de Jamuga se había hecho añicos y se mostraba desnudo, aterrorizado y desesperado como nunca antes. Por un momento, Kurelen se llenó de rara compasión y piedad, y su expresión se suavizó.

—Ciertamente, Jamuga Sechen, nunca podremos comprender a tales hombres intentando descifrar sus almas con nuestro propio código. Si lo hacemos, caemos en la confusión. No podemos usar su código porque es un secreto inalcanzable para nosotros. Si lo adivinarámos vagamente, quedaríamos aturdidos e incrédulos, creyendo que se trata de un mal sueño en que las sombras se hacen luz y la luz, sombras. No trates de comprender porque te volverías loco.

Jamuga se sentó a su lado, como si las piernas no pudieran sostenerlo ya y también porque ahora podía hablar.

—¡Yo no comprendo! ¡No puedo comprender! He tratado de hacerlo durante años y sólo he encontrado el rostro de la locura sin sentido. ¿Qué

puedo hacer yo?

Sus palabras eran una admisión de miseria y desesperación. Miró a Kurelen con el rostro desnudo de un hombre cuyas últimas defensas se han derrumbado y necesita recurrir a alguien en busca de ayuda, sin importarle quién sea.

Kurelen lo miró en silencio. La piedad se elevó en su enigmático y retorcido corazón. No sintió ya desdén por Jamuga.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó con suavidad.

Jamuga lo miró con terrible desesperación. Luego, como si no pudiera soportar ya la comprensión en los ojos del anciano, dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Kurelen puso una mano afectuosamente sobre su hombro.

—Jamuga, tú has nacido o muy tarde o muy temprano. Si lo primero, busca consuelo en los poetas persas. Si lo segundo, ahórcate. Si las dos cosas, vete a Catay. Porque lo que ha sido Catay será el mundo del futuro, si es que los hombres tienen que sobrevivir.

Jamuga, sin levantar la cabeza, preguntó sombríamente.

—¿Y qué ha sido Catay?

Kurelen se acercó a uno de sus arcones y lo abrió. Retiró un antiguo manuscrito atado con una cinta de oro y lo desenrolló. Crujió secamente. Acercó una lámpara de plata a su taburete.

Comenzó a leer tranquila y lentamente:

¿Dónde está el Estado perfecto, dónde descansará el corazón del hombre y su alma tendrá paz y dónde podrá vivir con el prójimo sin destruirlos? Busca este Estado en tu propio corazón, ioh, Hombre!, y cuando lo hayas encontrado, entonces existirá en todo el mundo.

¿Cuáles serán sus atributos? En él todos los hombres perseguirán la perfección, pero nunca la deshonrarán. En él habrá dulzura con dignidad, bondad con razón, ilustración con aristocracia, amor con orgullo, paz con fortaleza, misericordia tan amplia como la tierra, sabiduría con humildad y conocimiento con deseo de saber.

Respetas las otras almas, ioh, Hombre!, y pide respeto para la tuya. Desprecia al tonto sobre todos los demás hombres. Si eres un gobernante, sé el primer servidor de tu pueblo, sin hipocresía. Deléitate en lo que es hermoso y horrorízate por lo que es cruel. Disciplínate a ti mismo alegremente, por amor a tus compañeros. Ama la verdad, porque la mentira es la lengua de los esclavos. No hables de dinero, sino de amistad y de Dios. Si eres un sacerdote, sirve a Dios y no a los hombres.

No deshonres tu alma, y no deshonrarás otras almas. Ten fe, porque sin fe un pueblo debe perecer.

Ten paz. Sé justo. Recuerda que el mundo que ves es sólo tu propio sueño. De esta manera, ningún hombre podrá herirte aunque destruya tu cuerpo.

Ama a Dios y búscalo siempre, en cada suspiro y cada pensamiento, en cada palabra y cada acto. Sólo él no te traicionará ni te fallará. En él está la única realidad.

Cree en todas estas cosas, y el Estado perfecto será tuyo, así como el mundo entero.

Kurelen había terminado. Esperó algún comentario de Jamuga. No lo hubo, pero al semblante del joven había llegado la paz, como un hombre que duerme después de un gran dolor.

Cuando por fin se fue, Kurelen pensó: «Jamuga ha perdido el mundo entero, pero ha encontrado por fin su alma».

Capítulo 38

JAMUGA no era el único que se preguntaba por qué Temujin hacía ese largo viaje para asistir a la boda de Azara, la hija del khan Toghrul, con el califa de Bojara. Chepe Noyon especulaba cínicamente y Kasar con simple aturdimiento. Chepe Noyon no se engañaba: la rubia Azara era la estrella guía que arrastraba al susceptible Temujin, y eso lo alarmó. ¿Qué buscaba Temujin? ¿Qué pretendía conseguir?

Temujin también se lo preguntaba. Se zahería y se ridiculizaba, pero sólo en los escasos momentos en que olvidaba los encantos de Azara. La verdad era que no podía resistir el impulso que lo arrastraba hacia la muchacha. Sus pasiones eran breves y violentas, y ésta era la más indómita y la más violenta que había experimentado nunca. Cuanto más se aproximaba a las ciudades keraítas, más frenético se ponía y todos sus pensamientos y deseos, el latido de su corazón y su pulso, su alma y su mismo aliento se enmarañaban como moscas impotentes en la telaraña del pálido cabello rubio de Azara. En nada podía pensar. Era como un hombre que se muere de sed, que no ve desierto a su alrededor, ni valles ni colinas, y es consciente no de su propio ser, sino sólo de su deslumbrada visión fija en un distante oasis. Veía el semblante de Azara en todas partes, oía su voz en todos los vientos. Cuando el cielo se tornaba rosa en las puestas del sol, veía sus labios. Su ansia por ella lo consumió tanto que apenas podía hablar, hundiéndose en una profunda acrimonia y silencio que nadie podía romper.

Temujin no era un hombre que planificase sus pasos por adelantado. Sus objetivos estaban en la distancia y se sentía contento de aproximarse a ellos hora a hora y confiaba en que las circunstancias, el destino y la suerte lo ayudaran y guiaran cuando llegase el momento de alcanzarlos. Los detalles no le preocupaban. A lo largo de su vida, todas las ciudades que conquistó aparecían sencillamente ante él en una colina, brillando gloriosas pero indefinidas, y le bastaba con cabalgar hacia ellas implacablemente, acorazado con la suerte, el deseo y la implacabilidad, y esperar hasta estar en las mismas puertas antes de planear el asalto definitivo. Así nunca se desgastaba por adelantado, llegando en el último momento fresco, entusiasta e irresistible. Tampoco era estorbado ni distraído por planes previos y sabía sacar ventaja de cada nueva circunstancia que se le presentaba y que nunca podría haber previsto. Los historiadores dirían más tarde que todas sus campañas eran

planificadas con antelación hasta el último detalle, pero eso no era verdad. Como todo gran hombre, intuía vagamente el glorioso futuro, pero sólo se ocupaba de las batallas inmediatas, confiando en que el destino lo encaminase a la próxima, luego a la siguiente, más cerca a cada hora de la victoria final. De esta manera, el elemento sorpresa era básico para él y para los demás. No sabiendo lo que haría mañana, sus enemigos tampoco podían saberlo.

Una vez Kurelen le había dicho: «El que hace planes para mañana es enteramente tonto, pues al hacer sus cálculos omite el factor humano, lo que siempre lo frustrará, desbaratando sus planes. Además el Destino es un bribón de muchas caras y se deleita en presentar al planificador nuevos laberintos y nuevos pasos que su plan no había soñado que existieran».

No sabía lo que haría cuando llegara al palacio de Toghrul, pero sabía que debía ver a Azara, que debía estrecharla en sus brazos, que debía poseerla. El final se demoraba ante él a causa de sus velos, pero conseguiría desgarrar y apartar esos velos y conquistarla a su completa satisfacción, aunque en este momento no sabía cómo. Pero eso tampoco lo afligía demasiado. Si el Destino era un bribón, también podía ser una mujer caprichosa que amaba al hombre temerario.

Y él no sólo era temerario, sino también valiente. Nunca dudó de que en el fondo era irresistible.

Marchaba delante de sus camaradas y guerreros, con su gruesa casaca marrón hinchándose por los fríos ventarrones. Su gorro de piel de zorro en la cabeza, la lanza en la mano y sus ojos verde azulado fijos al frente. No notó el largo y escabroso viaje. Por la noche apenas dormía. Era como un hombre fascinado mortalmente. Su estado de ánimo contagió a quienes lo rodeaban.

Se cruzaron con varias caravanas y Temujin iba a su encuentro con altanería y arrogancia porque sabía que estaban bajo su protección y que llevaban obsequios para él. Los encargados, viendo a los mongoles cabalgar hacia ellos, se asustaban al principio, pero estallaban en júbilo cuando los reconocían. En esas ocasiones los mongoles eran recibidos como príncipes. Comían y bebían hasta embrutecerse y los jefes los honraban servilmente.

Entre los obsequios había un collar de relucientes discos de ónix engarzados en una cadena de brillante oro claro y perlas. Había también un brazalete. Tan pronto como Temujin los vio, le recordaron a Azara con sus ojos negros, cabello de oro y pequeños dientes blancos. ¡Se los ofrecería a ella personalmente! Tomó el estuche de oro forrado en seda blanca que los contenía, dejándolos caer lentamente entre sus dedos. Le resultaron templados y voluptuosos al tacto. Los besaría una y otra vez, con creciente pasión y

doloroso deseo, sorprendiendo la oscura luz de la lámpara sobre los relucientes discos negros, observando los reflejos del fuego sobre la redondez lustrosa de las perlas. Le parecían cosas vivientes, las poseedoras de su amor, la cristalización de su adoración por Azara. Algún alivio a su quemante tormento caía sobre él mientras dormía con ellas contra su pecho y sus labios.

Pero cuando llegó a la gran ciudad keraíta, estaba pálido y ceñudo, decidido a alcanzar su propósito. Sentía que ni siquiera la muerte podría frustrarlo. Y estaba seguro de que, de alguna forma, Azara conocía el propósito de su visita y que lo esperaba tan deseosa y apasionada como él.

Era bien entrado el mediodía cuando Temujin y sus guerreros entraron en la ciudad. Temujin había visto aldeas más pequeñas, pero no ciudades como ésta. Cuando pasó a través de los pórticos, se sonrió ante lo que le pareció una multitud sin fin recorriendo febrilmente los extraños comercios de los hombres de la ciudad. Repiqueteaban los cascos de su caballo a través de las sinuosas calles, con sus fétidas cunetas y bajos, las blancas casas de techos chatos con sus jardines y la gente que lo miraba con la extrañeza. La multitud retrocedía hasta las paredes para dejarlo pasar con sus guerreros, admirando su porte, sus caballos, sus lazos de cuerda y sus espadas, pero también se sonreían al ver su rusticidad, los rostros bronceados y el olor acre que despedían. Ellos estaban más acostumbrados a los bárbaros que éstos a las ciudades, y en consecuencia su aspecto no les inquietaba. Difícilmente pasaba una semana sin que algún jefe del desierto hiciese una visita de cortesía y lealtad al poderoso khan Toghrul. No obstante, nunca habían visto uno con tal semblante, tales ojos y cabello como Temujin, que levantaba comentarios a su paso.

Temujin, aunque despreciaba a los hombres urbanos y a todas las cosas que ellos encarnaban, estaba sin embargo levemente turbado por la enormidad de la ciudad y la gente elegante que la habitaba. De repente pensó en lo que él debía de parecer a sus ojos, con su rústica casaca marrón, el gorro de piel de zorro y la espada desnuda. De modo que, con la mirada fija y penetrante, iba a la cabeza, afectando despreciarlos, encabritando su caballo y bramando encolerizado cuando alguna litera de cortinas de seda se cruzaba repentinamente en su camino. Una vez un séquito extraordinariamente grande atendido por eunucos le salió al paso. Las cortinas color escarlata, bordadas con medias lunas, estaban caídas. Delante de los eunucos iban dos delgados jóvenes con túnicas de seda escarlata y campanillas de oro que sacudían imperiosamente. Avanzaban con arrogante insolencia y Temujin se apartó a un lado haciendo ademán a sus seguidores de que lo imitasen. Cuando la

litera estuvo frente a él, las cortinas fueron discretamente apartadas y el alegre y delicado rostro de una dama se asomó. De tez blanca, ojos negros y cabello azabache esmeradamente peinado, el velo que le cubría el rostro no ocultaba sus facciones ni las provocativas sonrisas y miradas que dirigió al joven mongol. Temujin la miró sin poder evitar devolverle la sonrisa, que fue un ardiente tributo para él. Observó la litera hasta que se perdió de vista, íntimamente complacido y especulando ociosamente acerca de la dama, que desde luego no sería inabordable.

Temujin se sentía de muy buen humor cuando llegó al pórtico del palacio. Alguna presciencia le aseguraba que volvería a ver a la delicada dama. Tenía la sensación de que ella se ocuparía de que así fuese.

Él y sus acompañantes fueron recibidos con cierto asombro por los cortesanos, quienes aparentemente no estaban preparados para un séquito tan numeroso. Se le informó por un arrogante mayordomo que él y posiblemente sus paladines, Chepe Noyon y Kasar, serían albergados en un aposento especial del palacio, ya preparado para ellos. Pero los guerreros serían alojados fuera, en una habitación próxima. Mientras ofrecía esta información con acentos lánguidos, el mayordomo arrugaba su exquisita nariz y manoseaba la cadena de oro que lucía en el pecho.

Temujin miró alrededor. Estaban en un gran patio embaldosado con blanca piedra pulida ribeteada con césped, flores, palmeras y numerosas fuentes. Aquí el aire era más balsámico que en el desierto, llevando la esencia de miles de deliciosas flores. Más allá del patio y de los exuberantes jardines estaba el palacio, blanco, resplandeciente y espléndido. Temujin estaba estupefacto ante tanto lujo y belleza, y enormemente excitado. Bajó de su caballo lanzando las riendas a un sirviente que las recibió con destreza. El mayordomo se volvió apretándose la nariz con dos dedos. Chepe Noyon sonrió, pero Kasar se puso furioso. Cuando bajó de su caballo, la mano le temblaba sobre el puño de la espada.

El mayordomo, caminando delante desdeñosamente, los condujo hacia el palacio. Temujin y los suyos lo siguieron por largos pasillos blancos, cuyas abovedadas entradas estaban discretamente protegidas con cortinas azules, escarlatas o amarillas bordadas con cruces, las medias lunas musulmanas y estrellas. Esta alegre intimidad entre los símbolos de dos odiadas religiones pasó inadvertida a Temujin. Pero no así a Chepe Noyon, que la encontró intrigante. Algunas entradas estaban abiertas y revelaban fugaces jardines verdes y estanques azules al caliente cielo de mediodía. Al otro lado de las cortinas había un rumor de suaves risas y voces de mujeres, y a veces

compases de música ligera tocada en flautas e instrumentos de cuerda. En ocasiones podía oírse el ronco chillido de los loros cuando una muchacha los molestaba. El aire era fresco y el ambiente, poco iluminado y matizado con centelleantes reflejos. El suave suelo blanco tenía pequeñas y floreadas alfombras persas y turcas color carmesí. Por todos lados flotaba la fragancia de flores, de exóticas esencias y el lánguido olor de especias. Y en todas partes, aun en la tranquilidad del mediodía, se oía el murmullo de la confortable vida de palacio y el invisible ir y venir de una multitud de sirvientes. Cada diez metros, corpulentos eunucos negros desnudos hasta la cintura, con turbantes y espadas, permanecían de pie como estatuas en guardia. Todos eran de mejillas planas, adornaban sus orejas con aros de oro y anchas bandas doradas en los brazos, y calzaban sandalias enjoradas.

La luz tenue, y sin embargo centelleante, brillaba en los húmedos vientres y suaves pechos sin vello, en los cinturones enjorados y los pantalones de seda pródigamente bordados. Sus ojos, fijos y remotos, no parecían ver a Temujin y sus acompañantes; sin embargo, daban la impresión de astutos y celosos vigilantes.

Por último, las voces de las mujeres quedaron atrás. El mayordomo se detuvo en una gran entrada, apartando las espesas cortinas de seda con guardas bordadas. Temujin y sus camaradas se encontraron en un hermoso y fresco aposento de paredes y suelo blancos, canapés de seda y mesas chinas. Paneles carmesí de seda bordada aparecían a intervalos en las paredes. El suelo estaba cubierto con pequeñas alfombras de brillantes colores. Las ventanas daban a jardines verdes y brillantes. Inmóviles y con los brazos cruzados sobre el pecho, tres sirvientes con atuendos azul y escarlata esperaban para servir a los huéspedes.

Con una exclamación de placer, Temujin se sacó el gorro y lo lanzó sobre una mesa. Se aflojó el cinturón con un suspiro de alivio y se dejó caer ruidosamente en un blando canapé, extendiendo las piernas con sus rústicas botas de piel de ciervo. Chepe Noyon se sentó en otro canapé y abrió una cajita de golosinas. Kasar se sentó tímidamente sobre unos almohadones. Los sirvientes empezaron a llevar fuentes esmaltadas cargadas de frutos, carne y pan blanco, así como jofainas con agua y finas toallas blancas. En el agua, ligeramente perfumada, flotaban pétalos de rosas. Botellones de cristal y plata con vino fueron colocados en las mesas.

Temujin se sentó rascándose la cabeza. Se lavó las manos y las secó con una toalla. Torció el gesto desdeñosamente.

—¡Qué lujo! —exclamó—. ¡No es de extrañar que los hombres de la ciudad sean blandos!

Chepe Noyon enarcó las cejas. Sabía que Temujin sólo trataba de impresionar a los sirvientes de expresiones inescrutables, pero éstos no dejaron traslucir ni en la mirada ni en el gesto que estaban impresionados. Sólo las ventanas de la nariz se les notaban trémulas. En cuanto a Kasar, se sentía desventurado. Miró ceñudo a un sirviente que le ofrecía una jofaina con agua y bruscamente la rehusó. Pero Chepe Noyon lavó sus manos y luego bebió vino con delicadeza; sus hoyuelos iban y venían en su rostro alegre.

—Yo he nacido para esto —declaró, tendiendo una copa para que un sirviente la llenara—. Deseo fervorosamente que puedas proporcionarnos cosas como éstas a todos nosotros, señor.

Temujin repuso desdeñosamente:

—Nunca me he interesado por lujos estériles.

Chepe Noyon lo miró y supo que decía la verdad, por muy impresionado que estuviera por aquel lugar.

—No, nunca me ha interesado —añadió Temujin—, ni lo he deseado. Prefiero el viento y el desierto. Allí uno no es un eunuco, ni en cuerpo ni en alma. Pero te prometo que conseguiré todo esto para ti si lo deseas. —Se rió—. No comprendo ese deseo.

Chepe Noyon lo miró plácidamente.

—Yo lo deseo. Prefiero un canapé blando a uno de tierra y crin de caballo. Prefiero este buen vino especiado al kumiss. Mi estómago responde con gratitud a este sabroso pan blanco en lugar de mijo hervido y mendrugos. Además, mi cuerpo anhela seda en lugar de áspera lana. Creo también que preferiría una mujer perfumada a una de nuestras toscas mozas. Los hombres de la ciudad son menos directos en el amor, se dice, pero más sutiles.

Temujin se encogió de hombros.

—Si no te conociera tan bien, Chepe Noyon, diría que no eres un guerrero.

Chepe Noyon rió.

—No creo que un hombre sea menos guerrero por preferir las fragancias a las pestilencias, señor. Ni menos diestro para matar si después de la batalla se deleita con dulce música, una delicada mujer y la suavidad de un canapé de seda.

Kasar refunfuñó:

—Yo prefiero el viento libre, la luna del desierto y la montura.

Temujin, que había empezado a pasearse de un lado al otro como un felino, se detuvo al lado de su hermano y le golpeó el hombro rudamente.

—¡Hablas como un verdadero guerrero, Kasar, y no como un libertino, como nuestro Chepe Noyon! —Se rió sonoramente.

Dejose caer de nuevo en un canapé y comió con fruición. En el alto techo blanco se reflejaban las temblorosas sombras de los árboles del jardín. La música y la débil y lejana risa de las mujeres era transportada por la brisa. Los sirvientes los atendían discretamente y el confuso rumor de la vida del palacio los rodeaba como el murmullo de abejas satisfechas.

Las cortinas se separaron y entró un eunuco. Se dirigió a Temujin, que estaba bebiendo.

—El señor Taliph, hijo del khan, desea la presencia del noble Temujin cuando se haya repuesto lo suficiente.

Temujin se sentó enjugándose la boca con la manga, desdeñando la toalla que apresuradamente le ofreció un sirviente.

—¡Ajá! —dijo.

Se puso de pie y se ajustó el cinturón. Se alisó el rebelde cabello rojo con las manos. Miró a Chepe Noyon, holgazán y fresco en su canapé, y se rió.

—Bebe a placer, Chepe Noyon, y duerme. Y tú también, Kasar. Yo voy a presentar mis respetos.

Kasar, ansioso, se levantó de prisa y dijo:

—Iré contigo, mi señor, para protegerte. Uno nunca conoce bastante a estos hombres de la ciudad.

Pero Temujin negó con la cabeza.

—No, quédate con Chepe Noyon. Protégelo a él e impide que se vaya de excursión en busca de mujeres, violando la hospitalidad del khan. No, Kasar, lo deseo así. No protestes.

Capítulo 39

SIGUIÓ al eunuco fuera del aposento por los recovecos de los pasillos hasta una amplia escalera blanca. Subieron al piso de arriba y el eunuco se detuvo ante una entrada y apartó las cortinas.

Temujin entró en un elegante y aún más lujoso aposento que el asignado a él. Preciosidades chinas, persas y turcas decoraban la enorme habitación. Jarrones, lámparas de plata, mesas talladas, figurillas, paneles de seda pintados, alfombras con flecos, canapés, columnas, cofres y espejos de plata aparecían en confusa profusión. En el centro de la habitación, una fuente en forma de dragón hecha de una piedra preciosa color verde lanzaba agua perfumada de su boca. En el agua flotaban nenúfares blancos. Las paredes estaban cubiertas con exquisitos azulejos de colores brillantes y dibujos decadentes, de líneas y formas intrincadas. En un pedestal de mármol había un encabritado caballo de bronce. En otros pedestales se erguían figurillas de cerámica de antiguos reyes persas, exquisitamente pintadas y barnizadas. Aunque a primera vista había sobreabundancia de color, forma y complejidad en los dibujos de las pinturas, los azulejos, las cortinas y las alfombras, así como una atestada profusión de cerámicas, bronces, marfil y plata, el efecto de conjunto era magnífico en su decadente elegancia persa. Tan brillantes e incisivos eran los numerosos colores, tan encantadores los tintes de los esmaltes y tan lustroso el brillo de los azulejos y las alfombras, que la habitación parecía estar formada de joyas. El drapeado de las cortinas al final del aposento permitía atisbar los colores del jardín, el cielo y el estanque. En un taburete se erguía un enorme buda sonriente, de jade rosado, de cuyos labios brotaba una lenta espiral de humo de incienso.

Temujin parpadeó ante toda esta brillantez que resplandecía y centelleaba en sus ojos. Entonces vio que dos personas lo esperaban reclinadas en un amplio diván de seda. Un hombre joven de gran elegancia, de rostro oscuro, largo y sutil, y una dama con velo. Temujin la reconoció instantáneamente. Era la provocativa dama de la litera escarlata. Olvidó al hombre y, sonriendo, centró su atención en la mujer, que inclinó la cabeza echando su transparente velo más sobre sus facciones. Hizo un movimiento como para levantarse e irse, pero el joven la detuvo poniendo una mano sobre su blanco hombro. Él observaba a Temujin con amable languidez moviendo la mano en dirección a otro diván próximo.

—¡Salud!, mi señor —dijo en voz baja y dulce, con ligera ironía—. Me complace darte la bienvenida a la espera de mi padre, el khan, quien ruega que le excuses por un momento. Es anciano y está demasiado fatigado después de una larga audiencia con los enviados del califa de Bojara.

Temujin se sentó con un veloz movimiento y lanzó una inquisitiva mirada a Taliph. Los dos jóvenes se observaron en silencio y con leve sonrisa. Uno, el elegante e instruido hombre de la ciudad; el otro, el bárbaro viril del desierto y las estepas. Temujin pensó: «Habla como un hombre, pero tiene el alma de una mujer. ¡La más peligrosa combinación!». Y Taliph pensó: «Tiene los ojos verdes de una serpiente y el cuerpo de un rey persa. Pero ¡por Alá, cómo huele!».

Temujin dijo:

—Espero que el khan venga pronto, estoy ansioso por ver a mi padre adoptivo otra vez.

Taliph replicó con filial pesadumbre:

—Él se fatiga demasiado en favor de otros.

Ambos sonrieron y se comprendieron muy bien.

Durante este tiempo, la dama había estado atisbando con decoro pero lascivamente a Temujin. Sus pestañas se agitaron cuando él volvió sus ojos hacia ella y se sonrojó como con un apremiante contacto físico. Pero sus rosados labios, vislumbrados apenas a través del velo, se entreabrieron, mostrando el vivo destello de sus blancos dientes.

Taliph golpeó sus manos delicadamente y una esclava entró con un cubo de plata lleno de agua fresca en la que flotaba una jarra de vino especiado. Los dos jóvenes bebieron lentamente. La dama tomó un abanico de plumas de avestruz y empezó a abanicar a Taliph con lánguidos movimientos de su enjovada mano. Las plumas, por momentos, medio ocultaban su rostro y a través de las varillas lanzaba sugerentes miradas a Temujin, que había empezado a mirarla osadamente.

Taliph dejó a un lado su vaso, sonriendo a su huésped.

—He oído hablar mucho de tu valor y sabiduría, mi señor —dijo—. Yo sólo soy un poeta y no sé nada de proezas militares, pero me agrada escucharlas. Tienes reputación de gran sagacidad y genio para la organización. Todos hablan con entusiasmo de tus muchos éxitos. ¿No quieres contarme cómo has podido hacer tanto en tan poco tiempo?

Temujin sonrió con sarcasmo y sus ojos se tornaron del color de inocentes turquesas.

—Procedo siempre bajo la premisa de que los hombres son estúpidos — respondió con voz firme, en marcado contraste con los tonos melosos de Taliph.

Taliph pareció divertido. Observaba a Temujin con una respetuosa admiración sólo parcialmente afectada.

—¿Pero nunca encuentras hombres que no sean estúpidos?

—Sí. Pero esos hombres son líderes y por tanto trabajo con ellos, no contra ellos, cuando sirve a mis propósitos. Pero siempre recuerdo que los hombres son estúpidos y sólo difieren en grados. Hasta ahora no he tenido que corregir mi opinión ni he sufrido reveses por juzgar equivocadamente.

Taliph suspiró levemente.

—Me agradecería estar en desacuerdo contigo, pero la experiencia me dice que tienes mucha razón. Mi padre no siempre es tan sabio. A veces cree que su oponente tiene tanta inteligencia como él.

Y esta vez miró directa e irónicamente a Temujin, que sonrió lentamente, captando la indirecta. Taliph sonrió también, mordiéndose el labio en un vano esfuerzo por impedirlo. Ambos se miraron a los ojos y de repente rompieron a reír ruidosamente, de nuevo comprendiéndose.

Bebieron otra copa de vino. Taliph sacudió la cabeza como en cínica negación mientras lo hacía. Preguntó con voz a la vez franca y afable:

—Los hombres como tú desean siempre algo agotador, mi señor. ¿Qué es lo que deseas tú?

Temujin compuso una expresión de juvenil inocencia.

—¿Yo? Sólo amo el orden y la paz, mi señor. Soy el servidor, tanto como el hijo, de vuestro padre. Vivo sólo para servir a hombres como él.

Taliph apretó los labios y sacudió la cabeza con pesarosa sonrisa.

—¡Oh! Pensé que nos comprendíamos y creí que serías sincero conmigo.

Pero Temujin nuevamente inclinó la cabeza entornando los ojos y sonriendo.

—Soy sólo un soldado, mi señor —dijo—. Y los soldados son notoriamente adictos y estúpidos.

Taliph estaba asombrado. Entre sus amigos sólo encontraba inteligencias decadentes, afectación de mundano cinismo y desilusión. Había descubierto en Temujin un intelecto superior a cualquier otro que hubiera conocido antes, y un sarcasmo e ironía que no eran afectados, sino que tenían su raíz en la realidad y su comprensión.

—¡Oh, vosotros los militares! Vuestra lealtad a los que os pagan es notable. Servís a vuestros amos con una fidelidad que debe venir más del

corazón que del bolsillo.

Temujin hizo una mueca divertido.

—Hablas como si la fidelidad del soldado a su empleador fuera algo vergonzoso. Yo, personalmente, pienso que no es así. Creo que es el signo de la superioridad del soldado sobre los demás hombres. La fidelidad por cariño o idealismo es una tontería, porque se basa en lo que no existe. El dinero es siempre la primera y la última realidad, la roca en que un hombre puede construir su casa y defenderla.

Taliph cloqueó sardónicamente.

—¡Qué realista eres, mi señor Temujin! ¿Y crees verdaderamente en la superioridad del militar?

Temujin no sonreía ya. Observaba a Taliph con ceño.

—Sí. Con frecuencia he dicho que los hombres son incapaces de pensar y razonar. Cualquier felicidad que sientan es sólo la de un animal que come bien y excreta, que odia feroz y brevemente, y cuya naturaleza se compone de simple ferocidad y deseos de lucha. La vida lo ha destinado a ser sólo un instrumento militar, y si lo consigue es completamente feliz, porque tiene todas las oportunidades de satisfacer las demandas de su inherente naturaleza. Y así, siendo él mismo, constituye una perfecta herramienta en manos de su amo y es un ser superior a los hombres que languidecen en el modelo de sujeción en que se han confinado estúpidamente a sí mismos.

Taliph escuchaba atentamente. ¡Aquel bárbaro se expresaba como un poeta o un filósofo! Recordaba haber oído decir a su padre que Temujin era analfabeto, pero sin embargo, hablaba como un hombre de gran estudio. ¡Verdaderamente las estepas eran una notable escuela!

Curvó su delgada mano como oscura ala de pájaro sobre su boca para ocultar su sorpresa. Por encima de ella observó a Temujin con intensa atención y cierta turbación. El abanico de plumas de avestruz lanzaba alternadas formas de luz y sombra a su elegante rostro. La fuente cantaba suavemente en una cordial quietud. Los ojos negros de la dama brillaban sobre Temujin con una especie de fascinada lascivia y adoración.

Por último Taliph dejó caer la mano y sonrió abiertamente.

—¡Tienes poco cariño por tus compañeros, mi señor! No te acuso. Con todo, los filósofos, con toda la amargura de sus palabras, nos exhortan a la caridad y la mansedumbre. Temo que no seas filósofo. Pero ¿crees en algo?

—En mí mismo. —La voz de Temujin sonó tranquila y fuerte.

Taliph enarcó una ceja sarcásticamente, aunque Temujin no había evidenciado ni arrogancia ni egolatría. Era como alguien que ha establecido

una verdad evidente, por sí mismo, simplemente y a la vista.

—Creo también en la fuerza —añadió tras un momento—. Los argumentos y la filosofía son débiles armas en la batalla. La espada no interroga ni responde a nadie. Todos los hombres comprenden la espada, pero sus oídos son como los de los burros: sordos a las palabras.

Taliph suspiró. Levantó la mano y la dejó caer con un gesto de sutil ironía.

—Temo que me despreciarás, Temujin. Yo creo en la palabra. Creo que al final conquistará a la espada. Creo en la mansedumbre y la filosofía. Creo en la belleza.

Temujin estalló en risas y se golpeó el muslo con la mano.

—¡Acabas de acusarme de denostar a mis compañeros, mi señor! —exclamó—. ¿Tornas ahora tu acusación contra ti?

Taliph palideció, sintiendo la afrenta. Entonces, como nunca se mentía a sí mismo, de repente se sonrojó. Empezó a sonreír y luego rió sin reserva. Los ojos le centelleaban y el cuerpo delgado se sacudía con la risa. La dama reía también haciendo tintinear las campanillas, aunque no había comprendido nada de lo que había oído.

Por último, exhausto por la risa, Taliph dijo:

—Temo que eres demasiado para mí, Temujin. Eres desconcertantemente perspicaz. Además, sospecho que eres un poeta también, por mucho que repudies la poesía.

Temujin, complacido con la apreciación de aquel hombre de ciudad, estaba dispuesto a ser bondadoso y complaciente.

—No, no soy poeta, mi señor. Pero me encanta la poesía. ¿Me harás el honor de recitarme alguna de las tuyas?

Taliph estaba también complacido. Había estado escribiendo poesía toda la mañana, poesía sólo ligeramente evocadora de Omar Khayyam. Extendió su larga mano enjoyada y tomó un manuscrito de la mesa que tenía a su lado.

—Éste es un fragmento de una especie de Rubaiyat, Temujin —dijo suspirando delicadamente—. Es una expresión de aburrimiento y cansancio, de resignación ante la desesperación. Me desagrada infligírtelo a ti, pero tú tienes una fresca perspectiva y tal vez puedas decirme dónde está el error.

La dama, bien aleccionada en lo que tenía que hacer, cogió de la mesa un pequeño instrumento musical y rasgó las cuerdas, que emitieron un melancólico sonido que palpitó en el aire perfumado como un suspiro. Taliph se reclinó en los almohadones y empezó a recitar suave y sentidamente:

Oh, con vino mi desfallecida vida proveer

*y lavar mi carne, de la que el alma ha muerto,
y tenderme amortajado con el vino de la vida
a la sombra del pie de una montaña.
¡Ay!, ilos dioses que durante tanto tiempo he amado
han hecho en mi honor mucho daño,
han apagado mi espíritu en una copa brillante
y vendido mi saber al mercado de la plebe!*

La música temblaba en melancólico silencio. La voz de Taliph se apagó llena de melodiosa tristeza. Hizo una larga pausa antes de mirar a Temujin, esperando su comentario. Pero lo embargó el desconcierto y la cólera al ver que Temujin sonreía sarcástica y abiertamente. Su enojo se inflamó hasta la ira fría cuando Temujin empezó a aplaudir con abierta ironía.

—¡Siempre me han agradado esos versos! —exclamó—. Pero creo que eran algo diferentes. ¿Puedo repetírtelos, mi señor?

Taliph palideció más que la cera.

Temujin, aún sonriendo con sarcasmo, hizo un gesto a la dama, que hizo brotar de las cuerdas una melodía más ligera. El mongol se enderezó en su asiento y recitó:

*Oh, con la vid mi desfalleciente vida proveer,
y lavar el cuerpo donde la vida ha muerto,
y tenderme amortajado en el follaje viviente,
en el rincón de algún frecuentado jardín.
Realmente los ídolos que tanto tiempo he amado
han hecho a mi crédito en este mundo mucho mal,
han ahogado mi gloria en una frívola copa
y vendido mi nombre por una canción.*

Taliph quedó pasmado. Sus labios entreabiertos le daban una expresión idiota. Había vivido suficiente tiempo como para no sorprenderse demasiado ante cualquier cosa, pero en ese momento estaba completamente perplejo. Pensó que debía de estar soñando. Incrédulo, rehusaba creer que ese bárbaro analfabeto acabara de recitar los versos del refinado y decadente poeta persa Omar Khayyam. Ese bárbaro, con su basta casaca de lana y sus botas de piel de ciervo, el rostro bronceado y los ojos de esmeralda. ¡Con sus deslumbrantes dientes de animal, su olor y virilidad de bestia! Era una pesadilla, un grotesco sueño del que tenía que despertar, boqueando y riendo.

Sólo podía mirar a Temujin boquiabierto con toda su elegancia casi absurda, con las manos flácidas en los costados.

Temujin se regocijaba abiertamente de su triunfo. Hacía guiños a la dama, burlón, y ella se los devolvía con deleite.

Taliph profirió un ahogado murmullo, forzando una sonrisa. Temujin le sonrió sin malicia.

—Ya ves, mi señor —dijo en un tono que Taliph pudo apenas soportar—, mi tío Kurelen es bien versado en poesía y filosofía. Puede recitar versos interminablemente. Omar Khayyam es uno de sus favoritos. Le he oído recitar el Rubaiyat entero muchas veces. Lo sé casi de memoria. Pero te felicito; se necesita un oído muy atento para descubrirlo en tus versos. Y debo admitir que lo has mejorado.

Taliph encontró esto más insoportable que lo anterior. Interiormente se retorció. Las uñas pintadas se hincaban en la palma de sus suaves manos. Su sonrisa era la de un venenoso reptil. Nadie en el mundo se hubiera atrevido a desafiarlo. Por último se obligó a la risa, con desgana, irritado.

—¡Sin duda eres demasiado para mí, Temujin! —exclamó, afectando enjugarse lágrimas de alegría de sus ojos. Miraba a Temujin con expresión chispeante—. Y sin duda también te he subestimado. Acepta mis excusas.

Temujin rió, pero sus ojos ya no reflejaban ironía, porque comprendió que se había forjado un mortal enemigo que no se detendría ante nada para destruirlo.

Al principio se sintió desconcertado. Se dijo que era un tonto, pues hacía mucho que había aprendido que sólo los tontos o los hombres demasiado poderosos como para preocuparse hacían enemigos innecesarios. Pero el sabio Kurelen le había dicho con frecuencia: «Esfuézate en hacer amigos, aunque sólo sea para traicionarlos mejor en el futuro». Y él se había hecho un enemigo innecesario donde podría haber hecho un amigo que no se le opusiera. No obstante, ¿qué podía temer de ese endeble hombre de ciudad? Podría retorcerle el pescuezo tan fácilmente como a un cordero.

Su rostro ancho y oscuro se tornó frío, lleno de arrogancia y desdén.

No tardó en retirarse, y lo hizo bruscamente, sin pedir permiso a su anfitrión. Taliph expresó de nuevo su agrado por la presencia de Temujin en palacio, prometiendo que mantendrían otras conversaciones. Pero el aire ya estaba lleno de veneno y el rostro de Taliph seguía aún pálido de la humillación.

Tan pronto como Temujin se hubo ido, el joven señor se dirigió a ver a su padre, quien acababa de despertar de su siesta.

—Padre —dijo Taliph con aire de pesarosa honestidad—, he hablado con tu bárbaro vasallo. Sólo tengo una cosa que decirte: es un animal peligroso y debe morir. Pero no inmediatamente. Debemos elegir el momento propicio.

Capítulo 40

CHEPE NOYON vio enseguida que su señor estaba perturbado. Se mostraba ceñudo y respondía a las preguntas con escueta irritabilidad.

—He sido un tonto —dijo al cabo de un rato.

Entonces contó lo sucedido entre él y Taliph. Chepe Noyon escuchó con expresión zumbona y medio sonriendo. Kasar, cuya mente simple no comprendía sutilezas, sólo pudo inferir que Taliph había molestado a su adorado hermano y exclamó que iría inmediatamente a enseñarle buenas maneras al joven señor. Este arranque devolvió el buen humor a Temujin, que se mofó de Kasar hasta dejarlo completamente confundido y al borde de las lágrimas.

—Pero, en serio, mi señor —dijo Chepe Noyon, que siempre se tomaba más libertades con Temujin que cualquier otro, porque lo comprendía más—. Has estado excesivamente temerario. —Se aclaró la garganta—. Confieso que no comprendo lo que nos ha traído aquí, pero sea lo que fuere que tengas en mente, ridiculizar al señor Taliph es poner en peligro tu deseo. Kurelen nos dijo una vez que tú podrías robar a un hombre, traicionarlo o despreciarlo y que aun así en algún momento obtendrías su perdón e incluso su amistad. Pero si lo humillas y te burlas de él, nunca te perdonará, sino que será para siempre tu más cruel enemigo.

Temujin frunció el ceño. Recordó de repente que Taliph era el hermano de Azara y el hijo del khan Toghrul. Desde luego no había favorecido sus planes. Su molestia consigo mismo aumentó rápidamente, pero exclamó:

—¡No pude contenerme, lo admito! Pero ¿qué tengo yo que temer de un hombre que escribe poesías, malas poesías y plagiadas?

Chepe Noyon se encogió de hombros.

—Si hubiera escrito buena poesía y suya, y aun así tú lo hubieras ridiculizado, él te hubiera perdonado porque sólo eras un bárbaro analfabeto y nada mejor podía esperarse de ti. Pero ahora tienes mucho que temer de él.

—¡Oh, pareces una vieja! —dijo Temujin con desdén.

Chepe Noyon no se ofendió. Simplemente volvió a encogerse de hombros y, bostezando, se reclinó en los almohadones y cerró los ojos dichoso. Temujin puso mal gesto y empezó a pasearse por la habitación murmurando en voz baja. Kasar lo miraba con mirada humilde y ansiosa. Anhelaba combatir contra el palacio entero en defensa de su hermano.

Un eunuco entró anunciando que el gran señor, el khan Toghrul, solicitaba la presencia de su noble hijo adoptivo, Temujin, a la hora de la merienda. En su brazo, el eunuco llevaba una túnica de suave seda blanca, un cinto de plata, un collar y pulseras de pesada plata con turquesas, y sandalias del más suave cuero azul.

—Éstas —explicó con su aguda voz femenina— son las prendas seleccionadas por el khan para su huésped.

Mientras Temujin examinaba las hermosas prendas y juraba que no se las pondría, los sirvientes entraron anunciando que su baño estaba listo.

—Al parecer no les agrada cómo olemos —declaró Chepe Noyon, palpando con envidia la seda y haciendo sonar el collar y los brazaletes.

—¡No los usaré! —repetía Temujin. Pero se mordió el labio, porque tuvo el presentimiento de que Azara estaría presente, a pesar de que la etiqueta oriental y musulmana prohibía la presencia de mujeres. Examinó las prendas con repentino interés y luego las alejó desdeñosamente—. Con todo, quizá sería descortés por mi parte rechazarlas.

—¿Nosotros no te acompañaremos, mi señor? —preguntó Kasar, ansioso.

El eunuco replicó con altiva frialdad:

—La invitación es sólo para el noble señor Temujin.

Temujin siguió a sus ayudantes hasta el cuarto de baño, del más puro mármol y con una bañera llena de agua templada y perfumada. Se despojó de sus rústicas vestimentas rehusando la ayuda de los sirvientes. Se paró desnudo ante ellos, que se asombraron contemplando la blancura lechosa de su piel. Paganos admiradores de la perfección física, se mantuvieron en pasmado silencio admirando aquel hermoso cuerpo musculoso y firme como una estatua. Sólo la garganta, el rostro y los brazos estaban bronceados. Destrenzó su cabello, que cayó hasta los hombros, rojo como oro nuevo. Era un joven dios, totalmente espléndido. Saltó al agua chapoteando vigorosamente. Consciente de la admiración de los esclavos, pretendió ignorarlos. Cuando salió de la bañera, las gotas de agua corrían por su piel brillante como mercurio. Los sirvientes lo secaron con suaves toallas de hilo y lo untaron con esencias perfumadas. Luego le trajeron su nuevo atuendo.

Pero antes de vestirlo le afeitaron la roja barba de las mejillas y el mentón. Después de estos cuidados, quedó con la piel limpia y fresca. Le cepillaron el cabello hasta dejarlo brillante, sugiriéndole que lo dejase suelto. Temujin creía que eso era afeminado, pero le aseguraron que los más distinguidos caballeros de Bojara, Bagdad y Samarcanda lo usaban así. Después de una

vacilación, se dejó persuadir. Se miró en el espejo de plata que le alcanzaron y admitió que las guedejas caídas le daban cierto aire irresistible.

Cuando apareció con un dejo de petulancia ante Chepe Noyon y Kasar, éstos no salían de su asombro. Lo contemplaron boquiabiertos. La suave túnica de seda blanca caía en drapeados que rodeaban su cuerpo. Alrededor de la delgada cintura lucía el cinto de plata y turquesas, en el cuello el pesado collar y ciñendo los morenos brazos desnudos resplandecían los brazaletes. Debajo de la túnica asomaban las sandalias azules. Su cabello rojo delicadamente ondulado caía sobre los hombros. Era tan brillante como el sol y de su mismo color a la hora del crepúsculo. Además, irradiaba un aura de perfume.

Kasar recuperó la voz y se lamentó:

—¡Han hecho una mujer de mi señor!

Pero Chepe Noyon se paseó alrededor del joven lleno de sonrojo, admirándole desde cada ángulo.

—¡No lo hubiera creído! —murmuraba asombrado. De pronto estornudó ruidosamente—. ¡Rosas de jardín con rocío! ¡Oh, yo he nacido para esto!

Temujin se sentía tonto. Miraba con ceño pero era sólo mera excusa. Estaba excesivamente orgulloso de sí mismo, pensando que ninguna mujer podría resistírsele ahora. Pasaba las manos por las turquesas incrustadas en su cinto y sonreía.

—¡Eclipsarás a cualquier distinguido caballero en esta corte! —exclamó Chepe Noyon—. ¡Y el khan no permitirá que ninguna de sus mujeres te vea!

Temujin se irguió pagado de sí mismo mientras Kasar lo observaba con los ojos dilatados y sin habla, seguro de que su señor se había corrompido. Temujin se divertía. Hizo un gesto obsceno.

—No te aflijas, Kasar. ¡Te aseguro que soy todavía un hombre!

Chepe Noyon estalló en risas. Hasta los ayudantes sonrieron. Pero Kasar levantó escrupulosamente el borde de la túnica de Temujin y cuando vio las piernas desnudas debajo, levantó la voz en tan agudo lamento que Temujin se dejó caer sobre un diván riendo hasta las lágrimas y Chepe Noyon, convulso, se doblaba de la risa.

Temujin reía aún mientras seguía al eunuco a través de los pasillos, hasta los aposentos del khan.

Los eunucos que hacían guardia lo admiraban con los ojos pero reprochaban su desparpajo con expresión severa. Su guía apartó las pesadas cortinas escarlata y Temujin entró en la fastuosa habitación blanca de su padre adoptivo.

Ahora que el sol había descendido, el aire se había tornado ligeramente frío. Humeantes braseros ardían en los cuatro rincones de la habitación. Las lámparas de cristal y plata estaban encendidas y se erguían radiantes y suaves en varias mesas. Divanes muy bajos habían sido colocados en semicírculo en el centro de la habitación y en ellos estaban sentados el khan, Taliph y su esposa favorita, la dama de la litera escarlata, Azara y un anciano ataviado con una simple túnica blanca y carmesí. Tenían ante sí mesas enanas cubiertas con manteles blancos y servidas con platos persas esmaltados, fuentes chinas de plata, copas de oro y escudillas de dátiles, higos, peras y manzanas.

Las cortinas escarlata cayeron detrás de Temujin y éste se detuvo como una blanca estatua ante ellos. Su mirada pasó veloz sobre todos, pero ya sólo veía a Azara, ataviada con velos y plata. Su rostro estaba blanco y frío como el mármol, y sus ojos, sombreados de violeta. Ella fue la única que no lo miró. Desviaba ligeramente la cabeza.

El khan observaba a Temujin con sonriente sorpresa.

—¡Oh! Mi hijo, bienvenido seas al hogar de tu padre. —Extendió su mano a Temujin, que avanzando y arrodillándose tocó con su frente los pies del khan—. No te hubiera reconocido —dijo Toghrul en tono admirativo—. Qué cambio puede hacer la seda blanca y el perfume en un hombre. Incorporate y permíteme llenar mi mirada de ti.

Temujin lo hizo. Azara volvió lentamente la cabeza para mirarlo. Él sólo la miraba a ella, que no sonrió. Sus negros ojos se dilataron. Tenía los labios pálidos, helados y secos como una hoja. Ambos se observaban como desde una inmensa distancia, extasiados, fascinados y desconsolados. Temujin pensó: «¡Cuánto la amo! No hay otra mujer en el mundo para mí. Pero ¿qué pena oscurece así sus ojos y torna blancos sus labios?».

Toghrul señaló un asiento a su lado para su hijo adoptivo y Temujin lo ocupó. Entonces, por primera vez, tornó su atención hacia los otros. Taliph era una pintura de afectada elegancia persa; llevaba una casaca corta de seda roja bordada, con cuello alto y enjoyado, y elegantes pantalones de pálida seda amarilla rematados en estrechas botas de cuero rojo. En la cabeza, un alto turbante de seda amarilla, atravesado por una pluma blanca. Sus manos enceguecían la vista con los destellos de numerosos anillos. Bajo el turbante, que le sentaba muy bien, su rostro moreno y delgado era más sutil que nunca. Sonrió a Temujin con aire de alegre camaradería levantando una copa hacia él en silencioso brindis.

A su lado se sentaba su dama, vestida también de seda amarilla con una suelta chalina roja sobre su negro cabello. Ella también estaba sin velo,

mostrando su pequeño rostro blanco con sus carnosos labios apretados. Los ojos oscuros estaban completamente fascinados. Dedicó a Temujin una coqueta y sugerente sonrisa ladeando la cabeza. Temujin se la devolvió como si ambos compartieran un delicioso secreto que discutirían en privado.

Toghrul, calvo, pequeño y enflaquecido, vestía de azul y blanco. Su viejo rostro marchito sonreía dulcemente. Los ojos fulguraban de afecto paternal hacia Temujin y su voz era suave, pero nunca le había parecido tan maligno al joven.

Luego observó al anciano de ropas blancas y carmesí. Temujin, sorprendido, se dijo que nunca había visto un rostro tan hermoso y tierno, tan iluminado y bondadoso, a pesar de sus arrugas y expresión cansada. La tez era tan amarilla como marfil antiguo y el cráneo, completamente calvo. Pero los ojos, brillando como con una luz interior, eran suaves y pacíficos, llenos de sabiduría y ternura. Era evidente su origen chino, porque su actitud era de infinita calma. Era una estatua de marfil de un buda que hubiera sido espectador por centurias, en comprensivo silencio. No usaba joyas. A su derecha se sentaba Azara.

Toghrul se volvió hacia él y dijo:

—Éste es uno de mis más promisorios vasallos, señor, un joven con dotes y valor. Es el que ha hecho segura la ruta de nuestras caravanas por el territorio que ha conquistado. Yo le debo mucho. —Puso su mano afectuosamente en un hombro de Temujin y dijo con voz reverente—: Hijo mío, éste es un príncipe de Catay, para quien sólo soy un hijo en la fe. Es Chin T'ian, hermano del emperador Chin y obispo cristiano nestoriano de Catay. Me ha dispensado el más alto honor aceptando mi pobre hospitalidad mientras discute conmigo el bienestar de mis vasallos cristianos. Es también uno de los más honorables invitados a la boda de mi hija.

Temujin inclinó la cabeza reverentemente. El obispo le sonrió dulcemente pero no habló. Temujin lo miró mientras su corazón palpitaba levemente con extraña emoción. A causa de lo extraño de esta emoción, no supo discernir si estaba molesto o complacido.

Tras un momento, se sintió desconcertado y deslizó la mirada hacia una llama de luz: de una pared desnuda colgaba la cruz de oro enjorada que había visto en la tienda del khan. Debajo de ella había una mesa con una gran lámpara, como una luna. Había algo de ostentación en esa escena; Temujin la observó sin comprender. Las medias lunas y las estrellas estaban ausentes de la habitación.

—Entre mi pueblo hay muchos cristianos —dijo entonces.

El obispo habló con voz baja y melodiosa:

—¿Y tú no intervienes en su religión, hijo mío?

Temujin frunció levemente el ceño.

—¿Por qué habría de hacerlo? —repuso lisa y llanamente—. Yo no pido nada de ningún hombre, sólo que me sirva a mí sobre los demás hombres y los dioses.

El semblante del obispo pareció entristecerse ligeramente. Pero sus ojos tiernos se fijaron en Temujin.

—Los hombres deben servir a Dios primero —dijo—, y si lo hacen con fe y sinceridad, también sirven a los hombres.

Temujin no lo entendió del todo.

—¿Tienes un sacerdote cristiano entre tu pueblo? —añadió el chino.

—No, creo que no. Mis cristianos no son demasiado devotos. Asisten a los sacrificios, aunque me han dicho que éstos son una abominación para su fe. Si esto es así, ellos ocultan su aversión muy hábilmente. —Sonrió.

Taliph rió y su dama lo imitó. Pero Toghrul afectó severidad y frunció los labios. Azara, que no podía mirar sino a Temujin, no parecía haber oído sus palabras, sólo su voz.

Temujin recordó repentinamente que el obispo era un gran príncipe de una gran casa imperial. Cesó de reír y se asombró de que semejante hombre pudiera sentarse así, humilde y tranquilamente entre personas como Toghrul, Taliph, él mismo y las dos mujeres. Comenzó a dudar de la autenticidad del obispo y lo miró con agudeza. El chino no sonreía y parecía triste y meditativo.

Receloso, desvió su atención hacia Azara. Y de nuevo, separados por un espacio que parecía una eternidad, en realidad no más distante que el cercano latir de sus corazones, se miraron larga y extrañamente. No había nadie más en la habitación ni en el mundo. El rostro pálido de Azara palideció más aún y sus labios se entreabrieron con angustiada pena. Las aletas de su nariz se distendieron y los ojos se dilataron en un silencioso y desesperado ruego de auxilio. Sus manos se agitaron como si fueran a extenderse hacia él, y los labios le temblaron como para llorar. Ahora no había decoro ni pudor virginal en sus maneras, tampoco coquetería ni ruborizada timidez como la que recordaba de su anterior encuentro. Ahora era simplemente una mujer desesperada llamando a su amado, confiando en que él no le fallaría ni la traicionaría. Llamando simplemente y suplicando sin vergüenza.

El rostro de Temujin se ensombreció. Oyó la llamada de ella en su cuerpo y su mente. Lo comprendió, así como la razón de su palidez y

adelgazamiento, el doloroso infortunio en sus ojos. Fijó su mirada en la de ella, prometiéndole que su amor sería la espada y el escudo que la protegería y que nada se interpondría entre sus corazones. Se llenó de exultación y estático júbilo, pero aun así se dijo que nunca se había sentido tan cerca de ninguna otra mujer y que nunca lo sentiría por ninguna, sólo por Azara. Estaba pasmado. Veía la delicada palpitación en la garganta, la transparencia de sus jóvenes hombros, el maravilloso brillo pálido de su cabello, la luz de sus grandes ojos negros. No sentía ansiedad en su cuerpo, ni lujuria, ni deseo ardiente. Sentía sólo una inmensa y apasionada ternura, un amor profundo y tembloroso. Entonces supo que nunca había realmente amado a ninguna otra mujer, sólo a ésta, y con tal certeza admitió que nunca podría volver a amar tanta intensidad.

Sus ojos traicionaban sus pensamientos y, viéndolos, Azara se sosegó visiblemente. Un leve color, como de amanecer, apareció en sus mejillas. La angustia se disipó en sus ojos. Sonrió y Temujin oyó su suspiro. Ahora lo miraba como una mujer puede mirar a un dios, con toda su alma resplandeciendo en su semblante.

Sólo la dama de la litera captó este profundo y apasionado intercambio entre el bárbaro del desierto y la hermosa hermana de su esposo. Al principio una expresión de ultraje y celos cruzó sus ojos, pero luego se apaciguó. Empezó a sonreír perversamente y por debajo de sus negras pestañas, pensativamente, observó a su padre político y después a su esposo. Su sonrisa se ensanchó. Parecía a punto de prorrumpir en risas. La maldad se avivó en sus ojos hasta hacerse como el fulgor de una espada. El regocijo se estremecía en sus facciones como el reflejo del sol en un lago.

Mientras tanto, los sirvientes habían servido el festín: cordero guisado en ricas y especiadas salsas, tiernas aves en crema hervida, pan tan tierno y blanco como leche, higos y dátiles, dorada miel, pastelillos de almendras y espesas confituras turcas, escudillas de coloreadas frutas, jarras de vinos especiados y fuertes, y amargos licores turcos. Temujin, acostumbrado al vulgar carnero cocido, a la carne de caballo, al mijo hervido y al agrio kumiss de su pueblo, comió vorazmente aunque seguro de que los jinetes de las estepas jamás podrían sobrevivir con semejantes comidas decadentes y empalagosas, apropiadas sólo para mujeres, poetas y eunucos.

Como de costumbre, bebió demasiado. Creyó que el vino fresco podría aplacar la exultación, el embeleso y la pasión que sentía. Podía oír el martilleo de su corazón, el latido en sus sienes y garganta. Pero el vino no lo refrescó, sino que lo inflamó más. El aire empezó a circular en estática luz que formó

un halo alrededor de la cabeza de Azara y llenó sus ojos de esplendor. Sintió aquella vieja y mareante convicción de que tendría el mundo en la palma de su mano, que los secretos del cielo y la tierra eran suyos, que era invencible y omnipotente.

Algo de esta terrible convicción parecía emanar de su cuerpo, flamear en sus ojos. Taliph, en su suave y sonriente odio, había maquinado humillarlo y ponerlo en evidencia ante sus parientes y su padre como un jactancioso e ignorante bárbaro que debía ser aplastado como un gusano venenoso. Pero aunque su falsa sonrisa permanecía fija en sus facciones, estaba poseído de una especie de horror, como si estuviera en medio de una espantosa pesadilla. Porque aquel joven mongol, sentado en un diván con sus prendas prestadas, irradiaba esplendor y a la vez provocaba terror.

Taliph vio que su padre observaba a Temujin con los ojos entornados en enervada especulación, que el obispo lo contemplaba como fascinado, que su propia esposa lo miraba con abierta lascivia y deseo, y que Azara lo observaba como una mujer transfigurada por la majestad de un dios.

Perplejo, el noble joven keraíta sacudió la cabeza como para librarse de engeguedoras telarañas. Se dijo: «He sido hechizado. Estoy soñando. Este hombre es una serpiente venenosa, un lobo de los desiertos, un analfabeto rústico y pestilente, un vacío torbellino de viento que no dejará nada a su paso».

Además, lo humillaba y enfurecía que él, hijo del poderoso khan Toghrul, concediera a este bárbaro el honor de dedicarle siquiera un pensamiento.

Sin embargo, cuando Temujin le sonreía con amistosa franqueza y sus dientes y ojos centelleaban a la luz de las lámparas, Taliph sentía una especie de excitación, un hipnotizado estremecimiento. Pensó: «Es un mago capaz de tener las almas de los hombres en sus manos». Perspicaz por un instante, lamentó odiarlo y se asombró de experimentar aquel magnético y misterioso influjo.

Temujin continuó bebiendo y saciándose. Se prometió que antes de retirarse esa noche, se introduciría un dedo en la garganta para vomitarlo todo. De lo contrario; amanecería enfermo. En ese momento, su mirada nadaba en coloreados y brillantes círculos a través de la habitación, visibles para sus inflamados ojos. Azul, escarlata, plateados y dorados giraban en movimiento concéntrico, hilándose alrededor de Azara y del obispo. Por último sólo vio a estos dos.

Le pareció que el rostro del chino brillaba como la luna a medianoche. Suave, fulgurante y dulcemente resplandeciente, llenando todo el espacio con

luminosa brillantez. Y aunque el obispo no hablara, le parecía a Temujin que había hablado, que el templado aire de la habitación estaba lleno de retintineos de campanas con sordina. Dejó su copa y contempló al anciano.

Toghrul hablaba con su hijo con acento meloso. Estaba en medio de una larga y complicada sentencia cuando la voz de Temujin, áspera, fuerte y bárbara, lo interrumpió como una espada rasga una tela de seda.

—Mi señor —dijo al obispo—, tú no eres como los demás hombres. En tu semblante hay un destello como el del sol.

El chino sonrió con apacible ternura. Toghrul se sintió ofendido, pero Taliph rió levemente ante esta vulgaridad, y su dama, que en ese momento odiaba a todos los presentes incluyendo a Temujin, se le unió en la risa.

—No, hijo mío —dijo el obispo dulcemente—, yo no soy sino un hombre mortal, no más grande que el más pequeño. Si ves un fulgor en mi semblante, viene de tu corazón. Ante Dios no hay príncipes iluminados y espléndidos, ni mendigos con llagas y harapos. Sólo hay hombres. —Se volvió hacia Azara, a su lado, y le acarició la mejilla—. ¿Tú me crees, hija mía?

Ella le sonrió con modestia y afecto, e inclinó la cabeza.

Pese a su propia excitación y a la niebla producida por el vino bebido, Temujin podía aún pensar. Ahora comprendía muchas cosas, entre ellas, por qué aquellas mujeres estaban allí sin velo. Para ese extraño sacerdote, las mujeres eran iguales que los hombres. Todos eran humanidad común, sin distinción. Y entonces comprendió también por qué los emisarios califa de Bojara no estaban en la cena.

Asombrado, pestañeó creyendo que todo aquello era un sueño. Pero nadie se rió de las palabras del obispo. El khan Toghrul inclinó reverentemente la cabeza. Taliph guardó silencio con las manos recogidas y su dama inclinó también la cabeza con graciosa humildad. Azara miraba al obispo como un niño podría mirar a su padre.

Entonces Temujin soltó una risotada y meneó la cabeza mirando al obispo.

—Son extrañas tus palabras, señor, sumamente extrañas para venir de los labios de un príncipe.

El obispo le sonrió.

—Yo no soy un príncipe, Temujin.

¡Conque no era un príncipe, sino sólo un sacerdote mendigo, no mejor que su propio chamán Kokchu! Su enojo aumentó contra Toghrul, que lo había humillado haciéndole sentar con un mendigo. Quizá el viejo khan creía que tal persona era suficiente para su vasallo. ¡Su vasallo! Temujin apretó los

puños. Su semblante se puso purpúreo y sus ojos echaban chispas. ¡Su vasallo! ¡Llegaría el día en que el khan se inclinaría ante él y besaría sus pies!

Toghrul se volvió afectuosamente hacia su hijo adoptivo.

—Temujin —dijo con su dulce voz—, tú no comprendes. Entre nosotros, los cristianos, no hay distinciones entre los hombres. El príncipe se considera a sí mismo el más pequeño de los súbditos y sólo un hombre ante Dios. Nuestro amado obispo es hermano del emperador de China, pero cree que no es mejor que el más humilde esclavo de su hermano. Un gran general es con frecuencia menos que su más insignificante soldado a los ojos del Señor. Sólo es grande el que es humilde, bueno y lleno de virtud y bondad.

Temujin miró a todos incrédulo. Sacudió la cabeza y exclamó:

—¡Esto es una locura! ¡No he escuchado bien!

El obispo se inclinó hacia él colocando una marchita mano en su rodilla.

—Permite que te lo explique, hijo mío. Veo que sabes quiénes y qué son los cristianos. Has sacudido tu cabeza. ¿Quieres significar que sabes que se llaman cristianos a sí mismos pero no sabes por qué? Te lo diré.

»Hace doce centurias nació en una pequeña familia y vivió en un pequeño país un hombre. Pero él no era como los otros hombres. Dios lo había mandado como su mensajero de amor, caridad y merced para todo el mundo. Él llegó a nosotros no ciegamente, no sin comprensión, sino asistido por ángeles, sabiendo quién era él y por qué había venido. Vivió poco tiempo, apenas llegó a ser mayor que tú. Pero en esos cortos años dejó una cruz de luz sobre la oscura faz de la tierra. Y desde entonces el mundo nunca fue el mismo porque él le dio su sangre y lo redimió de la negrura de la muerte, y mostró a los hombres la luz del día eterno.

»Él dijo a todos los hombres: “Vosotros sois mis hermanos, mis hijos, carne de mi carne, alma de mi alma. Yo os pertenezco y vosotros me pertenecéis. Os he mostrado el camino. Seguidme y no moriréis, ni siquiera si el mundo perece y las estrellas del cielo son olvidadas”».

Temujin escuchaba boquiabierto, la copa llena de vino se inclinaba en su mano derramándose. Sus cejas se juntaron. Su expresión era de profunda incredulidad, de anonadado aturdimiento. Cuando el obispo hubo terminado, exclamó:

—¡Ése es un cuento para necios! Si un gran espíritu hubiera venido a la tierra, todos los hombres lo hubieran sabido y sólo hubiera habido una fe, alegría y paz.

El obispo sacudió la cabeza tristemente.

—No, ése no es el camino de Dios. Porque tal cosa habría destruido el libre albedrío con que todo hombre nace. Cada hombre debe encontrar su camino hacia la luz por sí mismo, tropezando en la oscuridad del mundo, en su propio viaje solitario, guiado solamente por la fe, el amor y la esperanza. Cada hombre debe emprender su propio peregrinaje porque solamente él puede salvar su propia alma.

Temujin rió burlescamente.

—¡Tonterías! ¡Sólo los hombres locos pueden creerlo! Es una leyenda para ser contada a media noche, en la oscuridad, porque a la luz del día suena ridícula y es rebatida por todas las cosas en el mundo.

—No —musitó el obispo, mirándolo con sus iluminados ojos—, al contrario. Todas las instituciones, las crueldades, las violencias, los odios, la muerte y agonía, la ignorancia y la ceguera, las monstruosidades del hombre contra el hombre, todo es rebatido y destruido por la historia de la venida de Dios.

Temujin se dijo que estaba escuchando las palabras de un loco.

—¡Ésta es la historia de un esclavo! —exclamó.

El obispo bajó la cabeza.

—La historia de un esclavo que era un rey —dijo con voz quebrada.

Temujin lo miró. «¡La historia de un esclavo que era un rey!». La actitud del obispo, su cabeza inclinada, sus humildes manos entrelazadas, su dulzura y mansedumbre eran las de un pobre esclavo. Sin embargo, podría haber sido un rey. La sangre de los más grandes reyes corría por sus venas. De nuevo el joven mongol sacudió la cabeza confundido y dijo:

—¡Si todos los hombres creyeran esto, no habría reyes, ni generales, ni gobernantes, ni guerras, ni conquistas!

El obispo levantó la cabeza y sonrió, y la habitación pareció inundarse de luz.

—Exactamente —dijo con suavidad—, ¡no habría ninguna de estas cosas!

Temujin fue poseído por un arrebató de impaciencia.

—¡Vuestra fe mutilaría la fuerza de los hombres! ¡Reduciría el mundo a una casa de esclavos sumisos! ¡Arrebataría al hombre su más grande anhelo: la guerra y la gloria! ¡Eliminaría la barba del rostro viril, destruiría la severidad de su voz! ¡Pondría los hombres a hilar y a labrar la tierra, y haría derribar las murallas de las ciudades! ¿Qué podría sobrevivir de la alegría, el regocijo y el coraje de los hombres en semejante congregación de eunucos?

El obispo lo miró como hipnotizado. El semblante de Temujin estaba lleno de fuego y poder, de indómito esplendor y violencia. El mismo aire

vibraba a su alrededor. Hasta las paredes temblaban con su voz. Taliph tuvo la sensación de que sus propios miembros eran blancos y débiles, su cuerpo sin virilidad y su simiente estéril. Toghrul pensó con descarnado y acre odio: «¡Soy un hombre viejo, maldito sea yo! ¡Y maldito sea él!». Pero la dama de la litera respiraba pesadamente con lascivia. Azara miraba a Temujin con una especie de terror, como si el dorado dios hubiera empezado a exhalar relámpagos y truenos.

El obispo habló dulcemente y con tristeza:

—Hijo mío, ¿en qué crees tú?

Temujin rompió a reír con menosprecio. Levantó el puño cerrado.

—En mí mismo. ¡Y en lo que hago! ¡Creo en la energía y la fuerza, en el poder y la conquista! ¡En la estupidez de los hombres, en su odio y su codicia, en su incapacidad para pensar! ¡Creo que los hombres han sido creados para conquistar, y que en su conquista sienten una voluptuosa entrega y adoración por su conquistador! ¡Sólo el que es fuerte puede dirigir a los hombres! ¡Sólo el que puede esgrimir la espada es digno de tener adoradores! Los hombres merecen un dios fuerte, no uno escurridizo como un cordero recién nacido.

El obispo, palideciendo, dijo con voz dolorosa y el rostro contraído:

—¿Y no tienes interés por el alma de los hombres?

—¿Qué alma? —gritó Temujin—. Yo me intereso por el cuerpo fuerte del hombre, por su brazo y por su intrepidez. Más allá de eso no hay nada.

Entonces el obispo preguntó con creciente pesar:

—¿Qué deseas tú, hijo mío?

Temujin esbozó una sonrisa terrible.

—¡El mundo!

Taliph se cubrió la boca con una mano para ocultar su sonrisa. Toghrul suspiró inclinando la cabeza como un anciano padre de hijos turbulentos cuyas opiniones debía repudiar. La dama de la litera se rió levemente. Pero Azara miraba a Temujin con el corazón en los ojos, de nuevo oyendo sólo su voz.

Y el obispo lo miraba también con semblante pesaroso y una especie de horrorizada comprensión. Era como alguien que afronta una aterradora revelación demasiado terrible para la vista de los hombres. Cerró los ojos y se estremeció. Habló con los ojos aún cerrados:

—¡Y lo tendrás! He tenido una visión, y ante ella me siento herido y clamo ante Dios: ¿Por qué has querido tú estas cosas? ¿Por qué afliges así a tus hijos? Veo la tierra desolada y devastada. Veo las murallas de las ciudades caer, las ciudades envueltas en llamas, el mundo lleno de dolor, desesperación

y ruina, y enormes hordas oscuras. Y más allá de esas hordas, otras, interminables, eternas con los caballos herrados con la muerte y las espadas envainadas en fuego, arrasando el mundo, cabalgando hasta que el último hombre caiga en agonía y ya no se levante.

Elevó las manos y con voz llena de terror y angustia exclamó:

—¿Por qué has permitido esto, Señor? ¿Por qué has creado estos monstruos del vientre de la oscuridad, lanzándolos sobre la inmaculada y desamparada tierra? ¿Por qué los has dejado cabalgar sobre nuestros corazones?

Su voz llenaba la habitación. Los sirvientes miraban al anciano desde los rincones, incapaces de moverse. Taliph contemplaba al obispo como a un loco. Toghrul sonreía levemente, meneando la cabeza con secreta satisfacción. Pero Temujin, atrozmente ceñudo, miraba al obispo y se mordía el labio, creyendo que el chino se mofaba de él y que por momentos estallarían en burlona risa, a la que todos se unirían.

Entonces el obispo dejó caer las manos lentamente. Su rostro blanco como la muerte se ensombreció de disgusto y sufrimiento. Dejó caer la cabeza sobre el pecho. Parecía estar escuchando algo.

Comenzó a hablar de nuevo. Su voz baja y débil ganaba fuerza lentamente.

—¡Oigo tu voz, oh, Cordero del Señor! ¡Débilmente la oigo! Pero se hace más fuerte y cercana. ¡Oigo tus palabras! ¡Porque la tierra es tuya hasta la eternidad, aunque rojos chacales aparezcan en cada centuria para saquear, desgarrar y matar, dejando desolación en las almas de los hombres! ¡Tú dices que hasta el fin de los tiempos la tierra es tuya! ¡Eternamente, para siempre! ¡Ellos no la conquistarán! —Levantó la cabeza, lleno de misterioso y sobrenatural regocijo. Sus ojos resplandecían como el sol—. ¡Porque la tierra es del Señor! ¡La tierra es del Señor! ¡Para siempre y por siempre, la tierra es del Señor!

Alguna fuerza mística parecía sostenerlo. Elevó los brazos. Parecía escuchar una terrible voz que venía del caos del espacio y el tiempo.

Se volvió y, antes de que nadie pudiera moverse, abandonó la habitación como un fantasma. Lo observaron irse, inmóviles, con la mirada clavada en él, incrédulos.

Entonces, uno a uno comenzaron a mirarse. Taliph sonrió y luego soltó una carcajada. Señaló con un delicado dedo a Temujin.

—¡Mira lo que has hecho a nuestro santo y cristiano príncipe, Temujin! ¡Tú, rojo chacal maullador! ¡Pero sólo veo salsa sobre tu mentón y una

mirada idiota en tus ojos!

La dama rió. Toghrul sonreía ociosamente y sacudió la cabeza. Pero Azara no sonreía. Se puso de pie y la esposa de su hermano la imitó. Azara abandonó la habitación y la dama se vio forzada a seguirla. Los hombres la observaron irse. Después, Taliph rió de nuevo ruidosamente.

Temujin echaba fuego por los ojos. Tenía la sensación de que de alguna forma se habían burlado de él y anhelaba venganza. Pero cuando vio que Taliph sólo se divertía y que el khan Toghrul sonreía perdonando, su ira se apaciguó.

Comenzó a reír, al principio ásperamente y por último con regocijo y diversión.

Capítulo 41

PERO cuando volvió a sus aposentos y encontró a sus compañeros durmiendo el temprano y saludable sueño de los habitantes de las estepas, no se sintió ya divertido.

—¡He sido insultado por un miserable sacerdote! —exclamó.

Dejó caer las cortinas de la alcoba de Chepe Noyon y Kasar, y fue a la suya. Se sentó en el lecho y, descansando las manos en las rodillas, miró con fijeza al frente. El vino que había consumido le hacía zumbiar los oídos, pero no sentía júbilo ni excitación como generalmente sucedía cuando bebía demasiado.

Luego olvidó al obispo. Sólo pudo pensar en Azara. Repentinamente sintió un ansioso deseo por ella. Se puso de pie y se paseó nerviosamente por la habitación, con rápidos y febriles pasos. No podía comprenderse a sí mismo. Había deseado mujeres antes, pero nunca así, con una especie de frenética agonía, ternura y amor. El rostro de ella, pálido de temor y sufrimiento, se mantenía delante de él. Podía verlo aunque cerrara los ojos y apretara los puños. «¿Qué me sucede?», se preguntó con aprensión.

—¡Es sólo una hermosa mujer, después de todo! —exclamó.

Pero sabía que ninguna otra mujer significaría tanto para él como Azara. La sentía como carne de su carne, parte de su aliento y su corazón. Los pensamientos de ella parecían mezclarse con los suyos como exhalaciones vivientes.

Estaba en el palacio, pero no estaba más cerca de Azara que antes. La prometida del califa era guardada como el más precioso tesoro, a fin de ser entregada a su señor como una joya pura y sin mancha. ¿Qué debía hacer? Necesitaba verla, aunque tuviera que derribar a todos los guardianes del palacio.

Se obligó a sentarse.

—Esto es una locura —gruñó.

Intentar verla le granjearía dos mortales enemigos: el khan Toghrol y el poderoso califa. No habría un rincón en el mundo donde ocultarse de ellos, y traería la ruina a todo su pueblo. Todo lo que había ganado a costa de sangre y muerte, de fortaleza y tormentos, sería perdido.

Pero de cualquier modo quería hacerlo, al precio que fuese. Se cogió la cabeza entre las manos y se mesó febrilmente el espeso cabello rojizo. Sudaba

y emitía ruiditos entrecortados... Nada le importaba, sólo Azara. Perdería el mundo por ella.

No obstante, tampoco estaba seguro del todo. La agotadora pasión y el loco deseo por ella lo sacudían. Sus pensamientos corrían hacia Azara como alados mensajeros de fuego. Todo su cuerpo temblaba, bañado de frío sudor. Se recordó que siempre había hecho lo que quería sin importarle las consecuencias.

Una vez Kurelen le había dicho: «Muerde más de lo que puedas masticar y luego másticalo». Soltó una risotada histérica.

Si finalmente conseguía verla, ¿qué haría después del breve alivio de su pasión? ¿Cómo podría liberarla de los brazos y el harén del viejo califa?

—No pensaré en eso todavía —dijo en voz alta.

Se puso de pie y se quitó violentamente el atavío de seda del khan. Lo arrojó lejos de sí con una mueca. Se vistió con el único atuendo que había llevado con él, una floja túnica de lino a listas rojas y blancas, y se puso las botas de cuero de cabra. Colocó su daga en el cinto y tomó su espada. Pasó los dedos a lo largo del filo. En las mezcladas luces de la luna y la lámpara de su alcoba, la ancha y curva hoja resplandeció como un pálido relámpago. Se echó la casaca sobre los hombros y la capucha en la cabeza. Sus ojos destellaban como los de una bestia salvaje y voraz.

De pronto se quedó inmóvil como una estatua, todos sus sentidos concentrados en un débil sonido. Lo escuchó de nuevo. El suave deslizamiento de pasos sigilosos. Apartó la cortina de un manotazo. Un enorme eunuco le hizo una reverencia y se llevó un dedo a los labios.

—Ven conmigo, mi señor —musitó.

Temujin lo observó con agudeza.

—¿Quién te ha mandado? ¿Dónde tienes que llevarme? —inquirió en voz baja e imperiosa.

Pero el eunuco simplemente se inclinó de nuevo y repitió:

—Ven conmigo.

Temujin vaciló. Ceñudo, miró al eunuco, pero la expresión del hombre era afable, aunque algo aprensiva. Temujin tanteó su daga en el cinto y empuñó la espada.

El corazón le latía con fuerza. ¿Habría Azara mandado buscarlo? No podía haber otra explicación. De repente, un loco júbilo lo inundó. Sin embargo, ella no haría eso por mucho que lo deseara. No estaba en ella hacer eso.

—De acuerdo —dijo finalmente.

El eunuco sofocó la lámpara con la mano. Sólo el claro de luna iluminaba los aposentos. Temujin oyó la profunda respiración de sus compañeros dormidos desde mucho antes.

Siguió al eunuco a lo largo del oscuro pasillo desierto. Esta zona del palacio estaba tranquila y todos dormían. Al final del pasillo un eunuco inclinado sobre su larga espada cabeceaba somnoliento. El guía de Temujin, temeroso, puso el dedo sobre los labios, caminando delante de puntillas. Temujin lo seguía empuñando su espada. El eunuco apartó una pesada cortina carmesí y Temujin se encontró en un pequeño patio privado lleno de grandes vasijas con flores. La luna inundaba el patio y la templada brisa secó el sudor de Temujin. El aire estaba imbuido de mil esencias de flores y se oía el rumor de las distantes fuentes. Más allá de los patios estaban los jardines, oscuros y quietos, con luciérnagas titilando en el césped.

Temujin seguía a su guía con la capucha bien echada sobre el rostro y la espada todavía en la mano. Avanzaban por el césped deslizándose como sombras. Rodearon una pared y entonces vio luces de lámparas lejanas en la oscuridad. Toghrul y su hijo agasajaban a los emisarios del califa de Bojara en una fiesta de medianoche. Temujin oyó los instrumentos de cuerdas y el sonido sordo de los címbales, las licenciosas risas de las mujeres que bailaban y las exclamaciones de los hombres. Sintió una ira momentánea por no haber sido invitado. ¡El bárbaro de las estepas no era digna compañía para los elegantes hombres de Bojara, los refinados caballeros persas de la ciudad! Hizo rechinar los dientes y se detuvo para mirar aquella celebración.

Pero el eunuco, alarmado, lo urgió a continuar tirando de su casaca. Apartó la mano del hombre, aún furioso. El eunuco insistió susurrando:

—¡Señor, debemos seguir! ¡Si nos encuentran aquí, los guardias nos prenderán!

Temujin echó una última mirada ceñuda a la fiesta y siguió andando. El eunuco se acercó al final de la baja pared y levantó la mano previniendo. Soldados con antorchas se paseaban por delante de la entrada del palacio. A medida que se cruzaban, cada uno daba el quién vive. El eunuco atisbó en derredor, observando atentamente. Temujin atisbó también.

—¡Son sólo cuatro! —musitó—. Puedo atacarlos solo.

El eunuco sacudió la cabeza.

—No. Espera, mi señor. Debemos esperar. No hay otro camino.

Un repentino estallido de risas, canto y música salió del palacio. La gran puerta de bronce se abrió y varios caballeros salieron a tomar el fresco de la

noche. Uno de ellos lanzó unas monedas a los soldados, que se precipitaron al suelo para intentar recogerlas.

Era un momento propicio. Ambos se deslizaron entre las sombras, apenas a unos metros de los frenéticos soldados y las risas de los caballeros. Alcanzaron la seguridad de un matorral entre susurrantes árboles. Se detuvieron ahí, jadeantes y escuchando. Pero los soldados no los habían visto y reanudaron su guardia, llevando sus antorchas de excelente humor. Las puertas se cerraron de nuevo detrás de los caballeros persas. La noche recobró su sofocante silencio. Temujin aspiraba los densos aromas de las rosas.

Siguieron entre los árboles de los jardines, donde cantaban las fuentes. Un ruiseñor rompió repentinamente a cantar, llenando la noche con puras y punzantes notas. Otro se le unió. La luna se movía entre los árboles como una rueda de plata, lanzando rayos de argentada luz.

Temujin sintió una súbita frescura en su rostro. Estaban descendiendo por una gruta donde goteaba agua. Las fragancias de los árboles y las flores eran subyugantes. Todo era silencio, humedad y oscuridad completa. Apenas podía ver a su guía aunque sólo iba un paso por delante.

El eunuco se paró.

—Yo no sigo, mi señor —susurró—, pero te esperaré aquí. Sigue diez pasos más y detente.

Temujin vaciló. ¿Era una trampa? Pero ¿por qué tramaría Toghrul algo así? Había maneras menos complicadas de matar a un hombre. Empuñó la espada con más fuerza y caminó lentamente, contando diez pasos. Se detuvo en medio de una completa oscuridad.

De pronto le tocaron un brazo. Sobresaltado, extendió la mano y tomó el brazo de alguien, un brazo suave y cubierto con seda, el brazo de una mujer. La tomó entre sus brazos.

—¡Azara! —susurró, y su cuerpo se inflamó.

Oyó una risita y unos labios velados tocaron los suyos. Sintió la presión de un suave y firme pecho de mujer, la presión de miembros ansiosos contra sus muslos. Su nariz se inundó de aroma de mujer perfumada y tibia. Y en ese instante supo que no era Azara, sino la dama de la litera.

La apartó con rudeza y atisbó la silueta velada ante él. Oyó una ligera risa divertida. Ella se le aproximó de nuevo, se puso de puntillas y le rozó la oreja con los labios.

—¡No temas, mi señor! Soy una esposa virtuosa, pero no pude resistir el abrazarte. ¡Oh, tus labios son como el fuego! Es suficiente. He venido para guiarte hasta tu amor. Te está esperando.

Temujin se estremeció perplejo. Sintió que le tomaba el brazo pero no se movió. Tenía claro lo que quería en ese momento. Cogió a la dama por la garganta y presionó su tibia carne tierna. Pero los dedos no apretaban la garganta, sino un collar que recordaba haberla visto. Un collar de perlas y oro. Lo sacudió con fiereza, hubo un leve sonido de rotura y el collar quedó en su mano. Ella lanzó una leve exclamación apartándose. Él la tomó del cabello, enroscó un mechón en sus dedos y lo cortó con la espada. Ella vio el centelleo de la hoja y profirió un grito apagado.

Él sonrió ásperamente. La tomó entre sus brazos de nuevo y la besó bruscamente, en parte para sofocar su grito y en parte porque era muy deseable y también ella lo deseaba a él, a pesar de toda su virtud. Ella se entregó sin reticencias, devolviéndole los besos con ardor. Incluso le cogió las mejillas a fin de sostenerlo. Él le sobó los pechos y ella jadeó. Su aliento era cálido y perfumado. Parecía al borde del desmayo en sus brazos, gimiendo bajo su respiración. Temujin se excitó terriblemente.

Al cabo de un rato, la separó de él y dijo:

—Ahora tengo tu collar y una guedeja de tus cabellos para recordarte. ¡Un dulce recuerdo! Lo guardaré como un tesoro para siempre, recordando los maravillosos momentos que he pasado contigo, pero también para que no me hagas una mala pasada, cariño.

La oyó jadear, y se rió.

—Si no amara a una mujer tan profundamente, me quedaría contigo — dijo—. Pero ¿quién sabe? ¿Quizá mañana por la noche, en este mismo lugar?

Ella repuso:

—No te he hecho venir aquí para mí, Temujin, sino para guiarte hasta Azara, que languidece por ti. ¿No te he dicho que soy una mujer virtuosa? Pero ¿quién sabe? Tal vez estaré aquí mañana. —Y añadió en tono tranquilo—: Sígueme.

Él la tomó del brazo otra vez.

—¿Por qué haces esto?

Ella rió con amargura.

—¡Porque odio al khan Toghrul y a mi esposo, que me trata como a un perro, esa serpiente musulmana! ¡Y porque odio a Azara también! Será un recuerdo feliz en los días venideros saber que tú mancillaste la joya reservada para el gran califa de Bojara y conjeturar si el hijo de Azara no es el fruto de tu simiente.

—¿Tú eres cristiana? —Temujin empezaba a comprender.

—¡Sí, una virtuosa mujer cristiana, mi señor! —Y se rió de nuevo con malicia.

Temujin guardó silencio desconcertado. ¡Ay, las mujeres! Astutas como serpientes, crueles como la muerte, corazón frío como una piedra. Él, que había matado a su propio hermano, sintió repulsa ante tal felonía, semejante lascivia y maldad. Pero se rió interiormente, divertido de sus propios pensamientos.

La dama ya se alejaba y la siguió cauteloso. Apenas podía verla porque la luz era muy tenue y los movimientos de la mujer, casi espectrales. Salieron de la espesura. Frente a ellos había un largo tramo de blancos peldaños zigzagueando a la luz de la luna. Subieron la escalinata, llegaron a un angosto peristilo sin vigilancia y entraron en una habitación débilmente iluminada. Era la alcoba vacía de una dama. Estaba claro que habían despedido a los sirvientes. La dama le sonrió a través de su velo, con ojos que centelleaban licenciosamente. Él pensó: «Mi amor por Azara me conducirá a la destrucción y la ruina. Quizá podría satisfacer mi deseo con esta belleza y no anhelar más a una mujer a quien no debería tocar».

Ella leyó sus pensamientos y sacudió la cabeza mirándolo maliciosamente y levantando un delicado dedo amonestador:

—¡Esta noche no! —musitó—. Tal vez mañana.

—Pero ¿quién sabe lo que traerá mañana?

Ella apartó una cortina y lo condujo por una serie de lujosas habitaciones iluminadas con lámparas. Llegó hasta una puerta de bronce intrincadamente cincelada. La abrió y lo invitó a pasar.

En el umbral la miró, la estrechó entre sus brazos y la besó con ardor. Ella se debatió un instante pero luego se entregó. Tras unos momentos lo apartó de ella, riendo con sus alegres y hermosos ojos.

—Reserva tu pasión para Azara —dijo con picardía— o me veré privada de mi venganza.

—¿Mañana por la noche? —la apremió él, loco por poseerla.

Ella asintió con la cabeza.

—¡Mañana por la noche, mi señor, mi pantera! —Y añadió—: No temas ninguna intrusión. Hay hombres vigilando.

Lo hizo entrar y cerró la puerta detrás de él. Temujin se encontró en un pasillo angosto. Al final, una cortina azul y dorada se ondulaba con la brisa. Olvidó a la dama de la litera, la esposa de Taliph. Detrás de esa cortina lo esperaba Azara y de nuevo su corazón palpitaba y no había nadie más en el mundo. Avanzó velozmente y apartó la cortina.

Había esperado encontrar a Azara con los brazos extendidos y una lánguida sonrisa en los labios, pero la alcoba estaba vacía, iluminada solamente por la luna. Era una habitación amplia con el suelo cubierto por alfombras persas. Una fragancia delicada y sutil llenaba el aire. Por un momento no notó nada. Lentamente, los objetos fueron cobrando vagas formas. Contra una pared distinguió el canapé de Azara, que dormía sobre él.

Capítulo 42

TEMUJIN creyó que el repentino retumbar de su corazón se oiría en todo el palacio y traería instantáneamente a guardias armados, con antorchas y gritando. En un segundo sería rodeado y apaleado. Su respiración era ruidosa. Temblaba.

La luz de la luna fluía en la alcoba trayendo con ella la fragante brisa de la noche y el canto de los ruiseñores. Más allá de las puertas, sabía que los guardias hacían su ronda, porque oía sus tenues pasos.

El candado del cofrecillo estaba bien vigilado, pero las bisagras habían sido rotas por una traidora y vengativa mujer.

Debía moverse con el mayor silencio. Y así, con todos los miembros trémulos, se aproximó al canapé de Azara y se detuvo a contemplarla.

Azara dormía como una niña, con la mejilla sobre una mano. Su maravilloso cabello se extendía sobre sus hombros y pecho como un manto fulgurante. La luna la bañaba con su luz pálida. Yacía en un sueño radiante, respirando suave y serenamente. Temujin vio sus pestañas, tiernas e inocentes, el movimiento de sus puros y jóvenes pechos, la curva de su cadera y muslo bajo la sábana dorada. Pero vio también cuán pálida estaba, cómo las marcas del sufrimiento se traslucían en su joven semblante, hermoso y tierno.

De pie a su lado la contemplaba pensando que estaba viendo el mundo entero y que toda su vida y deseos estaban reunidos en esa joven durmiente. Su sangre se enfrió y sintió una infinita tristeza y amor. Con apasionada ternura deseó arrodillarse a su lado, besar tiernamente la mano que descansaba sobre el costado del canapé, hundir su rostro en su cabello y olvidar todo... excepto lo mucho que la amaba. Si lo hacía, todo el dolor y la fiebre de su corazón se apaciguarían y quedaría en paz.

Se arrodilló a su lado sin tocarla, sólo empapándose de su proximidad. Estaba claro que ella no lo había mandado llamar y que dormía confiando en que él la auxiliaría. ¿Cómo? Ella no lo sabía. Algo de la aguda presciencia del amor le decía que Azara dormía así por primera vez en muchas noches, confiando en él, descansando en el conocimiento de que él estaba cerca protegiéndola.

Pensó: «¿Debo irme sin molestarla y sin alarmarla?». El collar de oro y azabache que había llevado para ella se movió en su mano. Podía dejarlo

sobre la almohada y al día siguiente ella sabría que él había estado ahí y que le había hecho una promesa. Pero ¿qué promesa? ¿Qué podía hacer él?

Se sumió en la desesperación. Fuera del palacio estaban sus soldados. Podía llamarlos, pero serían reducidos por las tropas del khan. Podía despertarla y llevársela lejos de ese maldito lugar, al desierto, a las montañas y las estepas. Pero ¿y entonces qué? La venganza caería sobre él.

El joven mongol, que nunca había estado verdaderamente desesperado, verdaderamente impotente, sólo pudo arrodillarse temblando, enfurecido ante su propia impotencia, apretando los puños. Y Azara continuaba durmiendo, sonriendo confiadamente.

Se dijo: «He venido sólo para poseerla, para ahogar mi lujuria en ella y luego abandonarla a lo que la fatalidad le reservara y a lo que su padre decidiese para ella. He venido sólo por un día para luego regresar satisfecho, olvidando. Pero no puedo hacerlo. No deseo esto. Porque, no importa lo que se prolongue mi vida o dónde vaya, nunca la olvidaré y mi vida será un interminable tormento sin ella». Y este hecho lo consumía.

Fue sacado de su desesperación por Azara, que suspiró profundamente, movió las manos y sonrió de nuevo. Él se inclinó hacia ella y su aliento le rozó las mejillas. Entonces ella, como si realmente no hubiera estado durmiendo, abrió los ojos y lo miró.

Temujin movió la mano rápido como para taponarle la boca si intentaba gritar. Pero ella no lo hizo ni se movió. Sólo sus ojos se abrieron mucho, pero no con sorpresa. Era como si creyera que aún estaba soñando y su sueño se hubiera hecho realidad. Esbozó una sonrisa de infinita dicha, de paz y amor. Las lágrimas acudieron a sus ojos y, como un niño que ha superado un doloroso trance, extendió los brazos hacia él.

Temujin vaciló y no pudo moverse. Sensual y exigente con las mujeres, no podía tocar a esta niña que lo miraba así, inocentemente, sin despertar. Una enorme vergüenza cayó sobre él. Sintió que sería un sacrilegio tocarla, una blasfemia por la cual los espíritus lo castigarían. Sólo podía mirarla con toda su desesperación y deseo.

—Sabía que vendrías —dijo Azara. Y lo repitió con júbilo—: ¡Sabía que vendrías!

Él hundió su rostro en el pecho de ella, estrechándola como si nunca fuera a soltarla. Podía escuchar el latir de su corazón, palpitando con mezcla de terror y éxtasis. Su cuerpo era tan suave como terciopelo perfumado. Las manos de ella le revolvieron el pelo, quedando después quietas como pájaros que se han dado al descanso. La oyó murmurar y suspirar. La oyó llorar.

—Nunca te abandonaré, mi amor —dijo él—. He venido y nunca más te dejaré.

Fuera, a la luz de la luna y entre el aroma de las rosas, el canto de los ruiseñores ascendió triunfalmente con un sonido de arrobamiento y júbilo.

Capítulo 43

LA IMPOTENCIA era una sensación nueva para el joven mongol. Y le resultaba especialmente insoportable cuando esa impotencia era provocada por aquellos a quienes despreciaba.

Lo atormentaban alternados ventarrones de desesperación y rabia. La noche con Azara había agudizado su deseo por ella y su amor. Le había prometido que nunca la abandonaría. Antes lo había prometido también a otras mujeres, pero nunca con la intención de cumplirlo. Sin embargo, ahora se proponía hacerlo. Cuando pensaba en su inocencia, su hermosura y su delicadeza de espíritu, se veía forzado a levantarse y caminar de un lado a otro en una verdadera fiebre de angustia, apretando los puños y sacudiendo la cabeza. Los más salvajes planes se agolpaban en su mente, pero su razón los rechazaba. ¡Si sólo dispusiera de tiempo! Entonces podría forzar las cosas. Haciéndose progresivamente más poderoso, podría pedir la mano de Azara a su padre sin temor a ser rehusado. Pero carecía de tiempo. En menos de siete días Azara sería desposada con el califa, quien estaba ya en camino para la ceremonia.

¿Qué podía hacer? No lo sabía. Podía escaparse con ella, pero aun si fuera capaz de llegar más allá de la ciudad, sus días con ella serían breves. Luego, ruina y muerte, no sólo para él y Azara, sino para todo su pueblo. Ni siquiera su amor y su pasión podían enceguecer esa parte desapasionadamente fría de su espíritu que nunca se engañaba. Por tanto, sabía que el precio de ese breve éxtasis era demasiado alto.

Se veía a sí mismo vagando en un laberinto para volver sólo al punto de partida. Su agonía no lo dejaba descansar.

Cuando Chepe Noyon y Kasar se despertaron renovados, cuando el amanecer era rosado en el cielo oriental, encontraron a Temujin paseándose todavía de un lado al otro, con la luz y la sombra alternando sobre su trasnochado rostro. Chepe Noyon exclamó:

—¡Cómo, mi señor! ¿Te has levantado tan temprano?

Temujin lo miró en enigmático y sombrío silencio. Reanudó sus pasos, pero estalló en una perorata incoherente. Chepe Noyon escuchó al principio indulgentemente, después con vivo horror. ¡La gema impoluta reservada al califa había sido mancillada! Temujin había cometido el crimen

imperdonable. Había violado el lirio y profanado la fuente. Chepe Noyon se puso de pie y exclamó en voz baja:

—¡Debemos irnos enseguida, mi señor, y rogar a los espíritus eternos que estemos fuera de la ciudad antes que esto sea descubierto!

Temujin le clavó la mirada con amargo enojo, viéndolo vestirse y colocarse la espada. El alegre y caprichoso rostro del joven nokud estaba ceñudo y tenso, como si nunca hubiera participado en una batalla.

—Escucha, Chepe Noyon. No nos iremos. Nunca he sido frustrado antes. ¡No lo seré ahora!

Chepe Noyon estaba estupefacto. Balbuceó:

—Mi señor... ¿Hablas en serio? ¿Qué puedes hacer? ¿Qué quieres hacer?

Temujin sacudió la cabeza con furia desesperada.

—No lo sé. No sé por qué te lo he contado, porque no tienes nada que ofrecerme. Pero sí sé que no abandonaré a esta joven.

Sin habla, Chepe Noyon se sentó mirándolo con ojos dilatados.

Kasar, que había estado escuchando boquiabierto, miraba impotente a uno y a otro. Su lenta inteligencia necesitó tiempo para asimilar lo que había oído. Cuando lo comprendió, profirió un grito salvaje.

Temujin los miró con menosprecio y enojo.

—Os quedáis ahí como pasmados sin proponerme nada mejor que huir. ¡Huid! Yo permaneceré aquí.

Chepe Noyon, ligeramente repuesto, respondió:

—Señor, sabes que no podemos abandonarte aunque deseáramos hacerlo. Tú eres nuestro khan. Si permaneces aquí hasta tu muerte, nosotros también.

»No me creas insolente, pero tú mismo has dicho que no sabes qué hacer. La doncella es hermosa, pero así hay miles de mujeres. Y todas son lo mismo en la oscuridad de la noche. Tú lo sabes. Has llegado demasiado lejos para atraer la ruina sobre ti por el amor de una mujer en un mundo de mujeres.

De pronto el siempre tan alegre y cínico Chepe Noyon exclamó:

—¡Maldita moza! ¡Ha embrujado a nuestro señor!

—Tienes razón —dijo Temujin—, me ha embrujado. He perdido mi corazón.

—Pero tengo otra sugerencia, mi señor. El lecho de una mujer es una cura para la pasión de un hombre, así que la gozarás todo lo que desees y luego, cuando llegue el momento, la dejarás... y olvidarás.

Las cejas de Temujin se unieron.

—Nunca la olvidaré. La amo.

Chepe Noyon arrugó el entrecejo, pero sintió alivio porque vio que Temujin estaba sopesando su consejo.

El fiel Kasar estalló con vehemencia:

—Mi señor, si deseas a esa mujer, yo la obtendré para ti con mis propias manos. ¡Desafiaré a toda la guarnición!

Temujin rió secamente y la tensión de su rostro cedió algo. Puso la mano en el hombro de su hermano.

—¡Creo que harías eso realmente, Kasar! Pero el asunto no es tan simple. —Miró a Chepe Noyon—. Tú has hablado con juiciosa sabiduría. La visitaré las siete noches. Quizá así me libraré del hechizo. Si no, por lo menos recuperaré un poco de autodominio. En este momento no puedo pensar en absoluto.

Se bañó y peinó el rojo cabello. Compartió el desayuno con sus compañeros con expresión más distendida, pero no dejaba de pensar.

Recordó al obispo. El escéptico mongol que se burlaba de los sacerdotes y sus engaños comenzó a preguntarse si aquel anciano de rostro iluminado sería capaz de hacer conjuros, de producir milagros. Pero, más importante aún, el obispo era hermano del emperador más poderoso del mundo, señor de mil ciudades amuralladas e incontables legiones de caballería y soldados. ¿Quién era el khan Toghrul comparado con este hombre? ¡Un jefecillo, un conejo! De repente Temujin profirió un grito triunfal. Golpeó las manos y un sirviente apareció en el acto. En tono imperioso, Temujin le ordenó ir a ver al obispo y rogarle que concediera una audiencia al señor Temujin tan pronto como fuera posible. Chepe Noyon escuchó esta extraña orden enarcando las cejas, pero sin hacer comentarios.

El sirviente regresó anunciando que el obispo vería al noble señor Temujin enseguida.

Temujin se puso eufórico. Sin una palabra a Chepe Noyon, siguió a su guía hasta los austeros aposentos del obispo. El anciano estaba recostado en su canapé y un sirviente frotaba sus cansados pies. Saludó a Temujin con una dulce sonrisa, aparentemente no sorprendido por su visita. Temujin se inclinó ante él, como alguien que se inclina ante un gran príncipe, sentándose luego en el suelo al lado del chino.

Ya había decidido su estrategia. Mirando al obispo con una ancha sonrisa que no lo engañó en absoluto, dijo:

—Debes de preguntarte por qué quería verte, mi señor. Es para pedirte perdón por la afrenta que te inferí y rogarte una indulgencia para mí.

—No hay nada que perdonar —respondió el sacerdote dulcemente. Hizo una pausa. Sus ojos se hicieron penetrantes bajo sus cejas y miró a Temujin con seriedad y tristeza. En su interior había confusión: «Hombres como éste son azotes mandados por Dios. Sin embargo, quizá pueda ablandar su corazón, ese terrible corazón del bárbaro. Pero ¿no sería eso interferir en los planes de Dios?». Sabía que las señales eran dadas a aquellos que confiaban en Dios. Por tanto, esperó tal señal.

Temujin se entusiasmó. Había hecho un auspicioso principio. Pero a medida que estudiaba el amarillo rostro del anciano, vaciló. No pudo comprender su profunda y seria mirada, que era la que un hombre dirige hacia un abismo insondable.

Asumió una expresión de candor y dijo:

—He venido a pedirte ayuda, mi señor.

—¿A pedirme ayuda? —La tristeza desapareció de los ojos del obispo, reemplazada por una simple seriedad—. Ten la seguridad, hijo mío, de que te ayudaré hasta el fin de mis pobres fuerzas.

Temujin sacudió la cabeza.

—No es una pobre fuerza, mi señor, y yo deseo invocarla contra el khan Toghrul, que es mi enemigo y el tuyo.

La primera expresión del obispo fue divertida y luego de sorpresa.

—No creo que sea mi enemigo ni tuyo, hijo mío —dijo en voz baja—. Pero si lo fuera, ningún mal podría afectarnos a nosotros excepto por la voluntad de Dios.

Temujin se inclinó hacia él hablando con rapidez:

—Tú conoces a la hija del khan, Azara. Ella me ha contado que la has bautizado secretamente en la religión cristiana. Me ha contado también que está desesperada por su próximo casamiento con un musulmán, el califa de Bojara, que tiene muchas esposas y concubinas. Me ha pedido ayuda.

El obispo profirió una débil exclamación de piedad y pena. Su intuición le hizo fijar los ojos en Temujin y entonces supo todo lo que necesitaba saber.

Dijo aún con suave voz:

—También me la ha pedido a mí, pero yo no puedo ofrecerle más que resignación, humildad y obediencia a su padre. Le he dicho que la vida es corta y amarga y que termina como una noche cruel, pero luego el sol se levanta. Lo que viene en la noche es sólo un sueño y luego viene el despertar.

Aterrado, Temujin lo miró. Su mirada de candor y juvenil seriedad desaparecieron como barridas por el viento de las estepas. El salvaje rostro del bárbaro refulgió violento y enfurecido, lleno de dolido asombro.

—¿Condenarías a esta joven a una vida desdichada? —exclamó.

—La desdicha es corta, hijo mío —replicó el obispo con un leve suspiro—. Y un pago pequeño por el amanecer.

Incapaz de soportar estas tonterías, Temujin se puso de pie y empezó a pasearse por la habitación, tratando de contener su ira y disgusto. Las venas se engrosaron en su garganta. El obispo le observaba ir y venir. La tristeza volvió a sus ojos y con ella, una gran compasión.

Por último Temujin se detuvo a su lado.

—Tú eres un cristiano y el khan Toghrul en ocasiones también lo es —dijo con voz áspera—. ¿No puedes hacerle una súplica?

De nuevo el anciano suspiró.

—He suplicado ya, pero me ha dicho que no puede hacer nada. No se atreve a oponerse al califa. Si lo hiciera, traería el desastre sobre su propio pueblo.

—¡Eso es mentira! ¡Él le ofreció su hija al califa como una esclava! ¡Tiene que darle una enorme dote! Azara me ha contado que ella le suplicó recientemente, pero él la amenazó con la muerte si hablaba del asunto otra vez.

El obispo guardó silencio. Su rostro había palidecido y se retorció las manos.

Temujin levantó su puño y señaló al anciano.

—¡Tu Dios es un pobre Dios si no puede rescatar a esta desdichada joven! Pero el obispo repuso con infinita piedad:

—Tú amas a Azara.

—Ella también me ama. No la abandonaré.

El obispo lo contempló maravillado ante el poder del amor, que podía dominar aun a este terrible bárbaro de violentos ojos verdes. «Verdaderamente —pensó— el amor es el motor de los hombres y del mundo, y los muros de la oscuridad caen ante su canora voz».

Temujin resumió:

—Nunca he sentido impotencia antes. La siento ahora. En consecuencia, estoy forzado a suplicarte a ti. Ella te venera. Tú no te atreverás a traicionarla.

—¿Qué puedo hacer? —repuso el obispo levantando las manos impotente.

Temujin se sintió repentinamente alentado. Sonrió.

—Mucho, mi señor. Me llevaré a Azara conmigo. Habrá alboroto y el khan querrá perseguirnos. Entonces tú puedes decirle que no debe levantar su mano contra nosotros, porque si lo hace, invocará el poder de tu hermano, el emperador.

El obispo escuchó estupefacto. Pero Temujin no había terminado.

—Anoche dijiste que yo tendría el mundo. De acuerdo, pero necesito tiempo. Tu hermano el emperador te escuchará cuando le digas lo que me has dicho a mí. Él estimará un aliado fuerte como yo, porque su imperio está podrido y amenaza con derrumbarse. Además, está amenazado, como tú mismo sabes. Pero dile lo que me has dicho y él se regocijará.

El obispo se quedó sin hablar.

Temujin rió con fuerza triunfante.

—Me llaman bárbaro. ¡Oh, sé lo que los hombres de la ciudad dicen de las hordas del desierto de los clanes! Que somos animales, merodeadores, ladrones, asesinos. Pero yo te digo a ti, ahora, que de las estepas vendrá una nueva civilización más fuerte, más poderosa, más viril, más ordenada e invencible que la que jamás produjeron las ciudades en su decadencia. Nada sino enfermedad ha nacido de esta civilización vuestra. Nada sino degeneración, desenfreno y codicia. Hombres como eunucos y mujeres como ramerías. Toda vuestra filosofía es sólo simple impotencia. Toda vuestra religión, sólo el lamento del esclavo. Vosotros predicáis el credo de la desesperanza en vuestras academias. Vosotros inventáis cosas delicadas que son en sí mismas vergonzosas e inhumanas. No hay salud en vuestras instituciones.

»Nosotros somos fuertes, somos potencias vitales. Haremos conquistas. Porque vosotros los de las ciudades boqueáis en vuestros fétidos lechos, mientras nosotros tronamos a vuestras puertas.

»Di esto a tu hermano, mi señor, y él escuchará porque es más sabio que tú».

El obispo guardaba aún silencio. Temujin esperó. Vio profundizarse los surcos en aquel rostro amarillo. Vio al anciano envejecer y ponerse más macilento, como si acabara de despertar de una horrorosa pesadilla que sabía no era tal sino una profecía certera.

El obispo alzó los ojos y Temujin sonrió viendo cuán tranquilos y serenos estaban: llenos de calma con sufrimiento.

—Hijo mío, yo no puedo auxiliarte. Y aun si pudiera, no lo haría. —Y se acostó con el rostro vuelto hacia la pared—. Déjame —dijo.

Temujin miró esa espalda y hombros encorvados y de repente, con ira, supo que el anciano era un muro que él no podría escalar, una fortaleza que no podría tomar, un río en el que no podría nadar. El poder de todo el mundo estaba en ese débil y moribundo cuerpo, y ante él Temujin era completamente impotente.

«He fracasado», pensó. Pero el fracaso no lo llenaba de desesperación, sino sólo de ira y mayor determinación. Era como vino fuerte que renovaba su vitalidad.

Se marchó no abatido, sino más resuelto, más inexorable.

Capítulo 44

TEMUJIN volvió melancólico a sus espléndidos aposentos. Pero Chepe Noyon y Kasar no estaban ahí. Un esclavo le dijo que estaban entreteniéndose en el jardín con las mujeres que graciosamente les habían sido asignadas por su anfitrión. Temujin se detuvo en la abierta columnata y contempló sombríamente el verdor y la hermosura de los jardines, pero no los veía. Sólo veía a Azara. Su corazón era como un gran carbón ardiendo.

Aparentemente, admitía, no había esperanza. Pero no lo creía así. Nunca en su vida creyó verdaderamente que no hubiese esperanza para él. Se encolerizó y se mordió el labio. Miró el Cielo Azul y recordó los crueles dioses de sus antecesores que vivían en el Mongke Tengri, el Eterno Cielo Azul. Recordó los relatos de los dioses negros y helados que vivían en el Kanan Kotan, la tierra del hielo perpetuo. Invocó su auxilio con mezcla de enojo y burla, porque no creía en ellos. Deseaba sólo su inicuo y misterioso poder. Aspiró profundamente, sintiendo que inspiraba en su aliento el poder de los dioses de su gente.

Todo parecía suave, tranquilo y ordenado, pero tuvo la sensación de que se había hecho una investigación minuciosa en sus cuarteles, y que Chepe Noyon y Kasar habían sido reclamados fuera para que la investigación fuese completa. Su agudo instinto animal olfateó el sutil olor del enemigo. Sonrió sombrío, sabiendo qué buscaban los investigadores. Se puso la mano sobre el pecho y palpó el mechón de cabellos negros y el collar de la favorita de Taliph. Mientras él los conservara ella no se atrevería a traicionarlo, pero necesitaba un lugar mejor para ocultarlos. Él podría ser seducido en algún pasillo y registrado solapadamente por alguna sirvienta, o ser narcotizado y robado durante su sueño. Esa noche se los daría a Azara para que los guardara en su propia alcoba.

El pensamiento de Azara le llegó como un agudo y amargo tormento, mezcla de desesperación, deseo vehemente y amor. Permaneció inmóvil soportando la embestida. Trataba de convencerse a sí mismo: es sólo una mujer. Kurelen le había dicho que los chinos consideraban a las mujeres el mayor peligro del mundo. Una inmortal amenaza para la paz de los hombres y los imperios. Se decía que el que miraba demasiado tiempo el rostro de una mujer perdía su virilidad, haciéndose en consecuencia un débil esclavo de la seda, su asistente. Los mongoles despreciaban también a las mujeres aunque

las codiciaran como ningún otro hombre las codiciaba. Sólo tenían valor como criadoras de hombres, como sirvientas, como tejedoras y fabricantes de fieltro. De repente tuvo una visión de Azara ordeñando las yeguas. La visión fue grotesca y rió ruidosamente. Ella no valía aún para esa pequeña tarea doméstica. Si tuviera hijos, ellos serían señores de las ciudades, sentados en sus jardines, contemplando sus tontos lagos artificiales, escuchando música y deleitándose con las descaradas contorsiones de las bailarinas. Sintió el odio y desprecio de los habitantes del desierto por los de la ciudad, pintando flores y hojas en paneles de seda, vociferando sus pequeñas filosofías de impotencia y corrupción. Los hombres de ciudad no eran hombres, sino mujeres deformadas, vestidas con atavíos masculinos.

Recordó las palabras de su padre: «Esos hombres pueden codiciar mujeres, pero amarlas, nunca. Un hombre puede amar su caballo, su espada, su arco, sus hijos, sus amigos. Este amor agrega fuerza a su fuerza. Pero si llega a amar a una mujer, está perdido. Su fuerza se diluye como agua y queda maniatado con cadenas de brillante cabello».

Así cavilaba, mascullando su disgusto por su propia tontería. Paseándose inquieto por la habitación, sus verdes ojos de gato lanzaban llamas. Se aborrecía a sí mismo por su debilidad, por su rendición a una mujer que sólo podía traer la muerte para él y el aniquilamiento para su pueblo. Era un traidor.

Con todo, el gran carbón ardiendo en él se avivaba con más fuerza. Cuanto más argüía contra Azara, más dulce y más clara se hacía la imagen de su rostro. Estaba lleno de desamparo y enfurecida extrañeza. Porque ahora percibía confusamente que un hombre puede sentir algo más por una mujer que lascivia, y esto que él sentía era más terrible que un ejército, más poderoso que los dioses mismos. Era un misterio inextricable, pero era el aliento que daba vida a todo el mundo, la pasión ante la cual otras pasiones parecían pequeñas y sin valor.

«He sido hechizado», pensó, y sabía que no había poción que pudiera aliviar su deseo, esta dulce y dolorosa sed de su corazón.

Se sentó a pensar con ceño. Tenía que llevarse a Azara. Sin ella, nada tendría sentido.

Una vez que su decisión final estuvo tomada, se sintió fuerte y divertido. Los ancianos estaban equivocados: los que amaban a las mujeres eran doblemente fuertes y no sentían temor. Llevaría a Azara a su propio pueblo y ella le daría hijos. Ella aprendería a ordeñar los rebaños y se sentaría a su izquierda como su esposa favorita. Bortei la serviría a ella y a su madre. Él la

colmaría de tesoros. Cubriría su hermoso cuerpo con las más finas pieles y las más suaves sedas. Le colgaría collares de joyas alrededor de su garganta. Los hijos de ella serían su guardia de honor, sus keshik. El mundo les concedería honores, los haría reyes de muchas naciones. Esta niña persa, que era una cristiana, sería la diosa de los mongoles y de su vientre saldría una raza de guerreros y de khanes. El Destino se la había dado. El Destino no lo traicionaría. No se burlaría de él.

La cortina se hizo a un lado y Taliph, elegante con una túnica de seda dorada, pantalones de seda roja, botas plateadas y un turbante agitando sus plumas, le sonrió graciosamente. Temujin frunció el ceño, pero su molestia se evaporó porque en la sonrisa de Taliph vio una extraña semblanza de Azara, cuya sonrisa era radiante.

—Salud, señor —dijo Taliph con semblante afable—. Está anocheciendo. Pensé que tal vez te gustaría acompañarme a recorrer la ciudad. Me encanta la ciudad a la puesta del sol, más que en cualquier otro momento.

Temujin sintió una especie de benevolencia hacia el hermano de Azara, a la vez que un altivo menosprecio por el hombre cuya esposa favorita era una casquivana. Kurelen le había dicho una vez que la mejor bondad era la matizada con una secreta sensación de superioridad. Estaba preparado para ser amable.

Acompañó a Taliph hasta el patio, donde dos camellos blancos esperaban, rodeados de sirvientes ataviados con prendas escarlata y azul. El cielo occidental mostraba un matiz carmesí. El aire estaba templado, perfumado de jazmines y rosas, lleno de voces y bullicio. Pero su perfume, percibió Temujin, era el de la ciudad, mezcla de la hediondez de la decadencia y la dulce corrupción.

Majestuosamente, avanzaban por las angostas calles con lenta dignidad, resguardados del sol postrero por pequeños toldos con flecos dorados. A su alrededor se movían los camelleros profiriendo chillonas o ásperas exclamaciones para despejar el camino. Llevaban báculos en las manos.

Temujin miraba con interés las bajas casas con sus techos chatos y muros blancos que protegían jardines que no podían ser vistos, a excepción de la frondosidad de las palmeras. La luz del crepúsculo salpicaba las paredes con plumas de color naranja. Entraron en las calles más lujosas. Las casas estaban construidas según opulentos modelos persas. Pilares negros y pardos, tallados intrincadamente, guardaban puertas de bronce y brillante cobre. Los muros eran bajos para proporcionar a los transeúntes una vista de los grandes jardines, los estanques y las fuentes. Pero las grandes ventanas enrejadas

estaban todas cerradas. Guardianes de rostro oscuro, con pantalones y turbantes, guardaban los portales con las espadas desnudas. El aire se llenaba progresivamente con la fragancia de las flores y el roce de las hojas de las palmeras con la brisa.

Cerca de los portones del oeste estaba el gran bazar, abierto a los vientos y al ardiente sol. El agudo olfato de Temujin lo percibió a cierta distancia, mucho antes de que su vista aguzada lo viera o sus oídos lo percibieran. Su hediondez dominaba los dulces olores de los huertos y el fresco olor de las fuentes y las grutas. Pero lo excitaba porque era acre y fuerte, lleno de vida.

El bazar, que ocupaba varias hectáreas, no lo decepcionó. Había oído hablar mucho de los bazares de la ciudad, pero su imaginación no los había abarcado. El bullicio era intenso, aunque apenas se aproximaban a sus lindes. Los últimos rayos del sol brillaban sobre él. Como si supiesen que la religión debe tener su parte en la vida, en el vigor y el bullicio, el vívido bazar lleno de colorido estaba rodeado de mezquitas, con doradas cúpulas, minaretes y delicadas torres de almuédanos, de la discreta e intrusa austeridad de sinagogas judías, de curiosas pagodas, de templos budistas y taoístas, y de pequeñas iglesias de cristianos nestorianos. Más allá de esos apiñados templos estaba el bazar, velado por nubes de polvo dorado, surcado por tunantes estrepitosos, risas y una cacofonía de voces.

El suelo era de arcilla dura y compacta, aplanada por miles de pies. El bazar parecía una pequeña ciudad delineada en estrechas y sinuosas callejuelas con hileras de tenderetes de activos artesanos y broncos comerciantes, de altas y débiles estructuras, de alegres burdeles, de mercados de esclavos, de pesebres con caballos, mulas y camellos, de tiendas de alfombras, alhajas, aves, frutas, chales de seda y prendas de vestir, instrumentos de música, golosinas, vinos, armas, juegos, sandalias, cintos de cuero, turbantes, abanicos y miles de otros artículos. El bullicio era continuo y la hediondez, abrumadora. Las moscas bullían en nubes sobre dátiles, higos, uvas y golosinas. Los comerciantes, con grandes turbantes, morenos rostros brillantes de transpiración y ojos avariciosos centelleando sobre los tropeles de gente, estaban sentados delante de sus pequeños negocios o en los pesebres abiertos, haraganeando, sonsacando e insultando a los transeúntes, riéndose ante alguna humorada de un vecino, de algún joven o muchacha imprudente. Aquí y allí un joven gritón vagaba entre la multitud llevando sobre los hombros, los brazos y hasta sobre la cabeza loros de brillantes colores sujetos por hilos. Los loros graznaban, levantando sus alas rojas, azules, blancas y amarillas, rozando los rostros de los incautos transeúntes. Muchachas

audazmente sin velo o muy ligeramente veladas sostenían canastas con flores y dátiles, llamando con obscenas palabras a los posibles clientes. Había también encantadores de serpientes, magos, nigromantes y hasta santones con sus rosarios giratorios.

Algunas discretas tiendas ofrecían manuscritos persas, turcos y chinos a los entendidos. Los dueños no se sentaban fuera, sino que esperaban en el interior, como arañas eruditas entre sus empleados, copiando atareados. Las tiendas de perfumes eran también discretas y apartadas, pero desde sus oscuras puertas bajas fluía la embriagadora fragancia de sus caras esencias.

Pocos caminaban por las callejuelas elegantes. Las multitudes se concentraban en las tunanterías, donde muchachas esclavas con los pechos desnudos hacían contorsiones sobre tarimas al compás de flautas, tambores y címbalos, extendiendo los brazos, sacudiendo sus untados torsos y agitando sus largos cabellos negros. Sus amos hacían discretas e insistentes ofertas de extraños placeres por una pequeña suma tras unos cercanos cortinados. A intervalos miraban a las danzarinas con fingidas expresiones de deleite y lujuria. Había también exhibiciones de títeres que reunían multitud de hombres que reían y chicos fascinados por lo grotesco del espectáculo. El mercado de esclavos atraía considerable atención también. Aquí, bonitas muchachas supuestamente vírgenes, según aseguraban sus negros propietarios turcos, eran desvestidas a intervalos, pero no del todo a fin de aguzar la lascivia de sus virtuales compradores. Las muchachas eran muy jóvenes, la mayoría sólo niñas asustadas. Habían sido capturadas en correrías y se veían extraños rostros, rubios o dorados, con rizos oscuros, amarillos, castaños o grises, y ojos verdes y azules. Algunas tenían tatuajes egipcios en sus delicadas facciones, aunque su tez era negra y lustrosa como el ébano.

Temujin encontró que el alboroto de la gente en sí merecía ser observado. Abigarrados, compuestos de muchas razas, se movían transpirando y empujando por las callejuelas. Había altos e impetuosos afganos con mostachos y enormes turbantes. Monjes budistas y taoístas, vestidos de rojo y amarillo, cuyos sombreros de ala ancha echaban sombras purpúreas sobre sus rostros fríos como marfil, llevaban en sus manos rosarios de plegarias. Judíos sutiles, de labios severos y ojos ardientes, con sus manuscritos de plegarias, miraban alrededor sagaz y austeramente. Habitantes del desierto ataviados con sus botas de cuero de ciervo y capas de piel; decorosos chinos, tibetanos, hindúes, keraítas, uigures, merkitas, turcos y hasta altos hombres de ojos azules de las regiones heladas, la gente de los renos.

Había también persas, elegantemente vestidos y distantes, sintiéndose muy superiores a esas multitudes mestizas. Toda Asia encontraba ahí su vecino, despreciándolo, especialmente su religión. En cierta sección se carneaban y vendían cerdos, pero esta sección estaba lejos de la ocupada por los musulmanes y los judíos. Temujin los encontraba fascinantes, porque se interesaba por la humanidad y esos rostros extraños lo excitaban. Le agradaban incluso la hediondez y el polvo. Cuando pasaba por las caballerizas, insistió en detenerse y apearse. El propietario no comprendía su lenguaje, ni él el suyo, pero eso no era inconveniente para entrar en vehementes argumentaciones y exclamaciones, mientras Temujin examinaba expertamente los animales. Los argumentos eran más encendidos que de ordinario, porque se reunía una multitud gozosa, impúdica y que intervenía con sugerencias, mientras Taliph, sentado en su camello, observaba con placer. Por último Temujin se abrió camino entre la muchedumbre y montó de nuevo en su camello.

—No sirven ni para comida —dijo desdeñosamente, partiendo con una lluvia de maldiciones e imprecaciones del dueño de las bestias.

Se detuvo ante los establos de camellos, observándolos con ojo crítico. Apestados, fue su veredicto. Insistió en detenerse en la tienda de los vinos, aunque Taliph no quiso acompañarlo. Probó gran cantidad de vino y tuvo que salir para solicitar el pago a Taliph porque no llevaba monedas encima. Pisándole los talones, ceñudamente receloso, el dueño cogió diestramente el dinero que le lanzó Taliph, haciendo luego una profunda reverencia hasta el suelo.

En ese momento hubo un repentino bullicio y la confusión de una lucha. Parecía que algunos jóvenes habían comprado un cerdo y arrastraban al chillón animal a través de las callejuelas ocupadas por puestos de musulmanes y judíos. Esto era un sacrilegio. Los judíos y musulmanes más jóvenes salieron ruidosamente para enzarzarse en una alegre riña con cristianos y budistas, una trifulca religiosa y racial. Aparecieron los guardias, apartando a los contrincantes con democrática imparcialidad. El cerdo, mientras tanto, había sido furtivamente hurtado por alguien que no ponía objeciones a su carne. En breves minutos todos habían vuelto a sus puestos y la multitud siguió su camino. La paz fue restaurada y allí no había pasado nada.

Llegaron hasta un espacio abierto donde tres elefantes grises y solemnes, evidentemente con tedio, ejecutaban pesadamente juegos bajo los látigos de sus domadores. Multitud de niños observaban. Sus padres tiraban indulgentemente monedas a los domadores, que las cogían al vuelo sin

interrumpir su tarea ni por un instante. Los elefantes obedecían con filosófica tranquilidad. Sus pequeños ojos eran pesados y sardónicos. Tenían las cabezas cubiertas con pequeños sombreros con orlas de campanillas. Temujin los encontró muy divertidos. Se mecía de risa en su alta montura. Pero no eran sus solemnes juegos lo que encontraba tan divertido, sino que los elefantes le recordaban a obesas mujeres viejas.

Más allá de las apiñadas cúpulas, minarettes, palmeras y techos blancos de la ciudad, el cielo de occidente se había puesto rojo como la sangre. El sol era una inmensa bola carmesí cayendo lentamente. Temujin había comprado un collar y brazaletes de plata para Bortei, una chaqueta de lana para su madre y un manuscrito chino para Kurelen. Todo con el dinero liberalmente concedido por Taliph. «Fruslerías», dijo Temujin desdeñosamente, pero las observaba mientras un sirviente las llevaba.

Comenzaba a fatigarlo el estrépito de los címbalos, los agudos de las flautas y el bullicio del mercado, pero no estaba cansado de mirar extraños rostros extranjeros.

Cuando regresaron al palacio del khan, Taliph le preguntó qué le había impresionado más. Temujin reflexionó un momento y respondió:

—La ausencia de carácter en la gente.

Taliph se sorprendió, pero esperó explicaciones.

—En las estepas —dijo Temujin—, cada hombre tiene su alma. Ella mira por sus ojos y habla en su voz. Su rostro es suyo propio. Pero en las ciudades cada hombre habla con la voz de su vecino y mira a través de sus ojos. No hay fuerza en él. No es un soldado.

—Quizá las ciudades desprecian al soldado —replicó Taliph.

Temujin se engoció de hombros.

—Eso es sólo por su envidia. Sólo los soldados conocen la riqueza y excitación de la vida. Los hombres de la ciudad necesitan placeres extraños y vicios a fin de hacer soportable su vida. Su alma es la anónima y mezquina de todos sus vecinos.

Luego dijo algo que haría pensar a Taliph largamente:

—Las ciudades deberían ser fáciles de conquistar porque ningún hombre tiene en ellas nada de valor, nada que defender.

Y al momento se olvidó del tema porque esa noche vería a Azara de nuevo.

Capítulo 45

EL CLARO de luna pasaba a través de las enrejadas ventanas y caía sobre el suelo oscuro en pequeños círculos, medias lunas, estrellas y rombos que brillaban como luciérnagas. El frío viento de la noche entraba también, pleno de aromas de flores y fuentes. Al otro lado de las puertas los guardianes se paseaban, pero en el interior todo era silencio y arrobamiento.

Azara apoyaba la cabeza en el pecho de Temujin, que le sostenía las manos contra su corazón y posaba los labios en su hermoso cabello. No hablaban. Tenían la sensación de reposar en una ciudadela de paz y alegría, de suprema dicha. No había mañana para ellos. No había sino esa noche suspendida en el tiempo, completa en sí misma, una eternidad de éxtasis, sin peligro o sufrimiento. Más allá, el mundo yacía voraz y amenazante, lleno de muerte. Ellos lo olvidaron. Sólo se sentían uno al otro.

Y entonces, muy lentamente, la realidad comenzó a entrar en los pensamientos de Temujin. Era como si hubiera abierto la puerta de su mente, permitiendo entrar a hombres con espadas. El mañana estaba en el umbral, y debía huir o ser atacado. Vaciló. Azara dormía. Podía ver la curva de su mejilla y sus cerradas pestañas. Le acarició el cabello y ella suspiró. Su cuerpo exhalaba una intangible fragancia.

Repentinamente su corazón se contrajo con dolor feroz. Pensó: «Quizá sería mejor que me marchara ahora, dejándola para siempre. No puedo traerle sino sufrimiento y miedo. He sido una sombra negra en su vida. ¿Partiré como esa sombra, dejando que el claro sol brille sobre ella?».

Pero sabía que no habría ya claro sol para Azara. Era demasiado joven. Había amado con una entrega total. Si hubiera amado menos, podría haberse recobrado.

«Donde yo vaya, ella irá conmigo», concluyó Temujin.

Azara se movió, suspiró, sonrió en el sueño, se despertó y lo miró. Una expresión de inefable deleite pasó por su hermoso rostro. Le rodeó el cuello con los brazos recostándose sobre su pecho. A Temujin le pareció que su corazón se abría para recibirla con apasionada ternura.

—Mi amada —susurró—, es casi el amanecer. Debo dejarte. Pero escúchame con atención. Sabes que estamos en terrible peligro. Esta noche volveré, pero cuando me retire en la madrugada, te llevaré conmigo. Debemos huir a las estepas, donde mi pueblo te recibirá como una reina.

Azara escuchaba con los ojos fijos en su rostro, con grave ansiedad. La dicha había desaparecido de su semblante. Se levantó, sentándose en el borde del canapé, contemplándolo con tan intensa y triste concentración que Temujin se sobrecogió. El pálido y brillante cabello de Azara caía sobre sus hombros y pecho.

—Mis guerreros estarán listos —continuó—. Tenemos los caballos más veloces del mundo. Antes que el palacio despierte y tu ausencia sea notada, estaremos muy lejos de aquí.

La tristeza palideció su rostro. Luego susurró:

—Temujin, tenemos cinco noches todavía. Usémoslas.

Él frunció el ceño y se apoyó en un todo.

—¿Y después?

Ella guardó silencio e inclinó la cabeza.

Él se enfadó.

—Después serás la esposa del califa —gruñó.

—No —murmuró Azara—, no seré la esposa de ningún hombre. Sólo tuya.

—¿Quieres decir que después de las cinco noches te irás conmigo?

Azara levantó la cabeza sonriéndole con indeclinable amor.

—Recuerda esto, mi señor: viva o muerta, siempre estaré contigo. —Se estremeció. Extendió su espeso cabello sobre sus hombros como si fuera un atavío, pero su sonrisa permaneció triste.

Él sopesó sus palabras. Por alguna razón desconocida, un escalofrío recorrió su cuerpo. La miró intensamente, tratando de leer sus pensamientos.

Azara habló de nuevo en un murmullo casi imperceptible.

—Temujin, yo sólo puedo traerte muerte o tortura. Mi padre no se atrevería a perdonarme por temor al califa. Me haría perseguir, no importa dónde me ocultaras, y a ti también. No me importa por mí. Sólo me importas tú. Si me amas, seguirás conmigo estas cinco noches, luego te irás para no volver nunca y tratarás de olvidarme.

Él escuchó. Lenta ira ensombreció su semblante. Le sujetó las muñecas.

—¿Eres acaso una ramera? ¿Estás cansada de mí?

Azara no respondió. Sólo lo miró con tal pena y tormento que él se avergonzó.

Llorando, Azara dijo:

—Si traigo ruina sobre ti y tu pueblo, no habrá ya alegría para mí en ninguna parte.

Después de un momento Temujin dijo:

—No puedo dejarte. O vienes conmigo o permaneceré aquí. Iré a ver a tu padre y te pediré como esposa. Le diré que tú no eres mujer para el califa.

Azara cubrió su rostro con sus delgadas manos. Las lágrimas corrían entre sus dedos. Temujin, levantándose, se vistió con expresión sombría. Cuando estuvo listo para irse, ella apartó las manos de su rostro y le sonrió con sus pálidos labios.

—Te lo he dicho, Temujin: donde tú vayas, yo iré contigo. —Levantó los brazos y Temujin la estrechó con vehemente anhelo hundiendo su rostro en el hombro de ella. Azara lo sostenía como una madre podría sostener a su hijo: tristemente y con dolorosa ternura.

—No dirás nada a mi padre, ¿verdad? —interrogó.

—Nada —respondió él.

—¿Lo juras? ¿Lo juras por todo lo que veneras y por todo lo que crees?

Temujin se alarmó, aun en su pasión, por la aguda ansiedad de Azara.

—Lo juro —respondió, y sonrió—. Lo juro por mí mismo, porque ésta es toda mi creencia.

Azara lo contempló como tratando de penetrar en su espíritu para que no olvidase su juramento.

Temujin tomó una hebra de su cabello y la apretó contra su boca. Ella lo observó sonriendo lúgubrementemente.

—Toma un mechón de mi cabello, Temujin —dijo ella débilmente—. Tómallo como un talismán... y un recuerdo de mí.

—Puedo recordarte sin talismán, Azara. Pero si tú lo deseas, lo tomaré.

Temujin cortó un largo mechón de cabello. Era tan cálido, suave y radiante como seda.

De nuevo ella levantó sus brazos hacia él y le ofreció sus labios. Temujin la estrechó contra su cuerpo pareciéndole que ambos cuerpos se fundían en uno solo. Pudo paladear el sabor salado de sus lágrimas, pero ella continuaba sonriendo.

El cielo estaba punteado de pálido fuego rosado. Temujin debía irse. Besó las manos de Azara lenta y apasionadamente, y ella lo observó casi sin respirar. Cuando él dejó la habitación, Azara lo contempló hasta el último momento como deseando recordar todo acerca de él.

Temujin sentía júbilo cuando llegó a sus aposentos. Chepe Noyon y Kasar acababan de despertarse. Sintieron alivio al verlo, pero no hablaron. Temujin se acostó después de saludarlos jovialmente. Quedose dormido instantáneamente.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Kasar con desesperación.

—No lo sé —replicó Chepe Noyon sacudiendo la cabeza—. Pero nada en el cielo o en la tierra puede dañar a Temujin. Los dioses son sus protectores. Él es su instrumento.

—¿Crees verdaderamente eso? Yo no creo en los espíritus, pero hay hombres nacidos para un destino. Tal es nuestro señor.

Capítulo 46

TEMUJIN tuvo un terrible sueño. Soñó que alguien le tocaba un hombro, que se despertaba y veía a Azara de pie a su lado. Ella estaba tan blanca y fría como el hielo, aunque le sonrió con infinito amor. Terriblemente amedrentado, pensó: «Es una locura que ella haya venido a mi alcoba».

Azara se inclinó sobre él besándolo en los labios. Un frío estremecimiento sacudió su cuerpo porque los labios de ella estaban helados y tiesos. Profirió una exclamación tratando de tomarla en sus brazos, pero ella sacudió la cabeza retrocediendo y sonriéndole. Las lágrimas corrían por su rostro.

Entonces, todavía mirándolo, apartó las cortinas y se marchó.

Una parálisis de hierro maniató su cuerpo. Luchó contra ella. Podía sentir el sudor corriendo por su rostro. Después de un rato se liberó y saltó del canapé. La fuerte luz del sol entraba por las celosías de la habitación, pero no le dio calor. Se estremeció violentamente. Salió corriendo al pasillo llamando a gritos a Azara. Pasó al lado de los guardianes eunucos con sus torsos y espadas desnudos, pero ellos no parecían verlo ni oírlo. Corrió por los jardines, resplandecientes de flores y sol. Vio los fulgurantes estanques y fuentes. Un grupo de muchachas reían y jugaban. Les preguntó si habían visto a Azara, pero ellas no le respondieron. Él podía haber sido una sombra, por lo que ellas no lo notaron.

Corrió por los jardines llamando a su amada. Entonces, por un pasadizo de inclinadas palmeras, vio a Azara corriendo como un destello de sol. La persiguió pero no pudo alcanzarla. Sus piernas flaquearon y su cuerpo se desmayaba. Le imploró que lo esperara, pero ella no se volvió.

De repente vio un alto muro blanco. Había una enorme puerta en él, hecha de oro con intrincados cincelados. Azara alcanzó la puerta, que se abrió sola. Ella se detuvo en el umbral, se volvió y miró a Temujin. Su semblante era el semblante de la muerte, pero le sonrió. Entonces oyó su voz como un débil eco.

—Vuélvete, Temujin. Tú no puedes entrar aquí. Vuélvete, mi amado.

Le envió un beso y luego traspasó el umbral... La puerta se cerró silenciosamente detrás de ella.

Jadeante y llorando, él alcanzó la puerta. La luz del sol caía sobre ella en doradas y trémulas ondas. Golpeó, imploró y llamó a gritos, pero la puerta no se abrió.

—¡Azara! —exclamaba—. ¡Soy yo! ¡Vuelve a mí!

Entonces se dio cuenta del profundo silencio que lo rodeaba. Los jardines estaban vacíos. La tierra y el cielo, también vacíos y plenos de cálida paz. Miró desesperado a su alrededor. No se oía siquiera la nota de un pájaro o una voz. A su izquierda se levantaba el palacio, sereno y silencioso, fulgurante en la intensa luz.

En su corazón había una herida mortal. Le parecía que la vida abandonaba su cuerpo. Se derrumbó al lado de la puerta y la oscuridad cayó sobre sus ojos.

Se despertó de repente, temblando y sollozando. Yacía solo en su alcoba. Una cálida brisa agitaba las cortinas y oyó el murmullo de la vida bulliciosa del palacio.

Se sentó en su canapé tratando de dominar su temblor y la horrible náusea en la boca del estómago. Se vistió. Sus brazos estaban fríos y enervados. Repentinamente tuvo biliosas arcadas.

Cuando cesaron, se recostó en el canapé tan débil como un niño, desolado y desesperado. Pasó largo tiempo antes de conseguir recuperarse. Por último pensó: «Ha sido un presagio. No podemos esperar. Debemos huir esta noche».

Chepe Noyon y Kasar entraron sonriendo jovialmente, pero cuando vieron el semblante de Temujin guardaron silencio.

Temujin habló con voz áspera y débil:

—Tomad medidas para que nuestros guerreros estén preparados para partir esta noche, a medianoche.

Una expresión de intenso alivio apareció en los semblantes de los jóvenes.

—Así se hará, señor —dijo Chepe Noyon.

—Azara parte con nosotros —añadió Temujin.

Chepe Noyon palideció y apretó los labios. Kasar profirió una débil exclamación.

—Así se hará —repitió Chepe Noyon. Aspiró profundamente y su mano tocó el puño de la espada.

Sabían ahora lo que esperaba. Con toda certeza, la muerte, si no inmediata sí en un cercano futuro. Pero ellos nada podían hacer sino obedecer. Temujin era su khan. Su palabra era la ley para ellos. Una pizca de madurez y resolución apareció en el semblante de Kasar.

Ninguno de los dos intentó disuadir a Temujin. Una melancolía negra se había apoderado de él. No podía tragar la comida que los sirvientes le traían. Estaba febril. Chepe Noyon sugirió dar un paseo por los jardines, pero él

rehusó. Su tez bronceada estaba pálida y húmeda. Su rojo cabello parecía la melena de un león. Era un hombre obsesionado por algún terrible presentimiento.

Chepe Noyon, de naturaleza sensible, trataba de animarlo con su charla alegre, pero Kasar era incapaz de hablar. Temujin escuchaba a Chepe Noyon, pero toda su atención estaba extrañamente puesta en los ruidos del palacio. De pronto levantó la mano con brusquedad.

—¡Escuchad! —exclamó—. ¿Habéis oído un grito de mujer?

Chepe Noyon escuchó y sacudió la cabeza negando. No, no era nada. Escuchó de nuevo con más atención. Los ruidos del palacio habían sido apaciguados, como si manos frías hubieran tapado multitud de bocas. No se oía un simple sonido. Hasta los pájaros parecían haber caído en ese silencio. Y el viento. Y los árboles. Temujin dio un brinco como una bestia salvaje amedrentada. Escuchó con la cabeza inclinada y todo su cuerpo temblando visiblemente. Sus camaradas, impresionados por su actitud, escucharon del mismo modo, con los corazones palpitando.

Entonces, como si un ventarrón sacudiese el palacio, éste pareció estremecerse y resonar por todos lados, con gritos y chillidos, golpeando cada puerta, sacudiendo cada columna y cada pared. Se elevó hasta hacerse ensordecedor.

El rostro de Temujin estaba pétreo. Los brazos colgaban a los costados de su cuerpo enervado. Chepe Noyon corrió hacia el pasillo. Vio un enjambre de eunucos y mujeres, esclavos de ambos sexos, corriendo atropelladamente de un lado al otro. Retuvo a una mujer por el brazo mirando su aturdido rostro. Con la boca abierta emitía chillidos. Chepe la sacudió. Pero ella continuó mirándolo fijamente y chillando. Él le propinó unas bofetadas, preguntándole de nuevo por todo ese tumulto.

Ella rompió a llorar.

—¡La princesa Azara! —exclamó—. ¡Ha sido encontrada en su alcoba colgada con su propio cinturón!

El horror paralizó a Chepe Noyon. Liberó a la mujer y quedó entre el tropel de gente que corría como un delgado árbol en una inundación. Sólo pensó: «¿Saben lo de Temujin? Debemos huir enseguida».

Volvió a sus aposentos y encontró a Temujin aún de pie e inmóvil. Sólo sus ojos verdes estaban horriblemente alertas en su lívido semblante. Chepe Noyon supo así que ya lo sabía, que lo había oído todo.

Con voz tranquila, sin inflexiones, inmutable, dijo:

—Lo ha hecho por mí. Se ha sacrificado por mí. —Pero no se lamentó ni lloró. Parecía un hombre que acababa de comprender todas las cosas.

Capítulo 47

EL PALACIO se hundió en una negra apatía de pesar, honor y desesperación. El silencio lo cubrió todo. Los sirvientes se movían como sombras, aturcidos, mudos. Aun los eunucos, que odiaban a todas las mujeres, amaban a Azara. Se apoyaban sobre sus espadas llorando silenciosamente, con las cabezas inclinadas.

Se decía que Toghrul se había desmayado y yacía inconsciente. Sólo Taliph estaba con él. Sus médicos no admitían a otras personas. Ni siquiera un sacerdote musulmán o cristiano podía verlo. Acostado en su canapé, su marchito rostro cárdeno e hinchado estaba tan rígido como un cadáver.

Los emisarios del califa cuchicheaban detrás de las puertas cerradas. Los embajadores de los sultanes cuchicheaban también. Había un mudo ir y venir. Las estatuas estaban cubiertas de negro. En las cercanías del palacio, todo se sumía en oscuras sombras porque el sol se había puesto.

En su propia alcoba, atendida sólo por la esposa de Taliph, que lloraba aterrorizada, yacía Azara, sonriendo pálida y serenamente en su último sueño. Un chal plateado envolvía su garganta ocultando las horribles marcas de la muerte. Con las manos recogidas sobre el pecho y el cabello esparcido sobre hombros y brazos, parecía extrañamente viva y resplandecía con una dorada luz interior en la oscurecida y cerrada alcoba. Más allá de las puertas, cuchicheaban estremecidas las esposas del khan Toghrul y Taliph, cubiertas con negros velos. Murmuraban que Azara había enloquecido, que había preferido morir antes que casarse con el viejo califa musulmán. Había un ávido y excitado centelleo en los ojos de estas mujeres que odiaban a Azara.

Los pasillos estaban llenos de grupos silenciosos o cuchicheando.

Chepe Noyon se maravillaba ante la serenidad de Temujin, que dio órdenes para su partida esa noche. Su semblante estaba gris y sin expresión, y sus ojos, como trocitos de piedra verde muerta. No hablaba de Azara. Chepe Noyon se sentía aliviado. Temujin, el realista y exigente, no gastaría energías ya en ese lugar de muerte. Mantendría sus emociones al mínimo. La causa por la que él había ido allí no existía ya. Se iría. Era un hombre inteligente. Chepe Noyon sabía que nunca escucharía ya de labios de Temujin el nombre de Azara. Ella había desaparecido como un sueño nefasto, como la sombra de la muerte sobre una multitud de gente.

Chepe Noyon pensó: «Si es que hay dioses, les agradezco que esta joven haya muerto. Ésta es otra evidencia de que ellos se interesan por el destino de Temujin».

El cínico joven se sintió repentinamente supersticioso y desconcertado, pero también contento. No temía la muerte, pero no la galanteaba. Prefería vivir.

Nadie notó su partida a medianoche porque todos estaban ocupados con la tragedia ocurrida y el grave estado del khan Toghrul. Su ausencia no sería notada por varios días. Después serían olvidados. Ellos eran sólo repulsivos bárbaros de las estepas, cubiertos de grasa y ligeramente combados de piernas de tanto montar en caballo. Usaban extraños atavíos. Chepe Noyon se veía a sí mismo como lo veían los hombres de la ciudad y se sentía agradecido.

Emprendieron la marcha y sólo por su aspecto se les dejó cruzar las puertas de la ciudad. La luna se disolvía en una pálida niebla. La tierra y el cielo nadaban en vaporosas nubes. Los guerreros cabalgaban detrás de su señor. El ruido de los cascos era el único eco que se escuchaba en la profunda quietud. Temujin espoleó su caballo. Los otros lo siguieron. Todo, alrededor de ellos, se extendía en oscuras siluetas inmóviles a la luz de la luna.

Chepe Noyon cabalgaba apenas detrás de Temujin. Podía verle claramente el semblante, brillante como acero, con los ojos fijos al frente. «¿En qué está pensando?», se preguntó Chepe Noyon. En Azara, por quien había estado dispuesto a arriesgarlo todo, aun a aquellos que lo estimaban y servían. Pero Chepe Noyon decidió que no.

Un hombre no recordaba su amor muerto teniendo ese semblante. No había desesperación ni angustia en él. Era el semblante de un halcón buscando una presa y odiándola con toda su alma.

Habían llegado ya a las negras e interminables estepas. La luna asomó más clara. El aire estaba frío y quieto como la muerte. Se apearon para hacer campamento por la noche. Chepe Noyon, viendo que Temujin no daba órdenes, las impartió él. No habría fuegos. Comerían el charqui mogo que llevaban bajo las monturas de sus caballos contra su cálida carne para que estuviese tierno. Bebieron agua. Todos hablaban y se movían cautelosamente, como esperando enemigos.

Temujin no comió y se sentó aparte. Parecía absorto en una profunda melancolía íntima, pero no era pena. Era demasiado sombría, demasiado amenazante para eso.

Los hombres se envolvieron en sus abrigo para dormir cerca de los caballos. Temujin se acostó con Chepe Noyon a su lado. Chepe Noyon estaba

cansado, pero, sin embargo, no podía librarse de una vaga inquietud.

Entonces, Temujin dijo como para sí mismo:

—Seré vengado.

Chepe Noyon se sobresaltó. ¿Vengado? ¿Por quién? Se planteó este dilema con creciente alarma. Pero en medio de su turbación cayó dormido. Se despertó más tarde, consciente de que había dormido unas horas. La luna había desaparecido. Sólo había oscuridad. Chepe Noyon se sentó, esforzándose por oír. Nada. Nadie se había movido, ni aun Temujin, envuelto en su abrigo a su lado.

Decidió que debía de haber soñado con el ruido que lo había despertado: el ruido de un hombre lamentándose sordamente, quebrantado y sediento.

Capítulo 48

TODAS las mañanas Jamuga escudriñaba el rosado horizonte y al anochecer, el horizonte púrpura, esperando desesperadamente el regreso de Temujin. Su alarma y turbación aumentaban a medida que los días pasaban. Cada noche se volvía a decir que Temujin era sagaz. Todas las mañanas su vieja y condescendiente subestimación de su khan volvía y le convencía de que el fin yacía agazapado en alguna parte detrás de esos horizontes que él escudriñaba tan desesperadamente.

Él no era feliz en su actual situación, porque no era tonto. Veía que su posición de khan no sólo era temporaria, sino despreciable. El verdadero gobierno de la tribu estaba en manos del reservado y hermoso Subodai. Es verdad que Subodai lo consultaba con el mayor respeto y con frecuencia, pero eran sólo palabras. Se sentía irremediamente arrastrado, como de costumbre, por las decisiones tomadas por otro. Para un hombre de su fría y oculta vanidad, esto era doloroso. La pálida línea entre sus cejas se profundizó. Se hizo mezquino e irritable en pequeños asuntos, a fin de exhibir ante otros que él era el verdadero khan, no Subodai. Cometía pequeños abusos que, sin embargo, no le proporcionaban placer. Sentía un oculto desdén debajo del respeto que se le dispensaba, un disimulado sarcasmo ante su pálida arrogancia. Si Temujin hubiera descubierto esto, habría luchado salvajemente en contra suyo por recuperar un genuino respeto y temor. Pero Jamuga era a la vez demasiado orgulloso, demasiado tímido y demasiado egoísta para forzar una lucha abierta de la que dudaba salir victorioso.

Era demasiado melindroso para ser cruel. No poseía ningún calor ni bondad profunda, y por eso no se granjeaba afectos ni mucho menos respeto. Entre sus compañeros se mostraba aturdido, alarmado, inquieto o nervioso. Si hubiera poseído fiereza y poder, su distanciamiento hubiera inspirado temor reverente y aun adoración. Pero, indeciso, frío, lleno de sombría arrogancia, orgulloso y vano, carecía de fuerza y exigencia, y en consecuencia era mirado con menosprecio. A medida que pasaban los días, el severo pero benévolo Subodai descubrió todo lo que podía hacer gracias a su fuerza de voluntad y sus amonestaciones discretas, compeliendo al pueblo a tener en cuenta a Jamuga, y a, por lo menos, permitirle creer que él los gobernaba. El sensible Jamuga pronto lo descubrió y un sutil odio nació en él contra Subodai, que

gobernaba donde lo deseara sin esfuerzo aparente. Por la noche lloraba amargas lágrimas y no podía dormir.

Una vez cometió un grave error. Este error fue la semilla que proporcionó el terrible fruto para él en los años venideros.

Jamuga se había dicho a sí mismo que durante su ejercicio como khan rectificaría muchas «injusticias» entre el pueblo, a fin de tener un punto para argumentar contra Temujin cuando regresara y demostrar a su hermano juramentado algunos de los errores de su gobierno.

Cada nokud tenía derecho de vida y muerte sobre los miembros de la tribu asignados a su jurisdicción. Los nokud tomaban toda clase de decisiones, juzgaban toda disputa y castigaban a los culpables. Si un hombre era condenado a morir, nadie podía apelar el fallo del nokud.

Sucedió que un atardecer Jamuga caminaba a través de las tiendas en dirección a su acostumbrado punto de observación desde donde escudriñaba el horizonte crepuscular en busca de Temujin. Estaba lejos de su propia tienda. Esta parte del campamento estaba bajo la jurisdicción de un severo hombre de edad mediana llamado Agoti, a quien Jamuga apenas conocía, pero que no le era simpático por su inexorable estolidez. Absorto en sus propios funestos pensamientos, al principio no oyó los lamentos de las mujeres y niños procedentes de una tienda grande. Cuando finalmente los oyó, fue a investigar. Encontró en la tienda a unas veinte mujeres jóvenes, dos mayores, dos ancianas arrugadas y por lo menos doce niños. Todos estaban amontonados entre el humo y el olor de almizcle, agazapados en cuclillas con las cabezas cubiertas con sus atavíos. Todos lloraban y se lamentaban al unísono, meciéndose con desconsuelo.

La fina y suave voz de Jamuga no pudo penetrar al principio la pared del duelo, pero por fin un muchacho lo notó llamando la atención de su madre hacia el khan. Al verlo, ésta profirió un grito, arrojándose al suelo y ocultando el rostro. Se arrastró a sus pies, besándolos, empapándolos en lágrimas y pidiendo misericordia. En pocos segundos las otras mujeres siguieron su ejemplo con sus lamentos y exclamaciones, con sus quebradas voces implorantes. Un pequeño grupo se reunió fuera lanzando exclamaciones y conjeturando qué ocurría.

Por último, Jamuga entendió que el amo de la tienda, Chutagi, había sido condenado a muerte. Nadie parecía saber por qué, pero sería ahorcado a medianoche por orden de Agoti. Sólo Jamuga, el gran khan, podía salvarlo. Se arrodillaban en su derredor o yacían postradas llorando. La difusa luz caía sobre sus macilentos rostros húmedos y desordenado cabello. Las más

ancianas eran la madre de Chutagi y su abuela. Las demás eran sus esposas, hijas e hijos.

Jamuga las contempló y apretó los labios. Recordó a Agoti con odio y enojo. Prometió que consultaría con Agoti para ver en qué consistía el crimen de Chutagi y lo que se podía hacer.

Volvió a su tienda, ardiendo con una extraña y feroz emoción. El corazón le latía dolorosamente. No sabía por qué se sentía así. Sabía que las leyes de la tribu eran inmutables y que Chutagi, aparentemente, había violado una de ellas gravemente. No sabía por qué deseaba intervenir. No trató de analizar lo que sentía ni lo que podría hacer. Pero visualizó el rostro de Temujin y toda su contrariedad se encendió. Comenzó a temblar violentamente. Pero, con todo, no sentía piedad por el hombre que tenía que morir, ni siquiera por sus mujeres.

Se detuvo ante la puerta de su tienda. Luego, obedeciendo un extraño impulso, fue hasta la de Temujin y ordenó a un sirviente que le trajera a Agoti enseguida. Entró en la tienda de Temujin sentándose sobre el suave y vacío canapé. Miró alrededor respirando con agitación. Tenía las palmas húmedas. Se le estremecían los músculos y tenía la boca seca. Empezó a comprender algo de su emoción. Era la ira lo que se había apoderado de él, una ira oscura como jamás había sentido antes. Detrás de él colgaba el estandarte de las nueve colas de búfalo y debajo de él, una de las espadas de Temujin. La tomó colocándola sobre sus rodillas. Luego esperó.

Muchos lo habían visto entrar y esperaban fuera, cuchicheando excitados. Pronto se les reunieron otros. En pocos minutos casi quinientos hombres se habían reunido alrededor de la tienda de Temujin. ¡Jamuga Sechen había entrado en la tienda de su señor y estaba sentado en su canapé con la espada de Temujin!

Cuando Agoti llegó a la tienda, una multitud le pisaba los talones. Algo de mal agüero ocurría, todos lo sabían. Pero Agoti caminaba impasible mirando al frente con indiferencia y hasta menosprecio. Ocasionalmente escupía y miraba con fijeza a los hombres, que se apartaban desviando la mirada.

Cuando llegó a la tienda de Temujin, exclamó en voz alta: «¡Bah!», y sonrió. Entró en la tienda, hizo una profunda e irónica reverencia ante Jamuga Sechen y esperó en silencio.

El rostro pálido de Jamuga estaba sudoroso y sus claros ojos azules brillaban de emoción, pero habló con tranquilidad:

—Agoti, se me ha informado que has condenado a muerte a Chutagi. ¿Por qué no fui informado de ello? —Tranquila como era su voz, alcanzó a los más

próximos a la tienda, que rápidamente lo transmitieron a los demás.

Agoti clavó la mirada en él. Su rostro se congestionó. No pudo ocultar el desdén y la arrogancia en el tono de su voz cuando respondió:

—Señor, soy un nokud. No necesito informar a nadie, ni siquiera al señor Temujin, acerca de la aplicación de la ley entre los que están bajo mi mando. Así lo ha decretado él.

La extraña emoción sofocante que afligía a Jamuga se elevó al paroxismo. Todo se tornó negro ante sus ojos por un momento. El odio le oprimía la garganta.

Cuando habló, su voz sonó débil y sofocada.

—Has olvidado que yo soy el khan hasta que regrese nuestro señor. Te digo a ti ahora, y lo diré a los otros, que yo daré la última palabra hasta ese momento. Si en el futuro tomas tan importantes decisiones sin mi permiso, sufrirás el mismo castigo.

Los curiosos de fuera sintieron muda diversión. En cuanto a Agoti, miró a Jamuga como quien mira a un loco. Pero no era tonto y recuperó la compostura rápidamente. Dijo con voz de tranquila dignidad:

—¿Debo entender que tú, Jamuga Sechen, abrogas las leyes formuladas por el gran señor Temujin?

Un momento de reflexión podía haber salvado a Jamuga de cometer su mayor tontería, pero no reflexionó. El corazón le latía con mortal ansiedad. Por primera vez en su vida, deseó matar. Sus dedos se crisparon en la empuñadura de la espada hasta tornarse blancos. Hasta el estólido Agoti se espantó de su expresión y retrocedió un paso, nervioso.

Entonces Jamuga dijo:

—Así debes comprenderlo. —Esto fue repetido fuera e impresionó a los oyentes, hasta dejarlos excitados y gozosos porque todos lo despreciaban.

Agoti sonrió irónicamente y para disimular, saludó de nuevo.

Jamuga continuó con su voz sofocada:

—La voz de ayer no es la de hoy o la de mañana. ¿Qué ha hecho este hombre?

Agoti habló con respeto burlón:

—Señor, ha cometido traición.

—¡Traición! —Una sombra inescrutable pasó por el rostro de Jamuga.

—Sí, señor. Se le ha escuchado decir muchas veces estos últimos días que nuestro gran khan nos ha abandonado por una razón trivial, demorando nuestra partida para los pastoreos de invierno y dejándonos desamparados ante un ataque. —Agoti habló lentamente, como saboreando cada palabra.

Fijó sus ojos en los de Jamuga—. Dijo también que el pueblo debería elegir un nuevo khan capaz de sacarnos enseguida de este lugar peligroso.

Jamuga escuchaba. Humedeció sus secos labios sin desviar su mirada de Agoti. Sus ojos eran los de un ciego. Luego, lentamente, inclinó la cabeza y pareció sumirse en profundos pensamientos. Cuando habló, su voz sonó como la de un hombre que habla en sueños:

—¿Es traición, entonces, negar a un hombre libre la valiente y franca expresión de sus opiniones? —Y se respondió—: ¡No, no es un traidor! Este hombre no es un esclavo. No ha sido comprado y encadenado. Es injusto que no pueda hablar como se lo dicta su conciencia. Déjalo en libertad enseguida.

Los sardónicos y gruesos labios de Agoti palidecieron. Aspiró un agudo y fuerte resuello y lo contuvo. Observaba a Jamuga incrédulo. Era incapaz de hablar y la transpiración brotó de su piel cuando intentó hacerlo. Fuera, todos murmuraban.

Viendo a Agoti delante de él con las ventanas de la nariz distendidas, Jamuga se encolerizó salvajemente. Su voz sonó aguda e histérica como la de una mujer cuando exclamó:

—¿Eres imbécil? ¿Eres sordo? ¡Me has oído! ¡Libera a Chutagi inmediatamente o sufrirás terribles consecuencias!

Agoti estaba sobrecogido. Confundido, no podía siquiera moverse. «No he oído bien», parecía estarse diciendo una y otra vez, sin dar crédito a sus propios oídos.

Jamuga lo miraba fijamente. Gotas de frío sudor perlaban su pálido rostro. Su mirada cayó sobre un látigo para búfalos que estaba próximo a su mano. Lo tomó. Lo hizo chasquear en el aire y cruzó el rostro de Agoti. El látigo silbó como una serpiente y cuando cayó, un ribete escarlata se levantó donde había golpeado.

—¡Ahora vete! —dijo Jamuga ásperamente, jadeando—. Y envíame a Chutagi.

Agoti no había retrocedido ni cayó hacia atrás cuando el látigo lo golpeó. Lo recibió de lleno, firme. De pie ante Jamuga, su estatura pareció aumentar. Investido de grave dignidad, miró al otro con orgullo y coraje.

—Tú eres el khan —dijo tranquilamente, pero ya no era un nokud, sino un hombre cuyos ojos centelleaban sanguinariamente. Inclinó la cabeza saludando, giró sobre los talones y dejó la tienda.

Solo en la tienda, la jadeante respiración de Jamuga llenaba el nefasto silencio. Sus ojos como saetas cayeron sobre el látigo que sostenía en la mano. Profirió una débil exclamación y lo arrojó a un lado con fastidio. Pero

un instante más tarde apretó los labios y los puños. Su respiración se aplacó. El latido de sus sienas disminuyó. No oía ya a la gente de fuera y presumió que se habían ido. Ignoraba que estaban completamente atónitos por lo que habían oído.

La entrada de la tienda se abrió y Agoti entró acompañado por Chutagi, que se movía como un hombre en un sueño imposible. Miró a Jamuga como hipnotizado. Pestañeaba sin cesar, humedeciendo sus labios con la punta de la lengua. Era un hombre alto, bronceado y delgado, con fuertes piernas algo combadas. Tenía una expresión osada y algo insolente. Sus ojos irradiaban una mirada belicosa. Jamuga lo estudió en silencio. He ahí un hombre de coraje y fuerza, que decía su verdad abiertamente y no podía ser atemorizado ni aun por Temujin, ante quien la gente temblaba.

«Aquí hay uno, por lo menos, que no adora a Temujin», pensó Jamuga, y sintió un extraño estremecimiento de satisfacción. Con brusco ademán dijo a Agoti:

—Vete.

Agoti vaciló. El látigo había golpeado su labio inferior, que estaba hinchado y sangraba. Saludó y desapareció.

Jamuga y Chutagi se observaron en silencio. Chutagi no tenía temor. Erguía los hombros con arrogancia. Entonces Jamuga tomó conciencia de la realidad. No había ahí un rebelde inteligente, hablando con dignidad y comprensión. Era sólo un granuja, perennemente descontento, que sólo buscaba agitar y molestar. Jamuga lo intuyó confusamente puesto que Chutagi no mostraba aspecto de gratitud, respeto o reverencia. Observaba a Jamuga con la osadía de un bribón y, viéndolo, el enojo de Jamuga brotó de nuevo. Había esperado que Chutagi se arrodillara ante él reconociendo ambas cosas a la vez, su poder y su merced.

Jamuga dijo lacónicamente.

—Se me ha dicho que te has expresado con falta de respeto hacia nuestro khan Temujin. Deploro tu tontería y carencia de discreción. En este momento no podemos dividir a nuestra gente. Sin embargo tú has hablado osadamente, como un hombre libre. La osadía no es razón para dar muerte. Vete. Eres libre, pero cuida tu tonta lengua en el futuro.

Chutagi lo miró con mayor descanso, pero enseguida pareció confundido.

—¿Estoy libre, mi señor? ¿Libre para irme, después de mi traición?

La furia de Jamuga brotó como la acometida de la hoja de una espada, una vez más.

—¡Idiota! ¿Has oído algo de lo que te he dicho?

Chutagi guardó silencio. No se mostraba ya socarrón ni desafiante. Parecía pensar. Sus facciones se contrajeron y Jamuga, sin poder creerlo, vio que estaba a punto de echarse a llorar.

—Pero, señor, yo incité a la gente a la rebelión. Soy culpable de traición y desobediencia. Debo morir. He violado la primera ley de mi pueblo. Merezco castigo.

Jamuga lo miró como a un loco. Se sofocó. No se atrevió a hablar, por miedo de estallar en salvajes vituperios y golpear al otro hombre. Levantó los brazos y exclamó:

—¡Desaparece de mi vista, so imbécil!

Un completo aturdimiento se apoderó de Chutagi, como el de alguien que ve la tierra abrirse ante él, que ve cambiar el aspecto del mundo en una pesadilla aterradora en la que todas las cosas seguras y establecidas se han desvanecido. Dando traspiés hacia atrás y pestañeando, salió. Casi cayó al suelo al salir de la tienda.

Jamuga masculló:

—¡Oh, estos brutos! ¡Estos brutos!

Hundió el rostro en las manos. Se sintió mortalmente enfermo y tuvo náuseas.

La gente que escuchaba fuera se miraba entre sí. El rostro de cada hombre era una réplica del desconcierto, el temor y el ceño de Chutagi ante la contemplación de un mundo que no era ya firme, seguro y ordenado. Entonces, uno por uno, regresaron a sus tiendas.

Pronto todo el campamento estuvo silencioso, como de duelo. Los fuegos se dejaron apagar. Las mujeres se reunían cuchicheando. Muchas llevaban a sus niños con ellas como para protegerlos.

Jamuga, reponiéndose algo, se dijo: «La culpa es de Temujin. Él ha quitado la virilidad a su pueblo y ha hecho de ellos tontos y bestias».

Capítulo 49

JAMUGA se tendió en su canapé, pero no pudo dormir. El campamento parecía sumido en el sueño. Pero esto era una ilusión. Nunca había visto una noche tan despierta, rebosante de rumores: Temujin había muerto, Jamuga había sido nombrado en su lugar, Temujin vivía y a su regreso despacharía personalmente a su hermano juramentado, mañana Jamuga daría órdenes de partir hacia los apacentaderos de invierno, mañana no haría nada, quizá se suicidaría cuando recuperase el juicio... Todos sabían que algo terrible, trascendental, había sucedido. Y nunca había estado el campamento tan inquieto, tan atemorizado, tan descontento.

Jamuga sentía estos vientos de rumores y miedos. Estaba terriblemente aturdido y disgustado. Cuanto más trataba de comprender, más nebulosas se hacían las cosas. ¿Qué había hecho él? ¡Sencillamente indultado a un hombre injusta y absurdamente sentenciado a muerte, sin razón valedera! Había desafiado una ley bárbara establecida por Temujin. Por momentos una sensación de triunfo lo hacía sonreír en la oscuridad. Había desafiado la ley con éxito. Había empleado la razón, en vez de la intolerancia. Con seguridad, Temujin se lo reconocería.

Al pensar en Temujin, sintió un vuelco en su corazón. Pero no era temor, sino una mezcla de inquietud, enojo, desprecio, tristeza y algo más que rehusó examinar.

Vio la débil sombra de una antorcha. Alguien llamaba a la puerta de su tienda. Se levantó y abrió. Era Kurelen, envuelto en su abrigo de fieltro negro. El viejo lisiado le sonrió tranquilizadamente. Entregó la antorcha al guardia de la tienda y entró.

—Pensé que tal vez dormirías. Perdóname si es así —dijo con una sonrisa paternal, pero su aguda mirada estudiaba el semblante de Jamuga.

—No dormía —respondió éste amargamente. Tenía alguna idea del motivo de la visita de Kurelen.

El anciano se sentó en el revuelto canapé de Jamuga y juntó la punta de sus dedos, sonriendo nuevamente.

—Oh —dijo; aparentemente no tenía prisa por empezar.

Y Jamuga, rehusando continuar la defensiva, esperó en amargo silencio.

Kurelen continuó abreviándolo, sonriendo para sus adentros. Por último dijo:

—Alabo tu compasión y tus sentimientos. Pero no tu discreción, Jamuga. El joven lo observó con orgullo ofendido y desdén.

—¡Mi discreción! ¿Son los hombres troncos o trozos de estiércol seco para ser echados en el fuego a capricho de un estúpido y pequeño señor?

Kurelen se encogió de hombros.

—No estoy preparado para argumentar acerca del valor intrínseco de ningún ser humano. Ni siquiera sé si alguno tiene algún valor. Con certeza no, en la perspectiva de la eternidad. —Levantó la mano—. Por favor, Jamuga, permíteme hablar. No conozco al tal Chutagi ni me interesa conocerlo. He oído decir que ha hablado tontamente. Pero no más tontamente de lo que tú has actuado. Con todo, parece que tenemos leyes contra esta clase de tonterías. No argumentaré respecto a la validez de esas leyes. El hecho es que existen y que tú has cometido una grave tontería. El pueblo lo sabe y se siente desconcertado. Ahora no saben qué terrenos pisan. Los han asustado...

—Pero ¿por qué? —La voz de Jamuga se elevó vehemente. Se puso de pie y comenzó a pasearse con nerviosismo. Una llamarada encendió su rostro—. ¿Por qué podrían estar asustados? ¿Porque he sido misericordioso, justo y razonable?

Kurelen se encogió de hombros y extendió las manos.

—Porque has violado una ley, y cuando un khan viola una ley, trae confusión a su pueblo. Les ha quitado la seguridad, dándoles anarquía. —Entonces vio que era inútil, que Jamuga no podía comprender, que nunca entendería.

Jamuga lo miró con desprecio.

—¡Y yo creía que tú eras un hombre razonable, compasivo incluso! —exclamó.

—Sin embargo —dijo Kurelen con indulgencia—, yo no defiendo la repentina abrogación de una ley sin preparación preliminar y educación al pueblo. Ellos son como niños. Deben ser instruidos lentamente. Son incapaces de razonamientos agudos. Sólo los hechos simples y reiterados pueden a veces penetrar en sus mentes primitivas y ser recibidos con seguridad y satisfacción.

—¡No comprendo! —exclamó Jamuga.

—Ya veo que no comprendes. Y temo que nunca comprenderás a los hombres. Los juzgas por ti mismo. Eso es un fatal error.

Jamuga guardó silencio. Lágrimas de impotencia y desesperación afloraron a sus ojos.

Kurelen se inclinó hacia él y puso la mano sobre su brazo.

—Tienes coraje y eres un soñador, Jamuga Sechen, pero éste no es mundo para sueños. Debemos aceptar los hechos.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Jamuga desesperadamente.

—Mañana ordena que Agoti detenga a Chutagi. Di al pueblo que has decidido esperar el regreso de Temujin para decidir, alegando que el asunto es demasiado grave para tu responsabilidad. Jamuga, tú no tienes derecho a hacer esto a nuestro pueblo. Tienes que restaurarles su seguridad inmediatamente. De otra manera, cosas horribles ocurrirán.

—¡Hablas como un tonto, Kurelen! —repuso el joven—. ¡Yo no haré eso! No me rebajaré así ante...

—¿Ante Temujin?

El rostro de Jamuga se tornó carmesí de furia.

—¡Ante el pueblo! No me retractaré. He hecho lo que consideraba correcto. —Miró a Kurelen—. ¿No lo comprendes? ¡Chutagi es un hombre, no una bestia! No se puede disponer de él como de un animal llevado al matadero.

Kurelen enarcó las cejas.

—Repito que no estoy preparado para discutir sobre el valor de los seres humanos. Sólo sé que algo terrible resultará de esto. Sólo sé que te estoy dando un sano consejo.

—¡Tú me aconsejas que me desdiga y condene a un ser humano!

Kurelen se puso de pie.

—Es inútil, pues. Tú no comprenderás nunca. —Hizo una pausa y miró a Jamuga. Un curioso cambio se produjo en sus hundidas y marchitas facciones. Un aleteo como de pesar y tristeza empañó sus ojos. Puso la mano en el hombro de Jamuga—. La primera cosa que un rey debe aprender es a no menospreciar nunca la autoridad, a nunca poner en duda la cualidad sacrosanta de la ley. Si lo hace, él mismo será destruido por el caos que ha creado. La autoridad y la ley permiten un mundo ordenado. Su abolición hace retroceder al mundo hacia la oscuridad.

Jamuga hizo un gesto de menosprecio herido.

—¿Las leyes deben ser inmutables? ¿Debe el heredero de un trono mantener las leyes? ¿No puede él hacer otras más apropiadas a las actuales circunstancias? ¡No podemos vivir siempre a la sombra de los muertos!

Kurelen esbozó una sonrisa inescrutable.

—Pero Temujin no ha muerto todavía, Jamuga. —Se puso su casaca—. Sin embargo, de nuevo alabo tu compasión, aunque no esté de acuerdo contigo. —Y añadió—: Yo ya soy viejo.

Se fue dejando a Jamuga con sus miserias.

Pero no estuvo solo mucho tiempo. Esta vez fue Subodai quien pidió permiso para entrar. Sus maneras sosegaron a Jamuga, aunque sospechaba por qué había venido.

—Permíteme hablar, señor —dijo.

Jamuga asintió cortésmente. Tenía celos de Subodai, pero nadie podía realmente odiar a ese hermoso y apacible joven de ojos brillantes y honestos.

Subodai vaciló un instante. Toda su naturaleza estaba llena de claridad. No había ahí desviación, ni servilismo, ni temor.

—Perdóname si hablo sin rodeos —le dijo—. Si deseas castigarme por mi sinceridad, adelante. Es una cosa triste lo que has hecho.

Jamuga esperó, mordiéndose el labio y frunciendo el ceño.

—Has enseñado al pueblo a despreciar la obediencia, Jamuga Sechen.

Jamuga gruñó con exasperación.

—¡Obediencia! ¡Obediencia a leyes salvajes! ¿Los pueblos no son capaces de reconocer una ley cruel?

Subodai apretó los labios un momento.

—No puedo argumentar acerca de esto, Jamuga. Sólo sé que la obediencia debe ser observada. No hago preguntas. El pueblo ha de saber que no debe hacer preguntas. La disciplina, la obediencia y la lealtad son los fundamentos de cualquier nación. Eso es todo lo que me interesa.

Jamuga se sentó y fijó sus cansados ojos en el inteligente Subodai. Pero de repente supo que esa misma inteligencia era su enemiga. Vio que un hombre inteligente podía desear despreciar la razón y que este desprecio era algo peligroso. Mucho más que el de un hombre estúpido.

—Tú has enseñado al pueblo que la obediencia puede ser despreciada —repitió Subodai—. A menos que te retractes, yo no puedo prometer mantenerlos unidos hasta el retorno de Temujin.

Jamuga bajó la cabeza. Se hundió en profunda meditación. Subodai esperó. Entonces, Jamuga habló lenta y pesadamente, como pensando animado:

—Supongamos que Temujin no vuelve. En ese caso, yo sería el khan hasta que otro fuera elegido. Entonces abrogaré muchas de las leyes de Temujin pues las considero crueles y estúpidas. ¿Causaría esto la desintegración de nuestro pueblo?

Subodai dijo suavemente:

—Nuestro señor vive todavía y el pueblo lo sabe. Tú has burlado sus leyes de obediencia y autoridad. Pero yo no puedo discutir contigo. Sólo conozco la

obediencia.

Jamuga exclamó:

—¿Acaso no sabes razonar?

—Sólo conozco la obediencia —repitió Subodai gravemente—. Sólo por la obediencia puede sobrevivir un pueblo.

—Si Temujin te ordenara cometer una tontería, destruir algo valeroso, matarte tú mismo, llevar nuestro pueblo a la ruina, ¿obedecerías?

—Sí —replicó Subodai sencillamente.

—¡Oh, Dios! —Gruñó Jamuga. Se frotó la frente—. ¡Somos una generación de imbéciles!

Subodai no respondió.

Jamuga se puso de pie y empezó a pasearse con gesto contraído. Al final se detuvo ante Subodai y dijo:

—No puedo retractarme. Ésa es mi última palabra.

Subodai saludó.

—Así sea —dijo tranquilamente.

Una vez solo, Jamuga dijo en voz alta:

—¡He obrado correctamente! De esto estoy seguro.

Se acostó tratando de dormir, pero en vano. Temujin acudió a sus pensamientos. ¿Qué haría él? ¿Qué diría él?

Se había acostumbrado a las visitas y no le sorprendió cuando apareció Houlun, acompañada de varios nokud de rostro grave. La anciana se paró delante de él, delgada pero magnífica. Una matrona de poder y dignidad. Habló sin preámbulos.

—Jamuga Sechen, has cometido una terrible tontería. He venido a pedirte que te retractes inmediatamente.

Mientras hablaba, lo miró con sus vehementes ojos grises, llenos de encolerizado desprecio. Por alguna razón su presencia enfureció a Jamuga. La miró a los ojos.

—No me retractaré —dijo.

Ella sonrió oscuramente.

—¿Te das cuenta de que has instigado traición contra mi hijo?

El corazón de Jamuga se heló. La miró a los ojos tratando de mantenerse sin temblar.

—No he cometido traición y tú lo sabes, Houlun. He hecho simplemente uso de mi mejor juicio. Si me he equivocado, deja que Temujin lo decida por sí mismo. Pero creo que no he cometido error.

Houlun lo observó en silencio. Luego habló.

—Si pudieras retractarte sin quedar como un tonto, lo harías. Pero tu vanidad es más grande que tu discreción y sentido común. Y tu envidia a mi hijo es aún más grande que tu vanidad. Al incumplir una de sus leyes sientes que has triunfado sobre él. Al destruir su disciplina e instigar a traición contra él, tienes la tonta satisfacción de sentirte momentáneamente más poderoso que él. Pero aun así sabes que la satisfacción de un hombre no es nada comparada con la unidad e integridad de un pueblo.

Jamuga la escuchaba con el corazón desbocado. Se puso escarlata, los labios le temblaban, la voz moría en su garganta. Su conflicto era visible y Houlun lo observaba con satisfacción.

Por último pudo hablar.

—Soy el khan hasta que regrese Temujin. Vete a tu tienda, Houlun, y no la dejes hasta que yo te otorgue permiso.

Houlun sonrió.

—¿Tú mandas a la prisión a la madre de Temujin? ¡Oh, Jamuga, eres más tonto aún de lo que sospechaba!

Inclinó la cabeza hacia el nokud, que la siguió, saliendo de la tienda. Se retiró con orgullo y dignidad. Luego Jamuga la oyó reírse a carcajadas.

La furia de Jamuga lo llenaba como un veneno. Se paseaba por la tienda aturdido. Murmuraba. A veces lanzaba una exclamación en voz alta. Se recostó en el canapé tomándose la cabeza entre las manos. El centro de acero de su obstinación y creencia en sí mismo no podía ceder. Hacia la madrugada, cayó en un inquieto sueño y pesadilla.

Sonó que veía a Temujin avanzando hacia él, sonriendo con la mano extendida amistosamente. Le oyó decir: «Éste es mi hermano espiritual. Él ha hecho lo que yo le hubiera ordenado hacer».

Jamuga sintió un gran alivio. Tomó la mano de Temujin y sintió algo duro en ella. Retrocedió y vio que la mano sostenía una daga que iba directamente a su corazón. Temujin sonreía aún, pero sostenía la daga inexorablemente y su gesto era terrible.

Jamuga se despertó con un grito. La aurora era pálida y gris. Alguien quería entrar en la tienda. Aturdido y enervado, Jamuga dejó escapar un involuntario chillido.

Subodai entró seguido de Agoti, ambos con gestos de preocupación. Jamuga comprendió que algo terrible había sucedido.

Se incorporó en el lecho, sosteniéndose en un tembloroso brazo. Los contempló con horror y agotamiento.

Subodai saludó.

—Señor —dijo con gravedad—, Agoti acaba de decirme que Chutagi se ha estrangulado con el cinturón de su primera esposa en su propia tienda.

Jamuga enmudeció. No podía separar sus dilatados ojos del rostro de Subodai. Agoti habló respetuosamente, pero con un doble sentido de pequeña venganza:

—Es mejor así, Jamuga Sechen —dijo—. Diremos al pueblo que murió por tu deseo.

—¡No! ¡No será así!

Los dos hombres se retiraron en silencio. Jamuga se arrojó sobre el lecho ocultando el rostro. Gruñía y se volvía de un lado al otro, presa de los más terribles pensamientos y sufrimientos. Vomitó. Sentía dolores en todo su cuerpo. Pensó: «Me estoy muriendo». Anhelaba la muerte con piadoso anhelo.

Después de un momento, yació inmóvil con los ojos cerrados.

Pensó: «He hecho lo correcto. Hice sólo lo que podía hacer».

Capítulo 50

COMO SI la fatalidad deseara demostrar a Jamuga que hasta este momento simplemente había estado jugando con él, ahora parecía dedicarse a atormentarlo en serio.

Todos lo evitaban, a excepción de Kurelen. Nadie se molestaba en saludarlo con respeto o reverencia. Si hubiera sido invisible, no habría sido más ignorado. Al principio se encolerizó, pero después se alarmó. Su influencia y autoridad desaparecieron. El pueblo parecía inquieto e indeciso, murmuraba abiertamente y examinaba el horizonte con ojos anhelantes y rebeldes. Se hablaba en voz alta del ascenso del frío y la congelación del río por las mañanas. A las mujeres, siempre más osadas y volubles que los hombres, se les oía criticar a Temujin sin refrenarse. Las mujeres de Temujin se quejaban a Bortei, diciendo:

—Nuestro señor no es ya atento con nosotras. Se dice que persigue a una mujer persa olvidándose de nosotras, aun de ti, su primera esposa y madre de su hijo.

Bortei contemplaba a su robusto niño y apretaba los dientes. Si sólo estuviera segura, pensaba, nunca hubiera permitido a Temujin irse. O más bien, él hubiera permanecido ahí... Así se engañaba a sí misma. Su sangre hervía de celos y odio. ¿Sería la mujer persa más encantadora que ella? Hacía resbalar sus dedos por su largo cabello negro con sombras bronceadas. Se observaba con agudeza en su lustroso espejo de plata. No pudo evitar sonreírse vanidosa, viendo que estaba más hermosa que nunca. Sus ojos grises refulgían sobre la pequeña nariz bien delineada y sin defectos. Su boca era una rosa oscura. Los viejos trovadores cantaban con frecuencia en los atardeceres, declarando que ninguna mujer podía superar la belleza de Bortei. Ella lo creía así. ¿Cómo podía, entonces, haber sido seducido Temujin?

Bortei dejó el espejo y, uniendo sus cejas, reflexionó. Luego sonrió lenta y voluptuosamente. Arregló su pelo y, recostándose en el canapé, sonrió más aún, estudiando las redondas líneas de su seno, sus labios y sus muslos. No pensó ya en Temujin.

Jamuga fue más consciente de que los desórdenes eran inminentes en el campamento. Observaba a Subodai pasearse silenciosamente y con rostro

grave, alerta. Cuando el joven paladín aparecía, el pueblo lo saludaba porque le temían. Pero cuando se retiraba, murmuraban en voz alta. Las señales de insomnio aparecían en su rostro, pues no se atrevía a dormir, pero cuando encontraba a Jamuga no le hacía reproches ni de mirada ni de palabra. Sus maneras eran más respetuosas y benévolas que nunca. Se mantenía en constante comunicación con los nokud. Al principio impartía severas órdenes y castigos, pero pronto vio que esto sólo precipitaría la rebelión. Todos los días decía a los nokud que anunciaran que Temujin regresaría pronto, que había ya dejado la ciudad keraíta. Una vez anunció que Temujin había proporcionado gran satisfacción a su padre adoptivo y que regresaba con una nueva horda de guerreros y muchas riquezas. La mención del nombre del poderoso khan Toghrol sosegó al pueblo. Si se rebelaban o murmuraban más, tendrían probablemente que responder ante Toghrol.

Con todo, la situación era crítica. Y nadie sabía esto mejor que el sutil chamán. Subodai no podía estar seguro, pero sospechaba que mucha de la inquietud popular venía del sacerdote. De esta manera, resolvió visitarlo una noche.

Kokchu no tenía una antipatía especial por Subodai. En realidad lo admiraba, como admiraba toda belleza. Y como muchos hombres malvados, apreciaba la virtud aunque se burlaba de ella. Subodai era ambas cosas: hermoso y virtuoso. Tenía sólo una esposa a la que amaba entrañablemente. Kokchu lo saludó con agrado, haciéndole sitio a su lado y despidiendo a sus mujeres y su joven chamán. No se sorprendió ante esta visita. En realidad, la esperaba. Pero esperaba a Jamuga, no a Subodai.

Éste se sentó y sonrió. Bebió el buen vino que le fue ofrecido y participó de la cena. Kokchu se mostraba socarrón y amable.

—Hoy he observado la formación de tu caballería, Subodai. Eres realmente un genio militar y un hombre valiente. ¿Qué habría hecho Temujin sin ti en estos días?

Subodai inclinó la cabeza ante este cumplido.

—Es bastante poca cosa —respondió—. Kokchu, he venido a verte para pedirte consejo. El pueblo se queja. Tú eres el chamán y ellos te reverencian. Te pido que les ordenes cesar en sus quejas, so pena de duros castigos. Después de todo, eso es traición.

Kokchu levantó las manos.

—¡Así les he dicho! Pero, hijo mío, debes recordar que tienen justificación para sus quejas. El invierno está casi encima. Deberíamos haber

partido hace mucho para nuestros apacentaderos de invierno. La gente está asustada. ¿Es culpa de ellos que Temujin los haya abandonado?

—Tú sabes que nuestro señor no nos ha abandonado, Kokchu. Ha sido invitado a la boda de la hija del khan Toghrul. Haber rehusado hubiera sido un asunto serio. Tenía que asistir.

Kokchu sonrió levantando los hombros.

—Se dice que es la prometida, no la boda, lo que ha llevado a Temujin. He oído decir que la raptará y la traerá aquí, provocando así la ira y la venganza del khan Toghrul.

Subodai se mordió el labio.

—Es mentira. No sé dónde ha nacido ese rumor. Pero no es verdad. Él volverá sin ella.

—¿Cómo lo sabes tú? —repuso Kokchu con una escéptica sonrisa.

Subodai se puso de pie.

—Sólo lo sé —respondió con seguridad.

Kokchu lo observó con agudeza, pero los ojos de Subodai no se desviaron. Kokchu frunció el ceño. Tal vez Subodai sabía la verdad. En ese caso, las cosas no serían muy cómodas para los que fomentaban la traición del pueblo. La mejilla de Kokchu tuvo un tic, pero se esforzó por sonreír benévola.

—Haré todo lo que pueda —dijo. Suspiró—. Pero será una dura tarea. De todos modos, lo intentaré.

—Te lo agradezco —dijo Subodai sin sonreír—, y cuando nuestro señor regrese, le hablaré de tu lealtad.

Kurelen estaba alarmado por lo que oía y veía, y se lo comentó a Jamuga. Luego agregó:

—Repito, Jamuga, que has nacido demasiado temprano o demasiado tarde. En cualquier caso, has cometido una tontería irreparable.

Pero Jamuga se encontraba excesivamente irritable y lanzó tan venenosos chillidos a Kurelen que el anciano no volvió a acercársele.

Fue por esta época cuando la fatalidad lo golpeó de nuevo.

No podía dormir. Escuchaba la guardia doble paseándose en la oscuridad de la noche. Los centinelas también fueron aumentados. Montados inmóviles en sus caballos ante la enorme luna de medianoche, envueltos en sus mantos y gruesas casacas, con sus lanzas y espadas preparadas. Pero Jamuga se obstinaba en su convicción de que había hecho lo correcto. Así, cuando veía

el semblante tranquilo y macilento de Subodai y notaba su amable sonrisa, se llenaba de remordimientos, no por su comportamiento, sino por lo que había hecho sufrir a Subodai.

Su propio insomnio se hizo un tormento. Una noche se levantó desesperado, pues Subodai acababa de pasar por delante de sus tiendas. Jamuga había oído su voz. Decidió acercarse al joven paladín y hablar con él, buscando sosiego en su inmutable valor.

Siguió la sombra de Subodai a la luz de la pálida luna. Subodai caminaba con su habitual dignidad, sin prisa y sereno. Jamuga, débil por el temor y la falta de sueño, no pudo alcanzarlo. Subodai hacía sus rondas. Se acercaba con sus guardias a la parte donde estaba la vacía tienda de Temujin. Cuando Subodai llegó a la kubitka, el guardia le habló. Subodai le escuchó con atención y pareció sorprendido. Luego saltó a la plataforma y entró. El guardia se retiró, dejando la tienda sin protección, aparentemente por orden de Subodai.

Jamuga suspiró y apresuró su paso. Subodai estaba solo y él podría hablarle libremente. Trepó a la plataforma dispuesto a entrar en la tienda. Entonces se detuvo con la mano extendida y los nervios estremecidos, porque vio una tenue luz de lámpara en el interior y oyó un cuchicheo de voces.

¿Había regresado Temujin? Incluyó la cabeza escuchando atentamente, pero no oyó a Temujin. Oyó a Subodai.

—He venido —decía el joven paladín—. ¿Qué deseas de mí, Bortei?

Jamuga oyó la lánguida risa de Bortei.

—Tengo miedo, Subodai. No tengo a nadie a quien recurrir por consuelo y protección. La madre de mi señor, Houlun, está prisionera en su tienda. Le están prohibidas las visitas por ese tonto de Jamuga. Soy sólo una mujer, una madre, frágil de alma y corazón. Perdóname que te haya molestado.

Hubo un corto silencio. Jamuga, desconcertado, casi se cayó de la plataforma.

Subodai habló con lentitud y gravemente:

—No me has molestado, Bortei. Todo lo que pueda hacer por la esposa de mi señor, está en tus manos ordenarlo.

De nuevo Bortei emitió su seductora risa. Luego suspiró audiblemente.

—Conozco tu lealtad, Subodai. Siéntate a mi lado. Toma mi mano. Tú eres un hermano para nuestro señor, y me conforta tu tacto y tu presencia.

Jamuga se arrodilló en la plataforma. Apartó apenas la cortina de la entrada con mano húmeda. Atisbó dentro. Bortei estaba sentada en su canapé, vestida con una túnica de lana blanca primorosamente bordada. Collares de

turquesas y oro colgaban de su garganta y en sus muñecas tintineaban los brazaletes. Su negro cabello caía sobre sus hombros y la luz de la lámpara arrojaba rosadas sombras sobre su rostro, haciendo inescrutables sus oscuros ojos. Sus labios eran como rojas flores templadas por el sol.

Subodai estaba de pie ante ella, alto, delgado y silencioso. Sus ojos azules recibían la luz y eran del color del cielo. Vívidos y brillantes. No intentó sentarse a su lado. Estaba excesivamente pálido.

—No puedo demorarme —dijo con calma—. He de completar mi ronda. Pero habla pronto, Bortei, ¿qué puedo hacer por ti?

El rostro de ella cambió. Lo miró en silencio. Su pecho se elevó. Empezó a respirar deprisa. Sus ojos descendieron desde los labios de él por todo su cuerpo, vestido con larga casaca bordada y pantalones de lana ceñidos en los tobillos. De repente sus mejillas se tiñeron, los labios se entreabrieron y los ojos sostuvieron su mirada. Se levantó, sonriendo seductora. Puso sus manos en los hombros de él echando hacia atrás la cabeza. Su blanca garganta resplandeció a la luz de la lámpara. Subodai miró su rostro, con la boca húmeda medio abierta y sonriendo. No se movió, pero no parecía divertido, ni siquiera turbado.

Bortei empezó a susurrar estremeciéndose. Aproximó su rostro al de él, de modo que su cálido aliento tocaba sus labios.

—Subodai, mi señor me ha abandonado. Tú lo sabes. Pronto el pueblo se levantará y te elegiré khan. Subodai, siempre te he amado. Tú me tomarás como esposa, pero yo no puedo esperar. ¡Tómame esta noche, Subodai! ¡Tómame ahora!

Él no se movió. Su semblante estaba tan sereno e inexpresivo como el de una imagen de piedra. Ella lo examinaba. Su pecho se elevaba agitado. El cuello de su túnica estaba abierto y se separó descubriendo su seno desvergonzadamente.

Bortei sonrió triunfalmente. Sus manos, desde los hombros de él, se internaron bajo la casaca. Lo tomó por la cintura. Se inclinó hacia él poniendo la cabeza sobre su pecho. Ambos cuerpos apretados, muslo contra muslo. Con los ojos entornados de lascivia, ella sonreía.

Permanecieron así largo rato, como un solo cuerpo. Jamuga empezó a estremecerse y se sintió enfermo. La vista le fallaba y pensó que se movía. Cuando abrió los ojos, creyó que se había desmayado. Pero cuando miró de nuevo dentro de la tienda, vio que sólo escaso tiempo había pasado. El hombre y la mujer todavía estaban de pie, juntos e inmóviles.

Entonces, suave pero firmemente, Subodai se apartó. Bortei intentó colgarse de él, pero las manos del hombre fueron inexorables. Pareció separarla con delicadeza, pero ella cayó hacia atrás sobre su canapé. Se incorporó jadeante, con el cabello alborotado y los labios abiertos.

Subodai sonrió pálidamente.

—¿Eso es todo lo que deseas de mí, Bortei? —preguntó con voz tranquila e irónica.

Ella le clavó la mirada. Subodai la saludó con una leve reverencia.

—Si es así, he de rehusar. Mañana me perdonarás, lo sé. Pero ahórrame tu gratitud.

Y se retiró un paso de ella. Bortei lanzó una salvaje exclamación y se dejó caer sobre las rodillas, hizo girar su túnica desde los hombros hasta el pecho. Sus pechos eran como lunas gemelas vacilantes. Le rodeó las rodillas y apretó su mejilla vehementemente contra ellas.

—¡No te atreverás a dejarme! ¡No te dejaré ir, Subodai! Te amo. ¡No puedo vivir sin ti!

Subodai intentó desasirse. Su rostro estaba húmedo de transpiración y horror. Cerró los ojos para evitar la vista de su desnudez. Bortei se aferró a él como una serpiente y comenzó a reírse a carcajadas.

De repente oyeron una sorda exclamación. El ruido de alguien que entraba. Subodai se mantuvo erguido y Bortei, paralizada por la sorpresa, no se movió. Sus brazos sujetaban aún al joven paladín. Miró a Jamuga con semblante lívido de furia, odio y abominación.

—¡Tú, sucia licenciosa! —exclamó éste—. ¡Tú, inicua ramera!

Los brazos de Bortei resbalaron por las piernas de Subodai, el cabello sobre los hombros, los pechos al aire. Su semblante era de temor, ira y vergüenza.

Jamuga, temblando, se volvió hacia Subodai.

—¡Déjanos! —ordenó. En ese momento era un khan de verdad, no ya orgulloso, ni tímido, ni arrogante. Subodai, blanco como la muerte, inclinó la cabeza. Vaciló. Luego, tras una larga mirada a los dilatados ojos de Jamuga, abandonó la tienda.

Solo con la mujer, la ira colmó a Jamuga. Su mirada tropezó con el látigo de Temujin. Se inclinó tomándolo. Bortei lo observó, incapaz de levantarse, y retrocedió. Su boca se abrió en una exclamación muda. Oyó silbar el látigo y sintió su restallar sobre los hombros y pechos desnudos. Cayó al suelo, tratando de protegerse con los brazos, pero el látigo era implacable. Caía y volvía a caer, zahiriendo la carne, dejando líneas escarlata en su blanco

cuerpo. No se oía un ruido ni de ella ni de Jamuga. Sólo el loco restallar del látigo y su silbido.

Cuando todo terminó, ella yacía inmóvil en el suelo, gimiendo, con la cabeza oculta entre los brazos. Jamuga dejó el látigo.

—¡Ramera! —masculló. Y se marchó.

Avanzó tropezando y ciego a través de la noche. Cuando llegó a un sitio protegido, cayó, sollozando con desgarrada angustia.

Bortei, sola, rompió a llorar. Se retorció en su tormento. Se sentó apartando su cabello. Miró a su alrededor y sus ojos cayeron sobre el látigo, en el que había enredadas hebras de su cabello. De repente su rostro se desfiguró de ira y odio. Lentamente, se examinó las heridas. Eran muchas.

Dejó caer los brazos y sonrió malignamente. Jamuga no lo sabía aún, pero se había condenado. Tomaría algún tiempo, pero inevitablemente moriría.

Subodai encontró a Jamuga casi de madrugada. Yacía postrado junto a su tienda. Había sido incapaz de reunir fuerzas para trepar a la plataforma. Sin hablar, el joven paladín lo ayudó a entrar y lo acostó en su canapé. Sirvió vino y obligó a Jamuga a beberlo.

—¿Qué haremos? —preguntó cuando Jamuga pareció recobrar algo de fuerza.

Jamuga sacudió la cabeza y dijo ceñudo:

—Nada. Ella nunca se atreverá a hablar. En cuanto a nosotros, debemos guardar silencio.

Entonces, de repente, rompió a llorar como un niño.

Capítulo 51

POCO después del amanecer, vencido por el agotamiento, Jamuga se durmió. No soñó. Su postración era demasiado profunda. Y fue por eso que Subodai tuvo que llamarlo varias veces para lograr despertarlo. Se sentó en el lecho. El sol era cálido y brillante en el momento que fluía en la tienda.

El rostro de Subodai brillaba de júbilo.

—¡Nuestro señor ha regresado! —exclamó—. ¡Nuestros centinelas lo han avistado hacia el este!

Jamuga se puso en pie, tambaleante. Casi se cayó. Subodai lo ayudó a ponerse la casaca y abrochar su cinto. Las manos del joven paladín eran seguras y firmes, y él sonreía. Salieron fuera.

El campamento estaba ya en un estado de intensa excitación y júbilo. Todo fue olvidado, ahora que Temujin había regresado. El pueblo se apiñaba entre las tiendas, los perros ladraban furiosamente, las mujeres empezaron a cantar, los trovadores afinaban sus violines y los muchachos batían tambores. Kokchu salió de su tienda, asistido por sus jóvenes sacerdotes y magníficamente ataviado. Kurelen, sonriendo secamente, estaba a su lado. Sólo Houlun no estaba ahí, ni Bortei. Al final Bortei apareció, tranquila pero pálida. Aun en su furia, Jamuga había cuidado de no marcarle el rostro, que no había sido tocado. Llevaba al niño en brazos, envuelto en una piel blanca.

Hacia el este, el horizonte mostraba una nube de polvo que se aproximaba velozmente. Alcanzó el sol y brilló. Un nimbo dorado de luz flotante. Se oía el débil resonar de los cascos de los caballos.

—¡El señor ha regresado! —cantaban los trovadores y las mujeres—. ¡Ha vuelto a su pueblo como el sol sale en el cielo! ¡Nos ha dado su protección y la gloria de su sonrisa! ¿Qué hemos tenido en la oscuridad? ¿Qué hemos tenido? No lo recordamos. Lo hemos olvidado. ¡El señor ha regresado!

El río resplandecía a la luz del sol. Hilos de gasa gris se movían cruzando el cielo. Los rebaños estaban inquietos y los caballos relinchaban.

La gente salía en oleadas al encuentro de su khan. Los guerreros sostenían sus lanzas sentados orgullosamente en sus caballos y con rostros graves. Los niños gritaban.

Las gentes sencillas habían olvidado, pero había unos pocos que no olvidaban. Kurelen, Subodai, los nokud, Bortei y Kokchu esperaban con

cierto temor. ¿Venía la mujer persa con Temujin? Si era así, entonces este júbilo era sólo una tregua antes de los horrores de la venganza del gran khan.

Ahora, a través del polvo dorado, podían ver a los hombres galopando, sus relucientes lanzas y estandartes ondeando. Pero ninguna mujer venía con los jinetes. Cabalgaban solos.

Kurelen dejó escapar un profundo suspiro de agradecimiento. Se volvió hacia Jamuga, que estaba rígido a su lado.

—Nuestros temores eran sin fundamento —le susurró.

Pero Jamuga no respondió. Miraba fijo al frente. Temujin y sus guerreros eran saludados con gritos y exclamaciones de júbilo. La tierra entera parecía regocijarse. El pueblo se reunía en oleadas alrededor de los viajeros.

Las mujeres tomaban los frenos de los caballos alzando sus ojos rebosantes de lágrimas de felicidad. Los guerreros se apearon, abrazando a sus mujeres y niños. El aire resonaba con las voces y la excitación. Los trovadores cantaban y los tambores retumbaban.

Temujin, cubierto de polvo y manchas, se apeó de su caballo sin sonreír. Kurelen, Jamuga, Subodai y Kokchu se aproximaron a él abriéndose paso a través de la excitada multitud. Kurelen miró a Temujin y pensó: «Ha envejecido. Sus músculos han decaído. Éste es un hombre que ha sufrido una terrible agonía y que nunca se librará de sus cicatrices». Pero sonrió a su sobrino, abrazándolo.

—Bienvenido, sobrino mío. Nunca me he regocijado tanto como hoy.

Bortei se acercó sonriendo lánguidamente. Puso su mano en el brazo de Temujin. Él la miró como si no la viera. Sus labios se movieron como en leve convulsión. Luego recibió los saludos de los nokud y sus paladines. Parecía meditar y era evidente que escuchaba muy poco. Antes de que Kokchu hubiera terminado su elaborado discurso de bienvenida, Temujin empezó a abrirse paso hacia su tienda. Chepe Noyon y Kasar se mantenían detrás.

Kurelen dio un tirón a la manga de Chepe Noyon. Los otros se les unieron furtivamente, haciendo una pequeña isla de conspiración en medio del pueblo vívido y risueño.

—¡Cómo! —murmuró Kurelen—, ¿no hay mujer?

Chepe Noyon sacudió la cabeza. Echó una rápida mirada a la espalda de Temujin, que se alejaba.

—No hay mujer —confirmó escuetamente.

Pero Kasar no estaba tan taciturno, sino poseído por la excitación general, alegre de estar en casa.

—Ella se suicidó —dijo en voz alta—. Se sacrificó por nuestro señor.

—¡Chist! —ordenó Chepe Noyon severamente.

—¡Chist! —exclamaron los otros, mirando temerosamente en derredor.

Quienes estaban cerca, teniendo la sensación de que pasaba algo, los miraban con curiosidad.

Chepe Noyon dijo en voz alta y despreocupadamente:

—El khan Toghrul no nos dio mujeres. Pero llenó nuestras manos de tesoros. ¿No es eso bastante?

Los curiosos rieron orgullosamente y olvidaron al pequeño grupo.

Kurelen les dijo:

—Venid conmigo.

Subodai, Chepe Noyon, Jamuga y Kasar lo siguieron. No hablaron hasta estar en la tienda de Kurelen. Se sentaron y bebieron buen vino.

—Ahora cuéntanos —pidió Kurelen.

Chepe Noyon les hizo el relato en breves palabras. Kasar, excitado, suplía cualquier detalle olvidado. Cuando hubo terminado, todos se sumieron en profundo silencio. Kurelen parecía conmovido y aliviado. Sacudió la cabeza.

—Por lo que me cuentas, Chepe Noyon, era una bella e inteligente mujer. Pero dime, ¿está inconsolable Temujin?

—No ha pronunciado su nombre desde que murió.

Kurelen suspiró hondamente.

—Oh, eso es malo. Sus ojos están insomnes. Ha sido herido en el corazón. Dudo que se recobre completamente.

—El mundo está lleno de mujeres hermosas —dijo Chepe Noyon.

De nuevo, Kurelen sacudió la cabeza. Parecía hablar para sí mismo:

—Pero llega un momento en que para un hombre sólo existe una mujer. Temujin ha conocido ésta. Tendrá muchas otras, pero ninguna ocupará su lugar. Sufro con él.

Chepe Noyon, que creía que esto era puro sentimentalismo, enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—Tenía el cabello como el sol de la mañana —dijo Kasar—. Su rostro era como una flor en primavera. Sólo la vi una vez, y puedo decir que era un sueño entre las mujeres.

—¡Oh, eres un charlatán y una vulgar cabra! —declaró Kurelen ausente—. Pero dime, Chepe Noyon, ¿quién sabe de todo esto, además de tú y Kasar?

—Nadie. Los guerreros sólo saben que Azara murió y que no habría boda.

Kurelen observó a Kasar con seriedad y el joven retrocedió como un niño.

—Vigila tu lengua, Kasar. ¡Tú, charlatán! No contarás esto a nadie.

Jamuga sintió tristeza y compasión. Ahora que Azara no era ya una amenaza, él podía lamentar la muerte de tanta belleza y amor. Podía sentir una angustia correspondiente por Temujin. Deseaba acercarse a Temujin, pero éste no había hablado con nadie, dirigiéndose hacia su tienda como un animal mortalmente herido. Recordó también su precario y desventurado estado, y se preocupó de nuevo.

Bortei pensó que el joven khan estaba cansado por el viaje y deseaba dormir. Aun a ella le fue prohibido entrar en su tienda. Dos guardias fueron apostados para despedir a los visitantes obstinados. Pero Temujin no dormía. No estaba siquiera acostado. Los guardias oían sus nerviosos pasos en el interior, yendo y viniendo durante horas. Oían sus suspiros y sus incoherentes exclamaciones en voz baja. Los guardias cambiaban impasibles miradas, pero no cambiaban palabra.

Al atardecer pidió algo para comer. Comió solo en su tienda. Cuando el sol se puso como un plato rojo en el horizonte, mandó buscar a Subodai y sus nokud para solicitarles sus informes. Éstos lo encontraron pálido y exhausto pero en calma. Sus febriles ojos centelleaban de nuevo a la luz de la lámpara. Notó la ausencia de Jamuga e inquirió la razón. Fue Subodai quien contestó:

—Muchas cosas han sucedido en este tiempo, mi señor. Y Jamuga me ha pedido que te lo cuente.

Temujin lo miró.

—¿Qué sucede? ¿Y por qué es tan cobarde Jamuga?

Subodai vaciló.

—Jamuga no es cobarde. Hubiera sido mejor si así fuera.

Temujin gruñó y dejó su copa.

—Bien, habla —dijo lacónicamente.

Solo en su tienda, Jamuga esperaba. El sol se escondió y llegó la oscuridad, erizada de estrellas. Subió la luna, llena de luz. Los aullidos de lobos distantes llegaban con el viento sin fin. Los fuegos ardían y languidecían humeantes. El campamento se sumió en el silencio.

El corazón de Jamuga latía ahora con frío terror y desesperación. Aún esperaba. Las horas se llenaban de amenazas. No sabía lo que temía, pero estaba paralizado. Estaba seguro de que Temujin nunca lo perdonaría y que lo estaba torturando esa noche, como un preludio de torturas peores.

Alguien llamó a la tienda. Era Subodai.

—Nuestro señor requiere tu presencia en su tienda, Jamuga Sechen —le dijo. Y viendo la agonía de su amigo, puso la mano en su hombro y añadió—: Cálmate. No es tan malo.

Capítulo 52

JAMUGA encontró a Temujin flanqueado por tres o cuatro nokud y Chepe Noyon. Sentados en silencio, todos los ojos se fijaron en el infeliz joven cuando entró. Los ojos de Temujin, hundidos y febriles, lo observaron con penetración. No sonreía. Jamuga pensó que nunca había parecido tan feroz, tan inhumano, tan implacable como ahora.

Temujin no le indicó que se sentara. De modo que Jamuga se detuvo ante él y esperó. Su temor y desesperación habían desaparecido. Estaba preparado para lo peor. Éste no era su hermano juramentado ni su amigo, sino un inexorable monstruo sin misericordia. Esperando la muerte, Jamuga pudo estar en calma.

Se esforzó para hablar:

—No sé si te lo han dicho, Temujin, pero he ordenado confinar en su tienda a tu madre Houlun, por su insolente lenguaje y desafío. —Se asustó de sus tontas palabras, preguntándose si era él quien las había pronunciado. Y entonces, para su alivio, vio que Temujin empezaba a sonreír, como involuntariamente divertido. La sonrisa oscurecía, más que iluminaba, su semblante, pero era una sonrisa, y Jamuga, con el agudo instinto de un hombre sensible, supo que era su primera sonrisa desde hacía muchos días.

Los demás estaban sorprendidos, cambiando miradas. Entonces ellos también sonrieron con alivio. La tensión se aflojó y Chepe Noyon rió entre dientes.

—Así pues, Jamuga Sechen, veo que eres menos cobarde que yo —dijo Temujin jocosamente—. Yo nunca me hubiera atrevido a hacerlo. Te saludo como a un hombre de coraje.

Jamuga, aturdido, sólo pudo mirarlo en silencio. No comprendía la diversión de Temujin, y menos su risa dura y amarga. Oyó reír a los otros y vio a Subodai alentarle con gestos de alivio.

Desconcertado, siguió mirando a Temujin, preguntándose qué habría ocasionado su inesperada reacción. El duro semblante de Temujin se había aligerado y la serenidad volvió a él.

—Jamuga Sechen, no suelo condenar a nadie sin escuchar su propia defensa. —Hizo una pausa y fijó sus ojos en Jamuga, que dio un respingo porque Temujin no lo había llamado «hermano»—. Habla. ¿Qué tienes que decir?

Jamuga suspiró.

—Sólo esto, Temujin: creo que no he procedido mal. Lo haría otra vez.

Los demás cambiaron miradas de consternación y Subodai pareció alarmado al escuchar estas tranquilas pero temerarias palabras.

—¡Vaya! —dijo Temujin meditativo. Levantó su copa y Chepe Noyon la llenó. Bebió lentamente sin desviar los ojos de Jamuga.

Éste suspiró de nuevo, como si su corazón fuera a estallar. Desvió su mirada y encontró el estólido semblante de Agoti, que estaba sentado con aire de presumido triunfo y satisfacción. «Estoy listo», pensó.

Temujin dejó su copa a un lado y se lamió los labios. Se notaba en las comisuras una ligera contracción nerviosa. Su mirada se paseó lentamente por sus nokud.

—Sé que tenéis vuestra propia opinión respecto al buen criterio de Jamuga Sechen —dijo con indiferencia—. Pero me satisface que lo hayáis obedecido. Si no lo hubierais hecho, mi ira habría caído sobre vosotros.

El asombro se apoderó de todos, que se miraron con expresión imbécil y parpadearon. Sólo Chepe Noyon y Subodai sonrieron. Temujin observó todo esto, y de nuevo sus labios se crisparon.

—Podéis iros, todos, y recibid de nuevo mi gratitud por vuestra obediencia y lealtad.

En el profundo silencio que siguió a sus palabras, todos se pusieron de pie, dejando la habitación. Ninguno miró a Jamuga excepto Subodai. Su sonrisa era alentadora.

Una vez a solas, Temujin tomó otra copa y la llenó.

—Siéntate a mi lado y bebe —dijo.

Las piernas trémulas de Jamuga se doblaron. Se sentó y cogió la copa, llevándola a sus labios, pero no pudo beber. Temujin lo observaba con sus ojos verdes, sin pestañear.

Habló en tono humorístico:

—Tú sabes que eres un tonto, naturalmente, Jamuga.

—¿Por qué les has hablado a ellos así? —musitó Jamuga, aún sin creerlo.

Temujin se encogió de hombros.

—¿Hubieras preferido que les dijese que el hombre que designé para que me reemplazara es un tonto y un inepto? —Gruñó divertido—. ¿Qué pensarían entonces de mi juicio infalible?

El enojo desesperado, leve pero exhausto, retornó al hastiado corazón de Jamuga.

—Haz conmigo lo que quieras, Temujin, pero no te burles. Ya he soportado bastante.

Temujin lo miró con curiosidad. Parecía muy divertido.

—Puedo creerlo —dijo, y rió de nuevo—. Vamos, bebe tu vino. Te lo ordeno.

Jamuga se esforzó por beber y el vino corrió por su garganta como fuego.

—No —dijo Temujin meditando—, nunca les habría dicho eso. Eso hubiera socavado la autoridad, algo que un gobernante jamás debe permitir.

Observó a Jamuga en repentino silencio, como si fuese un desconocido.

—Eres un tonto, Jamuga —dijo por último, pero no había maldad en sus palabras, sino un vislumbre de afecto—. ¿No comprendes lo que has hecho? ¿No sabes que estamos rodeados de enemigos deseosos de destruirnos y que la obediencia y disciplina son nuestra única protección, y la unidad, nuestra mejor arma? La debilidad y la desunión son siempre señales para que los enemigos ataquen. ¿Acaso no lo sabes?

Jamuga suspiró.

—Yo no veo que la fuerza y la unidad dependan de la crueldad, Temujin. ¿Por qué debe ser prohibida la misericordia en nombre de la unidad?

Temujin le sonrió como a un niño tonto.

—La misericordia es el lujo de los fuertes. Nosotros no somos fuertes todavía.

Jamuga inclinó la cabeza y musitó:

—Creo que hice lo correcto, aunque los idiotas lo nieguen. Lo erróneo no es lo que yo hice, sino lo que tú has hecho en el pasado. Tú has convertido al pueblo en animales y niños.

Creyó que Temujin, lleno de ira, caería sobre él. Pero sólo el silencio respondió a sus desmayadas palabras. Levantó los ojos. Temujin lo miraba sonriendo, con diversión.

—Veo que nunca comprenderás, Jamuga. Pero eres mi hermano juramentado. Debo perdonar mucho, aunque nunca seré capaz de enseñarte. Sólo ante ti reconoceré que fui un tonto dejándote en mi lugar.

Jamuga escuchaba con asombro. Así pues, no moriría ni sería castigado. Su asombro y su incredulidad se leían en su cansado semblante.

Temujin apoyó un brazo en su hombro y lo miró a los ojos.

—Tú eres mi hermano juramentado —repitió—. Dos veces has salvado mi vida. —Sonrió.

Cuando Jamuga se marchó, su primera emoción fue de un histérico alivio y alegría. No fue hasta que estuvo acostado en su canapé, cuando su corazón

se enfrió de nuevo.

«No me ha perdonado verdaderamente —pensó—. Pero ¿por qué habría de hacerlo?».

Y supo que las cosas entre él y Temujin ya nunca serían como habían sido. Le pareció que jamás había advertido antes cuán terrible era Temujin, quien lo había llamado «hermano juramentado».

Capítulo 53

PRONTO estuvieron en camino hacia los apacentaderos de invierno a toda prisa, porque por horas el viento se hacía más riguroso y cruel. Arena mezclada con nieve desollaba sus rostros. Las mujeres y los niños se acurrucaban en las tiendas, arropándose contra el frío. Temujin cabalgaba a la cabeza de su pueblo llevando su bastón de marfil de mando. A su alrededor marchaban sus nokud, sus paladines Subodai, Chepe Noyon, Kasar, Jamuga y Arghum, el ejecutante del laud Muhuli, Bayan y Soo, de gran astucia y maestros en batallas, y Borchu, casi tan prodigioso soldado como Kasar, a quien no le era simpático. Había muchos otros también, pero éstos eran sus favoritos.

En el camino se encontraron con clanes vagabundos, antiguos enemigos que ahora profesaban reverente temor y admiración a este khan que había derrotado a Targoutai, a su hermano y a muchos otros khanes menores. A pesar de que muchos de estos clanes iban pobremente abastecidos de alimentos, casi hambrientos y mal armados, Temujin, contra las objeciones y sugerencias de sus nokud y Noyon, les dio la bienvenida con cordial vehemencia. Dijo:

—Mido la fuerza no por los tesoros y el oro, no por la astucia política de los hombres de la ciudad, sino por el poder del hombre. Los seguidores leales al final son más valientes que los mercenarios comprados con el oro de las ciudades. Y más fuertes que los muros de Catay.

Miró a los nuevos miembros de su tribu y dijo:

—Un jefe debe tener éxito para merecer fidelidad. Sólo los tontos y los soñadores siguen a las causas perdidas y a los generales débiles. Al final, aquel que alimenta a su pueblo y le da apacentaderos es el que merece su estima.

—No es tan sencillo —protestó Jamuga.

—¿A qué te refieres? —interrogó Temujin.

Pero Jamuga fue incapaz de responder, aunque apretó los labios tercamente.

En una ocasión Jamuga preguntó a Kurelen si le parecía apropiado que él diese sus condolencias a Temujin por la muerte de Azara. Kurelen sonrió y

preguntó si Temujin exhibía un pesar abrumador. Jamuga admitió que no.

—Pues entonces es que no sufre demasiado —dijo Kurelen.

Jamuga se sintió desilusionado y en cierto sentido defraudado porque, a medida que los días pasaban, el aspecto sombrío del semblante de Temujin desapareció y manejaba sus asuntos con su acostumbrada seguridad. Su voz potente era tan ágil y escueta como siempre. Sonreía como siempre, breve y sardónicamente. Reía menos, pero nunca había reído mucho y sólo un muy agudo oído podría haber advertido esto. Jamuga se enfadó por esta insensibilidad y aunque se decía que Temujin nunca valoró a las mujeres como seres humanos, debía por lo menos haber mostrado de alguna forma su dolor por la niña que había muerto por él.

Algunas veces cabalgaban por las orillas del río, y Temujin volvía la cabeza para observar el frío sol centelleando en el agua. Jamuga pensaba: «¿Está recordando el cabello de Azara?». Y a veces, cuando el cielo de occidente se teñía de tintes rosados, pensaba: «¿Está recordando su boca?». Pero si Temujin recordaba, nada en su rostro mostraba que era así. Miraba el río y el cielo como siempre, desapasionadamente.

Sólo Bortei y las otras mujeres sospechaban inquietas lo que Jamuga dudaba ahora. Porque desde su regreso, a despecho de su atracción por las mujeres y su necesidad de ellas, había permanecido solo en su propia tienda noche tras noche.

Detrás de Temujin avanzaba con estruendo su ciudad de carros y sus miles de guerreros, cabalgando constantemente. A la retaguardia iban los rebaños y sus pastores.

Por la noche las hogueras ardían libremente, porque ahora muy pocos se atreverían a atacarlos. Ocasionalmente, encontraban caravanas. La mayor parte de ellas estaban bajo la protección de Temujin, quien las detenía sólo para saludar a los mercaderes y cobrar su tributo en dinero, joyas, lanas, caballos o esclavos. Adquirió una *troupe* de alegres danzarinas que por la noche bailaban al aire libre, porque el aire se hacía más apacible cada día. Pero aunque gozaba contemplándolas y admiraba a algunas de ellas, dormía solo en su tienda. Esto, concedían sus otras esposas, era por lo menos una pequeña satisfacción, aunque murmuraban y se quejaban entre ellas.

La mayor diversión de Temujin en esos días era la creciente arrogancia de Kasar. Otros no se divertían tanto, pero Temujin era indulgente con su hermano y lo alentaba a exhibir su arrogancia. Porque el simple Kasar había

empezado de repente a darse cuenta de que era hermano de un gran khan. Los otros paladines se sentían molestos por su pueril arrogancia, especialmente cuando afectaba aire de superioridad. «¡Oh! —Diría durante una discusión—. ¡Yo sé algo que vosotros no sabéis! ¡Mi señor me confía todos sus secretos!».

Algunos le hacían mofa y algunos lo desafiaban a luchar. Pero Kasar era muy fuerte y, en consecuencia, no hubo muchas luchas. Se jactaba y se pavoneaba meneando la cabeza y hablando sobre temas importantes con aires de resabiado. Algunos se preguntaban si habría alguna verdad en lo que decía, sintiéndose afrentados y heridos.

—¡Oh!, no lo toméis en serio —decía Chepe Noyon riéndose—. Es un buey. Le falta la razón. Con seguridad nuestro señor no lo consultaría para nada más importante que la cría de una yegua o el filo de una espada.

Admitían que no le creían, pero ansiaban darle un escarmiento. Jamuga protestó, así como Borchu, Bayan y otros, pero Temujin se reía. Le divertía ver a Kasar pavonearse, adoptar posturas y actitudes galantes delante de las mujeres. Cuando asaltaban una caravana que no estaba bajo su protección, Temujin, con semblante solemne, anunciaba que Kasar tenía la primera elección en el reparto del botín. Eso alentaba a Kasar a nuevas exhibiciones divertidas, de ampulosa arrogancia, y los demás se encolerizaban silenciosamente.

Houlun, enfurecida porque Temujin no había dado una reprimenda o castigo a Jamuga por haberla confinado en su tienda, se mostraba hostil con él y lo escarnecía, aun cuando estaba entre sus nokud:

—Tu hermano Kasar es un tonto —rezongaba—. La tontería es como un miembro lisiado, sólo debe inspirar compasión en los demás, pero tú alientas su tontería como si fuera el rasgo de una personalidad superior.

—Me divierte —replicó Temujin de buen humor—. Y actualmente deseo divertirme. Mañana quizá no reiré. Permíteme reír esta noche. —Hizo sentar a Kasar a su derecha, aunque no lo había hecho nunca antes.

Esos días había algo protervo y de femenina perversidad en él, y parecía reírse en silencio, interiormente, cuando veía los semblantes malhumorados de los otros.

Los días no pasaban pacíficamente siempre. Durante la larga marcha encontraron clanes hostiles con los que combatían bravamente. Antes de que

el invierno hubiera terminado, cien mil tiendas e innumerables rebaños seguían al joven khan. Antes de que la primavera llegase, había llamado a Bortei para que yaciese con él. Y cuando comenzó la migración del verano, ella supo con júbilo que sería madre otra vez.

La enorme caravana se movía hacia el norte una vez más, detrás de Temujin. Su sueño de una confederación de los clanes nómadas había empezado a tomar forma definitiva. Los ancianos le habían aconsejado que no lo hiciese. Él les había dicho:

—Un gran rey es el que comienza una tarea que nunca puede ser efectuada y la efectúa.

El pueblo lo adoraba. Lo apodaban Halcón del Cielo, Halcón del Eterno Cielo Azul y Conquistador de Todos los Hombres. Su terrible coraje, su ferocidad, su sagacidad y su poder irresistible deslumbraban a su pueblo. Sabían que era temido en el Gobi y levantaban sus cabezas orgullosos de pertenecer a la horda de tal khan.

—Extenderé mi dominio sobre todos mis vecinos —decía a sus hombres de confianza—. Haré del Gobi un imperio y entonces...

—¿Y entonces? —terció Chepe Noyon.

Pero Temujin sólo sonrió, mirando hacia el este, y se le notó un odio frío en el semblante.

LIBRO TERCERO

DÍAS DE LOCURA

Los días de locura del ayer
preparan el silencio,
el triunfo
o la desesperación del mañana.
¡Bebe!, porque no sabes de dónde vienes ni por qué.
¡Bebe!, porque no sabes por qué ni adónde vas.

RUBAIYAT, OMAR KHAYYAM

Capítulo 54

CUANDO hayamos obtenido la unión tendremos paz —dijo Temujin—. Cuando el pueblo está unido, su voluntad puede ser impuesta a los débiles y a los pueblos inferiores, con frecuencia sin combatir y muchas veces por mera intimidación y terror.

Temujin conocía ahora la paralizadora fuerza psicológica del terror. Sus emisarios se mezclaban entre las tribus débiles y aun en las fuertes, susurrando que había algo sobrenatural e irresistible en Temujin, el khan de los mongoles qiyat. Las tribus del Gobi estaban constituidas por hombres feroces, luchadores indomables. Nunca vacilaban en atacar o defenderse con fiereza, aun en inferioridad numérica. Pero se sentían impotentes ante un hombre al que el cielo mismo parecía proteger, y ante el cual los de más coraje y fuerza parecían débiles. Una sensación de muerte los estremecía, helándoles la sangre y entorpeciéndoles el corazón. Aun cuando los infiltrados eran descubiertos y ajusticiados, sus murmuraciones corrían entre el pueblo como fantasmas.

«Temujin no tiene nada contra vosotros —decían los murmuradores—, os quiere como un padre. Su único deseo es haceros reyes de los inferiores. Someteos al estandarte de las nueve colas de búfalo y él os llevará a la victoria, a la riqueza, a la adquisición de tesoros y a la posesión de innumerables mujeres hermosas y muchos rebaños».

«Si no os sometéis —decía otro murmurador—, caerá sobre vosotros con terror y muerte, sin compasión, porque seréis traidores y enemigos ante él. Luchad contra él y moriréis, porque los relámpagos han bajado del cielo a su mandato, y las aguas vengativas han surgido para hacer su voluntad».

Las supersticiosas tribus escuchaban, contrayendo sus oscuros rostros bronceados. «Es la voluntad del cielo que haya una confederación de los clanes del Gobi —decían los infiltrados—, porque los dioses tienen una poderosa misión para las hordas, y para el pueblo noble e irresistible que recorre las estepas. Los imperios están en estado de decadencia. Sus hombres son eunucos obesos y débiles. Dios nos ha llamado para destruir la abominación de esta podredumbre avariciosa que ha condenado a los pueblos de las estepas a la pobreza, al hambre y la opresión. El bienestar y los tesoros de las ciudades imperiales nos han sido negados, y la miseria nos roe en los largos inviernos.

»Sólo nosotros somos buenos y fuertes, sanos y viriles. Somos los llamados a liberar la tierra de la pestilencia y las enfermedades de las abotagadas ciudades, a desalojar a los mercaderes y eunucos de sus confortables almohadones y de sus fiestas».

Pero Temujin había subestimado la inteligencia de los pueblos nómadas, quienes aman la libertad aún más que las fiestas, las mujeres y los caballos. Algunos khanes y jefes osados hablaban de la esclavitud que se instauraba en las tribus conquistadas por Temujin. «Se dice que mira a los hombres como animales y los ata a su voluntad sin consultarlos y sin su consentimiento».

Los infiltrados se reían desdeñosamente. «Esto es sólo por ahora. La confederación del Gobi es su primer triunfo. Para consolidarla tiene que ser cruel. Debe ser juez y general, señor y líder indiscutible. Debe moverse con rapidez. La disidencia es peligrosa. Reduce al pueblo a la impotencia. Por algún tiempo deben obedecer ciegamente, pero después su libertad les será devuelta y gobernarán la tierra».

—Yo deseo saber por qué muero o por qué lucho —refunfuñaban los jefes de tribu más viejos, demasiado orgullosos de su propio juicio—. Deseo ser consultado. Deseo saber dónde debo colocar a los que depositan su confianza en mí.

De nuevo los espías se reían. «Las discusiones encierran grandes debilidades. Cuando los hombres discuten sobre una campaña, el enemigo marcha hacia delante y los sorprende en medio de sus afeminadas charlas. Temujin mismo es sólo un instrumento en manos del destino. Él también sirve. ¿Quién eres tú, que te atreves a desafiar a los dioses?».

No obstante, muchos se resistían, entre ellos los merkitas y los uigures, que eran fuertes, orgullosos, ansiosos por servir a la tribu y celosos de su propia libertad individual. Pero había muchos que escuchaban a los infiltrados y creían que la pérdida de la libertad individual era un pequeño precio por la gloria y la conquista, por la dedicación y el servicio a los dioses. Los románticos y soñadores escuchaban ansiosamente los relatos sobre el joven khan de cabello rojo, de quien se sabía que había herido a cincuenta hombres con su sola espada, saliendo ileso.

Además era el hijo adoptivo del poderoso khan Toghrul, y se susurraba que éste lo quería más que a su propio hijo Taliph y que lo haría su único heredero. Las leyendas sobre su nacimiento corrían de boca en boca.

Muchos infiltrados eran sacerdotes que susurraban sobre los terribles augurios de su venida al mundo y de los espíritus que visiblemente habían asistido a su madre en sus dolores de parto.

Corrían los rumores por las vastas extensiones del Gobi, las verdes estepas, los ríos, las caóticas montañas y la arena muerta. Los hombres hablaban de ellos con aprensión y recelo, ante los fuegos de los campamentos, mirando con inquietud el horizonte.

Pero los jóvenes, los adolescentes y los niños estaban ansiosos.

Sus corazones anhelaban un khan invencible, espléndido y conquistador.

—Las barbas grises se sientan alrededor del fuego —decían con resentimiento—, satisfechas de poder mojar la carne de carnero en salsas de hierbas y masticar mijo. La llama de la lucha se ha apagado en ellos. Hablan de la libertad como si fuera una diversión, en vez de una invitación al hambre, al frío y al peligro.

Y los hombres de barbas grises sacudían sus marchitos dedos y respondían:

—¿Somos hombres o ganado? ¡Tenemos nuestra independencia y nuestra libertad, por la que nuestros padres murieron, y vosotros, jóvenes tontos, queréis destruirlas por un puñado de oro y el placer del asesinato! ¿No tenéis amor propio de hombres? ¿Por qué agacháis las cabezas ante semejante hombre y le pedís que os aplaste con su pie?

Pero sólo los viejos apreciaban la libertad y la independencia. La juventud anhelaba la autoridad y la obediencia, el privilegio de ser mandado y escarnecido, de ser guiado y golpeado. Los hombres viejos sabían que la madurez valora el orgullo y la hombría, el privilegio de mirar a otro hombre y decir: soy tu igual y tú no eres mejor que yo. Pero este privilegio futuro no les interesaba a los jóvenes.

Los ancianos hablaban de las glorias de sus tribus y hablaban desdeñosamente de Temujin, diciendo que pertenecía a los mongoles qiyat, quienes eran sólo asesinos hambrientos y ladrones. Pero los jóvenes no tenían orgullo de tribu y decían que Temujin era un sabio y que deseaba consolidar todos los pueblos del desierto y las estepas.

—Una vez huyó de nosotros —cloqueaban los ancianos merkitas—. Abandonó a sus mujeres y sus niños en nuestras manos. Huyó a las estepas y lo perseguimos.

—Vosotros sólo pensáis en matar —decían los ancianos—. Nosotros pensamos en la paz. —Y se lamentaban de que la disciplina no se había hecho cumplir y que el respeto debido a la edad no había sido inculcado en sus hijos—. En nuestra juventud —decían—, nuestros padres eran nuestros dioses. Los respetábamos y reverenciábamos. Desgraciados de nosotros que hemos

engendrado una raza de impúdicos mentirosos y escarnecedores de la autoridad.

En todo el Gobi cundía el espíritu del descontento, murmurando, condenando, apremiando y prometiendo. Y dondequiera que se murmuraba, la desunión era el resultado: voces encolerizadas y confusión. Mucho antes de que las hordas de los mongoles qiyat aparecieran, las tribus estaban desorganizadas y vacilantes, y muchas preferían jurar fidelidad sin perder una sola vida.

«Confundid a un pueblo en su propio medio y lo tomaréis sin derramar una gota de sangre», decía Temujin.

Pero, con todo, aún quedaban numerosos pueblos más fuertes que el de Temujin, orgullosos de su poderío.

—Puede que conquiste a los pueblos débiles —decían desdeñosamente—, pero a nosotros no nos conquistará.

Escuchaban los relatos acerca de Temujin con escepticismo y seguían con sus negocios. Se burlaban de la teoría de Temujin de que entre los pueblos debía haber un pueblo supremo.

—¡Qué! —exclamaban—. ¿Piensa él que sus mongoles son superiores a nosotros? ¿Cree que ellos han nacido para ser los reyes de los demás hombres?

Entre los más poderosos de la gente del Gobi estaban los keraítas y los tártaros, y ante su orgullo, su ferocidad y, en el caso de los keraítas, su civilización, Temujin era sólo un pequeño jefe merodeador aquejado de sueños de grandeza. Se reían de él y no se preocupaban, dejándolo conquistar los pueblos débiles, y recordaban que por lo menos protegía las rutas de las caravanas y por eso le debían cierta gratitud.

Capítulo 55

EN LAS regiones áridas, las tierras desoladas y las estepas del Gobi, Temujin se preocupaba de consolidar los pequeños pueblos y tribus que absorbía. No le afectaba que los poderosos keraítas y los tártaros se mofaran de él y no le temiesen.

—Dejadlos reír y olvidar —decía cuando se lo comunicaban los espías—. La risa y el olvido son mis aliados. Pero algún día no reirán y jamás olvidarán.

Mientras tanto, cada vez más mercaderes le pagaban tributo para proteger sus caravanas. Los chinos le dieron enormes sumas y grandes tesoros por su protección.

—Por fin tenemos orden en el corazón del horrible Gobi —decían muchos de ellos—. Temujin ha convertido en hombres a las bestias saqueadoras y no nos interesa cómo lo ha conseguido. Ha creado orden en el caos. Ahora los historiadores se dignarán a concederle una o dos líneas en sus libros.

Pero en su mayor parte, los poderosos y los ricos no habían oído hablar de él. Detrás de la gran muralla de Catay, construida menos para mantener fuera los invasores bárbaros que dentro a la flor de la civilización, el enorme imperio continuaba con sus asuntos sin saber nada de un joven khan mongol y su pequeña confederación en las perdidas regiones áridas del desierto, del que ellos sólo vagamente habían oído hablar y que les hacía estremecer cuando oían alguna referencia.

En realidad, Temujin era sólo un pequeño jefe salvaje, perdido en las tierras desoladas, ocupado en sus propios asuntos, en sus nimios tejemanejes. Los chinos estaban más enterados sobre los poderosos tártaros, que golpeaban con insistentes pero inofensivas oleadas la Gran Muralla.

—Sus mujeres dan a luz por camadas —se quejaba un noble de Catay—. Algún día tendremos que reconocer, de una vez por todas, la importancia del número.

Pero los otros se reían.

—Los bárbaros van armados sólo con flechas. No son más que osos de los bosques. Mientras tanto, nuestra caballería patrulla nuestras murallas, y las puertas de nuestras ciudades están guardadas por los mejores soldados del mundo.

Así dormía y soñaba la civilización china, y los tártaros gruñían y discutían cerca de la muralla, o cabalgaban en grandes ejércitos y a los alrededores del país. Ocasionalmente, sus elegantes y civilizados gobernantes chinos tenían que mandar, con enorme fastidio, algunas expediciones contra esos bárbaros, simplemente para llamarles la atención sobre lo impropio de su actitud, a la manera de un padre disciplinando lánguidamente a un hijo fastidioso.

Pero los tártaros recibían esas expediciones cada vez con menos respeto y hasta mostraban ansias de luchar y rebelarse. Por último, los chinos decidieron que había que darles un escarmiento para que no olvidasen el lugar que les correspondía en la disposición de las cosas.

La historia, que había bostezado por un millar de años en Asia, se irritó y abrió los ojos. Y entonces un ruido nefasto golpeó sus oídos: el largo gruñido subterráneo de los bárbaros en las puertas de la civilización. Asia se incorporó, desempolvó sus frágiles manuscritos y releió la historia antigua. Tomó su pluma. La humedeció. «Otra vez una vieja historia de siempre», pensó, y sus viejos huesos se movieron pesadamente porque había creído poder dormir por siempre jamás.

«¿Cuál será el nombre del monstruo esta vez? —pensó—. ¿Desde dónde se levantará de nuevo? ¿Desde el este, el oeste, el norte o el sur? Mil veces se ha levantado y conquistado, pero al final es conquistado. No obstante, siempre viene y siempre la vieja historia se repite».

Bostezó fatigada, preguntándose si llegaría alguna vez el día en que el monstruo sería destruido para siempre y ella podría sumirse en un sueño eterno.

Entre los que no se burlaban de Temujin, el pequeño rapaz de las tierras áridas y las estepas, estaba el khan Toghrul, que tenía sus propios espías.

—Los hombres cometen un grave error cuando oyen a un hombre alardear y creen que, porque alardea, nunca actuará —decía a su hijo Taliph—. Ése es un aforismo ocioso. Los hombres que obran, primero hablan. Yo temo a los que hablan...

—Pero no creas demasiado de Temujin —dijo Taliph—. Admito que yo solía pensar en él, pero ahora se ha hundido en su propia ambición, es un pequeño reino de hormigas, rodeado por miles de millas vacías. Permítele

tener su pequeño triunfo entre las otras hormigas. Ahora hay que pensar en los tártaros.

Pero una extraña obstinación hacía pensar al viejo khan en Temujin.

—La historia es siempre contemporánea —observó.

Taliph estaba impaciente.

—Si eso es así —dijo—, entonces ha empezado a fijarse en los tártaros.

Pero aún el khan Toghrul pensaba en Temujin. No podía olvidarse de él.

—Debí matarlo cuando tuve la oportunidad —dijo—. ¿Quién sabe? Puede que los hombres me lo hubieran agradecido.

Taliph pensó que su padre chocheaba. Parecía tonto por su parte desperdiciar un pensamiento en un insecto insignificante como Temujin, que desde luego no era una amenaza para los grandes pueblos keraítas. Un solo ejército keraíta podría destruirlo en una noche, no dejando rastros de él. Verdaderamente, su padre estaba chocho. Pero es que no era el mismo desde la muerte de Azara, aquella criatura idiota que se había anidado tan hondamente en el corazón de su padre. Durante meses el anciano había exclamado sin cesar: «¿Por qué lo hizo? ¿Era yo un padre duro? ¿La castigaba o desdeñaba? No, yo la amaba. Ella era la amada de mi corazón, la luz de mis viejos ojos. La había dado en matrimonio a un gran príncipe de la rama de su madre. Hubiera sido una reina. ¿Por qué lo hiciste, mi niña, ni encantadora niña?».

Taliph creía que este duelo incesante era inapropiado, ya que Azara había sido sólo una mujer, después de todo. Era indecoroso por parte de un hombre lamentarse así por una muchacha, incluso investigar la razón de su suicidio. Cualquier hombre inteligente sabía que las mujeres eran sólo ganado sin discernimiento. Sólo los tontos trataban de sondear las razones de sus ciegas tonterías.

Taliph estaba contento, con todo, de que su padre hubiera empezado a hablar de algo aparte de Azara. La salmodia sin fin lo había disgustado. Ahora había que hablar de los tártaros, que eran una real amenaza por razón de su número y su ánimo belicoso.

—Necesitan disciplina otra vez —dijo.

Pero Toghrul hablaba sólo de Temujin.

—Debí haberlo matado —repetía.

—Desperdicias demasiado tiempo pensando en uno de tus más ínfimos vasallos, padre mío.

El khan tenía los ojos hundidos y febriles.

—Él es una sombra de fuego en el negro amanecer del futuro —murmuró—. Anoche soñé que cabalgaba saliendo de ese oscuro amanecer y que él y su caballo llegaban hasta el cielo. No podía recordar su nombre, y alguien me susurró que era inmortal, que había tenido muchos nombres y que tendría muchos más.

Pero Taliph se equivocaba al presumir que su padre estaba chocho. Nunca había estado el anciano tan al tanto de los acontecimientos. Escuchaba atentamente los informes de sus legiones de espías, diseminadas por toda Asia. Y ese extraño presentimiento suyo lo hacía escuchar aún más atentamente los informes sobre Temujin. Hasta sabía que Temujin tenía otro hijo ahora y que pronto tendría otro. Tres hijos, pues.

—¡El parto de la bestia! —decía, y se horrorizaba de sus propias palabras.

Sabía los nombres de los principales nokud de Temujin, de su hermanastro Belgutei, de su hermano Kasar, de Subodai, Chepe Noyon y Jamuga Sechen. No eran nombres de hormigas, para él, a pesar de las ocasionales argumentaciones de su razón. Eran nombres a tener muy en cuenta.

Un día recibió una citación de un gran general chino para presentarse en su corte, dentro de la Muralla.

Capítulo 56

TOGHRUL era amigo del general chino, quien no simpatizaba especialmente con el imperio del Sung, el reino de Hia y el imperio de la Negra Catay. Estos imperios chinos estaban celosos unos de los otros, aunque mantenían una más o menos civilizada tolerancia y elegante intercambio. A todos les unía su orgullo por su propia civilización y el menosprecio por lo que ellos llamaban «hordas sin nombre» de más allá de la Muralla. Pero el odio estaba creciendo en sus jardines como una flor carmesí, esperando sólo el momento para estallar en terrible florecencia sobre la corrupción y la decadencia de las ciudades atestadas.

El general estaba lánguidamente molesto.

—Hemos sido negligentes —dijo—. Ahora debemos disciplinar a los bárbaros de nuevo. Te he llamado, khan Toghrul, para que convoques a tus mejores vasallos y nos prestes ayuda contra los tártaros. —Bostezó—. Es un incendio —añadió.

Íntimamente, él consideraba al khan Toghrul un bárbaro, sólo civilizado en parte, a pesar de sus ciudades keráitas y su palacio persa. El general se había graduado en una academia militar en la que había aprendido que los caballeros civilizados utilizaban a sus aliados bárbaros para someter a otros bárbaros. Era más fácil. Y cuando los bárbaros luchaban, los caballeros podían volver a sus propias ocupaciones, satisfechos de que los otros se mataran mutuamente, reduciendo así su potencial amenaza.

—¿Qué obtendré yo de esto? —preguntó Toghrul.

El general lo miró, pero fue bastante cortés, después de un momento, para apartar la mirada. Él era mucho más joven que el khan y se preguntó qué más querría el anciano, porque con seguridad estaba al borde de la tumba. Sonrió afablemente.

—Te daremos el título chino de Wang, o príncipe, mi viejo amigo —respondió—, y la mejor parte de cualquier botín que tomes.

—No es bastante —dijo Toghrul—. Quiero un palacio y un salvoconducto permanente dentro de la Muralla.

El general enarcó las cejas delicadamente.

—Pero ¿por qué, amigo mío?

Toghrul se obstinó:

—Ése es mi deseo.

El general vio en el fondo de los hundidos y astutos ojos una pálida sombra de temor. ¿De qué? Sus propias ciudades keraítas estaban fortificadas y suficientemente protegidas.

Toghrul repitió con voz sombría:

—Un palacio dentro de la Muralla.

El general se encogió de hombros, frunciendo algo el ceño. Sabía que al emperador no le agradaba que ningún aliado se instalase dentro del imperio. Los aliados, había dicho, traen otros aliados y los aliados acaban siendo enemigos. Pero esta vez era mejor que murieran los bárbaros keraítas y no los chinos.

—Muy bien —dijo cordialmente—, lo tendrás. Y permíteme darte en este momento mi propia y personal bienvenida.

Ya en su casa, Toghrul murmuraba para sí: «Wang, Wang Khan, ¡príncipe de Catay! Y una casa dentro de la Muralla. ¡La hermosa Muralla! ¡La Muralla invencible!».

Por primera vez desde hacía largos y angustiosos meses, durmió y no soñó.

—En el día del nacimiento de su tercer hijo, Agotai, Temujin recibió una citación del khan Toghrul. Ahora tenía tres hijos: Juchi el Indefinido, Chutagi y Agotai. No hacía distinciones entre Juchi y los dos niños menores. Todos eran hijos del vientre de Bortei. Le deleitaba especialmente Agotai, que tenía su mismo cabello pelirrojo. Houlun, en sus raros momentos de afabilidad, contó a su hijo que Agotai era idéntico a él mismo en la época de su nacimiento.

Pero estos momentos amables eran infrecuentes, porque Houlun no podía hablar a Temujin sin ironía, menosprecio, reproche o enojo. Ella y Kurelen eran los únicos que no parecían temerle. Houlun no simpatizaba abiertamente con Bortei, y como era todavía la matrona de las tiendas, en ocasiones hacía desgraciada la vida de Bortei, diciéndole que sabía tanto como una simple sirvienta virgen acerca del cuidado de los niños, que era vana, tonta, codiciosa y, en resumen, una persona inadecuada para ser la esposa de un khan mongol qiyat. Entre las dos mujeres el odio se había agriado. Parte del odio de Houlun se debía a su perdida influencia sobre su hijo. Ella sabía bien que la mujer que comparte el lecho con un hombre tiene su posición. Y sospechaba con razón que Bortei hablaba despectivamente de su suegra, aunque con voz indulgentemente divertida. De modo que el orgullo herido y la soledad

afilaban la lengua de la mujer mayor, y aun cuando hablaba encolerizada, había tristeza herida en sus ojos.

Houlun tampoco tenía simpatía por Jamuga Sechen, a quien consideraba un tonto. Pero no se suscribía a los maliciosos rumores de que era un traidor, aunque ella misma hubiera declarado en algunas ocasiones que lo era. A su parecer vigoroso y frío, Jamuga no era un traidor, sino que simplemente cargaba con una conciencia peculiar, a la cual comprendía aunque la ridiculizara. Sabía también del leal cariño de Jamuga por Temujin. Y sabía que sufría, como ella, por ese cariño. Jamuga se encontró con un inesperado aliado en la solitaria madre de Temujin, y aunque por naturaleza era frío y sospechaba de todos, comenzó a profesarle una leve gratitud. Él sabía que esta alianza tenía su raíz en el odio de Houlun hacia Bortei, pero sabía también que era genuina. Hablaban ocasionalmente, con cortas y cautelosas frases, pero sus palabras estaban cargadas de significado y ansiedad.

—Jamuga Sechen —dijo ella un día—, estate alerta. Tienes un peligroso enemigo en Bortei, la esposa de mi hijo. No descansará hasta verte arruinado.

—Lo sé —dijo él en voz baja.

—Lo que yo le digo a Temujin durante el día, es destruido por la noche —observó ella.

—Temujin no cree en nada, sólo en lo que desea creer —dijo Jamuga tristemente, aunque en esos días el joven khan sólo le demostraba amistad.

—Te daré un consejo, Jamuga: guarda tu lengua. Sea lo que sea lo que Temujin haga, no lo disgustes. Consiente en silencio, si no puedes con palabras.

Pero para Jamuga era casi imposible. Su interior torturado traía palabras amargas a su lengua. Si no hablaba, no tenía nada de paz. Expelía sus protestas como un volcán expele fuego consumido y vapor, por miedo de explotar y destruirse a sí mismo. Lo que Kurelen le había dado para leer había endurecido su confusa integridad interior, de modo que sabía que la vida de un hombre era un pequeño precio por su paz.

La paternal y afectuosa citación del anciano Toghrul decía que necesitaba que su hijo adoptivo combatiese a los tártaros, quienes amenazaban la tranquilidad del imperio chino. Temujin respondió enseguida con su acostumbrada energía. Convocó a todos sus sacerdotes, los lamas ataviados en rojo y amarillo, los dos pastores cristianos nestorianos, los tres musulmanes y su propio chamán. Ellos debían hablar a sus guerreros esa noche, diciéndoles que

el khan los llevaba a la guerra por una causa noble, que se prepararan para la victoria o la muerte.

Temujin tenía una gran tolerancia religiosa, él nunca patrocinaría cualquier rivalidad entre los grupos religiosos que formaban su pueblo. Una vez, un musulmán había tenido un violento litigio con un cristiano. Ambos sacaron sus espadas tratando de matarse con fiereza. Temujin cogió un garrote y les dio tal paliza que los dejó inconscientes. El musulmán murió al día siguiente a consecuencia de las heridas. «En la causa de la unidad, debe haber paz entre las religiones —decía—. El que discute por sus dioses, debe ir a ellos con prontitud y exponer ahí sus argumentos. —Y añadía—: Un jefe que promueva o patrocine rivalidades religiosas entre su pueblo no es un verdadero jefe, sino una pendenciera y estúpida mujer sentenciada a muerte».

Jamuga habría aprobado esta tolerancia religiosa si no hubiera sabido que en verdad Temujin no se interesaba por la tolerancia, sino sólo por la unidad de los muchos y diferentes pueblos que ahora formaban su tribu. Si disputaban acerca de sus creencias, podían poner en peligro la supremacía y liderazgo del khan. Y Temujin no lo permitiría; la muerte y las penas muy severas eran su ley.

—Servid a vuestros dioses en vuestras almas, pero servidme a mí primero con vuestros brazos —decía—. El que dice que su dios es el único dios verdadero y así remueve las disensiones, me infiere una herida imperdonable.

De manera que cuando un musulmán se arrodillaba para orar al anoche, él ordenaba que los cristianos se arrodillaran también, como su propia gente, los taoístas y los budistas.

—Las plegarias en unión no lastiman —decía, pero ordenaba a los musulmanes que susurraran sus invocaciones: «No hay otro Dios sino Alá, y Mahoma es su Profeta», de modo que los otros no lo oyeran.

Cuando los cristianos empezaban la celebración de la misa, ordenaba a los musulmanes a permanecer próximos y observar con reverencia, diciendo: «Sólo hay un Dios de todos los hombres, y responde a todos los hombres, como una mujer responde a las muchas caricias de su esposo, permaneciendo siempre la misma mujer».

Cuando el sacerdote budista hacía girar su rueda de las plegarias y cantaba, decía a los otros:

—¡Observen cuán maravilloso es Dios, que comprende el lenguaje de todos los hombres!

Pero era severo con los sacerdotes, pues sabía que eran las semillas de la amargura y la disensión.

—Enseñad a vuestra gente que Dios es el padre de toda la humanidad —decía—. El que dice que Dios es sólo su padre y no el de todos, es un embustero.

Él mismo mató a un sacerdote que no le obedeció.

—Guardad vuestras opiniones para vosotros mismos —decía— y hablad en voz alta sólo una ley: obediencia al khan, quien es el instrumento de los dioses.

Premiaba a los sacerdotes en abundancia, sabiendo que un sacerdote gordo es un buen servidor de su jefe. Trataba a todos los sacerdotes con absoluta imparcialidad y amistosamente, arreglando las diferencias entre ellos con equidad y sentido común.

El resultado era que los sacerdotes le obedecían y estimaban. La noche antes de que los guerreros se pusieran en marcha para su suprema batalla, los sacerdotes estaban muy ocupados, invocando, orando y aconsejando a sus prosélitos.

Jamuga, a pesar del consejo de Houlun y Kurelen, no podía mantenerse quieto. Cuando supo de la expedición, fue a ver a Temujin lleno de enojo.

—Ésta es una guerra extranjera y distante, Temujin —exclamó—. No tiene nada que ver con nosotros, que vivimos en el corazón del Gobi. ¿Qué querella tenemos nosotros con los tártaros?

—Mataron a mi padre —dijo Temujin con una débil sonrisa sardónica.

Jamuga lo miró con ceño y Temujin sonrió.

—En las guerras, los hombres se hacen fuertes. Necesito fortalecer a mi pueblo —añadió.

—¿Para qué? ¿Para otras guerras? —repuso Jamuga.

—Sí, has acertado. Para otras guerras.

Jamuga suspiró hondamente.

—Yo no discuto por las guerras de necesidad y supervivencia. Pero ni la necesidad ni la supervivencia están amenazadas por los tártaros, cuyas tribus próximas viven en paz con nosotros. Tú tienes dos esposas tártaras. La semana pasada, un khan tártaro fue tu huésped. ¿Por qué enviar ahora a nuestra gente para matarlos, a leguas de distancia, por el deseo de los chinos y el khan Toghrul? El khan Toghrul se beneficiará. Pero ¿qué beneficio obtendrás tú? ¿Son nuestros hombres mercenarios?

Temujin lo miró inescrutable.

—Cada guerra es la historia de la venganza de un hombre —dijo.

Jamuga estaba desconcertado.

—Pero esta venganza no es tuya —balbuceó.

Temujin se encogió de hombros. Sus ojos centelleaban.

—¿Cómo lo sabes? —repuso—. Vete, Jamuga, no me molestes. Tú sólo miras el día de hoy. Yo miro al de mañana.

—¡Mañana!

—¿Crees que yo actúo sólo para hoy? Miro al futuro. Cada guerra me acerca más a él.

Jamuga se acaloró. Le parecía cruel, disparatado y vergonzoso que Temujin llevase a su pueblo a una guerra para provecho de otros.

—El que vende su derecho de nacimiento una vez, lo ha vendido para siempre —dijo.

—Eso no está mal si el precio es bastante alto —replicó Temujin sonriendo. Dejó de sonreír—. No sé por qué soporto tus reproches y tus desconciertos, Jamuga Sechen. Ningún otro se atrevería a hablarme así. Te he ordenado que te marches. Me molestas.

Jamuga no se arredró. Con amargura, dijo:

—Si tu pueblo fuera libre en vez del esclavo que has hecho de él, no te atreverías a hacer esto. Un hombre libre lucha en guerras nobles para defender lo que le es precioso. Pero en esta guerra sólo defenderemos los beneficios de otros.

Temujin no respondió, pero miró a Jamuga de una forma meditativa y peculiar.

La discusión entre Jamuga y Temujin se comentó en todo el campamento. Esa noche, Bortei, mientras reposaba en los brazos de Temujin, dijo:

—Te lo he dicho, mi señor, ése es un traidor. Anda entre el pueblo incitando a la rebelión.

Temujin rió.

—No lo creo, Bortei. El pueblo se burla de él. Y él es incapaz de traición.

Pero Bortei no era de las que se muerden la lengua.

—Una opinión en disidencia es siempre peligrosa —dijo—. La gente sabe que Jamuga ha discutido contigo, de modo que se preguntan si la discusión ha sido justificada. Mientras este hombre viva, siempre habrá discusión por sus opiniones. —Empezó a sollozar—. Tu cariño por él te ciega y nos pone en peligro a todos. Entre tanta gente debe de haber muchos que no están de

acuerdo contigo, pero guardan silencio. Sin embargo, Jamuga pronuncia en voz alta sus disensiones.

Mentalmente Temujin estuvo de acuerdo con ella, pero le recomendó contener la lengua. Él tenía sus propios planes y no podía olvidar que Jamuga le había salvado la vida dos veces y le profesaba un profundo cariño y una lealtad incondicional.

Pero Bortei tenía algo más que decir:

—Hay traidores en todos los pueblos, y Jamuga, en su simplicidad, puede llegar a ser el instrumento de hombres ambiciosos e inescrupulosos.

De nuevo Temujin estuvo de acuerdo con ella mentalmente, pero le dio un golpe en la boca y la mandó a su lecho.

Capítulo 57

EL OBSTINADO Jamuga se empeñó en un desesperado intento final: consultó a Kurelen sabiendo que por lo menos sería comprendido. Kurelen escuchó pensativo. Luego dijo:

—Jamuga, ¿se te ha ocurrido que quizá Temujin está devolviendo un favor? Toghrul respondió a su pedido de ayuda, generosa y liberalmente. Temujin era su vasallo, y ahora el khan sólo le ha requerido el mismo auxilio que antes le otorgó.

—Eso era diferente, Kurelen. Entonces, el pedido de auxilio de Temujin era desesperado y necesario para la supervivencia de su pueblo. Era cuestión de vida o muerte. Pero en esta guerra del khan y sus jefes chinos contra los tártaros, no existe tal condición. Toghrul será generosamente recompensado por destruir a un pueblo hambriento y deambulante, cuyo único crimen es que jamás ha tenido suficiente alimento. Él le arrojará generosamente un hueso a Temujin, cuyos guerreros no tendrán recompensa, sino la miseria de una guerra, la muerte, el agotamiento y la futilidad de una disputa ajena.

—¿Crees en verdad que esta guerra traerá tanta desgracia? —dijo Kurelen, y salió de la tienda para observar la reunión de los guerreros. Jamuga se detuvo a su lado. Escucharon los vehementes gritos de triunfo y excitación, las risas, las encendidas discusiones y argumentaciones. Los caballos relinchaban excitados. La confusión era tremenda. El rostro de cada jinete y cada guerrero brillaba bajo su capa de grasa y polvo. Muchos agitaban sus látigos, se daban empellones o se enzarzaban en luchas bromeando, y el entrecocar del acero se añadía al estrépito. La escena, plena de color y eufórica actividad, confundía la mirada.

—No creo recordarlos tan alegres desde hace mucho tiempo —dijo Kurelen—. Están jubilosos, ebrios de alegría, desenfrenados por la expectación.

—Eso es porque están intoxicados con sueños de gloria y conquista, y han sido seducidos por el misticismo de los astutos sacerdotes.

Kurelen continuaba observando los guerreros.

—No lo creo —dijo meditativamente—. He vivido lo suficiente para saber que nada es tan simple como el hombre intelectual pretende. Creo que el amor a la guerra no reside en cualquier artero embuste de un rey o un

sacerdote, sino en la naturaleza del hombre mismo. Los exangües y de pálida voluntad lo niegan, pero es así.

—¿Crees que los hombres prefieren la sangre, la muerte, la tortura y el odio, a la paz, la seguridad y la amistad? —inquirió Jamuga incrédulo.

Kurelen asintió lentamente.

—Sí, porque la paz y la seguridad son monótonas y desquiciantes. Ellos insisten en que la fuerza se devora a sí misma, detrás de murallas seguras, como un animal encadenado. Pero el acero, la sangre y la guerra responden al espíritu aventurero y viril del hombre, y a su mística necesidad de autosacrificio y abnegación. De modo que en la guerra siente mayor seguridad de la que la paz puede proporcionarle. La seguridad de ser parte de uno de los enormes propósitos del universo y de haber servido a algo más grande que él mismo. —Sonrió al semblante pálido y de repudio de Jamuga —. El problema de todas las épocas es que, si debe haber paz, esa paz debe ser, no monótona y estancada, una afrenta para el hombre de espíritu rebelde y activo, sino aventurera y excitante, para satisfacer el autosacrificio y la virilidad de su naturaleza. Y, Jamuga, este deseo no se encuentra en los libros o las filosofías, que son tierra seca asentándose en rostros muertos. —Se rió —. Nuestros conocimientos deprimen a los hombres. La guerra los exalta. Somos nosotros los que agonizamos, no ellos. ¡Nosotros soltamos discursos y ellos viven!

Jamuga guardaba silencio. De repente dijo:

—Observa los semblantes de las mujeres. No están alegres ni jubilosos. Sólo se muestran infelices, llenos de pesar y temor.

Kurelen miró a las mujeres y respondió en baja voz:

—Es parte de nuestra decadencia, Jamuga Sechen, el que tengamos en cuenta a las mujeres.

Jamuga, perdiendo toda su precaución, fue a ver a Subodai, Chepe Noyon y Belgutei. Estaban con el simple Kasar en una última consulta acerca de las formaciones. Belgutei lo saludó con una sonrisa y dijo:

—Eres afortunado, Jamuga, yendo con nuestro señor en su expedición. A mí se me ha ordenado permanecer aquí, y Kurelen será el señor en lugar de Temujin.

Esto era nuevo para Jamuga, que había pensado que tendría que permanecer allí. Un sombrero sonrojo subió a sus descoloridas mejillas y se mordió el labio. La cólera hizo desaparecer el último girón de precaución. Si hubiera sido reservado, habría hablado a cada joven nokud por separado, pero estalló temerariamente:

—¿Qué pensáis de esta expedición? ¿Sois hombres o bestias irreflexivas? ¿No sabéis que esta batalla no es nuestra, sino provocada por la codicia de un anciano?

Todos lo miraron sorprendidos. Luego, lentamente, cada hombre bajó los ojos tras echar una mirada a su vecino. Pero nadie respondió a Jamuga. Sólo Kasar lo miró con ojos mordaces, sonriendo con malicia.

—Subodai —dijo Jamuga volviéndose desesperado hacia el joven paladín—, ¿no tienes nada que decir?

Subodai levantó la vista con expresión fría y reservada.

—La voluntad de mi señor es mi voluntad —respondía—. Vivo sólo para servirlo. Te lo he dicho antes, Jamuga Sechen.

Chepe Noyon sonrió, preguntando curioso y alegre:

—¿Qué querrías tú que hiciéramos? ¿Desafiar a nuestro khan y rehusar ir con él?

Belgutei rió. Le agradaba Jamuga y vio que aquello podía terminar mal. Echó una rápida mirada a Kasar, que estaba locamente celoso del hermano juramentado de Temujin. Trató de hacer pasar todo el asunto como una gran broma.

—Jamuga no simpatiza con nosotros, ya veis. Desea destruirnos a todos y hacerse el primer consejero de nuestro señor, como ya es su primer amigo.

Subodai y Chepe Noyon lo comprendieron enseguida. Miraron a Kasar y cambiaron significativas miradas.

—Oh —dijo Chepe Noyon sonriendo—, ¡ya sé! Estás celoso de nosotros, Jamuga. Pero nosotros también de ti.

Jamuga guardó silencio, intuyendo indirectas burlonas. Ofendido, se volvió y se marchó.

Kasar no dijo nada, lo que no era habitual en él. Lo observaron irse despreocupadamente. Belgutei, entornando los ojos, dijo:

—Desconfío de Kasar a pesar de su simplicidad. Los hombres simples son peligrosos porque tienen una idea fija y actúan sobre ella a tropezones, como una mula. Todos sabemos que está locamente celoso de Jamuga. ¿Dónde creéis que va ahora?

Chepe Noyon se encogió de hombros y dijo:

—Sigo una regla en mi vida: no afligirme por nada que no me concierna.

—Jamuga es un tonto —dijo Subodai inquieto.

Kasar caminaba con desidia, pero una vez fuera de la vista de los otros, comenzó a apresurarse. Fue a la tienda de Temujin. Lo encontró despidiéndose de Bortei. La originaria admiración de Kasar por Bortei era ahora adoración. Ella podía hacer de él lo que deseara. Bortei le sonrió graciosamente. Kasar se alegró de que Bortei estuviera presente pues sabía cómo detestaba a Jamuga.

Habló a su hermano con voz ansiosa:

—Mi señor, vengo de consultar con Subodai, Chepe Noyon y Belgutei acerca de nuestras formaciones. Mientras hablábamos, Jamuga Sechen llegó con aspecto febril, apremiándonos a desobedecerte, diciendo que esta guerra no es nuestra, que es una guerra tonta sólo llevada a cabo para beneficio de tu noble padre adoptivo, el khan Toghrol.

Temujin lo miró incrédulo, pero Bortei batió palmas.

—¿No te lo dije, mi señor? Jamuga es un traidor. Pero ¿me escuchaste? No, simplemente me echaste de tu lado. Ahora lo oyes de tu propio hermano.

—Miró a Kasar brevemente, con ojos centelleantes.

—¿No puedo creerlo! ¿Y qué dijeron los otros?

—Se rieron de él —admitió Kasar.

Temujin apretó los dientes.

—Vieron que es un tonto.

—Pero los tontos son peligrosos —dijo Bortei.

—Ha ido demasiado lejos —murmuró Temujin, y puso la mano sobre el puño de la espada.

Alguien llamó a la entrada de la tienda. Era Kurelen. Sonreía, pero una rápida mirada alrededor le indicó que algo peligroso sucedía.

Había ido a pedir a Temujin que permitiera a Jamuga permanecer en el hogar, diciendo que él podría necesitarlo. Había obrado así por piedad, pero ahora lo que había ido a decir murió en su lengua, teniendo la sensación de la negra atmósfera de la tienda.

—¿Qué sucede? —inquirió con rapidez.

—Acabo de oír que Jamuga Sechen es un traidor y que está tratando de agitar la disensión entre mis nokud diciendo que esta guerra no es nuestra —respondió Temujin con el semblante congestionado—. Lo mataré ahora, con mi propia mano.

«¡Oh, qué tonto es!», pensó Kurelen. Miró con penetración no a Temujin, sino a Kasar, quien empezaba a mostrarse avergonzado. Porque Kasar no era sino simple y celoso, y sólo había deseado quitar a Jamuga el afecto de

Temujin, pero con certeza no había deseado su muerte. La alarma apareció en sus ojos perrunos.

Kurelen se sentó asumiendo una actitud negligente. Sonrió. Necesitaría en ese momento toda su habilidad para dejar a un lado toda la furia contra Jamuga.

—Tú sabes cómo habla Jamuga, Temujin, y sabes que no es un traidor. Sólo tiene una lengua suelta y muchas ideas tontas.

Los labios de Temujin se contrajeron. Su mirada era vehemente.

—Bien, pues haciéndole justicia, haré venir a Subodai, a Chepe Noyon y a Belgutei. Ellos mismos me lo dirán.

Kurelen suspiró como exasperado por tales niñerías en hora tan grave.

—Yo te lo voy a decir, Temujin: Jamuga vino a verme. Tú sabes la conciencia afeminada que tiene. Me preguntó si creía que esta guerra era correcta. Los hombres así prefieren luchas en guerras justas. Les agrada creer que ellos eligen lo que harán. Yo les otorgo un sentimiento de autodeseo e independencia. De modo que le dije que sea lo que fuere lo que tú haces, es siempre correcto.

Temujin trataba de mantener su semblante impasible, pero involuntariamente empezó a sonreír. Bortei se enfureció y miró a Kurelen con ojos rencorosos.

—Todos nosotros sabemos, Kurelen, cuán grande es tu afecto por Jamuga Sechen —dijo Bortei bromeando—. Tú lo defiendes siempre, aun contra nuestro señor.

Kurelen puso su mano meditativamente sobre sus labios, mirando a Bortei.

—¿Has tenido algún motivo para no simpatizar con Jamuga, Bortei? —preguntó afablemente—. ¿Te ha agraviado? Y si así fuese, ¿por qué no citarlo aquí para interrogarle sobre lo sucedido entre vosotros?

Bortei palideció y el corazón le dio un vuelco. Observó a Kurelen con la penetrante mirada de un animal acorralado. Entonces, con náusea, se dio cuenta de que Kurelen, de alguna forma misteriosa, sabía lo que había ocurrido entre ella y Jamuga. Los labios se le secaron de terror.

—Entre nosotros no ha sucedido nada —balbuceó temblando.

Kurelen continuaba observándola.

—Bortei —dijo tranquilamente—, eres una mujer inteligente. Siempre te he admirado, pues sé que posees un gran sentido común. Si verdaderamente crees que Jamuga es un traidor, debe de ser porque sabes algo que los demás ignoran, así que insisto en que sea traído aquí y confrontado contigo.

Nadie sino Bortei oyó la amenaza en su afectuosa voz.

—Muy bien —dijo Temujin impaciente—, hacedlo comparecer aquí. Bortei me ha aconsejado con frecuencia contra él. Ella lo acusará personalmente.

Bortei estaba tan pálida como la cera. Sus ojos, enormes, centelleaban de miedo, tragaba saliva y humedecía sus pálidos labios. Empezó a balbucear:

—Quizá nos hemos apresurado. Quizá no es un traidor...

Kasar intervino indignado.

—¡Pero yo lo he oído personalmente!

Kurelen, satisfecho con el efecto de sus palabras sobre Bortei, se volvió hacia su sobrino más joven.

—Kasar, siempre he admirado tu inteligencia. Eres lo bastante inteligente como para saber que Jamuga no es un traidor. Si insistes en que lo es, entonces sabré que mi opinión sobre ti es falsa.

—Se lo he oído decir a los otros —dijo Kasar sonrojándose.

—Tienes bastante discernimiento para saber que Jamuga es sólo un tonto —lo apremió Kurelen—, como diría un hombre inteligente a su igual.

Kasar se mantuvo un momento en silencio, hinchado de vanidad, porque siempre había creído que Kurelen lo consideraba un tonto. Luego dijo:

—Tienes razón, Kurelen. Siempre lo he considerado un tonto. Simplemente le agrada hablar por los codos.

Temujin, mirando con agudeza de uno al otro, tuvo la sensación de algunas corrientes subterráneas.

—Bien, queda aclarado que Jamuga es un tonto y no un traidor —dijo al cabo—. De cualquier modo, citaré a los otros para saber lo que dijo Jamuga.

Kurelen se encogió de hombros, suspirando como ante las palabras de un niño impetuoso.

—Temujin, ¿no se te ha ocurrido que en este momento, cuando hay una guerra en perspectiva, no es oportuno promover la cuestión sobre un traidor? Una acusación de traición hace pensar a la gente. Y Jamuga tiene muchos amigos aquí.

Se puso de pie y colocó su mano en el hombro de Temujin.

—Pregúntale a tu corazón, Temujin, si tu hermano juramentado es un traidor para ti.

El khan lo miró con fijeza, pero guardó silencio. Kurelen sonrió.

—Ya ves que no puedes responder. Pero yo hablaré con Jamuga y le diré que contenga su lengua. Como todos los hombres de pensamiento, habla

demasiado. Pero déjalo cabalgar a tu lado, quizá salvará tu vida de nuevo. Sabes que moriría por ti.

Y así fue cómo Jamuga, para su sorpresa, fue convocado para cabalgar al lado de Temujin. Cuando oyó la convocatoria no pudo hablar, porque temió romper a llorar. A pesar del dilema sobre su integridad, sus dudas y enojos fueron tragados por su cariño.

Kurelen sabía que Temujin no había olvidado todo. Sólo esperaba que Jamuga diese un nuevo paso en falso porque sabía que el joven nokud corría el más terrible peligro, y únicamente un milagro lo salvaría ahora.

Capítulo 58

EN EL palacio del khan Toghrul, Jamuga se preguntaba qué pensamientos perseguían a Temujin. ¿Veía a Azara en los pasillos y jardines? ¿Pensaba en ella a la luz de la luna? No lo podía saber. Observaba el semblante de Temujin, pero sólo veía calma indiferente. Una vez señaló la larga vista de los jardines a la luz de la luna y dijo a Jamuga:

—Una noche soñé que había una alta muralla blanca ahí. Alcanzaba el cielo y tenía una puerta de oro. Traté en vano de forzar la puerta.

—Fue una pesadilla —respondió Jamuga, que no conocía el resto del sueño—. Eso significa que hay puertas que los hombres no pueden nunca forzar y murallas que no pueden salvar.

Temujin lo miró meditativo y luego sonrió. Jamuga vio dolor e ironía en esa sonrisa.

—Creo que tienes razón —dijo el joven khan, y se alejó.

Jamuga lo vio ir de un lado al otro del jardín, inquieto, como buscando algo.

Una noche Jamuga se despertó con un extraño ruido, como un suspiro o un gruñido apagado. Pero cuando se sentó para escuchar, no oyó nada. Temujin dormía a su lado, con la pálida sombra de la luna sobre su tranquilo rostro.

Toghrul y Temujin se habían saludado con afecto. Temujin se sorprendió de ver cómo había envejecido el anciano. Se había encogido y su rostro era como una nuez marchita, tallada con un millar de líneas como cabellos. Pero su codicia y su astucia centelleaban en sus inextinguibles ojos, y su voz era tan dulce como siempre.

Ninguno de los dos mencionó a Azara, porque para ambos era un nombre que no debía renacer. Hablaban sólo de la próxima campaña y Toghrul expresó su satisfacción por el buen aspecto de los soldados de Temujin.

—Pronto derrotaremos a esos animales tártaros —dijo.

Sonrió a su hijo adoptivo y se sorprendió de que Temujin no correspondiera a la sonrisa.

—Los tártaros no son animales —dijo éste con tranquilidad—. Sólo son un incordio para los príncipes de Catay. Tú has sido inducido a auxiliar a los

príncipes y recibirás tu recompensa. Yo sólo pido los prisioneros, sus esposas, sus hijos, sus caballos, sus rebaños y sus tiendas. —Y no dijo más.

Taliph, amable y amistoso como siempre, quedó perplejo. Pero Toghrul, con sus crueles ojos brillando, no se confundió en lo más mínimo.

Se había preparado una gran fiesta en honor de Ye Lin Chutsai, el príncipe y general chino. Fue una celebración licenciosa y extravagante. Toghrul pensó que sería una fiesta adecuada para huésped tan ilustre y esperó que el general se sintiese a sus anchas. Pero el padre de Ye Lin Chutsai había sido un taoísta y él mismo suscribía la austeridad y sencillez de esta religión, aunque como caballero amaba la culta elegancia elitista. Encontró la fiesta y el palacio del khan bárbaros y repugnantes, pero, como decía con frecuencia, un caballero nunca permite que la religión o el refinamiento estropeen la cortesía, de manera que se declaró abrumado y deleitado por aquella orgía de mujeres y colores, vino y risas, riqueza y vulgaridad.

Estaba sumamente interesado en Temujin, y lo miraba con admiración. Nunca había visto cabello rojo ni ojos verdes antes, y le resultaban fascinantes. Estaba también intrigado por Temujin mismo, por su expresión y sus maneras. Poco después de su encuentro, dijo:

—En Catay tenemos una planta que se llama Won Nin Ching, «siempre viva», que florece sólo una vez cada diez mil años y señala la llegada de algún gran rey, un gran líder espiritual o una terrible epidemia. El cielo ha enviado una señal en esta planta, creemos. Esta mañana, dos de mis siemprevivas, dos de estas plantas florecieron, y ahora te veo a ti.

Sonreía apaciblemente mientras lo decía, como divertido por sus propias palabras y como si compartiese una amable broma con Temujin, que correspondió a su sonrisa. Pero Toghrul no dijo nada. Miraba un semblante, luego el otro, como una rata que oye y ve todo en un mundo en el que hace dos cosas a la vez: odia y es odiada.

Ye Lin Chutsai era un hombre apuesto, de mediana edad, con una voz profunda y resonante. Su tez era marfil claro y sus ojos traslucían vigor intelectual y físico.

Entre su larga barba se veían unos labios rojos y gruesos, dados a la sonrisa irónica y afable. Sus uñas eran largas, curvas y esmaltadas. En sus dedos centelleaban anillos con pedrería. Usaba sólo túnicas de seda blanca, excepto en la batalla. Erguía la cabeza orgullosamente, pero con sencillez. Era

el primer caballero que veía Temujin. Entre los dos hombres, el bárbaro y el noble, nació un cálido sentimiento de confianza y amistad.

Temujin estaba interesado en la historia de la siempreviva. El caballero chino rió levemente.

—Esta mañana mostré esta planta a un viejo primo de mi madre, que se ha entregado a alguna religión o filosofía bárbara. Es un hombre anciano y sabio, a pesar de su separación de la fe de sus padres. Palideció al verla y dijo: «Este florecimiento presagia la llegada del antiguo monstruo desde las oscuridades del pasado a la sanguinaria luz del presente».

Él cree que las calamidades que asolan a los hombres son inmortales, que el monstruo es abatido pero igual se levanta otra vez en las generaciones futuras para acosar, destruir, flagelar y castigar a los hombres por sus crueles actos y olvido de Dios. —Miró a Temujin con ojos alegres y danzarines, riéndose sin malicia—. Entonces, cuando le hablé de tu llegada, lloró y dijo: «¡El monstruo ha venido de nuevo!». Ya ves, Temujin, que mi viejo primo te conocía de antes. —Y soltó una risita.

Temujin lo miró estupefacto, turbado y abrumado por un torbellino de pensamientos.

—Tu primo, el gran señor, me lisonjea —dijo.

Toghrul rió también, pero se mordía el labio, mirando sólo a Temujin.

Ye Lin Chutsai disfrutaba de su broma. No veía nada en este joven mongol, ni en el repugnante olor de sus groseras ropas de lana, ni en su armadura de cuero barnizado. Se recordó que debía repetir la broma a su madre, que había reído poco desde la muerte de su esposo.

Toghrul habló maliciosamente al chino, pero mirando a Temujin:

—Quizá tu primo era crédulo como son muchos ancianos, mi señor. Tal vez Temujin le dijo en alguna ocasión que él deseaba poseer el mundo.

Ye Lin Chutsai rió de nuevo, pero sin malicia. Observaba a Temujin con ojos afables.

—¡No! —exclamó—. ¿Para qué?

Temujin, aguijoneado, dijo:

—¿No deseas tú la gloria y la conquista, mi señor?

Ye Lin Chutsai enarcó las cejas con sorpresa.

—¿Yo? ¡Desde luego que no! ¿Por qué habría de desearlo?

—Tu pueblo es decadente —dijo Temujin.

El chino sonrió.

—¿A qué llamas tú decadencia? ¿A la civilización? ¿Al cultivo de las artes y la música, la vida bondadosa y la paz, la filosofía, los libros y todas las

cosas que distinguen a los hombres de las bestias? Me parece que he oído esta manida teoría antes.

—Pero todas estas cosas quitan la fuerza y la virilidad a los hombres —respondió Temujin.

Ye Lin Chutsai lo observó como un maestro observaría a un niño revoltoso pero de buen corazón.

—¿Crees necesario, para ser viril, oler a estiércol y andar merodeando y matando? ¿La habilidad para esgrimir una pluma anula la habilidad para esgrimir una espada? No estoy de acuerdo contigo. —Se estaba divirtiendo en grande.

Jamuga, que había escuchado en silencio a corta distancia, se inclinó hacia delante ansioso. Con cierta oscura satisfacción, vio subir un sonrojo al duro y arrogante rostro de Temujin, que dijo:

—Supongamos que el Gran Emperador Dorado fuera atacado e innumerables sitiadores violentaran las puertas de la Muralla. Supongamos que esos sitiadores no tuvieran nada que perder, sólo sus vidas, y no les importase. ¿Sería capaz tu pueblo de resistir semejante furia si han pasado toda su vida sentados en sus jardines escuchando el tintineo de las campanillas de plata de las mujeres?

Ye Lin Chutsai lo miró pensativamente, sonriendo a medias.

—Eres muy sagaz, mi joven amigo. No te subestimo. Pero ¿no piensas que vale la pena luchar por los jardines, la paz y las campanillas de plata?

—No, porque demasiado pensar hace que los hombres sobrestimen sus vidas e inspira en ellos la creencia de que la vida vale la pena a cualquier precio. Pero mi gente y las gentes de las estepas y las regiones áridas dan poca importancia a la vida. Entre el hombre que ama la vida como esclavo y el que la ama sólo porque puede perderla en una batalla, está claro cuál saldrá victorioso.

Ye Lin Chutsai apretó los labios y reflexionó.

—Veo que quieres decir que sólo el hombre dispuesto a sacrificarlo todo puede ganar al final. Quizá tengas razón. Pero creo que si los imperios de Catay fueran amenazados, encontraríamos suficientes hombres que preferirían morir antes que ser esclavos. Entre nosotros hay muchos que aman nuestra civilización suficientemente para defenderla con su vida.

—¿De veras? —preguntó rápidamente Temujin.

Ye Lin Chutsai sonrió y se encogió de hombros.

—Si yo muriera, la civilización dejaría de existir para mí —respondió, y no pudo evitar reírse.

Pero Temujin, que lo comprendió, no sintió enojo por su risa. Se observaron amistosamente. Toghrul estaba asombrado y mortificado. No podía comprender la razón de la amistad entre este caballero sumamente culto y el grosero e ignorante pequeño khan de las regiones áridas.

Toghrul habló con Ye Lin Chutsai sobre las demandas de Temujin en los botines de la guerra que se aproximaba: los tártaros hechos prisioneros y quienes les pertenecían. Lo comentó con tono indulgente, porque le parecía una exigencia ridícula. Pero Ye Lin Chutsai no pareció tomárselo a la ligera y contempló a Temujin con una especie de leve asombro.

Más tarde vio a Temujin fuera y lo invitó a caminar con él por los jardines. Paseando, contó al joven mongol acerca de la historia y la grandeza de la civilización china. Describió a Temujin aquel vasto imperio gobernado por la tradición, la cultura, la poesía y la música, la filosofía y el estudio. Como en un llano sin fin, el mongol vio ríos de plata y poderosas ciudades donde los hombres discutían sobre Buda y Lao-Tse, y pensó que una estrofa de palabras doradas era de más valor que la posesión de un botín. Oyó voces que no nacían de la furia ni de la venganza, sino de las largas argumentaciones sobre, por ejemplo, el significado de una oscura frase filosófica. Vio templos, escuchó címbalos y las eruditas discusiones de los sacerdotes. Supo que los poetas eran más reverenciados que los príncipes y el orgullo de la familia, más grande que la fortuna.

—Cantos de guerra no se oyen ya entre nosotros —dijo Ye Lin Chutsai, sonriendo—. Nosotros consideramos que el soldado vale menos que un animal y escuchamos sus hazañas con disgusto. Cuando nos enzarzamos en una guerra, y esto es muy raro, lo hacemos con prontitud y disgusto. Preferimos la contemplación de la naturaleza y la hermosura de nuestra tierra. Porque en esas cosas no hay locura. La locura vive sólo en la mente de los hombres enfermos. Amamos los epigramas, porque son nuestra venganza sobre las muchas cosas insoportables de la vida. Somos a la vez desesperados, tristemente tranquilos y las más alegres gentes del mundo. Sabemos que el hombre es por naturaleza cruel, y porque somos caballeros, cubrimos esa crueldad con flores, prefiriendo los perfumes a la hediondez.

—Sin embargo —dijo Temujin con cinismo—, destacáis por la astucia de vuestros negociantes y las grandes riquezas de vuestros mercados.

Ye Lin Chutsai rió, admitiendo:

—Así es. Más allá de la música de nuestras casas de té, nuestros comerciantes hacen retintinear sus riquezas. Pero esos comerciantes no son caballeros. Yo estoy hablando sólo de mi propia clase.

Entonces, con toda franqueza, como un filósofo cínicamente tolerante de todas las crueldades y fealdades, contó a Temujin sobre la corrupción de los funcionarios del gobierno, sobre el odio entre las clases detrás de la Gran Muralla, sobre los impuestos opresivos y las asperezas entre los budistas y los confucianos, sobre la vileza de los hombres en las calles, la desilusión y desaliento de los hombres de pensamiento, los nobles borrachos y los príncipes holgazanes y estúpidos, los burócratas y los demócratas en su incesante lucha de palabras, sobre la miseria y desesperación de los pobres.

—Pero ninguno de éstos son caballeros —añadió con una ligera mueca, como si sus propias palabras lo amargaran.

—Entre semejante odio y confusión, no puede haber unidad ante la guerra y la agresión —dijo Temujin, pensando en voz alta.

—Pero la naturaleza de los chinos es alegre, festiva y apasionada. Y sobre todas las cosas, odia la esclavitud.

—Se han alejado de su naturaleza —dijo Temujin—, y por eso están maduros para la destrucción.

El príncipe encontraba interesante a Temujin. Deseaba escuchar algo acerca de su propia vida y su pueblo, y escuchaba con atención, aunque sentía un estremecimiento interior.

—¿Qué hacéis en vuestro tiempo libre, cuando no criáis, carneáis, ni disputáis?

—Dormimos —dijo Temujin, y rió.

El otro chino sacudió la cabeza y sólo sonrió.

Temujin estaba sorprendido de la astucia y destreza de los soldados chinos que peleaban hombro con hombro con sus propios guerreros y los de Toghrul. No tenían aversión para matar, pero lo hacían como si fuera una desagradable necesidad que no les proporcionaba regocijo. Además, se defendían cuidadosamente y retrocedían antes que pelear para morir. Eran sus propios hombres y los keraítas los que luchaban con gritos exultantes de placer y los que morían alegremente. Temujin registró en su mente lo que aprendía y nunca lo olvidaría. Aprendió que la gallardía y la inteligencia podían defenderse pobremente frente a la ferocidad y la temeridad. Un caballero no era rival para una máquina de pelear. Tenía demasiada imaginación. Cuando era rodeado, temía más que a la muerte al afilado mordisco del acero en sus órganos vitales, y se indisponía a la vista de su propia sangre.

Los tártaros, feroces y salvajes, peleaban con el natural espanto de las simples bestias. Pero pronto se sobreponían por el número. Aun cuando estaban muriendo, se levantaban sobre una rodilla y golpeaban. Temujin podía comprender esto y lo honraba.

Los tártaros fueron obligados a retroceder y huir en desorden. Dejaron atrás sus tiendas, sus mujeres y sus niños. Todo esto lo confiscó Temujin. Mientras tanto, los hombres eran perseguidos y capturados. Esa noche, en medio del enorme desorden, habló a los tártaros invitándolos a unirse a él.

Éstos lo reconocieron como uno de ellos. Los tártaros odiaban a los chinos y los keraítas; creían haber sido traicionados por éstos. Pero miraron a Temujin y simpatizaron con él. Arrodillándose, le ofrecieron su lealtad.

Toghrul, excitado, se jactaba ante Ye Lin Chutsai de sus victorias. Le fue concedido el título de Wang, como se le había prometido, y gran parte del botín. Temujin quería sólo los hombres, sus familias, sus rebaños y sus tiendas. Tranquilamente, seleccionó dos de las más hermosas muchachas tártaras y las hizo sus esposas. Los tártaros sentían ahora que Temujin era su aliado y que odiaba a sus enemigos tanto como ellos.

—Paciencia —les decía en privado—. Paciencia. Seremos vengados.

Ye Lin Chutsai lamentaba que Temujin tuviese que partir ya.

—Descuida —le dijo Temujin con una extraña sonrisa—. Nos encontraremos otra vez.

Ye Lin Chutsai insistió en darle un collar de perlas y ópalos para Bortei, así como cajas de té y especias, y muchos metros de seda. Se despidieron con expresiones de mutuo afecto y muchas promesas.

Temujin inició el largo viaje de regreso. Le seguía la vasta multitud de sus nuevos vasallos. Los tártaros cabalgaban al lado de sus propios guerreros, compartiendo con ellos sus mantas y comida.

Jamuga no simpatizaba con los tártaros. Desconfiaba de ellos. Por las noches había conversado con varios oficiales chinos y tenía la sensación de que ahí estaba su verdadero pueblo. Mientras cabalgaba de regreso con Temujin, iba a la zaga, pues tenía la sensación de que su hermano juramentado era ahora un completo extraño y que todo afecto había muerto entre ellos.

«Me iré —pensaba desdichado—. Con seguridad el pueblo de mi madre me recibirá. No hay lugar para mí con Temujin».

Capítulo 59

DURANTE todo el largo viaje de regreso al Gobi, Temujin no habló con Jamuga ni éste le habló a él, excepto en una ocasión.

Habían hecho un rodeo, y en un crepúsculo vespertino entraron repentinamente en una región familiar a Jamuga, una de las bajas colinas de terracota tallada por el viento en extrañas y grotescas formas de pesadilla. Descendieron a un angosto y retorcido valle, rojizo y seco, donde se encontraba el lecho seco de un río. El sol se ponía y la tierra flotaba en sobrenaturales tonos violeta, amarillo, bronce y escarlata, y las colinas se deslizaban iluminadas en rosada claridad por la última luz del día. El silencio de las regiones áridas, vacío e inmóvil, cayó sobre el mundo entero. Ni siquiera los jinetes hacían ruido mientras avanzaban por el valle, rodeando las últimas colinas con forma de templos con pilares y volcanes achatados.

Entonces, repentinamente, el lago de los Condenados fue visto en la distancia confusamente azulado y púrpura con sus orillas de pálidas sombras. Estaba ahí, inmóvil y místico: un sueño deslizado en el desierto. Muchos jinetes no lo habían visto nunca y prorrumpieron en débiles exclamaciones, creyendo que era un mar tierra adentro, prometedor de frescura y descanso. Pero la majestuosidad abrumadora, el silencio y la cualidad sobrenatural del lago taladraron sus sentidos y se asustaron. El sol había caído y la tierra estaba sola, rotando en una pesadilla de brumosos colores, sin sonido, con el lago en la distancia, extendiéndose hasta el infinito. El cielo arriba, perdido en tenue rosa y fuego que se desvanecía.

Temujin, en su caballo, se detuvo delante con la lanza en la mano y el rostro vuelto hacia el lago. Lo contempló largo rato mientras la lívida luz postrera de la tierra y los cielos caía sobre su rostro. Oyó que alguien se acercaba a él y volvió la cabeza. Era Jamuga, pálido y silencioso. Detrás de ellos, los miles de guerreros esperaban inquietos, envueltos en sus capas y con los rostros atentos.

Entonces Jamuga habló señalando el lago:

—¡El lago de los Condenados! ¡El lago de los que conquistan y destruyen por su propia codicia y vanidad! Así como éste es un terrible espejismo, también lo es el sueño de poder de los tiranos, que termina en desolación, soledad y muerte.

Temujin lo miró con expresión inescrutable y luego, lentamente, sonrió. Para Jamuga fue la más terrible de las sonrisas. Temujin miró por encima del hombro a su pueblo y dijo:

—Esto es sólo un espejismo. Sin embargo, persigámoslo y veamos lo que sucede.

Los hombres se rieron con alivio. Temujin espoleó su caballo y con un salvaje grito corrió hacia el lago. Los otros lo siguieron, gritando, lanzando exclamaciones y blandiendo sus espadas y lanzas como persiguiendo a un enemigo. Después de un momento, Jamuga los siguió.

El lago yacía ante ellos, visible y misterioso, pero a medida que ellos se acercaban, retrocedía, de manera que era imposible de alcanzar. Siempre retrocediendo, siempre terrible y sobrenatural, el lago permanecía en el desierto, fuera de su alcance.

La oscuridad llegó rápidamente, y de repente el lago se había desvanecido y ya no había nada durante interminables millas, sólo sombras purpúreas como sábanas de agua. El cielo estaba de color amatista. El viento se levantó feroz, barriendo la tierra desolada con ruidos de truenos. Las colinas habían desaparecido. No quedaba nada, sólo el purpúreo ventarrón y la inmensa soledad de una tierra muerta.

Temujin, riendo y jadeando, detuvo su caballo. Los otros lo imitaron. Él los miró y ellos le devolvieron la mirada.

Miró luego más allá de ellos, a Jamuga, que venía a medio galope y con semblante triste.

—Sigamos —dijo Temujin, volviéndose—. Debemos acampar muy pronto para pasar la noche.

La luna se levantó detrás de las colinas occidentales. Pronto inundó la tierra y el cielo con un lustre lechoso. El viento era más fuerte y se vieron obligados a acampar más pronto de lo que esperaban, a la sombra de la blanqueada muralla.

Jamuga y Temujin durmieron separados esa noche, como nunca habían dormido antes, y no hablaron durante el resto del viaje.

Capítulo 60

A **JAMUGA** no le agradaba el pequeño Juchi porque se parecía mucho a Bortei, con sus hundidos ojos grises y su gruesa boca roja. Además era arrogante e intolerante, exigente e irritable. Parecía el favorito de Temujin, a pesar de todas las dudas sobre su nacimiento, porque era un chico intrépido y hermoso. Y pese a que todavía era un niño, insistía en montar caballos ariscos a los que fustigaba con crueldad.

Pero el solitario Jamuga, mientras buscaba desesperadamente una escapatoria, aunque sin intentar nada, amaba a los tres niños menores de Temujin: Chutagi, Agotai y el más pequeño, Tuli, todavía sólo un bebé en brazos de su madre. Estos cuatro chicos eran los hijos de Bortei. Los hijos de Temujin de sus otras esposas, hermosas mujeres turcas, naimanes, merkitas y uigures, eran tratados por su padre con indiferencia cariñosa e indulgencia. Los hijos de Bortei eran los amados de su corazón. Amaba sus ojos grises o azul verdoso, en especial a Tuli, porque el bebé tenía un brillante cabello rojo dorado y una dulce risa.

Fue el desventurado Jamuga el que enseñó a Chutagi y Agotai el arte de montar en un carnero, aferrando la sucia lana con sus pequeños dedos. Mientras vigilaba a los dos pequeños muchachos montar en los cerriles animales de lado a lado y gritando con alegría, sonreía tristemente recordando los días en que él y Temujin montaban así, riendo con gran camaradería. Fue Jamuga el que les enseñó a cantar. También les enseñó a defenderse con los puños, a luchar aplicadamente y a lanzar una lanza con precisión.

Algunas veces se preguntaba por qué Bortei, su vieja enemiga, permitía a los niños estar tanto con él. No sabía que eso se debía a una orden de Temujin. A veces cargaba a Tuli sobre sus hombros, con los dos niños mayores caminando a su lado, y los llevaba al río para enseñarles a nadar. Todavía célibe y sin hijos, encontraba un doloroso regocijo en el contacto con esos niños y en el afecto que le profesaban. Les cantaba historias y les daba sabios consejos, más allá de sus capacidades intelectuales. Chutagi y Agotai escuchaban respetuosamente, porque ese pálido caballero era el hermano juramentado de su padre. Pero apenas comprendían. Tuli gorgoteaba en los brazos de Jamuga, hurgando con los deditos en sus ojos y boca, encogiéndose con alegría ante los suaves mordiscos y gruñidos de Jamuga.

Kurelen observaba todo esto con tristeza. Una vez dijo a Jamuga:

—Ya no eres muy joven. ¿Por qué no te casas y tienes tus propios hijos?

Y Jamuga le respondió:

—No puedo casarme ni engendrar hijos, porque soy sólo un pusilánime esclavo. Cuando me escape, cuando sea libre, entonces tendré paz, una esposa e hijos.

Kurelen contó esto a Temujin. Él sabía que sólo había silencio entre los dos hombres, que ambos se evitaban y que Jamuga nunca era invitado a los consejos de los nokud, de los orkhons y de los jefes. Tampoco se le invitaba a las fiestas. Lo peor era que permanecía en casa, vergonzosamente, durante las incursiones y las batallas. Sólo Kurelen veía la tristeza y desdicha de su expresión cuando observaba a Temujin en la distancia. Sólo Kurelen sospechaba que a pesar de su paciencia, Jamuga no era un hombre sumiso, y temía el momento en que la paciencia se quebrara y Jamuga estallase.

De esta manera, Kurelen dijo a Temujin:

—Has sido cruel y despiadado con Jamuga. Él nunca te ha mentado, ni te ha adulado por sus propios fines, ni te ha reverenciado como un esclavo. No puedo creer que lo odies a pesar de lo que eres. Permítele irse.

Temujin escuchó con semblante oscuro. Luego dijo:

—¿Irse? ¿Dónde puede irse?

—Déjalo retornar al pueblo de su madre, los naimanes. Tienes una enorme tribu naimán conquistada y bajo tu bandera, que te es leal. Permítele ser tu nokud, el jefe de esa tribu.

Temujin resopló:

—¿Para que predique la traición entre ellos?

—Él nunca predicará traición. Esa tribu es muy tranquila, compuesta en su mayoría por pastores pacíficos y dóciles. Él estará en su casa con ellos, mientras que aquí nunca lo está contigo. Déjalo tener paz. Su único crimen contra ti es que te estima como ningún otro te ha estimado.

—¡Pero es un tonto! —exclamó Temujin impaciente. Su semblante estaba más sombrío que nunca, como con dolor e incertidumbre.

—No es un tonto, Temujin. Sólo tiene ideas que te resultan extrañas. Esas ideas serán anodinas entre los naimanes. Permítele irse. Sabes lo bravo que es. Si lo necesitas, él responderá con júbilo y sin egoísmo.

Temujin no prometió nada. Pasó largo tiempo y Kurelen pensó que lo había olvidado.

Mientras tanto, cientos de otros clanes se unieron al estandarte de Temujin. No había ya nadie más fuerte en el Gobi ni con mayor influencia, excepto el khan Toghrul. A causa de su fuerza y su protección, la ruta de las caravanas estaba repleta y su riqueza aumentaba. Su nombre era mágico en las regiones áridas y el desierto.

Cada caravana traía cartas llenas de lisonjas para él del khan Toghrul. Se hacía leer las cartas y luego, con un juramento, las escupía y arrojaba al fuego. Cuando lo hacía, su semblante se tornaba demoníaco, como el de un loco. Miraba hacia el este, moviendo los labios en silenciosas imprecaciones.

Por entonces, Jamuga había sido despojado de todo poder silenciosa e implacablemente. Vivía solo en su tienda, atendido por una anciana de la familia de su madre. Él creía que había sido completamente olvidado y cada día su desesperación y desesperanza aumentaban. Aunque todavía joven, se veían hilos de prematuro gris en su cabello claro y dos profundos surcos habían aparecido a los lados de su paciente y rígida boca.

Un día recibió una llamada de Temujin. Temblando y confundido, se dirigió a la tienda del khan. El corazón le latía de pavor, pero sus maneras eran tranquilas. Encontró a Temujin solo, recostado en su canapé, bebiendo té caliente. Le sonrió con tanto afecto que Jamuga se detuvo mudo, incapaz de moverse. Con un ademán, Temujin lo invitó a tomar asiento a su lado. Silenciosamente, Jamuga obedeció. Su labio inferior temblaba.

Temujin llenó una taza humeante para Jamuga.

—Una bebida vil pero sin alcohol —dijo sonriendo. Sus ojos de color gris verdoso empezaron a suavizarse hasta el tenue azul. Su espeso cabello rojo parecía crujir en la cabeza, por su vitalidad.

Jamuga bebió. La infusión quemó su garganta. Apenas podía controlar su temblor. Temujin lo observaba con amable y afectuosa sonrisa.

—Necesitas una familia y poder, Jamuga —le dijo.

—Yo no necesito nada —repuso Jamuga en voz baja e inflexible. Las lágrimas afloraron a sus ojos. Apretó los dientes para dominar su emoción.

Temujin se inclinó hacia él y apoyó una mano en su hombro. Observó el rostro de Jamuga y lo que vio pareció divertirlo, pero sin malicia y aun con compasión.

—Me has abandonado, Jamuga —dijo alegremente.

Pero Jamuga, con su rígida integridad herida, no pudo aceptar esto. Guardó silencio e inclinó la cabeza mirando al frente con los labios apretados.

Después de un momento, Temujin apartó la mano. Hubo un corto silencio. Jamuga sabía que debía enderezarse, que debía mirar a Temujin con su vieja

franqueza, aceptando la disposición de ánimo de su hermano juramentado. Pero no podía. No sabía cómo disimular o aparentar.

Temujin habló de nuevo, superficial y fingidamente:

—Digo que necesitas una familia, una esposa o esposas. ¿No hay ninguna mujer que te tiene?

—No —murmuró Jamuga y de nuevo sintió el peso de las lágrimas en sus ojos.

—Sin embargo, amas a los niños.

Jamuga guardó silencio.

Temujin empezó a comer. Su manera de masticar era demasiado evidente. Estaba intranquilo y, la verdad sea dicha, turbado y algo avergonzado.

—He pensado sobre el asunto, Jamuga. He decidido hacerte nokud de una de las tribus naimanes. Gente tranquila, pacífica, pastores en su mayoría.

Jamuga levantó la cabeza asombrado. El corazón empezó a latirle con fuerza. El color volvió a su pálido semblante. Miró a Temujin, que parecía absorto en arrancar la carne de un pequeño hueso.

—Sí —dijo Temujin moviendo la cabeza—. Creo que serás un excelente jefe. Y ése es el pueblo de tu madre. El actual nokud es un anciano que chochea. Sé que puedo confiar en tu discernimiento y discreción. —Miró a Jamuga—. ¿Qué piensas tú?

—Yo sólo puedo obedecer y darte las gracias —dijo Jamuga con labios temblorosos. El color era intenso en sus mejillas. Parecía un hombre al que se le promete la vida después de una amenaza de muerte.

—¡Muy bien! —exclamó Temujin—. Sabía que me obedecerías sin objetar. —Hizo una pausa—. Jamuga, yo nunca he olvidado que eres mi hermano juramentado.

Jamuga sólo pudo mirarlo sin hablar.

Temujin no pudo soportar su mirada. La vergüenza lo aplastó. Volvió la cabeza. No podía soportar la vista de semejante cariño, de semejante humildad y regocijo. Su duro corazón se retorció en su pecho.

—Mañana elegirás tus sementales y contigo irán cien hombres de tu elección.

Se acercó a un taburete en el que había un cofre de bronce. Lo abrió, sacó un gran anillo de oro que tenía engarzada una piedra rojo oscuro. Puso el anillo en el dedo de Jamuga, sonriéndole mientras lo miraba a los ojos.

—Nunca te olvidaré, Jamuga. Éste es mi obsequio para ti. Úsalo hasta tu muerte y légallo a tu primer hijo. Es un talismán. Si me necesitas en cualquier momento, envía un mensajero y estaré a tu lado enseguida.

Jamuga miró el anillo. Trató de hablar pero, para su vergüenza, rompió a llorar.

Al día siguiente, el campamento bullía de excitación por las novedades. Bortei estaba furiosa y le espetó a Temujin que estaba dando poder a un traidor. Pero Houlun, a despecho de la humillación que había sufrido hacía mucho a manos de Jamuga, apoyaba a su hijo vigorosamente. Kurelen estaba satisfecho.

Temujin organizó una gran fiesta en honor de Jamuga, que se sentó a su derecha, con el anillo de Temujin en su dedo. Tenía el semblante lleno de júbilo y paz.

Fue la última vez que se sentaría así, la última vez que se mirarían así. Años más tarde, Temujin lo recordaría con terrible pesar y tristeza.

Capítulo 61

JAMUGA, por naturaleza aprensivo y receloso, no esperaba demasiado de los naimanes que gobernaría. Los naimanes absorbidos directamente en el pueblo de Temujin no se habían distinguido porque su mansedumbre o ferocidad fuera menos que la de sus nuevos amos. Los pueblos nómadas, de cualquier tribu u origen, eran parecidos tanto en su naturaleza como en su carácter. Todos eran realistas, sabiendo que la única cosa por la que valía la pena luchar era por la supervivencia y los apacentaderos. En una palabra: eran expeditivos y directos.

Con todo, desde el primer momento de su llegada, después de un largo viaje al campamento naimán, el júbilo de Jamuga se tiñó de incredulidad, pues poco vio de ferocidad o crueldad. El campamento estaba situado en un cálido y apacible valle, protegido por las desnudas paredes de enormes montañas estériles que lo guardaban de los vientos violentos y los fríos cortantes. A través de este angosto valle verde, plano y hermoso, corría un manso río a lo largo de cuya ribera los naimanes habían plantado mijo, maíz y trigo. Cuando el invierno era suave, no dejaban el lugar, sino que permanecían allí todo el año. Los nómadas rara vez plantaban algo, y esto quizá era la verdadera fuente de su ferocidad, inquietud y hambre, que era a la vez física y espiritual. Pero por sus plantaciones, esta tribu se había hecho menos guerrera y brutal. Teniendo que cuidar sus campos y cultivarlos, no solían salir de caza o a merodear. La agricultura había empezado a cambiarlos, y una especie de apacible calma se notaba ya en sus bronceados rostros.

«El arado —pensó Jamuga con repentina lucidez— es el arma de los civilizados contra los bárbaros, la primera piedra en la muralla levantada contra la barbarie. Porque el hombre que ara la tierra y la cuida, no tiene deseos de llenarla de cadáveres». El primer paso hacia el caos también había sido la enorme ciudad pavimentada que arrancó a su gente de la tierra, llenándola con el espíritu inquieto y rapaz de los nómadas. Entre el barbarismo de las hordas de la ciudad y el de las hordas del desierto no había diferencia. La ferocidad y la brutalidad brotaba de la falta de hogar, ya fuera en las regiones áridas o en las calles de la ciudad. Los bárbaros de una urbe y los bárbaros del desierto eran hermanos de sangre, no teniendo nada que

perder, sólo sus miserables vidas, y teniendo todo por ganar, mediante el asesinato, la crueldad y la rapacidad.

«La paz viene de la tierra», había leído Jamuga. Lo había leído pero no lo había comprendido. Pero ahora, contemplando las amarillas plantaciones, observándolas agitarse como un mar dorado al viento, comprendía. El hombre que hacía posible el pan era el hombre de paz, y el hombre sin hogar que odiaba y afilaba su espada era el enemigo de los otros hombres. Las guerras y las opresiones finalizarían el día en que cada hombre tuviera un terreno propio. ¿Quién podría contemplar levantarse y ponerse el sol sobre su propia tierra y observar cómo las lluvias venían para hacerlas fértiles, y luego anhelar seguir subyugando y destruyendo a los otros?

No lejos de este valle había otro, en una larga cadena de valles, donde habitaba una tribu de los uigures, a quienes Jamuga conocía y respetaba como a un pueblo capaz y responsable, probablemente uno de los primeros en hacerse agricultores, tanto como altamente civilizado. Entre los naimanes y los uigures había una amistosa fraternidad, efectuándose matrimonios que los ligaban. El maniqueísmo, el budismo y el cristianismo eran practicados entre ellos con admirable imparcialidad y tolerancia.

Jamuga fue recibido al principio con reserva, porque todos sabían de las exigencias e implacabilidad de Temujin, su señor feudal. Habían esperado la llegada de Jamuga con aprensión, creyendo que Temujin mandaría a alguien parecido a él, que despreciaría su vida de agricultores e impondría el militarismo. Se rumoreaba que desataría inmediatamente las hostilidades contra los uigures, que vivían una vida orgullosa e independiente y odiaban pagar tributo a quienquiera que fuese. A causa de este rumor, los uigures se mantenían tristemente cautos y sus amigos naimanes, desdichados.

Pero cuando los ancianos vieron a Jamuga y observaron sus benévolas maneras, cuando vieron sus azules ojos y su sonrisa, sus corazones se inflamaron de júbilo. Había ahí un hombre a quien podían comprender y que los comprendería.

—¡Temujin es un señor de gran sabiduría! —exclamaron.

En la segunda noche después de su llegada, el anciano que había sido el anterior nokud sugirió que Jamuga se casara con su nieta Yesi, haciéndose así un naimán.

—No tengo deseos de casarme —replicó Jamuga bruscamente—. Hay hombres que son célibes y viven sólo para sus propios pensamientos y servicio.

El anciano extendió sus manos con suavidad.

—¿Pero cómo puede un hombre servir a los demás hombres a menos que les dé hijos para servir también a su pueblo?

—Quieres decir para servir a Temujin —respondió Jamuga con amargura. El anciano suspiró.

—Es la voluntad de Dios. Nosotros debemos pagar tributo a nuestro señor, no sólo en maíz, caballos y ganado, sino también en soldados. Pero la paz es preciosa y ningún precio es demasiado alto por ella.

Apremió a Jamuga para que tuviese en cuenta a Yesi, que era hábil en todos los deberes de la mujer y una apacible cristiana que conocía su sitio, y tenía una lengua grata al oído. Al principio Jamuga, recordando a Bortei y recordando que las mujeres eran un peligro para los hombres, rehusó. Pero más tarde lo reconsideró. Tal vez el anciano tenía razón. Tal vez sería comfortable tener una esposa a quien no necesitara atender, salvo por la noche. Ella le daría hijos y cuidaría de su tienda. De repente tomó conciencia de su gran soledad. Una esposa significaría un templado fuego en medio de los extraños. Si realmente deseaba ser un naimán, debía casarse con una de sus mujeres.

Envió a buscar a Yesi y a su abuelo. El anciano llegó enseguida, lleno de alegría y trayendo a la joven. Era alta y mantenía la cabeza modestamente inclinada. Se detuvo delante de él, temblorosa, ocultando la cara. Jamuga intuyó una gran ternura y nobleza. Le levantó el mentón y contempló largo rato el rostro sonrojado. Supo entonces que ya no volvería a sentirse solo y sin hogar, sin amigos y sin amor.

El hombre y la mujer se observaron en profundo silencio. La muchacha tenía un semblante dulce y sonrosado, lleno de honestidad, inocencia y resolución, con una boca de pálido rosado, una pequeña nariz recta y los ojos más azules que él jamás hubiera visto. En esos ojos Jamuga vio coraje, suavidad, modestia y una inteligencia tenaz. Su cabello castaño claro, suave y lacio como seda, caía hasta su cintura en brillantes hebras, dándole un aspecto de orgullosa mansedumbre. Su figura se veía esbelta y sumamente hermosa en su túnica de áspera lana blanca. Un pañuelo de seda multicolor rodeaba su angosta cintura y una cruz de plata yacía entre sus senos.

El corazón de Jamuga se agitó con una sensación de infinita dulzura y dolor. Por un momento pensó que se parecería a Azara, que había embelesado y cambiado a Temujin.

Extendió su mano hacia ella y dijo:

—Ven.

Ella vaciló, se sonrojó y los ojos se le humedecieron. Luego sonrió dándole la mano e inclinando la cabeza para ocultar el rostro. Jamuga sintió que la mano temblaba y después se anidada cálidamente en la de él.

Hubo una gran fiesta de boda. Los uigures acudieron cantando roncamente y zapateando con sus toscas botas de cuero de ciervo en una danza rústica. Los naimanes se regocijaban. Los fuegos ardieron hasta el alba y hubo más vino que el que cualquier hombre podía beber. Los ancianos cantaban canciones, no de héroes guerreros, sino del sol y la tierra, del trigo, la paz y el amor.

Yesi se sentaba al lado de su esposo y ambos recibían el homenaje de su pueblo. Jamuga, escuchando, contemplando y sonriendo, con la mano de Yesi en la suya, pensaba que por fin había encontrado un hogar y que jamás experimentaría ya intranquilidad, desdicha y tristeza.

Esa noche, con Yesi a su lado, tuvo un extraño sueño que pareció un presagio, no sólo del presente, sino del mundo que vendría, todavía en el embrión del futuro.

Estaba de pie en las blancas y cristalinas orillas del lago de los Condenados, embargado de su viejo dolor y tristeza, de su vieja sensación de muerte inminente, de desastre y completa desesperanza. El cielo estaba rojo como la sangre, listado de fuego amarillo. El lago yacía silencioso en su terrible misterio de sombras purpúreas. De repente oyó gritos y vio un ejército de hombres aproximándose al lago caminando. Pero no iban armados con espadas. Sus caballos los precedían arrastrando arados. Y ellos los guiaban hacia el terrible lago, gritando, cantando y llamándose con voces jubilosas y de triunfo. El ominoso silencio fue roto y atravesado por ecos como blancas palomas. Entonces al paso de los arados se levantaba el trigo, ola tras ola, irresistible y dorado, y su crecimiento era como un fuerte y crujiente viento. El ensangrentado cielo palideció. Llegó el crepúsculo, el cielo se convirtió en una profunda sombra azul llena de paz y promesas, y los hombres continuaban arando hasta que toda la tierra era una oleada de granos y el lago había desaparecido. Entonces los hombres descansaron apoyados en sus arados, contemplando su trabajo. Sus semblantes rebosaban la paz de la fértil tierra.

Jamuga suspiró en su sueño. Parecíale que toda su ardiente angustia se desvanecía, perdiéndose en un fecundo silencio. Alguien le hablaba pero él no podía verlo.

—¡La tierra del Señor! —decía el invisible interlocutor—. ¡Siempre y para siempre, la tierra del Señor!

Capítulo 62

EL SEMBLANTE de Temujin se tornó inescrutable mientras Kurelen le leía la carta de Jamuga. En todas sus palabras, Temujin escuchaba pacífico regocijo y satisfacción.

Este año sólo puedo enviarte cuarenta hombres, porque el invierno fue muy frío y la última cosecha, escasa. En esta primavera estamos plantando muchas más hectáreas de tierra utilizable y como el río las inundó, fertilizándolas, esperamos cosechar más trigo que nunca. Así pues, lamento no poder enviarte la acostumbrada cantidad de grano. Lo que te envió es todo lo que dispongo, tanto en grano como en hombres, porque nuestro pueblo necesita todas sus manos para preparar una abundante cosecha.

Temujin contempló los cuarenta jinetes naimanes. Eran fuertes y donosos jóvenes de manos callosas y amables rostros bronceados por el sol. Su equipamiento militar era pobre y descuidado.

Temujin frunció el ceño. Jamuga decía que estos hombres eran solteros. En consecuencia, no traían esposas, ni hijos, ni tiendas. Pero los caballos que montaban, los sementales y las yeguas que traían como tributo, eran gordos, dóciles y de mayor tamaño que el común.

—Éstos no son soldados —dijo desdeñosamente—. Son pastores y labradores. Y añadió con voz apagada: —¿Cómo pueden hombres que han sembrado granos aprender el arte de la guerra?

—Sin embargo —abrevió Kurelen—, se necesitan sembradores tanto como destructores.

Continuó leyendo la carta y, mientras lo hacía, parecía feliz.

Te pido que te regocijes conmigo por el nacimiento de mis primeros dos hijos, un varón y una hembra: Yuzjani y Khati. Los ancianos dicen que son el sol y la luna, lo que es una extravagancia. Con todo, perdona la parcialidad de un padre cuando te digo que el varón es tan fuerte como la niña hermosa. No sé a cuál quiero más, pero la niña tiene la belleza de su madre, mi amada Yesi, y muestra ya la habilidad de su sexo. El varón será budista como el abuelo de yesi y la niña será cristiana. Fue un hermoso espectáculo ver a los budistas y los cristianos celebrando sus misas en nombre de mis hijos. Mi esposa y yo sentimos

que Dios nos ha dado todas las bendiciones y que no hay nada más que podamos desear.

Kurelen miró el semblante de Temujin y vio en él menosprecio, envidia y una sombra de inquietud.

—Jamuga nunca deseó el mundo —dijo a su sobrino.

Temujin resopló.

—El que desea poco se contenta con nada —replicó—. ¡Una mujer, hijos, rebaños y grano! ¡Qué alma más insignificante!

Kurelen se encogió de hombros. Con todo, se alarmó, porque vio que alguna ira poseía a Temujin y temió por Jamuga, que había sido bastante ingenuo al mostrarse feliz ante un hombre que nunca sería feliz.

—Tienes razón, Temujin. La insignificante vida de Jamuga no puede interesarte. Tú has nacido para un destino, para la conquista de la tierra y no para su cultivo. —Mientras decía esto, observó la reacción de Temujin.

Por alguna razón, Temujin no pareció aliviado ni aplacado. Se fue mirando ceñudo a derecha e izquierda y hasta sus guerreros y oficiales se inquietaron por su aspecto. Se hizo traer su semental blanco y cabalgó furiosamente hacia las regiones áridas. Trepó a una colina gris salpicada de tamariscos y arbustos espinosos, y descendió al otro lado. Ahí estuvo solo, ante un escarchado mar de bajas colinas grises, sin vida bajo un cielo plateado. El viento agujijoneaba su rostro con polvo y arena. No se oían ruidos, sólo el viento y el impaciente resoplido de su caballo. Contempló sombríamente la distancia sin moverse. Parecía una estatua encapotada, inmóvil y sombría, con pensamientos tan sin vida y oscuros como la región y el cielo.

Había ido allí para ordenar sus inquietas emociones y enojosos pensamientos. Pero, mientras estaba sentado en su caballo, su mente tomó el color de ese mundo muerto, de ese espacio desolado. El viento aullaba pesadamente a su alrededor y de repente le pareció que arrastraba una multitud de voces, ecos de lo que una vez había vivido en el mundo y luego se había ido para siempre.

Kurelen le había contado acerca de las leyendas de esas áridas regiones. Que una vez un poderoso imperio y ciudades poderosas habían existido allí, resplandecientes de vida, color y movimiento, durante cientos de dinastías. Templos, mercados, academias y escuelas. Fuentes y calles atestadas de gente, palacios, casas sin fin, jardines, lagos y terrazas. Murallas y pórticos de bronce, y el trasiego de las caravanas, oficinas y mercaderes de cien ciudades.

¿Dónde se habían ido? Ese mundo se había arrugado como un pergamino pintado y se había desvanecido en el polvo.

Kurelen había dicho que ésta era la fatalidad inevitable de todos los imperios y todas las glorias: polvo, vientos cargados y vaciedades corroídas. Los emblemas del triunfo se habían desmenuzado y volado. Los salones donde los conquistadores habían caminado sólo eran pilas de piedras cubiertas por los años. Los reyes que habían cabalgado por las calles estaban ahora en la tumba de la nada, con sus bocas llenas de tierra. Los que habían amado y los que habían odiado se habían ido por igual, sin dejar huellas detrás de ellos. Multitudes habían llorado o se habían regocijado allí, pero no había quedado nada de ellos, sólo viento y desolación.

Una angustia horrible se apoderó de Temujin. Habló en voz alta, ásperamente.

—¿Qué importa, entonces, lo que hago, lo que codicio y lo que tomo? ¿Puedo ganar el mundo y mañana no quedará nada, sólo desierto, silencio y viento! ¿Qué me guía? ¿Venganza? Pero Kurelen me ha dicho que el hombre que ansía venganza y la toma es el verdadero derrotado. ¿Envidia? Pero envidiar qué: ¡estas arideces y este vacío gris lleno de arena! ¿Poder? ¡Pero el poder se convierte en desolación y nada! La muerte, pues, es el fin de todas las cosas. Sólo interesa el hoy. Y aun el hoy es vano si no hay amor en él.

Escuchó sus propias palabras y se horrorizó. Una terrible sensación de vacío y desesperanza lo embargó.

La arena seca y el polvo parecían cubrirle el alma. El corazón le dolía y palpitaba. Los ojos se le nublaron.

—¡Azara! —exclamó con angustia—. Si hubieras permanecido conmigo, si hubiéramos estado juntos, cada día habría sido un día de vida y no de muerte. Habría habido profundidad en cada hora y cada noche habría tenido sentido. Pero ahora no hay nada para mí.

Inclinó la cabeza y soltó las riendas. El semental, sintiendo sus sensaciones, comenzó a temblar. El cielo se oscureció y las colinas se desdibujaron en sombras y grises. Todo el desolado paisaje se inundó de una luz descolorida y lúgubre, y el mundo se hizo un sueño paralizado en el caos. Y en medio de este sueño de épocas muertas permanecían suspendidos el caballo y el hombre.

«¿Por qué prosigo? —pensó—. ¿Qué hay en la tierra para mí? ¿Por qué no puedo tener tranquilidad y amor como tienen hombres más insignificantes?».

Levantó la cabeza y miró alrededor. Su corazón latía dolorosamente en esta muerte universal. Pensó en las cosas que había hecho y en las que debía hacer, aunque no sabía por qué. Sintió una repentina y enorme lasitud.

«¿Por qué debo hacer estas cosas? —pensó—. No lo sé. Sólo sé que hay un impulso en mí, tan misterioso como las luces del norte, tan irresistible como un huracán y tan árido como el desierto, tan salvaje como el lobo y tan terrible como la vida y la muerte. Hay en mí un espantoso hombre. Estoy lleno de voces y sensaciones de poder ilimitado.

»Pero después de todo, soy una hoja al viento, una pluma sobre el río. Soy soplado e impelido, y no sé adónde. Sólo sé que debo hacer lo que me corresponde.

»Sólo hay violencia y caos. Soy parte del cataclismo universal. Soy uno con el volcán, el terremoto y la tormenta. Soy parte del furioso destino de la tierra y no tengo más voluntad o deseo que cualquier otra cosa, e igual de impotente.

»Si a mi paso dejo destrozadas y ennegrecidas las murallas de las ciudades, si mi paso es colmado con víctimas, también es cierto que mi espíritu no resulta menos destrozado y ennegrecido. Yo soy la primera víctima».

Capítulo 63

UN SIRVIENTE llegó apresurado hasta Jamuga.

—¡Señor, una caravana se acerca enarbolando el estandarte de las nueve colas de búfalo!

Jamuga se agitó.

—¡Temujin! —exclamó.

No sabía por qué estaba a la vez lleno de aprensión y júbilo. Salió para recibirlo llevando a su esposa con él.

Pero el visitante, acompañado por un destacamento de guerreros y sirvientes, no era Temujin. Jamuga sintió desilusión y alivio. Era Kurelen, tan envuelto en pieles que semejaba un viejo oso achacoso. Cuando vio a Jamuga, gritó saludando con la mano.

Jamuga lo ayudó a desmontar y lo abrazó.

—¡Qué alegría inesperada! —exclamó.

Nunca había simpatizado demasiado con el viejo lisiado, pero su semblante se iluminó de afecto.

Kurelen escupió.

—¡Mi boca está tan seca como una bolsa arrugada! —dijo—, y mis viejos huesos crujen. Bien, Jamuga. ¡No has envejecido ni un día! Ése es el resultado de la felicidad. Y una buena esposa —añadió cordialmente viendo a Yesi, que lo miraba con modesta e inocente sonrisa.

Ella hizo una reverencia.

—El amigo de mi esposo es un padre para mí —musitó, y besó su oscura y retorcida mano.

Kurelen se conmovió. Para disimular su emoción, miró alrededor y vio una multitud de semblantes sonrientes y contentos.

Jamuga le llevó hasta la tienda y ordenó que le trajeran vino y comida. Kurelen comió con su voraz apetito, elogiando el buen pan y el carnero.

—Cultivamos el maíz nosotros —dijo Jamuga con orgullo.

Se hizo un repentino silencio entre ellos. Por fin, Jamuga preguntó tímidamente:

—¿Cómo está Temujin?

Kurelen rió.

—Tiene una veintena de niños. Tú, presumo, tienes una sola esposa, pero él tiene un harén. Sus pequeñas hijas son muy hermosas, y aunque él alardea

de los hijos de Bortei, sospecho que ama más a las niñas. Habla ya de casar a la mayor con un príncipe de Catay. ¡Su ambición lo consume!

Jamuga estaba ansioso por preguntar si Temujin hablaba alguna vez de él, pero dijo:

—¿Es feliz? ¿Está bien?

Kurelen se encogió de hombros.

—A veces se queja de su hígado, pero yo creo que come demasiado y se excede con el vino. Es una flaqueza de familia. ¿Feliz? No lo creo. ¿Cómo puede un hombre ser feliz cuando arde un fuego en él? A veces tiene un aspecto desesperado, como si buscara ayuda. Con frecuencia me pregunto si aquella muchacha persa, la hija del khan Toghrul, no mordió demasiado hondo en él. Sin embargo, nunca habla de ella.

Jamuga dijo, con un dejo de su antigua amargura:

—Temujin nunca amó a nadie.

Kurelen enarcó una ceja.

—No estoy de acuerdo. Te estimaba a ti, Jamuga. Creo que aún te estima.

Jamuga lo miró con repentina ansiedad, pero dijo:

—No lo creo. —Su semblante se oscureció tristemente y miró hacia otro lado.

Kurelen puso la mano sobre su brazo.

—Siempre has sido desconfiado y celoso. Cuando pedí permiso a Temujin para visitarte, pareció alegrarse y quiso que en mi equipaje trajera presentes para ti y tu esposa.

Hizo llevar el equipaje a la tienda y lo abrió como un jovial pachá. Yesi se acercó con un plato en la mano y gesto expectante.

Kurelen sacó una fina daga china con empuñadura de oro incrustada con turquesas. Había también unas botas de piel de ciervo tan finas y suaves como seda y profusamente bordadas. Lo mejor eran varios manuscritos chinos de poesía y filosofía, arrebatados a una caravana sin suerte. Pera Yesi había seda amarilla y escarlata, una bufanda de la más fina lana carmesí, un collar de ópalos y plata, brazaletes tallados y aceite especial de rosas. Para los niños, capas de zorro blanco y un racimo de tintineantes campanillas de plata.

Jamuga estaba tan emocionado que no podía hablar, pero Yesi emitía exclamaciones de alegría. Jamuga la observó con triste sonrisa amorosa. Ella miró a su esposo rogándole que expresase su admiración. Pero de nuevo su expresión se oscureció.

—¿No me envió ningún mensaje? —preguntó.

No había mensaje, pero esto no impidió a Kurelen mentir jovialmente.

—Ciertamente. Deseaba que te dijera que está muy satisfecho con los jóvenes que le enviaste.

Jamuga se interesó.

—¿Son felices esos jóvenes?

Kurelen respondió con la verdad, aunque sabía que no satisfaría demasiado a Jamuga.

—Parecen muy... entusiastas. Han aprendido a ser excelentes soldados. Temujin ha dicho que les encanta prepararse para la guerra.

Jamuga suspiró.

—Me lo temía.

—Recordarás, Jamuga, que te dije que la guerra está en la naturaleza del hombre.

—¡Pero no aquí! ¡Aquí están contentos!

Kurelen asintió con gravedad.

—Te creo. Pero quizá aquí tienes algo que Temujin no tiene. Por eso he venido: para ver por mí mismo lo que tienes.

Jamuga lo miró con leve sospecha.

—¿Seguro que Temujin no te ha mandado para espiarme? —Instantáneamente sintió remordimiento, pero Kurelen no se ofendió.

—No. He venido por mi propia curiosidad —dijo, y continuó comiendo—. Temujin está bien. Su sueño de una confederación de todas las tribus es una realidad. Por eso temo la enemistad del khan Toghrul, ese viejo buitre. No me sorprendería que una guerra abierta se declare pronto entre ellos. Pero no, Toghrul no suele mostrarse abiertamente. Sospecho que pronto tendremos traición.

—A mí también me va bien —dijo Jamuga—. Muchos clanes de los alrededores se me han unido. Gente pacífica y amiga, a la que satisface nuestra manera de vivir.

De nuevo Kurelen asintió.

—Temujin está satisfecho con esto. Has trabajado bien en este país. Pero ahora tienes que mostrarme tus tesoros.

Era la hora del crepúsculo. Los dos hombres, el anciano y el joven, cabalgaron a través del extenso campamento hacia el río, los apacentaderos y los terrenos sembrados. Kurelen observaba todo con agudeza. La gente parecía satisfecha y orgullosa, con rostros tranquilos y ojos amables. Todos estaban ocupados en tareas, sin prisa pero diligentemente. Los rebaños

volvían de los apacentaderos. Las mujeres salían con los cubos, seguidas por los niños, jugueteando. Los fuegos empezaban a arder con llamas altas. Kurelen escuchaba las canciones de las jóvenes y las risas de los jóvenes. Estaba claro el contento y la paz con que vivía aquella gente. Saludaban a Jamuga con una mezcla de orgullo, cariño y respeto espontáneo. Era evidente que sus saludos salían del corazón, sin servilismo o temor. Y Jamuga les devolvía el saludo con grave dignidad, a veces llamando a un hombre o un niño por su nombre, deteniéndose para cambiar unas palabras.

Kurelen estaba impresionado por la ausencia de semblantes turbios o violentos, por la ausencia de voces discordantes o coléricas y de exclamaciones furiosas. Los niños no eran mandados a golpes, ni las mujeres lanzaban hoscas miradas a los hombres. Hasta los perros jugueteaban y sus ladridos eran alegres. Un hombre acariciaba el lomo de un buey. Una mujer se recostaba contra una yegua hablándole cariñosamente. Otras mujeres cuchicheaban cerca de un fuego. Los ancianos hablaban con los jóvenes sin mal humor.

«Éste es un pueblo diferente —pensó Kurelen con incrédula extrañeza—. Una raza que nunca he encontrado antes».

Llegaron al río. El sol había caído detrás de las montañas. El agua, del color del azafrán, reflejaba las colinas cercanas. El este tenía ya el tinte de los jacintos, frío y remoto. Pero el oeste era de un vivo escarlata con chispas de fuego. En el cielo temblaba la hoz de la luna nueva. En las riberas del río se mecía el trigo amarillo. Sobre todas las cosas había una calma, una paz y un silencio lleno de fertilidad y eternidad.

Jamuga contempló el río azafranado, luego las colinas y después el cielo. Parecía haber olvidado a Kurelen y estar absorto en pensamientos tan grandes y apacibles como el paisaje. Detrás de ellos estaba el campamento de oscuras tiendas, con sus espaciadas hogueras.

Kurelen permanecía en silencio, respirando aquella paz universal. Miró a Jamuga, tan enhiesto y erguido sobre su delgada yegua gris, y pensó que éste era un nuevo Jamuga, imbuido de dignidad y sereno esplendor. Una repentina sensación de soledad y nostalgia descendió sobre el anciano lisiado y de pronto se sintió pequeño, oscuro e insignificante, como un reptil de un mundo más violento, un intruso furtivo en un lugar que flotaba todavía en el cielo.

—¿Cuál es tu secreto, Jamuga? —preguntó con dulzura.

Jamuga no respondió de inmediato. Luego se volvió sonriendo, con los ojos llenos del esplendor del cielo.

—No es un secreto —dijo—. La paz, la justicia, la clemencia y la razón son cosas simples. Aquí no son mera teoría, sino una forma de vida. Aquí cada hombre tiene dignidad. Ninguno es esclavo, sino una persona respetable. Si es virtuosa, valiente y bondadosa, recibe honores. La rapacidad es un crimen castigado severamente. La traición, la mezquindad, la crueldad y el egoísmo son actos que socavan a una buena sociedad. La violencia es un vergonzoso pecado cometido contra el pueblo y se castiga con el destierro.

»Ningún hombre trabaja constantemente, sino sólo el tiempo suficiente para atender su propio ganado y su parcela de tierra. Tenemos alegría y muchas diversiones: carreras, pugnas de habilidad con el arco y la garrocha. Tenemos concursos para producir los mejores caballos, las mejores ovejas y reses. Todos los hombres saben leer. Hay mucha demanda de contadores de historias. Si un hombre carece de cualquier cosa, su vecino le ayuda. No hay rangos, excepto en la virtud, el cumplimiento y la utilidad. Hay simpatía entre nosotros. Sin embargo, no somos débiles. Somos fuertes, conscientes de que con nuestra dignidad, nuestra salud y nuestros conocimientos somos útiles el uno para el otro».

Sonrió con una especie de júbilo.

—Y pongo énfasis en las relaciones del hombre con el hombre y del hombre con la tierra —prosiguió—. Los sacerdotes les dicen que el hombre tiene un destino único con Dios y el futuro. Lo que tiene que venir es un misterio, pero nosotros somos parte de él. Somos uno con el pasado, pero también uno con el mañana. La vida es un río que fluye del ayer al hoy y a las épocas venideras, y nosotros formamos ese río de la vida, reflejando las colinas, los cielos y el sol del presente, pero también somos eternos. Nuestro pueblo siente que aunque el momento presente es de ellos, la eternidad también lo es. Tenemos una aventura, pero es una aventura en Dios, la naturaleza del hombre y la tierra. Mi pueblo experimenta una alegría misteriosa, un tiempo vasto e infinito como el cielo. Cuando mueren, dicen a los que dejan: «¡Hasta mañana!». Y saben que el mañana vendrá sin pesar.

Miró a Kurelen con el semblante demudado, y Kurelen supo que no lo veía a él, sino a alguna escena sobrenatural.

—Somos una visión —continuó—. Una visión de Dios sin la cual el hombre perecería sin dejar huella de su paso.

Kurelen escuchaba incrédulo. Pensaba que estaba escuchando locas palabras de labios de un loco. ¡Una visión de Dios! ¡Qué tontería! ¡Una revelación de la eternidad en la que todas las cosas cambian, excepto Dios y

el hombre, que son eternos y uno solo! Aquello violentaba la realidad, que es exigente y sanguinaria, inexorable.

Sin embargo, el frágil anciano lisiado se quedó sin habla. Vio de repente, con engeguecedora claridad, que aquello podía significar el conocimiento de Dios, el conocimiento de su inmanencia y presencia. Por largo rato experimentó esta claridad y le pareció que su cuerpo y su alma se disolvían en ella y participaba de un regocijo y una paz casi paralizantes. El yo se había disuelto y él flotaba en un plano de la realidad en que el temor se había desvanecido y la estatura del hombre era ilimitada. Su visión penetraba eternidades.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos. Cuando los abrió tuvo la sensación de caer desde una grande y radiante altura a oscuros abismos donde cosas terribles acechaban y figuras obscenas se movían desenfrenadamente. Algo de esa oscuridad se había deslizado sobre el semblante de Jamuga.

—Comprendo —dijo en voz baja— por qué mis jóvenes se entregan tan fácilmente a las artes de la guerra y la violencia con Temujin. Ellos han perdido la visión, han olvidado la aventura de vivir.

Cuando Kurelen volvió con Temujin y éste le preguntó por Jamuga, su primer impulso fue decir: «Vengo de otro mundo, y por lo que he visto allá este mundo nuestro es caótico, repugnante, vicioso y mezquino». Pero en vez de eso, para proteger la paz de Jamuga, dijo:

—Jamuga está muy bien y cultivando en su pueblo el cariño y lealtad hacia ti.

Y no temió ya por Jamuga. Porque sabía que Jamuga estaba protegido contra la tragedia y la desgracia. O por lo menos, él lo esperaba así.

Capítulo 64

KURELEN, Chepe Noyon y Subodai eran los tutores de los hijos de Temujin. Los niños debían aprender todo lo que estos tres hombres sabían. Aprendían a dibujar los extraños caracteres chinos y leían acerca de los dorados emperadores de Catay, los hijos del Cielo.

Juchi, discípulo de Kurelen, era un niño caprichoso y rebelde, de ojos insolentes y voz gutural. Kurelen no le profesaba demasiado afecto, pero le enseñaba lo mejor que podía y hasta tuvo ocasión de sentirse orgulloso de él porque Juchi aprendía con facilidad y razonaba muy bien. Desde su niñez detestaba a su padre, Temujin, y era amargamente envidioso del menor privilegio de sus hermanos. Era el favorito de Bortei, como también de Kasar.

Temujin se ausentaba con frecuencia. Cabalgaba a través de sus vastos dominios, deteniéndose brevemente para conversar con sus vasallos y dar órdenes. En todas partes sus penetrantes ojos se clavaban como saetas, y en todas partes, para su satisfacción, sólo veía disciplina y orden.

No había libertad personal para ningún hombre. Sólo había obediencia y sumisión incuestionable. Pero había disciplina y lealtad, y éstas eran las cosas que él deseaba. Feroz, exigente, inexorable y turbulento por naturaleza, era visto con terror supersticioso y pavor reverente por sus clanes, la nueva confederación del Gobi.

Lanzaba su poderosa figura sobre las regiones áridas y en los mismos pies de la gente del khan Toghrul hacía flotar su sombra. Entre él y Toghrul existía una paz voluble y frecuente intercambio de afectuosas cartas y obsequios. Pero Toghrul conocía a su enemigo. Los dos pueblos se miraban de frente a través de vastos espacios, como dos ejércitos listos para el combate.

Toghrul convocó a todos sus hijos y también a su favorito, Taliph. Los miró atentamente frunciendo sus arrugados labios y los ojos hundidos.

—¿Qué haremos con Temujin, ese perro mongol de ojos verdes? —preguntó.

—¡Declararle la guerra y destruirlo de una vez! —exclamó uno de sus hijos.

—¡Ordena su inmediata obediencia y subordinación! —dijo otro.

Los otros lanzaron exclamaciones vehementes y desdeñosas.

—¿Quién es ese vil analfabeto que de repente se ha convertido en una amenaza?

Taliph sonrió con sarcasmo. Dijo:

—Le hemos permitido hacerse demasiado fuerte porque los comerciantes y los mercaderes apreciaban sus ganancias. Lo hemos envalentonado, admirándolo en voz alta, lo hemos hecho rico y dejado hacer su voluntad. Ahora el perro que nos servía se ha hecho un lobo y está mostrando los dientes. La culpa es nuestra.

Toghrul se volvió hacia él. Sólo aceptaba consejos de Taliph.

—¿Qué haremos? —preguntó.

Taliph reflexionó.

—Declararle la guerra ahora sería muy malo. Pero debemos demostrarle inmediatamente que ha ido demasiado lejos. Una suave amenaza, quizá.

Toghrul arrugó la nariz.

—¡Amenazas! ¿Lo has olvidado, Taliph? Las amenazas son acicates para tales animales.

Taliph extendió las manos con elegancia.

—Entonces mímallo. Envía emisarios secretos a sus clanes. Busca la cooperación de sus nokud. Llevará su tiempo, pero la traición es mejor que la guerra abierta, que podría... —hizo una pausa significativa— no beneficiarnos en nada.

—Los merkitas lo odian, aunque él ha absorbido mucha de su gente —dijo el khan—. Los naimanes también lo odian, aunque les ha absorbido mucho a ellos también. Los taigutos se regocijarían con una oportunidad de traicionarlo. Los tártaros no lo estiman. Bien, envíales emisarios.

—Yo iré personalmente a ver a los más inteligentes khanes. Envía a mis hermanos a los menores. No será fácil, pero es la mejor forma. Sembraremos descontento, antipatía y sospecha entre los clanes. De esta forma lo desintegraremos, destruyendo la unidad que ha construido. Y cuando eso ocurra, él será un fugitivo impotente.

—¡Cómo me regocijaría verlo encadenado! —exclamó el anciano—. Es un asunto peligroso y difícil, y requerirá toda nuestra habilidad y sutileza. ¡Qué tontos fuimos! Le pagamos para que nos protegiera y ahora debemos protegernos de él. Tienes razón, Taliph. Seguiré tu consejo. —Pero otro pensamiento lo inquietó—: Entre nuestra propia gente hay quienes lo admiran y lo estiman. A mi muerte, la herencia de mis hijos será atacada a menos que él sea sometido. ¡Debemos proceder! Ese perro debe morir.

—Al este del lago Baikal la gente se está armando ya contra su confederación del oeste —dijo Taliph—. ¡Envíales mensajeros enseguida! Ellos se nos unirán. Siempre han sido nuestros enemigos, pero ahora puede interesarles ser nuestros aliados. ¡Cuanto más pienso en ello, más fácil me parece! ¡Temo que hemos conferido demasiada importancia a nuestro hermano mongol!

Y así, Toghrul siguió el consejo de su hijo. Los emisarios cabalaron secretamente entre los merkitas, los tártaros, los naimanes y los taigutos, aún no conquistados para Temujin. Encontraron a éstos muy fáciles de convencer. Pero la tarea no era tan sencilla entre los clanes de la confederación, fervientemente leales a Temujin. De hecho, los emisarios tenían que ser sumamente cuidadosos, proclamando en voz alta la lealtad y adhesión a Temujin, declarando que sólo iban como visitantes para ver lo que había hecho.

Sin embargo, entre muchos clanes, conseguían mostrar desconfianza, dudas e inquietud.

Los pueblos al este del lago Baikal estaban demasiado ansiosos y fue fácil asegurarlos como aliados. El khan Toghrul encomendó a Taliph los naimanes, el más civilizado pueblo del Gobi.

Taliph fue bien informado acerca de Jamuga Sechen por los espías. Y Jamuga fue uno de los primeros khanes que visitó.

Capítulo 65

CUANDO el largo séquito se detuvo en el campamento naimán, Jamuga no reconoció al principio a su distinguido visitante. Había visto a Taliph sólo una vez, hacía años. Pero sus recuerdos de un amable y bondadoso príncipe eran placenteros.

Se disculpó por la sencillez y austeridad del campamento, pero Taliph desechó sus disculpas con un elegante gesto.

—Te aseguro, Jamuga Sechen, que soy un hombre de gustos sencillos. Te sonrías, pero es así.

Sus buenas maneras, sonrisas afables y sus gestos aristocráticos ganaron a Jamuga, cuya experiencia entre caballeros era bien poca. Taliph admiró los tesoros de Jamuga, en verdad sorprendido de su buen gusto. Vio que Jamuga tenía delicadeza y refinamiento, y que era honesto y claro como el agua, sin desviaciones ni astucias. Eso le satisfizo en gran medida. Nadie era tan fácil de engañar como los hombres así.

—No he viajado mucho por las estepas —dijo con franqueza—. Pero encontrar un hombre civilizado entre salvajes y bárbaros es una rara sorpresa y un deleite.

Hablaba astutamente, consciente de que tales alabanzas eran miel y vino para Jamuga, a quien consideró vano y consentido por naturaleza, como la mayoría de los hombres tímidos y silenciosos. Tales hombres nada ansiaban tanto como ser tratados como iguales por los que secretamente envidiaban y admiraban.

Dijo a su anfitrión que iba camino de Bojara. Jamuga estaba encantado por la franca sencillez de tan grande príncipe. Su vanidad se confortó. Taliph no se daba aires, reía y conversaba como con un igual de nacimiento y posición. Jamuga, siempre receloso de las condescendencias, no encontró nada sospechoso. Su corazón se abrió. Conversaba con ansiedad y placer, sintiendo que algún duro cerrojo había sido sacado de su lengua. Y como la mayoría de los hombres de su clase, una vez el cerrojo fue sacado, habló de muchas cosas que hombres más experimentados se habrían reservado.

Esa noche se sentaron junto al fuego, comiendo y bebiendo. Yesi estaba sorprendida de las frecuentes y francas risas de Jamuga. Veía también que su esposo, que no era demasiado afecto al vino, bebía mucho. Por alguna razón

estaba inquieta, con la inquietud de la mujer inocente e inexperimentada que sospecha algún peligro.

Deseaba estar cerca de Jamuga, medrosa de que él fuese indiscreto, aunque no sabía en qué podría serlo. Pero Taliph no le agradaba y algo se rebelaba en su tranquilo corazón cuando la mirada de él se posaba en ella como si fuera un perro u otro animal y no un ser humano. Cuando ella lo servía, él la observaba impaciente. Su presencia lo irritaba. Era evidente que la consideraba una esclava, de menos importancia que una mosca.

Su delgado cuerpo se estaba agrandando de nuevo con un hijo. Tenía el semblante pálido por el esfuerzo y el fastidio, pero se sentó resueltamente en un rincón de la tienda, con los ojos brillantes a la luz del fuego y las manos cruzadas y rígidas sobre las rodillas. Escuchaba con atención, humedeciéndose los labios, con un temor sin nombre.

No podía dejar de mirar a Taliph y su estrecho rostro elegante, de ojos sutiles y alegre sonrisa. Tenía puesto un fez rojo que le daba un aspecto astuto y de poco fiar. Su blusa era de la más fina seda blanca y de su cuello colgaba una cadena de oro. Los pantalones eran escarlata y en el cinto tenía una daga enjoyada. A intervalos tocaba su larga nariz con un pañuelo perfumado. Cuando movía los pies, sus botas de suave cuero rojo captaban la luz y centelleaban. Jamuga, sentado a su lado, con su abrigo de lana de rayas azules y blancas y los pantalones remetidos dentro de sus botas de cuero de ciervo, parecía tan sencillo y vulgar como la tierra. No usaba alhajas y sus manos estaban manchadas, pero su cabeza erguida se veía orgullosa y tranquila, con sus ojos azules como jacintos a la luz del fuego.

Nada podía ser más benigno ni más comprensivo que la expresión de Taliph mientras escuchaba a Jamuga hablándole de su paz, su agradable vida y las civilizadas costumbres de su pueblo. Pero Yesi veía cómo los negros ojos del visitante centelleaban y se evadían con sardónica diversión a pesar de todas sus sonrisas y asentimientos. A veces, por un brevísimo instante, contemplaba a Jamuga con el gesto del que observa a un loco.

Cuando Jamuga hubo terminado, Taliph guardó silencio por un momento. Parecía reflexionar y una expresión de grave pesar apareció en su semblante.

—Jamuga Sechen —dijo con voz triste—, muchos han tenido tu sueño, pero éste se deshizo en sangre y oscuridad, como se deshará el tuyo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jamuga.

Taliph suspiró y lo miró con aparente asombro.

—¿No lo sabes? Una guerra como el Gobi nunca ha visto está por estallar. Por lo menos, así he oído decir. Hay rumores de que la gente del este del lago

Baikal se siente molesta por el creciente poder y la nueva confederación del Gobi y que atacarán inmediatamente, o que su propia codicia y ambición los forzarán a dar el primer golpe. Sea como fuere, habrá un terrible conflicto. Entonces Temujin ordenará a todos sus khanes que se le unan en la lucha con todos sus hombres. —Se encogió de hombros lamentándose—. En el horror de la refriega, tu sueño de paz y felicidad en este valle morirá. Los clanes lucharán contra otros clanes, los hermanos contra sus hermanos, y los pueblos contra otros pueblos. Las regiones áridas y las estepas se desangrarán en una lucha fratricida. Multitudes perecerán y el terror asolará el Gobi. Quizá Temujin hará conquistas. Pero ¿de qué sirven las conquistas cuando los hombres han muerto? Y si conquistara, esto le aguzaría el ansia de nuevas conquistas, nuevas víctimas y nuevo poder.

Jamuga se quedó como una estatua, pálido e inmóvil. Sabía que Taliph decía la verdad y también que él había estado esperando esto. Había sido la ominosa tormenta en el horizonte de su tranquila y resplandeciente vida. Ahora era inminente. Palideció más aún.

Pensó en sus miles de contentos y satisfechos hombres que vivían en paz y camaradería. Pensó en sus esposas y niños, en los campos de maíz recién sembrados, en los ganados y las verdes praderas... Entonces fue sacudido por una terrible convulsión interior y el rostro se le cubrió de transpiración.

Exclamó agitado:

—¡No importa el motivo de la llamada, yo no sacrificaré a mi pueblo! ¡No tengo disputas con ningún hombre! No ayudaré a ninguno, no, ni siquiera a Temujin, a destruir y violar, a saquear y provocar desolación. ¡Él tiene una visión loca y mi pueblo no morirá por ella!

Se puso de pie.

—Siempre ha padecido esa locura —añadió—, esa insaciable sed de poder ilimitado. Está lleno de odio y codicia, y necesita víctimas para satisfacerlos. Nunca ha amado ni servido, ni deseado paz ni bondad. ¡En su corazón hay un fuego que incendiará el mundo y lo llenará de muerte! ¡Él es malvado y peligroso! Odia a todos los hombres y a todo ser viviente. Su felicidad es aplastar al impotente, robar sus ganados y sus bienes, y escuchar el llanto de sus mujeres. ¡El terror es su espada y la locura, su caballo!

Prorrumpió en terribles sollozos secos, y Yesi se llevó las manos a la boca para contener su propio llanto.

—¿Por qué ha mandado Dios este monstruo para afligir la tierra? —se lamentó Jamuga—. ¿Por qué no es derribado y aplastado?

Taliph escuchaba, plenamente satisfecho del efecto de sus palabras. Pero mostró el semblante sombrío, meneando la cabeza.

—No lo sé —dijo tristemente.

Jamuga guardó tembloroso silencio, mirando alrededor como si viese enemigos invisibles. Comenzó a hablar de nuevo con la voz quebrada de un hombre destrozado:

—Yo sólo he vivido para la paz y la felicidad, para el amor y la satisfacción. Mi pueblo no desea nada más que el pan que come y las esposas y los niños a salvo en sus tiendas. ¿Qué han hecho ellos para ser tan perjudicados? —Hizo una pausa y luego exclamó—: ¡Ellos no morirán por este loco! ¡No lo ayudarán a saquear, arruinar y asesinar! ¡Los llevaré lejos de este lugar...!

Entonces el artero Taliph dijo:

—Pero a menudo los hombres luchan por la paz y la seguridad. ¿Vacilarías tú en unirse a los que rescatarán a la gente del yugo de Temujin?

Jamuga enmudeció, pero sus ojos febriles quedaron fijos en el semblante de Taliph.

Éste continuó suavemente:

—¿No hay batallas que vale la pena librar?

Los labios de Jamuga temblaron; parecía un hombre atacado de parálisis.

Taliph añadió:

—Él debe ser detenido. Ahora o nunca. La historia de los tiranos es la historia de los pusilánimes que no se atreven a hacerles frente.

Jamuga habló en voz baja y desmayada:

—Me llevaré a mi pueblo. Pero si somos atacados, entonces lucharemos.

—¿Solos? ¿Por qué no unirse a aquellos que desafían a Temujin? Ésa es tu seguridad. ¿Qué puedes hacer tú solo contra él?

—He dicho que nos marchamos. Lucharemos sólo si nos atacan.

Taliph frunció los labios con menosprecio.

—¡Un gesto inútil y de sacrificio! Él os destruirá a todos en una hora.

Entonces Jamuga estalló:

—¡Sois vosotros los que lo habéis alimentado! ¡Vosotros lo habéis envalentonado, ayudado y auxiliado por vuestras propias ganancias! ¡Le habéis permitido el saqueo y el pillaje partiendo el botín con él, a cambio de que protegiese vuestras caravanas y tesoros! Cuando él conquistaba pueblos débiles, os encogíais de hombros creyendo que cuanto más aniquilara y absorbiera, más seguros estaríais.

»Él es nuestro amigo, el guardián de nuestros intereses, decíais. Y ahora, con vuestra ayuda, él ha aumentado su poder. El perro que guardaba vuestras puertas ahora amenaza vuestras casas. ¡Ahora lo veo claro! ¡Él ha lanzado su sombra de odio y conquista dentro de vuestras ciudades! ¡Está ante vuestras murallas!

»¡Pues vuestra es la culpa! ¡Sois vosotros los que habéis abierto la jaula dejando salir al monstruo!

Taliph, alarmado ante el semblante y las palabras de Jamuga, se puso de pie. Miraba los indómitos y brillantes ojos de Jamuga. Apretó los labios. Luego dijo:

—Y si tienes razón, entonces ¿qué? ¿Le permitiremos continuar, aun cuando tontamente lo auxiliamos? Es tarde para los reproches. Es hora de tomar una decisión. La bestia que dejamos en libertad está empeñada en la destrucción del mundo. Aun cuando la equivocación fue nuestra, la lucha debe ser de todos.

Jamuga inclinó la cabeza sobre su pecho y gruñó.

—¡Pero mi pobre pueblo no tiene la culpa! —exclamó.

Taliph colocó una mano en su hombro con gesto de conmiseración.

—Los inocentes siempre podrán consolarse en su falta de culpa. Es tarde para los reproches. Nosotros hemos sido culpables de un gran error. Ahora debes ayudarnos a arreglarlo, para restaurar y proteger la paz del mundo. Nosotros debemos lavar nuestra codicia, nuestra cortedad de miras y nuestra negligencia. Y pedimos la sangre de los inocentes en este sacrificio universal. —Añadió sombrío—: Si no luchamos, todos perderemos, culpables e inocentes, nosotros hemos creado al monstruo. ¿Ves qué franco soy? Pero el monstruo te amenaza a ti tanto como a nosotros. Tuya es la elección: te unirás a nosotros para derrotarlo o te unirás a él para colaborar en el fin del mundo.

Continuó:

—Un hombre tonto liberó un tigre. El tigre marcha devorando. Devorará a los sabios tanto como a los tontos, ahora que está libre. ¿Es sabiduría, por parte de los sabios, decir: «Nosotros no liberamos este tigre»? El hecho queda: el tigre está suelto y destruirá vuestra ciudad tanto como la nuestra. Tu sabiduría no suavizará su ferocidad.

Jamuga no respondió.

—Ayúdanos a destruir al tigre —insistió Taliph.

Las facciones de Jamuga se marchitaron en la llama de su angustia, pero miró a Taliph de frente.

—Te ayudaré —dijo.

Taliph sonrió y le tendió la mano.

—Eres tan bravo como sabio —dijo.

Jamuga miró la mano y se estremeció.

—¡Tu mano es tan culpable como la de él! —repuso—. No quiero ninguna de las dos.

De repente pareció abrumado por una terrible tristeza que Taliph no podía comprender.

Capítulo 66

NÓMADA por naturaleza, el khan Toghrul, o Wang Khan como se le conocía ahora, sabía muy bien que incluso los más secretos rumores llegaban a las zonas más recónditas de las estepas y el desierto.

Por tanto, sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que Temujin descubriese su traición. De modo que sus emisarios y espías trabajaban febrilmente. Y, en efecto, poco después Toghrul supo que Temujin estaba al corriente de todo, en especial de que las gentes del este del lago Baikal estaban listas para golpear en concierto con los turcos keraítas y el resto de los pueblos no conquistados del Gobi.

Toghrul esperaba en tensión. ¿Golpearía Temujin primero, buscando una arrasadora ofensiva que desmoralizara a los pueblos aún no comprometidos con una guerra a gran escala? ¿O esperaría al primer movimiento de sus enemigos?

Un día Toghrul recibió una carta de su hijo adoptivo. Le fue llevada por tres guerreros, morenos y robustos, con penetrantes ojos de halcón. Leyó en voz alta:

Un lejano día en que tu propio hermano te perseguía con intención de matarte, ¡oh!, mi padre adoptivo, mi propio padre te auxilió, cobijó y dio protección. ¿Y no llegaste a ser tú su hermano juramentado, no dormiste acaso bajo la misma manta que él, jurando eterna amistad a él y sus hijos?

¿No me juraste por el sagrado Río Negro que nunca escucharías maldades de mí, tu hijo adoptivo, y que siempre arreglaríamos todos los malentendidos entre nosotros?

¿No soy yo una rueda de tu kibitka? ¿Y no es sólo el hombre tonto quien discute con el que le mueve su casa para sacarla del peligro?

Se dice que tú me consideras demasiado ambicioso. Es verdad que he alardeado en tu presencia, pero yo creía que me escuchabas con indulgencia, como un padre escucha las palabras de su hijo favorito, sabiendo que la juventud es propensa a la exageración. ¿Pero te he dado motivo para sospechar que codicio tu poder y que tomaré la herencia de tus hijos? ¿No me he presentado, a una palabra tuya, con todos mis guerreros para servirte? ¿No he hecho seguros tus caminos y tus caravanas, llenando tus arcas de riquezas? ¿Y he pedido algo más que tu afecto y ayuda, y una simple mano llena de monedas?

Sin embargo, ahora he oído decir que estás irritado conmigo, que estás levantando a la gente contra mí, que me aplastarás con tu pie. ¿Por qué se levanta así tu ira contra mí? ¿Por qué se ha oscurecido tu corazón envenenándose contra tu hijo? Estoy lleno de tristeza. Me siento en mi tienda y me entrego a la pena.

Tengo sólo una esperanza: que me mandarás un mensaje diciendo que todo lo que he oído de los espías y conspiradores, acerca de traición y odio, son embustes y que tu afecto por mí es incommovible y pleno de confianza.

El khan Toghrul apenas daba crédito a sus ojos. Chillaba y se reía entre dientes, con júbilo y deleite. Continuó leyendo:

Con tu ayuda me he hecho fuerte y soy el más poderoso khan del Gobi. Mis guerreros se mantienen como gigantes en las regiones áridas y las estepas. Son tantos que los cascos de sus caballos retumban como truenos y la tierra se oscurece a su paso. Por donde cabalgan, las multitudes se inclinan ante ellos, reconociendo su irresistible poder. Son leales y valientes, llenos de ferocidad, y morirían por mí. Viven sólo para servirme, estos muchos millares de poderosos guerreros. Y yo vivo sólo para servirte, para mantener el orden que es necesario para tu bienestar.

Wang Khan chilló como un mono triunfante.

—¡El perro está temblando en sus propios despojos! ¡Se acobarda ante mí con relinchos serviles! ¡Nunca he leído una carta más cobarde! Esto es más de lo que me atrevía a esperar. ¡Lo tenemos en la palma de nuestra mano!

Uno de sus hijos, Sen-Kung, exclamó con furia:

—¿Cómo se atreve ese cerdo a llamarte «padre», padre mío? ¡Es un insulto que sólo puede ser lavado con su propia sangre!

Pero Taliph volvió a leer la carta. Cuando terminó la lectura entornó los ojos.

—No cantes triunfos prematuros, padre mío. Leo muchas cosas en esta carta que aparentemente tú no has leído. Por ejemplo, leo una amenaza. Una de las más funestas amenazas. Ésta no es la carta de un cobarde, sino del más peligroso y despiadado enemigo.

Wang Khan lo miró incrédulo. Los otros hijos murmuraban haciendo desdeñosas apreciaciones.

—¿Amenazas? —exclamó el anciano—. ¡Estás loco, Taliph!

Taliph sacudió la cabeza sonriendo levemente.

—Sólo leo su significado. Te señala el poder, el número y la ferocidad de sus hombres. En otras palabras, dice: «Soy poderoso. Tengo los mejores guerreros de Asia, listos para morir por mí. He formado un ejército invencible. ¡Golpéame y te devolveré el golpe, y caerás tú, no yo!».

—¡Dame esa carta! —exclamó Wang Khan, arrebatándosela de la mano. La volvió a leer. Su rostro se contraía, haciendo gestos como la faz de un mono.

—Dice también —recalcó Taliph con calma— que debes apresurarte a tranquilizarlo sobre tu buena voluntad y afecto, porque él puede perder la paciencia y darte una lección. En otras palabras, te pide gestos pacíficos y que suspendas las conspiraciones y traiciones contra él. ¡Es una carta sumamente inquietante!

Wang Khan arrojó la carta al suelo y la pisoteó con furor. Escupió en ella y sacudió un puño en el aire.

—¡Se atreve a amenazarme a mí, a mí, al khan Toghrul, a Wang Khan! ¡Ahora le enseñaré! ¡Debemos golpearlo inmediatamente! ¡Cada día que dejemos sin golpearlo es un día añadido al peligro!

Su envejecido rostro se contorsionó de repente. Se contrajo debajo de su cráneo pelado, de manera que parecía una cabeza muerta. Se entregó a su antiguo temor, a las supersticiones y pesadillas. Retorcía las manos, miraba de un lado al otro como una comadreja amenazada por los lobos. Luego sus ojos relampagueaban malignamente.

—¿Dónde están sus mensajeros? ¡Cortadles las cabezas y enviádselas a Temujin! ¡Ésa será mi cariñosa respuesta a su carta!

Soltó una risotada seca, crujiente y cruel.

Taliph miró a su padre con semblante grave.

—¿Te das cuenta de que será una declaración de abierta e implacable guerra?

El anciano asintió furiosamente y sonrió sarcástico.

—¡Sí, me doy cuenta! ¡Por Alá! ¿No había yo estado esperando este día?

Su hijo lo dejó para dar órdenes.

Se sentó en sus almohadones. Alternativamente se reía entre dientes y temblaba. Los ojos se movían con nerviosismo. Era la personificación de la perversidad, contemplando todo lo maligno y lo violento.

Luego se quedó quieto mirando rígido al frente, pestañeando lentamente.

—Tengo una casa al otro lado de la Muralla —murmuró.

Capítulo 67

YESI, asustada, habló a su esposo.

—Ese hombre es un hombre aciago. Habla palabras razonables, comprensivas y nobles. Sin embargo, no las tiene en su corazón. Desea tu ayuda porque teme y no porque busque el bienestar de los hombres.

Jamuga, que había palidecido, perturbado durante días, tuvo que admitir la sabiduría de las palabras de su esposa. Contempló sus claros ojos azules, tan inocentes y llenos de angustia por él, y sintió un tormento de amor por ella.

—Tienes razón, amada mía —respondió suavemente—. Sin embargo, aunque él no tiene bondad en su alma, ha dicho la verdad. El tigre está suelto. Debemos enjaularlo o destruirlo.

Yesi dijo tranquila:

—Ese tigre es tu hermano juramentado.

El semblante de Jamuga se demudó.

—¡Lo sé! —exclamó apretando los puños—. ¡Lo sé! Pero es también un tigre.

—Él ha sido bueno contigo, mi señor.

—¡Lo sé! Sin embargo, es un monstruo. —Tomó la mano de su esposa, implorante—. Yesi, mi amor, ¿querrías que yo le acompañase en su cruzada contra el mundo?

Yesi se estrechó atemorizada contra él.

—¡No, mi señor! Sólo pienso en ti. Si Temujin sabe esto, te matará en el acto.

Él la rodeó con sus brazos tiernamente.

—Lo sé. Sólo tengo dos elecciones: unirme al monstruo o ayudar a detenerlo. Tú sabes lo que debo elegir. Todo lo demás debe ser olvidado. —Suspiró—. ¡Preferiría no haberte conocido nunca y que no me hubieras dado hijos! Ahora temeré por tu suerte si soy abatido.

Ella vio su sufrimiento. Sólo deseó tranquilizarlo y le sonrió con apasionado amor.

—¡No serás abatido! Dios está en sus cielos todavía, y él no permitirá que la bondad, la dulzura y la paz desaparezcan de la tierra. Tú triunfarás, mi amado. Tú derrotarás al maligno.

Él pensó: «Debo tener fe en esto».

Jamuga fue en su caballo hasta un espacio abierto cercano al río. Mientras cabalgaba, tuvo de nuevo la sensación de su dolorosa soledad y amarga espera. Durante muchos años había cabalgado así, imaginando a Temujin conversando a su lado, como habían cabalgado y conversado siempre en su juventud, comprendiéndose por medio de la palabra o a veces sólo con la mirada. Esos años de cabalgar en solitario no habían sido en vano, porque él solía hablar mentalmente con su hermano juramentado y todas las viejas incomprendiones desaparecían. Pero hoy cabalgaba verdaderamente solo. No había sombra de compañía con él. Nunca había estado tan solo, tan solitario. Era como una amputación física que sangraba y dolía. La deplorable realidad le llegaba: una muerte había tenido lugar, alguna persona amada había muerto y en consecuencia llegaba para él una indecible soledad y pérdida.

No estaba ya encolerizado con Temujin. Las facciones del monstruo habían desaparecido, quedando sólo el semblante de su hermano juramentado, joven, alegre, violento, vehemente y generoso. Pensaba en Temujin como se piensa en un muerto. La criatura que había tomado su lugar era un enemigo, tan enemigo de Temujin como de él mismo.

El corazón le dio un vuelco. Sus ojos contemplaban ciegos la verde corriente del río y el trigo dorado.

«¡Oh, Temujin! —exclamó silencioso—, ¿dónde estás? ¿Por qué me has dejado abandonado y solo, sin poder ya verte ni oír tu voz? Nunca más dormiremos bajo la misma manta, bajo las estrellas. ¡Nunca más me sonreirás y me llamarás tu amigo! Tú has muerto. El mundo está vacío y quebrado. Es un desierto donde nada crece».

Luego pensó en las cosas que debía hacer. Alguna presciencia le decía que la muerte sería su recompensa y que todo lo que había realizado caería en ruinas.

Pero con seguridad, pensó con repentina fuerza y coraje, la esperanza, la paz y el amor no morirían, no, aunque la oscuridad y la furia llegaran, ellas vivirían. Está en la naturaleza del mundo que aunque la tormenta se desate, aunque el volcán derrame su lava sobre los viñedos, aunque el invierno ennegrezca las praderas, hay una primavera de la tierra y del alma, y todas las cosas se levantan y florecen de nuevo.

«Ésta debe ser mi fe, la fe de todos los hombres», pensó. De otra manera, la tierra y todos los pueblos morirían para siempre y Dios mismo se convertiría en una sombra.

Capítulo 68

—**LA HORA** ha llegado —dijo Temujin con tranquilidad, mirando las ensangrentadas cabezas de sus mensajeros.

Mucha gente pensó, al oír estas palabras, que quería significar la hora de la venganza. Pero él se refería a la hora de su destino.

Curiosamente, no se había enterado del desafecto de Jamuga. Si le hubiera llegado el rumor, no lo habría creído. Estaba seguro de que Jamuga nunca lo traicionaría. Paradójicamente, era él, más que Jamuga, quien creía en lo sagrado de la amistad, que no podía ser violada. Hubiera creído más fácilmente en su propia traición que en la de Jamuga.

Era verdad que con frecuencia se había enfadado con Jamuga, insultándolo y humillándolo, que lo había desterrado burlándose de él y hablando con menosprecio sobre su persona. Sin embargo, creía en su fidelidad. Se decía a sí mismo en su corazón que no tenía otro amigo que Jamuga, ningún otro leal hermano juramentado.

Como Jamuga, cabalgaba con su sombra a su lado. Nunca había estimado tanto a Jamuga como en los oscuros y nefastos días previos al conflicto. Hablaba a esa sombra con franqueza, sin oír palabras de disensión o de crítica. Era más sincero con la sombra de Jamuga de lo que había sido con el propio Jamuga.

«Hay quienes argumentan que las cosas que son, son las que deben ser —decía a su invisible compañero—. Pero cuando las ruedas se detienen, el carro va a la deriva. Hay quienes dicen que el cambio no es sino otro rostro perteneciente a la misma entidad. Pero el rostro, por lo menos, es nuevo. El hombre no puede detenerse a contemplar la luna para siempre. Debe moverse, aun si sólo es en círculos. De otra manera, su corazón y su sangre se paran. Dicen que no hay mañana. Quizá en la eternidad es verdad, pero para todo hombre viviente siempre hay un mañana.

»Para cada hombre de coraje y visión, el mañana espera. Y el mañana es mío. Los imperios de Catay han caído en la ciénaga del ayer. El emperador dorado se desmenuza en polvo. Cada nuevo día encumbra sólo a un hombre. Hoy me ha tocado a mí. La hora del conflicto ha llegado. Y sé en mi alma que triunfaré».

Estaba embargado de salvaje exaltación. Se reía sonoramente en los solitarios espacios en que cabalgaba con la sombra de Jamuga a su lado.

Apretó los puños mirando con arrogancia el pálido cielo:

—Los hombres dirán de mí: «Aquí estuvo el más grande de todos los guerreros y emperadores. Aquí estuvo aquel cuyos vastos ejércitos marchaban por las estepas y las regiones áridas, y los hombres desviaban los ojos atemorizados ante ellos. Ante los siglos anónimos, la figura de Temujin se levantará como un pico sobre las monótonas llanuras, iluminado por la luz de las épocas inmortales».

Y la sombra de Jamuga respondía: «Siempre he creído en ti».

Pero Kurelen no se convencía tan fácilmente. Estaba alarmado. Le dijo:

—Quizá es porque soy viejo, pero creo que vas a un desastre seguro. Toghrul es todavía el más poderoso de los khanes nómadas, y tiene amigos invencibles entre los príncipes y políticos de Catay. ¿Quién eres tú para desafiarlos? Un sucio vagabundo de las estepas, un joven analfabeto que no conoce la fortaleza de sus maduros enemigos. Retrocede antes que sea demasiado tarde. Guarda silencio y quizá el khan Toghrul te olvidará.

Temujin repuso con furia incrédula:

—Una vez dijiste, tío, que yo nací para cumplir un destino.

Kurelen se encogió de hombros.

—Eso fue porque deseaba tener suficiente comida y la lisonja fue el acicate que utilicé para obtenerla. ¿Pero qué puedes hacer tú? El khan Toghrul te supera en número de veinte a uno. Has ganado mucho. No lo sacrifiques por un error. ¡Mírate a ti mismo y sabrás que te he dado un buen consejo!

Houlun también estaba horrorizada.

—¿Que atacarás al khan Toghrul? ¡Hijo mío, estás loco! ¡Nos aplastará y aniquilará antes que caigan las primeras nieves! —Añadió con amarga congoja—: Eres un zorro que desafiará a un tigre. Admito que te ha agraviado abominablemente asesinando a tus mensajeros. Esto es así sólo en la superficie. Yo sé cosas más profundas. Sé que tu creciente arrogancia ha encolerizado a tu padre adoptivo. Tus jactancias y crueldades le han causado graves dudas acerca de la paz del Gobi. Tengo sólo un consejo que darte: escríbele enseguida, reconoce tus tonterías, pide su perdón y promete tu obediencia y lealtad.

Temujin contempló su vasto campamento de tiendas y sonrió oscuramente. Miró los rebaños y el numeroso pueblo. Dijo:

—Yo he conseguido todo esto. He impuesto el orden donde los bandidos y los ladrones reinaban antes. He traído la paz a los clanes guerreros y he

terminado con los feudos. He introducido austera disciplina y dado fuerza a cientos de tribus impotentes. He garantizado la seguridad de las caravanas y acrecentado mi propia riqueza y fortaleza. Todo esto lo he hecho por mí mismo. Sé que el khan Toghrol está envidioso y alarmado... —Su voz se elevó repentinamente con salvaje ferocidad—. ¡Porque él sabe que soy su enemigo! ¡Que entre nosotros habrá un conflicto por el control del Gobi! Siempre lo he sabido. He mantenido la paz hasta ser suficientemente fuerte para derrotarlo. Ahora soy fuerte. Ahora debemos luchar por el Gobi. Y te digo que el destino y los espíritus están conmigo. Ahora sé que es así.

El anciano Kokchu estaba muerto de miedo. Pero cuando Temujin se le acercó y vio su semblante, ocultó sus temores. Sabía lo que Temujin esperaba de él y, siendo un sabio sacerdote, dijo:

—Señor, durante muchas noches he estado haciendo adivinaciones. Anoche, a medianoche, una nueva estrella apareció en el cielo. Se iluminó y se hizo más grande. Resplandecía. Era del color de la conflagración y el negro cielo a su alrededor temblaba como con una sombra de fuego. Y todas las estrellas palidecieron y desaparecieron de su lado. Entonces supe que esta estrella llevaba el nombre de Temujin, el más poderoso guerrero.

Temujin escuchó sonriendo a medias, con sarcasmo. Cuando el sacerdote terminó, dijo:

—Ocúpate de que el pueblo oiga eso. Yo te diré cuándo decírselo.

Sin embargo estaba extrañamente animado. Esa noche echó una mirada al cielo y, para su asombro, vio el rojo resplandor de la nueva estrella. «Quizá es verdad», pensó. Pero antes de permitir a Kokchu hablar de ella, esperó varias noches para ver si la estrella permanecía en su sitio y para estar seguro de que no era un simple meteorito que desmintiera los vaticinios y, así, desalentara al pueblo. La estrella permanecía fija y el pueblo, al enterarse, se llenó de supersticiosa alegría y pavor.

Bortei estaba alborozada. Declaró a Temujin:

—¿No te he dicho siempre, mi señor, que eres el más poderoso guerrero de todas las épocas y que ningún hombre logrará derrotarte?

Chepe Noyon, que no creía en los vaticinios e íntimamente pensaba que la guerra que se avecinaba traería el fin de todas las cosas, se encogía de hombros y sonreía aceptando todo con la indiferencia del verdadero fatalista. Pero dijo a Temujin:

—Te será concedido sólo a ti ver el fin y dirigirnos.

Subodai dijo simplemente:

—Vivimos sólo para obedecerte, señor. Donde tú vayas, allá iremos. Y lucharemos a tu lado como dignos soldados de tu causa. Somos tus paladines. No tenemos más voluntad que la tuya.

Kasar contempló a su hermano con el corazón en sus simples ojos, poniendo la mano sobre la espada, pero no pronunció palabra. Belgutei, su medio hermano, estaba consternado. Y pensaba que cuando Toghrul aniquilara a Temujin, quizá el viejo khan lo designaría señor de los restantes mongoles. Se recogijaba con esta esperanza. En consecuencia, observaba el próximo conflicto con entusiasmo.

Temujin estaba satisfecho. Evitaba a Kurelen y Houlun, a quienes llamaba «pájaros agoreros». Envió rápidos mensajeros a los varios khanes de las tribus, llamándolos para darles instrucciones y movilizar los guerreros. Cuando envió el mensajero a Jamuga, su corazón se inflamó extrañamente. ¡Mañana vería a Jamuga!

Entonces, por primera vez, advirtió cuán grande había sido su soledad y cómo se había enmohecido su lengua. Ahora sus pensamientos y sus palabras permanecían detrás del silencio, anhelando liberarse. Esperaba a Jamuga como un novio espera a la novia, consciente de su ansiedad y soledad.

Con el mensajero para Jamuga también envió ricos obsequios para Yesi y los niños, y una carta amistosa y llena de buenos deseos.

Cuando Jamuga recibió la carta y los obsequios, rompió a llorar.

Capítulo 69

LA MAYOR excitación y la más febril actividad se extendían entre los clanes de la confederación occidental del Gobi.

Los khanes mongoles y los nokud llegaron con el semblante surcado y oscuro, los cuerpos envueltos en largos abrigos de lana con cinturones de cuero pintado, capas de piel y altos sombreros puntiagudos, y con sus brillantes ojos sombríos. La horda de Temujin los recibía con extraños gritos mientras las mujeres cocinaban inquietas sobre sus marmitas. Los mensajeros iban y venían en medio de la confusión y el nerviosismo. Las reses más gordas eran sacrificadas y los aromas de la carne cocida con especias inundaban el aire.

Era la más trascendental reunión, una de las más importantes en la historia del mundo. Cada hora, un nuevo jefe llegaba, rodeado por sus oficiales y generales, con sus lanzas centelleando al sol. Los niños atisbaban con excitación la incesante llegada de jefes. Los perros ladraban enloquecidos y los camellos chillaban en el alboroto. Por todos lados se veía un ir y venir de mensajeros que salían y llegaban. Las chicas bonitas coqueteaban con los oficiales desde las plataformas de las tiendas de sus familias. Las mujeres gritaban a sus niños y trajinaban de un lado a otro en la preparación de la gigantesca fiesta, llevando toneles de vino y copas, y desparramando estiércol sobre los altos fuegos.

Cada jefe, inmediatamente después de su llegada, se dirigía a la tienda de Temujin para presentar sus respetos y renovar su juramento de lealtad. Temujin estaba sentado con la real piel de caballo blanco y su estandarte colgando sobre su cabeza. Cada jefe se arrodillaba ante él y permanecía así, esperando la llegada de los otros.

A medida que iban entrando, Temujin los miraba con oculta ansiedad y cuando los reconocía, un leve desencanto pasaba por sus ojos. Estaba sentado así desde la madrugada. Era ya casi la hora del crepúsculo y Jamuga aún no había llegado.

Miraba los rostros bronceados y sombríos a su alrededor. Veía los ojos feroces, como de halcones, clavados en él. Algunos eran grises, porque sus dueños eran miembros de su propio pueblo, los burchikoun. Algunos khanes no habían sido aún conquistados por Temujin, pero se habían acercado a él

por su convocatoria, jurando alianza y declarando su enemistad al khan Toghrlul, el turco keraíta.

Las ásperas voces de estos hombres llenaban la enorme tienda. El olor de sus cuerpos era ácido y acre. La luz del sol que se filtraba por las cortinas volvía luminosos sus indómitos ojos bárbaros. Bebían vino con Temujin, mirando alrededor con ferocidad. Más y más de ellos iban llegando, hasta que la tienda estuvo repleta.

Era la hora del crepúsculo. Los últimos llegaron uno por uno. El bullicio del campo hacía vibrar el aire que se enfriaba. Y cada vez que una sombra oscurecía la entrada, Temujin se detenía en medio de una frase y miraba con ansiedad.

Pero Jamuga no llegó.

Un sirviente encendió las lámparas, que aumentaron el calor en la tienda. Los olores se hicieron más fuertes. Temujin jadeaba y su rostro brillaba con la transpiración. Los que lo rodeaban veían cómo sus ojos verdes centelleaban en la caliente penumbra, como los ojos de un tigre. Veían también cuánta era su palidez.

Se impacientaron. Temujin había hablado muy poco y de cosas fuera de lugar, y las horas habían pasado. Cambiaban furtivas miradas. ¿Por qué no hablaba de las cosas importantes? Bebían para apaciguar su bárbara impaciencia y también ellos vigilaban la entrada, esperando no sabían qué. Sintieron hambre. Olfateaban ruidosamente los aromas de comida que llegaban a la tienda, pero no se atrevían a levantarse hasta que Temujin los autorizase.

Una sombra apareció en la entrada, y Temujin lanzó una mirada de intensa expectativa. Era un temeroso mensajero que portaba una carta de Jamuga Sechen. Temujin la tomó. Vieron temblar sus manos. Miró alrededor furioso y sus labios se entreabrieron. Se levantó y ordenó que permanecieran donde estaban. Luego abandonó la tienda rápidamente.

Caminó en medio del fresco crepúsculo, salpicado por el resplandor de los fuegos. Pasó sin ser visto entre los tropeles de gente y se dirigió a la tienda de Kurelen. Encontró al anciano lisiado dormitando sobre su canapé. La vieja Chassa se sentaba cerca, abanicándolo.

—¡Despiértale! —exclamó Temujin, y lanzó la carta a su tío—. ¡Léeme esto inmediatamente!

Kurelen, pestañeando y gruñendo, se sentó. Miró a Temujin e iba a hablar, pero cuando vio el semblante de su sobrino, no pudo hacerlo. Cogió la carta y vio que era de Jamuga. Instantáneamente, su corazón se amilanó.

Comenzó a leer lentamente:

—«Saludos a mi hermano juramentado deseándole toda la salud y felicidad que un sincero corazón pueda ofrecer». —Hizo una pausa.

—¡Sigue! —ordenó Temujin.

Nunca había visto Kurelen semejante semblante y semejantes ojos en su sobrino.

Tengo en mi poder tu convocatoria. La he leído con desesperación y tristeza. He escrito esta carta sabiendo la cólera que provocará, pero no me atrevo a escribir otra cosa. Porque nada puedo escribir sino esto, implorando perdón, caridad y comprensión.

Me has convocado a la reunión de los kbanes para imponerme los planes para la sangrienta guerra de conquista que has ordenado. Pero no puedo asistir. Tampoco puedo prometerte la ayuda de mi pueblo ni la mía propia. Para hacerlo tendría que violar todo lo que creo y estimo.

Mientras tanto, con oraciones y pena, sólo puedo rogarte que lo reconsideres antes de precipitar a los pueblos del Gobi a la ruina y la muerte. Piensa que tú no puedes derrotar al khan Togbrul y que al final sólo habrá hambre, tormento y huida. Mi cariño hacia ti te implora que te detengas antes que sea demasiado tarde. Si tú murieras, no habría ya alegría en el mundo para mí.

No puedo creer que ésta sea una guerra justa. Tú has hablado de conquistas desde tu más temprana juventud. Sé que esta guerra no es sino la expresión de tu codicia por el poder. Ni siquiera tú puedes creer que esté justificada la muerte de miles de hombres, llevando la desolación a sus familias, por tu propia vanidad y locura. Ni siquiera tú crees que la guerra sea más importante que la paz y la tranquilidad.

En consecuencia, no puedo participar. Y de nuevo imploro tu perdón y te ruego que comprendas que no es la traición lo que instiga mis palabras, sino sólo el afecto y la tristeza. A mi hermano juramentado, como siempre, le prometo lealtad hasta la muerte. Pero a Temujin el asesino y causante de guerras le apunto con mi espada».

Kurelen enrolló lentamente la carta. Su corazón palpitaba con dolor mortal. Apenas se atrevía a mirar a Temujin.

Temujin guardó un terrible silencio. Parecía no respirar. No movía un dedo. Sus labios estaban apretados en una fina línea. Sólo sus ojos implacables tenían vida.

Kurelen se humedeció los temblorosos labios.

—Temujin —balbuceó—, ésta no es la carta de un traidor. Es el mensaje del hombre que te ha amado más que a la vida, más que a cualquier otra cosa.

Una expresión indescriptible apareció en el rostro de Temujin. Luego, sin una palabra, se volvió y abandonó la tienda.

Capítulo 70

PERO nada podía tener mayor calma que las maneras de Temujin cuando volvió a entrar en la tienda para sentarse en la piel de caballo blanca. Ninguna emoción se traslucía en sus gestos ni en su voz.

Comenzó a hablar tranquilamente pero con un tono resonante que llenaba toda la tienda, reclamando la atención de cada hombre:

—Os he dicho muchas veces que la tierra entre los tres ríos debe tener un señor. Vivíais en la anarquía, en ciega turbulencia, en inquietas idas y venidas. Carecíais de seguridad, bienestar y praderas, hasta que yo me acerqué a vosotros y os enseñé la unidad y la fuerza. Hemos habitado en armonía, nosotros los khanes, como hermanos, gobernando reinos separados, consultándonos uno al otro. Somos una confederación de muchas tribus y pequeñas naciones.

Los miró un momento. Todos se inclinaban hacia delante para escuchar mejor. La luz de las lámparas les daba la apariencia de estatuas de bronce.

—Sabéis lo bien que hemos vivido desde entonces. Sabéis lo fuertes que somos. Por primera vez en muchos años, los pueblos nómadas que me han seguido no han conocido el hambre, ni el desorden, ni la violencia. Hemos implantado el orden y la disciplina ejerciendo la autoridad por nosotros mismos, y reprimiendo las discusiones individuales y presuntuosas de los que están bajo nuestro mando.

»El mundo nos ha admirado. Pero como todos los que son admirados, también hemos inspirado odio, envidia y temor. Ahora los poderosos y fuertes desean destruirnos.

Los khanes cambiaron significativas y sombrías miradas. Algunos de ellos sabían por qué habían sido convocados y sus semblantes mostraban una hosca gravedad e inquietud. Nadie habló. Sin embargo, un murmullo gutural y feroz pareció recorrer la tienda.

De nuevo miraron a Temujin, viendo cómo centelleaban sus ojos.

—He sido traicionado, y a través de mí, todos vosotros, todo nuestro pueblo está amenazado de muerte.

Hizo una pausa.

—Mi padre adoptivo, el khan Toghrul, humorísticamente llamado Wang Khan por su abyecta y rastrera sumisión al Imperio Dorado, ha repudiado su voto de amistad a mi padre y su juramento paternal hacia mí. Ha visto que nos

hemos hecho fuertes y formidables. Ha visto que no somos ya esclavos bajo el capricho de los elementos y los poderosos. De modo que ha fomentado la idea de que somos una amenaza para él, para sus ganancias y su codicia. Nos reducirá de nuevo a hordas hambrientas, compelidos por la debilidad a servirlo donde quiera nos llame.

La mayoría de los khanes se sonrojaron de ira, y unos pocos parecieron perturbados y más inquietos.

—¡No soportaremos esta ignominia, esta esclavitud, esta amenaza! — exclamó uno de los khanes que adoraba a Temujin.

Sus compañeros murmuraron coléricos asintiendo, pero los otros guardaron silencio, paseando furtivas miradas de uno al otro. Entre ellos estaba el mismo pueblo de Temujin, los burchikoun de ojos grises, quienes, como todos los parientes, estaban celosos y llenos de malicia por las ganancias y el poder logrado por los de su sangre. Muchos de ellos habían sido subyugados a la fuerza por Temujin y compelidos a unirse a la confederación bajo amenaza. Si él hubiera sido un extraño, hubieran sentido poca animosidad. Pero como era pariente, tenían secretamente resentimiento y odio, sintiéndose humillados e infamados.

La centelleante mirada de Temujin pasando de un rostro a otro vio este incipiente resentimiento o desafecto. Tomó a un hombre enérgico entre los disidentes, mirándolo fijamente con mirada feroz.

—¡Borchu! ¡Tu padre era primo de mi padre! Tú eres mi pariente. ¿Qué tienes tú que decir?

Borchu, un hombre de mediana edad, delgado y de cabello negro, sin miedo, levantó los ojos hacia el rostro de Temujin hablando tranquilamente con aspecto razonable:

—¿Qué podemos ganar nosotros por la resistencia o el ataque? El khan Toghrul es el más poderoso de los keraítas y tiene un ejército más vasto que los de todos nosotros juntos. Tú has dicho, Temujin, que el khan Toghrul está enfurecido contra nosotros. Tú sabes perfectamente bien que sólo un milagro podría permitirnos tener éxito contra él. Y yo —añadió con una larga mirada a sus compañeros— no creo en milagros.

Hubo un profundo silencio. El desafecto de los burchikoun hizo de ellos un campo separado y hostil, mirado por los otros con ira y mortificación.

—¡Esto es una cobardía! —exclamó por último uno de los khanes.

Borchu volvió su lenta e intensa mirada sobre el que hablaba.

—¿Cobardía? —preguntó con suavidad. Hizo un movimiento como para levantarse, con la mano en su sable—. ¿Quién dice cobardía?

El khan era un hombre joven lleno de ansiedad y cólera.

—¡Yo! —exclamó, con las mejillas ardiendo, rojas de lealtad a Temujin—. ¡Y una traición! ¡Cualquiera que esté en desacuerdo con nuestro señor es un traidor!

La tienda se llenó repentinamente con el olor acre y picante del sudor de la excitación. Todos los hombres se movían y murmuraban. Las aletas de todas las narices se distendían como olfateando sangre. Todos los ojos relampagueaban con la lujuria de la batalla. Por algunos momentos, pareció que la violencia irrumpiría en la tienda.

Entonces Temujin se rió tintineante y ruidosamente, y el ruido fue como de agua fría lanzada sobre un rostro feroz y congestionado.

—¡Qué tontos sois, discutiendo entre vosotros en esta hora de terrible peligro! Os he pedido que vinierais a mí para discutir y planear, pero no para pequeñas rencillas ante mis mismos ojos. ¡Yo hablaré! ¡Y derribaré toda acusación de traición y cobardía! —Los contuvo con su mirada hipnótica e inexorable—. Pero hasta donde yo puedo ver, no hay aquí traidor ni cobarde. A menos que haya quien se manche con ese estigma.

Esperó. Los burchikoun estaban aún furiosos y resentidos. Pero ante ese aspecto dominante y esa mirada implacable, se hundieron en el silencio, volviendo los ojos. Odiaban a Temujin más que nunca, pero por alguna misteriosa razón no se atrevían a murmurar y a devolverle las miradas.

Todos se apaciguaron, suspirando audiblemente. Pero la división entre los dos campos permaneció.

Temujin volvió a hablar:

—Borchu, habla libremente. Deseo tu opinión.

Borchu vaciló. Luego, después de envalentonarse por las sostenidas miradas de sus parientes, recuperó el coraje, habló libremente con tranquilidad:

—Es mi opinión sincera que nosotros no podemos ganar nada en conflicto abierto con el khan Toghrul. Todo lo que hemos ganado, bajo tu muy sabia dirección —y de nuevo su semblante y voz eran secos e irónicos—, será perdido. ¿Quiénes somos nosotros para desafiar al khan Toghrul? Nos exceden en número. No tenemos bases para la batalla, excepto nuestras propias tribus. Y Toghrul tiene no sólo el peso de sus propios ejércitos mercenarios, sino el auxilio de las ciudades turcas. Somos un puñado de hombres desafiando a un mundo entero —añadió sombrío—. ¡Un puñado de gorriones desafiando con chillidos a una bandada de halcones!

De nuevo el campamento murmuró ruidosa y coléricamente, echando mano a las espadas. Pero Temujin levantó la mano pidiendo silencio y miró a Borchu.

—Bien —dijo con voz pesada y burlona deferencia—, ¿qué harías tú ante su amenaza?

Borchu se encogió de hombros y una vez más miró a sus parientes para reunir valor.

—Yo sugiero que nos sometamos al gobierno del khan Toghrul, renovando nuestros votos de lealtad a él como nuestro Kha Khan, prometiéndole obediencia y asegurándole que no somos una amenaza, sino sólo sus servidores.

En el bando de Temujin, furiosamente iracundo, muchos se pusieron de pie. Pero de nuevo Temujin los aplacó con un gesto y una mirada.

Borchu continuó con la convicción de su propia sapiencia.

—Un hombre razonable percibirá fácilmente que éste es el mejor camino. La guerra nos destruirá. En paz podemos ganar fuerza. Tenemos todo lo que deseamos. ¿Ahora debemos perderlo todo por un gesto temerario y estúpido? Un voto de fidelidad no cuesta nada. Una espada desnuda será el principio del fin.

Hubo un repentino y tenso silencio. Temujin, sentado en su piel blanca de caballo, aparentaba reflexionar. Su semblante era calmo y sus maneras tranquilas. Parecía estar sopesando las palabras de Borchu. Su bando, sin respirar, lo miraba esperando su veredicto.

Por último se volvió hacia sus leales y dijo:

—¿Cuál es vuestra opinión?

Estallaron en coro furioso:

—¡Pedimos que nos permitas ir a la batalla! ¡Y te concedemos a ti, nuestro señor, el bastón de mando para que nos dirijas a tu voluntad!

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron sus partidarios.

La más salvaje excitación se desató. Los hombres se pusieron de pie blandiendo sus espadas triunfalmente. Rodearon a Temujin, arrodillándose ante él y tocando sus pies con las cabezas. Parecían poseídos. Se abrazaban con ruda camaradería y sus ojos centelleaban.

Pero el bando de Borchu estaba inquieto y lúgubrememente silencioso. Temujin, sonriente, reconocía los votos y la ansiedad de sus seguidores.

Se levantó y alzó la mano en demanda de silencio. Comenzó a hablar en voz baja y penetrante, fijando en cada hombre su mirada:

—Se profetizó a mi nacimiento que yo sería emperador de todos los pueblos de las regiones áridas, del desierto y las estepas. Los sacerdotes anunciaron que el Eterno Cielo Azul me había dado el destino de los que viven en las tiendas de fieltro. Se dispuso que yo los conduciría a la victoria convirtiéndolos en señores de la Alta Asia. Todas sus tribus y pueblos estarían sometidos a mí y a mi pueblo. Yo sería el más poderoso de todos los señores, de todas las generaciones, el Guerrero Perfecto.

Hizo una pausa. Sus parientes cambiaron miradas divertidas ante esta baladronada, pero estaban inquietos por el aspecto formidable y funesto que presentaba Temujin, de pie ante ellos, alto y delgado, con su cuerpo como una llama que subía, vibrando trémulo a pesar de toda su calma.

—¡Y yo lo creo! —exclamó con fuerza—. ¡Creo que nadie puede oponerse a mí! ¡Mi vida es la culminación de las profecías! ¡Yo era un mendigo fugitivo, y ahora soy señor de todos los que habitan los tres ríos! ¿Quién se atreve a burlarse del Cielo? ¡Y ahora, juro ante vosotros que, aunque estamos amenazados y podrían destruirnos, mantendré para vosotros los sitios de nuestros antecesores, sus costumbres y las costumbres de nuestro pueblo, las tierras de nuestros padres, y les añadiré a ellas los imperios del mundo!

Su inflamada arenga contagió a sus partidarios, que gritaban, reían, lloraban, se abrazaban los unos a los otros y miraban a Temujin con ojos enajenados, gritando invectivas contra todos los que se le opusieran.

Los burchikoun, dudosos, estaban hipnotizados y temblorosos. Humedecían sus labios y respiraban pesadamente.

Temujin levantó los brazos. Cada hombre estaba transfigurado por su terrible y luminoso rostro, cuyos ojos parecían brasas.

—¡Vosotros seréis mis lugartenientes, mis paladines, mis estandartes, mi fuerza! ¡Dondequiera que cabalguemos, ahí venceremos! ¡Dondequiera que pongamos nuestro pie, ahí los historiadores y los poetas cantarán para el futuro nuestras conquistas! ¡No fracasaremos! ¡Conquistaremos! ¡El mundo será nuestro!

Los burchikoun, que eran hombres razonables e inteligentes, estaban desconcertados e incrédulos. Sus mentes les decían que estaban escuchando las alocadas palabras de un tonto de remate, los gritos insensatos de un poseso. Tenían la sensación de que su mundo estable había sido arrastrado en un remolino de irrealidad y peligrosa tontería en que todos los valores eran cambiados por horrores sobrenaturales o simples imbecilidades. Con todo, sus corazones se estremecían. Su razón era golpeado por el aspecto y las maneras

de aquel aventurero febril y vociferante. A su pesar, sus almas eran arrastradas en la furiosa y violenta danza de aquellas visiones. ¿Qué sucedería si él decía la verdad?, se preguntaban mudos. ¿Qué sería si todas las cosas le eran conocidas? ¿Qué sucedería si verdaderamente el mundo estaba patas arriba y él pudiera realizar todo ese milagro increíble, esa trama sin razón? ¿Qué sería si la locura era más válida que la razón y los hechos menos que las profecías?

Lo miraban turbados y sobrecogidos. Se mordían los labios y jadeaban audiblemente. El sudor perlaba sus rostros. Y Temujin, viéndolos, esperaba con sonrisa irónica y burlona.

Entonces, muy lentamente y como hipnotizado, Borchu se levantó sin desviar sus ojos de Temujin. Se detuvo ante el joven mongol, tambaleándose levemente. Entonces, como un fuerte grito que naciera de todos los otros, se arrodilló ante Temujin y como un hombre que se mueve en un sueño sin razón y que lo impele, tocó sus pies con la frente. Quedó arrodillado así, como dormido o muerto.

Todos cayeron en un absoluto silencio, paralizados donde estaban con las manos levantadas y la boca abierta, sobrecogidos por lo que veían. Los burchikoun miraban a su jefe como si viesan algo ominoso, imposible de creer, dominados por una especie de incrédulo horror. Pero el hechizo los había poseído. Uno por uno se levantaron en silencio y, arrodillándose ante Temujin, tocaban sus pies con las frentes.

La más loca exaltación inflamó a todos los hombres. La tienda temblaba ante la furia de los gritos y exclamaciones, y el estrépito de los pies que golpeaban. Las lámparas saltaban en sus mesas. Las paredes vibraban. Todos deseaban tocar a Temujin, participar de su fuerza mística, ser contagiados con su indomable coraje y poder. Y él se detenía entre ellos, sonreía levemente, mirándolos con sus feroces ojos verdes, sometiéndose a sus toques, sus abrazos, sus votos de obediencia y lealtad.

Aceptó el bastón de mando. Había esperado, en la violenta excitación, que lo nombrasen su Kha Khan, el emperador de todos los hombres, pero los señores de las tierras áridas eran aún celosos de su autoridad individual y su independencia. No obstante, estaba satisfecho. Todo lo demás vendría más tarde, cuando fuera victorioso. De momento se contentaba con ser su jefe. Conocía el feroz orgullo de cada pequeño khan, y era bastante inteligente como para saber que ése no era el momento para contrariarlo.

Cuando el sosiego se hubo restaurado, se sentó entre ellos y expuso sus planes.

—Sólo un camino nos está abierto. Debemos confiar en las batallas relámpago, en el factor sorpresa y la movilidad veloz. Debemos golpear inesperadamente y con todas nuestras fuerzas, desmoralizando así al enemigo. La audacia y la intrepidez serán nuestras mejores armas. Debemos arriesgarlo todo en golpes breves y fulminantes, lanzados con todas nuestras fuerzas.

»Atacaremos al enemigo en sus propias provincias. Ahí no tenemos nada que perder, pero ellos lucharán con cautela, porque estarán entre sus propios tesoros y tendrán temor a la devastación que significaría la destrucción de esos tesoros. Los hombres que luchan entre sus propias posesiones están ya medio vencidos. Nosotros no tenemos nada que perder y podemos luchar furiosamente.

»Cuando los hombres ven sus tesoros destruidos, son golpeados en el corazón y sus brazos se debilitan. Las ciudades caen más fácilmente que los campos de batalla. La desmoralización juega a nuestro favor. Además, nuestros enemigos son ya gordos y decadentes. Nosotros estamos templados por nuestra vida más dura y por la contienda. Pero ellos preferirán salvar sus posesiones a una victoria ruinosa.

»Os repito que no tenemos nada que perder y todo por ganar. Y siendo una sola mente y una sola alma, tenemos además una única resolución: conquistar. Seremos victoriosos.

Luego expuso los minuciosos planes que había previamente esbozado. Ellos escucharon subyugados por la sorpresa y la admiración. Se sentían ya conquistadores.

Pero Temujin estaba tan frío como el hielo y tan inexorable como la muerte. Se sentía completamente seguro de sí mismo.

En esa tienda plantada en medio de las vacías e ilimitadas regiones áridas, la suerte de un mundo entero se decidía y la historia, por fin, levantó su pluma y empezó a escribir. La historia se admiraba de que esos bárbaros pudieran decidir así el destino de millones de hombres, pero se recordó que era la misma vieja historia de siempre.

Fue mucho más tarde, con la luna ya palideciendo sobre los exhaustos pero todavía febriles hombres, cuando Temujin habló de Jamuga. Y sus khanes escucharon pasmados la historia de traición a su señor, a su propio hermano juramentado.

—Si existe un general traidor en un ejército, algún oficial traidor, ese ejército está en peligro. Jamuga Sechen no sólo me ha traicionado a mí, os ha traicionado a vosotros, a todo nuestro pueblo. Él es una amenaza, la manzana podrida, nuestro enemigo. Siendo así, debe morir. Nuestra primera campaña será contra él. Será una sumarásimá victoria, porque no tendrá a nadie que lo ayude. La sorpresa y la rapidez nos favorecerán. Cuando él haya sido destruido, entonces podremos proceder con tranquilidad.

Había muchos que, recordando los relatos del afecto entre esos dos hombres y su fervorosa devoción, escuchaban y observaban con curiosidad. Pero si esperaban ver indicios de pena o tristeza en el semblante de Temujin, se equivocaban, porque no veían emoción ni tormento. Hablaba de Jamuga como hubiera hablado de un perro peligroso.

Supieron así que en la campaña contra Jamuga había más que la simple destrucción de un traidor. Había alguna oscura venganza que satisfacer, una afrenta que sólo podía ser lavada con sangre y que no era regocijo, sino sólo angustia lo que sentía Temujin.

Capítulo 71

BORTEI se sintió triunfante cuando supo de la traición de Jamuga Sechen.

—¡Mi señor! —dijo a Temujin sonriendo de modo que sus blancos dientes destellaban como los de una loba—. ¿No te lo había dicho yo? Pero tú no quisiste escucharme. Pensabas que yo tenía algún secreto antagonismo contra tu amado «Jamuga». ¡Yo era una tonta, dijiste! Pero ¡he aquí! ¡No era yo la tonta!

La perspectiva de la venganza contra Jamuga la enloquecía, como la vista de la sangre enloquece a una bestia salvaje. Apenas podía contener su alegría.

—Lo harás venir aquí para sufrir su castigo, ¿verdad? —imploró ansiosa.

Imaginaba a Jamuga siendo hervido en aceite o descuartizado por cuatro caballos, y las aletas de su nariz se distendían.

Temujin la miró, pero no habló. Ella no pudo discernir la respuesta a sus palabras en su inescrutable expresión, pero algo en su forma de observarla le produjo una momentánea duda.

En ese momento Kurelen y Houlun entraron en la tienda. Temujin parecía abstraído. Kurelen había oído las últimas palabras de Bortei y su hermana también. La magnífica mujer, envejecida ya, lanzó una mirada desdeñosa y de fastidio a su nuera.

—Temujin, manda salir a esta mujer —dijo—. Deseamos hablar contigo en privado.

Bortei se enfureció y miró a Houlun y Kurelen con todos los años de reprimido resentimiento en su semblante.

—¡Si Jamuga Sechen ha traicionado a nuestro señor y va a ser castigado, vosotros también debéis serlo! —exclamó—. Porque siempre dijisteis que él no era un traidor y lo protegisteis contra justas iras.

Houlun la miró con fría dignidad y desprecio.

—Todavía digo que no es un traidor y ahora déjanos, mujer. Te lo ordeno.

Bortei miró a su esposo, esperando su decisión. Entonces, por primera vez, Temujin pareció darse cuenta de la presencia de ellos.

—Oh —dijo pensativo y dejando la espada que estaba examinando.

Sonrió levemente y Kurelen vio cuán tensas estaban sus facciones a pesar de su aparente calma. Se volvió hacia su esposa y dijo con buenas maneras:

—Déjanos, Bortei.

Ella se sintió ultrajada y señaló con el dedo al anciano y la mujer.

—¡Pero éstos también son traidores, mi señor! ¡Vienen a defender la causa de un traidor!

Kurelen sólo sonrió, pero Houlun miró a Bortei con feroz menosprecio.

Temujin puso la mano en el hombro de su esposa y le dio un grosero empujón.

—Déjanos, Bortei —repitió.

Ella rompió a llorar de ira, sintiéndose burlada. Miró a Temujin suplicante, pero algo en el semblante de él la hizo desistir. Dejó la tienda, lanzando a Houlun una rencorosa mirada al pasar por su lado.

Esa mirada divirtió a Houlun y sus facciones se aflojaron en una fugaz sonrisa. Luego recuperó la expresión severa y miró a su hijo como una arrogante sacerdotisa al pronunciar palabras de condenación.

—¿Vas a asesinar a tu hermano Jamuga? —preguntó brutalmente.

Temujin la observó con gesto paciente.

—Una vez te confinó en tu tienda por hablar demasiado —dijo, y soltó una risotada.

Houlun se sonrojó, pero insistió:

—¿Vas a asesinarlo?

Temujin la miró indulgentemente por encima del hombro.

—Subodai y algunos de sus guerreros van a apresararlo. Lo traerán aquí.

—¿Tú no vas...? —preguntó Kurelen sorprendido.

—No. Si lo hiciera, conferiría importancia a un traidor. Será traído aquí para ser juzgado como un insignificante reo.

Kurelen se sintió aliviado. Viendo esto, Temujin sonrió y dijo:

—Él nunca fue un verdadero amigo. Violó el más sagrado voto que un hombre puede jurar. Sin embargo, seré compasivo con él —hizo una pausa y su sonrisa se ensanchó—. Le daré a elegir entre morir estrangulado o en la hoguera.

El anciano y la mujer palidecieron de horror. Houlun rompió a llorar no por debilidad, sino por orgullo desesperado y amargura.

—No esperaba menos de ti —dijo en baja voz.

Pero Kurelen vio que la ironía no conmovió a Temujin. Se acercó a su sobrino y puso una mano sobre su rígido brazo:

—Temujin —dijo—, sientes en tu corazón que Jamuga no es un traidor. Él salvó dos veces tu vida. Habéis dormido bajo la misma manta. Ha sido tu único amigo. Si te ha criticado por su ardor interior, es porque es un hombre virtuoso y obstinado. Desea que tú respondas plenamente al altísimo concepto que tiene de ti, sin mezquindades, crueldades ni violencias. Si él estuviera

equivocado al tener ese concepto, es su juicio el que fallaría, pero no su lealtad.

Temujin escuchó y, con sus inescrutables ojos fijos en el semblante de su tío, repuso tranquilamente:

—Vivimos tiempos ominosos, tío mío. No te debo explicaciones pero te daré una: por la seguridad de todos, ningún traidor ni nadie que exprese ideas traidoras debe sobrevivir. De otra manera, nos debilitamos. El castigo debe caer sobre cada traidor en potencia, en aras de la unidad y la fuerza. —Guardó silencio un momento. Luego añadió en voz más suave—: No tengo enemistad personal hacia Jamuga. Sólo el deber me impele.

Kurelen estudió el semblante de Temujin largo rato. Luego dijo casi con compasión:

—Estás penosamente herido. Buscas una venganza personal, sintiéndote burlado en tu cariño por Jamuga. ¡Oh, sobrino mío, ten piedad para ese infortunado hombre! Tráelo aquí y ponlo en prisión por su indiscreción. Pero si lo asesinas, nunca tendrás paz en ti..., ni siquiera si ganas el mundo.

Una mirada cruel e inexorable dio a los ojos de Temujin la apariencia de lustrosa piedra azul agrisada. Sonrió casi compasivamente a su tío.

—Te lo he dicho. No puedo salvarlo. Mi clemencia sólo hará surgir nuevos traidores en potencia.

Houlun no pudo controlarse ya y exclamó con vehemencia:

—¡Eres un hipócrita! ¡El asesinato es un gozo para ti! ¡Mataste a tu hermano Bektor y ahora quieres repetirlo con Jamuga! ¡No eres un hombre, eres una vil bestia!

Temujin la ignoró. Dijo a su tío con tranquilidad:

—¿Lo ves? Tengo que hacerlo.

Kurelen meditaba. Luego inquirió:

—¿Y el pueblo de Jamuga?

Sin emoción, Temujin respondió:

—He dado órdenes a Subodai de que ejecute a todos los hombres, ya sean viejos o jóvenes. Ningún niño más alto que la rueda de un carro debe salvarse y ninguna mujer vieja. Las mujeres jóvenes y los niños pequeños serán traídos aquí con Jamuga.

Kurelen lo miró sin dar crédito a aquellas palabras. Una horrible repugnancia lo sobrecogió.

—Pero esto no es... lo acostumbrado... Antes integrabas los pueblos conquistados en tus clanes...

Temujin sacudió la cabeza.

—No éstos. Éstos son todos traidores. Además son pacíficos. No puedo tenerlos entre nosotros esparciendo su descontento y estorbando nuestros movimientos.

Una súbita oscuridad nubló la visión de Kurelen. Oyó las exclamaciones de Houlun y sus amargos reproches y epítetos. Luchó por recobrase, sintiendo que se derrumbaría.

—No puedes hacer algo así... —susurró.

Temujin se encogió de hombros. Tomó su espada de nuevo, pasando delicadamente su dedo por el reluciente filo. Miró a su tío con indiferencia y dijo:

—Por favor, déjame. Tengo muchas cosas que considerar y mucho que planear. Estoy fatigado.

Entonces Kurelen, sabiendo que todo estaba perdido, habló sin tapujos:

—La culpa es también mía. Yo te imbuí desde la niñez un burlón menosprecio por la dulzura y la risa superficial ante las aflicciones del ánimo. Yo decía que todo se basaba en la conveniencia, que los hombres considerados eran enclenques y que la intransigencia era la insignia de los hombres fuertes. Fui un tonto. Como yo era impotente, admiraba la potencia de los hombres crueles. Como mi brazo era débil, menospreciaba a los indefensos, exaltando la brutalidad. Los hombres débiles y achacosos son siempre el sostén de la crueldad y lo despiadado. Crean los tiranos y los asesinos. Es el hombre sin entrañas el que ensalza a los viriles. Es el hombre sin coraje el que pone una espada en la mano de los impíos.

Temujin escuchaba su voz suave, casi un zumbido, sonriendo como intensamente divertido.

Kurelen levantó sus hundidos ojos hacia Temujin. Había una chispa en ellos, como un fuego repentino.

—He buscado vengarme del mundo por haberme negado mi fuerza y mi virilidad. Lo he logrado, pero ahora por mi culpa, Jamuga Sechen morirá.

Tembló violentamente y se dejó caer sobre las rodillas, rodeando las piernas de Temujin con sus brazos torcidos.

—¡Temujin! Nunca te he pedido nada. ¡Te pido ahora que me des la vida de Jamuga!

Temujin lo miró sorprendido. Vio la contrahecha forma del anciano a sus pies. Vio su moreno e infortunado rostro con su larga nariz de pico y pestañas como alas. Pero más que todo eso, vio, con profunda sorpresa, que había lágrimas en sus ojos. Houlun también contemplaba a su hermano mientras su corazón se deshacía de pena.

Quizá Temujin estaba emocionado. Su voz sonó casi benévola cuando dijo:

—Kurelen, pídemme cualquier otra cosa y la tendrás.

Kurelen le aferró frenéticamente.

—¡No! —exclamó—. ¡Sólo deseo esto! ¡Y no te soltaré hasta que me lo prometas!

Temujin lo arrastró un par de pasos.

—¡Tonto! —exclamó, sacudiendo bruscamente al anciano—. ¡Fuera de aquí! He perdido el tiempo escuchando tus tonterías. ¡Largo, antes que te haga daño!

Arrojó a Kurelen a un lado. El anciano cayó al suelo. Extendió los brazos, agitándolos con grotescos gestos, como nadando para recuperar el equilibrio. Su semblante tomó una ridícula expresión de intensa concentración. Houlun trató de ayudarlo, pero Kurelen, en su agitación, se golpeó la cabeza contra un arca de teca y cayó como fulminado.

Houlun, tras un atónito silencio durante el cual ella y su hijo miraban como hipnotizados a Kurelen, prorrumpió en agudos y penetrantes gritos. Se arrojó al lado de su hermano y le levantó la cabeza. La sangre corrió por sus manos. Sus gritos cesaron bruscamente y contempló los inertes y dilatados ojos. Entonces los gritos se renovaron. Estrechó la cabeza de su hermano contra su pecho y le levantó las manos para besarlas con desesperación, y luego el cabello, las mejillas y los labios. Su largo cabello negro agrisado caía sobre él, ocultando compasivamente el horror de su aspecto y sus ojos. Ella parecía haber enloquecido. Lo acunaba en sus brazos y gemía, meciéndose en cuclillas.

—¡Mi amado! —balbuceaba llorosa—. ¡El amado de mi corazón! ¿A quién he amado sino a ti? ¿Quién ha sido parte de mi carne y de mi alma? ¡Sólo tú, mi amado, sólo tú! Háblame. ¡Dime otra vez que me amas, hermano mío, mi amor, mi adorado!

Temujin quedó paralizado como una estatua, observando la espantosa escena, escuchando las palabras de su madre enloquecida, oyendo sus gritos. Su voz plañidera y su canturreo llenaban sus oídos. Parecía una mujer cuyo amante había muerto, una madre en desgano duelo por su hijo muerto. Era toda lamento y desesperación. Todo lo que había amado acababa de perderlo para siempre. Temujin cerró los ojos en un espasmo. El gemido, lleno de amor de la voz enloquecida, parecía invadir su cerebro. Era demasiado, mucho más de lo que podía soportar.

Salió al fresco aire del día. Las piernas se le aflojaban. El vértigo y las náuseas hacían todo confuso ante él. El corazón le daba estocadas en el pecho. Corrió a trompicones hasta la tienda de Kokchu.

—Mi tío estaba en mi tienda —dijo con voz ronca—, sufrió un encantamiento y se desmayó. Al caer se golpeó la cabeza. Ve a verlo, y a mi madre, que te necesita.

Kokchu, que estaba reclinado en su canapé, abanicado por su favorita, una joven danzarina, se levantó lentamente. Miró a Temujin y notó cómo temblaba, y también vio una gota de sangre en el labio inferior mordido.

—Voy —dijo con suave compasión.

Tomó su pequeña caja de plata con amuletos y miró otra vez a Temujin. Y de repente lo comprendió todo. Una llamarada malevolente cruzó su rostro, pero inclinó la cabeza con afectada tristeza y humildad, y salió a toda prisa.

Encontró a Houlun postrada, inconsciente y manchada de sangre sobre el cuerpo de su hermano. La llevaron a su tienda, dejándola al cuidado de sus mujeres.

Cuando volvió en sí a medianoche, vieron con horror que había enloquecido. Deliraba, gritaba, se reía y forcejeaba con las mujeres que trataban de mantenerla acostada en su canapé. Toda la noche el campamento resonó con sus gritos, y las mujeres se estremecían estrechando a sus niños.

Al alba, doblegada por el agotamiento, Houlun se tranquilizó y pareció dormirse. Pero cuando las mujeres, agradecidas y exhaustas, fueron a cubrirla con sus pieles, vieron que estaba muerta.

Capítulo 72

JAMUGA llamó a todos los hombres de su clan, tanto ancianos como jóvenes. Los contempló con triste afecto.

Ellos se dieron cuenta de que estaba muy perturbado y trataron de animarlo con sus expresiones resueltas.

Les comunicó la orden de Temujin y su propia respuesta. Luego esperó, contemplándolos dubitativo. Alarma, ansiedad, coraje, confusión y aprensión pasaban por los semblantes. Murmuraban entre ellos. Jamuga esperaba retorciéndose las manos.

Entonces un anciano habló serenamente en nombre de todos:

—Señor, has hecho lo único que podías haber hecho, y tu pueblo te honra y ama por ello.

Jamuga sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Os lo agradezco a todos —dijo con humildad.

Se reconfortó con sus sonrisas. Lo rodearon como un muro viviente y lo tocaban y palmeaban para darle ánimos.

Jamuga les habló de nuevo, esta vez con tristeza.

—Una vez, un anciano me dijo que salvar el mundo no era nada fácil. Yo no le creí. Pensaba que bastaba con que los pueblos desearan la paz y la armonía. Pensaba que si un pueblo era bueno y cultivaba la amistad, la tranquilidad y no mantenía disputas, nada aciago lo amenazaría y no necesitaría armas ni entrenamiento en las artes de la guerra. Si miraban a sus vecinos con benevolencia, pensaba yo, y los trataban con justicia, equidad y respeto, estos vecinos nunca los atacarían. Un hombre satisfecho no busca guerra ni conquista y permanece desarmado. Sólo necesita atender a su propia casa y su familia, cuidar sus propios asuntos.

Suspiró lúgubrementemente.

—Pero estaba equivocado, hermanos míos. Ahora sé que la paz debe ser defendida tan resueltamente como cualquier otro bien. La respuesta a los tiranos es un ejército más fuerte que el suyo. Para permanecer fuera del ataque es necesario primero hacerse demasiado fuerte para ser atacado. A veces, para traer la paz a la tierra los hombres deben luchar hasta la muerte. Para implantar la justicia, la libertad y la paz, los hombres deben a veces tomar las armas y sacrificar sus vidas por la seguridad de sus hijos. En mi tonta ensoñación yo no lo sabía. Si deseábamos la paz, eso era suficiente:

tendríamos la paz. Por haber creído esto os he expuesto a un grave peligro. Os he entregado indefensos al enemigo. He destruido la paz porque odio la guerra. He expuesto a vuestras esposas y niños a la perspectiva de la muerte o la esclavitud. Yo soy vuestro verdadero enemigo. Vuestro culpable traidor.

Se puso en pie ante ellos y lloró.

—Os he privado de los medios para defender vuestros hogares y vuestras praderas —continuó—. He llenado vuestros corazones de blandura y os he privado del conocimiento de las artes de la guerra. En consecuencia, somos una lombriz gorda, indefensa, esperando el pico del buitre.

El anciano que hacía de portavoz se arrodilló ante Jamuga. Levantó las manos.

—A pesar de eso, señor, estamos dispuestos a luchar por la paz.

Jamuga puso la mano sobre su hombro.

—No —dijo tristemente—, es demasiado tarde. ¿Con qué queréis luchar? ¿Con vuestras manos desnudas acostumbradas sólo al arado? ¿Queréis exponer vuestros pechos indefensos a las espadas del vengativo enemigo? ¿Creéis que todo vuestro coraje es suficiente para protegeros de las adiestradas hordas sedientas de sangre que se aproximan? Un hombre puede tener el coraje de un tigre y el arrojo de un halcón, pero no le valdrán de nada si no tiene armas.

Los miró y exclamó:

—¡No os sacrificaré como a un rebaño indefenso! ¡No os arrastraré a una lucha que sólo puede acabar en vuestra muerte y agonía!

»No tenemos defensa. Rendirnos es nuestra única elección. Es demasiado tarde para cualquier otra cosa. Temujin ha enviado una poderosa horda para destruirnos. Si resistimos con nuestras manos desnudas, todos moriremos. Si nos entregamos, ellos os perdonarán a vosotros, porque Temujin siempre busca absorber a los conquistados a fin de hacerse más fuerte. No podemos hacer otra cosa que someternos.

Levantó la voz exclamando con angustia:

—¡Entregarse es la única opción para los que no pueden defenderse! ¡La esclavitud es la suerte del hombre que no ha sabido prepararse para luchar por la paz!

Los hombres escuchaban, y escudriñaban con temor el horizonte por donde aparecerían las sanguinarias hordas de Temujin.

Entonces el anciano habló una vez más:

—¿Y qué será de ti, señor?

Jamuga sonrió secamente.

—Marcharé al encuentro del ejército de Temujin. Me entregaré antes que ellos lleguen aquí. Entonces vosotros seréis salvados de la muerte sin luchar apenas.

El anciano preguntó:

—¿Y qué garantía tenemos nosotros de que ellos te perdonarán la vida?

—¡Si no se nos da esa garantía, no nos entregaremos! —exclamaron varios hombres—. ¡Lucharemos aunque sólo sea con nuestras manos desnudas!

Jamuga se alarmó. Conocía a Temujin y sabía que no podía esperar piedad de un hombre vengativo que nunca olvidaba. Pero si su pueblo supiera eso, moriría por él, y Temujin mataría hasta el último hombre. Así pues, tratando de sonreír ligeramente, dijo:

—Yo soy el hermano juramentado de Temujin. Él tiene gran respeto por los juramentos. Me castigará, pero nada más. No tengáis duda de ello. —Hizo una pausa y luego añadió—: Si voy a su encuentro quizá ni siquiera llegarán hasta aquí. Después de todo, yo soy quien ha desafiado a Temujin, no vosotros. Volveré para ser castigado. Mientras tanto —se volvió hacia el anciano—, te dejo a ti en mi lugar. Si no regreso, y esto es improbable, aplica mis leyes con justicia y piedad y no hagas nada que yo no haría. Excepto esto: enseña a los jóvenes las artes de la guerra. Procuraos armas y preparaos para defender lo que os es querido.

Se dirigió a la tienda de su esposa. Se arrodilló ante ella y besó sus manos.

—Perdóname, mi amada —dijo—, por no poder protegerte.

Ella se arrodilló a su lado besándolo en la frente y los labios.

No se atrevió a anunciarle la cercanía del enemigo, y que él iba a entregarse. Pero llamó a sus niños y les besó con cariño desesperado. Lo devoraba el remordimiento. Salió y pidió su caballo. Luego cabalgó rápidamente, alejándose.

Alcanzó la cima de una colina y se volvió a mirar lo que dejaba atrás, probablemente para siempre. Vio el río dorado y el trigo dorado. La pacífica aldea de tiendas y los rebaños pastando tranquilamente. Los hombres y las mujeres en sus tareas, a salvo de amenazas.

—Es poca cosa lo que voy a hacer —dijo en voz alta. Había júbilo en su semblante—. Es un honor dar mi vida por ellos. Si lo consigo, quizá no he vivido en vano.

Capítulo 73

JAMUGA cabalgaba hacia el enemigo sin prisa y su semblante reflejaba una austera paz, como la de un hombre muerto, porque había renunciado a todo, aun a la vida misma.

El desolado paisaje del desierto acrecentaba su calma, su sensación de que había partido ya del mundo de los vivos. Todo a su alrededor, en terrible soledad e inmovilidad, tenía tonos crema: muros desmoronados, acantilados, bancales, llanos y enormes pedestales que podrían haber sostenido estatuas gigantescas. Pensó, en una meditación casi onírica, que quizá en el pasado los gigantes hubieran habitado en verdad esas regiones y que esas colinas en forma de templos con débiles contornos de columnas desintegradas podían haber sido su hábitat. Sobre su cabeza, el cielo se veía como plata pálida. El suelo, surcado y ondulado, se componía de tierra seca y arena. Nada crecía ahí, sino espinas y arbustos de tamariscos, cubiertos de polvo blancuzco. Nada viviente corría por ahí o se movía, excepto Jamuga, un insecto atravesando un mundo muerto. No se oía un ruido. Aun el viento soplaba en silencio, como a través de una tumba. Al segundo día, hacia la hora del crepúsculo, creyó ver una lejana fila de jinetes aproximándose. Sujetó las riendas del caballo y esperó sin temor y sin desesperación, siguiendo el movimiento de la distante horda con sus calmos ojos azules. La ígnea luz de la puesta de sol tallaba plenamente su rostro.

Pasó un buen rato antes de estar seguro de que era el enemigo que esperaba. Espoleó su caballo, dirigiéndose hacia ellos. Oyó un débil toque de corneta y supo que había sido visto. Vio los estandartes de las nueve colas de búfalo ondulándose al viento. A medida que se aproximaba se asombró del número de guerreros. Sonrió secamente y pensó en su pueblo indefenso. ¿Estaría ahí Temujin? ¿Guiaba él este regimiento?

Un jinete se adelantó a su encuentro. Era Subodai, que detuvo su caballo esperando a Jamuga. Ofrecía una hermosa estampa sobre su caballo, aunque ya no era joven. Poseía una cualidad sin edad en su belleza, una mezcla de nobleza, dignidad y orgullo, de virtud e inmutabilidad. Recortado contra el rojo cielo, contemplaba a Jamuga.

Jamuga sintió una oleada de júbilo. Subodai no era un hombre cruel ni vengativo. ¡Era un buen presagio que hubiera venido él!

Cabalgó hacia Subodai, levantando la mano y saludando. Subodai le devolvió gravemente el saludo. Se miraron el uno al otro en profundo silencio, de frente. Entonces Jamuga tendió la mano a su viejo amigo y Subodai, sin vacilación, se la estrechó.

—Saludo a mi señor, Subodai —dijo Jamuga.

—Yo te saludo a ti, Jamuga Sechen. —Su voz sonó casi inaudible. Entonces Jamuga reparó en la palidez de Subodai y su afligida mirada.

—He venido a entregarme a Temujin —dijo Jamuga—. Regresaré contigo.

Subodai guardó silencio. Miró el cielo.

—Es casi de noche —dijo—. Acamparemos aquí.

Uno de sus oficiales se acercó para pedir órdenes y las recibió. Jamuga contempló el gran ejército que había venido para capturar a un hombre indefenso. Vio sus oscuros y amenazantes rostros, y que eludían su mirada.

Las aletas de su nariz se dilataron y el corazón le dio un vuelco. Un nefasto presentimiento lo embargó. Se volvió hacia Subodai y vio que aparentaba estar muy ocupado en su caballo. No oyó una sola voz mientras el ejército se preparaba para acampar esa noche.

El pánico hizo presa en Jamuga. Se aproximó a Subodai y dijo:

—¿Por qué acampar aquí? Tenemos una o dos horas de luz todavía. Y el camino de regreso es más fácil.

Subodai lo miró y su expresión se suavizó.

—Mis hombres están cansados. Creo que es mejor recuperar fuerzas.

Se sostuvieron la mirada. La palidez de Subodai parecía aumentar y Jamuga creyó ver lágrimas en sus ojos. ¡Pero no podía ser, sólo era el reflejo del ardiente crepúsculo!

Subodai puso su mano, benévolo, en el hombro de Jamuga.

—Cenarás conmigo, Jamuga, y dormiremos en la misma tienda. Tengo mucho que contarte.

Jamuga tuvo esperanza de nuevo. Su vago terror se desvaneció. Subodai era su amigo y confiaba en él.

Ninguno de los dos hombres pudo comer mucho. Pero Subodai bebió y Jamuga siguió su ejemplo. El frío de las noches del desierto los rodeaba, pero el fuego de la hoguera los confortaba. Más allá de su resplandor estaban las oscuras tiendas de los hombres, y más allá, los caballos. Jamuga y Subodai eran los únicos hombres despiertos, excepto los centinelas, que no podían ser vistos en la oscuridad.

El vino y la compañía de su amigo hizo a Jamuga más voluble que de costumbre. Habló a Subodai de su pueblo, de su esposa y sus niños. Parecía un hombre que implorase a un juez por todo lo que le era querido. Subodai escuchaba con su copa de vino en la mano. Jamuga sólo podía ver una parte de su hermoso rostro.

—Creo que he encontrado una forma de vida que es verdadera y hermosa —dijo Jamuga—. He dado a mi pueblo paz y satisfacción. Son leales y generosos. No desean nada de sus vecinos, sólo su amistad. Siento mucho, Subodai, que no puedas verlos.

Subodai vaciló.

—¿Has dicho algo? —preguntó Jamuga, inclinándose para ver el semblante del otro.

Subodai levantó su copa y bebió. Miró a Jamuga con expresión grave y benévola.

—No he dicho nada, Jamuga.

Éste continuó hablando de su pueblo y Subodai escuchando. Por momentos, su voz se quebraba por la emoción e involuntariamente se retorció las manos. Su voz era el único sonido bajo la luna y parecía que toda la tierra lo escuchaba.

Al final dejó de hablar, indeciblemente fatigado, pero se sentía en paz, porque contando acerca de lo que amaba, sintió de nuevo la grandeza del autosacrificio, de la renuncia.

Subodai no hablaba. Después de un momento, Jamuga pidió noticias de su antiguo pueblo, pero no preguntó nada de Temujin.

Subodai pareció aliviado ante las preguntas de Jamuga.

—Hace pocos días —dijo—, siento tener que decírtelo, murió Kurelen, y también Houlun.

Jamuga sintió gran pena y dolor. Luego dijo:

—Temujin tendrá gran pesar ahora, porque Kurelen era como un padre para él y amaba también a su madre.

Esperó a que Subodai hablara de Temujin, deseoso de oír las noticias acerca de su amigo, pero Subodai no dijo nada. Su rostro tenía una extraña expresión. Jamuga se inquietó.

—Está bien, ¿no? —preguntó.

—Sí, está bien —replicó Subodai con voz casi inaudible.

Otro silencio cayó sobre ellos. El fuego estaba bajo y la luna iluminaba todo el paisaje como agua espectral. El aire se hacía más fresco y uno o dos

caballos relincharon inquietos. Los dos hombres se sumieron en melancólica meditación. El débil resplandor caía sobre sus ropas y sus facciones.

Jamuga intuyó que Subodai libraba una batalla interior, y eso lo alarmó. Varias veces trató de hablar, pero su voz se ahogaba en la garganta. Por último, consiguió decir:

—Subodai, hay algo que no me has dicho.

Subodai suspiró y pareció encogerse dentro de sus ropas. Luego levantó la cabeza y lo miró. Nada podía haber sido más desesperado que su expresión.

—Tienes razón, Jamuga, no te he contado todo —admitió con pesar.

Jamuga apretó los puños hasta que las uñas se hincaron en su carne, pero dijo con calma:

—No soy una mujer. Dime lo que tengas que decirme. —El color de la misma muerte tiñó su rostro.

Subodai dijo suavemente:

—He venido a hacerte prisionero, Jamuga, para enviarte a Temujin, que te castigará.

Jamuga asintió.

—¡Ya lo sé! —exclamó—. Pero ¿qué más?

Subodai humedeció sus temblorosos labios.

—Se me ha ordenado matar a todo tu pueblo, salvo a las mujeres jóvenes y los niños no más altos que la rueda de un carro, que vendrán con nosotros.

Jamuga se quedó traspuesto, como un cadáver. De repente profirió un terrible grito, el grito de un animal mortalmente herido. Los caballos que estaban próximos relincharon frenéticos. Varios hombres se incorporaron sobre los codos, pestañeando y buscando a tientas sus armas.

Jamuga tomó a Subodai por el brazo y lo sacudió violentamente.

—¡Mientes! ¡Ni siquiera Temujin ordenaría tal monstruosidad! ¡Mientes, Subodai!

Subodai miró la mano que le aferraba el brazo y tras un momento la cubrió con la suya. Palpó su sudor de muerte, los tendones estirados al máximo.

—Jamuga, no estoy mintiendo —dijo en tono piadoso—. Por todos los dioses, quisiera estar mintiendo.

Jamuga inclinó la cabeza y rompió a llorar sin consuelo. Era espantoso oírlo. Subodai lo rodeó con su brazo. La compasión y la tristeza lo traspasaron como un cuchillo. No tenía consuelo que ofrecer, sólo podía abrazar a su amigo en silencio.

De pronto Jamuga le apartó el brazo y dijo:

—Pero tú no eres un monstruo, Subodai. ¡Tú no podrías asesinar a sangre fría a toda esa gente indefensa!

Subodai suspiró.

—Tengo mis órdenes. Debo obedecer. La obediencia es lo primero.

—¡Pero no en esto! —exclamó Jamuga febril, cogiendo a su amigo con ambas manos y sacudiéndolo—. ¡Puedes decir a Temujin que cuando llegaste al campamento de mi pueblo descubriste que habían huido sin dejar rastro!

Subodai sentía la presa que Jamuga hacía en él, pero sólo pudo mirarlo con amarga tristeza.

—Tengo mis órdenes, Jamuga, y sabes que sólo he vivido para obedecer.

Jamuga lo miró con los ojos desorbitados. Levantó la mano y abofeteó salvajemente el rostro de su amigo. Subodai no se movió, sólo miraba a Jamuga con pesar y benignamente, aunque sus mejillas se tornaron escarlata y apareció sangre en la comisura de sus labios. Por último le retuvo las muñecas firmemente.

—Jamuga —dijo—, sabes que esto no conduce a nada.

Jamuga, desfallecido, sollozó otra vez. Subodai le liberó las manos, oyendo su terrible llanto. Emociones encontradas corrían por su bronceado y sangrante rostro. Suspiró repetidas veces.

Jamuga se sosegó, vencido por su trágica desesperación. Incluyó la cabeza sobre el pecho. Subodai miró alrededor con cautela. Vaciló y luego le dijo al oído:

—Escúchame, Jamuga. Has dicho que tu pueblo está indefenso, y atacarlos así sería como matar corderos. Te permitiré mandar un mensajero esta noche, anunciándoles nuestra proximidad e implorándoles que se preparen para defenderse. De esa manera, por lo menos morirán como hombres, luchando por ellos y por sus familias.

Jamuga lo miró con ojos desfallecientes.

—Tienen pocas armas —dijo con voz quebrada—. No obstante, lucharán.

—Eso es todo lo que puedo ofrecerte —dijo Subodai con pesar—. No es una alegría para mí matar a hombres desprevenidos.

Se dirigió a un hombre que dormía y, propinándole una patada, le ordenó que se levantara y ensillara su caballo. Volvió con Jamuga y se sentó a su lado. Abrió su bolsa y sacó una tosca hoja de papel chino y una pluma. Las puso sobre las rodillas de Jamuga, que no se movió.

—Tengo una sola súplica que hacerte, Jamuga —dijo Subodai con gravedad—, y es ésta: que cuando lleguemos a tu aldea, no intentarás

auxiliarlos. Porque tengo órdenes de llevarte ante Temujin sano y salvo. Tienes que darme tu palabra o retiro mi oferta.

Jamuga tomó la pluma en sus entumecidos dedos. Toda vida parecía haber desaparecido de su espectral rostro.

—Te doy mi palabra —dijo, y empezó a escribir con caracteres desmañados y trémulos. Instó a su pueblo a defenderse hasta la muerte.

Sé que tenéis muy poco con que defenderos. Pero os imploro que luchéis como hombres, por todo lo que hemos estimado, por todo lo que amamos. Esto es todo lo que puedo hacer por vosotros. Os imploro que me perdonéis por mi responsabilidad en vuestra tragedia. De rodillas os imploro que no penséis en mí con rencor, sino sabiendo que comparto vuestra pena y vuestra muerte.

La pluma casi se le escurrió entre los dedos, pero aún no había terminado. Continuó escribiendo con letra temblorosa y casi ilegible.

A mi esposa Yesi: Amada de mi corazón, perdóname por atraer la desgracia sobre ti. Las mujeres de nuestro pueblo y los niños serán llevados como esclavos al campamento de Temujin, pero te imploro que no dejes que esto suceda contigo y mis hijos. Nos encontraremos otra vez, mi amada. Tu fe cristiana te ha enseñado eso. Más allá de toda esta oscuridad te abrazaré una vez más. Y a mis hijos. Hasta mañana, mi amor, mi esposa.

Tendió el papel a Subodai, que lo leyó sin vacilación.

El guerrero se presentó para recibir órdenes. Subodai le entregó la carta fijando los ojos en él, y le dijo lenta y claramente:

—Éste es un mensaje para el pueblo del khan Jamuga Sechen instándolos a entregarse sin luchar. Marcha con el viento y entrégalo a los ancianos que sepan leer.

El guerrero saludó, giró sobre los talones y partió. En el silencio profundo, lo oyeron galopar en medio de la noche.

Capítulo 74

MOVIDO por la compasión, Subodai decidió no permitir que Jamuga lo acompañara al campamento naimán. Sabía que la visión de lo que iba a suceder sería demasiado para este desventurado hombre.

Así, dejó a Jamuga con un pequeño grupo de guerreros para esperar su regreso.

Jamuga ya no sollozaba. Oyó las últimas palabras compasivas de Subodai sin dar señales de haber escuchado. Parecía muerto ya. Una calma sombría cayó sobre él. Subodai pensó que su alma había muerto definitivamente. Sus ojos estaban vidriosos y respiraba lenta e irregularmente. Permanecía sentado en medio del grupo de guerreros con la mirada fija en el suelo y las manos colgando inertes sobre las rodillas.

Subodai dio órdenes de que Jamuga tuviera todo el confort que deseara. Pero sabía, mientras cabalgaba con pesar en su corazón, que Jamuga ya no comería ni descansaría.

Los guerreros que lo custodiaban estaban enfadados y se quejaban mirándolo con resentimiento, ya que por su culpa se perdían su deporte preferido. Temían que sólo recibirían los restos del botín y las mujeres más feas. No obstante, el aspecto de Jamuga los inquietó. Era como si velaran un cadáver y creían que su espíritu se había ido y un espíritu maligno había tomado su lugar. En consecuencia, lo miraban con temor supersticioso.

El día pasó. Los inquietos guerreros ofrecieron a Jamuga comida y vino, pero él los miraba sin verlos. Hora tras hora, seguía sentado inmóvil con los ojos vidriosos y fijos, el labio inferior caído y una leve respiración.

Los guerreros jugaban a juegos de azar alrededor de él, riéndose y cantando rudamente, pero él no los oía. Al final, amedrentados, guardaron silencio.

Llegó la noche. Los guerreros dormían. Uno se mantenía despierto para vigilar a Jamuga, que continuaba inmóvil, sentado como un hombre que hubiera muerto en esa postura. No se acostó, no pronunció una palabra ni dejó escapar un suspiro. El amanecer arrojó su brillante luz sobre el frío y sumido semblante.

Los guerreros se maravillaron de que siguiese vivo. Algunos de ellos sintieron una extraña piedad. Nunca habían visto semejante desesperación muda. Habían creído que empezaría a lamentarse o a llorar, pero no fue así.

De nuevo llegó la noche y Jamuga seguía como una estatua. Nadie podía adivinar si estaba despierto, dormido o inconsciente, o si pensaba en alguna cosa. Cuando de nuevo llegó el alba, los que lo habían compadecido sintieron un estremecimiento al verlo aún con vida.

Empezaron a anhelar el regreso de su jefe y sus camaradas. Uno o dos se ubicaron en un montículo para escudriñar hacia el este. En su excitación y expectativa, olvidaron a Jamuga. Se quejaban otra vez por haber sido dejados atrás y perderse lo mejor del botín. Discutían acerca de la belleza de las mujeres naimán y hacían bromas vulgares y obscenas. Uno se quejaba de que sus tres esposas parecían tres mulas, y tenía la esperanza de encontrar una o dos hermosas muchachas naimán.

—Estoy seguro de que obtendrás otra mula —bromeaba uno de sus compañeros.

Para aliviar su tedio, luchaban o practicaban con sus espadas. Una nota de malestar verdadero se oía en sus voces. Su inquietud se acrecentó y perdieron su temor a Jamuga. En voz alta se burlaban de él.

—Si su esposa es hermosa, dormirá con el khan y olvidará a este enclenque paliducho —dijo uno—. El khan le dará verdaderos hijos en vez de cabras.

Pero ni aun así Jamuga daba señales de oír algo. Hora a hora, sus facciones se contraían y tomaba cada vez más el aspecto de un cadáver.

Al tercer día, a la hora del crepúsculo, un vigía gritó eufórico. Los guerreros regresaban. El vigía anunció que detrás de ellos rodaba un vasto número de carros y que había gran número de caballos y rebaños. Sus compañeros gritaron golpeando los pies con frenesí.

No oyeron el débil gemido de Jamuga. No lo vieron ponerse en pie y con piernas vacilantes apoyarse contra la roca que los protegía del viento. Su lívido y macilento rostro estaba convulso, los labios agrietados se movían. Emitía sonidos entrecortados y sus enflaquecidos dedos se asían a la erosionada piedra.

Subodai cabalgaba a la cabeza de los guerreros victoriosos, los carros, los rebaños y los caballos. Y mientras marchaba, parecía sumido en una funesta meditación. En los carros se oía un constante lamento acompañado de llantos.

Levantó la mirada al aproximarse y vio a Jamuga. Se mordió el labio. Espoleó el caballo y al llegar saltó a tierra. Los guerreros se precipitaron al encuentro de los que retornaban. En la confusión, Subodai se aproximó a Jamuga. Dedicó una compasiva mirada a su amigo y lo estrechó entre sus brazos.

Jamuga dejó escapar un estremecido suspiro. Aferrándose a su amigo desesperadamente, exclamó con voz quebrada:

—¿Y mi esposa? ¿Y mis hijos?

Subodai cerró los ojos. No podía soportar la expresión de ese semblante.

—Consuélate —dijo benévolo—. No están aquí.

Jamuga se desplomó sobre él, sacudido por los sollozos. De su pecho brotó un largo gemido como si el corazón se le estuviera partiendo. Subodai lo sostuvo en sus brazos y su rostro se oscureció ceñudo, con profundo malestar.

—Estás enfermo —dijo compasivo—. Ven, debes acostarte en una tienda.

Jamuga sacudió la cabeza, y Subodai tuvo que sostenerlo en vilo.

—Después cabalgarás a mi lado.

Quería que Jamuga cabalgara a la cabeza de la caravana a fin de que oyera lo menos posible los constantes lamentos que venían de los carros. Jamuga lo comprendió y de nuevo sacudió la cabeza.

—Marcharé atrás —murmuró débilmente—. Soy culpable de esto. Debo llenar mis oídos con los llantos de aquellos a quienes tan terriblemente he agraviado.

Subodai temía que Jamuga muriera antes de entregarlo a Temujin. Lo obligó a beber un poco de vino y Jamuga tragó automáticamente, pero oyendo los tristes lamentos.

Un poco arrastrando y otro poco cargando al quebrantado hombre, Subodai se acercó a un caballo y lo ayudó a subir. Jamuga se sentó inclinado hacia delante, en muda angustia. Subodai saltó a su semental y cogió las riendas del caballo de Jamuga. Debía salvarle la vida a cualquier precio.

—Tu pueblo luchó bravamente —dijo—. Tan bien pelearon que yo perdí un buen número de mis mejores hombres.

Jamuga lo miró.

—Eso no es una alegría para mí —dijo débilmente.

La caravana comenzó a moverse. Jamuga, acurrucado en su montura, nada oía, sino los lamentos de las mujeres y los niños, rodando detrás de él en los carros.

Y Subodai, cabalgando a su lado, sosteniendo las riendas de su caballo, miraba al frente, amargado y sombrío.

«Vivo sólo para obedecer. Sólo para obedecer», se repetía para sí en hipnótica letanía, como si tratase de ahogar el clamor de sus pensamientos.

Capítulo 75

AL AMANECER, un oficial corrió a la amplia tienda de Temujin.

—¡Subodai se aproxima! —anunció.

Temujin se despertó al instante. Se puso la chaqueta y las botas. Salió a la luz del alba. Con la cabeza descubierta, su rojo cabello era como una melena de fuego. La caravana podía verse claramente sobre el flanco de una colina escarlata. Temujin, haciéndose visera con la mano, la observó largo rato. Luego retornó a su tienda y se sentó en su canapé.

Conservó la calma, pero una vena latía en su frente como una serpiente retorciéndose.

Después de un rato, la portezuela de la tienda se abrió y entró Subodai, pálido y sereno. Saludó parándose tieso ante su khan.

—He regresado —dijo—. He derrotado a los naimanes y obedecido tus órdenes. He traído a Jamuga Sechen como prisionero.

—Has hecho bien —replicó Temujin mecánicamente. Luego guardó silencio, mirando a Subodai.

Subodai habló:

—Jamuga Sechen es un hombre que agoniza. Lo he hecho llevar a mi tienda para que descanse. Pero no dormiré.

Temujin se puso de pie.

—Déjalo descansar —murmuró—. Pero a mediodía me lo traes.

Subodai volvió a saludar y se volvió para marcharse, pero Temujin lo llamó. Se volvió lentamente. Temujin fijó los ojos en él.

—¿Mi señor? —dijo Subodai.

Pero Temujin sólo lo observaba con una extraña mirada. De pronto hizo un gesto brusco.

—Nada —dijo—. Es evidente que estás fatigado, Subodai. Trata de descansar hasta que me traigas a Jamuga.

Subodai salió. Un leve sudor frío cubría su frente. Una vez más, reanudó su letanía: «¡Debo obedecer!».

Se dirigió a su tienda. El campamento hervía de excitación y júbilo. Muchos soldados de distintos clanes habían llegado durante la ausencia de Subodai. El campamento estaba atestado de extraños, pero él pasó entre ellos sin mirarlos. Cuando entró en su tienda, Jamuga yacía postrado en su canapé y una de sus mujeres le lavaba las manos y el rostro. Jamuga parecía no tener

conciencia de lo que le rodeaba, ni de la mujer. Pero cuando Subodai se paró a su lado, la vida volvió a sus moribundos ojos y sonrió débilmente, tendiendo la mano hacia su amigo. Subodai tomó la temblorosa mano.

—El final de la odisea está cercano —dijo tratando de sonreír—. Ten coraje. Siempre has sido un hombre valiente.

Jamuga quiso hablar, pero su última fuerza había desaparecido. Una repentina esperanza nació en Subodai... Quizá expirara antes de la prueba.

Jamuga cerró los ojos. Si se desmayó o dormía, Subodai no lo sabía. Después de un largo rato, dejó suavemente la mano de Jamuga extendida sobre el canapé, y la mano yació floja y abierta, como muerta. Subodai continuó de pie junto al canapé. A intervalos suspiraba profundamente.

Alguien entraba en la tienda. Era Chepe Noyon, ansioso, pero cuando vio a Jamuga guardó silencio. Un curioso destello pasó por sus ojos. Por último susurró:

—Lo siento mucho. Debías haberlo matado piadosamente.

Subodai volvió la cabeza y respondió:

—Yo sólo podía obedecer.

Chepe Noyon le sonrió con una especie de burla e interrogación.

—¿Eres un tonto? —preguntó—. Con frecuencia me lo he preguntado, pero todavía no sé la respuesta.

Subodai guardó silencio, mirando a Jamuga.

Alguien más entró. Era Kasar, ávido y tosco.

—¡Ajá! —resopló al ver a Jamuga—. ¡De modo que aquí está el traidor para ser juzgado, Subodai! Espero que su castigo sea proporcional a su crimen. —Miró a Jamuga venenosamente, con todo su viejo odio y negros celos.

Chepe Noyon iba a replicar con su acostumbrado sarcasmo cuando vio algo que lo dejó boquiabierto. Una sorprendente transformación se había operado en Subodai. Toda su calma había desaparecido y ahora era un hombre inflamado. Sus ojos azules centelleaban como relámpagos y sus dientes asomaban entre los labios. Parecía querer saltar sobre Kasar, al que cogió por la garganta y sacudió violentamente, profiriendo ruidos guturales. Kasar forcejeó por liberarse, con ojos que relampagueaban de terror. Se le hincharon los labios y se tambaleó. Subodai lo obligó a caer sobre sus rodillas, aumentando la presión en la garganta. Kasar movía la cabeza de un lado a otro, el rostro se le puso púrpura y la lengua apareció entre los labios profiriendo estrangulados gemidos. Tenía los ojos vueltos hacia arriba y el pecho arqueado en un desesperado intento por coger aire.

Chepe Noyon sonrió con satisfecho rencor, dilatando las aletas de la nariz. Luego habló con naturalidad:

—Yo no lo mataría, Subodai, aunque lamento darte este consejo. Pero ¿sabes?, a Temujin no le agradaría en absoluto.

Pero Subodai pareció no atender el consejo. Su hermoso rostro estaba negro de terrible ira. Parecía presa de un espantoso encantamiento. Los gruñidos guturales continuaban burbujeando en su garganta. Se inclinó hacia Kasar, con los pulgares hundidos profundamente en su cuello. Lo sacudió de un lado a otro, inclinándolo hacia atrás. Un hilo de espuma sanguinolenta apareció en los ennegrecidos labios de Kasar. Y las pupilas de sus ojos ya no se veían, sólo el globo blanco listado de escarlata.

Chepe Noyon le tomó los brazos.

—Te estimo demasiado para verte asesinado —dijo Chepe Noyon con calma, y tomó a Subodai por el cuello apretándolo con acerado puño.

Era como intentar apartar a un hombre bajo un hechizo. Subodai no lo reconoció y se reía como un poseso. Entonces Chepe Noyon hincó sus dientes en la mano de Subodai. Y no aflojó la presa hasta que sintió que las manos de Subodai soltaban a Kasar, que cayó al suelo pesadamente, llevándose las manos a la torturada garganta y sollozando entrecortadamente.

Subodai se había desplomado sobre el canapé a los pies del inconsciente Jamuga. Se cubrió el rostro con las ensangrentadas manos, pero sin proferir el menor sonido.

Chepe Noyon tomó a Kasar por las axilas y lo arrastró hasta sus pies.

—Eres un perro —le dijo amablemente—. Considérate afortunado de no haber corrido la suerte que te corresponde como tal.

Contempló el bermejo rostro de Kasar con deleite, luego lo arrastró hasta la entrada de la tienda y, con calma, lo arrojó fuera.

—Nunca me cayó bien —declaró, y rió entre dientes.

Pero Subodai parecía tan inconsciente como Jamuga.

Capítulo 76

A MEDIODÍA Subodai despertó a Jamuga. No le resultó fácil, porque el pobre estaba sumido en un profundo sopor. Subodai le friccionó las manos y llevaba vino a sus pálidos labios. Al final se despertó. Volvió de su sopor como si volviera de la muerte, lenta y pausadamente.

—Nuestro señor ha ordenado que seas llevado ante él ahora —dijo Subodai, y lo ayudó a ponerse la chaqueta y las botas.

Jamuga no parecía completamente consciente. Subodai pensó que no lo había oído, pero después de un momento respondió débilmente:

—Temujin podía haberme ahorrado esto.

Subodai guardó silencio, pero su sonrisa era benévola y alentadora. Rodeó a Jamuga con un brazo, ayudándolo a salir de la tienda, y literalmente lo levantó en vilo para bajarlo de la plataforma. El sol brillaba y el paisaje amarillo y rosado se estremecía en sus cataratas de luz.

Subodai dijo simplemente:

—Perdóname.

Las cejas de Jamuga se unieron en un penoso esfuerzo de concentración. Miró a Subodai con aturdimiento. Luego dijo tristemente:

—Ningún hombre puede hacer a otro sino lo que éste le deja hacer... —Y presionó débilmente la mano de Subodai.

Miró alrededor pestañeando y dándose cuenta por primera vez de lo que sucedía. Miles de guerreros habían llegado, preparándose para la campaña contra Toghrul. El campamento hervía de actividad. Los angostos pasillos entre las tiendas estaban repletos de hombres extraños que trajinaban sin pausa. Subodai se alegró, pues Jamuga llegaría hasta la tienda de Temujin relativamente sin ser notado. Trataba de ir deprisa, pero los vacilantes pasos de Jamuga no daban más de sí. Subodai bajó la capucha de Jamuga sobre su rostro, de manera que no fuera reconocido por los mongoles, que habían olvidado ya la campaña contra los naimanes y estaban preparándose entusiastamente para el siguiente combate.

Jamuga se detuvo e imploró:

—Subodai, permíteme despedirme de las mujeres de mi pueblo. Sólo será un momento.

Subodai respondió tristemente:

—Eso está prohibido.

Jamuga suspiró. Inclino la cabeza y la capucha cayó sobre su rostro. Como un sonámbulo, se dejó llevar por su amigo y de nuevo, sumido en su desesperación y angustia, apenas tuvo conciencia de sus movimientos.

Subodai lo hizo detenerse. Jamuga levantó la capucha y miró alrededor con los ojos ribeteados de rojo. Estaban ante la tienda de Temujin. Allí todo estaba tranquilo. Sólo habían dos guardianes que parecían de piedra.

—He de dejarte aquí, Jamuga —dijo Subodai. Vaciló forzando una sonrisa—. Por encima de todo lo demás, todos reconocemos y admiramos tu coraje.

A pesar de sus sufrimientos, Jamuga sonrió irónicamente.

—Los más bajos animales tienen coraje. Los hombres deberían tener algo más —dijo con un hilo de voz.

Subodai apartó el cortinaje y Jamuga se inclinó para entrar. Avanzó con una nueva fuerza y serenidad.

Temujin estaba sentado en el centro de la tienda tenuemente iluminada, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada. Parecía bajo la influencia de algún narcótico, porque no se movió ni miró a Jamuga, que se paró ante él, erguido ahora, con toda la heroica nobleza de su naturaleza resplandeciendo en su macilento semblante. Pasaron unos momentos sin que ninguno de los dos hablase ni se moviese.

Entonces, muy lentamente, Temujin levantó los ojos. No eran ya verdes, sino gris nublado. Los fijó en Jamuga y pareció contemplarlo con un extraño desasosiego. Y Jamuga miró al hombre que tan tontamente lo había agraviado y quebrantado, y mientras lo hacía, la vida volvió a su cuerpo con su amarga ira y tristeza.

En medio del silencio, sólo eran conscientes de su respectiva presencia, dos hombres que se habían estimado uno al otro más que a ninguna otra cosa en el mundo, que habían dormido bajo la misma frazada y hecho juramento de sagrada hermandad. Había algo más profundo entre ellos que el mero accidente de la sangre o las circunstancias. Había completa comprensión, un lazo espiritual que nunca podría ser roto, ni siquiera ahora.

Entonces Temujin habló con voz distante:

—Jamuga Sechen, has sido culpable de traición contra mí.

Jamuga vaciló, pero respondió con voz clara y amarga:

—¡Si eso es traición, lo haría otra vez y otra, hasta el fin del mundo!

Su corazón pareció partirse con un dolor insoportable. Todo lo que había sufrido antes era nada ante este sufrimiento, que era inexplicable.

De nuevo se contemplaron en profundo silencio. Entonces, por primera vez, Jamuga vio algunos cambios en Temujin: estaba más delgado, más sombrío, más inescrutable que nunca. Alguna desgracia había endurecido su rostro, puesto melancolía en sus ojos. Algo lo torturaba insoportablemente. Y Temujin veía todas las marcas del sufrimiento en el rostro de Jamuga, todo el desasosiego de la cercanía de la muerte en sus ojos.

Jamuga escuchó entonces unas extrañas palabras:

—Yo te hubiera evitado esto por lealtad a nuestro viejo juramento.

Los labios de Jamuga se entreabrieron en un tembloroso suspiro y el dolor de su corazón aumentó, pero no pudo hablar.

Temujin miró hacia otro lado y su sombría melancolía se marcó más.

—Pero tú te has convertido en mi enemigo y yo he aprendido que no debo dejar ningún enemigo vivo. No me atrevo a dejarte vivir si quiero sobrevivir.

—Nunca he sido tu enemigo —replicó Jamuga con voz débil—. Tú lo sabes en el fondo de tu alma. Cuando nos hicimos hermanos juramentados, nuestros corazones eran uno, y conversábamos con palabras que sólo la muerte puede borrar y quizá ni aun la muerte. Rara vez estuve de acuerdo contigo y con frecuencia discutíamos y nos vituperábamos, pero tú conoces mi lealtad y mi afecto, y sabes que por ti yo hubiera padecido miles de muertes y sufrido miles de heridas.

Su voz se quebró y las lágrimas corrían por su rostro. Temujin se movió como atormentado. Cubrió sus ojos con la mano para no ver a Jamuga.

—Sin embargo —murmuró—, tú seguiste tu camino y yo recibí un agravio mortal del hombre que menos lo esperaba. Tú violaste el juramento. Te apartaste de mí, embriagado con tu propia tontería.

—Nunca me aparté de ti —dijo Jamuga, quebrantado—. Pero tú me ordenaste hacer algo que yo no podía hacer. Tú me has destruido, matando todo lo que yo amaba, pero aun así volvería a hacer lo que he hecho mientras hubiera vida en mí.

Temujin dejó caer la mano y miró a Jamuga. Parecía a punto de hablar de nuevo, con pasión..., pero sólo pudo guardar silencio. Reflejos de la luz de fuera llenaban la tienda con líneas tenues que marcaban el trágico rostro de Jamuga y sus resueltos ojos. Temujin continuaba mirándolo y una expresión de profunda tristeza apareció en sus facciones.

—Jamuga, has sufrido demasiado, pero sé que no eres traidor. Has sido mal aconsejado por tu vanidad y tu rígida virtud. Nunca has aprendido a transigir. Haberlo hecho hubiera significado destruir toda tu naturaleza y sólo la muerte puede hacer eso.

Hizo una pausa, reanudando en tono melancólico:

—Porque has sufrido, por nuestro viejo juramento, te ofrezco ahora, no la muerte, sino la paz.

Jamuga esbozó una sonrisa terrible.

—¡Paz! —murmuró—. ¿Qué paz hay para mí? Detrás de mí sólo hay oscuridad y ruina en todo lo que amé. Mi vida es agua absorbida por la arena. Es sangre derramada y desaparecida. El futuro es como una tumba, sin esperanza, alegría u olvido, llena sólo de sombras de lo que he perdido. Me movería entre los vivos como un espectro, para siempre sin hogar, eternamente desesperado... —Suspiró con angustia—. ¿Cómo podría vivir yo en el mundo que tú estás haciendo? No tengo lugar en ese mundo. Su contemplación me resulta intolerable. El espectáculo es demasiado espantoso para mis ojos. Prefiero morir y olvidarlo en la oscuridad eterna.

Temujin escuchó y algo de su vieja implacabilidad volvió a su rostro, pero no habló.

Un repentino arrebato pareció apoderarse de Jamuga. Místico y terrible, parecía expandirse. Con dedo tembloroso señaló a Temujin, que pareció retroceder.

—¡Pero el mundo que tú harás pasará en una niebla roja, y el mundo que otros como tú hagan pasará también y no quedará huella de vosotros! —profetizó Jamuga—. Porque el vuestro es el camino de la muerte, y todo lo que vive os repudiará. El tirano es aplastado al final por el peso de sus víctimas. Las ciudades que ha arruinado se levantarán de nuevo. El grano que ha quemado hasta la raíz será de nuevo sembrado, y la fuente que ha contaminado manará pura una vez más. Donde él ha plantado sus banderas, los apacentaderos estarán una vez más en paz. Y donde sus hordas han cabalgado, el pasto crecerá y borraré sus pasos.

»¡Yo he tenido un sueño, he contemplado una visión que me ha revelado los caminos de la vida! Mil veces afligirás la tierra y mil veces serás olvidado. Pero los hombres sobrevivirán para sembrar la tierra y construir sobre ella, porque lo que es bueno perdura siempre. En cambio, todo lo que tú hagas será como arena escurriéndose entre tus dedos, cayendo de nuevo en el desierto.

Su voz, fuerte y ferviente, se apagó. Y una vez más, un prolongado silencio llenó la tienda.

Temujin se puso de pie. Ante Jamuga, extendió la mano poniéndola en el hombro de su hermano.

—La paz sea contigo —dijo suavemente.

Sacó su daga y la puso en la mano helada de Jamuga. Lo miró largamente a los ojos, con tristeza y cansancio. Luego se volvió y salió de la tienda, dejando solo a Jamuga.

Capítulo 77

LOS ESPÍAS informaron que el khan Toghrul, o Wang Khan, con su hijo Sen-Kung y una poderosa formación de tropas keraítas estaban avanzando a lo largo de la ladera del lago Baikal, hacia el campamento de Temujin. Sabía que Toghrul había levantado a los pueblos del este del lago Baikal, y estaban preparados para el ataque y la ofensiva, y se movían detrás del khan Toghrul para auxiliarlo.

Temujin se daba cuenta de que, una vez Toghrul fuera derrotado, el caos y el pánico se extenderían entre el mismo viejo pueblo keraíta, las tribus del lago Baikal y todas las tribus no conquistadas de los merkitas, los naimanes, los uigures, los ongut y las turcas del oeste. La primera necesidad, pues, era derrotar al khan Toghrul.

Convocó a todos sus khanes a un consejo. Una carta falsa fue enviada después a Toghrul, simulando que estaba escrita por un aterrorizado Kasar, hermano de Temujin.

«Mi hermano Temujin ha caído gravemente enfermo aquejado de una misteriosa dolencia y yo he sido llamado por nuestro pueblo para tomar su lugar. A mi vez convoqué un consejo de khanes, y me han persuadido de que oponerme a ti sería ir a una ruina segura. Además, estoy convencido de que no saldría nada bueno de un enfrentamiento entre los mongoles qiyat y el pueblo del padre adoptivo de mi hermano. Así pues, es mi deber ofrecerte, en nombre de Temujin, su arrepentimiento y la promesa de filial obediencia».

Sen-Kung, el suspicaz, discutía con su padre que esa carta era un ardid, pero Toghrul, que ahora sólo recordaba a Temujin como lo había visto la última vez, un pequeño bárbaro cuya existencia dependía de la generosidad de las ciudades, estaba alborozado.

—¡Conozco a ese perro! —exclamó—. Siempre oportuno, siempre astuto, nunca exagerando ni menospreciando. Mira, Sen-Kung, ¿qué es él comparado con nosotros? Un miserable vagabundo, un andrajoso merodeador de las estepas, un bandido y un ladrón. Pero es inteligente. Ahora sabe que no puede hacernos frente.

Esa noche, varios jinetes llegaron al galope al campamento del khan Toghrul, jadeantes, y declararon ser khanes desertores de la confederación del oeste. Habían desertado de Temujin, decían con colérico desprecio. Sus pretensiones los habían disgustado. Él había violado el libre orgullo e

independencia de los miembros de su confederación por su arrogancia y la asunción de la autoridad absoluta. Además, los exponía ahora a un gran peligro al que su pueblo no podría sobrevivir. No podían tolerarlo ya. Ellos no tenían disputas con el poderoso Wang Khan y por eso se ponían a sus órdenes.

—Envía un mensajero a Temujin diciéndole que estamos aquí — concluyeron—, que hemos recuperado la sensatez y que si él te ataca, nosotros lucharemos a tu lado.

Toghrul, algo receloso por las sospechas de Sen-Kung, escuchó atento. Luego se alegró. Conocía el orgullo arrogante y feroz de los nobles de las regiones áridas y sabía cuánto debía resentirlos el señorío de Temujin. Conocía su celo por su independencia. Preguntó precavido:

—¿Sabéis si Temujin se encuentra enfermo? He oído decir que está mal.

Sacudieron la cabeza y uno dijo que habían dejado a Temujin hacía varias noches y no sabían nada de que estuviese enfermo.

La última sospecha de Toghrul desapareció. Si esos khanes no fueran desertores, sino hombres de Temujin, hubieran sabido de su enfermedad y se hubieran explayado sobre ella. Su ignorancia confirmaba su buena fe.

—¿Dónde está vuestro pueblo? —preguntó el viejo keraíta.

—Esperando más allá de las colinas del este.

—Convocadlo, entonces.

Los khanes vacilaron.

—Necesitamos estar seguros de que piensas mantener tu fe en nosotros — dijeron.

Toghrul se rió.

—Tenéis mi palabra. Mañana por la noche os daré a todos una fiesta.

Fue muy cordial con los desertores, que vagaron por el campamento tomando nota de todo cuidadosamente. Sus sospechas podían haber renacido si ellos hubieran continuado zahiriendo a Temujin en voz alta e insistentemente, pero guardaron silencio. Cuando Sen-Kung les recriminaba su antigua idolatría por Temujin, dos o tres de ellos exclamaron con vehemencia que, pese a todo, era un poderoso guerrero y que no querían que se le ridiculizase en su presencia. Y así, hasta la sospecha de Sen-Kung se aquietó.

Toghrul envió una misiva a Temujin llena de irónica conmiseración por su enfermedad y haciéndole saber la deserción de sus khanes.

«No has sido capaz de convencer a estos hombres de tu poder, ¡oh, mi bravo hijo adoptivo! Han desertado como comadreja. Han huido de tu lado

aullando como perros asustados. Así han demostrado su inteligencia. En consecuencia, tengo la obligación de pedirte que seas más humilde, que te sometas a la disciplina y que me prometas que disolverás tu tonta e infame pequeña confederación. Si no lo haces en el término de tres días, ordenaré un ataque y tú no escaparás, como tampoco ninguno de tu pueblo».

Temujin, que había estado esperando ese mensaje, llamó a los restantes khanes.

—Nuestros hermanos han llegado al campamento de Toghrol y he recibido una carta. Ahora esperaremos más informaciones.

Pocas horas más tarde llegó un mensaje de los khanes «desertores».

«Te rogamos, Temujin, que obedezcas las generosas ofertas del gran khan Toghrol y te entregues a él antes que la luna llena esté en su tercera noche. Nosotros estaremos a su lado para recibir con él la promesa de disolución de la confederación. No intentes oponerte a él. Nosotros tenemos cuatro mil guerreros a nuestro mando y él tiene seis mil. Además, estos guerreros son expertos arqueros y diestros con la espada, y no necesitan gran caballería para protegerse. Te instamos, en consecuencia, a que le envíes un mensaje inmediatamente con tu capitulación».

Temujin se hizo leer la carta y gritó de entusiasmo.

—¡Muy bien! —exclamó—. ¡Tienen seis mil guerreros y escasa caballería! Escribe tú, Subodai. —Y dictó otra carta, pretendiendo que era del aterrorizado Kasar.

«Mi hermano Temujin sigue en cama, inconsciente, pero estoy autorizado para ofrecerte, grande y glorioso Wang Khan, un voto de lealtad, humildad y obediencia. Llegaré en la mañana del cuarto día con la espada de Temujin».

Y con este mensaje incluyó el más hermoso tesoro de Temujin: un enorme anillo de oro engarzado con una brillante piedra azul.

Toghrol leyó la carta a los khanes desertores, que resoplaron.

—Es una trampa —dijeron—. Si Temujin hubiera estado enfermo, nosotros lo hubiéramos sabido. Simplemente está atemorizado y pretende estar enfermo para escapar a una completa humillación.

Se despachó una carta para Kasar, aceptando cortésmente la rendición e informándole que el khan Toghrol lo recibiría con honores.

Mientras tanto, los khanes desertores estudiaban las posiciones del campamento de su anfitrión, haciendo sus planes.

Toghrol vivía lujosamente, aun en campaña. Su tienda estaba revestida de paños de oro. Sus oficiales se alojaban en cómodas tiendas, llenas de tesoros, tales como grandes copas y platos de plata grabada y ricas alfombras. Los

caballos iban cubiertos con sedas y ensillados con finas monturas de cuero rojo. Las empuñaduras de las espadas de los oficiales tenían incrustaciones de oro y piedras. Había muchas mujeres en el campamento, muchachas cantantes de hermosos rostros y otras que eran danzarinas licenciosas. Músicos, hábiles flautistas y violinistas hacían placenteras las noches. Los desertores se paseaban mirando envidiosos los tesoros, eligiendo lo que más les agradaba para cuando llegase Temujin.

La tercera noche, cuando la luna estaba llena, hubo aún otra fiesta, y los khanes fingieron embriagarse hasta el sopor. Tuvieron que ser llevados a sus tiendas. Más allá de las tiendas, los cantos, las danzas y la jarana continuaban. Cuando estuvieron seguros de no ser ya vigilados, los khanes se reunieron en un lugar previamente designado y esperaron. El que tenía la vista más aguda trepó a un montículo y escudriñó el sur, por donde llegarían los mongoles. Los otros se agazaparon en la oscuridad, armados y expectantes. A corta distancia, los centinelas se paseaban lentamente, bostezando y escuchando con envidia la música y las risas. Los keraítas, bastante civilizados, no eran excesivamente disciplinados y los centinelas aprovecharon la ocasión para reunirse a charlar tranquilamente.

La luna inundó el paisaje de abetos y álamos, el llano y las colinas, el río y la gran roca, con una luz blanca y espectral. Pero ahora palidecía. Además, para su satisfacción, los mongoles vieron que el cielo se llenaba de nubes que ocultaban la luna. Su luz se hizo nebulosa y errabunda.

De repente el mongol bajó del montículo arrastrándose sobre el vientre. Susurró al oído de cada uno de ellos:

—Nuestro señor se aproxima. Dentro de una hora estará aquí.

Esperaron, conteniendo la respiración, con sus ojos de halcón fijos en los soñolientos centinelas keraítas, que habían empezado de nuevo su lánguida ronda, moviéndose como sombras frente al marmolado cielo.

Una señal apenas perceptible pasó entre los mongoles. No se atrevieron a esperar más. Hasta los centinelas hubieran notado pronto la aproximación del enemigo. Y así, moviéndose silenciosamente, atacaron por sorpresa a los centinelas clavándoles sus dagas hasta la empuñadura. Con apenas un débil quejido, los centinelas cayeron de bruces. Tomó sólo unos instantes despojarlos de sus vestiduras. Los mongoles cubrieron sus cabezas con los turbantes. Luego, envolviéndose en las capas y llevando sus espadas desnudas, ocuparon los puestos de los muertos. Paseándose silenciosamente, iban y venían.

Sen-Kung, en quien el instinto sagaz de los nómadas estaba bien desarrollado a pesar de su refinamiento, se sintió repentinamente inquieto. Estaba sentado junto a su padre bebiendo y observando a las danzarinas.

—Padre mío, por alguna razón mi alma está intranquila —dijo de repente—. Husmeo el peligro. Permíteme que te deje un momento, mientras hablo con los centinelas.

Toghrul, absorto en las hábiles y obscenas contorsiones de su danzarina favorita, asintió con indiferencia. Sen-Kung se encaminó hacia la elevación de tierra donde estaban los centinelas. Los vio pasearse tiesos, yendo y viniendo, y escudriñar el horizonte. Con todo, no estuvo bastante satisfecho.

Se acercó a uno de ellos, que estaba bien arropado en su capa.

—¿Va todo bien? —preguntó.

El hombre asintió. Los otros centinelas miraron hacia atrás. Sus ojos resplandecían a la pálida luz de la luna. Los cercanos mongoles ya podían ser claramente vistos, moviéndose como espectros a caballo, en dirección al campamento.

Sen-Kung respiró hondo y miró alrededor. Al aproximarse a otro centinela miró hacia el sur y entonces vio al enemigo, porque la luna apareció de repente por detrás de la nube, mostrando todo lo que podía verse en la tierra tan claro como a la luz del día.

Sen-Kung dio un respingo, alarmado. Luego, con un rapidísimo movimiento, tiró de la capa del centinela que tenía más cerca y vio de lleno el rostro de uno de los khanes. El semblante relumbró, hostil y salvaje. Los otros centinelas corrieron con rapidez hacia él empuñando las espadas.

El impotente keraíta miró a los falsos centinelas y supo que su hora había llegado. Pero su último pensamiento fue para su pueblo. Abrió la boca para proferir un grito desesperado, pero el que estaba a su lado le hundió la espada en el vientre, tapándole la boca con la mano. Aun así, el keraíta se esforzó por poner sobre aviso a su gente. Mordió la mano que lo acallaba y, aun agonizando, se revolvió con la fuerza de tres hombres. Hincó la rodilla en el vientre del que estaba inclinado sobre él, pero otro lo pateó violentamente en la cabeza varias veces. El moribundo cayó y una bota le aplastó la cara.

Los otros, jadeando, se miraron sonriendo. Dejaron caer sus capas y caminaron por la ladera hacia el campamento, sin preocuparse de ser vistos. Temujin y sus guerreros estaban ya muy cerca.

Los mongoles abandonaron la cautela y espolearon los caballos, cargando con atronadores gritos de triunfo contra el campamento.

Toghrul, que estaba medio dormido, fue despertado repentinamente por los frenéticos chillidos de las muchachas y los gritos de los guerreros. Se tambaleó buscando estabilidad contra el agazapado cuerpo de las mujeres. Miró hacia el llano y vio a los mongoles y su curvo estandarte bajo la luna. Presa del pánico, gritó llamando a sus oficiales, que empezaron a levantarse desconcertados.

En un momento reinó la más absoluta confusión. Los guerreros se precipitaban como ciegos hacia los caballos, que piafaban excitados. Las mujeres corrían y llenaban la noche con sus gritos y lamentos. Los hombres y las bestias embestían los fuegos esparciendo rojas chispas y ascuas en llamas. Los oficiales trataban de restaurar el orden y reunir la tropa, ajustándose los cintos aflojados durante la fiesta y sujetando a los guerreros desquiciados. Mientras tanto, los khanes de Temujin, aprovechando la confusión, asesinaban a diestro y siniestro. Algunos hacían una pausa para coger una copa o plato de plata, ocultándolo hábilmente entre sus ropas. Caballos sin jinetes cabalgaban en círculo mientras sus dueños intentaban coger las bridas.

Toghrul, sobrecogido de terror, corrió a su lujosa tienda y trató de ocultarse detrás de unas muchachas que se habían refugiado allí. Así lo encontraría Temujin poco después.

Mientras tanto, los keraítas, aun desordenados y dispersos, luchaban bravamente. Los mongoles bramaban como una fuerza irresistible, acuchillando sin hacer distinciones con sus curvas espadas, avanzando por los pasillos de las tiendas con sus rápidos y diestros caballos y sus terribles rostros de posesos. Dejaban a su paso regueros de muertos. Los keraítas trataban de hacerlos retroceder, pero en vano. Los gruñidos y chillidos de los heridos y moribundos se añadían a la terrible confusión. Los hombres se sujetaban sus heridas tratando de detener la hemorragia. La luna contemplaba impertérrita aquella carnicería. Algunos keraítas trataban de escapar trepando por la ladera, pero los mongoles los abatían cruelmente.

En un corto espacio de tiempo, los keraítas estuvieron completamente desmoralizados. No obstante, la matanza continuó hasta que todos cayeron y el terreno quedó cubierto con montones de cadáveres.

Temujin se apeó de su caballo. Sus khanes desertores se reunieron a su alrededor, satisfechos y cubiertos de sangre. Él los felicitó palmeando sus espaldas y hombros. Los lamentos y llantos de las mujeres no cesaban.

—Lo habéis hecho bien —dijo Temujin—. He perdido una cuarta parte de mis guerreros, pero no hubiera conseguido esta victoria sin vuestra ayuda.

Subodai llegó a caballo con Chepe Noyon e informó a Temujin que los keraítas habían sido completamente aniquilados. Temujin asintió y limpió su espada ensangrentada contra sus botas.

—Haced callar esas mujeres —ordenó. Miró alrededor—. ¿Dónde están mi padre adoptivo y su hijo?

Todos vociferaron que el anciano keraíta había desaparecido y que su hijo había muerto. Temujin pateó el suelo con el pie.

—Tengo que encontrarlo. Necesito hablar con él personalmente. Si alguno de vosotros lo ha matado, descargaré mi más terrible castigo sobre él, porque ordené con anticipación que nadie lo tomaría sino yo.

Entonces comenzó a buscar entre los cadáveres, apartando brazos y capas para mirar los rostros inertes. Vio la tienda decorada con paños de oro y se encaminó hacia ella. Asomó la cabeza por la cortina y vio el más ridículo de los espectáculos. Tres muchachas estaban sentadas sobre el cuerpo inclinado del anciano khan, esforzándose por ocultarlo con sus piernas y su cabello. Miraron a Temujin con los ojos desorbitados y con gemidos quejumbrosos se lamentaron por la muerte de su señor.

Temujin rompió a reír estentóreamente y sus camaradas llegaron corriendo, picados por la curiosidad. Temujin señaló a las muchachas, medio ahogado en risa. Luego las arrojó a un lado como si fueran perros, golpeándolas en las nalgas. Sujetó al khan Toghrul por la nuca y lo arrastró fuera, a la luz de la luna.

El anciano estaba fuera de sí, presa del terror. Cayó de rodillas y se aferró a las piernas de Temujin.

—¡Te imploro que perdones a tu viejo padre, hijo mío! —gimió—. ¡Te ruego que recuerdes tu juramento de fidelidad! No me mates. Soy un anciano, tengo muchos años. Los días que me quedan son pocos y mis tristezas son muy pesadas. Si alguna vez me amaste, perdóname y déjame ir.

Temujin miró a sus oficiales y hombres, sonriendo sarcástico.

—¡Escuchad los balidos de esta cabra vieja! ¡Ayer pregonaba su triunfo y se ufanaba con jactancia y amenazas contra mí! ¡Hoy se arrastra a mis pies implorándome que le perdone su cabeza cabruna y lo mande de vuelta al rebaño!

Los otros se reían con broncas carcajadas. Temujin se inclinó hacia el plañidero anciano y lo golpeó en el rostro. Toghrul cayó boca abajo y se arrastró intentando besar los pies de Temujin. Profería agudos sollozos como balidos. Temujin lo observaba sonriendo con gesto cruel.

—Conozco la historia —dijo—. Sé que mandaste a tu hijo Taliph a ver a mi hermano juramentado Jamuga para engatusarlo y convertirlo en traidor. Por su traición ha muerto. Pero ahora yo lo vengaré.

Tomó al anciano una vez más por la nuca, dejándolo literalmente colgar de su mano, como un muchacho sujetaría un conejo. Colgaba grotescamente con sus botas doradas apuntando hacia abajo, pero miraba a Temujin con vehemencia cobarde, juntando las manos en muda y vergonzosa súplica. Su actitud y su mirada provocaban renovadas risas entre los mongoles.

Temujin lo mecía de un lado a otro, como si fuera una simple bolsa de trapos.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! —sollozaba el anciano—. ¡Jesús! ¡Alá!

Entonces, sosteniendo al khan delante de él, Temujin lo atravesó con la espada varias veces, perforándole el vientre. Luego retiró la espada, empapada de sangre, y alejó el cuerpo dándole un puntapié en el rostro.

—He sido vengado —dijo, como si Jamuga y Azara pudiesen escucharlo.

El saqueo continuó sistemáticamente. Cuando llegó el amanecer, los mongoles regresaron a sus tierras con su botín y una cohorte de danzarinas sollozantes.

Cuando Taliph se enteró de lo ocurrido, huyó a la nueva casa de su padre, detrás de la Muralla.

Capítulo 78

FUE EN el año del Leopardo cuando Temujin derrotó al khan Toghrul y lo mató. Así, pensaba él, vengaba a Azara y Jamuga.

Pero la guerra aún no estaba ganada.

Ahora se dedicaba con implacable ferocidad a subyugar al resto de los keraítas. Sin darles tregua, los perseguía hasta sus mismas fortificaciones, la ciudad en el desierto Karakorum o las Arenas Negras. Los keraítas eran guerreros decididos y menospreciaban a los nómadas «mendigos», pero toda su decisión y menosprecio no podían resistir los asaltos relámpago, la casi sobrenatural e infatigable persecución del enemigo. Y ahora sucedía que sólo era necesario el rumor de que el mongol pelirrojo se aproximaba con sus terribles jinetes para que el pánico cundiese entre los orgullosos keraítas, porque se decía que los espíritus lo acompañaban y nadie podía oponérsele, que sus guerreros mutilados se levantaban otra vez sin heridas. Más que sus hordas e implacables combatientes, la superstición y el terror derrotaban a sus enemigos. Entre los keraítas musulmanes se decía que Alá había soltado un azote que no podía ser mantenido a raya, que no podía ser derrotado.

Los imanes exclamaban en las mezquitas:

—¡Hemos pecado y olvidado a Dios y su profeta! ¡Por eso nos castiga enviándonos un terror invencible para destruirnos, y nadie puede resistirlo!

Los sacerdotes cristianos exclamaban:

—¡Ésta es la profecía de Satán desencadenando el fin del mundo! Frente al látigo del Señor, todos los hombres son impotentes.

Las terribles hordas cabalgaban como relámpagos, precedidas por un ejército fantasma armado sobrenaturalmente. Se decía que Temujin estaba en todas partes. Golpeaba a los merkitas, los keraítas, los uigures y los naimanes en cien diferentes lugares al mismo tiempo y a cientos de millas de distancia. Se susurraba que cabalgaba en un remolino. El pánico y desmoralización se habían adueñado de todo el Gobi. Su propio nombre sonaba terrible y místico.

—Los hombres pueden luchar contra un enemigo humano —decían los aterrorizados—, pero ¿cómo pueden oponerse a la voluntad de Dios?

Una tras otra las tribus caían y se entregaban, esperando ser aniquiladas. Pero Temujin exhibía de nuevo su gran inteligencia. A cada tribu que se entregaba le decía:

—Vosotros sois héroes porque habéis luchado como demonios, como hombres leales. Os necesito. Venid a mí, entrad en mi nación y servidme. Una vez los mongoles qiyat fuimos una tribu. Ahora somos una nación y vosotros podéis ser parte de ella, participando de nuestra gloria y de nuestros triunfos, marchando invencibles con nosotros al amparo de Dios.

Deslumbrados por su poder, su fuerza, su generosidad y su propia apariencia, ninguna tribu rehusaba unirse a él. Y se unían sinceramente, cautivados por el misterioso hechizo, deseando morir fijando sus ojos en él, como los hombres fijan los ojos en un altar. Los asesinos de las estepas parecían realmente imbuidos con la iluminación del cielo. Otras tribus se entregaban sin luchar apenas y se agrupaban alrededor del estandarte de las nueve colas de búfalo.

En esos días de triunfos arrolladores, Temujin no dejaba de demostrar su inteligencia, porque colocaba en cada pueblo conquistado un gobernante elegido entre ellos mismos, en quien tenían confianza y en quien él podía confiar. De este modo, reconciliados y estabilizados, él podía dejar cada tribu conquistada y lanzarse a nuevas batallas y nuevas conquistas. Con cada nueva victoria su fuerza se acrecentaba. No descansaba nunca. Decía a sus paladines:

—El éxito de una acción descansa en completarla y consolidarla. Nunca dejéis una posición hasta estar seguros de que es vuestra para siempre.

Las ciudades caían a menudo sin siquiera resistirse. Cuando esto sucedía, sus guerreros podían tomar su botín, pero no se les permitía molestar a sus habitantes ni despojarlos completamente. Sobre todo lo demás, Temujin necesitaba aliados. Por su generosidad, convertía a sus enemigos aterrorizados en fieles amigos.

En el término de tres años, sus hordas conquistaron los valles y ciudades turcas del oeste, y las ciudades, praderas, tierras y ríos de los taigutos, los naimanes, los uigures y los merkitas. En el retorcido flanco de la Gran Muralla de Catay, sus jinetes marchaban a lo largo de las bajas montañas blanquecinas del norte, cabalgando como arietes vivientes a través de las viejas ciudades de Khoten y Bishbalik, galopando como remolinos, sojuzgando, clavando su estandarte en los palacios de los sultanes y los príncipes y dejando sus banderas en las mezquitas, los templos y las iglesias.

Se contaban diversas leyendas sobre sus ojos verdes y cabello rojo, sobre su resplandeciente sonrisa y generosidad, sobre su coraje e invencibilidad. Astuto como siempre, sus vasallos eran los gobernantes, los sacerdotes y sus amigos, y dejaba el resto para ellos.

Sabía que en los hombres había fuerza, superstición y terror. Trataba de ganar alianzas con promesas que siempre mantenía. Si sus aliados fallaban, no tenía piedad: todos los hombres eran asesinados, las mujeres esclavizadas, los niños adoptados por mujeres mongoles y las praderas y ciudades cedidas a amos extraños.

Misteriosamente, siempre parecía saber qué correspondía hacer y nunca cometía un error. De este modo, las leyendas sobre su poder sobrenatural se dimensionaron aún más, y con frecuencia sólo tenía que cabalgar hacia una ciudad para tener a sus gobernantes saliendo a su encuentro con promesas de lealtad y alianza.

No eran ya meras hordas agregadas a su imperio. Hombres ricos, mercaderes y negociantes, nobles y príncipes se sometían, y hasta filósofos y maestros de las academias se acercaban a él con idolatría. La inteligencia parecía protegerse frente a su poder. Aquellos que habían enseñado la dignidad de los hombres y el conocimiento de las épocas eran con frecuencia los primeros en declarar: «La mano de Dios y la gloria de Temujin». Ahora a su séquito añadía hombres instruidos, estudiosos y sabios, astrólogos, hombres de ciencia y médicos que viajaban con él en literas y lo asesoraban en cuestiones diversas. Entre sus favoritos había un médico que era su servidor personal. Chepe Noyon y Subodai se mofaban de él, mencionando la extraña semejanza de este médico con el fallecido Kurelen.

Los antiguos feudos del Gobi estaban imbricados en las hordas de Temujin. La vieja independencia había desaparecido, la vieja libertad de los nómadas ya no existía. Los pueblos del Gobi eran ejércitos organizados en un sistema feudal donde había una sola ley: la voluntad de Temujin.

Los sabios chinos habían dicho que la libertad era lo más querido y lo más cercano al corazón de todos los hombres. Se demostró que esto era una amarga falsedad, porque Temujin sabía que, por encima de la libertad, los hombres amaban el látigo. Por encima del libre albedrío adoraban a la espada. Por encima de un jefe electo preferían un tirano que les evitase tener que pensar o ser consultados. Sabía que los hombres se regocijaban voluptuosamente en completa sumisión, como las mujeres se regocijaban secretamente en la violación. En el sometimiento, los hombres experimentaban una sensual incontinencia. Y mientras conquistaba y veía el envilecimiento y la adoración del pueblo, su odio y menosprecio por toda la humanidad se acrecentaba.

Se decía a sí mismo: «Éstas son bestias sin alma. Si no fuera así, preferirían morir y luchar hasta el fin antes que la servidumbre». Pero este

concepto se lo guardaba para sí. Prefería decir a los conquistados que eran héroes, que él los subyugaba sólo para acrecentar su propia fuerza y situarlos como reyes sobre la tierra. Cada vez más despreciaba a los sacerdotes, que persuadían al pueblo de que perdiese su libertad e independencia. Budistas y cristianos, chamanes y musulmanes, confucianos y taoístas, él podía encargarse de que le entregasen al pueblo atado de manos e impotente. Y así, hasta el fin de su vida creyó que los sacerdotes eran los enemigos de los hombres, y se guardaba de ellos tanto como de las serpientes.

Ahora era el amo del Gobi. Pero aún no estaba satisfecho. Convocó a un kurultai, un consejo de khanes, sabiendo que había llegado la hora que podía darle el más codiciado trofeo.

Capítulo 79

LOS KHANES llegaron. Formaban una horda aparte y parecían sacerdotes que se dirigían al encuentro de un dios.

Ahora la horda mongol no era una confederación distendida. Tenía una fuerte organización jerarquizada a partir de una unidad central dividida en secciones de diez mil hombres: los tuman, cada uno al mando de un oficial mongol. Era una organización militar en la que el guerrero era la primera autoridad. De la cúpula, encabezada por Temujin, provenían todas las órdenes y leyes del Imperio del Gobi. Los mongoles eran el pueblo dominante sobre todas las tribus y razas.

No obstante, entre los pueblos del Gobi la costumbre y la tradición eran difíciles de soslayar. Temujin era suficientemente inteligente para saberlo. Deseaba ser nombrado emperador, pero sabía que si lo anunciaba, violaría el viejo derecho de los khanes de elegir un jefe por sí mismos. No se atrevía a violar la tradición. Ellos debían elegirlo conforme al legítimo proceso.

Ese consejo de khanes fue el más trascendental acontecimiento en la historia de Asia y el más espléndido. Ahí, en medio de las regiones áridas, las montañas y el desierto, los khanes comparecían resplandecientes y arrogantes, orgullosos y llenos de júbilo, sabiendo para qué habían sido convocados. Se pavoneaban como hombres libres, atendidos por esclavos y guerreros, con atavíos de seda y armaduras. Instalaron sus tiendas alrededor de los fuegos del consejo: tiendas colgadas con telas de oro y de plata, llenas de tesoros y danzarinas. Ya no eran andrajosos merodeadores de las estepas. Temujin los había hecho arrogantes reyes, suntuosamente ataviados, seguidos de séquitos.

Hubo una fiesta magnífica esa noche en el Gobi. Los tesoros de los saqueos y los lujos de cientos de ciudades se añadían al esplendor de la escena. Las joyas resplandecían a la luz de los fuegos. Las mujeres y los trovadores cantaban y las muchachas bailaban. Temujin estaba sentado en medio de todos ellos sobre su piel blanca de caballo, simplemente ataviado con una casaca de lana blanca y cinturón de plata.

Los khanes sabían lo que tenían que hacer, pero pretendían no saberlo. Simulaban creer que ésa era sólo una fiesta ofrecida para ellos por el jefe, en reconocimiento de sus victorias. Bebieron en abundancia. Reían y gritaban. Comieron hasta la saciedad. Luego contemplaron a las bailarinas y

escucharon a los cantores. Los sirvientes avivaban los fuegos y traían comida fresca y vino en platos y copas de plata.

A medianoche se hizo repentinamente el silencio. Los khanes se sentaron como estatuas de bronce, ataviados con trajes de seda y oro, los rudos semblantes atentos. Todos los ojos contemplaban expectantes a Temujin.

Temujin recorría con la mirada a todos, lentamente, frunciendo el entrecejo a cada mirada, a cada pensamiento, a cada alma. Se levantó en medio de ellos, alto, con sus verdes ojos brillando a la luz de los fuegos, y comenzó a hablar enérgicamente:

—Ha llegado la hora en que debemos nombrar un emperador, un señor de todos los hombres. Nuestro poder es grande. Nuestras conquistas deslumbran los corazones y las mentes de todos. Pero debemos nombrar un emperador que será la autoridad suprema, la cabeza y fuente de toda ley. Porque tenemos cosas más grandes que hacer, conquistas mayores. El mundo yace ante nosotros desde el amanecer hasta el crepúsculo. Para abarcarlo todo, debe haber un señor a quien todos los khanes ofrecerán su alianza y obediencia. Somos una nación. La nación necesita un emperador.

Los khanes escuchaban en sombrío silencio. Cuando Temujin hubo terminado, aparentaron estar considerando la trascendental decisión. Miraban alrededor a sus hermanos, como esperando un nombre o nombres. Pero conocían el nombre, siempre lo habían conocido. El que fingieran dudar era parte de su orgullo.

Uno de los khanes se levantó y haciendo una reverencia a Temujin, se arrodilló ante él.

—Ésta es mi elección: que Temujin sea nombrado emperador.

Los khanes se ensarzaron en un confuso murmullo, pretendiendo consultarse entre ellos. Temujin esperó sonriendo oscuramente. Su naturaleza expeditiva y cruel le hacía sentir un menosprecio divertido por toda esa aparatosidad fingida, pero sabía que no debía violar la tradición.

Entonces, uno tras otro, los khanes fueron arrodillándose ante él y proclamándolo emperador. Tocaban sus rústicas vestiduras. Sollozaban. Depositaban las espadas a sus pies. Al final, un clamor salió de sus gargantas, una aclamación que sonó como mugidos de bestias.

Temujin fingió estar sorprendido y emocionado. Incluyó la cabeza y luego, con lágrimas en los ojos, los miró uno a uno. Su pecho se agitaba y simuló quedarse sin palabras. Esto satisfizo a los khanes, que amaban la ceremonia y la pretensión, la observancia de la tradición. Su amor y adoración por él se desbordaron como vino en copas de oro.

Kokchu había estado esperando en su tienda. El anciano chamán supremo conocía ya su papel. Avanzó en el círculo de los fuegos atendido por los chamanes jóvenes. En sus manos llevaba una corona de oro, parte del saqueo de una ciudad rica. Temujin fingió sentirse completamente abrumado y emocionado. Los khanes lo ayudaron a arrodillarse ante Kokchu, cuyo atuendo semejaba un arco iris, con las manos cubiertas de joyas. Kokchu levantó la corona solemnemente, pareciendo consultar a los espíritus del eterno Cielo Azul. Sus labios se movían y tenía los ojos dilatados. Temblaba y las lágrimas corrían por su rostro. Temujin inclinó la cabeza ante él. En ese momento, hasta los más excitados khanes guardaron silencio.

Kokchu, bajando los ojos, examinó al postrado mongol. Los labios le temblaban. Y finalmente, con voz ahogada por la emoción, exclamó:

—¡Los espíritus y los dioses de la tierra han hablado! ¡Ha sido decretado que Temujin, hijo de Yesugei, sea nombrado Emperador de Todos los Hombres, Gengis Khan, el Poderoso Gobernante, el Caballero del Cielo!

Y lentamente, con solemne gesto, colocó la corona de oro en la roja cabeza de Temujin.

Capítulo 80

«¡SÓLO he empezado!», se dijo Temujin mientras, sentado en su caballo, esperaba el amanecer.

Los exhaustos khanes dormían en sus tiendas. Temujin estaba completamente solo. Hasta los caballos y todas las bestias dormían inmóviles.

Miró hacia el este. El cielo mostraba un pálido y luminoso plateado, una palpitante palidez. Pero a lo largo de sus bajos bordes, el frágil fuego de la aurora asomaba. El desierto yacía en purpúreo misterio y silencio. Las distantes montañas seguían negras como la noche, pero sus cumbres más altas flameaban de oro y escarlata. El viento perpetuo embestía como torrentes de agua sobre el mundo, soplando sobre el rostro de Temujin.

Ya no sonreía con su acostumbrado cinismo. El rojo cabello caía sobre sus hombros. Tenía en los ojos una profunda sombra, y su expresión era fija y sombría. Descansaba las manos sobre el pescuezo de su blanco semental, que permanecía como una estatua. Sólo su nevada crin se ondulaba al viento.

Temujin miró hacia el este, donde estaban los imperios de Catay. Luego hacia el oeste, hacia las provincias musulmanas y los reinos. Y más allá de ellos, hacia Europa, sumida en las nieblas de lo desconocido, pero que él tenía que conquistar.

Miró el mundo. Un incontenible alborozo lo embargó repentinamente y su espíritu pareció expandirse, crecer, tan grande como la eternidad. Levantó el puño, manteniéndolo rígido en el aire. Las aletas de su nariz se dilataron en su rostro bronceado. Sus ojos echaban chispas como el reflejo de una conflagración y la sombra de un fuego misterioso cayó sobre su rostro. Había algo horrendo, algo terrible en su aspecto. Asia dormía apaciblemente, pero su emperador, su destructor, su constructor y devastador, permanecía solo, con el puño levantado y un semblante aterrador, cara a cara con Dios y la muerte.

—¡Sólo he empezado! —dijo en voz alta.

Entonces tuvo la sensación de una terrible presencia, de algún ojo insomne, de alguna siniestra consideración. Luego, elevando los ojos, contempló la esplendorosa inmensidad del cielo y todo su espíritu se inundó de triunfo y desafío, de furia y júbilo salvaje.

—¡Tengo el mundo! —exclamó, y su voz resonó como la nota de una trompeta en el silencio—. ¡Yo, Gengis Khan, soy el mundo!

Sólo el silencio le respondió, desdeñoso e inquietante.

Sólo el silencio de Dios respondió... El sol asomó por encima del quebrado horizonte y cayó con una luz sangrienta sobre el rostro y la figura de Gengis Khan. Y de repente, a su alrededor, surgió una horda espectral. Las sombras del pasado y las sombras del futuro, las sombras de los enemigos de los hombres se detuvieron a su alrededor, silenciosas y feroces, viendo sin ser vistas.

Y los ojos de Dios lo vieron todo. Y el silencio de Dios envolvió el universo. Y el espíritu de Dios pareció flotar sobre la tierra, invencible, conquistando y siempre victorioso.



JANET MIRIAM HOLLAND TAYLOR CALDWELL (Manchester, Inglaterra, 1900 - Connecticut, Estados Unidos, 1985). Fue una polémica pero exitosa escritora, también conocida por sus seudónimos: Marcus Holland, Max Reiner y Jess Stearn.

Durante su vida escribió más de treinta novelas de distintos géneros que en su época fueron superventas aun cuando su trabajo fue ignorado y no fue publicado hasta que ella tuvo treinta y ocho años. Sus obras cuentan la vida de familias por varias generaciones. El tema es la pugna entre el deseo de poder y dinero y los valores familiares y espirituales. En sus últimas obras cambió a la historia de personajes que surgen de la pobreza y alcanzan grandes fortunas, el «sueño americano». También escribió varias novelas de género histórico-religioso.

Se estima que Caldwell en vida vendió más treinta millones de libros. Obtuvo numerosos premios por su trabajo. Su vida privada estuvo marcada por la polémica. Se casó cuatro veces y tuvo dos hijas. La riqueza generada por la aceptación de sus obras finalmente la llevaron a tener una triste batalla legal con su hija mayor por la administración de su fortuna.

Entre sus títulos que alcanzaron gran popularidad destacan: *La tierra del Señor* (1940), *El brazo y la oscuridad* (1943), *La familia Turnbull* (1943), *Este lado de la inocencia* (1946), *El abogado del diablo* (1952), *Médico de*

cuerpos y almas (1958), *La columna de hierro* (1965), *Testimonio de dos hombres* (1968), *Capitanes y reyes* (1972), *Gloria y esplendor* (1974) y *Yo, Judas* (1977).

Solía decir que la naturaleza humana es inmutable, que nunca cambia. En 1976 le dijo a un entrevistador: «Nadie me ayudó. Nadie me regaló nada. Nadie me ha dejado nada. Todo lo que tengo, me lo gané».

Índice de contenido

Cubierta

La tierra del señor

Personajes principales

Libro primero: La última siega

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Libro segundo: La caravana fantasma

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Libro tercero: Días de locura

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Sobre el autor

TAYLOR CALDWELL

LA TIERRA DEL SEÑOR

Gengis Khan
El poderoso emperador de los mongoles



Lectulandia